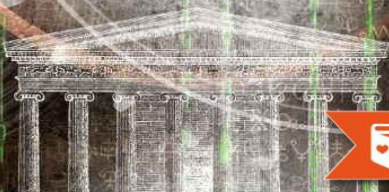


MARCOS CHICOT

LA HERMANDAD

EL AUTOR DE *EL ASESINATO DE PITÁGORAS*
REGRESA CON UN *THRILLER* ASOMBROSO



ESPA
PDF

Cartago, siglo VI a. C.: Ariadna, hija de Pitágoras, recibe un pergamino con una noticia que encarna la peor de sus pesadillas. El mensaje incluye un pentáculo invertido, el símbolo que encierra la esencia del mal. De inmediato se desata una vertiginosa espiral asesina tras la que se adivina una mente poderosa y despiadada.

España, Actualidad: Elena, Daniel e Irina investigan los límites del cerebro y la posibilidad de incrementar su capacidad. Cuando se conocen a través de Mensa —la

mayor organización de
superdotados del mundo—
descubrirán que nada es lo que
parece y que ellos son las piezas
decisivas de una guerra que
comenzó hace 2.500 años.

Los protagonistas de ambas épocas
intentarán descubrir quién es su
enemigo antes de que acabe con
todos ellos... pero se encontrarán
con respuestas para las que no
están preparados.



Marcos Chicot

La hermandad

ePub r1.0

patrimope 21.09.15

Título original: *La hermandad*

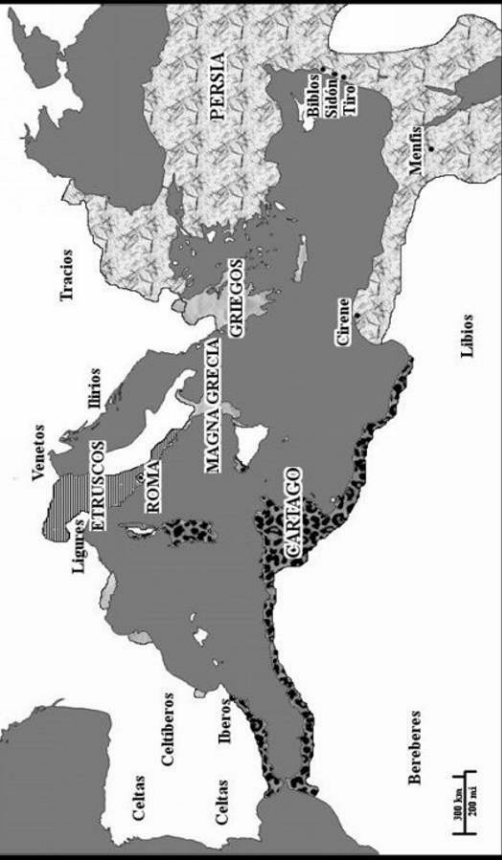
Marcos Chicot, 2014

Editor digital: patrimope

ePub base r1.2

más libros en espapdf.com

MEDITERRÁNEO, 507 a.C.



*A mis profesores del colegio
Santa María del Pilar, y a
todos los educadores de este
mundo: por vuestra
valiosísima labor, a menudo
insuficientemente reconocida,
Gracias.*

*Vi un ángel que descendía del
cielo, trayendo la llave del
abismo y una gran cadena en
su mano. Tomó al dragón, la
serpiente antigua, que es el
diablo, Satanás, y lo
encadenó por mil años.*

Apocalipsis 20, 1—2

*Cuando se hubieren acabado
los mil años, será Satanás
soltado de su prisión.*

Apocalipsis 20, 7

PRÓLOGO

«Estoy... ¡Vivo!».

Permaneció sin respirar, paralizado en un pasmo de recién nacido. La repentina percepción del mundo anegaba su mente.

«Vivo...».

De pronto su cuerpo inspiró una bocanada agónica, como un náufrago arrebatado a las negras aguas de la muerte. Una intensa oleada de placer y dolor estremeció cada uno de sus músculos.

Abrió los ojos, acercó las manos al rostro y las examinó a través de la

penumbra cálida.

«Maravilloso...».

Hizo girar sus manos lentamente, observando fascinado cómo se cerraban y volvían a abrir; después bajó la mirada para contemplar el resto de su envoltura corporal.

Estaba sentado, y se levantó con dificultad. Su mente aún seguía desplegándose, asumiendo su retorno al tiempo y al espacio. Lo inundó gradualmente la energía de un rencor eterno y paladeó su sabor amargo. El deseo de venganza rugía dentro de él como un incendio inmenso... pero no tenía ninguna necesidad de apresurarse.

Era inmortal.

Los hombres lo conocían por diversos nombres, pero carecía de importancia cómo lo llamaran. Su corazón oscuro albergaba un único anhelo vital: que las naciones que habitaban los cuatro ángulos de la tierra cayeran a sus pies y lo reconocieran como su dios.

«Su único dios. —El odio retrajo sus labios dejando al descubierto los dientes—. Y mi reinado perdurará por los siglos de los siglos».

Inspiró hondo, cerró los ojos y sondeó mentalmente su entorno: muros de piedra, una mesa, una silla. Estaba solo en aquella estancia.

Espiró con lentitud y llenó de nuevo

los pulmones. Retuvo el aire en el pecho y concentró las capacidades que le permitía aquella forma corpórea. Pasados unos segundos, liberó de golpe la potencia de su mente, proyectándola como un relámpago que iluminara de modo simultáneo el resto de las habitaciones.

En torno a él la temperatura descendió con brusquedad.

Asintió levemente, gruñendo de satisfacción, y caminó hacia la salida sin mostrar ningún vestigio de la torpeza inicial. En su interior, el odio antiguo se mezclaba con un odio nuevo impregnando de gozo malévolo cada fibra de su ser.

Al otro lado del umbral había un hombre haciendo guardia de espaldas a él.

«Un simple mortal», pensó con una mezcla de indiferencia y desprecio.

Esbozó una sonrisa fría y se acercó al guardia por detrás.

CAPÍTULO 1

Cartago, 507 a. C.

Ariadna de Crotona, hija de Pitágoras y esposa de Akenón, alargó la mano para coger el pergamino.

Cuando estaba a punto de tocarlo, sus dedos se retrajeron como si hubieran rozado un hierro al rojo. Se quedó paralizada sobre el banco de piedra, conteniendo la respiración en el patio interior de su mansión. El mensajero no había dicho quién lo enviaba, y estaba plegado de modo que no se podía

acceder a su contenido sin romper el sello de cera; sin embargo, en la cara externa del pergamino resaltaba un poderoso símbolo.

«El pentáculo».



Tomó el mensaje con la vista clavada en la estrella de cinco puntas, el

símbolo sagrado cuyos significados esotéricos estaban reservados a los elegidos. El cielo nublado ardía por encima de ella con el fuego escarlata del ocaso, otorgando al mundo una tonalidad sanguinolenta. Ariadna recorrió la figura con la punta de dos dedos en un estado cercano al trance. El presagio oscuro que había estado creciendo dentro de ella se revolvió como una bestia que intentara romper los límites de su encierro. Con manos temblorosas, dio la vuelta al pergamino, quebró el sello y comenzó a leer.

Cada una de las palabras le golpeó el corazón, sus ojos corrieron por las líneas ansiando, temiendo llegar al

final... Al concluir aquel mensaje, su respiración apenas era un tenue hilo de vida.

El mundo comenzó a desaparecer como si una oscuridad surgiera del pergamino para devorarla.

Tan sólo unas horas antes, Ariadna se estaba arreglando en su alcoba para ir a dar un paseo con Akenón y el pequeño Sinuhé —su hijo de dos años y medio— por el barrio aristocrático de Cartago. Se había sentado en una banqueta cubierta de lana y frente a ella tenía un valioso arcón de madera de cedro. Dejó su peine de marfil encima del arcón y se

ajustó la diadema que recogía su ondulada melena de color miel. Tomó un espejo de mano y contempló su imagen en la superficie de bronce pulido. Aunque no solía prestar mucha atención a su aspecto exterior, sonrió satisfecha.

Nada hacía sospechar que, cuando el sol se pusiera, un horror inconcebible devastaría sus vidas.

Estiró el brazo para alejar el espejo y lo inclinó de modo que se reflejara la mayor parte de su cuerpo.

«Se me nota más que con Sinuhé», pensó acariciando la apreciable curva de su embarazo de casi cinco meses.

A su espalda se oyó una voz profunda:

—Estás irresistible.

Ariadna se volvió sobresaltada. Akenón estaba apoyado en el marco de piedra de la puerta, contemplándola con una sonrisa pícaro. Se acercó hasta colocarse detrás de ella, apartó con delicadeza su cabello y le dio una mezcla de beso y mordisco suave en la nuca. Ariadna se estremeció. Akenón la envolvió con sus fuertes brazos y le acarició la tripa por encima de la túnica.

—Me encantan tus curvas de embarazada —susurró.

Las manos de Akenón comenzaron a subir más allá del vientre de Ariadna y ella se apartó riendo.

—Nos está esperando Kush con

Sinuhé. —Blandió el espejo de bronce hacia él—. Tendrás que esperar unas horas.

Kush era el sirviente que se ocupaba del pequeño Sinuhé. El ejército de Egipto lo había hecho esclavo hacía dos décadas, durante una de las muchas escaramuzas que se producían con los pueblos del sur, a los que los egipcios denominaban Kush. Habían puesto ese mismo nombre al esclavo para burlarse de su pueblo, como si dijeran que todos ellos eran esclavos de Egipto. Poco después de venderlo, no obstante, Egipto había caído bajo el yugo del imperio persa mientras que el reino de Kush continuaba siendo libre. Quizás por eso

el esclavo aceptaba ese nombre con orgullo y nunca había mencionado que tuviera otro.

—Está bien —Akenón levantó las manos y fingió una mueca de sufrida resignación—. Voy a ver si...

—¡Mamá!

Sinuhé cruzó la habitación corriendo atolondradamente hasta chocar contra la pierna de Ariadna, a la que se abrazó. Después levantó la cabeza y estiró los brazos hacia ella, mostrando en sus ojos verdes una mirada suplicante.

—Ven aquí... —Ariadna lo levantó con esfuerzo—. ¡Uy, cómo pesa este hombrecito! Dentro de poco vas a tener que cogerme tú a mí. —Le hizo

cosquillas y Sinuhé rio escondiendo la cara en el cuello de su madre.

Akenón contempló la escena en silencio. De pronto fue consciente de la sonrisa embobada que mantenía al mirarlos y disimuló a la vez que se sorprendía de cómo había cambiado su vida en poco tiempo. Hasta los cuarenta y cinco años su existencia había sido bastante solitaria, nunca había mantenido una relación de más de unos pocos meses. Había pasado toda la vida investigando, primero como policía en Egipto y luego trabajando por su cuenta en Cartago, cobrando lo suficiente para vivir sin estrecheces pero sin poder ahorrar para estar más de un par de

meses sin trabajar.

«Todo cambió hace tres años», se dijo pensativo.

Después de una investigación que había realizado en la Magna Grecia para el filósofo Pitágoras, había regresado a Cartago acompañado de la hija mayor del filósofo, Ariadna. A los pocos meses se había casado con ella y había tenido un hijo. Además, el barco que los había traído a Cartago transportaba el oro que obtuvo en aquella investigación: más del que podrían gastar en varias vidas.

«Aunque estuve a punto de no regresar». Sin darse cuenta, Akenón siguió con un dedo la línea irregular de su nariz. Durante aquella investigación

en la Magna Grecia lo habían encerrado y golpeado hasta el borde de la muerte. Afortunadamente, las secuelas en su cuerpo se reducían a la nariz algo desviada y algunas cicatrices no demasiado visibles en la cara y el cuello.

Ariadna dejó a Sinuhé en la alfombra que cubría el suelo de cemento.

—Deja que te vea bien. —Se alejó un paso de su hijo—. Da una vuelta.

Sinuhé soltó una risita avergonzada mientras giraba sobre sí mismo. Llevaba una túnica nueva parecida a la de Akenón, blanca y de lino plisado al estilo de los nobles cartagineses, aunque

la suya sólo llegaba por encima de las rodillas.

«No se puede negar que son padre e hijo», pensó Ariadna. Con esa túnica Sinuhé era una copia en miniatura de Akenón. El mismo tono tostado de piel, el pelo rizado y negro e incluso muchos de sus gestos eran un eco infantil de los de Akenón. La única diferencia notable estaba en sus ojos, del mismo verde intenso que los de Ariadna.

—¡Pero si estás descalzo! —exclamó ella de pronto.

—Como *Kuch* —respondió Sinuhé con su vocecilla al tiempo que asentía con mucha determinación.

—Pero Kush tiene los pies muy

duros. —Ariadna se inclinó hacia Sinuhé con los brazos en jarras—. Tú ya sabes que para salir de casa tienes que ponerte sandalias.

Sinuhé arrugó el entrecejo en una graciosa mueca de concentración. No quería calzarse, pero tampoco arriesgarse a quedarse sin ir con sus padres a la calle.

Se decidió con rapidez.

—*Kuch* —gritó mientras salía corriendo—, tengo que ponerme las sandalias.

Unos minutos más tarde, se alejaban a pie de su propiedad.

Ariadna, caminando junto a Akenón, volvió la cabeza sin detenerse. El pequeño Sinuhé iba unos metros por detrás mirando al suelo, buscando algo interesante que coger, y a su lado estaba Kush. El kushita medía casi dos metros, tenía unos cuarenta años y su piel era negra como el carbón, lo que contrastaba con sus grandes ojos azules. Iba descalzo y vestía un taparrabos, como era común entre los esclavos y la clase baja de Cartago. Observaba a Sinuhé con su habitual expresión relajada de labios entreabiertos, en la que podía apreciarse que no era muy inteligente, aunque sí bondadoso y de sonrisa ligera. Entendía lo que se le

decía en la lengua de Cartago pero casi no hablaba; no obstante, su anterior dueño se lo había recomendado para cuidar de niños pequeños. Les dijo que creía que Kush había sido separado de un hijo de pocos meses al ser hecho esclavo hacía al menos veinte años. «Quizás por eso siempre ha cuidado de mis niños como si fueran suyos —había añadido—; sin embargo, mis hijos ya se han ido de casa, y desde entonces Kush está mustio como una planta sin agua».

Ariadna miró de nuevo al frente, pero inmediatamente volvió a darse la vuelta. Un extraño desasosiego acababa de estrechar su garganta y se detuvo con la respiración jadeante. Su pequeño

seguía andando junto a Kush. Ella miró más allá, a la casa de dos plantas en la que vivían desde hacía un par de años. Los cimientos y las pilastras eran de piedra caliza procedente de las canteras de Cartago. Las paredes de ladrillo estaban enjalbegadas con cal y una bonita balaustrada remataba el edificio. El conjunto daba una apariencia de solidez que normalmente agradaba a Ariadna; sin embargo, ahora se notaba inquieta mientras contemplaba la casa y los alrededores.

—¿Qué sucede? —musitó.

Hacía tiempo que no experimentaba algo así. Era la hija de Pitágoras y había alcanzado el grado de maestro en la

orden pitagórica. Sus aptitudes naturales, unidas a las avanzadas enseñanzas matemáticas y espirituales que había recibido de su padre, habían desarrollado en ella una percepción muy aguda que le permitía penetrar más allá del semblante de las personas comunes y conocer su verdadera naturaleza, o saber si mentían. También había heredado de Pitágoras cierta capacidad para presentir algunos acontecimientos. En el anterior embarazo había comprobado que esa capacidad se agudizaba, y en este se notaba aún más intuitiva, como si la realidad y el presente fueran la hoja de un libro y se le permitiera levantar ligeramente la esquina para atisbar el

contenido de la siguiente página.

Tras un instante de duda reanudó la marcha.

—¿Ocurre algo? —preguntó Akenón.

«Me temo que sí», pensó Ariadna, pero negó en silencio y continuó avanzando con el ceño fruncido.

CAPÍTULO 2

Madrid, España, actualidad.

La espada de Akenón reposaba sobre un manto de terciopelo púrpura. A pesar del cuidado con el que se había conservado aquella reliquia a lo largo de los siglos, la corrosión había vuelto rugosa la superficie de su hoja de bronce.

El asesino contemplaba el arma ennegrecida sin que su rostro denotara ninguna emoción. Sus rasgos quedaban difuminados por la penumbra,

iluminados tan sólo por el resplandor que emanaba de la urna que protegía la espada. Ocultas en las uniones de los paneles de policarbonato, diminutas luces LED hacían que el arma pareciera flotar sobre el terciopelo.

«¿A cuántas personas mataría Akenón con esta espada?».

Le pareció curioso no haberse hecho antes esa pregunta, pero no se dedicó a elucubrar una respuesta. Sus ojos continuaron recorriendo el borde irregular del arma. Dentro de la urna se había hecho el vacío para detener el deterioro del preciado objeto.

«Tu espada ha quedado al margen del tiempo, Akenón, igual que tu

recuerdo».

Inspiró profundamente y dejó escapar el aire con lentitud sin apartar la mirada.

«Akenón, ya no puedes proteger a nadie».

Sus labios dibujaron una sonrisa muy leve. Dio media vuelta y se alejó con paso firme del resplandor de la urna.

«Ha llegado la hora de volver a matar».

Enfrente de Elena, el estudiante se puso de pie tan bruscamente que volcó la silla con estrépito. Elena dio un

respingo y se encogió sobre su asiento. Sólo los separaba la estrecha mesa de su despacho, un obstáculo que aquel animal podía saltar en cualquier momento.

—No puede ponerme un cuatro, ¡joder! —Su alumno apretó las manos con fuerza. Las venas de sus brazos se destacaron de tal modo que Elena pensó fugazmente en las portadas de las revistas de culturistas.

—Pedro, tranquilízate. —Elena levantó las manos con las palmas hacia delante y se echó hacia atrás.

El estudiante se inclinó hacia ella con la nariz dilatada como los ollares de un toro.

—No puede ponerme un... ¡cuatro!

—golpeó con los puños en la mesa y Elena volvió a dar un respingo.

—Pedro —insistió manteniendo las manos levantadas—, sólo has respondido a tres de las cuatro preguntas y tú mismo has reconocido que ni siquiera te sabías bien las que has respondido.

—Joder, porque los exámenes están demasiado juntos. —Pedro apartó las manos de la mesa y las pasó por su alborotado pelo castaño. Los bíceps se le marcaron como globos. Luego se frotó la cara y volvió a dirigirle una mirada agresiva.

Elena bajó la vista y se quedó mirando el examen. Sobre el papel con

membrete de la universidad destacaba en color rojo un número cuatro rodeado de un círculo. Apretó las mandíbulas. Ella tenía veintiséis años, tan sólo tres más que su estudiante. «No se comportaría así si su profesor fuera un hombre de cincuenta años».

Levantó la cabeza y sostuvo la mirada de Pedro notando una irritación creciente. Durante todo el curso se había esforzado por ser una buena profesora: había preparado presentaciones por ordenador, dedicado a tutorías más horas de las que le correspondía, se quedaba a hablar con los estudiantes después de las clases...

—Pedro —dijo enfriando el tono de

voz—, lo primero: cálmate y no digas tacos. —Hizo una pausa. Él frunció el ceño y finalmente apartó la vista—. Lo segundo, no vas a aprobar Psicopatología si no comprendes los procesos cognitivos de un trastorno de pánico ni de un trastorno obsesivo-compulsivo. —Aquellas eran dos de las tres preguntas a las que había contestado Pedro—. Te has limitado a describir los trastornos por encima.

El estudiante chasqueó la lengua y negó con la cabeza. Irguió el cuerpo y cruzó los brazos mirándola en silencio. Era evidente que para resaltar su musculatura se compraba las camisetas una talla más pequeña de lo que le

correspondía.

Al contemplar su pose de portero de discoteca, Elena recordó los rumores de que Pedro había enviado a otros dos estudiantes al hospital de una paliza. Había ocurrido fuera del campus, por lo que las autoridades académicas no lo habían investigado. También se decía que consumía cocaína, otro rumor que no se había probado. Sin embargo, ahora Elena no tenía dudas de que ambos rumores eran ciertos.

Continuó hablando mostrando más serenidad de la que sentía.

—Te recuerdo que un psicólogo clínico trata con la salud mental de sus pacientes. Cuando tú vas al médico,

quieres que sepa diagnosticar y tratar adecuadamente tu problema. Esa es la misma exigencia legítima de todo el que acude...

Pedro descruzó los brazos con un movimiento rápido. La miraba con incredulidad y resopló con fuerza antes de hablar.

—¿Me estás diciendo que no me vas a aprobar?

Elena apretó los labios. La silla volcada detrás de Pedro le hacía sentir que la situación estaba fuera de control. Era como tratar de calmar a un rottweiler que gruñera enseñando los colmillos.

Se inclinó hacia delante.

—No, no *te voy a aprobar*. Tienes que ser tú el que apruebe. Siento que tengas que estudiar durante el verano, pero estoy convencida de que a poco que te esfuerces aprobarás el siguiente examen.

—¡Déjate de chorradas! —Pedro golpeó de nuevo la mesa con los puños.

—Bueno, ya basta, la revisión ha terminado.

Elena descolgó el auricular del teléfono y presionó cuatro teclas. Se apoyó en el respaldo vigilando con el rabillo del ojo a Pedro, que contemplaba el teléfono con expresión indecisa.

El tono de llamada se repitió en

vano junto al oído de Elena. De pronto, un antiguo miedo atenazó su corazón como los tentáculos de una pesadilla que se infiltra en el mundo real. Sacudió ligeramente la cabeza, no podía dejar que aquel recuerdo se adueñara ahora de su mente.

El tono de llamada sonó por quinta vez. Su estudiante seguía mirando el teléfono con el cuerpo en tensión. Elena sabía que por desgracia estaban solos en la planta, era el último día de revisiones y los demás profesores debían de haberse ido hacía rato. Siguió esperando. Ella medía uno setenta y cuatro y estaba en forma, e incluso recordaba algo del kárate que había

practicado hasta los diecisiete años, pero Pedro le sacaba quince centímetros y más de treinta kilos.

Su alumno adelantó una mano hacia el teléfono.

—Esteban, soy Elena. —Pedro se detuvo. Esteban Herrero era el profesor que más imponía a los alumnos, además del único cuyo tamaño se podía comparar al de Pedro—. ¿Puedes venir a mi despacho?... Sí... —Elena esperaba que aquello sonara convincente. El auricular seguía transmitiendo los tonos infructuosos de llamada—. Vale... Ahora te veo.

Pedro dio media vuelta, pasó junto a la silla caída y salió del despacho.

Cerró con un portazo tan violento que se descolgó un cuadro de la pared, una lámina a tamaño natural de *El grito* de Munch. El cuadro golpeó con una esquina en el suelo de linóleo y cayó boca abajo.

Elena se quedó inmóvil con el auricular a unos centímetros de la oreja. Al cabo de unos segundos se dio cuenta de que estaba conteniendo el aire. Apoyó las manos en la mesa, cerró los ojos e hizo un par de respiraciones lentas y profundas. La tensión de su estómago se disolvió con rapidez.

«Menudo energúmeno. —Abrió los ojos y contempló la silla y el cuadro tirados en el suelo—. En fin, supongo

que son gajes del oficio».

Se reclinó en el asiento, miró hacia los fluorescentes del techo y un momento después en sus labios apareció una ligera sonrisa.

«Bufff. Se acabó». Sólo le quedaba entregar las actas definitivas antes de comenzar sus vacaciones.

Hizo un par de anotaciones en los papeles que tenía sobre la mesa y empezó a recogerlos sin dejar de sonreír. Se merecía disfrutar de aquella sensación. Era una de las profesoras más jóvenes de toda la Universidad Complutense de Madrid. Había conseguido dar clase con veintiséis años gracias a varias circunstancias: se había

licenciado en Psicología en cuatro años en vez de en cinco; había completado el doctorado y la tesis en apenas tres años; y, por último, había impresionado con su trabajo a las personas responsables de decidir quién cubría la plaza que había quedado vacante en el departamento de Psicología Clínica. Después de un año ayudando a Carmen Aroza, la directora del departamento, la fortuna se había puesto de su lado ese curso académico, cuando la propia Carmen Aroza había solicitado la baja por maternidad para tener su primer hijo a los cuarenta y cuatro años.

—Ve acostumbrándote —le había dicho Carmen a Elena en privado, tras

informarle de que se iba a coger la baja en el quinto mes de embarazo—, porque lo más probable es que me pida una excedencia parcial después de la baja.

A Elena le había producido cierta inseguridad ser la profesora más joven, pero pronto descubrió que disfrutaba mucho dando clase y que los alumnos la apreciaban. Echando la vista atrás, y a pesar de haber tenido entre sus alumnos al anormal de Pedro Vergara, estaba muy satisfecha de su primer año como docente.

«La doctora Elena Pastor —pensó en un tono resonante, como si la estuvieran anunciando para que subiera al estrado en un gran evento—,

profesora de Psicopatología en la facultad de Psicología de la Universidad Complutense de Madrid».

Se imaginó a su padre entre el público, en primera fila, y torció el gesto al experimentar la conocida sensación de pérdida. Había muerto hacía tres años, víctima de un cáncer de pulmón que se lo llevó en apenas seis meses. Al principio Elena se enfadaba cada vez que pensaba en él, porque ella y su madre se habían pasado la vida pidiéndole que dejara de fumar. Pero ya lo había perdonado. Ahora sólo lo echaba de menos.

Cogió la botella de agua que tenía sobre la mesa, la terminó de un largo

trago y la tiró a la papelería. Luego abrió el primer cajón y sacó su bolso —una pequeña mochila de tela negra que se ponía en bandolera—. Cuando cerró la cajonera metálica se le puso el vello de punta al pensar que no iba a volver a abrirla en unas cuantas semanas.

«Vacaciones... —Paladeó el sabor de una palabra a la que no estaba acostumbrada—. Y esta noche veré a Daniel». Notó un cosquilleo en el estómago al pensar en él, aunque era consciente de que apenas lo conocía.

Regresó al presente y metió los papeles en una carpeta de cartulina verde. Después levantó la silla volcada y comprobó que no se había roto el

cristal de la lámina de *El grito*. Le maravillaba ese cuadro, la sencillez y a la vez la efectividad con la que transmitía la sensación de angustia. Sabía que Edvard Munch se había reflejado a sí mismo, en un momento de angustia existencial que le había acometido mientras paseaba por un puente con unos amigos y se había quedado rezagado contemplando el cielo enrojecido por la puesta de sol. Si había alguna imagen que podía utilizarse como icono de la asignatura que ella impartía —Psicopatología— era ese fascinante cuadro.

Lo sostuvo entre las manos, recreándose en las sensaciones que la

recorrían cada vez que lo contemplaba de cerca. Después colocó la lámina en su sitio, cogió el bolso y la carpeta de la mesa y se dirigió a la puerta.

Cuando estaba a punto de abrir, se quedó paralizada con la mano a un centímetro del picaporte. Su despacho era luminoso, pero sabía que al otro lado de la puerta había un largo pasillo mal iluminado que tenía que recorrer para llegar al ascensor o las escaleras.

También sabía que el edificio estaba prácticamente vacío.

Apartó la mano del picaporte, se inclinó procurando no hacer ruido y pegó la oreja a la puerta.

Daniel Martín levantó las manos sin apartar la vista de la navaja que apuntaba hacia su estómago.

—Tranquilo, hombre.

—Si yo estoy muy tranquilo. —Al atracador le temblaba la mano de la navaja. Una línea de abultados pinchazos subía por su antebrazo como una hilera de hormigas rojas—. Eres tú el que no parece tranquilo, chulito de mierda.

El atracador amagó con pincharle y Daniel saltó hacia atrás. Su adversario se volvió riendo hacia sus dos compañeros.

—¿Habéis visto cómo salta el

maricón?

Veinte minutos antes, Daniel había salido de su casa para sacar dinero del cajero automático. Descubrió que el que había junto a su portal estaba estropeado, y para llegar a otro en el que no le cobraran comisiones tenía que cruzar un pequeño parque.

Llevaba unas zapatillas de deporte marrones, bermudas color caqui y una camiseta azul claro con el nombre de una cerveza sueca —nunca había estado en Suecia, la había comprado por cinco euros en un mercadillo—. Caminaba apresuradamente, notando en la piel y en los ojos el aire seco a cuarenta grados de temperatura; iba un poco justo de

tiempo para comprarse los pantalones que necesitaba para esa noche. Era la segunda vez que iba a verse con Elena y no quería llevar sus vaqueros viejos de siempre.

«No debo olvidar que no es una cita».

Decidió no pensar más en Elena. Ya se aclararía la situación esa noche.

Mientras atravesaba el parque vio a un vagabundo de pelo blanco arrastrando un carrito de la compra reparado con cinta de embalar. Llevaba dos años viendo a ese hombre por el barrio, arrastrando el carrito en el que guardaba sus pertenencias y rebuscando en los cubos de basura.

Siguió su camino y al llegar al cajero metió la tarjeta, marcó su clave y consultó el saldo.

«Cuatrocientos setenta y nueve euros».

Apoyó la frente en la pared y cerró los ojos. No tenía ninguna fuente de ingresos y ese día tenía que pagar cuatrocientos euros del alquiler de la habitación donde vivía. Además, tenía que comprar comida, unos pantalones...

Volvió a contemplar el importe de su cuenta. Pensó en demorar el pago del alquiler, pero le habían dejado muy claro que tenía que abonarlo el día uno de cada mes.

«Y ya estamos a día uno».

Presionó el botón de sacar dinero y dudó por última vez antes de teclear el importe. Un momento después, por la ranura del cajero aparecieron tres billetes de veinte euros.

«No puedo quedarme a cero. — Metió los tres billetes en su cartera—. Pero tampoco puedo quedarme en la calle».

Por un momento le asaltó la idea de regresar a casa de sus padres.

—No voy a volver —susurró. Negó despacio con la cabeza, valorando por segunda vez esa opción. Sus padres lo recibirían encantados, e incluso sería lo más seguro para el proyecto en el que trabajaba.

«No, no puedo», se dijo negando esta vez con más firmeza.

Se dio la vuelta contemplando el parque y suspiró. Estaba desarrollando por su cuenta un proyecto que podía alcanzar un valor de miles de millones de euros. «Un proyecto que puede cambiar el mundo». Y a pesar de eso era más pobre que una rata.

«Qué estupidez, que unos cientos de euros amenacen mi trabajo cuando lo tengo tan avanzado».

Se internó de nuevo en el parque y avanzó por un sendero de baldosas rojizas. Oyó algo a su izquierda y echó un vistazo distraído. Dio dos pasos más y se paró en seco. Inmediatamente se

volvió hacia el camino que se abría a su izquierda notando que su corazón latía con fuerza. Allí se encontraba el anciano vagabundo que había visto hacía un rato. Lo estaban atracando.

«No seas idiota, sigue tu camino».

Desoyó aquel impulso y continuó allí clavado. El anciano se agarraba desesperado al carrito de la compra que solía arrastrar encorvado. Dos de los asaltantes lanzaban por los aires el contenido del carrito mientras un tercero sujetaba al vagabundo por los brazos.

—Que sueltes, viejo de los cojones.

El agresor consiguió desprender al anciano de su carrito y lo empujó con fuerza haciéndolo caer.

—¡Eh! —gritó Daniel.

Echó a correr hacia ellos. Le daban la espalda y no lo habían oído. El que había tirado al vagabundo apartó a uno de sus colegas, cogió el carro y lo volcó.

—Tiene que tener algo de pasta —masculó mientras sacudía el carro. Se agachó y comenzó a revolver el contenido desparramado por el suelo.

Daniel tenía veintidós años y los agresores debían de rondar su edad, aunque los rostros demacrados y la piel curtida y sucia les daban un aspecto avejentado. El que llevaba la voz cantante era alto y fibroso. Los otros dos, menos corpulentos, parecía que

tenían el síndrome de abstinencia por la desesperación con que rebuscaban entre los objetos del anciano.

El vagabundo había conseguido sentarse en el suelo. Tenía tierra en un lado de la cara y un arañazo ensangrentado en el pómulos. Extendió un brazo hacia sus pertenencias, sollozó algo incomprensible e intentó ponerse de pie. Daniel siempre había pensado que parecía un viejo profesor de universidad de algún país del este de Europa, con aquella barba blanca, el pelo peinado hacia atrás y unas gafas negras de pasta gruesa más propias de los años setenta.

Se agachó junto al anciano y lo

ayudó a levantarse. Después se volvió hacia los asaltantes. Acababan de localizar una bolsa de plástico con algunas monedas y todavía no se habían percatado de su presencia.

—Soltad eso —dijo con toda la firmeza que consiguió reunir.

Se volvieron hacia él alarmados. El cabecilla miró rápidamente a los lados, vio que no había nadie más y se levantó sin apresurarse. Sus compañeros lo imitaron.

Daniel dio un paso hacia atrás y chocó con el anciano.

—Largaos y dejad en paz a este hombre.

En el rostro del más alto apareció

una mueca burlona. Daniel apretó los dientes y se irguió con la esperanza de que su metro noventa y dos los intimidara. El cabecilla se metió la mano en el bolsillo. «Va a sacar un arma», se dijo Daniel. Pensó que tenía que darle un puñetazo, pero nunca había golpeado a nadie y se quedó inmóvil.

El atracador hizo aparecer una navaja metálica y desplegó una cuchilla de diez centímetros.

—De aquí no se larga nadie.

Se acercó a Daniel con la navaja apuntando hacia su estómago.

CAPÍTULO 3

Madrid, España, actualidad.

Daniel apartó la vista del arma y miró a ambos lados. El parque estaba desierto. Mantuvo las manos levantadas y esperó a que el que había sacado la navaja siguiera hablando.

—Esto es muy fácil. Suelta lo que lleves —el atracador señaló con el arma al bulto que formaba la cartera en las bermudas de Daniel—, o te rajo como a un cerdo.

Daniel sintió que su cuerpo se

agarrotaba, pero intentó pensar con claridad. Las marcas en los brazos de su asaltante le habían hecho suponer que consumía heroína, pero sus pupilas dilatadas y su agresividad apuntaban a que en realidad estaba colocado de cocaína u otro estimulante. También había algo escalofriante en el modo en que lo miraba. «Aunque le dé lo que quiere, no va a dejar que nos vayamos sin hacernos daño».

Divisó con el rabillo del ojo el camino despejado. Si salía corriendo no lo alcanzarían. Pero el vagabundo no podía correr.

Respiró hondo y comenzó a bajar las manos.

—Vale. Voy a sacar mi cartera.

Metió una mano en el bolsillo y la sacó despacio.

—Toma.

Arrojó la cartera hacia el atracador sin dejar de mirarlo a los ojos. El otro siguió el vuelo de la cartera con la mirada y extendió su mano libre para cogerla. Daniel dio un paso hacia delante y le estrelló el puño en la mandíbula con todas sus fuerzas.

A través de los nudillos sintió que se rompía algún hueso. El hombre se desplomó como un fardo. Daniel saltó hacia atrás al tiempo que los otros dos asaltantes retrocedían. Miraron a su compañero caído y después a Daniel,

que había levantado los puños en actitud defensiva. Los bajó un poco. El hombre del suelo no se movía. Tenía la cabeza ladeada y de su boca entreabierta salía sangre.

Daniel recordó una frase que le había dicho un amigo hacía años:

«Con esos brazos, el día que le metas un puñetazo a alguien le rompes el cuello. Lo matas seguro». Su amigo se reía siempre que lo decía, pero a Daniel no le hacía gracia. Matar a alguien implicaría ir a la cárcel y cargar con una muerte en su conciencia.

Los atracadores seguían de pie detrás de su colega, sin saber qué hacer. Entre Daniel y el caído estaban la

navaja abierta y la cartera. Nadie parecía interesado en ellas.

—¡Despertadlo y lleváoslo! —gritó Daniel.

El más pequeño se agachó junto a la cabeza de su compañero.

—Toni. —Lo sacudió suavemente del hombro. Después lo agarró de la mandíbula y agitó su cabeza—. Toni, macho, despierta.

Su compañero emitió un gemido de dolor.

—Aquí hay algo roto, tronco. —Su colega le soltó la mandíbula.

Daniel se adelantó y cogió la navaja sin apartar la vista de los atracadores. Intentó cerrarla, pero algún dispositivo

interno lo impedía y la tiró abierta detrás de él. Después cogió su cartera y se la metió en el bolsillo.

—Se ha quejado, o sea que está vivo. Cogedlo entre los dos y lleváoslo.

Ellos agarraron a su compañero por las axilas e intentaron levantarlo. Al segundo intento consiguieron colocarle un brazo sobre los hombros de cada uno.

—Joder —resopló el más bajito. Dirigió una mirada resentida hacia Daniel y se alejaron trabajosamente.

Daniel se volvió hacia el anciano. La navaja estaba a sus pies y la miraba con el ceño fruncido. Daniel la cogió, examinó su mecanismo y la cerró.

—Mejor nos deshacemos de esto.

Se acercó a una boca de alcantarilla y dejó caer el arma. Cuando se dio la vuelta, el vagabundo se había sentado junto al carrito de la compra. Tenía una de las ruedas en la mano. Daniel se aproximó y descubrió que se había partido una pieza metálica. Comprobó que los atracadores seguían alejándose bajo el sol abrasador y después inspeccionó las pertenencias del anciano.

«Esto me servirá. —Cogió un trozo de alambre enrollado—. Para algo soy ingeniero, aunque sea informático».

—Permítame —dijo extendiendo la mano.

El anciano lo miró en silencio tras

sus gruesas gafas antes de darle la rueda. Daniel la examinó, echó un vistazo al eje del carrito y comenzó a trabajar con el alambre.

Unos minutos después, la rueda estaba firmemente sujeta al eje.

—Ya está.

El anciano se encontraba absorto en la tarea de quitar la arena de media barra de pan duro. Levantó la cabeza hacia él y al ver que había arreglado el carrito sonrió por primera vez. Fue una sonrisa inteligente y apacible, impropia de un vagabundo. Se acercó a Daniel asintiendo repetidamente y le dio un par de palmadas en la espalda. Después se agachó y empezó a meter sus cosas en el

carro. En ese momento Daniel se fijó en que el vagabundo llevaba puesto el mismo traje raído de paño grueso con el que lo veía siempre.

«No quiero ni imaginar el calor que debe de estar pasando». Él se estaba asando a pesar de ir vestido con bermudas y camiseta y de que se encontraban a la sombra de un plátano frondoso.

Mientras el vagabundo guardaba bolsas con restos de comida, Daniel se puso detrás de él y sacó la cartera. La abrió y miró sus tres billetes de veinte euros.

«Ya no llego a la tienda, y tampoco necesito con tanta urgencia un

pantalón... En el supermercado hay una oferta de un kilo de salchichas a dos euros y medio, puedo comprar también arroz y patatas... Y esta noche puedo ir andando en lugar de coger el Metro».

Sacó dos billetes de veinte y se los ofreció al anciano. Este los miró sobresaltado y negó vigorosamente con la cabeza y las manos. Daniel insistió y el anciano se quedó mirando los billetes como un náufrago a una botella de agua, pero tampoco los cogió. La tercera vez que Daniel insistió, el anciano levantó el índice de la mano derecha con expresión interrogativa.

—¡No, hombre, no! Coja los dos. — Daniel golpeó la cartera que tenía en el

bolsillo con expresión de satisfacción —. Yo tengo dinero de sobra. —Hizo con los dedos el gesto del dinero y repitió alto y despacio—: Yo tengo mucho dinero. Mucho.

El hombre arrugó el entrecejo unos segundos, luego alargó una mano con indecisión. Daniel puso en ella los billetes y sonrió.

—¿Puedo hacer algo más por usted?

El vagabundo desvió la mirada avergonzado y negó de modo casi imperceptible.

—De acuerdo. —Daniel se agachó para que sus ojos quedaran a la misma altura—. Creo que es mejor que ni usted ni yo crucemos este parque durante un

tiempo.

Lo repitió otra vez añadiendo gestos y el anciano asintió. A continuación agarró el carrito y se alejó en silencio.

—Buena suerte.

El vagabundo continuó andando. Daniel lo contempló empujando su carrito bajo el sol. Después se puso en marcha, ya no iba a ir al centro a comprar pantalones así que le daba tiempo de pasar por casa y trabajar un rato en su proyecto.

«Y luego veré a Elena».

Pensar en Elena Pastor hizo que sonriera, pero también que un segundo más tarde suspirara frunciendo el ceño.

Elena abrió la puerta de su despacho y se asomó al pasillo con cautela.

No vio a nadie, así que salió y cerró la puerta con llave.

Pensó que debería denunciar el comportamiento de Pedro Vergara, pero no quería que aquello le amargara el inicio de las vacaciones. Además, todo el mundo se había ido ya. Ya pensaría en eso en otro momento.

Avanzó por el pasillo hasta llegar a Secretaría. Allí dejó la carpeta y continuó hacia el ascensor. Al pasar junto a la puerta de Carmen Aroza se sintió culpable. Llevaba más de una semana sin visitarlos, a ella y al

pequeño Fernando, su hijo de tres meses.

«Mañana sin falta voy a verlos —se dijo determinada—. Y pasado mañana —añadió con ternura— me voy una semanita a Logroño a estar con mamá».

Al llegar a las escaleras tuvo una sensación desagradable. Normalmente bajaba andando, pero ahora se quedó dudando al borde del primer escalón. No quería adentrarse sola en aquella quietud, en aquel silencio.

Se alejó de las escaleras y presionó el botón del ascensor. Oyó un pequeño crujido a su espalda y se dio la vuelta con rapidez.

«No hay nadie. Tranquila».

Notó el corazón latiendo con fuerza en el pecho y se concentró en realizar una respiración abdominal, la misma que se enseñaba en los tratamientos para la ansiedad. Como psicóloga sabía que al respirar de ese modo se presiona el nervio vago a su paso por el diafragma, y de esa forma se activa el sistema parasimpático, que reduce los síntomas de la ansiedad. La frecuencia cardíaca disminuyó, pero en su cabeza apareció de pronto un recuerdo de su adolescencia, el mismo que se había esforzado por mantener fuera de su mente durante la reunión con Pedro Vergara.

Ella tenía quince años y volvía a

casa andando junto a una amiga. Habían asistido a una fiesta de cumpleaños en la casa de un compañero del colegio. Ese chico le gustaba, por lo que se había maquillado un poco y se había puesto su conjunto favorito de blusa sin mangas, falda corta y unas medias muy finas de color negro. Finalmente el chico se había dedicado a beber cerveza con sus amigos y había acabado vomitando en el baño. Como estaba diciendo Elena a su amiga, ya no le gustaba tanto.

Se despidieron en el portal de la otra chica y continuó sola. Su casa estaba a sólo dos manzanas de la de su amiga. Cuando había recorrido la mitad de la distancia, vio delante de ella un

coche abandonado que llevaba varias semanas en su calle. Tenía los cristales tan sucios que no se podía distinguir el interior, aunque a Elena le pareció ver dentro una luz como la que haría un mechero. Aceleró su marcha, y en ese momento la puerta del pasajero se abrió y salió un hombre que le cortó el paso.

—Hola, niña, ¿dónde vas? —Elena se quedó paralizada. El hombre era grande, con pinta de no haberse lavado ni cambiado de ropa en semanas, y la miraba con una fijeza que la hizo sentirse desnuda—. Vaya, ¿sabes que estás muy buena?

Sonrió mostrando unos dientes ennegrecidos y la expresión de su cara

hizo que se erizara la piel de los brazos de Elena.

Ella ahogó una exclamación y retrocedió de espaldas sin poder apartar la mirada de aquel animal. Dio un paso torpe, luego otro, por fin reaccionó y se dio la vuelta para salir corriendo. Al volverse vio con el rabillo del ojo que se le acercaba otro hombre. Había salido de entre los coches, caminando agachado y sin hacer ruido. Saltó hacia ella y Elena chilló con todas sus fuerzas, dando manotazos hacia la mano que trataba de agarrarla.

El primer hombre gritó a su espalda.
—¡Cógela, cógela!

La ferocidad de aquel grito heló la

sangre de Elena. Al mismo tiempo unos dedos de hierro rasgaron la piel de su cuello y aferraron el borde de la blusa.

El ascensor hizo un traqueteo metálico mientras se acercaba, devolviendo a Elena a la realidad. Presionó de nuevo el botón de llamada y mantuvo el dedo contra el botón.

—Venga, mierda de ascensor.

Intentó que el recuerdo no volviera mientras sus ojos saltaban escrutando el entorno, pero aquel grito ansioso, más animal que humano, se resistía a abandonarla.

«¡Cógela, cógela!».

Mientras Elena esperaba el ascensor, alguien estaba contemplando una fotografía suya en la pantalla de un ordenador portátil.

Ella no sabía que le habían tomado esa foto.

El hombre alargó un brazo hacia la pantalla y acarició el rostro de Elena. En la imagen ella estaba seria, sumida en pensamientos desconocidos. Miraba hacia la derecha de la cámara y algunos mechones castaños se separaban del resto del cabello como si hiciera algo de viento.

El hombre pasó un dedo por la línea

recta que dibujaban los labios de ella y sintió una corriente eléctrica en el punto de contacto.

—Elena... —El murmullo de su voz estremecida flotó unos instantes en la atmósfera pesada que lo rodeaba.

Retiró la mano de la pantalla, pero su mirada siguió recorriendo la imagen. Pensó en lo caprichoso que era a veces el destino y esbozó una sonrisa fría.

«Hace dos mil quinientos años que murieron Akenón y Ariadna. Pese a ello, han sido dos de las personas más importantes de mi vida. —Asintió levemente mientras contemplaba la expresión seria de Elena—. Ha llegado el momento de que tú sepas quiénes

fueron».

Consultó su reloj y vio que faltaba una hora y media para que Elena y él se vieran en persona. Su mirada retornó a la fotografía y se detuvo en la boca seria de Elena.

«Será un encuentro muy doloroso».

CAPÍTULO 4

Cartago, 507 a. C.

El caballo atravesó el campamento con un trote tranquilo. Sus cascos producían pequeñas nubes de polvo al golpear contra el terreno caliente y reseco. Los soldados de Cartago levantaban la cabeza cuando oían acercarse al pesado corcel, pero se apresuraban a apartar la mirada en cuanto distinguían al hombre que lo montaba.

Se paró frente a una tienda que

destacaba por ser la más grande, así como por su guardia de cuatro hombres fuertemente armados frente a la entrada. Cuando el jinete desmontó, uno de los soldados apartó la piel que cubría el acceso.

El recién llegado, grande y compacto como una roca, atravesó el umbral de la tienda sin mirar a los soldados y se detuvo. Sus fosas nasales se dilataron al recoger el olor a sudor y miedo.

—¿Ha confesado?

En el interior ardiente se encontraban otros dos soldados. El de su derecha se apresuró a contestar.

—No, comandante Drogo. Sigue

manteniendo que estuvo con una mujer.

Drogo emitió un breve gruñido de satisfacción. La novedad de que lo llamaran *comandante* resultaba muy agradable.

Frente a él había un prisionero atado a una silla con las manos a la espalda. Apenas se distinguían sus rasgos bajo la espesa capa de sangre que cubría su cara, aunque por los restos de su ropa se apreciaba que era un soldado de Cartago. Lo habían sorprendido regresando al campamento al amanecer. Afirmaba que había pasado la noche en la cama de una amante indígena, pero era posible que mintiera y que hubiese filtrado información militar a alguno de

los jefes libios que no aceptaban de buen grado someterse a Cartago. Hacía sólo unas décadas la ciudad todavía pagaba tributo a los libios, en cuyo territorio habían fundado Cartago los primeros colonos procedentes de Tiro tres siglos atrás. Sin embargo, el creciente poder económico y militar de Cartago había cambiado las tornas. Ahora eran los libios quienes debían pagar impuestos si querían explotar los terrenos cercanos a la ciudad.

La visión de la sangre estimuló a Drogo, pero que el prisionero fuese soldado y que su delito no estuviera probado lo obligaban a contenerse. Al menos delante de otros soldados. «Y no

tengo mucho tiempo, debo reunirme con Eshdek».

—Tu lanza. —Alargó la mano hacia uno de los hombres que hacían guardia junto a la entrada. El soldado se apresuró a poner el arma en su mano, una lanza de combate con punta de hierro.

Drogo se acercó al prisionero.

—Mírame. —Le dio un golpecito con la punta de la lanza bajo la barbilla. El prisionero levantó la cabeza, que se bamboleó de un lado a otro como si no fuese capaz de sostenerla.

Drogo apoyó la punta de la lanza justo debajo de la tetilla izquierda.

—¡Mírame!

La punta de hierro penetró entre las costillas del soldado hasta rozar su corazón. El hombre abrió los ojos desmesuradamente y sus labios se separaron sin que llegara a emitir ningún sonido. Drogo contuvo el impulso de atravesarle el pecho en ese instante, deleitándose en el terror de su víctima, imaginando que aquellos ojos aterrados pertenecían al hombre que más odiaba.

«Akenón...».

—Esta es tu última oportunidad. — La voz de Drogo era una amenaza ronca —. Dime el nombre de las personas con las que te has reunido.

El soldado sollozó algo que parecía el nombre de una mujer. La mano de

Drogo apretó con más fuerza la vara de la lanza mientras sostenía la mirada del prisionero. Lo más sensato sería crucificarlo a la vista de los demás soldados para que sirviera de escarmiento, pero la urgencia en el interior de Drogo era demasiado fuerte. En su garganta surgió un gruñido que se mantuvo bajo y grave unos instantes, hasta que de pronto se convirtió en un rugido espantoso al tiempo que hundía la mitad del arma en el pecho del hombre. El impulso hizo caer la silla hacia atrás. La parte de la lanza que sobresalía por la espalda se partió contra el suelo.

Drogo jadeó ruidosamente mientras contemplaba el cadáver atravesado. Un

minuto después salió de la tienda, subió a su caballo y se alejó pensativo. Aunque llevaba años deseándolo, todavía le costaba hacerse a la idea de que había sido nombrado comandante de la guardia urbana de Cartago.

«Es un día para la celebración. — Clavó con fuerza los talones en su montura—. Un día para la venganza».

Akenón rodeó con un brazo los hombros de Ariadna mientras paseaban. La atrajo hacia él y besó su cabeza con suavidad. Ella esbozó una sonrisa breve y distraída. Era evidente que estaba preocupada, pero Akenón no quería

presionarla y no le dijo nada. Siguió observando con disimulo la expresión ausente de su mujer y luego desplazó su atención al entorno.

Estaban descendiendo la colina de Byrsa, desde la que se dominaba la populosa ciudad de Cartago. En la cima se hallaba el templo dedicado a Eshmún, dios de las curaciones, y por su ladera oriental se desplegaba el barrio aristocrático, una amplia extensión de mansiones de tejado liso, con patio interior y amuralladas. La mansión en la que vivían ellos estaba situada en el límite del barrio noble, a media altura de la colina. Ocupaba una de las islas delimitadas por el trazado de las calles,

y su fachada daba a una de las avenidas principales que bajaban desde lo alto de la colina hacia el mar.

Akenón se fijó en dos edificios en construcción a los que se estaban acercando. Le llamaba la atención la rapidez con la que habían avanzado las obras. En un caso se trataba de una mansión de dos plantas parecida a la suya, aunque algo más pequeña, y en el otro de un edificio de tres alturas donde vivirían varias familias.

«En Cartago siempre se está construyendo».

Para las obras utilizaban el suministro ilimitado de piedra caliza que proporcionaban las canteras

próximas a la ciudad. Era un material que se trabajaba con facilidad y permitía construir con la celeridad que demandaba el incremento continuo de población. Akenón había estado en las canteras y sabía que cortaban los bloques con el mismo método que él había conocido en Egipto: encajaban cuñas de madera en unas hendiduras, las mojaban y la madera se expandía hasta partir la piedra. Los bloques de piedra también se estaban destinando a ampliar en varios kilómetros el perímetro de la muralla que rodeaba Cartago, de modo que protegiera en su interior al creciente número de artesanos, así como a la población rural que vivía en la periferia

de la ciudad.

—Mira, papá.

Sinuhé señalaba con los ojos muy abiertos hacia el edificio más alto, de cuya azotea salía humo. Akenón distinguió por encima del bajo pretil a dos hombres agachados sobre el origen del humo, que quedaba fuera del alcance de su vista.

—¿Sabes lo que están haciendo, Sinuhé? Creo que calientan pez. Es una sustancia que se pone en los tejados para que el agua no entre en las casas cuando llueve.

Sinuhé asintió sin decir nada, mirando hacia lo alto del edificio con la cabeza echada para atrás. Un momento

después se olvidó de aquello y echó a andar dando saltitos junto a Kush.

Continuaron su paseo por aquella vía empedrada en dirección al ágora, la gran plaza pública que casi siempre rebosaba de actividad comercial. De pronto Ariadna percibió a su derecha una mirada recelosa. Echó un vistazo de reojo, sin girar la cabeza, y vio a una aristócrata madura rodeada de esclavas. Su aspecto era muy diferente al de Ariadna, que seguía vistiendo las sencillas túnicas de lino propias de la orden pitagórica. Las ropas de la cartaginesa llegaban hasta los pies y estaban adornadas con elaborados bordados de palmetas. Unas llamativas

cenefas rojas remataban las mangas y el cuello, y se cubría con un chal de vivos colores. En la cabeza, por encima de la hosca mirada, un tocado de plumas de pavo cubría su pelo negro, que ya necesitaba tinte para ocultar las hebras grises.

«Siempre la misma mirada».

Ariadna estaba harta de que la trataran así. Su inusual pelo claro era uno de los motivos de envidia para las mujeres de los ricos comerciantes y dignatarios de Cartago. Se trataba quizás del elemento más llamativo, pero no era el único que provocaba su rechazo. A aquellas mujeres les resultaban inaceptables su forma de vestirse y

arreglarse, como si tratara de ofenderlas con su sencillez.

La aristócrata se giró siguiendo el avance de Ariadna. Con el despliegue de plumas de su tocado parecía un pavo defendiendo su territorio. Ariadna buscó instintivamente a Sinuhé y le dio la mano. El pequeño la miró sonriendo, pero enseguida se soltó para hacer avanzar una piedrecita a patadas.

Las nobles cartaginesas tampoco toleraban el modo de comportarse de Ariadna con los sirvientes y con su marido. No entendían que ella había sido criada en una comunidad pitagórica, donde la regla establecida por su padre era la igualdad entre los

seres humanos. La esclavitud no era admisible para los iniciados pitagóricos, por eso ella había ofrecido a Kush las mismas condiciones y trato que a un sirviente libre —aunque él quiso seguir considerándose esclavo, pues a su limitada mente la desacostumbrada libertad le resultaba amenazante—. Por otra parte, en Cartago se practicaba la poligamia y las mujeres casi siempre estaban confinadas en sus hogares, mientras que resultaba evidente que Akenón y ella mantenían un trato de igual a igual.

Se alejó de aquella aristócrata procurando ignorarla. Ariadna nunca se había integrado plenamente en ningún

entorno, ni en la comunidad pitagórica de Crotona, ni viajando por las ciudades de la Magna Grecia ni en los tres años que llevaba en Cartago. Los traumáticos acontecimientos de su adolescencia y su carácter independiente habían marcado su vida. Sólo se había sentido comprendida y libre de ser ella misma cuando estaba a solas con su padre y después con Akenón. Y desde que había emigrado a Cartago, su esposo y Sinuhé formaban el restringido círculo en el que ella se sentía aceptada y feliz.

«Mi familia», pensó sintiendo que su inquietud aumentaba.

Caía la tarde y el cielo nublado poseía un irreal tono dorado. Ariadna

contempló el semblante de su esposo. Akenón estaba serio pero parecía tranquilo, y ella se preguntó si la desazón que sentía se debía a las variaciones en el ánimo propias del embarazo o a una intuición certera.

—¡Soltadme! —Ariadna buscó alarmada el origen del grito—. ¡Soltadme, por Baal y Tanit, estáis cometiendo un error!

A veinte pasos de Ariadna dos soldados forcejeaban con un hombre vestido con una sencilla túnica larga y un turbante blanco. La gente que lo rodeaba se apresuró a apartarse, pero sólo para formar un corrillo alrededor del espectáculo. El hombre intentó

escapar corriendo, un soldado tiró de su túnica y lo hizo caer hacia atrás. El turbante se deshizo en el suelo. Antes de que el hombre se levantara, el otro soldado desenvainó su espada y le puso la punta en el pecho profiriendo una amenaza.

El hombre comenzó a gimotear.

—Tened piedad de mí, por Moloch os lo ruego, por Eshmún y Baal Hammón.

Lo levantaron de un tirón y le ataron las manos a la espalda. Después se lo llevaron por una calle lateral, seguidos a varios pasos de distancia por una mujer joven con la boca cubierta por un velo empapado de lágrimas.

El corrillo de curiosos comenzó a deshacerse, pero al pasar a su lado Ariadna oyó varios comentarios que le permitieron entender lo que había sucedido. El detenido era propietario de un puesto del mercado, y un magistrado encargado de los pesos y medidas de los comercios había descubierto que el hombre utilizaba un juego de pesos trucado. Ariadna recordó a la mujer que seguía a los soldados, probablemente su mujer o una hija que lo ayudaba en el negocio, y lo lamentó por aquella familia. El poder de Cartago se asentaba en su comercio y castigaban con dureza ese tipo de infracciones.

El empedrado del suelo se volvió

más irregular según se alejaban del barrio noble. En las viviendas ahora predominaban los ladrillos de adobe sobre los bloques de piedra. Ariadna oyó a unos hombres mencionar a Baal y recordó la larga lista de dioses por los que había jurado el comerciante arrestado.

«La religión siempre está presente en Cartago».

Sus habitantes realizaban sacrificios con frecuencia, ya fuera de gratitud o para pedir el favor de alguna divinidad. Llevaban efigies de sus dioses en sus empresas comerciales o bélicas, y en cada nueva colonia el primer edificio que levantaban era un templo.

«Resulta curioso el parecido con algunos dioses griegos», se dijo Ariadna. Baal tenía características similares a Crono, el padre de Zeus. Eshmún podía equipararse con Asclepio, dios de la curación. Sin embargo, otros como Tanit, la patrona de Cartago y consorte de Baal, eran diferentes a cualquier dios griego.

En Cartago había una mezcolanza de creencias pareja al diverso origen de sus habitantes. Muchos seguían adorando a los antiguos dioses de Tiro —la metrópoli de la que Cartago ya se había independizado— a la vez que crecía el culto a los dioses propios de Cartago. También eran muy venerados

los principales dioses egipcios, al igual que las creencias libias encontraban asiento en las capas más bajas de la población. La maraña de dioses se completaba con aportaciones de otros grupos de inmigrantes que conservaban las creencias de sus lugares de origen: asirios, etruscos, fenicios de todo el Mediterráneo, griegos de diferentes ciudades y colonias...

Antes de llegar al ágora aparecieron los primeros tenderetes. Ariadna hizo una mueca de desagrado y procuró no mirar al puesto más cercano, especializado en carne, que exhibía varios perros muertos colgando de las patas traseras. No conseguía habituarse

a la costumbre cartaginesa de comerse a los perros como si fueran conejos.

Akenón hizo un gesto hacia otro puesto.

—Esa navaja tiene buena pinta.

Se adelantó hacia el tenderete, seguido por Ariadna, y cogió una navaja de afeitar de bronce con mango de hueso labrado. Contempló con agrado la figura del mango, un pez alargado que permitía un buen agarre, y después examinó el filo.

Ariadna echó una ojeada hacia Kush y Sinuhé —hablaban en voz baja señalando los perros muertos—; después paseó la mirada por los puestos de alrededor intentando distraerse. Hubo

uno que captó su atención y se acercó a examinar la mercancía. Exhibía varios portaamuletos de madera y hueso que se colgaban del cuello con un cordón de cuero. También tenía un copioso muestrario de pendientes y anillos de plata y bronce, collares con cuentas de vidrio de colores y brazaletes de varias vueltas. Paseó la vista por los diferentes objetos y se detuvo en una diadema formada por láminas metálicas articuladas. La cogió y comenzó a examinar la ingeniosa estructura sin darse cuenta de que Akenón se le acercaba por detrás:

—Mira quién viene.

Ariadna se volvió hacia la avenida,

intranquila por el tono de su esposo. A cien pasos de distancia se acercaban con lentitud varios nobles seguidos por un nutrido grupo de soldados. Ariadna forzó la vista y sonrió al distinguir en cabeza a Eshdek. Era el principal amigo que tenían en Cartago, protector de Akenón desde que había llegado a la ciudad y su socio comercial; Akenón le había entregado la mayor parte de su oro para participar en algunas empresas comerciales, hasta ahora con un rendimiento excelente.

La sonrisa se desvaneció súbitamente del rostro de Ariadna. Acababa de distinguir a la persona con la que estaba hablando Eshdek.

CAPÍTULO 5

Cartago, 507 a. C.

—Pensaba que estaba en Siracusa
—murmuró Ariadna.

Akenón asintió lentamente. Sus labios carnosos se habían afinado en una mueca tensa. El acompañante de Eshdek era el hombre más impredecible que había conocido nunca, y con quien tanto él como Ariadna habían coincidido varias veces en el pasado.

«Glauco de Síbaris», pensó entornando los ojos.

Ariadna se volvió hacia su esposo.

—Vámonos antes de que nos vean.

En ese instante Eshdek levantó una mano hacia ellos, saludándolos e indicando que se acercaran. Ariadna apretó las mandíbulas.

—Kush, coge a Sinuhé.

El esclavo tomó al niño en brazos y se situó detrás de sus señores. Comenzaron a caminar lentamente hacia Glauco, Eshdek y su numeroso séquito. Ariadna, manteniéndose cerca de su hijo, no apartaba la vista de Glauco. El sibarita había engordado aún más y superaba con holgura sus habituales ciento cincuenta kilos. La carne le colgaba fofa en la cara, papada y brazos.

Había adaptado su modo de vestir a las costumbres de Cartago: por encima de la túnica llevaba un largo caftán, abierto por delante, que sujetaba sobre su voluminosa tripa con una pesada joya de oro en la que relucían varias piedras preciosas.

En el pasado, el obeso sibarita se había mostrado a veces como un obediente pitagórico interesado en los conocimientos de la orden y sus reglas de conducta, pero en otras ocasiones había actuado como un hombre intensamente sensual cuya única preocupación residía en satisfacer sus necesidades carnales. Asimismo, les había ofrecido tanto una faceta amable

hasta el empalago como su lado perturbado, salvaje y peligroso. En un momento de obsesión por las enseñanzas secretas, y saltándose varias reglas primordiales de la orden pitagórica, había pagado mil quinientos kilos de oro a cambio de unos conocimientos inéditos sobre el círculo. Ariadna nunca olvidaría una reunión que Akenón y ella habían mantenido con Glauco en aquella época. El sibarita había enloquecido al no obtener de ellos los conocimientos que ansiaba.

«Estuvo a punto de ordenar que nos mataran», recordó estremeciéndose.

Ariadna había tenido que forzar sus capacidades para poder dominarlo y

salir con vida de su palacio; sin embargo, tan sólo unos días después Glauco se mostró obsequioso con ellos y colaboró plenamente.

En otra ocasión, Akenón lo había visto enloquecer al enterarse de que su amante, un esclavo adolescente de aspecto angelical llamado Yaco, lo engañaba con su copero. Akenón había relatado a Ariadna que aquella vez, delante de cientos de personas, Glauco ordenó que aplastaran vivo al copero y desfiguraran a su joven amante con un hierro incandescente.

«¿Qué Glauco nos encontraremos ahora?», se preguntó Ariadna intentando descifrar el semblante del sibarita.

Eshdek se detuvo para hacer un comentario a Glauco. Ariadna observó con desdén que todos los nobles prestaban una atención obsequiosa a las palabras de su amigo. Hacía tan sólo unos días Eshdek había sido nombrado sufete, el más alto cargo del gobierno de Cartago. El nombramiento era consecuencia del prestigio que había adquirido al lograr un acuerdo con Roma un par de años atrás. Ese acuerdo prácticamente garantizaba a Cartago el dominio de la mitad del Mediterráneo.

Tiro, la metrópoli fenicia que había fundado Cartago, había sucumbido al

imperio persa hacía tres décadas. En aquella época Cartago ya había cobrado un peso propio y controlaba buena parte de las colonias fenicias del Mediterráneo central y occidental. La caída de su antigua metrópoli aumentó su peso específico y sus ansias expansionistas. Los griegos eran entonces los principales rivales por el control de las rutas de comercio marítimas. Poco después de la caída de Tiro, en las costas de Alalia —en la montañosa isla de Córcega— se había producido una gran batalla naval entre los griegos de Focia y las fuerzas de Cartago, aliados en esta ocasión con los etruscos. El resultado fue favorable a

Cartago y a partir de ese momento los griegos tuvieron que limitarse al Mediterráneo oriental y a las aguas de la Magna Grecia.

En los siguientes años el imperio persa había seguido expandiéndose, obligando a los griegos a centrarse en defender sus fronteras orientales. La mermada capacidad de influencia griega había sido aprovechada por Cartago para aumentar el control sobre las costas y las rutas marítimas, y el acuerdo que Eshdek había firmado hacía dos años con la pujante Roma reforzaba la seguridad de su comercio. Cartago nunca había tenido un dominio de tal envergadura sobre las tierras de donde

se obtenía el oro y la plata, que los pueblos mediterráneos requerían con tanta avidez, y el estaño y el cobre necesarios para la fabricación de resistentes armas de bronce.

«No navegarán los romanos y sus aliados en el golfo de Cartago. — Ariadna recordaba parte del tratado con Roma; Eshdek se lo había explicado en una cena que celebraron varias semanas después en la residencia de su amigo —.Los cartagineses no construirán fortalezas en el país de los latinos». El acuerdo mencionaba condiciones para las dos partes, pero sobre todo aseguraba que romanos y cartagineses tenían el interés común de respetar las

áreas de influencia conseguidas y poder centrarse en sus enemigos.

El grupo continuó avanzando hacia Ariadna y su familia. Aunque ellos no participaban de la vida política de Cartago, Ariadna reconoció entre los acompañantes de Eshdek a varios senadores. El Senado estaba compuesto por cien miembros, representantes de las principales familias y grupos de poder de la ciudad. Casi todos sus miembros eran fenicios cuyos antepasados habían emigrado a Cartago hacía varias generaciones, pero había un grupo notable de tirios que no habían nacido allí, sino que procedían de la emigración masiva que había tenido

lugar cuando la metrópoli cayó en manos del rey persa Ciro el Grande.

Ariadna se dio cuenta de que los senadores formaban dos grupos, uno a cada lado de Eshdek. Por un lado estaba el partido de los comerciantes más notables y por otro el de los grandes propietarios agrícolas. Los senadores eran los encargados de elegir a los sufetes para que tomaran las principales decisiones. Una vez elegidos, los sufetes gozaban de una autonomía de gobierno casi plena, pero si querían ser reelegidos tenían que satisfacer los intereses de un número suficiente de senadores. Un sufete hábil podía incluso elegir a su sucesor, lo que a veces

convertía el cargo en hereditario.

La pareja que formaban Eshdek y Glauco representaba la peculiar simbiosis que se producía en Cartago entre la iniciativa pública y la privada en beneficio del comercio. El gobierno mantenía agentes públicos en varias naciones, dirigía los esfuerzos militares a abrir nuevas rutas y mantener las existentes, fijaba las paridades entre los productos básicos y encargaba a las compañías de comerciantes la compra de las mercancías estratégicas. También se ocupaba de la construcción de puertos y almacenes y de firmar acuerdos beneficiosos para el comercio, como el que había logrado Eshdek con

Roma. Los comerciantes, por su parte, adquirirían determinadas mercancías cuando se lo requería el gobierno, pagaban impuestos y costeaban las compras, el transporte y el almacenamiento. El resultado de esa cooperación era la acumulación de una enorme riqueza en manos de los comerciantes, y que Cartago se hubiera convertido en un imperio comercial.

Ariadna sintió una punzada de alarma cuando el grupo llegó a donde ella estaba. El aire le resultaba tan denso que le costaba respirarlo. Miró alrededor sin encontrar ningún indicio que justificara su desasosiego.

—Ariadna, Akenón, qué alegría

volver a veros.

La voz de Glauco los envolvió con un tono meloso. Aquel encuentro era el primero tras el violento enfrentamiento que se había producido la última vez que se habían visto. El obeso sibarita, sin embargo, no parecía compartir la tensión de Ariadna. Exhibía una sonrisa relajada y llevaba de la mano a un bello adolescente de piel negra. El muchacho miraba al suelo como si fuera muy tímido o tuviera miedo.

—Salud, Glauco de Síbaris —respondió Ariadna. Se había percatado de que Glauco no había utilizado el saludo pitagórico. No le extrañó, pues desde los dramáticos acontecimientos de

hacía tres años el sibarita no había vuelto a contactar con ninguna comunidad pitagórica.

Eshdek señaló a Glauco con su habitual expresión afable.

—Glauco se ha establecido con nosotros —dijo con aire satisfecho—. Ha comprado una mansión cerca de la mía y se ha instalado esta misma semana.

—Creíamos que habías fijado tu residencia en Siracusa. —Ariadna no se esforzó en aparentar cordialidad.

Glauco iba a responder cuando los interrumpió un grito agudo.

—¡Tío *Esek*!

Sinuhé se escabulló de los brazos de

Kush y corrió hacia Eshdek, que lo alzó por los aires dando una vuelta sobre sí mismo. El pequeño río encantado. Eshdek no había tenido hijos y solía jugar un rato con Sinuhé cuando se veían, lo cual ocurría cada vez con menor frecuencia. La creciente influencia del acaudalado cartaginés conllevaba que apenas dispusiera de tiempo libre.

Glauco respondió ignorando la interrupción de Sinuhé como si este no existiera:

—Siracusa me sirvió para reorganizar mis negocios. Pero ahora la mayor parte de mis operaciones tienen como base Cartago, y mi principal socio

es Eshdek. —Amplió la sonrisa—. Sin olvidarme de ti, Akenón —añadió inclinando ligeramente la cabeza.

Akenón reprimió una mueca de disgusto. Eshdek había decidido en qué expediciones comerciales invertir el oro que le había entregado Akenón, y eso había tenido como consecuencia que en algunas operaciones Akenón y Glauco fueran consocios.

—¡Por Apolo, Ariadna, estás embarazada de nuevo! —exclamó de pronto Glauco abriendo mucho los ojos.

Ariadna notó que se le endurecía la tripa y contuvo el impulso de cruzar los brazos sobre el vientre. Como única respuesta esbozó una sonrisa tensa

mientras el sibarita recorría su cuerpo con una mirada fascinada, de la curva de su embarazo a sus pechos henchidos.

Detrás de Glauco, dos docenas de aristócratas comenzaron a fijar su atención en ellos. Eshdek había ido esa tarde con Glauco a visitar el templo de Baal para hacer un sacrificio en gratitud por su nombramiento. Se les habían unido los demás nobles como moscas a la miel, y habían formado una comitiva que se dirigía al edificio donde se reunía el Senado, situado en el mismo barrio que el ágora.

«No puedo seguir aquí». Ariadna sentía como una losa cada mirada que se posaba en ella. El tenebroso presagio

seguía cobrando fuerza en su interior, sumándose a la atmósfera opresiva de aquella situación. El aire caliente y húmedo parecía comprimido por la espesa capa de nubes, de un extraño dorado anaranjado, que había descendido sobre ellos hasta parecer que iba a rozar los turbantes que llevaban varios de los nobles. Sus rostros oscuros de largas barbas estaban vueltos hacia Ariadna. Uno de ellos se pasó la lengua por los labios y mostró una sonrisa en la que se veían varios dientes sujetos entre sí por un hilo de oro. La mayoría de los ojos exploraban a Ariadna sin recato. Su voluptuosidad habitual estaba realzada por el embarazo

y su cabello claro les llamaba poderosamente la atención. La conocían de oídas o de verla pasar a lo lejos, y ahora querían aprovechar la oportunidad de contemplarla de cerca. Ariadna era sólo una mujer, extranjera y de clase inferior a ellos. No tenían por qué disimular su libidinosa curiosidad.

Akenón vio cómo miraban los nobles a Ariadna y sintió el impulso de aplastar sus narices aristocráticas. Tuvo que contenerse, no era prudente enemistarse abiertamente con tantos hombres influyentes, aparte de que llevaban de escolta medio centenar de soldados. Su irritación se dirigió entonces a Eshdek, que seguía haciendo

reír a Sinuhé ajeno a la incómoda situación que se vivía a su lado.

«Le dejé claro que no quería volver a ver a Glauco». No comprendía que su amigo les hubiera hecho detenerse con aquel grupo sólo por el capricho de jugar un rato con Sinuhé. Ambos sabían que la nobleza de Cartago siempre había considerado a Akenón una amenaza por su labor de investigador privado, y que les molestaba que no fuera más sumiso y reverente. Los nobles lo consideraban muy inferior a ellos, incluso lo veían por debajo de la clase de los pequeños mercaderes y artesanos. El hecho de que se hubiera hecho rico de golpe, probablemente más que muchos de ellos,

lo único que hacía era añadir a la animadversión una envidia malsana.

La atención de los aristócratas se repartía entre Ariadna y los juegos de Sinuhé y Eshdek, que era el que debía dar la orden de continuar. Akenón miró irritado al grupo de nobles, orondos y sudorosos bajo sus túnicas y caftanes con franjas de colores de influencia persa. Llevaban ostentosos adornos de oro y piedras preciosas en sortijas, colgantes, pendientes e incluso anillos nasales. Del altivo grupo se desprendía un olor viscoso que se pegaba a la garganta, compuesto de ungüentos perfumados, polvos aromáticos y sudor.

Glauco, después de recrearse en el

embarazo de Ariadna, se había desentendido de ellos y acariciaba delicadamente la tersa piel negra del brazo de su esclavo, cuyos labios temblaban ligeramente. Ya no hablaba nadie, sólo se oían las risas de Sinuhé y a lo lejos un orfebre que proclamaba las virtudes de sus figuras de grifos, pájaros y leones.

Akenón se aclaró la garganta y habló en un tono suave pero firme.

—Eshdek...

Su amigo se volvió hacia él con una sonrisa radiante.

—¿Sí?... ¡Oh, perdona! Se me pasa el tiempo con este diablillo como a un abuelo tonto. —Dio un paso hacia

Ariadna, que se apresuró a coger de sus brazos a Sinuhé.

—Es evidente que estás muy ocupado... —comenzó Akenón.

Eshdek levantó una mano.

—Antes de que te vayas —dijo en voz alta—, me gustaría compartir contigo una agradable novedad que se ha producido hoy mismo.

Pasó el brazo por el hombro de Akenón a la vez que se giraba hacia su séquito.

—Nuestra guardia urbana tiene desde hoy un nuevo y merecido comandante. —Alzó una mano hacia el grupo de nobles y soldados—. Comandante Drogo, acércate por favor.

El cuerpo de Akenón se tensó bajo el brazo de Eshdek. Los aristócratas abrieron apresuradamente un pasillo, y de entre los soldados se apartó un hombre que caminó lentamente hacia ellos.

Akenón lanzó una rápida mirada hacia Ariadna, que ya se estaba colocando tras él.

CAPÍTULO 6

Madrid, España, actualidad.

En la pantalla del portátil seguía brillando la imagen de Elena.

Apartándose de ella, el propietario del ordenador apoyó la espalda en el respaldo del sofá. Reprimió el impulso de mirar de nuevo la hora y cerró los ojos.

Pensar en Akenón y Ariadna en ese momento lo había agitado, lo que era extraño en él. Recordó brevemente el destino final de aquel egipcio y aquella

griega, tan lejanos y a la vez tan presentes, y luego liberó su consciencia de cualquier pensamiento.

Pocos minutos después, la inminencia de su encuentro con Elena interfirió con su estado de calma. Abrió los ojos y la vio frente a él, inmóvil en el monitor.

Cogió el portátil con ambas manos y lo colocó sobre sus piernas.

«Dentro de poco habré resuelto este asunto. —Su mirada se endureció—. Después tendré que ocuparme de Daniel».

Elena se volvió con rapidez al notar

que las puertas del ascensor se abrían. El interior estaba vacío. Se apresuró a entrar y presionó el botón de la planta baja. Cuando el ascensor se puso en marcha, soltó el aire que había estado reteniendo.

Pasó una mano por su cuello, recorriendo la zona donde las uñas de su asaltante habían hecho brotar la sangre hacía ya once años. Sintió una repentina punzada de rabia al pensar que Pedro Vergara podía haberla atacado en su despacho aprovechándose de su mayor corpulencia.

«Tengo que retomar el kárate».

Suspiró. ¿A quién iba a engañar? Tenía una larga lista de tareas y

propósitos que llevaba tiempo posponiendo, y lo más probable era que continuara siendo así. Recordó de nuevo su decisión de visitar a Carmen; eso sí que no iba a aplazarlo más.

«Lo primero que haré mañana por la mañana será ir a verla».

Carmen Aroza, además de encabezar el departamento de Psicología Clínica —que integraba la asignatura de Psicopatología—, había dirigido el doctorado de Elena en Neurociencia. Ambas habían quedado encantadas de trabajar juntas, si bien sus inicios habían resultado algo accidentados.

Elena sonrió al rememorar aquello.

Las dos habían estado de acuerdo en

que Elena se dedicaría a analizar y comparar todos los estudios sobre demencias que cumplieran ciertos requisitos. Era lo que se llamaba un metaanálisis; es decir, un análisis de múltiples estudios para sacar conclusiones generales. Su investigación iba a formar parte de un programa internacional que pretendía diseñar programas de tratamiento más eficaces para el Alzheimer y otras demencias. El problema entre Elena y Carmen surgió cuando hubo que precisar el enfoque del estudio.

«Carmen fue inflexible con la hipnosis», recordó Elena mientras se abrían las puertas del ascensor en la

planta baja. Al otro lado del vestíbulo había un amplio panel de corcho y se dirigió hacia él.

Carmen Aroza había desarrollado una reconocida labor investigadora y docente en áreas tradicionales de la psicología, pero además de eso había dedicado media vida a la hipnosis. No a los trucos de escenario, sino a los estudios serios sobre la hipnosis y sus aplicaciones prácticas.

—La hipnosis no es un poder mágico que tienen algunas personas —le oyó decir Elena en clase cuando ella todavía era estudiante y Carmen su profesora—. En la hipnosis lo que hacemos es acceder de modo más efectivo al

subconsciente, gracias a la inducción previa de un estado de relajación. No olvidemos que hipnosis viene de Hypnos, que en la mitología griega es el dios del sueño.

—¿El dios del sueño no era Morfeo?
—preguntó un estudiante con una poblada barba negra.

—Morfeo es el dios de los sueños —respondió Carmen—, el encargado de constituir los sueños de los durmientes. Hypnos es el dios del sueño, del acto de dormir. De hecho, Morfeo es el hijo de Nix, la noche, y de Hypnos.

Carmen Aroza paseaba por la tarima mientras hablaba. Poseía un magnetismo personal que hacía que Elena la

escuchara fascinada desde la segunda fila.

—El objetivo terapéutico de la hipnosis, como de cualquier terapia —prosiguió su profesora—, es mejorar la calidad de vida del paciente. Si conseguimos modificar algunas de sus estructuras de pensamiento, podremos cambiar la manera en que interpreta ciertas ideas, impulsos o sensaciones. Con relación al tabaquismo, por ejemplo, podemos reducir su dependencia psicológica estableciendo vías de escape para sus pensamientos obsesivos; es decir, le ayudamos a tomar el control de su atención y así pensar menos en el tabaco. También

reforzaremos las ideas negativas (o sea, realistas) de lo que es el tabaco; por último, y posiblemente lo más importante, podemos lograr una importante disminución de la ansiedad, que tan relevante resulta en los momentos críticos de la deshabituación.

Los estudiantes tenían toda su atención puesta en ella, sobre todo los fumadores. Sabían que Carmen Aroza trabajaba los sábados por la mañana en una clínica privada donde desenganchaba a la gente del tabaco utilizando la hipnosis. Decían que su tasa de éxito era muy alta y que lo lograba en una única sesión.

—¿Se puede hipnotizar a todo el

mundo? —preguntó una chica con coleta y gafas verdes desde la primera fila.

—Se puede hipnotizar a todo el que quiera. —Carmen reanudó su paseo por la tarima, gratamente consciente del interés de sus estudiantes—. Cuando estamos despiertos, nuestra consciencia está vigilante. Somos conscientes de nuestras ideas y de nuestras sensaciones, y eso significa que las procesamos de algún modo antes de almacenarlas. Para que la hipnosis funcione, es decir, para producir cambios suficientemente profundos, hay que desactivar la atención, a la que podemos denominar *el vigilante del cerebro*.

—Pero si hacemos eso —respondió

la chica de la coleta—, esa persona tampoco podrá atender al hipnotizador.

Carmen asintió sonriente antes de responder. La hipnosis no formaba parte del programa de la asignatura, pero todos los años dedicaba media hora a hablar de ella. Después de la clase, a los más interesados les recomendaba unos artículos que ella misma había escrito sobre la materia.

—Que una persona no esté vigilante no significa que no esté consciente. Sabéis que en un electroencefalograma podemos ver la frecuencia del ritmo eléctrico del cerebro. En los estados de mayor agitación el ritmo es más acelerado, y disminuye según la persona

se tranquiliza. No se puede hipnotizar a una persona en estado Alfa porque eso significa que está alerta, que *el vigilante de su cerebro* está demasiado atento. La hipnosis es posible en el estado Beta, que corresponde a la relajación, y en el Theta, que es el intermedio entre la vigilia y el sueño. En esos estados se puede acceder a las estructuras profundas de la mente a través de la consciencia, pero sin que *el vigilante del cerebro* haga un proceso de filtrado.

Se detuvo y recorrió la clase con la mirada antes de poner un ejemplo que a los estudiantes siempre les hacía gracia.

—Es como si quisiéramos entrar a ligar en una discoteca elitista y para ello

tuviéramos que eludir al portero que vigila la puerta. La discoteca es la mente, donde queremos entrar; el portero es la atención, que queremos que no nos impida la entrada; y la puerta es la consciencia, a través de la cual accedemos a la mente. Para poder hipnotizar, necesitamos esa puerta abierta y sin portero.

Cuando terminó la clase varios estudiantes se reunieron en grupos y empezaron a jugar a la hipnosis, obviamente sin ningún resultado. La intención de Carmen Aroza era incrementar el interés por la hipnosis. Quizás así conseguiría que alguno de aquellos estudiantes, después de años de

estudio y práctica, la incorporara a su arsenal de técnicas terapéuticas.

Pero sabía que era una tarea difícil. La hipnosis tenía muy mala fama, era conocida sobre todo por aparecer junto a los espectáculos de magia circense. Además, nunca podría ser una ciencia exacta, ya que dependía en gran medida de que se estableciera un adecuado vínculo de confianza entre el paciente y el terapeuta. Asimismo, el terapeuta debía ser capaz de relajar adecuadamente al paciente y minimizar su grado de alerta, a la vez que mantenía su consciencia en niveles adecuados. Esos ya eran aspectos de considerable dificultad, pero había uno aún más

delicado: mientras se navegaba por la mente del paciente había que manejar con extrema sutileza las ideas y resistencias que iban apareciendo. Cualquier paso en falso podía interrumpir el proceso de hipnosis igual que un despertador estridente.

Y eso, como muy bien sabía Carmen, podía resultar dramático.

CAPÍTULO 7

Madrid, España, actualidad.

Al llegar a casa, Daniel fue directamente a la cocina, llenó un vaso grande con agua del grifo y lo bebió a grandes tragos. Después lo rellenó y se apoyó en la encimera para beber con más tranquilidad.

Se miró la mano derecha. Tenía los nudillos enrojecidos. Abrió y cerró la mano un par de veces sin notar ningún dolor preocupante. Esperaba no haberle hecho nada grave a aquel atracador, y

desde luego esperaba no volvérselo a encontrar. Tendría que vigilar su espalda durante un tiempo.

Visualizó al anciano, arrastrando su carrito con esfuerzo, y meneó la cabeza preocupado.

«Espero que me haga caso y se mantenga alejado del parque».

Su mirada se dirigió hacia la puerta de la cocina. Hasta ese momento no se había dado cuenta, pero se oía una música demasiado alta procedente del salón.

«Sí que han empezado pronto hoy», se dijo levantando las cejas.

Compartía piso desde hacía dos meses con Cristina y Pablo, que además

de ser novios tenían la misma afición: emborracharse de jueves a sábado, cuando no algún otro día de la semana. Eran estudiantes de Económicas, tenían veintiún años y se comportaban como si tuviesen quince. Normalmente salían fuera o se tomaban las copas sin armar jaleo, pero parecía que hoy tocaba montar la fiesta en casa.

De pronto la música se oyó más alta; un momento después Cristina entró en la cocina. Al ver a Daniel se detuvo y luego avanzó hacia él contoneándose.

—Hola, Superman, qué *sexy* estás con esa camiseta.

Cada vez que tomaba unas copas, Cristina tonteaba con Daniel a espaldas

de Pablo.

—Hola, Cristina —respondió con cautela.

La chica siguió acercándose con expresión juguetona y un tanto ebria. Era una pelirroja de ojos claros, bajita y bastante llamativa. Iba descalza y llevaba unos minishorts que mostraban el último centímetro de las nalgas. También lucía un escote nada sutil que colocó bajo los ojos de Daniel.

—¿Te gusta lo que ves? —ronroneó.

Daniel miró hacia el salón, desde donde llegaban varias voces. Cogió a la chica de un brazo e intentó apartarla.

—Cristina...

—¿Si...? —La chica se dejó caer

contra él. Luego le metió una mano por debajo de la camiseta—. Vaya, qué abdominales. —Subió la mano antes de que Daniel reaccionara y clavó las uñas en su pecho—. Madre mía, qué pectorales —dijo con un tono divertido y anhelante.

Daniel se apresuró a dejar el vaso en la encimera y usó los dos brazos para apartar a Cristina. Un segundo después entró Pablo, seguido de otro chico que Daniel no conocía. Se puso tenso. Los padres de Pablo eran los dueños del piso, y su hijo se encargaba de cobrarle los cuatrocientos euros el día uno de cada mes.

—Daniel, tío, échanos una mano —

dijo Pablo agitando un ticket de compra.

Cristina lanzó un beso silencioso a Daniel y se alejó para abrir la nevera. Pablo y su amigo miraban a Daniel muy atentos.

—Tenemos que repartir la cuenta del súper. ¿Cuánto son cuarenta y nueve con veintiséis dividido entre seis?

—Ocho con veintiuno —respondió Daniel automáticamente. Al momento se arrepintió.

—¿Y cuánto son 1.593 entre 284? —dijo Pablo riendo. Se dio la vuelta e hizo un gesto de complicidad a su amigo.

—Cómprate una calculadora —respondió Daniel pasando a su lado y

saliendo de la cocina.

Avanzó por el pasillo hacia su cuarto y revivió uno de los incidentes que habían definido su vida. Él tenía siete u ocho años y la profesora le dijo que saliera a la pizarra.

—Daniel Martín, hace mucho tiempo que no te saco. Ven al encerado.

Daniel siempre evitaba la mirada de su profesora y se encogía en la silla para que no lo sacaran. En ese momento suspiró, echó la silla hacia atrás y avanzó por el aula arrastrando los pies. El mes anterior la profe les había enseñado las tablas de multiplicar, y esa semana habían comenzado a aprender el procedimiento para multiplicar un

número de varias cifras por otro de una.

Cogió una tiza y levantó la vista.

«463x7».

Miró a Mayte, la profesora, y sin mover la cabeza echó un vistazo rápido hacia la clase. El silencio y la atención puesta en él le resultaron tan opresivos que sintió que iba a desmayarse. Agachó la cabeza y se quedó mirando la tiza de su mano.

—Vamos —le animó la profesora.

Daniel levantó la mirada, alzó la tiza hacia los números e intentó hablar, pero tenía la garganta tan seca que tuvo que tragar saliva. Un hormigueo se extendió por su nuca al notar sobre él la mirada de todos los niños ¡y de todas las niñas!

Tomó aire y habló con rapidez a la vez que escribía:

—Siete por tres veintiuno y me llevo dos, siete por seis cuarenta y dos y dos que me llevaba cuarenta y cuatro —oyó risas tras él— y me llevo cuatro, siete por cuatro veintiocho y cuatro que me llevaba treinta y dos. Tres mil doscientos cuarenta y uno.

Agachó la cabeza con expresión dolida. Toda la clase se reía de él. Incluso estaba seguro de que también lo hacía Javier, que era su mejor amigo.

Las risas cesaron de pronto y la profe apareció a su lado. Le puso la mano en el hombro y lo giró suavemente hacia ella.

—Daniel, ¿sabes por qué se reían tus compañeros?

Él no respondió.

—Porque los has impresionado. Has hecho la multiplicación tan rápido como lo habría hecho yo, y eso ha sido tan emocionante que yo también me he puesto muy contenta.

Daniel desplazó la mirada hasta su profesora y luego miró a sus compañeros. Finalmente sonrió. La profe le dijo que se sentara y él regresó al pupitre pensando que aquello no había estado tan mal.

Pero fue sólo el inicio.

Unas semanas después pasaron a las multiplicaciones entre números de

varias cifras. La profesora volvió a llamarlo a la pizarra. Él salió algo más tranquilo, pero se quedó bloqueado frente a la operación que tenía que resolver.

« 857×39 ».

El problema era que no conseguía mantener la atención en clase. Por eso no sabía cuáles eran los pasos del procedimiento que había explicado la profe para multiplicar números de varias cifras.

—Empieza por el nueve —trató de ayudarlo su profesora.

Daniel siguió dando vueltas a la tiza durante unos segundos. Finalmente, escribió directamente en la pizarra:

«33.423».

Esta vez no hubo risas, sólo silencio. Daniel miró a su profesora y vio que consultaba unas hojas. Luego se volvió hacia él con el ceño fruncido. Abrió la boca, la volvió a cerrar, y por fin se levantó.

—¿Puedes resolver esta? —Cogió una tiza y anotó en la pizarra:

«463x84».

Daniel escribió al momento:

«38.892».

La profesora volvió a su mesa y pulsó varias teclas en su calculadora antes de mirar de nuevo a la pizarra. Luego transcurrió un minuto que a Daniel se le hizo muy extraño. La profe

lo miró sin decir nada y después se llevó una mano a la boca mientras su mirada iba de él a la pizarra y luego se quedaba perdida en el suelo.

—Puedes volver a tu sitio —dijo finalmente con una sonrisa forzada.

Aquella tarde llamaron a sus padres para que fueran al colegio. Acudió su madre —su padre siempre llegaba muy tarde de trabajar—, y cuando regresó a casa se quedó mirándolo de un modo similar a como lo había mirado la profe: una mezcla inquietante de asombro, ilusión y preocupación.

Durante los siguientes días hicieron que se saltara varias clases para que completara un montón de tests. Cuando

terminaron con los tests le dijeron que sería bueno adelantarle un curso. Le dieron algunos motivos que no entendió y le preguntaron su opinión, a lo que respondió con un encogimiento de hombros.

En la nueva clase prestó más atención al profesor para aprenderse los procedimientos y las fórmulas y que no volvieran a cambiarle. También se fijó en cómo respondían los otros alumnos cuando los sacaban a la pizarra y trató de imitarlos. Incluso llegó a hacer como si contara con los dedos.

«Al final el cambio tuvo consecuencias positivas», pensó a la vez que entraba en su cuarto.

Al permanecer alerta para no destacar mejoró su capacidad de atención. Lo malo fue que su timidez se agudizó. Los niños y niñas un año mayores que él eran más desenvueltos y eso lo cohibía. El inicio de la adolescencia fue lo más difícil, aunque luego creció hasta superar el metro noventa y adquirió una mayor seguridad.

Cerró la puerta de su habitación y se internó en la penumbra que proporcionaba la persiana medio bajada. La música del salón llegaba con fuerza, parecía que la habían subido todavía más. También se oía a alguno de los chicos cantando muy alto.

Quitó el bloqueo de pantalla de los

tres monitores mientras reflexionaba sobre los años que había pasado en la universidad. A pesar de que nunca dejaría de ser tímido, su vida social universitaria había sido bastante agradable...

«... hasta hace dos meses».

En un espacio de tres semanas, sus dos mejores amigos habían huido de la situación económica española y se habían ido a trabajar a Alemania. Daniel no tenía familia en Madrid —sus padres vivían en Toledo—, pero desde sus primeros años de universidad se había integrado en un grupo numeroso. Como cualquier pandilla de jóvenes, habían hecho fiestas, asistido a conciertos y

viajado juntos. Y hacía un año, Daniel había creado una empresa a medias con Ernesto Serrano, el organizador de eventos del grupo, un triunfador social que todavía no había terminado la carrera, a pesar de tener cinco años más que él.

Daniel frunció el ceño, más distraído por sus pensamientos que por lo que estaba viendo en los monitores. La empresa consistía en una página web para regalar o intercambiar cualquier objeto. Daniel hizo el diseño y la programación y Ernesto utilizó su capacidad comercial para conseguir anunciantes. Unos meses después de haberla lanzado, Ernesto comunicó a

Daniel que había conseguido una oferta por la página.

—Nos darán catorce mil pavos en efectivo, siete mil para cada uno. ¿Qué te parece?

Ernesto se mostraba encantado con la oferta y animó a Daniel a aceptar. Aunque el tráfico de la página crecía de modo constante, la situación económica hacía casi imposible conseguir algo más que pequeños anunciantes. Daniel había creado esa web con la idea de venderla poco después, pero había confiado en recibir una oferta bastante mejor. Sin embargo, no podía permitirse rechazar la que tenían sobre la mesa. Su beca estaba a punto de acabarse y pedir

dinero a sus padres no era una opción: a su padre lo habían despedido hacía dos años y ya tenía sesenta y uno. Era muy difícil que encontrara otro trabajo.

Realmente no tenía alternativa, pero le costó decidirse. En la habitación en la que vivía entonces había montado un *cluster*, un conjunto de ordenadores unidos mediante una red local. Para la siguiente fase de su proyecto necesitaba ampliar el *cluster* con varias estaciones de trabajo. Sabía cómo conseguir y montar los equipos con un coste reducido, pero lo mínimo que tendría que gastar eran cinco o seis mil euros, lo que le dejaría un colchón de ahorro que se esfumaría en un par de meses.

—¿No podemos conseguir al menos dieciséis mil, ocho mil para cada uno?

—Imposible. —Ernesto negó con la cabeza sin dejar de mirarlo a los ojos—. Además, sé que están valorando otras alternativas. Creo que deberíamos llamarlos hoy mismo.

—Bueno, tú eres el que mejor conoce el mercado de los anunciantes, si crees que no vamos a incrementar los ingresos por publicidad, habrá que aceptar.

Ernesto se ocupó de todo y a las dos semanas firmaron la venta de la empresa.

Unos días después, Daniel descubrió que la web exhibía grandes anuncios de

una multinacional. Indagó un poco y se enteró de que la sociedad que había comprado su web pertenecía al cincuenta por ciento a su antiguo socio, Ernesto Serrano.

«Y ahora está negociando su venta por ciento veinte mil euros».

Daniel fue a ver a un amigo que había estudiado Derecho y estaba preparando oposiciones a juez.

—Puedes denunciarle por estafa —respondió su amigo cuando le preguntó si podía hacer algo—. Pero es difícil que ganes y además necesitarás dinero para el proceso, sobre todo si pierdes.

Decidió olvidarlo. No podía permitirse arriesgar ni un euro, y sobre

todo no quería que aquello lo descentrara. El proyecto al que había dedicado el noventa y nueve por ciento de sus energías en los últimos cuatro años empezaba a obtener unos resultados impresionantes. No era momento de aflojar.

Se concentró en los monitores. Mostraban apretadas tablas de códigos alfanuméricos.

—Vaya, esto es interesante —susurró.

Cuando apenas llevaba un minuto analizando los datos, se abrió la puerta.

Giró la cabeza sobresaltado y vio a Cristina entrando de puntillas. La chica cerró nada más entrar y se apoyó en la

puerta con las manos detrás de la espalda. Era la primera vez que entraba en su cuarto.

—He dicho que iba al baño —dijo con una risita—. Guau, vaya guarida de alta tecnología que te has montado. — Sus ojos recorrieron las hileras de equipos cuyos leds brillaban en la penumbra como luciérnagas—. ¿Trabajas en la NASA y no nos lo habías dicho?

Se apartó de la puerta y avanzó hacia Daniel, que todavía no había reaccionado.

—Además de estar buenísimo —pronunció ella con torpeza—, seguro que eres un genio.

Daniel se levantó de la silla justo antes de que la novia de Pablo se le echara encima.

—Cristina —la agarró de los hombros y ella lo miró muy sonriente—, sal de aquí, por favor.

—No seas malo. Además, a Pablo se le ha olvidado que hoy tienes que pagarle el alquiler, pero a mí no. Puedo ayudarte con eso. —Levantó la cabeza hacia él—. Bésame.

Intentó ponerse de puntillas y rodearle el cuello con los brazos, pero Daniel la mantuvo sujeta y la llevó hasta la puerta casi en vilo.

—Cristina, por favor. —La miró fijamente—. Nos vas a buscar un

problema a los dos. Eres la novia de Pablo, y entre tú y yo no va a pasar nada.

—¿Y si dejas a Pablo? —dijo ella como si lo retara.

Daniel abrió la boca pero tardó un segundo en hablar. No se había esperado aquello.

—Tampoco. Es más, si dejas a Pablo yo me voy de aquí. Estáis muy bien juntos, sois tal para cual —dijo atropelladamente—, la media naranja perfecta, nunca he visto una pareja mejor.

Le soltó un hombro, abrió la puerta y miró nervioso hacia el pasillo. La voz de Pablo cantando a gritos llegaba a

través de la puerta entornada del salón.

—Ahora sal, por favor —dijo empujándola hacia fuera.

Cristina intentó resistirse sin conseguirlo. Desde el pasillo le dirigió una mirada resentida.

—Voy a decirle a Pablo que has intentado violarme.

CAPÍTULO 8

Cartago, 507 a. C.

Akenón se mantuvo en tensión mientras se acercaba Drogo.

El comandante era tan alto como Akenón, y al mirarlo resultaba difícil reprimir un escalofrío. Llevaba una cota de cuero sin mangas bajo la que se adivinaban unos pectorales de piedra. Sus imponentes brazos parecían tallados en madera oscura, igual que su rostro, extrañamente armonioso, casi bello pero de una severidad extrema. Las cejas

bajaban hasta tocar los ojos, que eran dos hendiduras estrechas, y se decía que el gesto adusto de su boca jamás se había disipado en una sonrisa.

«Mi mayor enemigo en Cartago, comandante de la guardia urbana».

La guardia urbana era el cuerpo del ejército destinado a la seguridad en el interior de la ciudad de Cartago. Estaba formada por cerca de un millar de soldados profesionales. Su cúpula era elegida entre los militares más leales, de este modo se evitaba que dieran un golpe de Estado mientras el resto del ejército estaba en campaña o protegiendo las fronteras.

Los orondos aristócratas observaban

a Drogo con recelo mientras se apretaban entre sí para cederle el paso.

«Drogo *el Pulgares*», pensó Akenón recordando su viejo apodo. También era conocido como Drogo *el Sordo*, y ambos sobrenombres tenían el mismo origen.

Drogo era hijo de una indígena libia que había trabajado como obrera agrícola en las propiedades rurales de un rico aristócrata de Cartago. Este se encaprichó de la atractiva campesina y acabó dejándola embarazada. El noble no quiso reconocer a su hijo mestizo, pero cuando el niño creció hasta convertirse en un joven despierto y dotado de una fuerza sorprendente, intercedió para que ingresara en el

ejército.

La inteligencia de Drogo hizo que lo destinaran a un grupo creado para investigar crímenes, generalmente traiciones. No obstante, el hecho de ser mestizo solía implicar que le asignaran tareas secundarias, igual que a sus compañeros extranjeros, y que tuviera vedado el acceso a puestos de oficial. Drogo no se resignó. Aguardó con paciencia a que llegara una oportunidad, y supo que era su ocasión cuando recibió el encargo de obtener información de un traidor recién capturado. Lo primero que hizo, antes de formular ninguna pregunta, fue arrancarle el pulgar de la mano

izquierda. El interrogatorio fue un éxito, aunque el preso murió en pocas horas. Desde ese día la tarea de interrogar a los traidores recayó en Drogo. En pocos meses su fama se extendió tanto que bastaba con mencionar que él iba a ocuparse de un interrogatorio para que el prisionero dijera cuanto sabía. Si se negaba a confesar, Drogo entraba en la sala, cogía unas tenazas y arrancaba a pedazos el pulgar izquierdo del preso. El proceso duraba varios minutos, y le daba igual que intentaran confesar antes de que terminara la mutilación. Sólo después de desgajar el último trozo de carne, tendón o hueso, levantaba la mirada y hacía la primera pregunta. Si la

respuesta no le agradaba, pasaba a ocuparse del pulgar derecho.

—Te felicito —dijo Akenón cuando Drogo se situó frente a él.

El comandante de la guardia urbana lo miró en silencio sin mover un músculo de la cara. Del grupo de aristócratas surgieron algunos murmullos inquietos. Finalmente, Drogo respondió con un breve asentimiento.

«No creo que te alegres mucho, Akenón —pensó con un rencor frío—. Si no hubiera sido por ti, me hubiesen nombrado comandante hace años. —Las aletas de su nariz se ensancharon al

inspirar con fuerza—. Hoy la balanza se va a equilibrar. Comenzaré arrebatándote a tu mujer como hiciste tú con la mía».

Las carreras de Drogo y Akenón en Cartago habían discurrido en paralelo. Las autoridades de la ciudad, siguiendo la recomendación de Eshdek, habían pedido ayuda a Akenón en algunos casos que la guardia urbana no conseguía esclarecer. En dos de ellos Drogo había sido el encargado de la investigación oficial, y Akenón los resolvió poniéndolo en evidencia. Lo más grave fue que en uno de los casos, en donde se destapó una trama de corrupción, el máximo implicado resultó ser el padre

de la mujer de Drogo, un alto funcionario que había apoyado su carrera militar.

El suegro de Drogo fue crucificado a la vista de todo Cartago como advertencia a los demás administradores de las finanzas públicas. La mujer de Drogo lloró durante días, pero no culpó a Drogo de lo ocurrido. Sin embargo, Drogo la repudió, condenándola así al exilio al que las autoridades de la ciudad habían obligado a su madre y a sus hermanas. Como capitán del ejército podía haberla salvado, pero él no habría estado casado como hasta entonces con la hija de un respetable miembro de la clase alta, sino con la hija de un

criminal, lo que habría supuesto un lastre insalvable para su prometedora carrera.

Ocupando casi todo el ancho de la avenida, el numeroso grupo de aristócratas y soldados se mantenía en silencio, pendientes de aquellos dos hombres cuya enemistad era conocida.

La mirada de Drogo recorrió a Akenón de arriba abajo.

«Mira en qué te has convertido, egipcio», pensó con desprecio. Akenón seguía llevando su característica espada curva, pero vestía una valiosa túnica ligera y sin duda la vida de casado lo había ablandado. Llevaba tres años sin ocuparse de ningún caso, probablemente

sin librar un combate... «y su mujer y su hijo lo hacen vulnerable». Drogo observó fríamente a Ariadna y Sinuhé, que apretó los brazos en torno al cuello de su madre.

Eshdek rio de repente.

—Baal es generoso —dijo todavía con el brazo alrededor de los hombros de Akenón—. Ha bendecido este día dándome la oportunidad de disfrutar de la presencia de Akenón, Glauco y Drogo, tres valiosos amigos.

El rostro de Drogo se relajó mínimamente. Representaba un gran reconocimiento que el poderoso Eshdek lo llamara *valioso amigo*, sobre todo delante de varios miembros de la

aristocracia de Cartago. Glauco, por su parte, levantó una mirada distraída al escuchar su nombre. Era el único que no había estado pendiente de los dos rivales, su atención había permanecido centrada en su joven esclavo.

—Dentro de unos días —continuó Eshdek— volveremos a tener ocasión de reunirnos. Voy a dar un banquete para celebrar entre amigos el inicio de mi mandato como sufete.

La cara de Glauco se iluminó al momento. Su afición a los platos exquisitos y al buen vino era tan conocida como su gusto por los jovencitos. Al lado de Glauco, Drogo gruñó satisfecho. El mismo día en que lo

nombraban comandante de la guardia urbana era invitado a un banquete en la mansión de un sufete. «Cuando acabe con Akenón, el día será perfecto».

Akenón tuvo que hacer un gran esfuerzo para disimular su desagrado. Eshdek era un buen amigo, pero no le hacían ninguna gracia las fiestas de los nobles; y menos aún si asistían Glauco y Drogo.

«Al menos Ariadna se librará de ir», se dijo alegrándose por ella, pues los banquetes estaban reservados a los hombres.

—Supongo que puedo contar con vuestra presencia. —Eshdek pasó la mirada de uno a otro.

Akenón se apresuró a asentir. Aquel encuentro le había amargado el día, lo que quería era irse de una vez para disfrutar con Ariadna de una cena tranquila.

CAPÍTULO 9

Cartago, 507 a. C.

Sinuhé no quiso andar más por aquel día y regresó a casa en brazos de su padre. Akenón lo llevaba en silencio, avanzando por el suelo pavimentado de la avenida mientras observaba a su mujer de reojo. A mitad de camino, intentó sacarla de su mutismo.

—¿Estás preocupada por Drogo?

Ariadna lo miró en silencio durante unos segundos, como si le costara conectar con el entorno.

—Nunca había visto a Drogo de cerca —dijo por fin—. Es tan frío e inexpresivo que me ha costado leer en su interior. —Hizo una nueva pausa—. En cualquier caso, es un personaje siniestro y resulta evidente que te odia.

Akenón asintió. Eso le había quedado claro desde que había resuelto el caso en el que el suegro de Drogo acabó crucificado.

«Parecía que ese iba a ser el final de la carrera militar de Drogo, pero al repudiar a su mujer salvó su reputación». Movi6 la cabeza asqueado. Aquellos d6as hab6a visto a Drogo en un par de ocasiones y le hab6a dado la impresi6n de que se hab6a deshecho de

su mujer con la misma indiferencia con la que habría tirado una túnica manchada.

Lo que más le preocupaba era el prestigio y la influencia que Drogo había logrado en los últimos años, desde que había acudido con Eshdek a Roma. Aquella expedición había culminado en el acuerdo entre Cartago y Roma que establecía entre ellos ciertos límites en cuanto a navegación, acciones comerciales o militares. Drogo había viajado con Eshdek como segundo militar al mando de la pequeña flota que formaba la expedición cartaginesa. La muerte por disentería del general al cargo lo dejó a él de cabeza militar. De

ese modo acabó recibiendo parte del prestigio de aquella expedición, y a la postre el grado de comandante en jefe de la sección del ejército encargada de la seguridad en las murallas y en el interior de la ciudad de Cartago.

—Ariadna, siento que Eshdek haya forzado este encuentro. —Akenón arrugó el ceño—. Aunque ahora me doy cuenta de que lo ha hecho para intentar protegernos.

—Sí, ya lo he pensado —asintió Ariadna—. Ha sido como si mostrara públicamente, y sobre todo a Drogo, que eres su protegido. Supongo que ha sido una suerte que nombren sufete a tu principal aliado en Cartago cuando a tu

mayor enemigo lo eligen comandante de la guardia urbana.

«Aunque preferiría que no necesitaras aliados poderosos para combatir a poderosos enemigos», añadió para sí.

Akenón también estaba inquieto por el nombramiento de Drogo, pero intentó tranquilizar a Ariadna.

—No tenemos que preocuparnos por Drogo. Eshdek siempre ha velado por nosotros, y ahora que es sufete estamos más seguros que nunca.

Ariadna no respondió, se daba cuenta igual que Akenón de que aquello no era del todo cierto.

Caminaron un rato en silencio. Kush

iba un paso por detrás, balanceando sus largos brazos desgarradamente mientras observaba a sus amos con semblante taciturno. Ellos siempre estaban alegres y tranquilos, le inquietaba verlos así, sobre todo a su señora, que parecía muy preocupada.

—Me gustaría ver a mi padre —dijo Ariadna de pronto.

Akenón asintió en silencio, pero luego se percató de que su mujer no había formulado un deseo sino una petición.

—¿Quieres ir a Metaponte? —preguntó con un punto de aprensión. Odiaba los viajes en barco, sobre todo si la costa desaparecía de su vista. De

Cartago a Metaponte había dos semanas de navegación que incluían tres o cuatro días sin ver tierra.

Ariadna lo miró directamente y Akenón se sorprendió al ver la intensa súplica que ardía en sus ojos verdes. Se mordió el labio inferior y apartó la vista de su mujer mientras reflexionaba.

«Ojalá Pitágoras pudiera viajar a Cartago».

Hacía tres años, un discípulo de Pitágoras, uno de los principales grandes maestros de la orden, los había engañado a todos y desde la sombra había llevado a cabo todo tipo de crímenes y conspiraciones. Aquel proyecto homicida había prosperado a

una velocidad endiablada debido a que el discípulo poseía unas facultades extraordinarias, que había mantenido ocultas hasta el momento de su traición.

Después de todo lo sucedido, Pitágoras había determinado la muerte espiritual del discípulo traidor. Entre otras cosas, aquella sentencia implicaba privarle de su nombre humano, y que al mencionarlo se utilizase el nombre de Khaos. En las creencias griegas, Khaos era aquello que existía antes de que el orden llegara al mundo, y que a su vez engendró a Nix —la Noche— y a Érebo —la Oscuridad.

—Al que consumó tan viles atrocidades lo llamaremos Khaos —

estableció Pitágoras—, pues ningún hombre nacido de madre hubiese podido ocasionar tanto mal.

«Khaos», pensó Akenón estremeciéndose. Aquel ser maligno y poderoso lo había apresado y había penetrado en su mente como un hierro caliente en un bloque de grasa.

Khaos había comenzado asesinando uno a uno a los candidatos a suceder a Pitágoras. Después había logrado que se produjera una serie de rebeliones y conflictos militares que conllevaron la expulsión del gobierno pitagórico de Crotona, la práctica destrucción de la vecina ciudad de Síbaris y el asalto militar a la casa en la que estaban

reunidos la mayoría de los maestros pitagóricos. Casi todos los maestros murieron, y Pitágoras resultó gravemente herido y tuvo que huir de Crotona a Metaponte.

«Estuvimos a punto de morir todos», pensó Akenón bajando la mirada.

Habían conseguido atrapar a Khaos y desbaratar sus planes de eliminar cualquier rastro del pitagorismo y gobernar sobre todos los hombres, pero gran parte del daño ya era irremediable. En los siguientes tres años, los pitagóricos habían sido expulsados de la mayoría de los gobiernos que anteriormente controlaran. La comunidad de Crotona seguía activa,

pero su influencia había decaído y ya no estaba encabezada por Pitágoras sino por su mujer Téano, la madre de Ariadna. El filósofo se había quedado en la comunidad de Metaponte, desde donde dirigía el repliegue político de la orden procurando que resultara lo más pacífico posible.

«Ya nunca sale de Metaponte, las secuelas de sus heridas no le permiten viajar».

Akenón miró a Ariadna, que aguardaba su respuesta. Estuvo a punto de objetar que sólo quedaba un mes para que concluyera la temporada de navegación. Si viajaban ahora, tendrían que pasar el invierno en la Magna

Grecia o arriesgarse a que los alcanzara un temporal en el viaje de regreso. Abrió la boca y volvió a cerrarla. Era evidente que Ariadna no quería esperar hasta la próxima primavera, y no se lo reprochaba. Siempre había estado muy unida a su padre y en los últimos tres años sólo lo había visto una vez, el verano del año anterior, cuando habían ido con Sinuhé a Metaponte.

—De acuerdo —dijo en medio de un suspiro—. Dame tres o cuatro días para hablar con Eshdek y prepararlo todo.

Ariadna sonrió, pero la tensión apenas se disipó de su rostro.

El cielo era rojo espeso cuando llegaron a su mansión. Parecía que fuera a desencadenarse una lluvia de sangre sobre Cartago.

—Kush —dijo Ariadna en cuanto cruzaron las puertas y entraron en el patio—, ocúpate de Sinuhé.

Normalmente se encargaba ella de darle de cenar, pero necesitaba hablar con su marido a solas.

Akenón apartó a Sinuhé de su cuerpo y le dio un beso en la naricilla para despertarlo. El pequeño entreabrió sus ojos verdes y refunfuñó.

—Despierta, tienes que cenar —

susurró Akenón.

Sinuhé apretó los párpados y no volvió a abrirlos hasta que su padre lo dejó en el suelo. Entonces refunfuñó de nuevo, cogió la mano de Kush y entró con él en la vivienda.

Akenón se sentó junto a su mujer en un banco de piedra. El patio era cuadrado, de doce pasos de lado y tenía un pozo en el centro. El suelo estaba cubierto de guijarros y en cada esquina ardía una lámpara de cerámica.

—¿Qué sucede? —preguntó tomando suavemente las manos de Ariadna.

—Es... una sensación extraña —dijo ella temblando como si tuviera un escalofrío. Ha empezado esta tarde,

justo cuando hemos salido de casa.

—¿No se debe entonces a que hayamos visto a Drogo y Glauco?

Ariadna negó en silencio, soltó las manos de Akenón y se quedó mirando al suelo. Quería pasar a palabras lo que sentía, pero estaba muy confusa respecto a aquella percepción. Le resultaba tan inquietante como imprecisa.

—Sentí algo parecido hace tres años —dijo por fin—, cuando Khaos te atrapó. Fue como si *supiera* que estabas en peligro. —Lo miró a los ojos y luego volvió a desviar la mirada negando con la cabeza—. Pero ahora ni siquiera sé si tiene algún significado o sólo estoy dando demasiada importancia a una

sensación normal del embarazo.

Akenón aguardó. No era propio de Ariadna exagerar la importancia de las cosas. En ese momento salió de la vivienda una criada joven llevando en una bandeja dos copas de agua y varios cuencos. La cena consistiría en tacos de mero ahumado con dátiles y nueces, aceitunas aderezadas, higos y melocotones. La criada se acercó a ellos haciendo crujir pesadamente los guijarros del suelo y depositó el contenido de la bandeja en una columna truncada que hacía las veces de mesa. Ariadna permanecía ensimismada, acariciando su vientre en un gesto que Akenón le había visto con frecuencia en

los últimos días.

«Espero que no haya problemas con el embarazo», pensó inquieto.

Cuando la criada iba a darse la vuelta, se detuvo recordando algo.

—Ha llegado un mensaje para la señora.

Ariadna notó que su vientre se endurecía de un modo doloroso.

—¿Quién lo envía? —preguntó con dificultad.

—No lo han dicho, señora. Es un pergamino doblado —movió las manos como si plegara un documento.

—De acuerdo, tráelo.

La joven se alejó con la bandeja vacía. Akenón puso una mano sobre el

hombro de Ariadna, preocupado por la expresión dolorida de su mujer, pero ella no se dio cuenta.

Cuando la criada regresó, Ariadna levantó la cabeza bruscamente y clavó la mirada en el pergamino. Estiró un brazo para cogerlo, pero de inmediato retiró la mano como si se hubiera quemado. Akenón distinguió el símbolo del pentáculo al tiempo que ella alargaba la mano de nuevo.

«¿Un mensaje de la orden pitagórica?», se preguntó Akenón extrañado. Hacía meses que no recibían ningún mensaje de Pitágoras ni de ningún otro miembro de la orden.

Su mujer recorrió con los dedos la

estrella de cinco puntas. Tenía la mirada tan enfebrecida que la inquietud de Akenón por ella se multiplicó. Ariadna rompió el sello de cera con manos temblorosas y comenzó a leer. Separó los labios a la vez que sus ojos se agrandaban. En ese instante Akenón recordó algo que hizo que su corazón casi se detuviera.

«¡La carta a Aristómaco!».

Aristómaco era uno de los candidatos a suceder a Pitágoras a los que Khaos había asesinado. Lo había hecho enviándole un pergamino cuyo contenido hizo que Aristómaco se suicidara nada más leerlo. Aquella carta se había conservado, pero Pitágoras

impidió que nadie más leyera lo que había escrito en ella. Akenón sólo había visto el reverso de la carta. Tenía dibujado el mismo símbolo que ahora veía con horror en el pergamino que estaba leyendo Ariadna.



«¡El pentáculo invertido!», gritó en su mente. Se abalanzó sobre Ariadna para tratar de arrancarle el documento de las manos.

Antes de que Akenón alcanzara el pergamino, su mujer levantó la cabeza. Tenía una expresión de estupor y sus ojos miraban sin ver, dos brasas verdes cuyo resplandor se apagó con rapidez ante la mirada aterrada de Akenón.

Todavía aferrando el mensaje, el cuerpo de Ariadna se desplomó.

CAPÍTULO 10

Madrid, España, actualidad.

Mientras cruzaba el vestíbulo de la facultad, Elena se descubrió buscando a Pedro Vergara con la mirada. Junto a la puerta había dos chicas hablando en voz baja y en una esquina un empleado de la limpieza vaciaba una papelera. No se veía a nadie más.

Llegó al panel de corcho y lo examinó hasta encontrar los listados de notas. Comprobó que no faltaba ninguno y se dirigió a la salida pensando con

añoranza en su época de doctorado.

«Carmen y yo demostramos ser igual de cabezotas».

Después de mucho diálogo y algunas discusiones, habían conseguido llegar a una solución de compromiso respecto al enfoque que desarrollaría Elena. Podría seguir la línea de investigación que deseaba, siempre que dedicara una atención especial a los estudios sobre demencia en los que la hipnosis fuera una de las variables de relevancia.

«De todos modos, encontramos muy pocos casos en los que la hipnosis formara parte del tratamiento».

Al principio del doctorado, Elena no entendía bien que su profesora tuviera

tanto interés por la hipnosis. Entonces le llegó un rumor que hizo que lo comprendiera mejor. También hizo que se tomara mucho más en serio el potencial terapéutico de la hipnosis. El rumor no era un secreto alarmante... o sí, según cómo se mirara. Carmen Aroza accedía puntualmente a utilizar sus extraordinarias habilidades como hipnotizadora para una actividad que la ley no contemplaba, y que podía acarrearle graves dificultades académicas e incluso penales si algo salía mal. Se trataba de utilizar la hipnosis para poder operar a pacientes a los que resultaba imposible anestesiarse de otro modo. El rumor hablaba de al

menos cinco operaciones, aparentemente todas exitosas. Por otra parte, no estaba claro si las autoridades académicas estaban al tanto de estas actividades o hacían la vista gorda mientras no llamaran la atención.

Elena nunca había comentado aquel asunto con nadie, y desde el principio decidió no hablarlo tampoco con Carmen si ella no sacaba el tema. Carmen nunca lo había hecho, a pesar de que su relación se estrechó mucho durante el primer año de doctorado de Elena, que para ella había sido traumático: su padre enfermó y murió ese año, su madre vivía en Logroño y la veía muy poco y no tenía hermanos. La

única familia de Elena en Madrid era una prima a la que apenas conocía. Tenía amigas, claro, pero Carmen Aroza, debido a su edad, se convirtió en la mezcla de amiga y figura maternal que necesitaba.

«Siempre le estaré agradecida».

Elena abrió la puerta que daba a la calle y se detuvo de golpe. La masa de aire caliente parecía querer aplastarla y la luz del sol resultaba cegadora. Acercó la mano al bolso para coger sus gafas de sol, pero se detuvo al recordar que se le habían olvidado en casa. Hizo una mueca de disgusto y echó a andar hacia el aparcamiento.

Se consideraba afortunada por haber

tenido a Carmen a su lado siempre que necesitaba un hombro para llorar. También le agradecía que le hubiera proporcionado una libertad inusual durante su investigación. Gracias a eso, pudo centrarse en lo que a ella le interesaba más, lo que le fascinaba desde que era sólo una niña.

Recordaba perfectamente la primera vez que había oído el dicho popular de que *utilizamos sólo el 10% del cerebro*. Como otras muchas personas, lo que le vino inmediatamente a la cabeza fue: «¿Podemos utilizar el otro 90%? ¿Qué capacidades, o incluso poderes, tendríamos si utilizáramos el 100%?».

Según crecía, fue aprendiendo que la

realidad no era exactamente así, pero también que aquel dicho contenía una parte de verdad. Una verdad cuyo maravilloso potencial se desplegó ante ella cuando entró en la facultad de Psicología. En sus primeras semanas pasó tardes enteras recorriendo la biblioteca en busca de libros que hablaran de cómo aprovechar el potencial latente del cerebro. Finalmente comprendió que el cerebro era como el resto del cuerpo: todos podríamos correr más rápido o levantar más peso si nos entrenáramos, pero entrenarse en serio es duro.

Elena descubrió que los resultados más llamativos se habían obtenido en

programas de rehabilitación de niños con lesiones cerebrales. También lograban un efecto notorio los programas de hiperestimulación en niños pequeños sanos. Sin embargo, estos resultados no eran extrapolables a adultos sanos, a pesar de que periódicamente surgían empresas que vendían sus productos milagrosos — libros, CDs, videojuegos...— proclamando que volvían más inteligentes a sus consumidores. No era así, nadie incrementaba notablemente una capacidad sin un esfuerzo muy considerable y mantenido en el tiempo, igual que nadie aprendía de adulto chino o alemán sin mucho esfuerzo. Lo único

que se adquiriría con estos productos eran destrezas muy específicas que no se traducían en mejoras de capacidades intelectuales generales.

Elena estaba llegando a la esquina del edificio cuando oyó un silbido a su derecha. Reprimió el impulso de girar la cabeza y miró con el rabillo del ojo. Había sido un silbido rápido en un tono oscilante, como el de unos obreros a una chica llamativa.

Cuatro de sus alumnos se encontraban parados a pocos metros. Dos le daban la espalda y los otros dos miraban al suelo como si buscaran algo. Elena no se detuvo y disimuló una sonrisa. Ya estaba acostumbrada y no le

molestaba. Suponía que no le silbarían si les cayera mal. Además, consideraba que tenía unas piernas bonitas, que reflejaban que corría media hora todas las mañanas, y no las ocultaba. Ese día se había puesto unas sandalias de esparto de medio tacón y un vestido liso, con ribete de punto, que llegaba a medio muslo. El color hueso de la tela resaltaba su piel morena.

«No voy a vestir como una anciana por ser profesora».

Lo cierto era que al comenzar el buen tiempo había tenido dudas sobre cómo vestirse para dar clase. Incluso había llamado a Carmen Aroza para consultarle.

—Hija mía —había respondido Carmen con un suspiro—, lo que estaría mal sería que no enseñaras esas piernas que Dios te ha dado.

Dobló la esquina del edificio y vio su coche a lo lejos, en mitad de un aparcamiento prácticamente vacío.

Necesitaba tomarse un descanso. Aunque había dedicado muchas horas a su trabajo de profesora, no había querido disminuir el ritmo de sus investigaciones. Eso significaba que la mayoría de los días apenas dormía seis horas. Su tesis doctoral ya se había publicado —con el poco ingenioso título: *Entrenamiento cognitivo en Alzheimer y otras demencias. Revisión*

de casos y propuesta de modelo—, pero ella seguía investigando. Su gran proyecto era escribir un libro que se titularía *Entrenamiento cognitivo* — probablemente la editorial escogería un título más comercial—, que sería bastante más ambicioso que su tesis. En él plasmaría su teoría general sobre estimulación de capacidades intelectuales. El apartado más extenso se centraría en cómo retrasar el deterioro en las personas con demencia, y también habría capítulos que indicarían cómo obtener mejoras en sujetos con otros trastornos.

La sección más comercial, imaginaba, sería la dedicada a mejorar

el rendimiento intelectual en sujetos sanos. Había estudiado todos los métodos de los últimos cincuenta años y los había integrado en el conjunto de sus investigaciones. Lo había hecho con ánimo crítico, pero encontró algo que la sorprendió. Enormemente. Si los experimentos que estaba llevando a cabo obtenían el resultado esperado, podía lograrse algo espectacular con una combinación determinada de técnicas de autohipnosis, entrenamiento cognitivo y biofeedback. El programa requería una dedicación de dos horas por sesión, en días alternos durante seis meses, y después una sesión de mantenimiento semanal. Sin duda eso era mucho

esfuerzo, pero el efecto teórico consistía en una ganancia media de entre diez y quince puntos en el cociente intelectual (CI) del sujeto.

Elena negó con la cabeza sin darse cuenta. Todavía le asombraban los resultados que conseguía su programa de entrenamiento, al menos según los modelos teóricos que había desarrollado. Una persona media tenía un CI de 100, lo que la situaba en el percentil 50 —es decir, su inteligencia estaba por encima del 50% de la población—. Si su CI se incrementaba 15 puntos gracias a su programa, el sujeto finalizaría con un CI de 115, lo que lo situaría en el percentil 84. ¡Su

inteligencia sería superior al 84% de la población!

Elena calculaba que le faltaban dos años para terminar los experimentos y escribir el libro. De momento mantenía sus teorías en la memoria de su ordenador portátil, de la que hacía copias de seguridad dos veces por semana. También hacía una copia en DVD una vez al mes y la guardaba en el trabajo, por si su casa se incendiaba o cualquier otro desastre.

«Prefiero que se queme la casa a perder el trabajo de estos años».

A pesar del calor que hacía, un escalofrío recorrió el cuerpo de Elena sólo de imaginarse que su trabajo se

esfumaba.

Al principio de la carrera, cuando pasaba tanto tiempo en la biblioteca indagando sobre el potencial oculto del cerebro, hizo otro descubrimiento que le resultó sorprendente. Estaba recorriendo una estantería sin llegar a sacar los libros, limitándose a leer los títulos impresos en los lomos, cuando hubo uno que captó su atención: *La inteligencia. Teorías y tests*.

Lo sacó y comenzó a hojear el índice. En principio le interesaba la parte de *Teorías*, pero de repente se descubrió echando un ojo a los tests. Ella nunca había hecho un test de inteligencia. Se consideraba lista porque

siempre había sacado notas altas sin necesidad de estudiar mucho, pero... ¿qué cociente intelectual tendría?

Dedicó un buen rato a escoger el test que le pareció más completo, puso su reloj sobre la mesa para asegurarse de que respetaba los tiempos marcados y comenzó.

Tres horas después dejó el bolígrafo. Irguió el cuerpo y contempló las hojas que tenía frente a ella. Estaba agotada, pero todavía debía corregirlo. Se puso a ello y a la media hora tenía el resultado.

«Ciento cincuenta y uno», se dijo pensativa mientras subrayaba aquel número una y otra vez.

Cogió de nuevo el libro y pasó las páginas hasta encontrar lo que buscaba. Para interpretar el test tenía que considerar una media 100 y una desviación estándar 15. En términos porcentuales eso la situaba...

Abrió mucho los ojos y tragó saliva mientras leía aquello. Un CI de 151 equivalía a un percentil 99,97. Según ese test, ¡su inteligencia estaba por encima del 99,97% de la población mundial!

En ese momento avisaron de que iban a cerrar la biblioteca. Tomó prestado el libro y se lo llevó a casa. Nada más llegar, sin recordar que no había comido nada desde el desayuno,

escogió otro test y lo completó. El resultado fue similar. Estuvo un rato reflexionando sobre ello y después cogió el teléfono para llamar a su madre y contárselo. Cuando iba a marcar el último número, colgó. De pronto le había dado vergüenza llamar a su madre para decirle *mamá, soy muy lista*. Le pareció una conducta tan vanidosa como llamar para decir *mamá, soy muy guapa*.

Dejó el teléfono sobre la mesa y se fue a dormir.

Elena abrió su bolso de tela negra, sacó las llaves del coche y siguió

caminando con ellas en la mano.

«Conocer mi cociente intelectual tuvo su lado práctico».

Le proporcionó un extra de seguridad que le vino muy bien en aquella época. Acababa de instalarse en Madrid, y vivir en la capital resultaba intimidante para una chica de dieciocho años que había pasado su vida en un pueblo de Logroño. Además, al ir a Madrid descubrió algo en lo que hasta entonces no había pensado demasiado: su familia era pobre. No como para morirse de hambre, pero mantenerla a ella estudiando en Madrid suponía un tremendo sacrificio para sus padres. Nada más llegar, consiguió un trabajo de

fin de semana en una pizzería para pagar la habitación del apartamento que compartía con otras dos chicas. Tras hacer los tests de inteligencia, tomó una decisión adicional: intentaría sacar matrículas de honor, pues por cada una te ahorrabas el pago de una asignatura al año siguiente.

En el resto de la carrera sólo tuvo que pagar por dos asignaturas.

Todo aquel empeño por investigar las capacidades del cerebro también la ayudó en su vida social. En un libro leyó que existía una organización llamada Mensa, que entre otras cosas se ocupaba de estudiar la inteligencia. Tenía más de cien mil socios en el mundo, y más de

mil quinientos en España. Buscó por Internet y encontró la página web de Mensa España. En ella leyó que para pertenecer a Mensa había que tener un CI de al menos 130, lo que equivale al percentil 98. Es decir, tener una inteligencia por encima del 98% de la población.

«Yo no debería tener problemas con eso», se dijo Elena recordando que en sus tests había obtenido un CI de 151. Siguió navegando por la web de Mensa y encontró lo que buscaba. Recorrió con los ojos la pantalla y leyó en voz baja:

«Los objetivos de Mensa son:

a) Identificación y promoción de la inteligencia, en beneficio de la

humanidad.

b) Proporcionar a sus socios un entorno social e intelectual estimulante, facilitando contactos sociales e intercambio intelectual por medio de conferencias, discusiones, publicaciones, grupos de interés especial, etc.

c) Impulsar la investigación en psicología y ciencias afines, especialmente en lo que se relaciona con la naturaleza, desarrollo y uso de la inteligencia humana».

Se sintió tan identificada con esos objetivos que contactó con ellos inmediatamente.

Tres semanas después, formaba

parte de Mensa.

Al principio pensó vagamente que Mensa le serviría para impulsar su aprendizaje, que tendrían tremendos medios para investigar el cerebro humano, quizás laboratorios con tecnología desconocida... El resultado fue que se divirtieron bastante con sus preguntas en la primera reunión a la que asistió. Después de aquellos embarazosos inicios, descubrió que Mensa era básicamente un club social, una organización que servía para que personas con un CI muy alto pudieran reunirse con otros que compartían esa característica. La mayor parte de su actividad consistía en juntarse en algún

café de vez en cuando y charlar. Era distinto de lo que Elena había esperado, pero resultó muy adecuado para una chica de dieciocho años que sólo llevaba un par de meses en Madrid.

Elena sonrió al recordar con qué ingenuidad había acudido a aquella primera reunión de Mensa. Apretó el botón de apertura del mando a distancia y los intermitentes de su coche destellaron. Después echó un vistazo a su reloj.

«Las siete. Voy bien de tiempo».

Era tercer viernes de mes. Eso significaba que a las diez comenzaba la reunión de Mensa en un café del centro. En el último año ella había acudido una

vez cada dos meses aproximadamente. En esta ocasión, sin embargo, iba a presentarse por segunda semana consecutiva.

Abrió la puerta del coche, se deslizó ágilmente en el asiento del conductor y colocó el bolso en el del pasajero. Luego retiró el parasol plateado y lo colocó plegado en el asiento de atrás. «Dios mío, qué calor». Arrancó el motor y puso a toda potencia el aire acondicionado. Cuando empezó a salir aire frío, cerró la puerta y se miró en el espejo retrovisor sonriendo como una boba.

Había un motivo especial para ir dos semanas seguidas a la reunión de Mensa.

Un estremecimiento recorrió su estómago.

«Daniel...».

CAPÍTULO 11

Madrid, España, actualidad.

Daniel dejó de respirar al escuchar las palabras de Cristina.

«Voy a decirle a Pablo que has intentado violarme».

Cristina lo miraba desde el pasillo frunciendo el ceño. Daniel imaginó por un momento que aquella chiflada se ponía a gritar y salía corriendo hacia el salón, él iría tras ella intentando pararla, le taparía la boca con una mano, pero los del salón la habrían oído,

irrumpirían en el pasillo...

—Es lo que tendría que hacer —dijo Cristina dándole la espalda.

Daniel la miró en silencio mientras se alejaba con aquellos *shorts* demasiado cortos. Cuando llegó al salón, él entrecerró la puerta de su cuarto y se quedó de pie tratando de distinguir de qué hablaban. Escuchó algunas palabras sueltas, pero no captó el significado. Al cabo de un rato oyó un estallido de risas y cerró la puerta.

«Parece que de momento me libro. —Eché el cerrojo—. ¡Maldita loca!».

Se quedó mirando el cerrojo. ¿Cómo era posible que se le hubiera olvidado cerrar? Había instalado una cerradura

bastante segura, pero no servía de nada si se la dejaba abierta.

«Habrá sido por lo del parque. — Recordó la navaja apuntando a su estómago y la sensación de huesos rotos bajo su puño—. Pero no puedo permitirme que vuelva a ocurrir».

Se dejó caer en la silla y decidió que en cuanto consiguiera dinero se buscar  otro piso. En el anterior había estado de inquilino junto a los dos amigos que habían emigrado a Alemania, pero tuvo que dejarlo cuando ellos se fueron. Donde estaba ahora, su cuarto era muy grande y le gustaban tanto el piso como la zona. Sin embargo, lo de Cristina, que hasta ahora sólo

había sido una molestia ocasional, acababa de volverse peligroso.

«Necesito cámaras», pensó de repente.

Su mirada saltó por la habitación mientras imaginaba dónde colocarlas.

«También necesito una grabadora».

Estaba seguro de que Cristina volvería a acosarlo. Y la siguiente vez que la rechazara sería capaz de cumplir su amenaza. En ese caso sería difícil calmar a Pablo, pero lo más importante sería poder demostrar a la policía que no la había tocado.

Compraría lo necesario a la mañana siguiente. No creía que fuese a ocurrir nada más hasta entonces, aunque por si

acaso tendría preparado el teléfono móvil. Lo cogió de la mesa, seleccionó la función de videocámara y lo colocó de modo que con sólo apretar un botón comenzara a registrar lo que ocurría en la mayor parte del cuarto.

Miró de nuevo a los monitores y sacudió la cabeza.

«Estas no son las mejores condiciones para trabajar».

Pensó en los cuatrocientos euros que tenía en el banco. Podía pagar otro mes de alquiler, pero necesitaba una mayor seguridad para la fase final de su proyecto. Paseó la vista por una fila de equipos que parpadeaban sobre una estantería metálica, pensando en cuántos

podría vender sin que el rendimiento se viera muy afectado.

«Lo que necesito son más equipos, no menos».

La única manera de obtener dinero rápido y abundante sería vendiendo el proyecto entero. Un par de años atrás quizás se hubiera planteado esa alternativa, pero ahora era demasiado consciente del potencial peligroso de sus desarrollos. Era como si hubiera descubierto él solo cómo usar la energía del átomo y quisiera que se utilizase para generar energía, pero a la vez supiera que podía destinarse a construir bombas atómicas.

«Y el daño que puede producir mi

proyecto mal utilizado es superior al de una bomba atómica».

Consultó la hora. Todavía tenía tiempo para lanzar una nueva simulación antes de ir a ver a Elena. Se acercó al monitor central y sus ojos comenzaron a volar por las matrices de datos. No tenían un orden aparente, pero él podía leer allí igual que en un libro.

Cuando era pequeño había aprendido los lenguajes de programación más sencillos casi al mismo tiempo que a hablar. A su padre le encantaba la informática y le enseñó algunos rudimentos como si fuese un juego. Además, a los tres años logró que aprendiera a leer con revistas y libros

de informática. Cuando lo adelantaron un curso, pensaban que él tenía un talento especial para el cálculo numérico. En realidad nadie había alcanzado a comprender lo que sucedía. Sus aptitudes aritméticas sólo eran consecuencia de sus dos características más notables: una capacidad descomunal para procesar información y una mente excepcionalmente creativa, que a la vez podía trabajar de un modo tan metódico y preciso como un ordenador.

Al crecer comprendió que sus compañeros aprendían de un modo diferente. Fundamentalmente memorizaban contenidos a base de

mucho esfuerzo, y luego olvidaban gran parte de lo aprendido. Daniel comprendía la lógica interna de las distintas materias y cómo se relacionaban con lo que había aprendido previamente. Además, cuando asimilaba algo era para siempre. Simplemente no lo olvidaba, igual que otra persona no puede olvidar que las cosas caen hacia abajo o que el fuego quema.

Asintió varias veces mientras navegaba por las diferentes pantallas de su programa. Se había puesto unos cascos para aislarse de la música que atronaba en el salón. Terminó el análisis y pasó un par de minutos reflexionando antes de empezar a parametrizar *la*

nueva simulación.

La elección de estudiar ingeniería informática fue algo natural. Tras el primer año en la universidad, no obstante, también decidió cursar la carrera de Psicología, disciplina que llevaba tiempo estudiando por su cuenta. Notaba diferencias con la mayoría de la gente, y necesitaba comprender por qué era diferente. Lo tenía confundido que casi todo el mundo tuviera supersticiones, consultara el horóscopo o cayera en las engañosas redes de la publicidad. Estudiar psicología le dio los conceptos y la perspectiva que necesitaba para entenderse mejor, así como para comprender el

funcionamiento general de la mente y del cerebro. Pero también tuvo una consecuencia que no había previsto: descubrió que la mente humana era el misterio más fascinante de la naturaleza.

Desde que era poco más que un bebé, había utilizado para pensar una mezcla de lenguaje verbal y lenguaje informático, que en definitiva se asentaba en la misma lógica implacable que las matemáticas. Con eso había resuelto todos los problemas académicos que se le habían presentado. Estudiando psicología, sin embargo, se encontró con un misterio con demasiadas incógnitas y que parecía casi mágico. En los libros se podía leer

que la consciencia humana surge como consecuencia de la actividad electroquímica de unas cuantas células cerebrales. No obstante, la consciencia era algo más, *mucho* más que esa simple actividad electroquímica.

La mente, el cerebro y la relación entre ellos eran grandes desconocidos que Daniel llevaba años empeñado en desentrañar. Y estaba convencido de que con su trabajo ya había llegado más allá de todo lo conocido.

Mientras las manos de Daniel tecleaban vertiginosamente, el monitor central se quedó negro. Los dedos de Daniel se paralizaron sobre el teclado. Al instante se oscurecieron las pantallas

laterales.

«¿Pero qué...?».

Su mano voló por instinto al interruptor que apagaba los routers y aisló su red del exterior. En el siguiente segundo revisó mentalmente todos los pasos que daban sus sistemas de seguridad para proteger su trabajo. En principio, lo peor que podía haber pasado era que hubiese perdido la parametrización que estaba realizando, la última simulación ya estaría a salvo en distintos *back ups*.

De repente, y sin que él tocara nada, la pantalla central se encendió de nuevo. La imagen había cambiado. La mirada de Daniel se clavó al instante en las

palabras resaltadas en el borde superior del monitor:

«¿PUEDES RESOLVERLO?».

En la base de la pantalla había un espacio en blanco con un cursor parpadeante, como si esperara una respuesta. El resto del enorme monitor era un caos de largos números desplazándose en todas direcciones y rebotando al llegar a los bordes de la imagen. Siguió uno con la mirada y vio que cambiaba continuamente. Al momento se percató de que en la esquina inferior derecha, donde normalmente se encontraba el reloj, había una cifra fija:

«10:00».

En cuanto la miró, la cifra cambió:

«9:59... 9:58...».

«Una cuenta atrás...».

Cerró los ojos y visualizó la estructura de su red local de ordenadores. No quería caer en una trampa mientras un virus causaba destrozos. Miró los indicadores luminosos de los discos duros. Estaban inactivos. De todos modos, los apagó y volvió a atender al monitor, pensando quién podía haber burlado un *firewall* que él había perfeccionado y consideraba inviolable. Se le ocurrieron algunos nombres, pero ninguno convincente. Por diversión o entrenamiento, él había entrado en los ordenadores de algunos compañeros, así

como en los de la universidad y otros organismos, pero nadie había penetrado jamás en sus sistemas.

Hasta ahora.

«9:07... 9:06...».

Quizás si resolvía aquello se le revelaría la identidad del intruso. Su información estaba a salvo, aunque le inquietaba que hubieran podido acceder a parte de su trabajo. Reflexionó unos segundos más para asegurarse de no dejar ningún cabo suelto, y decidió que la mejor opción para saber qué había ocurrido era solucionar el problema que le planteaban.

Por otra parte, le resultaba casi imposible resistirse a ese tipo de retos.

Se concentró en lo que estaba viendo. Quince elementos flotaban por su pantalla. Cada uno constaba de seis números de entre una y tres cifras. Los números estaban separados por puntos, como en una dirección IP, excepto entre el tercero y el cuarto, donde había un guión. Se modificaban aproximadamente dos veces por segundo. Se centró en uno de los quince elementos y observó cómo iba cambiando:

«32.512.141—33.443.175...
32.514.143—34.446.171... 32.516.148
—35.449.162...».

Sus ojos saltaron a los demás elementos analizando el modo en que se modificaban. Todos lo hacían al mismo

ritmo, dos veces por segundo, y había regularidades en el patrón de cambio. Se centró de nuevo en uno de los elementos y comprobó que sus números evolucionaban como una serie geométrica de orden dos. Pasó a otro elemento y comprobó lo mismo. Rápidamente examinó los demás elementos con el mismo resultado.

Estaba tan absorto que había dejado de percibir el entorno. Su mundo se había reducido a esos quince elementos cambiantes, el cursor parpadeante que esperaba su respuesta y el cronómetro que seguía descendiendo:

«6:25... 6:24...».

Unos segundos más tarde, Daniel

concluyó que el patrón de cambio correspondía a una función circular.

«¿Eso es lo que tengo que responder?», se dijo incrédulo. Miró el cursor parpadeante y titubeó. Era una respuesta demasiado sencilla comparada con el hecho de haber traspasado sus sistemas de seguridad. Cerró los ojos y apretó los dientes. Tenía que tener algún significado que hubiera quince elementos y que cada uno estuviera dividido en dos grupos de tres números. Hizo todo tipo de cálculos entre los elementos y trató de imaginar alternativas diferentes.

La cuenta atrás seguía progresando en una esquina de su pantalla mental:

«4:00... 3:59...».

De pronto contuvo la respiración. Todos los recursos de su mente se concentraron en el mismo curso de pensamiento: «función circular... círculo...». Visualizó un círculo en un espacio tridimensional. Cada uno de los subgrupos de tres números podía ser las coordenadas de un punto desplazándose a través de un círculo. Cada elemento podía contener las coordenadas de dos puntos que giraran formando círculos, lo que produciría treinta círculos en total.

«2:57... 2:56...».

Quedaban menos de tres minutos, pero *sabía* que estaba recorriendo el camino adecuado. Visualizó varios de

los círculos e intentó verlos desde diferentes perspectivas. No le hallaba ningún sentido. Además, todavía tenía que encontrar una justificación a que cada elemento constara de dos grupos de tres números —o coordenadas— separados por un guión.

Recordó que en cualquier problema la simplificación suele acercarte a la solución. Si en lugar de girar los puntos en el espacio lo que girara fuese el eje de coordenadas, entonces los grupos de tres números se quedarían fijos y ya no representarían círculos sino puntos fijos. Esa idea le llevó inmediatamente a otra: cada uno de los quince elementos podía estar representando una pareja de puntos

que al unirlos representara una línea.

«Quince líneas».

Gruñó de esfuerzo para visualizar las quince líneas a la vez. Flotaban en un espacio de tres dimensiones sin sentido aparente.

«1:06... 1:05...».

Tenía que encontrar el modo de dar significado a las líneas, igual que en el juego donde con unas cerillas debes formar una figura. En ese instante imaginó a sus dos amigos preparando todo aquello desde Alemania, y un segundo después visualizó lo que podían formar las quince líneas:

DANIEL

¿Sería aquella la respuesta? Buscó un eje de perspectiva que uniera dos de las líneas. Podía ser el inicio de la letra D. Unió una tercera y frunció el ceño. Aquello no iba bien.

Abrió los ojos y verificó la cuenta atrás:

«0:28... 0:27...».

La idea de que hubiera algún amigo detrás de aquello desapareció de su cabeza. Su respiración se aceleró aún

más, comenzó a hiperventilar.

De repente su mente se detuvo. Lo estaba viendo. Las quince líneas se unían cuando se proyectaban en un plano determinado.

«0:09... 0:08...».

Esa era la solución, pero no estaba seguro de cómo responder. Posó los dedos en el teclado, dudó de nuevo, y luego tecleó a toda velocidad las coordenadas de dos puntos en el espacio. Formaban un eje de perspectiva, un eje de proyección perpendicular al plano en el que la figura se proyectaba con una regularidad perfecta.

«0:02... 0:01...».

Su dedo tembló dubitativo sobre la tecla Enter.

Finalmente la apretó.

La cuenta atrás se detuvo a falta de un segundo. Las quince tiras de números se quedaron quietas en la pantalla. Luego se hicieron pequeñas, como si se alejaran, y se convirtieron en puntos que se unían formando quince líneas. Las líneas se desplazaron hasta que sus extremos casi se tocaron, pero antes de hacerlo la pantalla se quedó negra.

Daniel frunció el ceño. De pronto se dio cuenta de que había algo diminuto en el centro de su monitor.

«¿Qué coño...?».

Se acercó entrecerrando los ojos

hasta que su cara estuvo a unos centímetros de la pantalla. La figura creció de repente ocupando todo su campo de visión y destelló como el *flash* intenso de una luz estroboscópica. Daniel apretó los párpados y se echó hacia atrás con el rostro crispado.

—Joder...

Se tapó la cara con las manos, intentando inútilmente dejar de ver la imagen que formaban las quince líneas. Aquella maldita figura parecía estar ardiendo dentro de su cabeza.



CAPÍTULO 12

Cartago, 507 a. C.

—¡Ariadna!

Akenón se arrojó al suelo del patio junto a su esposa y tomó su cabeza entre las manos.

—¡Ariadna, ¿qué te ocurre?!

La zarandeó suavemente y sintió que agitaba un cuerpo muerto. Un puño de hielo apretó con fuerza su corazón. Miró con ojos desorbitados en derredor, cogió una copa de agua y arrojó el líquido en la cara de su mujer.

Ariadna entornó los ojos y volvió a cerrarlos. Su cuerpo yacía flácido sobre el suelo de guijarros, pero su rostro se contrajo de dolor y comenzó a sollozar.

Akenón dirigió la mirada al pergamino con el pentáculo invertido que su mujer mantenía entre los dedos. Lo retiró de su mano con aprensión y lo dejó sobre el banco de piedra.

—Ariadna, ¿estás bien?

—Mi padre... —sollozó su esposa. Abrió los ojos y fijó en Akenón una mirada rota—. Mi padre ha muerto.

Akenón sintió un escalofrío.

«¿Pitágoras... muerto?».

El impacto lo dejó aturdido. Parecía imposible que el filósofo hubiera

fallecido. Aunque tenía más de setenta años, su presencia resultaba siempre tan poderosa y venerable que daba la sensación de ser eterno.

Akenón ayudó a Ariadna a incorporarse. Su mujer se quedó sentada en el suelo, con la espalda apoyada en el banco de piedra y la mirada perdida. Él cogió el pergamino, lo orientó hacia una de las lámparas de aceite y comenzó a leer.

Era una carta del propio Pitágoras a Ariadna, dictada en su lecho de muerte.

«... Tirseno, sentado junto a mi cama, ha de ser mis manos en esta carta. Desdichadamente es la última que recibirás de mí, pues no veré un nuevo

amanecer».

Akenón sintió que estaba oyendo la voz grave y resonante de Pitágoras. Se le humedecieron los ojos. El filósofo debía de llevar al menos dos semanas muerto, ya que eso era lo mínimo que tardaba en llegar una comunicación desde Metaponte. Miró a su esposa, que lloraba en silencio con la cabeza agachada, pasó un brazo sobre sus hombros y continuó leyendo.

«... la comunidad fue atacada ayer al alba. Los soldados de la ciudad acudieron en nuestra ayuda y mataron a todos los asaltantes, pero ya habían sido asesinados varios maestros. Fue una acción organizada por nuestros rivales

políticos del gobierno de Metaponte».

Akenón sabía que Pitágoras había dedicado los últimos años a dirigir el repliegue político de la orden pitagórica. Ya habían abandonado la mayoría de los gobiernos que controlaban anteriormente. Tras los trágicos sucesos acaecidos en Crotona tres años antes, el filósofo quería evitar que se produjeran más muertes por cuestiones políticas. Sólo pretendía seguir gobernando aquellas ciudades donde contaran con un apoyo masivo de sus ciudadanos, como parecía el caso de Metaponte.

«... es mi voluntad que sea Téano, tu virtuosa madre, quien continúe al frente

de nuestra comunidad principal en Crotona. También he dispuesto los últimos movimientos políticos que confío que eviten nuevos actos violentos. A partir de ahora, las ideas de nuestra orden permanecerán alejadas de ojos públicos, esperando la llegada de una nueva era en la que los hombres estén preparados para conducirse siguiendo nuestros principios».

Aquello había tenido que suponer un sufrimiento terrible para Pitágoras. No porque el maestro de maestros hubiera deseado el poder, sino porque su mayor sueño había sido que los hombres formaran una comunidad de naciones que se gobernara según sus principios

morales de virtud, igualdad y justicia.

«... transmite mi afecto eterno a tu esposo, el noble Akenón, y haz que el pequeño Sinuhé no olvide cuánto lo quería su abuelo».

Akenón reprimió un sollozo y cerró los ojos. Vio como si lo tuviera delante a Pitágoras jugando con su hijo, los dos riendo con la misma alegría.

«... mi estado me impide escribir, pero emplearé mis últimas fuerzas para trazar en este pergamino el símbolo sagrado de nuestra orden. Que él sea mi última palabra.

Mantenedme vivo en vuestro corazón y siempre estaré con vosotros».

Akenón apoyó en el suelo la mano

con el pergamino y trató de aclarar su mente. Estaba abrumado por la muerte de Pitágoras, pero su instinto de investigador le indicaba que aquella carta contenía más información de la que había leído.

Información muy relevante.

—Ariadna —susurró con suavidad.

Ariadna giró la cara hacia él. Sus ojos verdes estaban hinchados y enrojecidos. Akenón acarició su mejilla empapada de lágrimas.

—Creo que tu padre ocultó un mensaje entre líneas.

Su esposa alzó un poco más la cara. Dos nuevas lágrimas descendieron por su rostro hasta quedar suspendidas en la

barbilla.

Akenón habló mientras releía el pergamino:

—Estoy convencido de que quería decirnos algo importante, pero a la vez temía que la carta fuese leída por ojos enemigos. —Continuó leyendo en silencio. Cuando estaba llegando al final, musitó unas palabras—: *Emplearé mis últimas fuerzas para trazar en este pergamino el símbolo sagrado de nuestra orden. Que él sea mi última palabra...* ¡Eso es!

Dio la vuelta al pergamino y le mostró el pentáculo a Ariadna.

—Tu padre dibujó este pentáculo. —Ariadna contempló los trazos débiles

propios de un moribundo y asintió en silencio—. Ahora fíjate bien —Akenón dio la vuelta al pergamino para mostrar el texto y de nuevo para que se viera el pentáculo.

—¡El pentáculo está invertido! —exclamó Ariadna.

—Ese es el mensaje —susurró con intensidad Akenón. Después hizo un gesto a Ariadna para que bajara la voz —. Pitágoras dice *que él sea mi última palabra*. Pitágoras llama al pentáculo su última palabra porque con él nos está diciendo el nombre de su asesino.

—Khaos —susurró la voz estremecida de Ariadna.

Aquel nombre cargó de temor la

atmósfera silenciosa del patio.

Khaos, el discípulo traidor, el gran maestro asesino, había adoptado como símbolo el pentáculo invertido. Para los pitagóricos el pentáculo era un símbolo de armonía, bondad y salud. Khaos le daba el significado contrario al dibujarlo hacia abajo.

«No cabe duda de que está señalando a Khaos. —Akenón giró de nuevo el pergamino—. ¿Cómo es posible?».

Ariadna miró a Akenón.

—Eshdek te habría avisado si Khaos hubiera escapado.

—Claro que lo habría hecho. —Se quedó unos segundos en silencio—.

¿Cómo puede haber organizado Khaos una revuelta en sus circunstancias? Lo asombroso es que no haya muerto ya. Lleva tres años encadenado a un remo, con los ojos quemados y sin lengua. Nadie resiste tanto tiempo así.

Ariadna pensaba lo mismo. Había pasado un año desde la última vez que había estado frente a Khaos. Lo había ido a ver porque había soñado que aquel monstruo recobraba la vista y la voz, las dos armas oscuras y poderosas con las que tanto daño había causado. Pero al contrario que en su sueño, Khaos seguía ciego y mudo.

«Y parecía estar a punto de morir», se dijo recordando cómo le sobresalían

los huesos bajo la piel roñosa. Casi podía pasar los pies por los grilletes de los tobillos. Debía de haber perdido la mitad de su peso y su rostro era una calavera donde la piel tensa y los labios retraídos componían una expresión de odio tan implacable como desesperado.

—Antes de encerrarlo conseguí sonsacarle que no tenía cómplices —pensó Akenón en voz alta—. Y nos aseguramos de que no pudiera comunicarse con nadie. —Reflexionó durante unos segundos y de repente se levantó—. Voy a verlo.

Ariadna sintió una aprensión repentina. Cogió la mano que le ofrecía su marido y se puso de pie junto a él.

—Akenón...

Se miraron en silencio. Ariadna no quería que fuera, pero estaba de acuerdo en que había que investigar cuanto antes la pista que les había dado su padre. No sólo para atrapar a quien hubiera provocado su muerte, sino porque era posible que el responsable quisiera acabar también con ellos antes o después.

Abrazó a su marido con fuerza. Sólo tenían unos pocos sirvientes y Ariadna nunca había pensado que necesitaran guardias armados; ahora lamentaba que Akenón tuviera que ir solo. En otras circunstancias le diría que avisaran a los soldados de la guardia urbana, pero

Drogo era el nuevo comandante de la guardia y seguramente Akenón estaría más seguro yendo solo. Por otra parte, pasaría más desapercibido investigando por su cuenta que acompañado de un grupo de soldados.

—Al menos llévate a Kush —dijo separándose de su marido.

—No. Quiero que se quede con vosotros.

Akenón miró hacia la entrada de la vivienda, pensando si ir a dar un beso de buenas noches a Sinuhé, pero decidió que era preferible no demorarse en ello. Fueron a las cuadras y cogió su caballo. Mientras montaba, Ariadna lo observaba conteniéndose para no rogarle que se

quedara. El presagio era ahora un grito continuo en su interior, un horror impreciso a punto de cobrar forma.

Akenón le sonrió desde lo alto del animal. Su silueta se recortaba contra un cielo gris oscuro con un entramado rojizo, como si se cerniera sobre ellos un enorme brasero a punto de extinguirse. Ariadna trató de devolverle la sonrisa.

Mientras su esposo hacía girar al caballo, ella abrió los labios.

—Akenón... —dijo levantando la mano. El golpeteo de los cascos iniciando el trote impidió que su marido la oyera.

Ariadna lo vio desvanecerse en las

penumbras del ocaso. Después dio media vuelta y entró de nuevo en el patio. Contempló el pergamino con el pentáculo abandonado en el banco de piedra y cerró los ojos.

Vio a su padre veinte años atrás, un hombre inmenso que irradiaba bondad y un magnetismo arrollador, imposible concebir que estuviera muerto. El tono áureo de los ojos de Pitágoras resaltaba cada vez más contra la blancura de su barba y sus largos cabellos, donde apenas algunas hebras conservaban el rubio claro de su juventud. En aquel recuerdo su padre se encontraba en el pórtico del gimnasio conversando con sus principales discípulos. Solían

caminar pausadamente a lo largo de aquella larga galería cubierta, y de vez en cuando se detenían para profundizar sobre algún punto. Ella estaba escondida tras una columna, espiando a su padre como hacía habitualmente cuando era niña.

—... Estando airado, no se ha de decir ni hacer cosa alguna.

La voz de su padre llegaba de modo irregular a su escondite, según los caprichos del fuerte viento de aquella mañana de verano, pero Ariadna sabía de qué estaban hablando. Evandro, un discípulo de unos treinta años tan brillante como impulsivo, se había visto implicado la tarde anterior en una

discusión con un comerciante tramposo que a punto estuvo de llegar a las manos.

—... Ante todo, respétate a ti mismo, me habéis oído decir... —El viento corría entre las columnas mezclándose con la voz serena de Pitágoras—... El respeto a los demás nace del respeto a uno mismo... —Una nueva ráfaga se impuso momentáneamente a sus palabras—... En verdad, la agresión a un semejante no es un hecho respetable.

La pequeña Ariadna asomó la cabeza, fastidiada por no oír mejor a su padre. Vio al introvertido Aristómaco y al joven Khaos —cuando todavía no había revelado su naturaleza monstruosa

— envueltos en sus túnicas de lino de espaldas a ella, escuchando con reverencia cada palabra de su maestro. Se asomó un poco más tras la columna y se ocultó de golpe cuando su mirada se cruzó con la de Pitágoras.

«Pensé que me iba a decir que me fuera, pero dejó que siguiera escuchando. Ese día y muchos otros». Las lágrimas brotaron de nuevo entre los párpados cerrados de Ariadna.

De repente abrió los ojos y se quedó expectante. Le había parecido sentir una corriente de aire frío en medio del anochecer caliente de Cartago. Envolvió con los brazos a su hijo nonato y escrutó el juego de luces y sombras danzantes

que el fuego de las lámparas creaba en las paredes de piedra del patio.

La corriente fría volvió a acariciar su rostro, como si la casa fuera un ser vivo que exhalara hacia ella un aliento gélido. Ariadna contuvo la respiración y sus labios dibujaron tres sílabas silenciosas.

«¡Sinuhé!».

Se lanzó al interior de la casa en busca de su hijo.

CAPÍTULO 13

Madrid, España, actualidad.

Elena sacó una barra de cacao del bolso, agradeciendo que el aire acondicionado bajara la temperatura del interior del coche. Desenroscó la tapa y después movió el retrovisor para que reflejara su boca. Vio que pensar en Daniel la había hecho sonreír y eso hizo que sonriera más.

Comenzó a hidratarse los labios. Normalmente ella no utilizaba maquillaje, lo único que se ponía era

cacao. Sus amigas le decían que tenía suerte por poder ahorrar un montón de tiempo al no tener que maquillarse. Al natural sus labios eran de un tono rojo frambuesa, estaba morena todo el año y tenía unas pestañas largas que hacían resaltar sus ojos castaños. Lo que menos le gustaba era su pelo. El color marrón oscuro era bonito, pero hubiera preferido que no fuese tan liso. Por eso solía recogérselo en una larga coleta, tal como lo llevaba ahora.

Mientras se aplicaba el cacao rememoró la reunión de la semana anterior en la que había conocido a Daniel.

Era jueves. Ella se había tomado una

cerveza charlando con Marta, una filóloga divertida e irónica de unos cuarenta años a la que había visto un par de veces en Mensa sin que anteriormente hubieran conversado. Después de ponerse de acuerdo en que *Modern Family* era una de las series más divertidas que habían visto, Elena se levantó de su silla.

—¿Quieres algo? —le dijo a Marta —. Voy a pedirme una botella de agua.

Marta respondió que no y Elena se acercó a la barra. Le apetecía más otra cerveza que agua, pero al día siguiente tenía que madrugar bastante. Se tomaría el agua rápidamente y se iría a dormir.

El camarero no se encontraba en la

barra y Elena decidió esperar a que regresara. Miró hacia Marta para avisarla de que iba a tardar un rato, pero la filóloga estaba hablando con un hombre rubio de espaldas a ella.

Poco después, Elena oyó que se abría la puerta de la calle y volvió la cabeza distraídamente.

«Vaya, vaya».

Acababa de entrar un chico algo más joven que ella. Llevaba pantalones vaqueros y una camisa negra de manga larga. Su cintura estrecha y el tamaño de sus hombros le hizo pensar que la natación debía de ser su deporte favorito. Era moreno, muy guapo y mostraba una expresión inconfundible.

«Una nueva incorporación».

Elena llevaba ocho años en Mensa y conocía perfectamente ese gesto curioso, ávido, un poco nervioso. El joven comenzó a recorrer el local con la mirada y Elena se volvió hacia él. Como psicóloga conocía bien el lenguaje corporal, y tuvo que reconocer que con esa postura intentaba llamar la atención del recién llegado.

«Elena, compórtate», se dijo entre avergonzada y divertida.

La mirada del chico se posó en ella y en sus ojos apareció un destello de interrogación. Elena le sostuvo la mirada. Él se acercó con una sonrisa tímida y Elena se estiró al darse cuenta

de lo alto que era. No era habitual que tuviera que mirar hacia arriba a los hombres, pero este medía al menos uno noventa.

—Hola. ¿Sabes si aquí...? —comenzó él, pero al ver la expresión en los ojos de Elena cambió la pregunta—: ¿Eres de Mensa?

—Sí, bienvenido al club. Me llamo Elena.

—Encantado. —El chico tenía una sonrisa franca que le daba un cautivador toque de ingenuidad—. Me llamo Daniel...

—... y es evidente que esta es tu primera reunión —dijo Elena acabando su frase.

—Sí —rio él—, supongo que se me nota.

—Tranquilo, te aseguro que menos que a mí la primera vez. —Elena señaló hacia el fondo del bar—. Estamos ocupando las mesas del fondo. Ahora vamos y te presento, pero igual quieres pedir algo.

«Y quedarte un rato charlando conmigo».

—Claro —respondió Daniel—. ¿Qué vas a pedir?

—Mmm... una cerveza.

—Muy bien, yo tomaré otra.

Cuando les sirvieron las bebidas se quedaron conversando junto a la barra. Enseguida descubrieron que ambos

habían nacido fuera de Madrid, adonde habían ido para estudiar, y que los dos se habían saltado un curso: Elena en la universidad y Daniel en el colegio. Era divertido, porque cada vez que sacaban un tema encontraban nuevas coincidencias.

—¿Qué estudiaste? —preguntó Daniel como si la retara a que también coincidieran en eso.

—Psicología en la Complutense.

—¿De verdad? —Daniel abrió los ojos exageradamente—. Yo también he estudiado Psicología. Aunque por la UNED —añadió torciendo el gesto como si lamentara la discrepancia—. ¿Trabajas de psicóloga?

—Doy clase de Psicopatología en la Complutense. Y también me dedico a la investigación.

Daniel asintió con interés. Su mirada le recordó a Elena la de los niños pequeños a la edad en la que parecen absorber el mundo a través de los ojos.

—¿Sobre qué investigas?

—Estudio... terapias cognitivas que puedan mejorar a personas con distintos trastornos, sobre todo en demencias tipo Alzheimer.

Las cejas de Daniel se alzaron ligeramente.

—¿En tu doctorado también investigaste sobre eso?

—Sí. De hecho, mi tesis doctoral se

titulaba: *Entrenamiento cognitivo en Alzheimer y otras demencias*. Después he seguido investigando en esa línea, pero ampliando el campo de estudio.

—¿Eres Elena Pastor?! —exclamó Daniel.

—Sí —respondió ella extrañada—. ¿Cómo...?

—¡He leído tu tesis!

—¿En serio? —preguntó sorprendida.

—Por supuesto. Es un trabajo genial. Lo encontré navegando en Internet. — Daniel se calló bruscamente—. Está... es de acceso libre, ¿verdad?

—Sí, la publiqué en papel, pero también la colgué en Internet para que

pudiera leerla todo el que quisiera.

Daniel reprimió un suspiro de alivio. Había desarrollado un *software* que buscaba por todo Internet nuevas publicaciones sobre temas relacionados con su proyecto. Su programa era capaz de saltarse la mayoría de los filtros de seguridad y contraseñas, y por un momento había temido estar diciéndole a Elena en la cara que había accedido ilegalmente a su tesis.

En ese momento se les acercó Marta, la filóloga cuarentona.

—Holaaaaa —dijo con un tono divertido—. ¿Qué tenemos aquí, un nuevo mensista que has decidido acaparar? Vaya, no me extraña —añadió

en tono burlón mirando a Daniel de arriba abajo.

—Sí, es Daniel. —Elena agradeció que su piel morena disimulara el rubor —. Esta es su primera reunión. Daniel, ella es Marta.

—Encantado.

—Encantada yo, Daniel. Pero oye, no quería interrumpiros, sólo venía a la barra a pedirme algo.

—De todos modos yo tengo que irme —se apresuró a decir Elena—. Mañana debo madrugar, o sea que te quedas encargada de que Daniel piense que somos encantadores y quiera regresar.

—Eso es cosa hecha —respondió Marta guiñando un ojo.

Elena tenía que levantarse seis horas más tarde y no quería robar más horas al sueño, además le parecía que aquel era un buen momento para interrumpir la conversación con Daniel. Acababan de descubrir un terreno de interés común, eso le servía como excusa para pedirle que intercambiaran *emails* y números de teléfono y quedar otro día.

Al salir del bar, Elena no pudo evitar darse la vuelta y quedarse unos segundos mirando a Daniel a través del cristal. Él estaba de lado, charlando animadamente con Marta. Elena se mordió el labio inferior y se alejó antes de que la descubriera.

«Y yo que no creía en los

flechazos...».

Dos días después le escribió un *mail* preguntándole si iba a ir a la siguiente reunión de Mensa. Daniel contestó afirmativamente y a partir de ahí mantuvieron un intercambio de correos diario. Sin embargo, los mensajes de Daniel tenían un aire reservado que a Elena le extrañaba un poco.

«No importa —pensó mientras guardaba la barra de cacao en el bolso y se ponía el cinturón de seguridad—. Lo importante es que esta noche volveré a verlo».

Daniel apartó las manos de la cara y

parpadeó varias veces.

Cada vez que cerraba los ojos veía la imagen de un pentáculo invertido como si fuese un arañazo en su mente. Estaba mareado y le vino a la cabeza una noticia que había leído hacía tiempo: unos dibujos animados japoneses habían sido retirados porque sus fogonazos de luces parpadeantes habían causado epilepsia a varios niños.

Miró receloso al monitor central, que ahora estaba completamente negro. Desconectó todas las tomas de corriente y quitó la batería del portátil. Esperó unos segundos antes de restaurar la corriente al ordenador central y lo arrancó en modo seguro. Desde allí

revisó exhaustivamente los registros de actividad, pero no encontró nada que indicara lo que había ocurrido en los últimos minutos.

Sacudió la cabeza, desconcertado.

«Tiene que haber algún rastro».

No había nadie capaz de borrar sus huellas de ese modo. Siguió buscando durante un rato y después lanzó un par de programas de localización de *software* malicioso.

Mientras se ejecutaban los programas, encendió el portátil que mantenía en todo momento aislado de su red central.

«¿Quién demonios habrá sido?».

Ya había descartado a sus amigos de

la carrera. En cuanto a alguna empresa u organismo oficial, a varios de ellos les podía haber molestado que accediera a sus sistemas, pero en todo caso le habrían puesto una denuncia. Lo que había ocurrido parecía una broma — aunque una voz en el fondo de su cabeza le decía que no lo era—, y el *hacker* responsable tenía que ser alguien increíblemente hábil.

«¿Habrá sido alguien de Mensa?», se le ocurrió de repente.

Hacía un mes, él había comenzado su proceso de entrada en Mensa por casualidad. Era viernes por la tarde, estaba tirado en el sofá del salón viendo un capítulo de *Los Simpson*, y se sentía

un poco deprimido. Sus mejores amigos acababan de irse a Alemania y el resto del grupo iba a acudir a una fiesta que organizaba Ernesto Serrano, su ex socio estafador. Pablo y Cristina, sus nuevos compañeros de piso, le habían dicho que fuera con ellos a otra fiesta, pero Cristina ya le había hecho un par de insinuaciones subidas de tono y prefería mantenerse alejado de ella.

En el capítulo de *Los Simpson* aparecía una organización llamada Mensa. A ella pertenecían las principales lumbreras de Springfield, y por supuesto Lisa Simpson también se unía a ellos. Daniel recordó de pronto que hacía años había leído algo sobre

esa organización en España y decidió echar un ojo en Internet. Cogió el portátil que tenía encendido sobre la mesa y tecleó *Mensa* en Google.

La quinta referencia era una entrada de la Wikipedia. Pinchó en ella y enseguida encontró algo interesante:

«*Mensa* reúne a todo tipo de personas de cualquier procedencia y formación con el objetivo de crear un ambiente socialmente enriquecedor».

Bien, eso era justo lo que él quería: ampliar un poco su vida social, a ser posible con gente interesante. Siguió leyendo:

«El nombre de la organización procede de *mensa* (mesa en latín), en

recuerdo a la “mesa redonda” del rey Arturo, como símbolo de que es un club cuyos miembros son iguales en derechos y obligaciones».

Eso también sonaba bien, al parecer no había ningún tipo de jerarquía.

Poco después descubrió una lista de miembros conocidos. La ojeó y encontró a Isaac Asimov, uno de sus escritores favoritos de ciencia ficción, y a Quentin Tarantino, de quien no se perdía ninguna película. Sus ganas de entrar en Mensa se incrementaron.

Tecleó *mensa.es* y entró en la página oficial de Mensa España. Navegando por ella accedió a una página con un *Test orientativo* que, según se decía,

servía de orientación sobre las posibilidades de entrar en Mensa. El test constaba de dieciocho preguntas con seis opciones de respuesta, e indicaba que debía contestarlas en menos de ocho minutos.

«Muy bien, vamos allá».

Sacó el teléfono y seleccionó la función de cronómetro. Sonrió al darse cuenta de que estaba un poco nervioso. Puso el cronómetro en marcha y comenzó a hacer el test.

CAPÍTULO 14

Madrid, España, actualidad.

Al finalizar el test, Daniel se aseguró de que no se había equivocado al teclear las respuestas y paró el cronómetro:

«02:46».

Le dio a *Corregir* y apareció un mensaje:

«Su puntuación ha sido 18 aciertos sobre 18 posibles. De ello deducimos que sus posibilidades de entrar en Mensa son muy altas.

Si está interesado en formar parte de nuestra asociación, puede solicitar realizar el test preliminar o el test supervisado».

Eligió el test supervisado y se abrió otra pestaña en la que introdujo sus datos. Tres días más tarde lo convocaron para hacer el test en un local de la calle Alcalá. Se presentó, hizo el test con otros cuatro candidatos y un supervisor, y un día después lo llamaron al móvil para decirle que había superado el test.

—No has tenido ningún fallo —añadió en tono apreciativo la persona que llamó.

Lo siguiente que recibió fue una

carta dándole la bienvenida y diciendo que su cociente parecía ser superior al 99% de la población. No supuso una sorpresa, era lo mismo que reflejaban todos los tests que le habían hecho en el colegio...

«... hasta que empecé a cometer errores para evitar que volvieran a cambiarme de curso», recordó sonriendo.

Lo importante era que ya podía asistir a las reuniones. Se enteró de que en Madrid celebraban cinco cada mes, y de que la próxima sería el siguiente jueves. Acudió con la idea de pasar un rato agradable con un grupo de gente interesante, pero la realidad superó con

mucho lo esperado al conocer a Elena.

Daniel volvió al presente al ver que su portátil se había conectado por fin a Internet. Entró en su cuenta de correo pensando que quizás había recibido algún mensaje de la persona que había burlado sus sistemas de seguridad.

El primer correo era de Médicos Sin Fronteras. Donaba sesenta euros al año desde que había cumplido los dieciocho. «Espero poder seguir haciéndolo el año que viene», se dijo pensando en sus maltrechas finanzas.

Había un par de correos de mensamadrid, pero eran de personas que

escribían para confirmar que asistirían a la reunión de esa noche. No encontró ningún *mail* relacionado con la intrusión. Y los mensajes que había de Elena ya los había leído.

Se quedó pensativo mirando el último correo de Elena. Era una respuesta a otro que le había escrito él, mostrándose mucho más frío que cuando habían hablado en persona.

Apartó la mirada de la pantalla.

En la anterior reunión, él se había quedado charlando con Marta después de que se fuera Elena. Al segundo comentario que hizo él sobre Elena, intentando obtener información con bastante torpeza, Marta había soltado

una risa.

—Ja, ja, ¿lo que quieres preguntarme es si tiene novio? —Daniel enrojeció como respuesta y Marta continuó—: Pues siento decirte que vive con un italiano. Es un biólogo que conocimos hace unos meses en una conferencia. No está mal, aunque debe de tener unos quince años más que ella.

Elena quitó el freno de mano, puso la marcha atrás y comenzó a mover el coche.

«¿Qué ocurre?».

Al automóvil le costaba moverse, como si estuviera lastrado. Comprobó

que el freno de mano estaba bien bajado y volvió a acelerar.

«Mierda».

Algo no iba bien. El coche era un Volkswagen Golf diésel, con nueve años y ciento treinta mil kilómetros, que tenía desde hacía dos meses. Su anterior dueño era su vecino de la puerta de enfrente, Alberto Fernández, un policía nacional que se acababa de comprar un Golf nuevo. En el concesionario sólo le daban tres mil setecientos euros por su viejo coche, y ese fue el precio al que se lo había quedado Elena.

—Tiene nueve años pero está como nuevo —le había dicho su vecino policía—. Puedes ver en el libro de

mantenimiento que ha pasado todas las revisiones puntualmente.

Elena no sabía nada de coches, pero se fiaba de Alberto. Y lo cierto era que hasta entonces aquel vehículo no le había dado ningún problema.

Apagó el motor, se quitó el cinturón de seguridad y salió del coche. Se alejó un par de pasos de él, contemplándolo y preguntándose cuánto tardaría una grúa en llegar al campus, arreglar su coche o llevarlo a un taller... Miró el reloj frunciendo el ceño. Tenía la intención de ir a comprarse un vestido —se lo había prometido a sí misma para cuando acabara el curso—. Quería llevarlo puesto esa noche en la reunión de Mensa

en la que vería a Daniel.

«Y antes tengo que pasar por casa para asegurarme de que Leonardo se ha marchado de una vez», se dijo con expresión sombría.

Pensar en Leonardo hizo que sintiera frío por dentro, pero se distrajo al ocurrírsele que igual se habían enganchado unas ramas o una caja de cartón en una rueda.

En el lado izquierdo no se veía nada. Rodeó el vehículo por delante sin encontrar tampoco nada extraño, hasta que se fijó en la rueda trasera derecha. Estaba completamente desinflada. Se acercó y descubrió que en la cara exterior de la rueda, en su parte

superior, había varios cortes.

«No me lo puedo creer. —Su estupefacción se convirtió inmediatamente en rabia—. ¡Joder, seguro que ha sido el anormal de Pedro Vergara!».

Miró rápidamente en todas direcciones. No había nadie a menos de cincuenta metros. El único movimiento cercano era un coche saliendo del aparcamiento con varias chicas dentro. Elena levantó un brazo hacia ellas, pero no la vieron y el vehículo se alejó cogiendo velocidad.

«Vale, sólo hay que cambiar una rueda. —Apartó una gota de sudor que le bajaba por la sien—. ¿Y cómo

demonios se cambia una rueda?»).

Se acordó entonces de los cuatro chicos que le habían silbado. Miró en su dirección pero uno de los edificios le impedía ver si se habían marchado. Cerró el coche con el mando a distancia y echó a correr a través del aparcamiento; tenía que darse prisa, la facultad estaba casi vacía.

Mientras corría sentía que con las sandalias de medio tacón se podía hacer un esguince de tobillo en cualquier momento. Al llegar a la esquina del edificio casi se dio de bruces con un par de chicos. Eran alumnos suyos; de hecho, eran dos de los que le habían silbado.

—Hola, chicos. —Hizo una pausa para controlar su respiración agitada. Apenas lo consiguió, y se dio cuenta de que correr en medio de aquel calor había hecho que rompiera a sudar—. Quería pedirlos un favor.

Ellos continuaron en silencio. El más alto asintió ligeramente.

—Tengo una rueda pinchada. —Notó que una gota de sudor resbalaba por su escote siguiendo la curva de un pecho. Reprimió el impulso de pasarse la mano por el escote delante de los chicos y sintió cómo la gota seguía descendiendo mientras ella hablaba—: Me preguntaba si vosotros podríais ayudarme a cambiarla.

Su alumno más alto —Elena recordó en ese momento que se llamaba Juan— sonrió como si le hubieran dicho que le había tocado la lotería.

—Claro —respondió con entusiasmo. Después miró a su compañero, que asintió con una sonrisa tímida y apartó la mirada.

Regresaron con ella hasta el coche y examinaron la rueda.

—Te la han pinchado con una navaja —dijo Juan señalando los cortes.

—Sí, eso he pensado yo.

Su alumno se puso de pie y dio una vuelta alrededor del coche.

—Tienes suerte de que sólo haya sido una. —Se volvió hacia ella—. El

manual del coche está en la guantera, ¿no?

—Eh... Creo que sí.

Juan sacó el manual y se puso a hojearlo junto a su amigo. Un minuto más tarde, abrieron el maletero y comenzaron a sacar herramientas.

—¿Puedo ayudaros?

—No te preocupes. —Juan cerró el maletero—. En diez minutos habremos acabado.

Elena se apartó para no entorpecer. Si tardaban tan poco, podría mantener su plan original. Había seleccionado en la página web de la tienda de vestidos el que quería —negro, con un estampado ligeramente *hippy* y el bajo de la falda

cortado en diagonal—, y había llamado a la tienda para que se lo reservaran en su talla. Sólo le quedaba probárselo.

«Y antes de una hora me habré cerciorado de que Leo se ha ido».

Recordó los tibios correos de Daniel y negó con la cabeza. Había una diferencia notable entre el tono de esos mensajes y la conversación cara a cara de la semana anterior. Entonces Daniel sonreía y bromeaba con ella; sin embargo, en los correos electrónicos parecía que quería mantener la distancia.

No era fácil sacar conclusiones, pues no habían hecho ni dicho nada que implicara que se gustaran. Quizás Daniel

sólo se había esforzado en ser agradable porque aquel era su primer contacto con Mensa... No, Elena estaba casi segura de que no había sido sólo eso. La forma de mirarse, de no atender a nada más, de sonreír en los silencios... todo eso hablaba de atracción. Por eso la tibieza de los correos sólo podía deberse a un desagradable motivo:

«Le han dicho que Leonardo es mi novio».

A fin de cuentas, ella había conocido a Leonardo en una conferencia a la que había asistido con gente de Mensa. Si Daniel les había preguntado si ella tenía novio, probablemente le habían respondido que sí, que estaba viviendo

con un italiano que casi podía ser su padre.

La conferencia había tenido lugar hacía tres meses, en la Fundación Gabriel Monteagudo. A Elena le llegó un *mail* de la lista local de Mensa Madrid informando de unas charlas sobre el sistema nervioso. Eran de acceso gratuito y se apuntaron unos cuantos de Mensa para ir juntos. El conferenciante se llamaba Leonardo Rossi, un biólogo perteneciente a la propia Fundación.

Cuando se sentaron en la sexta fila —habían llegado un poco justos de tiempo—, Elena miró hacia el estrado y le pareció que el biólogo la observaba

atentamente. Apartó la vista en cuanto lo miró y se concentró en sus notas. Debía de rondar los cuarenta años, vestía con una elegancia llamativa y su pelo, castaño con vetas plateadas, formaba un estudiado alboroto de rizos amplios.

—El cerebro contiene cien mil millones de neuronas —dijo con acento italiano al principio de su conferencia—. Cada una de ellas está conectada con una media de diez mil neuronas, lo que da una cifra total de mil billones de conexiones dentro de la cabeza de cada uno de nosotros.

Elena observó que mucha gente del público asentía con interés. Al parecer la audiencia estaba formada en su

mayoría por estudiantes, a los que siempre agradaba ese tipo de datos.

—Podríamos pensar que esta cifra tan alta de sinapsis, o conexiones neuronales, puede explicar la complejidad de nuestros procesos cerebrales —continuó Leonardo—; sin embargo, la magia del cerebro no se explica por su complejidad estructural, sino porque es un órgano dinámico, en permanente cambio.

Elena alzó las cejas con mayor atención.

—La identidad de cada uno de nosotros depende de nuestra capacidad de aprendizaje y de nuestra memoria. ¿Qué seríamos si no pudiésemos

recordar? —Leonardo dejó que la pregunta calara en los asistentes—. Cada vez que sentimos y cada vez que pensamos se producen cambios en nuestro cerebro. Pueden crearse nuevas conexiones o reforzarse las existentes, y también pueden eliminarse conexiones o debilitarse su fuerza. A esta capacidad de remodelación interna de nuestro cerebro se la denomina *plasticidad neuronal*.

Aquello entraba de lleno en el campo de estudio de Elena, que se inclinó hacia delante.

—¿Pueden atenuar las luces, por favor?

La petición de Leonardo Rossi hizo

que la sala quedara en penumbra. Al mismo tiempo se iluminó una pantalla gigante detrás de él. Mostraba una imagen fija de una rata en un laberinto. En una esquina del vídeo se veía un cronómetro puesto a cero.

—Vamos a ver qué ocurre en el cerebro de esta rata cuando recorre el laberinto.

Elena vio que Leonardo pulsaba un botón y el roedor comenzó a correr. Tardó cuarenta segundos en encontrar la salida.

—Segundo intento —dijo la voz de Leonardo con un ligero acento extranjero.

Se vio cómo colocaban al animal al

inicio del laberinto y repetía el recorrido con un resultado similar.

—Vamos a acelerar un poco el proceso.

La imagen mostró a la rata a cámara rápida haciendo varias veces el recorrido. De repente se restauró la velocidad normal y todo el mundo vio al animal recorrer el laberinto en once segundos, sin cometer un solo error. La devolvieron al inicio y de nuevo tardó once segundos.

—Bien, es indudable que esta rata ha aprendido —señaló Leonardo—. Ahora vamos a ver qué ha ocurrido en el interior de su cerebro.

Lo siguiente que apareció en la

pantalla fue una animación de ordenador, y Elena se sintió un poco decepcionada. Por un momento había pensado que aquel biólogo italiano iba a mostrar imágenes reales que mostraran los cambios producidos por el aprendizaje a nivel neuronal. No obstante, su desilusión desapareció enseguida. La animación informática estaba presentando modelos muy avanzados de las alteraciones que se producían a lo largo de las paredes neuronales.

«Esto no es para estudiantes», se dijo asombrada.

Leonardo siguió su exposición haciendo que Elena se quedara con la

boca abierta. El modelo del biólogo daba respuesta a algunos interrogantes que ella consideraba insuperables hasta que la tecnología de neuroimagen diera un nuevo salto.

En cuanto acabó la exposición, Elena abordó a Leonardo Rossi. El biólogo le dijo que en ese momento no podía atenderla, pero le dio su tarjeta para que lo llamara.

—Cuando usted quiera —añadió con un brillo especial en los ojos.

Esa última mirada hizo que Elena dudara durante un par de días, pero estaba muy interesada en su trabajo. La precisión de las explicaciones de Leonardo Rossi sobre determinados

procesos de plasticidad neuronal le podían permitir a ella afinar aspectos relevantes en sus modelos de entrenamiento cognitivo. Buscó por Internet, pero apenas había referencias de la Fundación Gabriel Monteagudo —fundada hacía un siglo por el millonario filántropo del mismo nombre—, y no encontró sobre Leonardo Rossi nada más que escuetas referencias siempre ligadas a su labor como conferenciante de la Fundación.

Cuando lo llamó, Leonardo se mostró muy dispuesto a dedicarle su tiempo. No obstante, puso como condición que quedaran a cenar, y que él elegiría el restaurante.

—Se trata de una reunión para hablar de ciencia —quiso dejar claro ella.

—Por supuesto —respondió él en el tono de *espero no haber hecho nada que te haga dudar de mis intenciones*.

Elena acudió inquieta a aquella cena, pero se fue relajando a medida que transcurría la velada. Aunque Leonardo se mostraba galante, como un caballero antiguo, no hizo ningún intento ni insinuación. Hablaron del contenido de la conferencia y Leonardo le explicó que no habían hecho experimentos que demostraran que sus modelos sobre la plasticidad fueran válidos.

—Se trata sólo de una teoría posible

—dijo quitándole importancia—. La utilizo como base de las charlas divulgativas, que es el objetivo de la Fundación Gabriel Monteagudo.

—Aunque sólo sea una teoría —repuso Elena con vehemencia—, constituye un enfoque brillante que merece la pena ser publicado.

Leonardo rechazó la idea con un gesto de la mano.

—Entiendo que como investigadora pienses eso, pero nuestros fines son diferentes.

Elena no comprendía que Leonardo no compartiera su postura, y aceptó una segunda cena para tratar de convencerlo. En ella el biólogo italiano se mostró

igual de inflexible, pero su argumentación parecía incompleta, como si ocultara algo, lo que le daba un aura de misterio.

Y Elena se había hecho investigadora porque le fascinaban los misterios.

La tercera cena tuvo lugar un sábado. Elena se dio cuenta a lo largo del día de que la perspectiva de la cita la alegraba. No es que le gustara Leonardo, pero resultaba agradable estar con él. Era inteligente, atento, a veces enigmático y siempre mantenía la conversación viva e interesante. Elena se hizo la pregunta de si quería que pasara algo entre ellos, y se respondió

que no. Leonardo era atractivo, pero tenía quince años más que ella —lo cual era un obstáculo notable, aunque no determinante— y ella no sentía un vacío en el estómago cuando sus miradas se encontraban —y esto sí le parecía un obstáculo definitivo.

Sus prevenciones no sirvieron de nada. Leonardo estuvo más ameno y divertido que nunca y ella, que raramente llegaba a la segunda copa de vino, no se dio cuenta de que estaba tomando demasiado champán. Cuando al llevarla a casa él intentó besarla, se quedó confusa, pero no dijo que no. Respondió a las caricias del hombre y después a su pasión de un modo

automático, con una extraña sensación de irrealidad, como si su mente estuviera separada de su cuerpo. Al día siguiente, cuando él la llamó, todavía no sabía qué le diría, pero finalmente decidió dar una oportunidad a aquella relación. Tenía todos los ingredientes de una relación ideal... al menos sobre el papel, y quizás lo del amor a primera vista fuera una fantasía inmadura. Sí, eso era, ella estaba iniciando una relación madura, con un hombre maduro, y los sentimientos —quizás más sosegados pero también más profundos que en una pasión adolescente— surgirían poco a poco, sobre la base de respeto y estima que le inspiraba aquel hombre brillante

y desenvuelto.

Elena intentó convencerse, o quizás engañarse, durante casi dos meses. Llegó a sentir verdadero cariño por Leo, que seguía siendo el caballero perfecto, pero cada día era más evidente la distancia sentimental que los separaba. Aunque Leonardo mantenía su aire resuelto e independiente, Elena a veces lo descubría mirándola de un modo tan intenso que parecía desesperado por grabar en su memoria cada detalle de su rostro. Otras veces lo que la inquietaba era su semblante completamente absorto mientras recorría con un dedo la piel de su hombro o acariciaba lentamente el borde de su clavícula.

«Leonardo, tenemos que hablar». Esa frase, de significado universal, llevaba un par de días rondando su mente cuando Leonardo se presentó apesadumbrado en el restaurante donde habían quedado para comer.

—Esta noche ha habido un incendio en mi edificio, dos pisos por debajo del mío.

Elena se llevó una mano a la boca reprimiendo una exclamación.

—¿Cómo ha sucedido? —Su mirada recorrió la cara y las manos de Leonardo—. No te ha pasado nada, ¿verdad?

—No, no. —Hizo un gesto con la mano como si apartara aquella

preocupación—. El edificio tiene alarma de incendios y hemos salido todos sin problemas. Lo malo es que ahora deben hacer un análisis de la estructura para ver si ha sufrido daños. Ya nos han adelantado que no parece grave, pero que probablemente tengamos que estar una o dos semanas fuera de nuestros pisos.

Leonardo se calló, pero sus ojos seguían hablando y Elena apartó la mirada para pensar con mayor claridad. Leo sólo llevaba unos meses viviendo en Madrid, donde no tenía familia ni amigos más allá de algunos conocidos del trabajo.

—Vente a mi casa —dijo finalmente

con una sonrisa apagada.

Aquella tarde, en el trabajo, Elena se dijo que quizás lo sucedido era una jugada del destino para impulsar su relación. Por la noche, con la mirada perdida en el techo y Leonardo durmiendo a su lado, comprendió que era exactamente lo contrario.

—Leo —le dijo a la mañana siguiente mientras desayunaban—, lo siento pero... creo que... es mejor que durmamos en habitaciones separadas. Es decir... puedes quedarte unos días, pero entre tú y yo, ya no...

Leo levantó un poco la mano y Elena se calló.

—No sigas. —La voz del biólogo

sonaba desfallecida y su acento italiano resultaba más perceptible—. Gracias por haberme acogido. —Esbozó una sonrisa triste que daba un doble significado a la frase. Después suspiró y terminó de hablar—. En cuanto pueda me iré.

Elena pensó que posiblemente Leo se fuera a un hotel ese mismo día. No lo hizo. Tampoco al día siguiente ni al cabo de una semana. Elena no quería presionarlo, pues ella le había ofrecido quedarse; además, Leo se comportaba con una corrección impecable. Pero cuando se cumplieron las dos semanas decidió hablar con él.

Aquello había ocurrido hacía tres

días, a media tarde. Elena había regresado pronto del trabajo y se había acostado un rato porque le dolía la cabeza. Cuando salió del dormitorio, observó que las persianas del salón se encontraban medio bajadas para evitar que el sol recalentara la casa. Leonardo estaba sentado en el sofá, de espaldas al ventanal, trabajando en su ordenador portátil. Al verla aparecer levantó las manos del teclado.

—¿Qué tal tu cabeza? —dijo con expresión preocupada.

—Bien, gracias. —Elena avanzó unos pasos—. Leonardo, ya han pasado dos semanas desde que viniste.

Él asintió, atento a sus palabras pero

sin decir nada.

—Dijiste que lo de tu piso se solucionaría en una o dos semanas — insistió Elena de pie frente a él.

—Sí, me han dicho que cualquier día de estos darán la autorización para que regresemos.

Ella suspiró, ligeramente irritada. Iba a hablar de nuevo cuando se dio cuenta de que la pantalla del portátil se reflejaba en la ventana que había detrás de Leonardo. Entrecerró los ojos y al cabo de un segundo distinguió lo que mostraba la pantalla.

Una oleada de miedo recorrió su cuerpo.

CAPÍTULO 15

Cartago, 507 a. C.

—¡Sinuhé!

Ariadna irrumpió en la habitación de su hijo. El pequeño dormía y Kush estaba sentado en el suelo junto a la cama. Se levantó de un salto en cuanto ella entró. La piel negra del esclavo lo convertía en una forma difusa entre las sombras, donde destacaban sus intensos ojos azules como si flotaran en la oscuridad.

Ariadna se acercó a Sinuhé y

escuchó atentamente su respiración. Cuando comprobó que su hijo estaba bien se volvió hacia Kush.

—No te muevas de su lado.

Salió de la habitación y fue corriendo a su dormitorio. No había ninguna lámpara encendida, pero sabía perfectamente dónde se encontraba lo que estaba buscando. Se arrodilló junto a un cofre de madera con placas de marfil en el que guardaba algunos objetos que había traído de Crotona. Levantó la tapa, apartó unos documentos y rebuscó en el fondo.

«¡No está mi cuchillo!».

La sorpresa le cortó la respiración. Un instante después se volvió

bruscamente.

—¿Quién eres? —preguntó hacia las sombras.

Se puso de pie sin obtener respuesta. Al inspirar notó el aire extrañamente frío. Lo exhaló por la boca muy lentamente, atenta a cualquier percepción que pudiera captar.

De pronto sintió con claridad una presencia hostil. En la esquina más oscura de la habitación había *algo* observándola. Apoyó la espalda en la pared y retrocedió sin apartar la vista de aquella fuente de poder contenido. Salió de la alcoba y echó a correr hacia el cuarto de su hijo.

—¡Kush, coge a Sinuhé!

Recorrió la distancia en tres zancadas. Cuando llegó a la puerta, el esclavo sostenía al niño contra su pecho.

—¿Qué ocurre, mi señora? — preguntó asustado.

—Ve a la calle con Sinuhé, ¡rápido!

Kush agachó la cabeza para salir de la habitación y se apresuró al exterior, llevando a Sinuhé acurrucado contra su pecho con los ojos cerrados.

Ariadna miró con aprensión hacia su dormitorio. Después atravesó la vivienda a la carrera y se detuvo para asomar la cabeza por la puerta de la cocina. Sus dos sirvientas permanecían ajenas a lo que sucedía. Estaban preparando la cena con la ayuda de

Tarik, un muchacho de once años hermano de una de ellas.

—Marchaos inmediatamente. —Los tres se volvieron hacia Ariadna—. Hay que salir de aquí ahora mismo. Id a casa de vuestros padres y no regreséis hasta que os avise.

Ariadna continuó su huida hacia el exterior con las sirvientas a la zaga, exclamando asustadas sin entender lo que ocurría. El muchacho las seguía en silencio.

Kush aguardaba en la calle con Sinuhé en brazos. Las sirvientas se alejaron corriendo en la oscuridad y Ariadna echó a andar en dirección contraria.

—Vamos a casa de Eshdek. —Se volvió hacia el hermano de la criada al darse cuenta de que la seguía—. Tarik, ¿quieres ayudarme?

Al muchacho se le iluminó la cara por toda respuesta. Era un chico delgado y de carácter resuelto, todo lo contrario que su hermana.

—Escóndete donde puedas ver la casa y espera hasta que regrese Akenón. Tienes que evitar que entre, y dile que nos hemos ido a casa de Eshdek. ¿Lo harás?

—Sí, mi señora.

—Gracias, Tarik. Pero no te acerques demasiado. Ahora mismo hay alguien muy peligroso dentro de nuestra

casa.

El rostro del muchacho se puso serio. Asintió con decisión y corrió a ocultarse en una esquina.

Kush tenía que dar amplias zancadas para mantener el ritmo de Ariadna. Ella hubiera querido correr más rápido, pero le preocupaba que su embarazo estuviese en peligro. Había acumulado demasiada tensión desde que esa tarde el presagio había empezado a crecer en su interior. Afortunadamente la casa de Eshdek no quedaba lejos, aunque tendrían que evitar las patrullas de la guardia urbana.

«Drogo estaría encantado de que cayéramos en sus manos sin que hubiese testigos».

Se estremeció al recordar el sobrenombre de aquel militar que odiaba tanto a Akenón.

«Drogo *el Pulgares*».

Procuró avivar el ritmo a pesar de que su vientre parecía haberse vuelto de piedra. La avenida que llevaba de su casa a la de Eshdek se encontraba casi vacía. Tan sólo se divisaban un par de aristócratas regresando a sus mansiones. Los escoltaban miembros de su propia guardia personal, que utilizaban antorchas para disolver las tinieblas del entorno.

Al llegar a la altura de uno de los grupos, Ariadna sintió que varias miradas intrigadas los examinaban como tentáculos invisibles. Nadie dijo nada, pero se dio cuenta de que la habían reconocido. Seguramente hablarían de ellos a la siguiente patrulla de soldados que se cruzaran.

Cuando habían recorrido la mitad de la distancia oyeron ruido de caballos acercándose por su espalda. Ariadna sabía que la caballería de la guardia urbana se encargaba de patrullar el barrio aristocrático.

—Kush —susurró—. Por aquí.

Se precipitaron por una calle lateral, avanzaron unos metros y se detuvieron

junto a un muro de adobe. Ariadna se ocultó detrás de Kush. Su piel negra era mucho menos visible que la túnica de lino que vestía ella.

Al cabo de unos segundos vieron pasar cuatro soldados a caballo por la avenida principal. Miraron en su dirección sin llegar a verlos. Las nubes hacían que la noche recién iniciada fuera excepcionalmente cerrada.

Ariadna aguardó unos segundos mientras el sonido de cascos se alejaba. Intentó distinguir el rostro de su hijo, pero sólo veía una forma clara envuelta de manera protectora por la sombra de las enormes manos de Kush. Sintió una corriente de agradecimiento hacia el

kushita, y recordó que su antiguo amo les había dicho que Kush había perdido un hijo pequeño cuando lo sacaron de su tierra. Levantó la mirada hacia el semblante del esclavo y le pareció que sus grandes ojos azules vigilaban atentamente el rostro de Sinuhé.

—Sigamos —indicó Ariadna en un susurro.

Se adentraron en las tinieblas de aquel callejón. Tendrían que dar un rodeo para evitar a las patrullas. Al llegar a la siguiente esquina giraron para avanzar en paralelo a la avenida principal y continuaron caminando casi a tientas.

Ariadna sintió una nueva punzada de

dolor por la muerte de su padre. Era algo demasiado grande para asumirlo de golpe. Respiró hondo e hizo un esfuerzo para mantener su mente despejada.

«Debo concentrarme en llegar a la residencia de Eshdek».

El sufete era el único que podía protegerlos. Y también el único que podía evitar que Akenón regresara a casa. La presencia malévola que ella había percibido podía coger a su marido desprevenido. Ariadna quería pedir a Eshdek que enviase al puerto a algunos de sus guardias personales. Eso estropearía la posibilidad de que Akenón llevara a cabo una investigación discreta sobre Khaos, pero podía

salvarle la vida.

Llegaron a un cruce y Ariadna giró para regresar a la vía principal.

«¿A qué nos enfrentamos? —se preguntó mientras atravesaba la oscuridad. La presencia que había sentido en su casa era más poderosa de lo que recordaba que era Khaos cuando lo habían capturado hacía tres años—. Y la última vez que lo vi estaba más muerto que vivo, no podía ser él».

Ariadna calculó que Akenón estaría a punto de llegar al puerto. Intentó avanzar más rápido y corrió con los brazos extendidos delante de ella. Enseguida distinguió un resplandor. Habían alcanzado la esquina con la

avenida central. Se asomó con cautela y vio la mansión de Eshdek a cincuenta pasos. Frente a las puertas estaban apostados dos guardias con unas lanzas largas apoyadas en el suelo, espada al cinto y un escudo redondo sujeto al brazo izquierdo. La luz procedía de una hilera de antorchas clavadas cada pocos metros a lo largo del muro frontal.

Ariadna miró a ambos lados, le hizo una seña a Kush y emergieron de la calle lateral. Uno de los guardias los observó con curiosidad. El fulgor de las antorchas los alcanzaba permitiendo distinguir el extraño grupo que formaban: una extranjera embarazada y un altísimo esclavo negro con un niño en

brazos.

«Estamos a punto de conseguirlo».

Se encontraban a sólo treinta pasos cuando oyeron el trote de varios caballos. Una patrulla de la guardia urbana cabalgaba hacia ellos. Ariadna contempló aterrorizada sus siluetas agrandándose con rapidez. Iban a cortarles el paso antes de que llegaran a la entrada.

Aferró a Kush de un brazo y se lanzó hacia delante.

—¡Corre!

CAPÍTULO 16

Madrid, España, actualidad.

Los programas de seguridad de Daniel seguían buscando el *software* intruso sin que de momento hubieran encontrado nada. Daniel se reclinó sobre el respaldo de la butaca y se quedó mirando las sombras del suelo de su habitación con una mueca de fastidio.

«Leonardo Rossi».

Marta, la filóloga de Mensa, había terminado por darle hasta el nombre del novio de Elena. A Daniel le daba igual

el nombre, o que fuera biólogo y un espléndido conferenciante. Lo importante era que Elena tenía novio, y él no tenía ninguna intención de meterse en medio de una relación.

Dos días después de la reunión de Mensa, Elena le había enviado un *mail*. Estaba escrito en el mismo tono cálido e íntimo que habían mantenido mientras hablaban. Él pensó no responder, pero finalmente lo hizo. No le cuadraba que Elena fuera tan frívola como para tontear con él teniendo pareja. Marta no era una amiga íntima de Elena, sólo una conocida de Mensa, y quizás su información estuviera obsoleta.

«Puede que el italiano se haya ido

de casa de Elena hace semanas», especuló no muy convencido.

Dejando la puerta abierta a esa posibilidad, Daniel había intercambiado con ella algunos correos. Los había escrito en un tono comedido, sin querer alejarla pero refiriéndose a coincidir con ella en una reunión de grupo más que a tener una cita. Y si Elena actuaba igual que la última vez, bueno, siempre podía soltar como si nada: *he oído que sales con un italiano...*

Chasqueó la lengua disgustado. No podía negar que era bastante torpe con las mujeres. Había tenido muy pocas relaciones y ninguna había durado más de tres meses. En parte porque desde

niño había dedicado casi todo su tiempo a aprender y a investigar, y en parte porque nunca le habían gustado las chicas de su edad. A los catorce años le gustaban las de dieciocho y a los dieciocho las de veinticinco. Elena sólo tenía cuatro años más que él, pero en este caso la diferencia resultaba idónea; ella le parecía una mujer muy interesante además de atractiva.

«Y con novio», se dijo de nuevo.

También podía ser que hubiera malinterpretado la situación. La experiencia le había demostrado que era poco hábil analizando ese tipo de señales. Era posible que Elena fuese tan sólo una chica agradable con la que

había conectado en cuanto a intereses, pero que en absoluto tuviera segundas intenciones con él.

Decidió dejar de pensar en ese tema. Darle tantas vueltas por anticipado sólo le servía para ponerse nervioso.

Miró al monitor central y constató que los programas de seguridad habían completado el escaneo rápido. No habían detectado ningún rastro del intruso que le había lanzado aquel extraño reto.

«¿Quién demonios habrá sido?».

Reflexionó un momento y entró en el programa de su proyecto con el que hacía las simulaciones. Se había grabado la última que estaba

parametrizando, lo que significaba que la intrusión no le había hecho perder nada de su trabajo.

—Muy considerado por tu parte —murmuró en el aire caliente de la habitación.

De todos modos, ahora no iba a lanzar ninguna simulación. La prioridad era encontrar el programa intruso, si es que seguía dentro de su sistema, y eliminarlo.

«Primero voy a protegerme un poco más», se dijo a la vez que navegaba por el sistema.

Activó un nuevo filtro de seguridad para todo lo que llegara desde el exterior. Ralentizaba las

comunicaciones, pero quería estar seguro de que nadie volvía a entrar. Después lanzó otro programa que analizaría hasta el último resquicio de sus ordenadores. Hasta el día siguiente toda la capacidad de su sistema estaría dedicada a ese análisis.

Se reclinó hacia atrás, con los codos apoyados en los brazos de la silla, y apoyó una mano sobre la otra. Sintió un dolor que hizo que las separara y se miró los nudillos. El del dedo anular estaba un poco inflamado. Apretó y aflojó el puño pensando en la sensación de hueso roto que había percibido al golpear la mandíbula del atracador. ¿Sus colegas lo llevarían a un hospital?

«Probablemente no».

Sus pensamientos pasaron del atracador al vagabundo y de ahí al hecho de que en su cartera sólo tenía veinte euros, lo que significaba que tendría que ir andando a la reunión de Mensa.

Echó un vistazo al reloj.

«Tengo que ponerme en marcha».

La caminata hasta el centro le llevaría una hora, sobre todo porque con el calor que hacía no podía apresurarse o llegaría empapado de sudor.

Quitó el cerrojo de la puerta de su cuarto y salió al pasillo. La música lo envolvió al momento y vio que la puerta del salón estaba medio abierta. Recordó su intención de protegerse de su

compañera de piso, sacó su teléfono móvil y se aseguró de que estaba preparado para grabar. Si conseguía grabar a Cristina pidiéndole de nuevo que se liara con ella, probablemente bastaría con enseñarle después la grabación para que lo dejara en paz para siempre.

Cerró con llave la puerta de su cuarto y entró en la cocina. Echó tres vasos de agua en una olla, un poco de sal y encendió la vitrocerámica. Su presupuesto semanal estaba en mínimos, así que su cena durante los siguientes días sería un monólogo de arroz y salchichas. Cuando el agua comenzó a hervir, añadió un vaso de arroz. Después

bajó la potencia y programó el fogón para que se desconectara en quince minutos.

Abandonó la cocina y fue al baño a darse una ducha. Abrió la puerta y, cuando iba a encender la luz, su mano se quedó paralizada sin llegar a tocar el interruptor. En la oscuridad flotaba un pentáculo invertido, tan brillante como si estuviese hecho de luz sólida.

Daniel accionó el interruptor del baño y el pentáculo de luz desapareció.

Continuó mirando el lugar donde había visto la enigmática estrella de cinco puntas. En Psicología había

estudiado las postimágenes o imágenes fantasma, que eran las que se veían tras haber impresionado la retina mediante un contraste de luces intensas. En condiciones normales esas imágenes no duraban más que unos pocos segundos, y desde luego no volvían a aparecer una vez que se habían desvanecido.

Apagó la luz y se quedó mirando la oscuridad. Ya no veía el pentáculo... y sin embargo lo sentía en alguna parte de su mente. Encendió la luz y se dijo, sin demasiado convencimiento, que había sufrido una extraña ilusión proveniente de la memoria. No había visto el pentáculo, lo había *recordado*, seguramente a causa del impacto que le

había causado al destellar de aquel modo en su monitor.

Comenzó a quitarse la ropa y accionó el grifo de la ducha. Su expresión era tensa. Estaba pensando que quien le había retado a resolver el problema del pentáculo querría saber si lo había logrado.

«Seguro que tiene algún modo de averiguarlo».

Se metió en la bañera y puso la cara bajo el chorro de agua templada. Intuía que tendría nuevas noticias de su misterioso visitante anónimo. Bajó la cabeza y empezó a frotarse el cuerpo. Su semblante permanecía serio, reconcentrado. Por primera vez en su

vida tenía la sensación de que un rival informático iba por delante de él.

«¿Quiere jugar conmigo o quiere joderme?».

En el dormitorio de Daniel, mientras él se duchaba, la imagen de su monitor central se desvaneció al activarse el ahorro de energía. Un segundo después, el *software* intruso que sus programas no podían detectar empezó a copiar y segmentar todos los cambios que se habían producido en las últimas horas. Posteriormente, el programa espía utilizaría un método de enmascaramiento de protocolos para enviar la

información a través de Internet.

Su destinatario la recibía puntualmente desde hacía una semana.

CAPÍTULO 17

Madrid, España, actualidad.

—Ya está.

Elena estaba tan inmersa recordando a Leonardo que se sobresaltó. Vio que sus dos alumnos guardaban las herramientas con las que habían cambiado la rueda y después cerraban la puerta del maletero.

—Muchísimas gracias, chicos. No sé qué habría hecho sin vosotros. ¿Queréis que os acerque a algún sitio?

—No te preocupes, hemos venido en

coche —señalaron hacia un extremo del aparcamiento.

—Muy bien, pues gracias otra vez.

Los chicos se despidieron entre sonrisas. Elena entró en su coche, arrancó y salió a la carretera que cruzaba el campus.

Su semblante se nubló al pensar de nuevo en lo que había ocurrido al ir a pedirle a Leonardo que se marchase de su casa; que lamentaba que todavía no pudiera regresar a su piso, pero que ya llevaban dos semanas en esa situación y prefería que no se prolongase más tiempo.

Las palabras se habían congelado en su boca al ver el ordenador portátil de

Leo reflejado en la ventana que había detrás de él. Mostraba a pantalla completa una fotografía que le pareció que era de ella. Un primer plano de su rostro con expresión seria.

Y Elena tenía muy claro que a lo largo de su relación nunca se habían sacado fotos.

Leonardo, sentado en el sofá frente a ella, siguió la dirección de su mirada y se dio cuenta de que Elena estaba viendo el reflejo de la pantalla del ordenador. Sin alterar ni uno de sus rasgos, estiró un brazo y cerró la tapa del portátil con un movimiento suave. Después se quedó observándola manteniendo una sonrisa tranquila. Ella

tenía la piel de gallina y sintió que si seguía allí de pie iba a empezar a temblar.

—Bueno —dijo con la voz tan calmada como fue capaz—, ya me dirás cómo va lo de tu piso. —Se dio la vuelta temiendo que Leonardo saltara sobre ella. Caminó lentamente hasta su cuarto y cerró la puerta con pestillo procurando que no se oyera el clic.

Después retrocedió andando de espaldas, sabiendo que con una sola patada la puerta se vendría abajo.

«¿Qué demonios está pasando?!».

Se sentó en la cama con la respiración acelerada. Cerró los ojos para intentar rememorar exactamente lo

que acababa de ver. El reflejo del portátil de Leonardo en la ventana estaba un poco difuminado. Lo primero que le había llamado la atención fue un símbolo negro que resaltaba en una esquina.

«Una estrella de cinco puntas».

Frunció el entrecejo. La estrella era lo que se veía con mayor nitidez. Luego se había dado cuenta de que junto al símbolo había una foto de una chica. Se había esforzado por distinguirla mejor, pero en ese momento Leo había bajado la tapa del portátil. Había visto que era castaña, con el pelo largo y liso, la piel morena y los ojos oscuros. No miraba directamente a la cámara ni transmitía la

sensación alegre y artificial de quien sabe que le están tomando una foto.

«¿Era yo? ¿Cuándo me ha hecho esa foto?».

Estaba segura de que había tenido la sensación de ver una foto suya, pero no estaba tan segura de que la foto fuese realmente de ella. De todos modos, la fotografía resultaba inquietante. Un primer plano perfectamente encuadrado como el que se utiliza para un carnet o algún tipo de ficha.

Volvió a pensar en el símbolo que había junto a la foto. Esa estrella de cinco puntas le resultaba conocida. Recordó que en alguna película de miedo había visto que la trazaban en el

suelo para convocar espíritus o demonios. Ella no creía en esas cosas, pero sabía perfectamente que las sectas eran reales, y que a veces resultaban muy peligrosas.

«¿Leonardo pertenece a una secta satánica?».

La idea resultaba tan ridícula que casi tenía gracia. Se habría reído de no ser por cómo había reaccionado Leo. Su expresión mientras bajaba la tapa del portátil había sido tan indiferente como falsa. Elena había notado la silenciosa tensión del hombre igual que se percibe el zumbido eléctrico de un altavoz encendido.

De pronto alzó las cejas y asintió

lentamente. Lo que se le acababa de ocurrir explicaría muchas cosas. La foto podía ser de una ex novia con la que guardara un gran parecido. Por eso Leonardo se había fijado en ella desde el momento en que había entrado en la sala donde él iba a dar su conferencia. Quizás por eso se había enamorado tan rápidamente de ella.

«¿Y la estrella de cinco puntas?», se preguntó frunciendo de nuevo el ceño.

Cogió su ordenador portátil y se metió en Internet. Al cabo de cinco minutos había visto que ese símbolo se llamaba pentáculo. Encontró una amplia referencia en la *Enciclopedia Matemática* de Socram Ofisis. El signo

del pentáculo había sido utilizado por diferentes civilizaciones a lo largo de miles de años. Se consideraba que ocultaba grandes secretos y era un símbolo habitual para practicar tanto magia blanca como magia negra.

«Magia negra...».

—¿Estás bien? —preguntó Leo a través de la puerta.

Elena dio un respingo, no lo había oído acercarse.

—Me sigue doliendo la cabeza. Voy a quedarme acostada. —Clavó la mirada en el pomo de la puerta.

—Vale. Estaré trabajando en el salón y procuraré no hacer ruido. Avísame si necesitas algo.

Elena aguardó conteniendo la respiración. Oyó a Leonardo alejándose. Después volvió a buscar en Google *Leonardo Rossi* y *Fundación Gabriel Monteagudo*, como cuando conoció a Leo, y de nuevo sólo encontró referencias tan escasas como asépticas.

Continuó indagando sobre el pentáculo y vio referencias que lo asociaban con Pitágoras. También leyó que a Pitágoras se lo consideraba el fundador de una secta de locos obsesionados por los números. Sin embargo, al seguir indagando encontró que esas acusaciones se debían sobre todo a lo poco conocido y comprendido que era el pensamiento de aquel filósofo

griego.

Dio con una web sobre Pitágoras y leyó algunas frases atribuidas a él.

«La sabiduría suele hallarse en el punto medio, y este se encuentra donde por producir un beneficio no se ocasiona un perjuicio».

Meditó un momento sobre esa frase y luego continuó indagando las asociaciones del pentáculo con la magia negra. Algunas de las páginas a la que llegó resultaban ridículas, otras aterradoras.

Según pasaban las horas, sus dudas sobre lo que había visto se multiplicaron. La imagen podía pertenecer a cualquier chica muy

parecida a ella. Podía incluso ser de algún sitio de búsqueda de parejas, y eso justificaría que Leo hubiera querido disimular. En cuanto al pentáculo, podía ser un extraño logotipo de la página web, un símbolo elegido por aquella chica o... cualquier cosa. De lo único que estaba segura era de que no iba a preguntarle a Leo por aquello —«¿Estabas buscando por Internet chicas parecidas a mí para ligar con ellas, o me has hecho una foto a escondidas para la ficha de tu secta satánica?»—. Igualmente tenía claro que a Leonardo no le bastaría con que le sugiriera que se fuera de su casa.

Tendría que exigírselo de un modo

contundente.

Esa noche no salió de su cuarto hasta que Leonardo se acostó. Entonces fue a la cocina, cogió algo de fruta y se encerró de nuevo. A la mañana siguiente se vieron unos minutos mientras Elena desayunaba apresuradamente para ir al trabajo. Lanzó varias miradas de reojo a Leonardo. Mostraba una expresión satisfecha mientras untaba mermelada de naranja amarga en sus tostadas. Elena no le dijo nada porque había soñado que la foto sí era suya. En el sueño Leonardo la despertaba a media noche y ella descubría que estaban desnudos en medio de un pentáculo con una vela negra en cada punta.

Permaneció en la universidad hasta que anocheció y al regresar a casa se encontraba exhausta. Apenas tenía trabajo relacionado con su actividad de profesora, pero antes de irse de vacaciones quería terminar de escribir el tercer capítulo de *Entrenamiento cognitivo*. Leonardo la estaba esperando para cenar. Ella dijo que estaba agotada, engulló una manzana y un yogur y se fue a su cuarto.

Al día siguiente hizo lo mismo y por la noche, sentada en la cama con las piernas cruzadas, tuvo que reconocer que estaba tratando de evitar lo inevitable. Miró hacia la puerta y luego bajó la vista hacia las sábanas.

—Mañana por la mañana se lo digo
—musitó.

Esa mañana, cuando ya estaba preparada para salir de casa, había abierto la puerta de la calle y había hablado a Leonardo desde la entrada.

—Leo.

Él se volvió. Estaba sentado en la mesa del comedor, todavía desayunando.

—Hoy es mi último día de trabajo
—dijo ella—, y puede que me vaya unos días fuera.

Leonardo asintió sonriente, como si dijera *me parece muy bien, no te preocupes por mí, cuidaré la casa en tu ausencia.*

—Leonardo, vas a tener que

marcharte. Hoy.

Silencio.

—¿Te parece bien irte a lo largo de la mañana?

Leonardo seguía vuelto hacia ella, pero sus ojos se habían desviado ligeramente y no se movían, como si se hubiera ausentado de la realidad.

—¿Leo?

—Claro, por supuesto —dijo él reponiéndose de repente—, no te preocupes por nada. Lo entiendo perfectamente. Las vacaciones. —Sonrió con una intensidad que a Elena se le antojó excesiva—. Tienes toda la razón.

—Vale... Ya hablaremos.

Elena se fue a trabajar algo desconcertada. Por el camino se dio cuenta de que Leonardo no había afirmado que fuera a irse, y en cuanto llegó a la universidad llamó a Alberto, su vecino policía. En alguna conversación de ascensor le había comentado que había acogido a un amigo por unos días. Ahora le dijo por teléfono que la situación se había vuelto incómoda y que le había pedido a ese amigo que se marchara, pero que no estaba segura al cien por cien de que fuese a hacerlo.

—No te preocupes —le respondió Alberto—. Entraré contigo en tu casa y si no se ha ido le *invitaré* a que se

largue al instante.

Elena le dio las gracias y quedaron a las ocho y media.

Miró el reloj del coche. Sólo faltaba una hora.

Elena había dirigido los chorros del aire acondicionado hacia su cuerpo y el sudor ya se había evaporado. Decían que era malo que te diera directamente el aire frío, pero nada podía haber peor que soportar cuarenta grados. De pronto arrugó el entrecejo, se desvió al arcén y detuvo el coche. Sacó del bolso el teléfono móvil y llamó a su vecino.

—Hola, Alberto, soy Elena. Sólo

quería asegurarme de que hemos quedado en el portal.

—Sí, a las ocho y media en el portal. —La voz de Alberto sonaba agitada—. No subas hasta que lleguemos. Voy a ir con un compañero que viene conmigo al gimnasio.

Se oía música de fondo y ruido de máquinas. Elena supuso que Alberto estaba montando en una bicicleta estática o algo similar mientras hablaba con ella.

—Vale, era sólo para cerciorarme.

—Otra cosa, que antes se me ha olvidado decírtelo. Tienes que cambiar la cerradura.

—Sí, ya lo he pensado, gracias.

Mañana llamaré a un cerrajero, y esta noche dejaré la llave metida y girada.

—Eso es. Muy bien, luego nos vemos.

Después de colgar, Elena se quedó pensativa. Alberto le había pedido hacía unos meses que salieran a cenar juntos. Ella había declinado la propuesta y Alberto no había vuelto a insistir. Aparentemente se había tomado bien el rechazo, pero como solía adoptar un tono bromista era difícil saber lo que pensaba o lo que sentía.

Metió el teléfono en el bolso y se preguntó si Alberto llevaría su pistola cuando se vieran. Ignoraba si los policías la llevaban cuando no estaban

de servicio.

Siguió conduciendo y se detuvo al llegar a un cruce. Debía decidir si iba a recoger el vestido o se dirigía hacia su barrio.

«19:45... me da tiempo».

Giró a la izquierda en dirección a la tienda de ropa. De repente sintió la euforia propia del inicio de las vacaciones y su expresión se distendió con una sonrisa radiante. Ya no le preocupaba Leonardo, sus fotos ni sus pentáculos. Ella se iba a comprar un vestido precioso, después pasaría por casa para darse una ducha —«Por fin la casa para mí sola»—, y se iría a la reunión de Mensa. Allí tomaría unas

cervezas con unos amigos y volvería a ver a Daniel.

Su plan para las siguientes horas le parecía perfecto, sin saber que la conducía hacia el asesino más despiadado de la historia.

CAPÍTULO 18

Cartago, 507 a. C.

Drogo llevaba un rato contemplando la copa de plata que sostenía en la mano. Su valor era despreciable comparada con las copas de oro y piedras preciosas que tenían algunos aristócratas, pero él no la hubiera cambiado por ninguna otra.

«La copa del comandante».

Bebió el vino que contenía de dos largos tragos, volvió a contemplarla mientras disfrutaba del sabor fuerte del vino en su garganta y la dejó sobre la

mesa junto a un mapa de cuero de la ciudad. Aquella copa, la mesa con los mapas, la tienda más amplia del campamento con sus paredes de piel desgastada... Llevaba años mirando con codicia todo aquello en las reuniones que el anterior comandante de la guardia urbana mantenía con sus capitanes.

«Ya no hay nadie por encima de mí».

Cartago no era un estado militar y se suponía que los hombres que comandaban los distintos cuerpos del ejército estaban subordinados al poder civil. En la práctica, sin embargo, gozaban de una inmunidad casi absoluta.

«Aun así debo ser prudente. Eshdek ha dejado claro que Akenón es su

protegido». Afortunadamente disponía de los hombres adecuados para la discreción que sus planes requerían.

En ese momento se apartó la piel que cerraba la entrada de la tienda. Un hombre con cota de cuero y una capa oscura se deslizó en el interior. Su barba castaña no conseguía ocultar del todo la cicatriz que iba desde su oreja derecha hasta la comisura de la boca. Otra casi igual de larga comenzaba en el ojo izquierdo y descendía en vertical por su pómulo huesudo.

El hombre se situó frente a Drogo, que no se levantó de su pesada silla de madera, e inclinó la cabeza brevemente a modo de saludo.

—Sikar, tráeme a Akenón —Drogo saboreó cada palabra de aquella orden—. Lo quiero en un calabozo antes de que acabe la noche. Hazlo sin llamar la atención, no quiero que llegue a oídos de Eshdek. Y puedes usar la fuerza, pero si me arrebatas el placer de matarlo lo lamentarás. —Hizo una pausa—. Llévate cinco hombres y no te confíes. Es más peligroso de lo que parece.

—¿Quieres también a su mujer?

«Su mujer...». El pensamiento de Drogo se entrelazó con sus recuerdos. Su vista se perdió en un rincón oscuro de la tienda y de nuevo vio a su propia esposa el día que partió hacia el exilio. Se había vuelto hacia él antes de

marcharse y estuvieron varios segundos mirándose sin que ninguno de los dos hablara. En la mirada de su esposa no había reproche, sólo desprecio. Los ojos fríos de Drogo ocultaban el amor profundo que le desgarraba por dentro.

—No. —Alzó el rostro hacia Sikar—. A Ariadna y a su hijo mátalos.

CAPÍTULO 19

Cartago, 507 a. C.

«Espero que Drogo no cometa ninguna estupidez».

El sufete Eshdek estaba en su mansión revisando algunos documentos, pero llevaba un rato sin poder concentrarse. En el encuentro de aquella tarde se había dado cuenta de que el rencor del comandante Drogo hacia Akenón era mayor de lo que suponía.

Irguió la espalda y se apoyó en el respaldo alto de su silla, apartándose de

los pergaminos que ocupaban toda la superficie de su mesa de trabajo.

«Drogo es vengativo, pero también ambicioso». Eshdek había promovido que lo ascendieran a comandante de la guardia urbana para tener un mayor control sobre el militar que ocupara esa posición estratégica. Drogo sabía cuánto le debía; era un mestizo, y eso suponía un lastre para progresar en el ejército a pesar de sus innegables méritos. Tampoco jugaba a su favor la caída en desgracia de la familia de su esposa, aunque ese problema lo había resuelto con su habitual contundencia al repudiar a su mujer.

Eshdek se removió en el asiento,

acomodando el trasero dolorido en los cojines de plumas.

«Me hago viejo, pero también poderoso. Más le vale a Drogo no olvidarlo».

Fijó la vista en los documentos. Tenía que tomar algunas decisiones que inevitablemente irritarían a una de las facciones principales del Senado: la de los terratenientes o la de los comerciantes. Él poseía algunas tierras, pero ante todo era uno de los principales comerciantes de Cartago, por lo que debía esforzarse doblemente por dar una imagen de imparcialidad. Necesitaba el apoyo de algunos senadores de la facción de los terratenientes para

mantenerse en el cargo de sufete.

Levantó la cabeza y dirigió la mirada a una esquina de la sala, donde en un farol sostenido por un pie de bronce bailaba una pequeña llama. Estaba cansado, tendría que dejar el trabajo por ese día.

Cerró los ojos. Un momento después sonrió; estaba recordando a Sinuhé, riendo con sus dientecillos blancos y llamándolo *Tío Esek*. Ese diablillo le hacía sentirse como un bobo, feliz y orgulloso con cada nueva ocurrencia.

«Ha heredado el ingenio de su madre».

Ariadna era con diferencia la mujer más inteligente que había conocido. De

hecho, admitió un poco sorprendido, tampoco conocía ningún hombre en Cartago que fuese más inteligente que ella. Desde que había llegado a la ciudad, Ariadna había mostrado un interés inusitado por estudiar los tratados sobre distintas materias que se podían encontrar en Cartago. Eshdek le enseñó algunos y la ayudó a traducir varios pasajes, en principio con la idea de agradar a su amigo Akenón atendiendo lo que consideraba un capricho de su esposa. Poco después se dio cuenta de que Ariadna estaba aprendiendo a leer en fenicio cartaginés, y de que penetraba en el contenido de lo que leía con una lucidez excepcional.

Eshdek se volvió hacia un baúl de cedro que se encontraba en el suelo a su derecha, al alcance de la mano. Contenía decenas de documentos, algunos de ellos escritos por la propia Ariadna para explicar a Eshdek conceptos de geometría.

«La perspicacia de Ariadna no se debe sólo a su talento, sino también a la insólita formación que ha recibido de su padre».

La admiración de Eshdek por Ariadna se había forjado en sus primeros encuentros. A partir de entonces comenzaron a mantener largas conversaciones en las que aparecía con frecuencia la figura de Pitágoras. Antes

de conocer a Ariadna, para Eshdek el maestro griego era sólo un personaje oscuro y misterioso, un gobernante en la sombra de varias ciudades de la Magna Grecia al que algunas leyendas atribuían facultades de carácter divino. Gracias a Ariadna, Eshdek se había interesado cada vez más por Pitágoras, hasta que finalmente decidió ir a Metaponte para conocerlo en persona.

El encuentro se había producido hacía un año. Akenón y Ariadna iban a viajar a Metaponte para que Pitágoras conociera a su nieto. Eshdek, por su parte, estaba preparando una expedición comercial, y realizó algunas modificaciones en la ruta para

transportar a sus amigos y que Ariadna le presentara a Pitágoras.

Cuando su barco atracó en el puerto de Metaponte, Ariadna y Akenón partieron con Sinuhé hacia la comunidad pitagórica, situada a medio kilómetro de la ciudad. Eshdek se quedó en el puerto dirigiendo el desembarque de sus naves. Habían quedado en que se reunirían a la mañana siguiente, y la expectativa le hacía sentirse extrañamente nervioso. A lo largo de sus conversaciones Ariadna le había esbozado algunos elementos de la doctrina pitagórica, y Eshdek —que desde que había firmado el acuerdo con Roma confiaba en que acabarían nombrándolo sufete de Cartago— estaba

ansioso por hablar con el maestro griego sobre sus insólitas ideas políticas.

La mañana del encuentro amaneció fresca y despejada. Eshdek llegó a la comunidad y pasó entre las dos sencillas columnas que señalaban la entrada. Se dirigió al primer hombre que encontró y le preguntó por Pitágoras.

El hombre asintió en silencio y le indicó con una mano que lo acompañara. Eshdek recordó que Ariadna le había dicho que los discípulos debían pasar los primeros años de la iniciación en silencio, pues sólo aprendiendo a escuchar se podía llegar a comprender.

—Nada nos ensordece tanto como nuestras propias palabras —había

añadido Ariadna. Pronunciaba a menudo ese tipo de sentencias, que dejaban pensativo a Eshdek durante un buen rato.

Mientras seguía al discípulo a través de la comunidad pitagórica, se sintió impresionado por el ambiente de recogimiento y mesura. Nadie hablaba en voz alta, nadie parecía tener prisa, y tanto hombres como mujeres vestían sobrias túnicas blancas de lino que contrastaban con su túnica plisada y su caftán rojizo.

El discípulo lo condujo hasta una edificación formada por varias viviendas adosadas que compartían un patio interior amplio. Allí encontró a Pitágoras. Eshdek había esperado verlo

rodeado de maestros que escuchaban sus palabras con reverencia. Sin embargo, Pitágoras estaba sentado en un tocón, con Sinuhé en las rodillas. Agachaba la cabeza hacia el pequeño y este tiraba de su larga barba blanca.

—Ay, ay, ay. —Pitágoras sacudía la cabeza y los dos se reían, Sinuhé con un júbilo excitado y Pitágoras con una risa profunda y alegre que resultaba contagiosa.

Akenón y Ariadna se encontraban junto al filósofo, contemplando la escena sonrientes, y tardaron unos segundos en reparar en su amigo de Cartago. Entonces Ariadna se lo presentó a Pitágoras, que entregó a

Sinuhé a su madre y se puso de pie.

—Salud, Eshdek. —Pitágoras colocó las manos en sus hombros y él se sorprendió de que el maestro, ya anciano, fuera tan alto como Akenón—. Te doy la bienvenida a nuestra comunidad igual que a un hermano, y te agradezco lo mucho que has hecho por mi familia.

La mirada del maestro envolvió a Eshdek. Era firme e intensa, pero también acogedora. Eshdek le agradeció que lo recibiera y tomaron asiento, Pitágoras de nuevo en el tocón y él en una banqueta de madera. Al maestro le costó sentarse y Eshdek reparó en que junto al tocón reposaba un bastón largo.

—Os dejamos a solas. —Ariadna dio un beso a su padre y salió al exterior con Akenón y Sinuhé.

Comenzaron a conversar y enseguida se centraron en cuestiones de política y gobierno. Eshdek le preguntó a Pitágoras su opinión sobre cómo mejorar la observancia de las leyes, y el maestro aseguró con voz pausada que el punto más importante era la educación.

—Las leyes deben ser justas, y su cumplimiento exigirse con firmeza. — Pitágoras se llevó una mano al pecho y la dejó allí apoyada—. De todos modos, no debemos olvidar que la mejor ley es la que está escrita en el corazón de las personas. En ninguna otra se depositará

tanta voluntad para su cumplimiento. Por eso te digo, amigo Eshdek, educa a los niños y no tendrás que castigar a los adultos.

Eshdek reflexionó en silencio. Luego sonrió pensando que la sabiduría que a menudo destilaban las palabras de Ariadna era un eco de la sabiduría sublime de su padre.

—Tu hija me ha explicado que en varias ciudades muchos de los aristócratas, pertenecientes al gobierno, se han convertido en iniciados de tu orden. ¿Piensas que un hombre puede ser mejor gobernante si se hace seguidor de tu doctrina?

—Lo que creo, firmemente, es que

los pueblos han de ser gobernados por los más capaces que además orienten sus esfuerzos al bien común. A menudo los gobernantes carecen de al menos una de las dos características. Yo he dedicado mi vida a desarrollar la capacidad y la voluntad, guiada por ciertos principios, de todas las personas que han querido atender mis enseñanzas, independientemente de que fuera de mi orden fuesen aristócratas o esclavos.

Eshdek meditó aquellas palabras antes de volver a preguntar.

—Entonces, ¿crees que en la mayoría de los estados no gobiernan los hombres más adecuados?

—No hay duda de que el hombre que

se hace con el poder ha demostrado ser el más capaz de entre los que competían por el poder. Lo que debemos preguntarnos es: ¿en qué es el más capaz? Tiene poco que ver lo que se requiere para llegar al poder con lo necesario para ejercerlo. Llegan al poder los más hábiles en alcanzar el poder, no en ejercerlo.

Eshdek pensó en varios senadores de Cartago y no pudo sino darle la razón a Pitágoras, pero quería seguir indagando en su pensamiento.

—¿No debemos pensar que quien llega al poder ha demostrado una capacidad... digamos general, que también le servirá para gobernar?

Pitágoras asintió antes de responder.

—Tendríamos que empezar definiendo qué es un buen gobierno. Según mi modo de ver, los hombres deben gobernarse con justicia, tanto en el interior de su espíritu como públicamente. Y, por lo común, al poder no acceden los justos, pues un hombre justo está en desventaja con quienes no tienen escrúpulos en utilizar medios injustos para acceder al poder.

La conversación siguió por esos derroteros hasta que se acercó un joven y les avisó de que la comida estaría preparada en unos minutos. Eshdek se dio cuenta avergonzado de que había acaparado a Pitágoras casi toda la

mañana, privándole de la compañía de su hija y su nieto. Decidió que después de la comida se marcharía, pero todavía había un asunto importante que tratar.

—Pitágoras, creo que sabes que conseguí firmar un acuerdo con Roma en nombre de Cartago.

El filósofo suspiró.

—Sí, lo sé. Y te felicito por ello. Roma todavía no domina mucho territorio, pero es enérgica, ambiciosa y organizada. Creo que su nuevo sistema de gobierno le ayudará a seguir creciendo. —Entrecerró sus ojos claros, viendo algo que no tenía delante. Había estado a punto de reunirse con los nuevos gobernantes de Roma cuando

derrocaron al último rey, Tarquino el Soberbio, pero tuvo que regresar a su comunidad de Crotona urgentemente por culpa de Khaos, de modo que el anhelado encuentro con Roma nunca se había producido.

—He de decirte que las conversaciones sobre política que mantuve con tu hija Ariadna me sirvieron de inspiración a la hora de redactar la versión del acuerdo que finalmente se aprobó.

Pitágoras asintió una vez conteniendo una sonrisa de orgullo y Eshdek continuó.

—Es probable que el año que viene me nombren sufete de Cartago, en parte

gracias al acuerdo que firmé con Roma. Si así ocurriera, me gustaría contar con tu colaboración.

Pitágoras lo miró en silencio. Su viejo sueño de que se formara una comunidad de naciones, asentada en una serie de valores que supusiera el fin de los conflictos bélicos, se removió en su interior. Pero fue sólo un destello, tan breve como el aleteo de una mariposa.

—Eshdek, he visto morir a demasiada gente defendiendo o combatiendo ideas. Me gustaría pasar mis últimos años desarrollando mi doctrina, no intentando persuadir a nadie.

—Lo comprendo, y no es mi

intención solicitarte un papel activo. Lo único que te pido es que, si finalmente me nombran sufete de Cartago, pueda acudir a ti puntualmente en busca de consejo. Sin necesidad de moverte de Metaponte, por supuesto —se apresuró a añadir.

Pitágoras volvió a guardar silencio. Cerró los ojos un momento y finalmente respondió:

—De acuerdo. Si te nombran sufete de Cartago, te haré llegar mi parecer sobre aquello que quieras consultarme.

Eshdek volvió a inclinarse sobre su mesa de trabajo y observó los

pergaminos.

«Ha llegado el momento de poner en práctica lo que hablamos».

Le habían elegido sufete hacía unos días, y los documentos que tenía delante trataban algunas cuestiones sobre las que le gustaría conocer la opinión de Pitágoras. Antes de escribir al filósofo quería hablar con Ariadna, pero todavía no había encontrado la ocasión.

Se acordó de nuevo del encuentro de esa tarde. Su rostro se ensombreció al recordar el odio contenido con que Drogo había mirado a sus amigos.

«Mañana hablaré con él. Le dejaré claro que si les sucede algo a Akenón, Ariadna o Sinuhé, no lo pagará con su

carrera sino con su vida».

CAPÍTULO 20

Cartago, 507 a. C.

Akenón mantuvo el caballo al trote mientras se dirigía al puerto.

El viento húmedo y caliente impregnaba con el olor del mar su piel y su valiosa túnica. Pasó junto a un recinto rectangular de altas paredes de piedra y apartó la vista instintivamente. Hacía casi veinte años había asistido dentro de sus muros a un rito que jamás olvidaría.

La ceremonia había estado presidida por una representación en bronce del

dios Moloch, de diez metros de altura, cabeza de carnero y una enorme boca humeante. Su vientre era un horno descomunal lleno de brasas. Para buscar el favor del dios, la ciudad le ofreció cincuenta bebés. Los sacerdotes los degollaban uno a uno en el altar principal y luego los colocaban en las manos del dios. Varios hombres tiraban entonces de las cadenas de sus brazos, haciendo que el dios se llevara las manos a la boca y engullera a los bebés, que se asaban en su vientre incandescente.

Akenón casi agradecía haber estado inconsciente en la última parte del rito. Cayó en una emboscada y lo apuñalaron

por la espalda. No fue testigo del banquete del dios, pero tampoco pudo llevar a cabo la misión que le había encomendado un cliente desesperado.

«No pude salvar a su hijo».

Al bebé de su cliente no le correspondía ser sacrificado, pero había sido secuestrado para sustituir a uno de los designados. Aquella era la muerte que más pesaba en la conciencia de Akenón.

En los alrededores del puerto había más gente por las calles y Akenón tuvo que reducir el ritmo de su montura. A pesar de que se había hecho de noche, observó que varios obreros se afanaban en la construcción de dos almacenes de

gran tamaño.

«Nunca hay suficientes almacenes».

El comercio prosperaba año tras año. Los conflictos en el este con los griegos cirenaicos habían sido solventados hacía tiempo. Aquella frontera había dejado de ser motivo de preocupación desde que cinco años atrás Darío de Persia había ido más allá de Egipto y se había anexionado Cirene.

«Los griegos no dejan de ceder terreno frente a Cartago», pensó al tiempo que esquivaba un pequeño carro que había volcado su carga de ajos, cebollas y alcachofas.

El punto de inflexión en el reparto del mar lo había marcado la batalla

naval que había tenido lugar hacía tres décadas, en la cual los cartagineses se habían enfrentado a uno de los pueblos griegos: los focenses. La armada focense había sufrido tal merma que los cartagineses se habían asegurado el control del Mediterráneo central, y como consecuencia también la libre expansión por el Mediterráneo occidental.

«Eshdek ha dado un nuevo impulso a la prosperidad de Cartago». El acuerdo que había firmado hacía dos años con Roma reforzaba aún más la posición de Cartago en el Mediterráneo.

«También Pitágoras quiso hablar con Roma», pensó con tristeza.

Aquello había sido un año antes de que Cartago cerrara el acuerdo con los romanos. Pitágoras se encontraba en Neápolis, a punto de reunirse con Lucio Junio Bruto, el primer cónsul de la república romana, cuando tuvo que regresar precipitadamente a Crotona. Los ataques contra la orden pitagórica arreciaron y los sueños de Pitágoras de influir en los romanos se desvanecieron para siempre. Quizás una reunión de Pitágoras con Lucio Junio Bruto habría cambiado el curso de la historia, evitando el posterior acuerdo que los cónsules romanos y Eshdek habían firmado en nombre de Roma y Cartago, y que tanto perjudicaba los intereses

griegos.

Akenón llegó a la entrada del puerto y tiró de las riendas. Desmontó junto a una pequeña cuadra de la que salió rápidamente un muchacho de once o doce años para hacerse cargo de su montura.

—Dale agua y tenlo preparado. Volveré a por él dentro de poco.

—Muy bien, señor.

El muchacho metió el caballo dentro de la cuadra y Akenón continuó a pie. Un rictus amargo contraía su rostro. Lo último que habría deseado era precisamente lo que estaba haciendo: investigar el asesinato de Pitágoras.

Apretó los labios hasta convertirlos

en una línea delgada. La muerte del filósofo le producía un dolor profundo, pero quien más iba a sufrir con aquella pérdida era Ariadna.

«Espero regresar pronto a casa».

Era sorprendente cómo un día apacible podía cambiar tan de repente, como si un dios malvado hubiera decidido retorcer sus destinos: el sádico Drogo comandante de la guardia urbana, la noticia de la muerte de Pitágoras, el pentáculo invertido revelando la responsabilidad de Khaos en la muerte del maestro de maestros...

«Parece imposible que Khaos tenga algo que ver con la muerte de Pitágoras».

Sin embargo, el filósofo había dedicado sus últimas energías a trazar el pentáculo invertido con el que señalaba a su antiguo discípulo. Akenón no pensaba que Pitágoras estuviese equivocado, pero no conseguía imaginar cómo el despojo humano que era Khaos, encerrado y privado de lengua y ojos, podía haber sido capaz de otra cosa que no fuera consumirse hasta morir encadenado a su remo.

Apresuró el paso, avanzando a grandes zancadas por la dársena principal.

Tampoco podía quitarse de la cabeza el presagio de Ariadna. Le resultaba más inquietante que si el oráculo de

Delfos les hubiera vaticinado una desgracia. Se dio cuenta de que estaba apretando las muelas con tanta fuerza que le dolía. Se había acostumbrado a convivir con una sensación de amenaza, o al menos así había sido cuando se ganaba la vida como investigador, pero no podía soportar que Ariadna y su adorado Sinuhé estuvieran en peligro.

A la derecha de Akenón se encontraban los almacenes del puerto y a la izquierda los barcos, sumidos en una oscuridad casi completa. El proceso de carga y descarga se había suspendido hasta el día siguiente. Los hombres que hacían guardia en cubierta no encendían luces para habituar sus ojos vigilantes a

la noche.

Akenón forzó la mirada en dirección a donde solía atracar el *Melkart*, la nave principal de Eshdek. Era el barco en el que Ariadna y él habían viajado desde Crotona a Cartago, y en sus entrañas estaba encadenado Khaos desde hacía tres años. Distinguió una luz en la cubierta de un barco distante. Cuando avanzó un poco más, comprobó que efectivamente se trataba del *Melkart*. A bordo había tres personas, una de las cuales sostenía el asa de un farol portátil.

Akenón reconoció al hombre de barba espesa y largo pelo enmarañado que estaba hablando a los otros dos en

tono autoritario.

—Asdrúbal —lo llamó desde tierra.

El capitán del *Melkart* se apartó de sus acompañantes y miró por la borda.

—¿Quién eres? —gruñó con brusquedad.

—Soy Akenón. Necesito hablar contigo.

—Akenón, perdona, con esta oscuridad no te había reconocido. —Asdrúbal hizo una pausa y Akenón percibió una tensión que contrastaba con su repentina cordialidad—. ¿Quieres subir a bordo?

—Para eso he venido. —El tono de Asdrúbal le hacía desconfiar, pero necesitaba ver a Khaos—. Ilumíname la

pasarela.

—Hannón, trae el faro —ordenó Asdrúbal hacia el interior del barco.

Un momento después, Akenón distinguió mejor el entorno gracias a la luz de la lámpara portátil. Se acercó a la pasarela de madera y comenzó a cruzarla. Aunque todos los empleados de Eshdek sabían que él era su socio, no se engañaba pensando que pudiera hacer valer su autoridad. La tripulación de un barco solía ser más fiel al capitán de la embarcación que al propietario.

Asdrúbal lo recibió con un apretón de manos. Akenón saludó con un gesto de la cabeza a los otros dos marineros. El que llevaba el farol era Hannón, el

jefe de remeros, y al tercero no lo conocía. El único marino con un arma visible era Asdrúbal, cuyo puñal largo colgaba de un cinturón de cuero. Akenón se encontraba frente a tres hombres fornidos y más jóvenes que él, y en ese momento lamentó no haber dedicado más tiempo en los últimos años a mantenerse en forma.

—Disculpa la interrupción, Asdrúbal, pero necesito haceros unas preguntas.

Asdrúbal asintió y los demás se limitaron a mirarlo en silencio.

—¿Cuánto tiempo hace que regresasteis a Cartago?

—Seis días —respondió Asdrúbal

tras rascarse la barba.

«No podían estar en Metaponte durante el ataque, aunque quizás fueron antes...».

—¿Pasasteis por la Magna Grecia?

—Claro, siempre hacemos la misma ruta. Nos detenemos en Tarento, Crotona...

—¿Atracasteis en Metaponte?

—No.

Akenón sostuvo la mirada de Asdrúbal. Hasta ahora parecía haber dicho la verdad, pero le ocultaba algo: la respiración fuerte, sus ojos mirándolo con excesiva fijeza... De repente tuvo la certeza de que temía que le preguntara por Khaos. Controló con el rabillo del

ojo a los dos hombres de Asdrúbal, situados uno a cada lado. Estaban pendientes de su capitán como si aguardaran una orden.

Akenón rozó discretamente el pomo de su espada curva con el canto de la mano.

—Quiero ver a Khaos.

En el otro extremo de la ciudad, Ariadna corría sujetándose el vientre con un brazo. Con el otro se agarraba a Kush, que tiraba de ella con la fuerza de un caballo. Los dos guardias de Eshdek los observaban desde la puerta de la mansión, apoyados en sus lanzas sin

apartarse de sus puestos.

Acercándose por el otro extremo de la calle, los jinetes de la guardia urbana seguían cabalgando hacia ellos. Ariadna gimió de esfuerzo al intentar acelerar. Si no alcanzaban la puerta antes que los soldados, dentro de poco estarían en manos del comandante Drogo.

Asdrúbal y sus hombres se lanzaron rápidas miradas, inmóviles como un león a punto de atacar. Akenón separó ligeramente las piernas para afianzarse en la cubierta del barco. El tiempo parecía haberse detenido dentro del reducido círculo de luz que proyectaba

el farol.

Asdrúbal rompió el silencio:

—Khaos ha muerto.

Akenón abrió la boca, pero tardó unos instantes en hablar.

—¿Khaos está muerto?... ¿Cuándo ha ocurrido?

—En los primeros días de nuestra última expedición. Hará unos dos meses.

Akenón arrugó el ceño. El ataque a la comunidad de Metaponte había sido hacía sólo dos semanas.

—Tenías orden de conservar su cuerpo cuando muriera. Quiero verlo.

Asdrúbal crispó el rostro y desvió la mirada antes de responder.

—No tengo su cuerpo.

CAPÍTULO 21

Madrid, España, actualidad.

Leonardo Rossi estaba sentado en el sofá del salón de Elena.

Tenía el ordenador portátil sobre los muslos y contemplaba la imagen del monitor. Por su rostro demacrado discurrían en silencio dos líneas de lágrimas, que al llegar a la boca se desviaban para evitar una sonrisa llena de tristeza.

Estiró la mano derecha y acarició con ternura la pantalla. En ella se veía la

foto que tanto había alterado a Elena hacía tres días. Siguió el perfil de su rostro y después le acarició los labios. Elena estaba seria y dirigía la vista hacia la derecha, como si se negara a mirarlo. Para Leonardo era un amargo recordatorio de que en los últimos días Elena lo rehuía.

«Me tiene miedo».

Después de haber estado tan unidos, aquello le resultaba insoportable.

Tomó aire y exhaló un suspiro que se convirtió en un sollozo. Se acordaba del momento en que había tomado esa foto con un teleobjetivo, cuatro meses atrás, oculto en un coche en el aparcamiento de la universidad.

«Faltaba un mes para que nos conociéramos en la conferencia».

Aquella imagen mostraba a Elena natural, algo abstraída y a la vez con aire resuelto, casi obstinado. Era la favorita de Leonardo entre los cientos de fotografías que tenía de ella. Además de las que había tomado él directamente, había hecho copia de todas las fotos digitales que Elena guardaba en su ordenador.

Cogió el portátil con las dos manos, lo acercó a su cara sin afeitarse, y besó suavemente la boca seria de Elena. Al alejarse del rostro que tanto amaba le dolió su indiferencia imperturbable. Dejó el ordenador sobre sus piernas y se

quedó mirando el pentáculo que había en una esquina de la foto. Su expresión se endureció y presionó las teclas necesarias para cambiar la tarea que mostraba la pantalla. Comprobó que ya había terminado de copiar el disco duro portátil de Elena. Desconectó el cable USB, se levantó y puso el disco sobre la estantería, exactamente en la posición en que se encontraba antes de cogerlo.

En realidad la copia que acababa de realizar le servía para obtener antes los datos de Elena, pero no era imprescindible. El primer día que se había quedado solo en aquella casa había instalado un troyano en su disco duro. Cada vez que ella se conectaba a

Internet con el disco encendido, el troyano le transmitía toda la información nueva, igual que hacía el troyano que había introducido en su ordenador portátil.

Miró el Rolex de su muñeca. Elena no tardaría mucho en llegar. La imaginó entrando por la puerta y sorprendiéndose al encontrarlo allí.

«Se asustará un poco, pero hablaré con ella y se alegrará de que no me haya ido».

Atravesó el salón y abrió la puerta del dormitorio de Elena. Tenía que aprovechar aquellos últimos minutos. Al entrar sintió que penetraba en el santuario de una diosa. Avanzó casi de

puntillas y tomó un marco de fotos de la mesilla de noche. Una Elena de diecinueve o veinte años sonreía a la cámara mientras abrazaba a un cachorro de labrador. Estaba arrodillada en el suelo y envolvía amorosamente al animal con sus brazos largos y esbeltos. Llevaba media melena y su piel se encontraba bronceada, debía de ser verano. Leonardo siempre se había preguntado quién le habría regalado el anillo y los pendientes de oro que lucía en esa foto, y que él no le había visto llevar nunca. ¿Un antiguo novio? Quizás fuera la misma persona que le había tomado la foto. Puede que la sonrisa de Elena estuviera destinada a aquel

hombre de quien él no sabía nada.

«Un fantasma del pasado de Elena... como yo».

Dejó la foto, se sentó en el borde de la cama y recorrió la colcha con la mirada, imaginando a Elena tumbada de lado, dándole la espalda. Echó un vistazo inquieto al reloj, luego hacia la puerta, y se tumbó en la cama con mucho cuidado. Su cara se hundió en la misma almohada en la que dormía Elena. Cerró los ojos e inspiró lentamente. Olía a su cabello, a su piel, a su aroma cálido y dulce. Abrazó la almohada, abrazándose a Elena, y la estrechó por última vez en aquella cama a la deriva. Sabía que debía levantarse, Elena llegaría en

cualquier momento, pero se permitió olvidar aquello y sonrió extasiado. Sus recuerdos cobraron la solidez del presente y sintió los labios femeninos entre los suyos, la carne joven y firme, la piel tersa y caliente. Le acarició la espalda desnuda y bajó una mano hasta presentir la curvatura de su nalga prohibida. Acariciar a Elena era casi un sacrilegio, subir por sus muslos una profanación que siempre temió que fuera la última. Elena había sido suya, pero de un modo precario. La había adorado cada segundo con el temor y la fascinación de quien acoge entre sus manos un frágil tesoro, una obra de arte milenaria que el mínimo descuido

desvanece en polvo.

Elena abrió la puerta trasera de su coche. Dejó la bolsa con el vestido que acababa de comprar detrás del asiento del conductor, se puso al volante y dudó un momento antes de arrancar.

«Ojalá se haya ido».

Mientras estaba en la tienda había conseguido distraerse, pero el temor de encontrar a Leonardo todavía en su casa volvió a contraer su estómago.

Puso en marcha el motor y se internó en el tráfico.

Leonardo inspiró la fragancia de Elena por última vez y abandonó la cama. Alisó la colcha y la funda de la almohada y se aseguró de que no quedara ningún cabello. Cuando iba a salir, se detuvo en el umbral y recorrió el cuarto con la mirada. Otras veces había pasado horas en él, incluso había dormido en aquella cama un par de tardes en las que estaba seguro de que Elena no iba a sorprenderlo. Apretó los párpados, sintiendo de nuevo el dolor de la despedida, y cerró la puerta.

En su cabeza apareció una de las citas de Pitágoras que recordaba con

más frecuencia.

«El objetivo de cada hombre no debe ser llegar a un punto, sino avanzar desde donde está. —Su semblante reflejó una amargura fría mientras negaba lentamente—. Ni siquiera sé dónde estoy».

Esperaba poder estrechar a Elena en sus brazos por última vez. Le diría que iba a irse, le enseñaría la maleta preparada y la abrazaría para despedirse. Elena accedería cautelosa, él inclinaría la cabeza sobre su cuello y llenaría los pulmones de su perfume. Oiría la respiración de ella junto a su oído, tranquilizándose, aceptando su cariño, percibiendo quizás un eco de lo

que había sentido por él. Se apartarían un poco, se mirarían de cerca, sonriendo, y él la besaría en los labios. Ella aceptaría, aunque fuese en parte por el alivio de que él se marchara, y tal vez él podría repetir el beso, prolongarlo...

Leonardo soltó una risa floja y carente de alegría y se sentó de nuevo en el sofá. Sabía que tenía que haberse ido hacía tiempo, pero le resultaba demasiado doloroso asumir su pérdida. Demasiado doloroso.

Se inclinó hacia delante, cambió de pantalla y repasó uno a uno los últimos correos de Elena. Se detuvo en el último que ella había recibido de Daniel Martín.

«Nos vemos el viernes. Un beso», se despedía Daniel.

Contempló aquella despedida sin que asomara ninguna emoción a su rostro. Ya era viernes y Elena y Daniel pensaban encontrarse a las diez.

—Antes me verá a mí —susurró. Desplazó la mirada al reloj de la pantalla. Eran las ocho y veinte, Elena debía de estar a punto de llegar.

Presionó un par de teclas y apareció de nuevo la foto de Elena. Movié el cursor, pinchó en un icono y apareció otra foto.

Era un primer plano de Daniel.

La imagen era similar a la de Elena, una fotografía realizada con un

teleobjetivo, aunque en esta ocasión se había obtenido hacía sólo dos semanas.

«Tendrá unos veinte años menos que yo», pensó Leonardo tensando los puños.

Daniel aparecía sonriente, como si estuviera acordándose de algo divertido. Al igual que en la foto de Elena, en un ángulo de la imagen resaltaba un pentáculo.

Leonardo se esforzó por dominar las emociones que acudían a él como el oleaje de una tempestad. Finalmente cambió con brusquedad al Word y ojeó el documento que había examinado esa tarde. Se trataba del último borrador de *Entrenamiento cognitivo*, el libro en el

que trabajaba Elena. En las últimas páginas ella analizaba la rotura de límites mentales que se produce en ciertas psicosis. Era un trabajo brillante, que Elena pretendía utilizar para depurar herramientas cognitivas que logaran un efecto positivo en la creatividad de otros sujetos.

«Un enfoque interesante. — Leonardo se llevó una mano a la cara y acarició su barbilla rasposa—. Me gustaría mucho verlo acabado».

De pronto dio un respingo en el sofá. Levantó la cabeza y escuchó atentamente. Creía haber oído el ascensor. Se apresuró a cerrar todas las sesiones del ordenador y escuchó de

nuevo.

«Falsa alarma», se dijo nervioso.

Sintió un poco de frío y se levantó para apagar el aire acondicionado. Se acercó al cuadro de mandos de la pared y constató que ya estaba apagado. Frunció el entrecejo, extrañado, y en ese momento oyó unos pasos suaves a su espalda. Se volvió precipitadamente y su respiración se detuvo al ver a la persona que había aparecido en medio del salón.

—¿Pero qué...?

Las palabras se trabaron en su garganta. Abrió los ojos desmesuradamente y su cuerpo tembló con fuerza.

—¡Tú!

Un terror profundo le congeló el alma.

CAPÍTULO 22

Cartago, 507 a. C.

Ariadna tropezó mientras corría hacia la mansión de Eshdek y estuvo a punto de caer al suelo; lo evitó que estuviera agarrada al brazo de Kush. Avanzó varios metros trastabillando, casi en volandas, y cuando recuperó el equilibrio giró la cabeza hacia los soldados a caballo.

Seguían acercándose, pero no habían acelerado su marcha.

«Vamos a conseguirlo».

—¡Deteneos!

Uno de los guardias de la puerta apuntó su lanza hacia ellos. Ariadna frenó en seco a un paso de la punta de metal.

—Vengo a ver a Eshdek —se apresuró a decir.

El guardia esbozó una sonrisa burlona.

—El sufete no espera ninguna visita.

Ariadna vio con el rabillo del ojo que los soldados del comandante Drogo habían detenido sus monturas a pocos metros.

—El sufete Eshdek me atenderá —replicó con una seguridad que no sentía — si le dices que necesita verlo la

esposa de su socio y amigo Akenón, y que este niño...

Cuando estaba señalando a Sinuhé, se calló al ver que el guardia levantaba una mano. Su compañero se había acercado a él y le habló al oído. El guardia asintió, bajó la lanza con expresión hosca y les hizo un gesto para que entraran.

Ariadna se apresuró tras el segundo hombre de Eshdek. A su espalda los jinetes de la guardia urbana permanecían al acecho como una manada de lobos.

—Disculpad a mi compañero, señora Ariadna —dijo el guardia en tono neutro—, ha entrado hace poco al servicio de Eshdek y no os conoce.

Accedieron a un patio amplio recubierto de baldosas de mármol y se detuvieron frente a una puerta flanqueada por sendas lámparas de pie. Un sirviente rellenaba el aceite de una de las lámparas.

—Avisa al secretario —le dijo el guardia.

El siervo desapareció en silencio y poco después se presentó el secretario de Eshdek. Era un hombre menudo de rostro amable al que Ariadna había visto muchas veces. Los miró sin poder disimular la extrañeza.

—¿En qué puedo ayudaros, estimada Ariadna?

—Necesito ver a tu señor lo antes

posible.

—Temo que el sufete no pueda atenderos, pero si me decís...

—Se trata de un asunto de la máxima importancia —atajó Ariadna—. Debo tratarlo con él personalmente.

El secretario bajó la mirada, dudando. Su señor estaba trabajando y había dado orden de que no lo molestaran, pero el esposo de aquella griega era uno de sus mejores amigos, y era evidente que tanto ella como su hijo —a quien le constaba que el sufete tenía gran cariño— se encontraban en serias dificultades. De otro modo no habrían irrumpido sin previo aviso, siendo ya noche cerrada y con un esclavo como

única protección.

—De acuerdo, acompañadme. —Se volvió hacia el interior de la vivienda, pero antes de entrar habló de nuevo—. El esclavo debe esperar en el patio.

Ariadna no replicó, ya había conseguido bastante. Miró a Sinuhé pensando en cogerlo, pero se contuvo al ver que dormía profundamente con su carita apoyada en el hombro de Kush.

Pasó la mano por el cabello de su hijo y después buscó la mirada del kushita.

—Espérame aquí. Sobre todo no salgas a la calle bajo ningún concepto.

Kush asintió, sus inocentes ojos azules muy abiertos. Ariadna miró por

última vez a su hijo y siguió al secretario.

CAPÍTULO 23

Cartago, 507 a. C.

Tarik, obedeciendo a Ariadna, se había apostado en una esquina atento al posible regreso de Akenón. Estaba mirando con inquietud hacia la mansión de sus señores, imaginando que del interior surgía algo espantoso y se abalanzaba sobre él para devorarlo. Se pegó al muro y retrocedió un poco más, asomando apenas un ojo. Finalmente abandonó la posición y se internó treinta o cuarenta pasos en aquella calle lateral.

Desde allí no podía ver la residencia, pero oiría el trote del caballo de su señor.

Le pareció oír pasos y se agazapó con la cabeza entre los brazos. Los pasos, si eso era lo que estaba oyendo, se alejaban de él. Aguardó unos minutos inmóvil, esforzándose en acumular valor, y se irguió un poco. La noche era muy oscura. Decidió acercarse poco a poco a la esquina desde donde podía ver la casa. Al llegar atisbó en ambas direcciones de la avenida sin distinguir otra cosa que las sombras, un poco menos oscuras que el entorno, de las enormes viviendas de lujo de aquel barrio.

«La señora Ariadna estaba muy asustada cuando nos ordenó que saliéramos corriendo». Eso era lo que más le había atemorizado, pues la señora Ariadna era una mujer decidida y serena.

Oyó ruido de cascos. Al cabo de un momento tuvo claro que se estaban acercando. «Espero que sea el señor Akenón». Pensó en salir al encuentro, pero decidió aguardar un poco más.

Los sonidos se multiplicaron revelando que se trataba de varios caballos. Tarik se encogió contra el suelo sin dejar de vigilar. Los caballos se detuvieron fuera del alcance de su vista y la noche quedó en silencio. Un

momento después, a unos cien pasos de la mansión, distinguió unas sombras que se desplazaban sigilosamente. Llegaron hasta la entrada de la casa de sus señores y se detuvieron.

Sikar contempló a sus hombres mientras escuchaba pegado al muro de piedra. Todos llevaban ropas oscuras y ocultaban el rostro con capuchas. Cuando estaban quietos parecían desvanecerse en la negrura de la noche.

Unos minutos más tarde levantó una mano para que se prepararan. Habían llevado a cabo tantas operaciones juntos que las palabras no eran necesarias.

Bajó la mano y entró el primero. Atravesó el patio con una daga de hierro en la mano y accedió a la vivienda. Su primer objetivo era Akenón. Una vez que lo dejaran inconsciente, se ocuparían de matar a su mujer y a su hijo. «Y luego a la servidumbre». Revolverían la casa y se llevarían lo que encontraran de valor para que pareciera que el móvil había sido el robo. Que no apareciera el cuerpo de Akenón resultaría extraño, pero daba igual que todo aquello no fuera muy creíble, a fin de cuentas la guardia urbana sería la encargada de investigarlo.

Al cabo de un rato, Sikar tenía claro

que Akenón había escapado llevándose a su familia. Ordenó a sus hombres que encendieran lámparas de aceite y comenzaron a registrar todas las estancias. El propio Sikar entró en el dormitorio principal y desparramó en el suelo el contenido de un gran arcón, dos cestas de mimbre y varios cofres.

Se quedó mirando el montón de prendas de vestir, documentos, utensilios de escritura y enseres varios. También había algunas joyas, sencillas pero de cierto valor.

«Ni siquiera se han llevado las joyas...».

Salió precipitadamente de la habitación.

—¡A los caballos!

CAPÍTULO 24

Cartago, 507 a. C.

Akenón tensó el cuerpo sobre la cubierta del barco y avanzó un paso hacia Asdrúbal.

—¿Cómo que no tienes el cuerpo de Khaos?! ¡Las órdenes eran clarísimas!

El capitán del *Melkartle* dirigió una mirada hosca y sus labios se movieron bajo la barba enmarañada.

—Khaos murió a los pocos días de iniciar nuestra última expedición. No podíamos dejar que su cuerpo se

podría durante dos meses y arriesgarnos a que se desatara una epidemia en el *Melkart*.

Akenón negó con desesperación y sintió ganas de golpear a aquel estúpido, aun sabiendo que los otros dos marineros se le echarían encima. En el pasado, Khaos había simulado perfectamente su muerte, ¿cómo estar seguros de que había fallecido si no tenían su cadáver?

—¿Qué habéis hecho con el cuerpo?

—Lo tiramos al mar.

«¡Maldita sea!».

Cada vez estaba más convencido de que aquello era un nuevo engaño de Khaos. Hacía tres años, había sido

capaz de hacerle creer a él mismo que estaba muerto, gracias a un preparado de mandrágora que había reducido a un mínimo imperceptible sus latidos y su respiración.

«¿Habrá empleado otra vez el mismo truco?».

Ariadna y el secretario recorrieron un corto pasillo y se detuvieron ante una puerta. Ella había estado varias veces en la mansión y sabía que allí había una sala que Eshdek utilizaba para trabajar o para mantener pequeñas reuniones.

—Voy a avisar al sufete de vuestra llegada.

El secretario abrió la puerta de la sala y entró cerrando tras él. Ariadna se apoyó en la pared de piedra sintiendo que comenzaba a tranquilizarse. Al cabo de un rato incluso sintió un poco de vergüenza ante la perspectiva de reunirse con Eshdek. En realidad ella estaba huyendo de sensaciones y presagios. La noticia de la muerte de su padre era terrible, pero no justificaba que fuera corriendo de noche a casa de Eshdek. Y en cuanto al pentáculo invertido que señalaba a Khaos, podía ser simplemente un error sin importancia de su padre, que por su mal estado no se había dado cuenta de que lo dibujaba invertido respecto al texto.

Un momento después negó con la cabeza.

«He de conseguir que Eshdek envíe al puerto a su guardia personal por si Akenón necesita ayuda».

Quizás su padre había muerto a causa de una revuelta política de la que Khaos no tenía nada que ver; sin embargo, si Khaos contaba con cómplices en el barco que le habían ayudado a escapar para organizar la revuelta, Akenón podía estar en grave peligro.

«Espero que Khaos siga encadenado a su remo... o que Akenón pueda comprobar que lleva tiempo muerto».

Sin ninguna duda, prefería la

segunda opción.

Observó la puerta cerrada de la sala y después se volvió hacia el exterior. Sonrió al ver la enorme figura negra de Kush en el patio, acunando a Sinuhé de espaldas a ella. Miró de nuevo hacia la puerta por la que había desaparecido el secretario y se frotó los brazos al sentir frío.

«¿Por qué tardará tanto?».

Volvió a frotarse los brazos. Luego se llevó una mano al vientre al notar que su hijo se removía como si estuviera inquieto.

Tal vez Eshdek estaba absorto en alguno de sus trabajos y el secretario estaba esperando a que terminara antes

de interrumpirlo. Alguna vez que habían ido a visitarlo, Akenón y ella lo habían encontrado rodeado por un caos de rollos de papiro y libros de cuero en los que se sumergía aislándose del mundo. Eshdek era uno de los pocos particulares de Cartago que poseía libros. Ariadna estaba muy agradecida de que le hubiera permitido examinarlos. En Cartago también había libros en algunos edificios públicos, como el del Senado, así como algunos templos albergaban libros sagrados. Sin embargo, al ser mujer, a Ariadna no se le permitía acceder a ellos. Pero en más de una ocasión Eshdek había llevado alguno de esos libros a su casa para que

Ariadna lo estudiara tranquilamente, avanzando con lentitud en la escritura fenicio—cartaginesa que iba aprendiendo poco a poco. Así había descubierto que los cartagineses no eran sólo los bárbaros que pensaban los griegos — probablemente a causa de los frecuentes enfrentamientos militares que habían mantenido—. Aquellos libros mostraban conocimientos muy avanzados de geografía y agricultura, y también tenían tratados concienzudos sobre astronomía, cosmogonía e historia.

Ariadna continuó esperando un rato y luego apoyó una mano en la puerta.

—¿Eshdek?

Empujó suavemente y la puerta

cedió.

—Soy Ariadna, ¿puedo pasar?

Abrió del todo y dio un paso hacia el interior. Al otro extremo de la amplia sala había una mesa con un par de lámparas encima y varias sillas de respaldo alto. En una esquina ardía la pequeña llama de una linterna de pie elevado, junto a un incensario humeante. La iluminación era insuficiente para el tamaño de la estancia, pero Ariadna pudo distinguir a su alrededor un par de asientos bajos cubiertos de cojines. Las paredes estaban ocultas por largos cortinajes desde el techo hasta el suelo, excepto en una zona de la pared de la izquierda, donde había una pequeña

puerta. Ariadna se adentró en la sala y comprendió lo que había sucedido. El sufete Eshdek estaba sentado en una de las sillas, pero le había vencido el sueño y se había inclinado sobre la mesa para dormir. El secretario no había querido despertarlo y se había marchado por la puerta lateral.

«El secretario debería haberme avisado», pensó mientras caminaba hacia Eshdek.

La silla de su amigo cartaginés estaba de espaldas a ella, y vio que en la mesa había algunos documentos desplegados. Al lado de Eshdek, en un arcón de madera de cedro con la tapa abierta y el interior forrado de tela,

sobresalían varios cilindros de madera etiquetados que contenían rollos de papiro.

Al ver aquello, Ariadna recordó la última vez que habían visitado a su padre. Pitágoras pasaba gran parte del tiempo rodeado de documentos, escribiendo durante horas y alternando con periodos de meditación en los que cerraba los ojos y sus labios se movían en silencio.

El último día que se habían visto, Pitágoras había revelado a Ariadna en qué estaba trabajando desde hacía muchos meses.

—Hija mía, Khaos no solo atacó nuestra orden matando a muchos de

nuestros hermanos y arrebatándonos el gobierno de Crotona y a la postre de tantas ciudades...

Pitágoras se detuvo, con los labios apretados y los ojos entornados hacia el horizonte. Ariadna percibió sus dudas y aguardó en silencio. Su padre había perdido peso y casi siempre estaba sentado, procurando sin éxito obtener algún alivio de las severas heridas que había recibido en la cadera. Su presencia, no obstante, seguía imponiendo a quien tuviera enfrente. Su voz era igual de firme y profunda, sus ojos dorados penetraban hasta el fondo del alma, y su barba y su larga cabellera resplandecían al sol como si fueran de

nieve. En su juventud lo comparaban con el dios Apolo, y Ariadna pensó que la senectud lo había equiparado a Zeus.

La mirada de su padre retornó a ella y por fin habló. Las enseñanzas de su padre sobre la naturaleza y las matemáticas se basaban en que todos los elementos del universo guardaban entre sí algún tipo de relación, una proporción o razón exacta que acabaría descubriéndose a base de investigación y reflexión.

—Khaos demostró que eso no es cierto —dijo lentamente su padre—. No siempre hay una relación exacta.

Para mayor humillación de Pitágoras, Khaos había utilizado para

demostrar aquello el propio teorema de Pitágoras. Con el teorema, demostró la existencia de los números irracionales en la raíz del número dos. Khaos quiso demoler las teorías de Pitágoras con los irracionales, pero Pitágoras estaba dedicado a integrar sus teorías con el nuevo descubrimiento sin necesidad de destruirlo todo.

—¿Entiendes, hija mía, por qué oculté inicialmente este descubrimiento?

Ariadna asintió sin dudarlo. La revelación de que las teorías de Pitágoras tenían un importante error en su base habían sido la causa de que el gran maestro Aristómaco se suicidara. Si no se gestionaba con prudencia, aquel

descubrimiento podía desbaratar muchas líneas de conocimiento valiosas, que quizás sólo había que replantar o reconducir sin necesidad de desechar todo lo que se había avanzado hasta entonces. Khaos sólo buscaba la destrucción movido por su afán de venganza. Pitágoras buscaba el modo de integrar aquello, haciendo las modificaciones necesarias para que sus sucesores pudieran seguir levantando el maravilloso edificio del conocimiento.

Ariadna ahogó un sollozo al pensar que nunca volvería a ver a su padre y se detuvo detrás de Eshdek. La atmósfera

silenciosa de aquella estancia estaba dominada por el olor dulce del incienso.

—¿Eshdek? —susurró.

Rodeó la silla y apoyó una mano en el hombro de su amigo.

—Eshdek.

Lo sacudió con suavidad y el sufete se desplazó hacia un lado. Su cabeza giró y la cara quedó vuelta hacia ella.

Ariadna retrocedió bruscamente, con una sensación de miedo tan intensa que creyó que iba morir. La cara del sufete Eshdek chorreaba sangre y estaba contorsionada en una terrible expresión de espanto. En su frente, cinco tajos largos y profundos formaban un pentáculo invertido.

CAPÍTULO 25

Madrid, España, actualidad.

Leonardo levantó una mano hacia la persona que había aparecido frente a él, como si sus dedos extendidos y temblorosos pudieran servirle de escudo. Retrocedió un par de pasos, chocó contra la mesa de centro y cayó de espaldas. En la caída intentó sujetarse a la mesa y arrastró su ordenador portátil, que crujió al golpear contra el suelo.

A cien metros de Leonardo, en la

calle, Elena apagó el motor de su coche. Comprobó la hora y sonrió satisfecha al comprobar que había llegado unos minutos antes de lo previsto.

Salió del vehículo, abrió la puerta trasera y cogió la bolsa con su vestido nuevo. Cuando se lo había probado en la tienda, se había dado cuenta de que estaba pensando en la impresión que le causaría esa noche a Daniel. El vestido le quedaba muy bien y había estado animada mientras lo compraba, pero conduciendo a casa la duda de si Leo se habría ido o se produciría una escena violenta se convirtió en su único pensamiento.

Se apresuró hacia el portal y llegó a

la vez que Alberto y su amigo. Ambos rondaban la treintena, estaban en forma y vestían pantalón corto de deporte, zapatillas y camiseta. Elena pensó que no parecían policías, y de inmediato se sintió tonta por pensarlo. ¿Por qué iban a tener un aspecto diferente al de cualquier otro chico haciendo deporte?

—Hola, Elena. —Alberto mostraba una sonrisa amplia. Su pelo moreno y la piel bronceada hacían que su dentadura pareciera muy blanca—. Te presento a Javier.

Se saludaron con dos besos.

—Muchas gracias por subir conmigo. Supongo que Leonardo ya se habrá ido, pero así me quedo mucho más

tranquila.

—No nos des las gracias. —Alberto levantó una mano para quitar importancia—. Estamos encantados de hacer un favor a una vecina tan simpática. Ahora, te digo una cosa —miró hacia los lados y bajó la voz—: si me lo pide el del tercero le digo que no.

Elena rio con Alberto. *El del tercero* era un hombre que siempre desviaba la mirada cuando te lo cruzabas, y si lo saludabas se limitaba a murmurar un gruñido.

Entraron en el portal, mucho más fresco que la calle, y Elena se dio cuenta de que reír había hecho que se distendiera un poco. Alberto debía de

ser bueno tranquilizando a la gente en situaciones complicadas.

—El tal Leonardo —dijo Javier con un aire despreocupado que a Elena le dio seguridad—, ¿le has dicho que se vaya y se está haciendo el loco?

—Sí... Más o menos. Le hice algunas indirectas bastante claras y no se dio por aludido. Esta mañana le he pedido que se fuera a lo largo de la mañana, y él me ha dado la razón, me ha dicho que me entendía y cosas así, pero luego me he percatado de que en ningún momento me ha confirmado que fuera a irse.

Javier asintió en silencio. Llegó el ascensor y entraron.

«Debería decirles que estuve saliendo con Leo», pensó Elena mientras subían. No quería decirlo, Leo se había convertido en un enigma inquietante y prefería que desapareciera de su vida dejando el menor rastro posible, pero quizás los policías tomarían mayores precauciones al saber que Leonardo y ella habían sido pareja. Imaginaba que considerarían a un ex novio potencialmente más peligroso que a un amigo parásito.

Miró a Alberto y vio que cruzaba una mirada con Javier. Al momento comprendió que su vecino policía ya suponía que había tenido algo con Leo.

«Mejor, así me ahorro hablar del

tema».

El ascensor se detuvo y Elena salió la primera. A su espalda, sin que ella lo viera, Javier le hizo un gesto a Alberto señalando a Elena y guiñando un ojo. Alberto se mordió el labio inferior y asintió.

Salieron al descansillo y Alberto fue directamente hacia la puerta de Elena.

—¿No vas a pasar por tu casa? — preguntó ella. Era evidente que ninguno de los policías llevaba su pistola encima, y había creído que Alberto cogería la suya antes de ir a su apartamento.

Alberto metió la mano en un bolsillo del pantalón corto y sacó una placa de

policía.

—Esto es todo lo que necesitamos —sonrió divertido—, a menos que tu amigo sea traficante de armas y no nos lo hayas dicho.

Elena le devolvió una sonrisa avergonzada. «Vale, estoy exagerando». Dejó la bolsa con el vestido apoyada en la pared y sacó del bolso las llaves de casa.

Antes de que metiera la llave, Alberto puso una mano en su brazo. Ya no sonreía.

—Cuando abras, llámale.

Elena asintió, dudó un segundo y abrió la puerta.

—¿Leonardo?

Se quedaron en silencio. No les llegó ninguna respuesta.

—Leo, ¿estás en casa?

Elena traspasó la entrada y entró en el salón.

CAPÍTULO 26

Madrid, España, actualidad.

Daniel cerró con dos vueltas la cerradura de su cuarto, metió la llave en el bolsillo y se quedó mirando la puerta.

«Es la primera vez que ven mis equipos».

Cristina había acudido a su cuarto para intentar liarse con él —y luego le había amenazado con decir que la había agredido sexualmente—, pero entre tanta tontería también se había dado cuenta de que su equipo informático estaba muy

por encima de lo normal. Quizás no llegara a imaginar que había más de quince mil euros en *hardware*, pero había visto lo suficiente para despertar su curiosidad.

Se dirigió a la puerta de la calle procurando que el suelo de madera no crujiera. Tenía varias razones para cambiarse de piso, pero hasta que consiguiera dinero era mejor seguir ahí que quedarse en la calle.

Cuando llegó a la entrada, a su espalda se abrió la puerta del salón.

—¡Daniel!

Se dio la vuelta sobresaltado. Cristina lo contemplaba con una mirada maliciosa. Ladeó la cabeza sin dejar de

mirarlo y habló hacia el interior del salón.

—Pablo, ven. —Un momento después gritó para hacerse oír por encima de la música—. ¡Pablo, que vengas!

Pablo llegó a la puerta del salón en un instante. Sorbió por la nariz y Daniel se percató de que bajo sus fosas nasales había restos de polvo blanco.

—Joder, ¿qué pasa? —Miró a Cristina, luego a Daniel y de nuevo a Cristina con extrañeza.

—Que quiere escaparse.

Daniel sintió que su corazón se disparaba.

«¡¿Va a acusarme de intentar

forzarla?!».

Pablo estaba esperando a que Cristina continuara. Cambiaba el peso de una pierna a otra con rapidez y Daniel recordó que uno de los efectos de la cocaína es incrementar la agresividad. Detrás de Pablo y Cristina la música se mezclaba con las voces de al menos otros dos chicos.

—Hoy es día uno, y no te ha pagado.
—Cristina hablaba a Pablo pero su mirada seguía clavada en Daniel—. Y creo que no tiene dinero para hacerlo.

Pablo frunció el ceño. Seguía oscilando el cuerpo de un lado a otro.

—Es verdad, tienes que pagar hoy.

—Sí, he ido esta tarde al cajero de

abajo, pero no funciona. Mañana busco otro y te pago.

Antes de que Pablo respondiera, Cristina se adelantó hacia Daniel.

—¡O pagas o te piras! —Se volvió hacia Pablo—. Tu madre dijo que no permitieras a los inquilinos ni un día de retraso.

Pablo bajó los ojos.

—Vale, sí. —Levantó la mirada hacia Daniel—. Mañana sin falta.

—Claro, no te preocupes.

Se dio la vuelta y cerró la puerta principal oyendo las últimas palabras de Cristina:

—Y si no tienes pasta, nos quedamos tus juguetitos.

—Rencorosa de mierda —musitó Daniel mientras bajaba las escaleras.

Al llegar al portal había conseguido animarse. No iba a permitir que Cristina le amargara la noche.

Los dos policías que acompañaban a Elena se adentraron en el salón. Ella miró alrededor y no vio ningún signo de Leonardo. El sofá donde solía trabajar se encontraba vacío y en la mesa de centro no estaba su ordenador portátil.

—Qué frío hace —comentó Javier.

Elena se acercó a la consola del aire acondicionado y comprobó que estaba apagado.

—Habría tenido el aire puesto durante el día, debe de haberse ido hace poco.

Alberto y su compañero miraron en silencio por el salón y la cocina. A Elena la situación le resultaba extraña; de pronto su casa no era un hogar sino un entorno amenazante.

Abrió la puerta del baño. Parecía vacío, pero la cortina de la ducha estaba corrida. La apartó con la punta de dos dedos conteniendo la respiración. No encontró nada. Miró luego detrás de la puerta, no quería que en cuanto los policías se hubieran ido empezaran a ocurrírsele sitios donde pudiera ocultarse un hombre. Se moriría de

vergüenza si tenía que llamar a la puerta de Alberto para pedirle por favor que mirara dentro de un armario.

«A propósito de armarios...».

Volvió al salón, deslizó la puerta corredera del armario empotrado y miró dentro con aprensión.

—Ya sólo queda el dormitorio — dijo cerrando la puerta.

Giró el picaporte de su cuarto y entró seguida de Alberto. Por la mañana dejaba la persiana cerrada y la habitación estaba a oscuras. En cuanto accionó el interruptor de la luz, su vista fue atrapada por lo que había sobre la cama.

Leonardo estaba tumbado boca

arriba, con las manos detrás de la espalda. Sus ojos miraban hacia el techo y reflejaban un terror inhumano. De su pecho, a la altura del corazón, sobresalía el mango de un cuchillo de cocina. Elena continuó mirando, incapaz de moverse. En el blanco de la colcha resaltaba un charco de sangre. El viscoso líquido rojizo no procedía del pecho de Leonardo, sino de la carnicería de su frente en forma de pentáculo invertido.

CAPÍTULO 27

Cartago, 507 a. C.

Ariadna se echó hacia atrás sin poder apartar la mirada. En el pentáculo invertido que destrozaba la frente de Eshdek se había acumulado una sangre espesa y oscura. Eshdek se deslizó muy despacio sobre la mesa, alejándose de Ariadna sin dejar de mirarla con una expresión de horror. Trazó una estela de sangre sobre los documentos y al llegar al borde de la mesa se desmoronó con una extraña lentitud.

Su cabeza apenas hizo ruido al golpear en la alfombra.

En el patio de la mansión, Kush se volvió hacia la entrada por la que había desaparecido Ariadna. Le inquietaba que su señora tardara tanto en regresar. En ese momento Sinuhé gimió en sueños y el esclavo lo acunó. Había cuatro guardias apoyados en sus lanzas hablando entre sí. Kush notaba que a veces lo miraban, y no le gustaba.

Sinuhé gimió de nuevo. Kush apoyó la mejilla en la cabeza del pequeño y susurró suavemente, procurando transmitirle una calma que él no sentía.

Akenón clavó la mirada en Asdrúbal y luego en los otros dos marineros. Notaba la empuñadura de su espada junto a la mano. El silencio se prolongó, alterado tan sólo por el murmullo de las aguas oscuras en las que el barco se mecía. Asdrúbal había dicho que habían tirado al mar el cuerpo de Khaos.

«Khaos habrá necesitado un cómplice a bordo para rescatarlo del agua... o para reemplazar su cuerpo por el cadáver de otro hombre antes de que lo tiraran al mar».

Asdrúbal levantó una mano en ademán conciliador.

—Sé lo que estás pensando, pero tengo una prueba de su muerte.

La mirada de Akenón se tiñó de recelo.

—¿Dónde está esa prueba?

—Tenemos que bajar a las bodegas.

—Asdrúbal hizo una pausa, aguardando una respuesta de Akenón que no llegó—. ¿Vamos?

—De acuerdo, pero bajaremos sólo tú y yo.

Asdrúbal guardó silencio unos instantes y después hizo un gesto con la cabeza hacia sus hombres.

—Muy bien, podéis iros.

Tomó el asa del farol de las manos de su jefe de remeros y se dirigió hacia

una trampilla situada a babor. Akenón esperó a que los dos hombres de Asdrúbal cruzaran la pasarela y llegaran a tierra, donde la oscuridad se los tragó. A continuación imitó al capitán del barco y descendió por una escalera casi vertical. Cuando llegó abajo vio que las bodegas se encontraban casi vacías, a excepción de varios recipientes sellados destinados a almacenar vino, miel, aceite y resina.

Asdrúbal se acercó a una vasija achatada.

—Sujeta. —El capitán del *Melkart* alargó el farol hacia Akenón, que lo cogió con la mano izquierda para dejar libre el brazo de la espada.

Asdrúbal gruñó cuando se le escurrió por segunda vez la tapa de cerámica de la vasija, brillante y resbaladiza. Akenón se volvió hacia la trampilla e intentó distinguir pasos sobre sus cabezas. No consiguió oír nada. Centró de nuevo su atención en el capitán del barco y le vio meter las dos manos dentro de la vasija, agarrar algo y sacarlas.

Akenón acercó el farol a la vez que entornaba los ojos. Asdrúbal sostenía en sus manos lo que parecía una calabaza chorreante. El líquido caía al interior de la vasija con un ruido viscoso y Akenón se percató de que era aceite.

—Aquí tienes tu prueba.

Según se escurría el líquido, el relieve de aquel objeto se fue definiendo hasta resultar inconfundible.

—Es la cabeza de Khaos —murmuró Akenón sobrecogido.

Las facciones del maestro traidor brillaban bajo la luz trémula del farol portátil. La muerte había suavizado algo su expresión. Tenía los ojos cerrados y parecía estar descansando, pero no en paz; las comisuras de los labios habían quedado inclinadas hacia abajo y el labio superior estaba levantado por la derecha, mostrando la encía y dos dientes brillantes de aceite.

Akenón examinó la cabeza meticulosamente, intentando recordar en

detalle la fisonomía de Khaos. La piel de un lateral de su rostro se encontraba retorcida, contraída por las quemaduras que había sufrido en vida, al igual que los párpados de un ojo y la mitad de los labios. Le abrió los ojos y verificó que estaban opacos por efecto de los hierros candentes que le habían aplicado antes de encadenarlo a un remo. Trató de abrirle la boca, pero Khaos parecía estar apretando las mandíbulas. Lo consiguió al segundo intento. Comprobó que no tenía lengua y después examinó sus dientes. Le faltaban los que Akenón recordaba que no tenía.

«Y sin duda estos son sus colmillos».

Los caninos de Khaos eran inusualmente puntiagudos y el de la derecha estaba partido. Akenón tiró de ellos en un último intento por asegurarse de que no había posibilidad de engaño.

«Es él».

Se irguió apartándose de la cabeza de Khaos. Su mirada se dirigió a Asdrúbal, de nuevo a la cabeza cortada y luego se quedó perdida entre las sombras de las entrañas del barco.

—No tenía manera de conservar el cadáver completo —Asdrúbal devolvió la cabeza a la vasija de aceite—; pero supuse que bastaría con que pudierais verle la cara.

Akenón asintió en silencio. Estaba

pensando en el pentáculo invertido que Pitágoras les había enviado en sus últimas horas de vida.

—¿Khaos pudo comunicarse con alguien antes de morir?

Sus palabras produjeron un eco sordo contra las paredes de madera. Asdrúbal colocó la tapa a la vasija y meneó la cabeza.

—Tanto los remeros como la tripulación sabían que hablar con él se castigaba con la muerte. Además... Khaos les daba miedo. Todo el mundo lo rehuía.

Regresaron a la cubierta y Akenón se dirigió a la pasarela. No tenía claro cuáles serían sus siguientes pasos.

—¿Qué tengo que hacer con esa cabeza? —preguntó Asdrúbal.

—Guárdala. —Akenón meditó unos instantes—. Mañana ordenaré que vengan a por ella.

Descendió la pasarela sin saber que nunca daría esa orden.

CAPÍTULO 28

Cartago, 507 a. C.

Akenón se alejó del *Melkart* en dirección a la salida del puerto. La oscuridad era tan profunda que tenía que guiarse por los sonidos y por el débil resplandor de alguna antorcha lejana. A su derecha quedaba el crujido de las maromas y del maderamen de los barcos y a la izquierda el silencio de los almacenes. En ellos se guardaban las mercancías que Cartago importaba de sus colonias y de otros pueblos del

amplio territorio costero que dominaba: los cereales, el vino y el aceite de su exitosa agricultura, la sal y el pescado, el marfil de los elefantes así como esclavos que serían subastados en los próximos días en el mercado o en el mismo puerto.

En aquellos almacenes también había una gran cantidad de mercancía que esperaba a ser embarcada. Las vajillas, piezas de alfarería, collares de pasta de vidrio y otras baratijas servirían para pagar las importaciones de las colonias. En cambio, su destino era la venta en otras ciudades del Mediterráneo cuando se trataba de tapices, metales preciosos, mantos y

vestidos suntuosos elaborados con el valioso tinte púrpura, así como la apreciada salsa de tripas de pescado con sal que los romanos denominaban *garum*.

Akenón continuó avanzando por el puerto sumido en sus pensamientos.

«Khaos ha muerto hace tiempo, pero no hay duda de que Pitágoras nos ha intentado advertir de algún peligro al trazar el pentáculo invertido». Continuó dando vueltas a los escasos y ambiguos datos de que disponía y finalmente decidió acudir a la residencia de Eshdek esa misma noche. Le pediría unos cuantos guardias de confianza para que escoltaran a Ariadna y Sinuhé fuera de

Cartago mientras él continuaba investigando.

Un débil chapoteo cercano hizo que se detuviera de golpe. Adelantó un pie con cuidado y encontró el vacío. Si hubiera dado un paso más se habría hundido en un mar negro como la noche. Escuchó atentamente y le pareció oír la respiración adormecida de un monstruo enorme. Las aguas estaban agitadas mar adentro, y aunque el puerto las calmaba no llegaba a apaciguarlas del todo.

Retrocedió unos pasos alejándose del sonido del mar y se orientó de nuevo por las antorchas de las tabernas que había a la entrada del puerto. Decidió que merodearía un rato por allí. Las

tabernas del puerto habían sido uno de los lugares donde más información había obtenido durante los quince años que se había dedicado a investigar en Cartago.

«Aunque llevo tres años sin ir».

Le preocupaba no encontrar caras conocidas. Sin embargo, al acercarse a la primera taberna, reconoció a un hombre que iba a entrar después de haber salido a orinar a la calle.

—¡Cirenaico!

El hombre se volvió sorprendido y lo miró frunciendo el ceño.

—¡Egipcio! —exclamó al cabo de unos segundos—. ¡Por todos los dioses, dichosos sean los ojos!

Se acercó a Akenón y le dio un

abrazo de oso. Era tan fornido que pesaba lo mismo que Akenón a pesar de medir un palmo menos. Se trataba de Hileo de Cirene, jefe de una cuadrilla de estibadores desde hacía dos décadas. Todo lo que ocurría en el puerto llegaba a sus oídos, y no tenía reparos en hablar de ello mientras mantuvieras llena su copa de vino. Esa noche, pese a que todavía era pronto, el brillo de sus ojos delataba que ya había vaciado varias copas.

—¿Qué ha ocurrido para que aparezcas por estas tabernas —su voz era pastosa y potente—, donde en vez de servirte oro líquido te van a dar meado de cabra? Ja, ja, ja —rió con fuerza,

enviando a la cara de Akenón su aliento a vino rancio.

—Hileo, viejo zorro, me alegra ver que no has cambiado. Sigues siendo capaz de vaciar tú solo las bodegas de El Jabalí de Oro. —Aquel era el nombre de la taberna de dos pisos junto a la que se encontraban.

—Ja, ja, ja. Tú, en cambio, pareces un aristócrata cursi buscando un joven marinero que te consuele. Ja, ja, ja.

Akenón rio con él, pero también tomó nota de que su túnica de lino plisado destacaba en aquel ambiente de hombres rudos tanto como si llevara un caftán púrpura y collares de oro.

—Déjame que te haga una pregunta,

Hileo.

—¿Sin una copa delante? —preguntó el de Cirene abriendo mucho los ojos.

—Tengo un poco de prisa, pero no por eso voy a hacerte pasar sed. —Akenón rebuscó en una bolsita de cuero y sacó una pequeña moneda de plata que entregó a Hileo—. ¿Sabes cuánto tiempo lleva atracado en Cartago el *Melkart*?

Hileo gruñó como si le costara mucho esfuerzo pensar.

—¿La nave de Eshdek con la popa en forma de cola de pescado? —Akenón asintió—. Dame un momento, que con las obras del puerto... —aquel comentario era un tópico, porque el puerto de Cartago era una obra constante

desde hacía décadas—. Está frente a los almacenes del extremo norte... y hace una semana que llegó, día arriba o abajo.

«Al menos en eso Asdrúbal no me ha engañado».

Si el *Melkart* llevaba una semana en Cartago, ninguno de sus tripulantes podía haber participado directamente en la rebelión de Metaponte. Todas las incógnitas seguían abiertas.

Akenón iba a decir algo más, pero vio fugazmente que Hannón, el jefe de remeros del *Melkart*, cruzaba por detrás de El Jabalí de Oro.

—Hileo, tengo que irme —dijo en voz baja—. Me ha alegrado verte.

El de Cirene abrió la boca para responder, pero Akenón se llevó un dedo a los labios antes de lanzarse en pos de Hannón.

Se internó tras el marinero en el conglomerado de tabernas, posadas y prostíbulos. Los establecimientos más cercanos al puerto eran relativamente seguros, a pesar de que los soldados de la guardia urbana procuraban evitar aquella zona. En cambio, en los tugurios por los que estaba zigzagueando el jefe de remeros resultaba tan probable ser intoxicado como acuchillado.

Hannón caminaba deprisa, mirando hacia atrás con el rabillo del ojo cada vez que doblaba una esquina. Enseguida

descubrió que lo seguían y la siguiente vez que miró se dio cuenta de que se trataba de Akenón. Se metió por la callejuela más cercana, corrió tan rápido como pudo hasta llegar al siguiente cruce y se ocultó.

Llevaba una daga corta en el interior de la ropa. La sacó y la empuñó en alto pegándose a la pared.

En la esquina contraria, un prostíbulo miserable había colgado un farolillo cuya luz titubeante mitigaba un poco la oscuridad del callejón. Hannón se asomó muy despacio y vio que Akenón caminaba en su dirección procurando no hacer ruido.

«Mierda». Hannón se apretó contra

la pared y abrió la boca para que su respiración agitada no lo delatara. Aferró la empuñadura de la daga y se concentró en lo que oía. El avance de Akenón era un crujido lento y suave sobre la tierra. Estaba a cinco pasos, tres pasos...

Hannón tensó el brazo de la daga, contuvo el aliento un par de segundos y se lanzó sobre Akenón.

Se detuvo bruscamente con una espada egipcia a un centímetro de su cuello.

—Dame tu daga —dijo Akenón fríamente—. Por la empuñadura. —Apoyó su espada encima de la nuez de Hannón.

El marinero se apresuró a entregarle su arma. Akenón cogió la daga y presionó con aquella punta afilada bajo la mandíbula de Hannón. Bajó la espada curva y acercó su cara a la del jefe de remeros del *Melkart*.

—Tu capitán me ha dicho que Khaos nunca se comunicó con nadie. —Apretó con la daga haciendo que brotara una gota de sangre. Hannón estiró el cuello todo lo que pudo—. El hecho de que hayas intentado asesinarme me dice que estáis mintiendo. —Los ojos de Hannón saltaron de un lado a otro con desesperación—. Dime ahora mismo todo lo que sabes.

Hannón cerró los ojos con fuerza

mientras respiraba ruidosamente entre los dientes apretados. Akenón apartó la daga y le dio un puñetazo que le partió dos dientes.

—¡Habla!

Clavó de nuevo la punta de la daga bajo la barbilla de Hannón. El jefe de remeros profirió un largo gruñido de dolor, pero continuó sin decir nada.

—Habla o te atravieso la cabeza. — Akenón hundió otro centímetro de hierro en su carne e hizo girar la hoja del arma.

—¡Basta, basta!

Akenón alejó un poco la daga y el marinero bajó la cabeza. El sudor le empapaba el cabello pegándolo a la frente. Miró de reojo a Akenón y negó

varias veces, goteando sangre de la barbilla. Cuando habló parecía a punto de echarse a llorar.

—De acuerdo, te diré lo que quieres saber. —Volvió a negar con la cabeza con expresión angustiada—. Te lo diré, y entonces ni mi vida ni la tuya valdrán nada.

CAPÍTULO 29

Madrid, España, actualidad.

El asesino de Leonardo salió del portal de Elena Pastor. Distinguió un grito agudo y lejano y supo que se trataba de ella.

«Acaba de descubrir lo que le he hecho a su amiguito».

Sonrió recordando el placer inigualable que acababa de experimentar: Leonardo estaba tumbado en la cama boca arriba, con las manos esposadas por detrás. Él se había

sentado encima del italiano y sujetaba su cabeza entre las rodillas. Empuñaba con ambas manos un cuchillo de hoja gruesa que había cogido de la cocina de Elena. Clavó la punta en el entrecejo de Leonardo y empujó el filo vigorosamente a través de la carne: una, dos, tres, cuatro, cinco veces.

El divino pentáculo invertido comenzó a chorrear sangre y él lo contempló extasiado. Apenas fue consciente de los movimientos frenéticos de Leonardo, ni de los gritos amortiguados por el camisón de Elena que había embutido en su boca. La sangre era vida y la vida estaba manando a través del símbolo sagrado.

Inspiró hasta henchir los pulmones y experimentó una serenidad perfecta, un éxtasis de unidad y armonía con el universo. Sus ojos se pusieron en blanco mientras Leonardo tosía y se ahogaba con la seda negra del camisón. El pentáculo invertido era la llave de profundos misterios que casi ningún hombre era capaz de atisbar. Él poseía aquellos misterios arcanos. Ellos lo hacían más poderoso.

Bajó la mirada hacia Leonardo y este se agitó con renovada fuerza al leer en su semblante lo que iba a hacerle.

—Leonardo... —Acarició las mejillas sin afeitar del italiano—. ¿Te das cuenta de que te has convertido en

mi mensajero?

Leonardo sacudió la cabeza y la tela blanca de la colcha se llenó de salpicaduras de sangre. Comenzó a llorar de miedo, pero también de rabia y desesperación sabiendo que nadie podría parar a semejante monstruo.

El asesino se impulsó hacia atrás y quedó sentado sobre el vientre del italiano. Le abrió la camisa de un tirón y con la punta de los dedos palpó las costillas hasta encontrar el hueco que dejaban dos de ellas sobre la parte superior del corazón. Puso allí la punta del cuchillo y acercó su cara a la de Leonardo.

—Mi querido amigo, te voy a

seccionar la aorta. —Se apoyó poco a poco sobre el mango del cuchillo y lo hundió un par de centímetros—. Pero antes de que mueras quiero compartir mis planes contigo.

Miró fijamente a Leonardo y en la mente del italiano apareció una sucesión de imágenes. Visualizó al asesino planificando aquello desde hacía años. Entendió las terribles implicaciones que tendría su muerte al favorecer los designios de aquel monstruo. Al contemplar lo que su verdugo pensaba hacer en los próximos días, en las próximas horas, en los próximos minutos, supo que aquello significaba la destrucción de todo a lo que había

dedicado su vida.

Dejó de luchar. En su interior ya sólo había horror y desolación. La hoja del cuchillo siguió penetrando en su pecho con una lentitud insoportable. Cuando el mango tocó su piel, exhaló por última vez.

El asesino permaneció encima de Leonardo contemplándolo mientras resollaba de excitación. Después paseó la mirada por la habitación y por su propio cuerpo. La sangre le había salpicado en las piernas y en los brazos, pero no le preocupaba. Se había vestido con vaqueros negros y camiseta de manga corta del mismo color, las manchas apenas se percibían.

«Dulces sueños, Leo». Apagó la luz y cerró la puerta. En el baño se lavó los brazos y las manos sin quitarse los guantes de látex transparente. Al terminar se sentó en el sofá del salón para esperar a Elena.

Ella también debía morir.

Unos minutos después oyó que el ascensor se detenía en aquella planta. Cerró los ojos y sintió la presencia de Elena... y de alguien más.

«Son dos hombres».

Oyó débilmente la voz de Elena:

—¿No vas a pasar por tu casa?

Uno de los hombres respondió:

—Esto es todo lo que necesitamos, a menos que tu amigo sea traficante de

armas y no nos lo hayas dicho.

«Mierda, son policías».

Cogió el portátil de Leonardo de la mesa del salón, lo metió en una mochila y se colocó sigilosamente junto a la puerta de la calle.

—Cuando abras, llámale —dijo en voz baja uno de los policías al otro lado de la puerta.

Se oyó la llave entrando en la cerradura.

—¿Leonardo?

La puerta se abrió noventa grados. Él se encontraba detrás, pegado a la pared.

—Leo, ¿estás en casa?

El asesino se concentró en la mente

de Elena antes de que ella entrara en su campo de visión. No intentó alterar su impulso principal de entrar en la casa y buscar a Leonardo, sabía que no podría someter a la vez a Elena y a los policías. Se centró en que pasara de largo sin mirar a la izquierda. Hizo lo mismo con los dos policías y consiguió que los tres se quedaran un momento mirando hacia el interior de la vivienda. Él rodeó la puerta y salió al descansillo, sin dejar de controlarlos para asegurarse de que permanecían en el apartamento hasta que alcanzara las escaleras.

—Qué frío hace —oyó que decía uno de los hombres cuando él comenzaba a bajar los escalones.

Antes de llegar al portal, sacó un gorro de tela que llevaba doblado en un bolsillo de la mochila y se lo encajó. Era de una talla más grande que la suya, por lo que le servía para ocultar el pelo y buena parte de la cara. Algo imprescindible con una fisonomía tan característica como la suya.

Salió al calor intenso del exterior y oyó gritar a Elena a través de los cuatro pisos que los separaban. Sonrió y se alejó con rapidez. Había comprobado que aquel tramo de la calle no estaba cubierto por ninguna cámara de seguridad, y ahora se concentró en desviar la atención de las personas con las que se cruzaba. Si alguna de ellas

era interrogada por la policía, no sería capaz de recordar que lo había visto.

A un par de manzanas de distancia entró en un Audi Q5 de color negro con los cristales ahumados. Extrajo de la mochila el portátil de Leonardo y levantó la tapa.

«Vamos a ver qué has estado haciendo».

Cuando el monitor se iluminó, apareció el trabajo de Elena sobre entrenamiento cognitivo.

«No carece de ingenio, pero no parece que ella sola sea capaz de desarrollarlo lo suficiente. —Sus labios esbozaron una mueca de desprecio—. Es evidente que Leonardo seguía junto a

Elena por amor».

Cambió de pantalla y aparecieron los correos entre Elena y Daniel. Les echó un vistazo por encima, ya los conocía. Después cerró el ordenador y miró hacia el portal de Elena.

«Tengo que asegurarme de que no me va a causar problemas... Y también he de ocuparme de Daniel Martín. — Tamborileó con los dedos en el volante. La siguiente vez que fuera a por Elena sería mucho más fácil—. Ya no es necesario que la marque con el símbolo sagrado».

Sonrió con fiereza al recordar el pentáculo invertido sangrando en la frente de Leonardo.

«El mensaje ya ha sido enviado».

CAPÍTULO 30

Madrid, España, actualidad.

Daniel avanzaba por el Barrio de las Letras mirando al suelo. La imagen de un cegador pentáculo invertido volvía una y otra vez a su mente. Además no podía dejar de pensar que alguien había atravesado sus sistemas de seguridad, y quizás accedido a todo su trabajo.

«¿Qué más puede pasarme hoy?».

Le sorprendió advertir que casi había llegado al bar en el que habían quedado los de Mensa. Fue hacia la

puerta mirando a través de los ventanales. Había varias personas ocupando dos largas mesas, pero no distinguió a Elena.

Nada más entrar se dirigió a la barra para pedir una botella de agua. Aunque el sol ya se había puesto seguía haciendo más de treinta grados y llevaba una hora caminando. Mientras esperaba a que le sirvieran se volvió hacia el grupo de Mensa. Reconoció a Marta, que lo vio y levantó la mano a modo de saludo, y a un par de chicos algo mayores que él que recordaba que se llamaban Ernesto y Carlos.

«Todavía no ha llegado», se dijo frunciendo ligeramente los labios.

Cuando le dieron el agua bebió la mitad de un trago y se acercó a las mesas. Miró la hora en su teléfono móvil —las diez y veinte— y de paso comprobó que no tenía mensajes ni llamadas perdidas de Elena.

—Hola, Daniel.

—Hola, Marta. Hola a todos.

Lo recibió un coro de saludos y Marta señaló una silla vacía junto a ella, donde tomó asiento.

—¿Conoces a Andrés? —Marta hizo un gesto hacia un hombre rubio bastante orondo que tenía a su izquierda.

—No. Encantado, Andrés. —Se dieron la mano sonriendo, Andrés parecía un tío agradable—. De la

semana pasada conozco a Ernesto —era el otro chico sentado en su mesa, que hizo un gesto de asentimiento— y a Carlos —dijo señalando hacia un pelirrojo con muchas pecas de la mesa de al lado.

En la otra mesa también había una rubia bastante guapa escuchando a un hombre cuyo largo cabello moreno estaba recogido en una coleta. Daniel había pensado que se trataba de una chica, pero al verle la cara salió de su error; llevaba perilla y unas patillas hasta la mitad de la mejilla.

Marta continuó haciendo de cicerone:

—Entonces te falta por conocer a la

rubia, que es rusa o ucraniana y no sé cómo se llama...

—Irina —señaló Andrés.

—Eso; es que es la segunda vez que viene y todavía no he hablado con ella. Y el del pelo largo es Mario, el coordinador de actividades de Mensa Madrid hasta la semana pasada. Estamos en proceso de elegir un nuevo coordinador, puedes presentarte voluntario.

—Creo que sería mejor alguien con más experiencia —respondió Daniel con cautela, sin saber si Marta bromeaba o no.

—Ya veo, prefieres escaquearte —dijo ella fingiendo un tono reprobatorio

—. En fin, aquí nuestro amigo Andrés nos estaba explicando la verdad de la vida, o lo que es lo mismo: los orígenes y la solución a la crisis interminable que ha hundido a España en la miseria.

Daniel dirigió su atención a Andrés dispuesto a escuchar, pero en ese momento se oyó la puerta del bar y se volvió rápidamente esperando ver a Elena.

CAPÍTULO 31

Madrid, España, actualidad.

Elena estaba paralizada frente al cuerpo ensangrentado de Leonardo.

Alberto se abalanzó sobre la cama, puso dos dedos en el cuello del italiano y comprobó su pulso. Después agarró a Elena de los hombros y la sacó apresuradamente del dormitorio.

—Llama al 091 —le dijo a Javier, que no había llegado a entrar en el dormitorio—. Dame las llaves de casa —apremió a Elena.

Elena metió una mano temblorosa en su bolso, buscando las llaves mientras salían al descansillo. Alberto cogió las llaves de su mano y cerró la puerta de la casa con doble vuelta. Dejó la llave metida y girada. Elena contemplaba lo que ocurría en estado de *shock*. Miró a Javier, que había contactado con el 091 y ahora le pasaba el teléfono a Alberto. Este dijo con voz tensa que tenían un posible asesinato, que era muy reciente y que el asesino tenía que estar cerca, incluso dentro de la casa.

«Asesinato...». Elena notó que el suelo se movía bajo sus pies y sintió una arcada. No podía apartar de su mente la visión de Leonardo con un cuchillo

incrustado hasta el mango, el pentáculo invertido hendiendo su frente, la expresión de indescriptible terror que deformaba su cara...

—¡Vamos!

Alberto tiró de su brazo y ella se dejó arrastrar hasta la puerta de la casa de su vecino. Él abrió sin dejar de mirar a los lados y la metió dentro. Desapareció en un cuarto y salió con una pistola en la mano.

Elena dio un respingo al ver el arma.

—Tranquila —dijo Alberto—, Javier se quedará contigo mientras yo voy a tu casa a echar un vistazo.

Salió con el arma en la mano y Javier se situó en la puerta. Elena oyó el

ruido de la cerradura de su apartamento y después un largo silencio. Contuvo la respiración mientras imaginaba a Alberto recorriendo la casa con la pistola en alto, entrando en su dormitorio, agachándose para ver si había un asesino bajo la cama...

Al cabo de un rato Javier hizo un gesto de asentimiento mirando al exterior y se volvió hacia Elena.

—No hay nadie.

Ella respiró aliviada, pero al instante se sobresaltó con el sonido del telefonillo. Javier se apresuró a contestar y apretó el botón que abría el portal.

—Es el zeta. —Elena lo miró sin

comprender—. La patrulla —aclaró Javier.

«La patrulla...». Elena seguía aturdida. Había estado preocupada porque Leo no se hubiera ido de su casa, y lo que había ocurrido era que lo habían matado. «Leonardo está muerto... y antes de morir lo han torturado», se dijo visualizando las terribles rajadas de su frente. Resultaba tan incomprensible, tan espantoso...

Dos policías uniformados aparecieron brevemente en el umbral. Javier salió al descansillo con ellos y Elena oyó retazos de una conversación escueta entre los cuatro policías. Se horrorizó al escuchar a Alberto decir

que quizás Leo había muerto mientras ellos estaban en la casa.

Se levantó y fue hacia la puerta apoyándose en la pared con una mano. «Por el amor de Dios, tienen que asegurarse de que no se puede hacer nada por él». Quizás el asesino había tenido que interrumpir el crimen al aparecer ellos. Incluso era posible que Leonardo la hubiera escuchado hablando en el salón con los policías mientras él agonizaba en el dormitorio, todavía con un hilo de vida.

Javier apoyó en su hombro una mano, a la vez suave y firme.

—Tienes que esperar dentro.

Elena asintió sin moverse, agarrada

a la jamba de madera. Vio que los dos policías uniformados desenfundaban las armas y entraban en su casa.

—Ayudadlo —musitó Elena.

Elena se sobresaltó de nuevo con el pitido del telefonillo. En esta ocasión era la ambulancia del 061. Javier abrió y aguardó en la entrada del apartamento mirando hacia el descansillo. Su expresión era grave, y por alguna razón eso hizo que Elena comenzara a llorar en silencio. Sus manos empezaron a agitarse. Las llevó al regazo, pero un segundo después todo su cuerpo temblaba.

Durante los siguientes minutos Elena lo vio todo como si estuviera bajo la

superficie del agua mirando hacia arriba. Los sonidos parecían distorsionados y ella se esforzaba por entender lo que ocurría y lo que le decían, pero apenas lograba una comprensión muy superficial. Los del 061 fueron directamente a su apartamento para ver si se podía hacer algo por Leonardo. Poco después se presentaron en el de Alberto y dijeron que Leo estaba muerto. Entonces uno de los sanitarios se sentó a su lado para hablar. Ella intentó responder, pero se dio cuenta de que no lo hacía de modo muy coherente. No dejaba de imaginar que Leonardo la había visto entrar y luego dejarlo allí desangrándose.

Al cabo de un rato llegó otra patrulla de policía. Habían estado recorriendo el barrio y ahora inspeccionaron las escaleras y la azotea del edificio. El piso de Elena se cerró en espera del juez. La primera patrulla se quedó en el descansillo para asegurarse de que no entraba nadie y la segunda bajó al portal para controlar quién entraba o salía del edificio.

Elena miró a Alberto con ojos llorosos cuando él por fin tuvo un rato para sentarse a su lado.

—Ya estaba muerto cuando llegamos —dijo Alberto respondiendo a la pregunta que latía en la mirada de Elena.

Ella cerró los ojos e inspiró

profundamente. Cuando sintió que el nudo de su garganta remitía, volvió a abrir los ojos.

—¿Hay pistas del asesino?

—Las patrullas han estado buscándolo en tu casa y en el resto del edificio. También han estado mirando por el barrio. No han visto nada. Pero ellos no se dedican a buscar pistas. De eso se encargará la policía científica, que vendrá dentro de un rato, aunque no podrá trabajar hasta que llegue el juez y ordene el levantamiento del cadáver.

—Qué de gente —dijo ella intentando sonreír—, no vamos a caber todos.

—No lo sabes bien, esto va a

parecer el camarote de los hermanos Marx. —A ella le sentaba bien conversar y Alberto continuó hablando —: Además de la científica tiene que venir el grupo de investigación, más el juez con un secretario del juzgado y un médico forense, y finalmente... bueno, los servicios funerarios del ayuntamiento para llevar el cuerpo al instituto anatómico forense, para que haga la autopsia el forense de guardia.

Elena asintió, agradecida de tener a Alberto delante, aunque lo único que había entendido era que vendrían muchas personas. Bajó los ojos y se esforzó por pensar con claridad.

—¿Me van a interrogar?

Alberto carraspeó y se acomodó el cuello de la camiseta antes de responder.

—Te harán preguntas sobre tu relación con Leonardo, cuánto tiempo llevaba en tu casa... —miró hacia atrás y bajó la voz—... y te preguntarán por tus actividades en las horas previas al asesinato. Por ejemplo, cuando nos encontramos en el portal, ¿de dónde venías?

—De comprar. De comprarme un vestido. Lo llevaba en la mano cuando entramos en mi casa. —De repente a Elena le parecía muy importante recordar dónde estaba el vestido—. Se habrá quedado en el descansillo. ¡No!,

lo metí en casa, tiene que estar en el salón de mi casa.

—Tranquila. —Alberto sonrió y le puso una mano en el antebrazo—. En tu ticket y en el de la tienda vendrá la hora a la que lo compraste. ¿Viniste directamente desde la tienda?

Elena estaba ahora atentísima a las palabras de Alberto.

—Sí. Había poco tráfico y tardé quince minutos. Es imposible que lo haya hecho yo.

Sintió una desagradable sensación de culpabilidad al intentar justificarse, pero Alberto le apretó el antebrazo ampliando la sonrisa.

—El cuerpo estaba caliente y la

sangre muy fresca, el crimen se cometió muy pocos minutos antes de llegar nosotros. No creo que vayan a considerarte sospechosa, pero tendrán que hacerte unas cuantas preguntas.

—¿No puedes encargarte tú del interrogatorio?

—Lo siento, pero lo hará alguien de la policía judicial. Mi comisaría se encarga de delitos más pequeños, los casos de asesinato se transfieren a la Brigada Provincial de Policía Judicial, una especie de comisaría gorda, para que lo entiendas mejor. Tienen varios grupos de investigación de homicidios. Deben de estar al caer un par de compañeros de allí.

El telefonillo sonó en ese momento como si obedeciera a sus palabras. Alberto lo descolgó, cruzó un par de frases y se volvió hacia Elena.

—Son los de homicidios.

Antes de que Alberto volviera a sentarse, se acercaron dos policías de uniforme y hablaron con él. Después continuó dando conversación a Elena.

—Estos tienen suerte. Son de la patrulla de distrito y su turno acaba a las diez. Ha venido otra patrulla para relevarlos y ellos se van a comisaría para hacer la minuta y a casa. Todos los demás tenemos que quedarnos hasta que llegue el juez, y ya te aviso que no creo que lo haga antes de la una o las dos de

la madrugada.

Javier entró en el apartamento y se acercó a Alberto.

—Están fuera los de homicidios.

Alberto salió al descansillo y Elena lo oyó hablar en voz baja. Poco después regresó con un hombre y una mujer vestidos de paisano.

—Elena, estos son los compañeros de homicidios. Van a hacerte unas preguntas.

Elena miró al hombre sintiendo una punzada de aprensión.

CAPÍTULO 32

Madrid, España, actualidad.

Daniel hizo una mueca al ver que por la puerta del bar no entraba Elena, sino un chico que se dirigía a otra mesa. Se volvió de nuevo hacia sus compañeros y vio que Andrés sonreía divertido ante un comentario de Marta sobre la crisis económica.

—Ya me gustaría a mí tener la solución para reducir a la mitad la deuda de España. —La voz de Andrés era grave y agradable, de locutor de

radio—. Estaba hablando de un documental que se llama *Inside Job*, no sé si has oído hablar de él —le dijo a Daniel.

Daniel negó con un gesto.

—Es un documental que hicieron en el año 2010 sobre las causas de la crisis. Le dieron el Óscar al mejor documental y lo estaba recomendando porque me parece muy claro, riguroso y acertado.

—A mí no —replicó Ernesto rápidamente. Sus ojos, de un azul pálido, miraban con intensidad tras los cristales redondos de sus gafas.

Daniel pasó la mirada de uno a otro asintiendo interesado. No solía prestar

demasiada atención a las noticias económicas, pero la crisis había hecho que España superara el cincuenta por ciento de tasa de desempleo entre los jóvenes, y que se hubiera reducido hasta prácticamente desaparecer todo lo que sonara a beca, subvención o ayuda.

—El resumen —dijo Andrés acomodando su corpachón en la silla— es que lo que sufrimos ahora, y sufriremos durante muchos años, es la consecuencia de la actuación de la industria financiera y de los reguladores, los políticos que dictan las normas que regulan los mercados financieros. El documental se centra en Estados Unidos, pero casi todo lo que se dice en él es

extrapolable al resto del mundo.

Ernesto negó ostensiblemente con la cabeza.

—Qué manía con echar la culpa a los políticos y a los banqueros. ¿Y qué pasa con los millones de ciudadanos irresponsables que pidieron hipotecas o créditos personales que no podrían devolver, porque querían tener una casa o un coche que no les correspondía o una tele de pantalla plana más grande que la del vecino?

—Ernesto —respondió Andrés en un tono suave que contrastaba con el de su interlocutor—, eso es como echar la culpa de una intoxicación por aceite adulterado a los *irresponsables* que

compraron y consumieron ese aceite para ahorrarse un poco de dinero. La responsabilidad será más bien de quien vende el aceite tóxico y le dice al comprador que es perfectamente saludable. En el caso de productos financieros, tanto créditos como productos de inversión, el ciudadano medio es un completo ignorante que depende de los consejos de los expertos.

Ernesto resopló como si estuviera cansado de aquel argumento.

—Todo el mundo sabe que si tienes un sueldo de mil quinientos euros no puedes pedir una hipoteca de trescientos mil porque no vas a poder pagarla.

—No estoy de acuerdo —insistió

Andrés—. Yo trabajo en el departamento financiero de una aseguradora, en temas de coberturas con derivados y otros productos complejos. A la gente le pueden sonar algunos términos, pero en el fondo no tiene ni idea, pero *ni idea* de lo que hay detrás de los productos financieros, por no hablar de su posible evolución ni de la normativa que los regula. La mayoría va a hacer lo que le recomiende el *experto* al que consulte, ya sea en su banco, sociedad de inversión o donde sea.

Ernesto iba a replicar, pero Marta intervino.

—Espera, Ernesto, deja que Andrés nos cuente lo que dice el documental y

luego lo comentamos, ¿te parece?

Ernesto se echó hacia atrás y Andrés continuó.

Durante la siguiente media hora, Daniel escuchó el resumen de *Inside Job* con un interés creciente. Aprendió que la inmensa burbuja especulativa que había crecido durante diez años hasta estallar arruinando a medio mundo —y dejándolo a él sin posibilidad de conseguir una beca de investigación—, era consecuencia de la actuación codiciosa e irresponsable de la industria financiera, así como del hecho de que esta industria había conseguido hacerse con el poder regulador, ya fuera *presionando* a los políticos u ocupando

directamente los puestos clave.

Andrés detalló numerosos casos escalofriantes. Se trataba de políticos que habían dictado leyes que permitían ganar más dinero a los bancos de inversión a la vez que ponían en peligro la economía mundial; después esos políticos dejaban su cargo público y los bancos de inversión les devolvían el favor contratándolos por una millonada. También mencionó ejemplos de directivos de bancos de inversión que posteriormente eran nombrados para ocupar los cargos públicos más relevantes, desde donde promulgaban leyes que favorecían a la industria financiera.

A continuación, Andrés enumeró varios casos que mostraban que la industria financiera ocupaba más cargos políticos que nunca. Quizás por eso cada vez tenían más facilidades regulatorias para ganar dinero, a la vez que ninguno de sus miembros era condenado. A veces las compañías tenían que pagar algunas multas —insignificantes en relación con el beneficio obtenido, por lo que el mensaje implícito era *vuelve a hacerlo, merece la pena*—, pero ninguno de los directivos había tenido que devolver un solo céntimo de los cientos de millones de euros que algunos habían llegado a cobrar.

—Los directivos siempre se han ido

de rositas y con los bolsillos llenos —apuntó Andrés—, incluso cuando se ha demostrado que para ganar más dinero utilizaron a sus compañías para cometer fraude, blanqueo de capitales, evasión de impuestos, sobornos, colaboración con el narcotráfico y hasta con el programa militar nuclear de Irán.

—¡Madre de Dios! —exclamó Marta.

—En *Inside Job* encontrarás todo esto con nombres y apellidos —dijo Andrés—. Por muy aterrador que resulte, el lobby financiero ha aprovechado la crisis para reforzar su poder político. Olvídate de que se tome una sola medida relevante que no les

interese. Ellos dictan las normas y ya no hay quien les quite la batuta.

Daniel parpadeó como si saliera de un sueño. Vivía en el mundo real y sabía que había mucha corrupción, pero lo que acababa de escuchar le había revuelto el estómago.

«El corazón del sistema está podrido».

Ernesto volvió a insistir en la responsabilidad que tenía el ciudadano medio al haberse endeudado excesivamente, y Daniel aprovechó para echar un vistazo a su móvil.

Suspiró con una mezcla de disgusto y resignación. Eran casi las once y Elena no había dado señales de vida.

«En fin, está claro que el dichoso Leonardo sigue siendo su novio».

CAPÍTULO 33

Cartago, 507 a. C.

Ariadna contemplaba horrorizada el pentáculo de sangre que desfiguraba a Eshdek.

Aquel símbolo ominoso había sido el emblema de un enemigo derrotado. Esa tarde, sin embargo, había resurgido como una enigmática advertencia que les enviaba su padre moribundo.

Y en este instante se había convertido en una realidad espantosa.

Recurrió a toda su voluntad para

sobreponerse y se arrodilló junto a Eshdek, su único amigo verdadero en Cartago, su poderoso protector. La sangre ya no manaba de la horrible herida de su frente, lo que significaba que estaba muerto.

«Pero la sangre es fresca».

De pronto se dio cuenta de que podían acusarla a ella del asesinato de Eshdek. Sabían que era la hija de Pitágoras y habría quien pensara que el símbolo que laceraba la frente del sufete era un símbolo de la orden pitagórica.

«En Cartago pocos conocerán la diferencia entre el símbolo de Pitágoras y el símbolo de Khaos».

Tenía que hablar con el secretario

cuanto antes. Él la creería, aunque... «el secretario ha sido el último en entrar en la sala...». Miró la cara ensangrentada de Eshdek y luego hacia las puertas. Debía decidirse, cada segundo que se demorara aumentaría las sospechas sobre ella.

«Tengo que llamarlo. —Se incorporó para dirigirse a la puerta principal—. El secretario es demasiado viejo y débil para haber matado a Eshdek», se dijo todavía dudando.

Al instante siguiente sus dudas se desvanecieron. El anciano secretario se encontraba en la zona en penumbra de la sala, tumbado entre los cojines del suelo con el cuello retorcido en un ángulo

antinatural.

Ariadna ahogó una exclamación y retrocedió andando de espaldas por el suelo alfombrado. Un pequeño chasquido a su espalda hizo que se volviera con rapidez. Sus ojos pasaron del cadáver de Eshdek a las lámparas de la mesa y de ahí a las cortinas que recubrían las paredes del fondo. Se detuvo contemplándolas: no colgaban desde el techo con una lisura perfecta, sino que mostraban suaves ondulaciones y abombamientos. ¿Había un hombre oculto tras aquellas irregularidades?

Ariadna apretó los puños. Si tuviera un arma podría acuchillar los bultos de las cortinas y quizás así a quien había

asesinado a Eshdek y al secretario. Se volvió en todas direcciones buscando un arma... en vano. Comenzó a temblar, agobiada por la creciente sensación de que no estaba sola en aquella sala maldita. Aunque las puertas se encontraban a solo unos pasos, se le antojaban inalcanzables.

«¡El puñal de Eshdek!». Se abalanzó sobre el sufete, puso su cuerpo boca arriba y palpó los pliegues de la túnica en busca del arma de oro y rubíes que Eshdek a veces llevaba como adorno. Miró hacia atrás, respirando agitadamente mientras palpaba en busca del puñal sin encontrarlo. Finalmente abrió la boca para gritar llamando a los

guardias, les explicaría que el pentáculo invertido no era un símbolo pitagórico, que ella no tenía ninguna razón para matar a Eshdek... Sus manos chocaron con un objeto duro. Volvió la cabeza para mirarlo y el grito de socorro murió en su garganta.

Del pecho de Eshdek sobresalía la empuñadura del cuchillo que lo había matado.

«¡Es mi cuchillo!».

CAPÍTULO 34

Cartago, 507 a. C.

—Habla de una vez.

El jefe de remeros del *Melkart* tragó saliva antes de responder a Akenón.

—Te diré cuanto quieras, pero tienes que darme oro.

Akenón volvió a clavar la punta de la daga bajo la barbilla de Hannón.

—Lo que voy a darte —gruñó junto a su oído— es un palmo de hierro afilado.

Hannón se puso de puntillas para

evitar que el arma penetrara más en su carne.

—Si me matas no conseguirás nada —dijo rápidamente—, y yo ya estoy muerto. Asdrúbal sabrá que he hablado contigo. Mi única posibilidad es escapar de Cartago esta noche con mi mujer y mis hijos y para eso necesito oro.

Akenón bajó la daga unos centímetros.

—Yo no he cometido ningún crimen —continuó el jefe de remeros—; pero sé lo que ha hecho Asdrúbal y lo que me ocurrirá en cuanto se entere de que lo he delatado. No sería el primero de sus marineros que sufre un extraño accidente en el barco o desaparece en las tabernas

del puerto. Asdrúbal es peligroso y tiene a muchos hombres que lo obedecen tanto dentro como fuera del *Melkart*.

Aunque no tenía la capacidad de Ariadna para ver el interior de las personas, Akenón sabía que el jefe de remeros decía la verdad. Extrajo su bolsita de cuero y sacó tres daricos de oro que puso en la mano de Hannón.

—Aquí tienes tu oro. Ahora cuéntame todo lo relacionado con Khaos.

Hannón se apresuró a guardar las monedas. Miró con ansiedad a ambos lados del callejón oscuro antes de hablar.

—Recordarás que cuando os

llevamos a ti y a Ariadna de la Magna Grecia a Cartago, Khaos parecía enloquecido. Rugía sin parar hasta que le sangraba la garganta, o se quedaba paralizado como si fuera una estatua. En esas ocasiones ni siquiera reaccionaba cuando lo golpeábamos con el látigo.

—Continúa.

—Tanto el resto de los remeros como la tripulación sabíamos que estaba prohibido hablar con él. En realidad esa prohibición era innecesaria porque a todo el mundo le daba miedo, aparte de que sin lengua ni ojos hubiera sido difícil que se comunicara. —Hannón hizo una pausa para ordenar sus recuerdos—. Una semana después de

dejaros en Cartago, volvimos a hacernos a la mar. Khaos cayó enfermo enseguida, o eso creímos. Se pasaba el tiempo desmoronado sobre su remo y emitiendo débiles sonidos guturales. Como Eshdek había dejado claro que era un prisionero especial, Asdrúbal bajó para interesarse por él. Escuchó un momento sus gimoteos y después me preguntó si entendía lo que decía Khaos.

»Yo respondí que no, aunque lo cierto era que no me había molestado en intentar obtener un significado de aquel borboteo imparable. Asdrúbal se sentó al lado de Khaos y estuvo varios minutos con la cabeza pegada a la boca del prisionero, que redujo su letanía a un

murmullo inaudible.

»—¡Fuera todo el mundo! — exclamó de repente Asdrúbal—. No le prestéis atención, no habléis con él y que nadie lo escuche.

»Nos alejamos asustados, temiendo que Khaos fuera capaz de lanzarnos un conjuro terrible con esa voz que era como un río discurriendo entre piedras. Aquella noche, sin embargo, alguien se acercó a Khaos.

—Asdrúbal —dijo Akenón.

—Asdrúbal, sí. Lo espíé sabiendo que me estaba jugando la vida y vi que se acercaba a Khaos como una sombra. Se quedó quieto junto a él durante mucho tiempo. Tenían las cabezas muy

cerca una de la otra y no se oía ningún sonido. Luego Asdrúbal se alejó con el mismo sigilo. Al día siguiente me dijo, sin más explicaciones, que no golpeará a Khaos con el látigo, que llenara más su cuenco de comida y que después de comer le llevara a él su cuenco.

Akenón asintió en silencio, cada vez más intrigado, y Hannón prosiguió.

—También me dejó bien claro que si hablaba de ello con alguien yo ocuparía el lugar de Khaos. A partir de ese día tuve que llevar todos los cuencos de Khaos a Asdrúbal. El capitán no me los devolvía, y al poco tiempo empezaron a escasear los cuencos. Cuando se lo dije, con la intención de que me devolviera

algunos de los que se había quedado, me gritó que los hombres se turnaran para comer o que comieran del suelo, pero que me colgaría de las pelotas si Khaos no tenía todos los días un cuenco que luego le llevara a él. En el siguiente puerto compré una buena provisión de cuencos, y desde entonces eso es algo que he tenido que hacer periódicamente.

—¿Asdrúbal ha estado tres años acumulando los cuencos de Khaos?

—Tres años, eso es, pero cada vez que atracábamos en Cartago se deshacía de ellos.

—¿Se los daba a alguien?

—Nunca lo he sabido, aunque alguien debía de pagárselos bien porque

Asdrúbal empezó a gastar mucho más de lo habitual apostando a los dados y en las peleas de gallos.

Akenón notó movimiento al otro lado de la calle y apoyó el filo de la daga en el cuello de Hannón. Dos hombres pasaron conversando bajo el farolillo del prostíbulo y desaparecieron en el interior del establecimiento.

—Sigue hablando —apremió a Hannón.

—Los cuencos eran de madera y Khaos hacía marcas en ellos. En los primeros cuencos las hacía con los dientes. Eran sólo arañazos toscos con los que formaba unos cuantos símbolos grandes. Sin embargo, poco después

consiguió un clavo de hierro, supongo que se lo dio Asdrúbal, y con él grababa en cada cuenco una cantidad enorme de pequeños signos.

—¿Qué clase de signos?

—Yo no sé leer, pero creo que muchos de ellos eran letras griegas.

Akenón asintió pensativo.

«Con un clavo habrá podido escribir en cada cuenco tanto como en un pergamino, y en tres años habrá escrito el equivalente a un millar de pergaminos. Khaos ha podido organizar así el ataque a Pitágoras y todo lo que haya querido... ¿pero a través de quién?».

Escudriñó el rostro de Hannón, que

le sostuvo la mirada sin parpadear.

—¿Dónde puedo localizar a Asdrúbal?

—Antes de acudir a algún prostíbulo es fácil encontrarlo en El Jabalí de Oro. Y para organizar algún asunto turbio se reúne con lo peor del puerto en La Codorniz, un antro donde organizan peleas de animales.

Hannón echó un vistazo a la vestimenta de Akenón y se quedó callado como si hubiera reprimido un comentario.

—Lo sé —dijo Akenón con una mueca irónica—, con estas ropas más vale que no entre en ninguna taberna. Desnúdate, vamos a intercambiar las

túnicas.

Hannón frunció el ceño, pero accedió sin replicar. Se desnudaron en la penumbra del callejón y el jefe de remeros se puso la lujosa túnica plisada de Akenón, que le quedaba tan larga que rozaba el suelo. Para disimular que la de Hannón le venía pequeña, Akenón se la colocó al estilo de muchos marineros, enrollada bajo la cintura como si fuera un taparrabos.

—Que Baal te proteja —dijo Hannón antes de perderse corriendo por las callejuelas.

Akenón, armado con su espada y la daga de Hannón, comenzó a deshacer el camino que había hecho persiguiendo al

jefe de remeros. Era consciente de que quizás tendría que combatir con más de un hombre.

«Ojalá tuviera a Milón conmigo». El esposo de Damo, la otra hija de Pitágoras, había sido un luchador imbatible, además de un hombre noble y valeroso. En una ocasión le había salvado la vida, y posiblemente ahora iba a necesitar una ayuda similar, pero la traición de Khaos había acabado con la vida de Milón igual que con la de tantos miembros de la orden pitagórica.

Dobló una esquina y la visión de El Jabalí de Oro le encogió el estómago. Iba a arriesgar la vida al enfrentarse a Asdrúbal y sus esbirros, pero lo que

más le preocupaba era la certeza de que Khaos había conseguido enviar instrucciones a uno o varios hombres para que asesinaran a Pitágoras... «Y probablemente el siguiente objetivo de esos hombres sea Ariadna».

Mientras se acercaba a grandes pasos a la taberna, se dijo que tal vez todos los compinches de Khaos habían muerto en el ataque a la comunidad de Metaponte. Inmediatamente recordó el pentáculo invertido que Pitágoras había trazado. El filósofo no habría ocultado su mensaje en un símbolo si no fuera porque seguía habiendo una amenaza.

«Debo proteger a Ariadna y Sinuhé.
—La única manera de hacerlo era

mediante los hombres de Eshdek, aunque también en eso debían tener cuidado. Khaos había conseguido comunicarse con el exterior gracias a la traición de un hombre de Eshdek, el capitán de su nave principal—. Puede haber más traidores entre sus hombres, quizás entre miembros de su guardia personal».

Akenón tuvo que hacer un esfuerzo doloroso para controlar el impulso de ir corriendo en busca de su mujer y su hijo. Si se iba ahora, Asdrúbal podría enterarse de que había interrogado a Hannón y desaparecer.

«He de conseguir que me diga a quién le ha estado entregando durante tres años los cuencos de Khaos».

CAPÍTULO 35

Cartago, 507 a. C.

El capitán Sikar observaba con impaciencia desde las sombras.

Se encontraba frente a la casa de Adherbal, el único conocido de Akenón en Cartago en el que quizás confiara el egipcio, aparte de en Eshdek. Uno de sus soldados se acercó sin bajarse la capucha a la puerta cerrada de la mansión y llamó suavemente. Se quedó esperando por espacio de un minuto sin que sucediera nada.

—Vamos —gruñó Sikar—, no esperes tanto.

Le daban ganas de acercarse y aporrear la puerta, pero el comandante Drogo había insistido con razón en la importancia de mantener el incógnito en aquella misión. Akenón era amigo del sufete Eshdek, uno de los pocos hombres en Cartago más poderosos que Drogo. Había que atrapar al egipcio y matar a su familia sin que hubiera testigos que pudieran relacionar aquello con Drogo, y por lo tanto tampoco con Sikar.

El hombre encapuchado golpeó de nuevo y la puerta se abrió. Sikar divisó en el interior a un guardia que llevaba una antorcha. El guardia habló con su

soldado, miró hacia el interior de la vivienda y salió a la calle cerrando la puerta tras él. Cruzó unas palabras con el soldado encapuchado, y Sikar sabía que también unas monedas, y volvió a meterse en la vivienda.

El encapuchado se alejó de la mansión de Adherbal en dirección a la posición de Sikar. Mientras se acercaba, el capitán recordó el rumor que esa tarde había corrido como la pólvora entre los hombres de la guardia urbana. Drogo había atravesado con una lanza al soldado que habían descubierto esa mañana regresando al campamento tras pasar la noche fuera. Condenarlo a muerte podía haber sido el castigo

adecuado, pero Sikar sabía que el comandante Drogo no había hecho esa valoración. A lo largo de los años había visto a Drogo matar a muchos hombres, y su mirada brillaba de un modo especial cuando los hacía sufrir. Aunque eran compañeros desde hacía casi dos décadas, Sikar sabía que el comandante podía matarlo con sus propias manos si le fallaba. «Y en sus ojos sólo vería placer».

—¿Sabe algo de Akenón? — preguntó saliendo al encuentro del soldado.

—Hace casi un mes que no va a la casa de Adherbal. Y hoy no pueden haberse visto de otro modo, Adherbal

lleva dos días en cama con unas fiebres.

—¿Estás seguro de que ese guardia te ha dicho la verdad?

—Completamente. Lo conozco bien, vendería a su madre por una moneda.

Sikar se volvió hacia el resto de los soldados, que aguardaban tras él.

—Tapaos el rostro. —Se caló su propia capucha—. Lo buscaremos en el puerto.

CAPÍTULO 36

Madrid, España, actualidad.

—¿Qué relación mantenías con Leonardo?

La policía de homicidios tenía algo más de cuarenta años, el pelo castaño rojizo cortado por los hombros y un rostro delgado y pálido. Su expresión era seria, pero su mirada resultaba amable.

—Nos conocimos hace tres meses —respondió Elena—, en una conferencia sobre el sistema nervioso

que daba él. Quedamos un par de veces para hablar sobre su trabajo y después empezamos a salir. Al cabo de mes y medio, aproximadamente, decidí cortar con él.

—¿Por qué quisiste cortar?

Elena iba a responder, pero su mirada pasó al rostro del hombre policía y lo descubrió con una mirada intensa clavada en su pecho. Al instante sintió que enrojecía y se irguió apoyándose en el respaldo. Había estado inclinada hacia delante, ofreciéndole una buena perspectiva a aquel cerdo.

Cruzó los brazos y se esforzó en responder.

—No estaba enamorada de Leonardo. Me resultaba interesante, pero faltaba... no sé... no estaba ilusionada. —Le resultaba desagradable hablar de algo tan íntimo, sobre todo después de descubrir al hombre mirándole las tetas, pero suponía que a la policía había que contárselo todo—. Leonardo, en cambio, parecía muy enamorado. La relación estaba desequilibrada. Por eso corté.

La mujer policía asintió, animándola a continuar.

—En realidad, justo cuando iba a decirle que quería dejarlo, él me contó que su edificio se había incendiado y me sentí obligada a ofrecerle quedarse

conmigo unos días. —Hizo una pausa y desvió la mirada, molesta por lo que tenía que contar—. La primera noche la pasamos juntos. —Sintió el impulso de añadir una excusa, pero se reprimió—. A la mañana siguiente le dije que lo nuestro había terminado, pero que podía quedarse unos días mientras encontraba otro alojamiento.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó el hombre.

—Hace algo más de dos semanas.

—¿Discutisteis?

—¡No! Nunca hemos discutido.

El hombre no despegaba la vista de ella y Elena experimentó un sentimiento de repulsión.

—¿Qué pasó después? —preguntó la mujer.

—Yo esperaba que se fuera. Me imaginaba que le resultaría tan incómodo como a mí seguir viviendo en la misma casa, pero Leo no se fue. —Se quedó un rato pensativa antes de volver a hablar—. Hace tres días decidí pedirle que se marchara. Al ir a decírselo, sin embargo, ocurrió algo. Leo estaba sentado en el sofá, con su portátil, y el monitor se reflejaba en la ventana que tenía detrás. Me di cuenta de que estaba viendo una foto mía, un primer plano que debía de haberme tomado a escondidas, porque nunca nos habíamos hecho fotos. Me asusté y me

encerré en mi cuarto sin decirle nada. Luego empecé a dudar de que la foto fuera mía, pero ahora estoy segura de que sí lo era.

En el rostro riguroso de la policía apareció una expresión de interés.

—¿Por qué ahora estás tan segura?

—Al pie de la foto había un símbolo... —tuvo que hacer una pausa para tragar saliva—, una estrella de cinco puntas parecida a la que el asesino ha grabado en la frente de Leonardo.

La mujer policía frunció el ceño y la observó en silencio durante varios segundos. Luego miró a su compañero.

—Vamos a darle un vistazo. —Se volvió hacia Elena—. Luego seguiremos

con las preguntas.

Se levantaron de la mesa y Elena los siguió con la mirada mientras salían del apartamento. Un momento después entró Alberto.

—¿Qué tal estás?

—No lo sé. Aturdida. —Miró hacia la puerta—. En cuanto les he hablado del símbolo que había en la frente de Leonardo se han ido a verlo. Creía que no se podía entrar en mi casa hasta que no llegara el juez.

—La policía puede entrar a mirar sin tocar nada. De hecho, los de la científica ya han llegado y también han entrado para echar una ojeada.

—Bueno, supongo que luego

seguirán interrogándome.

—Me imagino que te harán algunas preguntas más para hacerse una idea, pero esta noche te trasladarán a la Brigada Provincial para realizarte un interrogatorio formal. Tienen que tomarte una declaración detallada que tendrás que firmar por escrito.

El semblante de Elena se ensombreció al imaginarse en un cuarto oscuro, con un foco en la cara y el cerdo que le había mirado las tetas presionándola para que confesara que había matado a Leonardo.

CAPÍTULO 37

Madrid, España, actualidad.

Daniel murmuró una disculpa y se levantó para ir al servicio. La conversación sobre *Inside Job* se había convertido en una tediosa discusión de ida y vuelta entre Ernesto y Andrés, así que al regresar decidió sentarse en la mesa de al lado. Les había escuchado alguna frase suelta y parecía que estaban hablando de un tema interesante: los trucos que se utilizan para conseguir que la publicidad resulte más efectiva.

—Creo que estáis hablando de publicidad, ¿puedo unirme? —señaló una silla vacía entre Carlos, el pelirrojo que le habían presentado al llegar, y la chica rubia... Irina, recordó que se llamaba.

—Claro. —Mario, el hombre de pelo largo y perilla, le dirigió una sonrisa cordial—. Ahora estábamos debatiendo sobre si la publicidad es más un arte o una ciencia. Yo soy creativo en una agencia de publicidad, por lo que te puedes imaginar mi postura; Irina, en cambio, es socióloga y mantiene el punto de vista contrario.

—No es exactamente así. —Irina sonrió hacia Daniel—. Yo también

trabajo en una agencia de publicidad, pero mi función es analizar las características del público al que se dirigen los productos. De este modo se pueden adaptar mejor los anuncios a ese público objetivo. Es un trabajo más estructurado, pero también requiere de la intuición, por lo que no deja de ser una tarea creativa... o artística —añadió volviéndose hacia Mario.

Mario respondió a Irina y Daniel siguió escuchando sin intervenir. Aunque tenía ideas bastante claras al respecto, en general prefería escuchar que hablar.

Después de unos minutos como espectador, llegó a una conclusión que no tenía nada que ver con la publicidad.

«A los dos les gusta Irina».

Tanto Mario como el chico pelirrojo, más joven y tímido, acababan sus intervenciones mirando a Irina. A veces se interrumpían entre ellos, pero a ella siempre la escuchaban en silencio hasta que acababa.

«No me extraña», pensó Daniel mientras la observaba.

Irina tenía una belleza exótica, con los pómulos altos característicos de los eslavos y los ojos de un verde grisáceo muy claro. Hablaba con un leve acento que suavizaba las consonantes fuertes y su voz resultaba acariciadora. Sus brazos esbeltos terminaban en unas manos largas y delgadas, lo que unido al

modo de moverse y de mirar le daba un aire felino.

«Aunque yo no soy el más hábil sacando conclusiones de quién le gusta a quién», se dijo pensando en Elena con una ligera irritación. Había estado convencido de que Elena estaba interesada en él, y la prueba evidente de su error era que ella no estaba allí.

Echó un vistazo a la calle a través de los ventanales del bar antes de volver a mirar su teléfono. Luego lo guardó en el bolsillo y decidió olvidarse definitivamente de Elena.

Al cabo de un rato llegaron otros dos chicos y se acercaron a saludar a Mario. Daniel vio con el rabillo del ojo

que Irina se levantaba con un vaso vacío en la mano.

—¿Vas a la barra? —Irina asintió—. Te acompaño —dijo siguiendo un impulso.

Mientras cruzaban el bar, Daniel sintió en su espalda las miradas de Mario y del pelirrojo.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó Irina al llegar a la barra.

Daniel titubeó un instante. Su exiguo presupuesto para esa noche ya se había agotado, pero no iba a admitir que sólo había ido a la barra para hablar con ella a solas.

—Una botella de agua.

Irina se pidió una cerveza y luego se

volvió hacia Daniel. Él la había acompañado más por parecerle interesante que atractiva, pero ahora contuvo la respiración. En la barra había más luz y la piel ligeramente tostada de Irina parecía brillar. Medía un metro ochenta, tenía una constitución de saltadora de pértiga y su cuerpo estaba cubierto por un vestido corto de tirantes finos del mismo color que sus ojos. Su pelo era muy rubio, liso, y caía por detrás de los hombros hasta media espalda.

—Hablas muy bien español —dijo Daniel cuando consiguió reaccionar—, ¿dónde lo aprendiste?

No era una manera muy original de

empezar una conversación, pero cumplió su propósito y al cabo de un rato charlaban animadamente. Irina le contó que su abuelo había nacido en España, pero había emigrado a Rusia en 1939, al acabar la guerra civil española. Sus recuerdos de él provenían de su infancia, pues había muerto cuando ella tenía siete años, dijo con una sombra fugaz en la mirada. Quizás por eso lo había idealizado y desde pequeña había querido aprender su idioma, que había estudiado tanto en el colegio como en la universidad. Su familia se había trasladado de Rusia a Alemania cuando ella era adolescente y había asistido a la universidad en Berlín, donde se había

doctorado en Sociología.

Daniel la escuchaba dándose cuenta de la creciente atracción que sentía. La cara de Irina era como las portadas de las revistas de moda, con la salvedad de que a ella no le hacía falta el Photoshop, y de que en lugar de la frialdad de las modelos ella poseía una manera de mirar y sonreír que resultaba cercana y cálida. También observó contrariado que Irina, a diferencia de Elena la semana anterior, no mostraba ningún indicio de que él le gustara.

«En fin, Mensa es para conocer gente interesante, no un club de solteros buscando pareja».

Tras doctorarse, Irina había

conseguido trabajo en una agencia de publicidad y hacía un mes había logrado que la trasladaran a la delegación de Madrid. Por otra parte, formaba parte de Mensa Alemania desde hacía tres años, y había pensado que asistir a las reuniones de Mensa en Madrid sería una buena manera de conocer gente en la ciudad.

—Y aquí estoy —añadió dando un trago a su cerveza.

Después de Irina le correspondió a Daniel hacer un breve resumen de su vida. Cuando mencionó sus estudios, ella se mostró especialmente interesada.

—Vaya, así que ingeniero y psicólogo. Entonces debes de tener una

opinión clara sobre lo que hablábamos en la mesa, aunque has estado muy callado. ¿Qué piensas sobre la posibilidad de usar modelos informáticos para diseñar campañas publicitarias más efectivas?

La sonrisa de Daniel se expandió.

—Estoy totalmente de acuerdo con lo que tú decías. Es más, llevo cuatro años trabajando en desarrollar un modelo informático que reproduzca el comportamiento del ser humano.

—¿Para aplicarlo a la publicidad?

—No, en realidad no lo estoy desarrollando pensando en ninguna aplicación. —«Aunque ya tengo claras varias de sus aplicaciones potenciales»,

pensó bajando un momento la mirada—. Siempre he tenido curiosidad por el funcionamiento del cerebro y de la mente, y empecé a desarrollar el modelo por simple afán de conocimiento.

Irina alzó las cejas y asintió apreciativamente.

—¿Cómo funciona tu modelo?

—Verás... —Daniel juntó las manos y apoyó las puntas de los índices en los labios durante unos segundos—. Creo que es mejor mencionar primero el estado de la investigación actual sobre el cerebro. ¿Has oído alguna vez que el siglo XXI va a ser el siglo del cerebro?

—Creo que lo leí hace tiempo en un artículo.

Daniel asintió.

—Pienso que es una buena manera de llamar a este siglo, porque los avances científicos en relación con el cerebro van a cambiar la medicina, la industria informática, la sociedad... ¿Has oído hablar del Human Brain Project, el proyecto sobre el cerebro humano?

—Mmm... Creo que no.

—Es un proyecto europeo, muy complejo y muy ambicioso. Participan veintiséis países y más de ciento treinta instituciones científicas, y su presupuesto inicial es de mil doscientos millones de euros.

—¡Mil doscientos millones de

euros, qué barbaridad! Me extraña no haber oído hablar de él.

—Supongo que se irá haciendo más conocido según vayan obteniendo resultados. Y obviamente estoy de acuerdo en que tiene un presupuesto enorme. Hay otro proyecto parecido, llamado BRAIN Initiative y liderado por Estados Unidos, que también tiene un presupuesto descomunal. Yo me conformaría con la mitad para mi proyecto —añadió riendo—. En fin, se puede decir que el Human Brain Project, o HBP, intenta conseguir respecto al cerebro humano algo parecido a lo que hizo el Proyecto Genoma Humano respecto de los genes.

—¿Intentan hacer un mapa del cerebro?

—En realidad el HBP va más allá. El Proyecto Genoma hizo un mapa de todos los genes de los seres humanos. El HBP pretende hacer una simulación de todo el cerebro humano mediante supercomputadoras. De este modo, se podrían hacer simulaciones en tiempo real con el fin de entender mejor cómo funciona el cerebro. Si lo logran, se producirá un gran avance en la comprensión de muchas enfermedades, así como en su detección y tratamiento.

Irina asintió en silencio, muy atenta a las palabras de Daniel.

—Mira, para que te hagas una idea

de la velocidad a la que avanza todo esto: hace unos años se desarrolló el antecedente del HBP, que se llamaba Blue Brain Project. En aquella ocasión los científicos lograron crear una simulación completa de la columna cortical de una rata, que está compuesta por diez mil neuronas. Hay que tener en cuenta que la columna cortical es la unidad funcional mínima en la que podemos dividir el neocórtex, que es la parte del cerebro donde se ubica el razonamiento. Por eso, tener un modelo informatizado de una columna cortical es un gran avance en la neurociencia, la ciencia que estudia el cerebro y el resto del sistema nervioso.

Dio un sorbo rápido a su botella de agua y continuó.

—Pues bien, el Blue Brain Project logró como primer paso simular con ordenadores la columna cortical, y en el año 2011 consiguió una simulación de cien columnas corticales conectadas; es decir, un millón de neuronas. En el siguiente paso, en 2014, la simulación se vuelve a multiplicar por cien y abarca un cerebro de rata completo: cien millones de neuronas.

—No parece que un ordenador cualquiera pueda hacer semejante simulación —objetó Irina.

—No, de hecho ese es el límite actual de la capacidad de computación,

y eso que hay varias de las principales supercomputadoras del mundo trabajando a la vez. El HBP pretende simular todo el cerebro humano, cien mil millones de neuronas, en el año 2023. Para conseguirlo necesitan que la capacidad de las supercomputadoras se multiplique por mil.

—Suen a ciencia ficción eso de aumentar mil veces la potencia de los ordenadores.

—Lo sé, pero los hechos nos han demostrado que no es imposible. En las últimas décadas la capacidad de los ordenadores se ha multiplicado por mil cada década. Los neurocientíficos esperan que se produzca un incremento

similar durante los diez años del Human Brain Project, que se extiende de 2013 a 2023. Si se logra, y la industria informática ha dicho que es posible, entonces se podrá conseguir la simulación en tiempo real del cerebro humano mediante supercomputadoras.

Irina frunció el ceño.

—¿Tu modelo hace algo parecido a lo que pretende el Human Brain Project?

Daniel se rascó la barbilla mientras meditaba la respuesta.

—Nunca he pensado en cómo definir mi modelo. Podría decirse que es un modelo de dos dimensiones: el cerebro y la mente —dijo levantando una mano y luego la otra—. Es decir, se ocupa de

las dos cosas a la vez. —Juntó las manos—. Engloba esa misteriosa dualidad que tenemos todos dentro de la cabeza.

—¿Y llevas cuatro años desarrollándolo?

—Sí. Bueno, cuatro años trabajando en lo que considero su fase final. En realidad llevo casi quince años trabajando en él. De pequeño leía mucho sobre informática y también sobre psicología, y acabé juntando las dos cosas. Uno de los momentos clave fue cuando conseguí una máquina para realizar electroencefalogramas. Era de un amigo de mi padre, que tenía una clínica de psicología y la utilizaba para

hacer biofeedback en técnicas de relajación. Se le estropeó y se compró una nueva, y yo convencí a mi padre de que le pidiera la vieja, conseguí arreglarla y comencé a usarla.

—¿Cómo la usabas, contigo mismo?

Daniel rio al recordar aquella época.

—Me pasaba horas con un casco de electrodos en la cabeza, conectado al ordenador. Hacía todo tipo de pruebas y registraba todos los datos. Se tardaba bastante en poner y quitar el casco, así que a veces me sentaba a cenar con el casco puesto. Mi madre decía que parecía un científico loco.

—Habría que haberte visto —rio

Irina—. ¿No tienes ninguna foto?

—Mi padre me hizo unas cuantas. Deben de estar por su casa, en algún álbum. —Daniel sonrió recordando alguna de esas fotos—. El caso es que acumulé un montón de datos, míos y también de mis padres y de algunos amigos, que aguantaban estoicamente con el casco puesto mientras yo hacía todos los experimentos que se me ocurrían. Con el tiempo arrinconé el casco y me centré en programar un modelo informático que reflejara el modelo teórico que había desarrollado a partir de mis estudios y experimentos.

Irina se quedó pensativa y luego habló con cautela:

—No te ofendas por mi pregunta, pero ¿cómo es posible que hayas desarrollado un modelo con cierta validez predictiva, si has dicho que para simular un cerebro el Human Brain Project necesita superordenadores mil veces más potentes que los que existen en la actualidad?

Daniel se apartó de la barra para que pasara Marta a pedirle algo al camarero. La filóloga lo miró al pasar y Daniel sonrió un poco avergonzado. Se apartó un par de pasos para seguir hablando con Irina.

—Mi proyecto no intenta reflejar el conjunto del cerebro en un ordenador, como si se tratara de un espejo

informático. Lo que he desarrollado es un modelo que simula los procesos que hacen que una percepción pase de los sentidos al cerebro y desde allí se transforme en un acto de consciencia en la mente. Esa es la interacción en la que me he centrado, comprender cómo diversos estímulos se convierten en sucesos mentales. Además, mi trabajo estudia el proceso en ambos sentidos: determina qué cambios se producirán en la mente a partir de unos estímulos conocidos, y también qué estímulos son necesarios para producir un cambio concreto.

Daniel no quiso profundizar en el funcionamiento interno de su modelo.

Descrito así, en líneas generales, no era muy diferente al trabajo de otros investigadores. Lo que sí era muy diferente era el resultado, debido a los algoritmos que había desarrollado para reflejar los procesos mentales, mucho más eficientes y precisos que todo lo concebido hasta entonces.

—¿Y para tu modelo no se necesita un superordenador?

—Algo parecido, no basta con un ordenador normal. —Dudó si revelar de dónde obtenía la capacidad de computación que utilizaba; sin embargo, se encontraba tan a gusto con Irina que decidió hacerlo—. En mi habitación he montado un *cluster* uniendo treinta

equipos, pero normalmente no utilizo el *cluster* para hacer el trabajo de simulación, sino para gestionar el que hacen... otros equipos.

Irina enarcó las cejas, intrigada.

—No sé si has oído hablar del proyecto SETI@home. —Irina negó con la cabeza—. Es un proyecto para buscar vida inteligente fuera de la Tierra. Analiza las señales de radio que nos llegan del espacio. Colaboran millones de personas, que ceden la capacidad de procesamiento desocupada de sus ordenadores personales. A eso se le llama computación distribuida, y hay otros proyectos que también funcionan de ese modo. La cuestión es que yo he

hecho algo similar... —se calló un momento—, aunque en el caso de mi proyecto la gente no sabe que estoy utilizando su capacidad de procesamiento ociosa.

—¡Eres un *hacker* a escala mundial!

—Bueno, sólo un poquito, y es por una buena causa. —En realidad era algo más que *un poquito*. El proyecto SETI@home agrupaba cinco millones de ordenadores. Él no llegaba a tanto, pero había superado ya el medio millón. No es que estuviera muy orgulloso de aquello, pero consideraba que no perjudicaba a nadie.

—Explícame un poco más cómo funciona tu modelo.

—¿Sabes algo de lenguajes de programación?

Irina negó divertida.

—Ni una palabra.

—Bueno, es igual. Mi programa parte de un hecho: todo acto mental, desde la percepción más sencilla hasta un razonamiento complejo, produce un cambio en la estructura física del cerebro. Un cambio permanente en las redes neuronales. Puede ser, por ejemplo, una nueva conexión entre dos neuronas. En eso se basa el aprendizaje. Y también es la causa de que con cada experiencia que tenemos en la vida cambiamos un poco, nos convertimos en una persona un poco diferente. —Hizo

una pausa, pensando en un ejemplo clarificador—. La publicidad también se fundamenta en eso. Se trata de exponer a las personas a una serie de estímulos que alteren su cerebro, de modo que se incremente la probabilidad de que compren un producto determinado. Por ejemplo, vinculando la sensación de sed a la evocación de una marca de refrescos concreta. De ese modo, cuando tengas sed, en lugar de pensar en agua, que sería lo natural, pensarás en ese refresco.

—Es cierto —dijo Irina pensativa—. Nunca me lo había planteado así. —Golpeó suavemente el brazo de Daniel—. Suena muy mal eso de alterar

cerebros, vas a hacer que me sienta fatal por dedicarme a la publicidad.

Daniel rio con ella antes de continuar.

—La verdad es que nuestro cerebro es moldeado intencionadamente desde que nacemos. Nuestros padres intentan que seamos de una manera determinada, nuestros profesores pretenden que aprendamos sus lecciones, nuestro grupo social quiere que hagamos ciertas cosas y seamos iguales que ellos... Y también podemos caer en manos de organizaciones expertas en la manipulación, capaces de conseguir cualquier cosa de una persona. Piensa en el sometimiento de los miembros de las

sectas radicales o en los terroristas suicidas.

—Pero no creo que ellos utilicen modelos informáticos —dijo Irina con su ligero acento ruso.

—No, claro, aunque siempre hay un modelo teórico subyacente. Ellos tendrán manuales de instrucción y encargarán la tarea a sus miembros más capaces y convincentes. Hoy en día no existe un modelo preciso que supere a una buena combinación de carisma e intuición.

—¿Ni siquiera tu modelo? —preguntó Irina.

Daniel se daba cuenta de que su creciente atracción por Irina hacía que

quisiera impresionarla, por lo que se esforzó en responder con prudencia.

—Estoy obteniendo buenos resultados, pero de momento sólo en predicciones de comportamiento muy básicas.

La realidad era que llevaba un año haciendo simulaciones predictivas de decisiones complejas, y últimamente sus resultados obtenían una tasa de acierto superior al noventa por ciento. Procuró que su semblante no reflejara lo que pensaba; cada vez era más consciente de que estaba desarrollando una poderosa tecnología de doble filo que podía causar mucho daño si caía en malas manos. No se requeriría mucho

desarrollo para utilizarla para reprogramar cerebros y conseguir que una persona hiciera prácticamente todo lo que se deseara de ella. El potencial científico y médico de su trabajo era tan grande como su potencial para ser usado como herramienta de control en el ámbito empresarial o militar.

—¿Haces las simulaciones para grupos muy amplios? —siguió preguntando Irina.

—Ya veo por dónde vas —Daniel sonrió—, pero mi trabajo se centra en individuos. Introduzco las características más relevantes de un sujeto, después el conjunto de estímulos que recibiría esa persona y el programa

me dice el cambio de comportamiento que se produciría. Como te he comentado, también puedo hacer el proceso inverso: indico el cambio que quiero producir, y el programa me dice con qué estímulos conseguirlo.

Irina lo escuchaba con un brillo burlón en su mirada.

—Veo que no quieres que me aproveche de tu programa para mi trabajo.

—No —respondió Daniel—, pero puedo dejar que te aproveches de mí de otro modo.

Irina lo miró en silencio y Daniel enrojeció. Había pretendido resultar insinuante de un modo divertido, pero la

mirada de Irina le hizo recordar que ella tenía veintinueve años, siete más que él, y sintió que había sonado inmaduro y presuntuoso.

Un instante después, Irina dejó escapar una risa que sonó a música en sus oídos.

CAPÍTULO 38

Cartago, 507 a. C.

El Jabalí de Oro era una de las tabernas más grandes y populares de Cartago. Dos grandes antorchas junto a la puerta iluminaban un jabalí de hierro clavado sobre el dintel. El animal quizás había exhibido una pintura dorada en otra época, pero ahora estaba cubierto de herrumbre. Akenón pasó bajo el jabalí y accedió al salón de la taberna.

En el interior hacía todavía más calor que en la calle. Un enorme hogar

ocupaba una de las esquinas y en él se asaban verduras, pescado y grandes brochetas de carne. El olor pegajoso de la comida se imponía al del vino y hombres sudorosos. Akenón se apartó de la puerta para no llamar la atención y recorrió el bullicioso salón con la mirada. Había una docena de mesas ocupadas y enseguida distinguió a Asdrúbal. Estaba sentado con cinco hombres a los que Akenón no conocía. Sus miradas se cruzaron y Akenón echó a andar hacia él.

En el rostro de Asdrúbal apareció una expresión de alarma que rápidamente se transformó en una sonrisa.

—Akenón, me alegro de verte de nuevo —dijo sin levantarse—. Vaya, ¿qué le ha ocurrido a tu túnica de aristócrata?

—¿Podemos hablar?

—Por supuesto. —Asdrúbal estiró el brazo y acercó un taburete vacío de la mesa de al lado—. Siéntate y toma un poco de vino con nosotros.

Akenón titubeó. Los compañeros de Asdrúbal lo contemplaban con recelo mal disimulado. Sus barbas y la piel curtida les daban aspecto de marineros, aunque Akenón estaba seguro de que no pertenecían a la tripulación del *Melkart*.

—Es mejor que hablemos a solas —repuso permaneciendo de pie.

Asdrúbal miró en derredor. Vio una mesa vacía al fondo del salón y se la indicó a Akenón con un gesto de la cabeza.

—Espérame ahí.

Akenón atravesó el salón sintiendo que se adentraba en una jaula. Distinguió algunas caras conocidas de su época de investigador, pero Hannón le había dejado claro que en el puerto Asdrúbal era como un reyezuelo.

El capitán del *Melkart* tardó sólo unos segundos en sentarse junto a él.

—¿Qué quieres? —Su tono había perdido el respeto que le mostrara en el barco.

—Hablar contigo sobre Khaos.

Ariadna se echó hacia atrás, aterrada y perpleja. El mango de su cuchillo sobresalía como una estaca del pecho de Eshdek. Tropezó y cayó de nalgas sobre la gruesa alfombra que recubría el salón. Su mirada permanecía fija en la empuñadura de hueso y cuero que conocía tan bien.

La confusión hizo que tardara unos segundos en recordar que el arma había desaparecido del cofre de su dormitorio. De pronto sintió la misma presencia que en su casa. Se encontraba en aquella sala y poseía una esencia malévola y poderosa. Miró rápidamente en todas

direcciones sin encontrar a su enemigo. Se precipitó sobre el cuerpo de Eshdek, aferró el mango del cuchillo y lo extrajo de un tirón.

Asdrúbal aguardó a que Akenón continuara. No parecía sorprendido.

—Sé que Khaos escribía mensajes en los cuencos de comida, y que tú se los hacías llegar a alguien. —El semblante de Asdrúbal se mantuvo tan inmutable como si fuese una estatua. Akenón echó un vistazo hacia los compañeros de Asdrúbal y se percató de que había más mesas donde los hombres permanecían atentos a ellos. Tomó aire y

continuó—: Tanto Eshdek como yo pasaremos por alto tu participación en lo de los cuencos, siempre que me digas quién los recibía.

Asdrúbal permaneció un rato en silencio, mirándolo sin mostrar ninguna expresión. De pronto dio una suave palmada en la mesa y se puso de pie.

—Tenías razón, es mejor que hablemos bien alejados de oídos indiscretos. Salgamos. —Avanzó un par de pasos, pero se dio la vuelta al notar que Akenón no lo seguía—. Tranquilo, iremos solos tú y yo.

Akenón se incorporó y cruzó la posada detrás de Asdrúbal, mirando de reojo a izquierda y derecha. Muchos

hombres los seguían con la vista, aunque de momento nadie se levantaba. Las conversaciones habían disminuido hasta casi desaparecer. Al llegar a la puerta, Asdrúbal se detuvo en el umbral y se volvió hacia él. Tras la barba desgredada había una sonrisa amigable, pero Akenón advirtió alarmado que no lo miraba a él, sino a un punto situado a su espalda.

Giró un poco la cabeza y con el rabillo del ojo detectó movimiento. Antes de que pudiera volverse del todo, el puño de Asdrúbal se estrelló con fuerza en su pómulo. Cayó hacia atrás notando las manos de varios hombres agarrándolo como si fueran animales

salvajes al tiempo que en la posada resonaba el grito rabioso de Asdrúbal:

—¡Matadlo!

CAPÍTULO 39

Madrid, España, actualidad.

Iván apretó con fuerza el volante, preguntándose por qué demonios los vehículos que tenía delante no avanzaban. Estaba parado en el peaje de la autopista R2, intentando acceder a Madrid. Delante de su coche había una furgoneta alta que le impedía ver lo que sucedía más allá.

«Espero que no se trate de un control de la policía».

El asesinato de Leonardo Rossi se

había producido hacía un par de horas. Eso había ocasionado cierto revuelo en la emisora de la policía que Iván tenía pirateada, pero no se había hablado de controles. Además, él no quería escapar de la ciudad, sino entrar en ella.

Marcó un código de seis cifras en la pantalla del navegador de su coche. Se oyó un suave clic y se levantó un centímetro la tapa del compartimento oculto entre los dos asientos. Iván echó un vistazo al interior. Cogió una pequeña Glock 26 con cargador de diez balas y se la colocó en la funda del tobillo izquierdo. Después cogió el otro objeto, un puñal con los dos lados de la hoja tan afilados como cuchillas de afeitar. Lo

contempló unos instantes. Con ese puñal había matado por primera vez, cuando tenía quince años. Lo encajó en la funda del otro tobillo y miró hacia delante.

La furgoneta avanzó hasta la cabina del peaje. Iván vio que su conductor hablaba con el empleado. Cuando llegó su turno, el hombre de la cabina le pidió su ticket y la tarjeta de crédito.

—Lamento la demora, hemos tenido un problema informático. —Cargó el importe en la tarjeta y se la devolvió—. Que tenga buen viaje.

Iván recogió la tarjeta evitando cruzar la mirada con el empleado. Sus ojos eran de un azul transparente, como dos aguamarinas en los que la gente

solía fijarse. Lo que menos le interesaba en esos momentos era llamar la atención.

Subió el volumen de la emisora de la policía.

«Ahora que Leonardo ha muerto, debo encargarme de Elena Pastor».

Elena llevaba dos horas en el apartamento de su vecino policía.

Alberto había estado hablando con ella para que mantuviera la mente ocupada, pero ya hacía un rato que había salido. Desde donde estaba sentada Elena no veía el descansillo; sin embargo, a través de la puerta abierta le

llegaba el sonido de varias conversaciones. No eran las voces de gente impresionada ni afligida, sino más bien una cháchara despreocupada.

«¿Cómo pueden estar tan tranquilos con el cadáver de Leonardo al otro lado de la pared?».

Le daban ganas de salir y gritarles que tuvieran más respeto, aunque si lo pensaba fríamente podía entender que estuvieran acostumbrados. Para ellos era sólo el escenario de otro crimen.

Apretó los dientes al oír una risa fuerte junto a la puerta.

«Efectivamente, esto parece el camarote de los hermanos Marx».

Además de Alberto, Javier y los

sanitarios del 061, había una decena de policías entre las patrullas de distrito, los de homicidios y la policía científica. A Elena le parecía una pérdida de tiempo que todos tuvieran que esperar al juez sin otra ocupación que estar allí de charla.

Irguió la cabeza y escuchó atentamente. Las voces habían cesado. Se levantó del sillón y anduvo con recelo hasta la entrada. Los policías seguían en el descansillo. Se habían echado a los lados para dejar pasar a un hombre mayor, que ahora estaba de espaldas junto a la puerta del piso de Elena. Era bajito, con el pelo gris y una gran calva en la coronilla. Hablaba con

el policía de homicidios que le había mirado el pecho.

«Debe de ser el juez».

Iba acompañado de otros dos hombres y había llegado antes de lo previsto por Alberto. Todos los policías estaban pendientes de lo que decía. Cuando entraron en el apartamento de Elena, ella sintió que su estómago volvía a endurecerse como si hubiera tragado cemento. Se apartó de la puerta y regresó a la tensa soledad del piso de Alberto. Se sentó lentamente en el sillón, cogió el bolso de la mesa y sacó su teléfono móvil.

Miró la pantalla y recorrió mentalmente la agenda del teléfono.

«Mejor que no llame a nadie. —En Madrid no tenía familia cercana y no iba a telefonar a una amiga para que acudiera a su casa a esas horas de la noche—. En estas circunstancias mi mejor apoyo es Alberto».

Hacía un rato se le había pasado por la cabeza llamar a Daniel, pero había descartado la idea. Aunque sentía dejarlo plantado no podía explicarle aquello por teléfono.

Puso el móvil sobre la mesa y entrelazó los dedos. Pensar en Daniel en ese momento le parecía una falta de respeto hacia Leonardo.

En la mesa había una revista de coches. La cogió, pasó unas cuantas

páginas y volvió a dejarla. No podía parar de imaginar lo que estaría ocurriendo en su casa. De repente pensó que Leonardo tendría los ojos abiertos, tal como lo había visto ella sobre su cama. Tuvo que contenerse para no ir a cerrárselos.

Al cabo de un rato oyó voces cercanas y ladeó el cuerpo para mirar hacia la puerta. Cuando estaba inclinada entró el juez junto con un hombre de aspecto cansado que llevaba una carpeta de piel.

—¿Elena Pastor? —Ella asintió y el juez se acercó—. Me han dicho que ha visto el cuerpo; el símbolo que tiene grabado su amigo... —se tocó la frente

—, ¿sabe qué significa?

Elena negó en silencio, pero después respondió:

—Una vez me pareció verlo fugazmente en su ordenador, aunque no estoy segura de que sea el mismo símbolo.

El juez la miró pensativo.

—¿Sabe si Leonardo Rossi pertenecía a alguna secta?

Elena dio un respingo en el sillón.

—Que yo sepa no, pero lo conocía desde hacía sólo tres meses y a veces era bastante hermético.

—Ya... Muy bien, gracias.

El juez se dio la vuelta y salió seguido por su secretario. Elena lo

siguió con la mirada, sorprendida por su sequedad, y apenas se dio cuenta de que se le acercaba el policía de homicidios.

—Ya podemos irnos. —Ella se apresuró a ponerse de pie para evitar que la mirara desde arriba—. No hace falta esperar a que acaben los compañeros. Vamos a la brigada para adelantar con el interrogatorio.

—¿Puede venir Alberto? —preguntó Elena cogiendo su bolso.

—Puede acompañarnos —el policía esbozó una sonrisa desagradable—, pero no podrá estar presente en el interrogatorio.

Irina echó un vistazo a su reloj de pulsera.

—Uy, ya son las dos. Voy a tener que irme, mañana entro pronto a trabajar.

Daniel se sorprendió de que fuera tan tarde. Hubiera dicho que llevaban diez minutos juntos, pero habían pasado casi tres horas conversando en la barra.

—Te acompaño —dijo inmediatamente.

Ella titubeó y Daniel se preguntó si estaría resultando pesado.

—De acuerdo. —Irina sonrió—. Vamos.

Poco después avanzaban por la calle

hacia el lugar donde ella había aparcado su coche. Seguía haciendo calor, pero ya no resultaba agobiante. Daniel se dio cuenta de que la mayoría de la gente con la que se cruzaban miraba con más o menos disimulo a Irina, que caminaba despreocupada con su vestido corto de tirantes.

«No me extraña que la miren», se dijo Daniel. No sólo era guapísima, sino que tenía un atractivo sensual del que parecía no ser consciente. Resultaba difícil no admirar la voluptuosidad atlética de su cuerpo.

Irina se volvió hacia él y lo sorprendió mirándola.

—Entonces, ¿te dedicas sólo a

investigar?

—Sí. —Daniel notó que se ruborizaba pero siguió hablando—. Me paso quince horas al día, de lunes a domingo, pegado a mis ordenadores. Supongo que parece una locura.

—Trabajar más de cien horas a la semana es excesivo, desde luego. Puedes denunciarte a ti mismo por explotación laboral —añadió ella riendo.

—Sí, sobre todo porque ni siquiera me pago el salario mínimo. —Daniel se unió a la risa de Irina—. Este mes voy a tener que escoger entre pagar el alquiler o comer. —Siguió riendo como si aquello fuera una broma.

—En serio, ¿por qué un chico de veintidós años dedica todo su tiempo a trabajar?

Daniel se quedó en silencio.

«Supongo que por la misma razón por la que no puedo volver a casa de mis padres». Frunció el ceño y su expresión se ensombreció brevemente. No iba a hablar de eso.

Volvió a mirar a Irina

—Bueno, como decía Sartre, existir es crear tu existencia. Si quieres que en tu vida ocurra algo, debes esforzarte para que ocurra.

—Sin duda quince horas al día es mucho esfuerzo.

Daniel asintió en silencio e Irina lo

observó con curiosidad.

En ese momento pasaron delante del Congreso de los Diputados. Irina se detuvo y contempló el majestuoso edificio.

—Me gustan estos leones. —Señaló las estatuas que flanqueaban la entrada.

—Tienen una historia curiosa —respondió Daniel—, propia de los tiempos que corren. —Irina se volvió hacia él y lo escuchó con interés—. En el proyecto original del edificio, que se terminó en 1850, aquí se alzaban unas farolas. La gente se quejó diciendo que deslucían el conjunto y decidieron cambiarlas por unos leones. Sin embargo, la falta de presupuesto hizo

que los fabricaran con yeso y luego los pintaran imitando bronce.

Irina miró de nuevo los leones y luego a Daniel con cara de no creerse aquello.

—¿De verdad pusieron esculturas de yeso?

—Sí, en España se han hecho grandes chapuzas en todas las épocas. Como te puedes imaginar, el yeso se deshizo con la lluvia y un año después hubo que retirar las estatuas. Entonces hicieron otras de piedra, pero como seguían escasos de presupuesto las hicieron tan pequeñas que la gente se quejó diciendo que parecían perros en vez de leones.

—No me lo puedo creer —dijo Irina riendo—. ¿Y qué pasó?

—Que también los quitaron, y hubo que esperar varios años hasta que España consiguió unos cañones de bronce en una batalla. —Daniel palmeó una de las esculturas—. Los fundieron e hicieron estos leones.

Irina se acercó al pedestal y leyó con su leve acento extranjero:

—*Fundido con cañones tomados al enemigo en la guerra de África en 1860.*

Daniel siguió haciendo de improvisado guía turístico mientras bajaban por la Carrera de San Jerónimo. Al llegar al Paseo del Prado mencionó

la centenaria rivalidad entre los hoteles Ritz y Palace, los dos primeros hoteles de lujo de Madrid, separados por la plaza en la que se alzaba la famosa fuente de mármol del dios Neptuno.

Cruzaron el paseo y subieron por la calle de Felipe IV, dejando a la derecha el museo del Prado. A continuación torcieron a la izquierda y se adentraron por una calle solitaria.

Irina se detuvo junto a un Toyota Prius azul.

—Este es mi coche.

—Muy ecológico —bromeó Daniel.

—La verdad es que no lo elegí, me lo asignó la empresa, pero me alegro de que tenga un motor eléctrico.

Daniel se quedó callado contemplando a Irina. Se moría de ganas de besarla.

Pero ella no parecía estar pensando en lo mismo.

—En caso de que estés interesado —dijo Irina—, tal vez haya una posibilidad de que trabajes en mi empresa. —Daniel sintió que sus esperanzas de besarla se desmoronaban, pero lo de trabajar en su empresa hizo que se encendiera otra lucecita en su cerebro—. Te hablo de un trabajo de media jornada, podrías compaginarlo con tu investigación. Y mi empresa no tendría acceso a tu programa, mi idea es que nos ayudes utilizando nuestro

software.

Daniel se quedó pensativo. Trabajo implicaba dinero y le hacía falta desesperadamente. «Sería mejor una beca de investigación, pero tengo que ser realista».

—¿Cuándo es la entrevista? — preguntó sonriendo.

—Mi jefa se va de vacaciones la semana que viene. Puedo intentar que te entreviste dentro de dos semanas.

—De acuerdo. —Daniel se acercó un poco más a Irina—. Si eso es lo que tengo que hacer para volver a verte...

A cuatro kilómetros de distancia,

Elena salía del edificio de ladrillo de la Brigada Provincial acompañada de Alberto. No la habían sometido al tercer grado, pero había sido desagradable. El policía de homicidios le había hecho varias preguntas sobre su vida sexual con Leonardo, argumentando que era importante conocer los detalles de la relación que habían mantenido.

«Ese policía es un cerdo. Espero no volver a verlo».

Caminaba ensimismada junto a su vecino a través del aire caliente de la noche. La policía había dicho que el portátil de Leo no estaba en su casa, lo que le hacía temer que hubiera alguna relación entre el asesino y su foto con el

pentáculo —si es que era ella la de aquella foto—. Además, la policía le había pedido un domicilio y un teléfono de contacto, y les tenía que avisar en caso de que viajara.

Llegaron al coche de Alberto y su vecino se adelantó para abrirle la puerta del copiloto. De repente Elena cayó en la cuenta de que su piso estaba precintado y se detuvo en seco.

«¿Dónde voy a pasar la noche?».

Irina se acercó a Daniel. Pasó la yema de los dedos por el dorso de su mano y ascendió por el brazo lentamente haciendo que Daniel se estremeciera.

—No hace falta que trabajemos juntos para volver a vernos.

Recorrió con un dedo los músculos del brazo de Daniel. Luego introdujo su mano bajo la manga de la camiseta.

Daniel respiraba agitadamente sin apartar la mirada de los labios de Irina.

—¿Qué ocurre? —preguntó Alberto sosteniendo la puerta.

—No puedo entrar en mi piso. ¿Adónde voy a ir?

—Esta noche te quedas en mi casa, por supuesto. —La mirada de Alberto era amable, como siempre, pero Elena no se decidía a meterse en su coche—.

Supongo que mañana ya podrás entrar en la tuya, eso ya se verá, lo importante ahora es descansar de una vez. —Sonrió y le hizo un gesto con la mano para que entrara. Ella dudó y la expresión de Alberto se crispó ligeramente, pero Elena no lo advirtió—. Tranquila, que tú dormirás en la cama y yo en el sofá.

—Sí... gracias...

Entró en el coche y al momento notó todo el peso de la tensión acumulada. Apoyó la cabeza en el cristal mientras Alberto arrancaba. Luego cerró los ojos y buscó un pensamiento que la relajara.

Sus labios se movieron en un susurro inaudible.

—Daniel...

Daniel contemplaba a Irina hipnotizado. Estaban tan cerca que le llegaba el olor a perfume suave que emanaba de su cuerpo. Ella separó los labios. Tras sus dientes de porcelana Daniel vio la punta de su lengua, una promesa rosada y húmeda.

Cerró los ojos y se sumergieron en un beso lento y profundo.

CAPÍTULO 40

Cartago, 507 a. C.

Ariadna retrocedió de espaldas un par de pasos, alejándose del cadáver de Eshdek. Se dio la vuelta para correr hacia la puerta, pero algo la sujetó del tobillo y la hizo caer. El instinto de proteger a su hijo hizo que girara en el aire y golpeará de costado contra el suelo alfombrado. Se retorció aterrada, apuntando con el cuchillo hacia quien le había cogido el pie.

Descubrió que se había enganchado

en un pliegue de las alfombras.

Se levantó escudriñando el entorno. Sólo se oía su respiración ruidosa y áspera en aquel silencio sepulcral. Muy cerca de ella el anciano secretario la miraba desde el suelo con sus ojos sin vida. Pasó junto a él y llegó hasta la puerta.

Antes de abrir, titubeó. Tenía en la mano el cuchillo ensangrentado con el que acababan de asesinar a Eshdek.

«Si ahora entra un guardia me matará sin hacer preguntas».

Limpió la sangre en un tapiz de la pared y ocultó el arma en el interior de la túnica. «Igual que han utilizado mi cuchillo para inculparme, puede haber

otros indicios que me incriminen». Debía escapar lo antes posible.

Apoyó una oreja en la puerta y después la abrió. No había nadie en el pasillo. Cerró la puerta tras ella y avanzó hacia el patio esforzándose por no correr. En ese momento salió un sirviente de una de las habitaciones y estuvieron a punto de chocar. El sirviente la miró sorprendido, pero enseguida se dio cuenta de quién era, agachó la cabeza disculpándose y se alejó.

Ariadna llegó al patio y se acercó resuelta a Kush. El esclavo acunaba a Sinuhé mientras cuatro guardias lo observaban con indiferencia. Los

hombres centraron su atención en ella cuando apareció.

—Kush, regresamos a casa. — Utilizó un tono autoritario, consciente de que los guardias estaban escuchando.

Se volvió bruscamente hacia la salida y avanzó con expresión altiva y enojada. Los guardias tenían que pensar que había discutido con Eshdek, era lo único que podía justificar que se internaran en la noche sin solicitar una escolta.

Uno de los guardias avanzó con rapidez. Se situó frente a las puertas cerradas y se volvió hacia Ariadna. Ella siguió acercándose sin disminuir el ritmo.

«Si lo sorprendo me dará tiempo a sacar el cuchillo y clavárselo... pero los demás guardias nos despedazarán en segundos». Su plan era desesperado, sobre todo porque en el exterior podían estar todavía los soldados de Drogo.

Se detuvo frente a las puertas sin dignarse mirar al hombre que le bloqueaba el paso.

—Abre la puerta. —Resopló de irritación y luego clavó la mirada en el guardia.

El hombre titubeó. Aquella mujer era la esposa de uno de los amigos personales del sufete. Su salida era tan extraña como lo había sido su llegada, pero el secretario personal de Eshdek la

había recibido con mucha deferencia. No había un motivo claro para retenerla, y enfrentarse a ella no parecía buena idea, menos aún viendo lo enfadada que estaba.

El guardia abrió las puertas y Ariadna salió sin mirar atrás, seguida por Kush y las miradas escrutadoras de los hombres de Eshdek. La calle estaba vacía. Ariadna se alejó del resplandor de las farolas en dirección a su casa, esperando en cada paso que descubrieran el cuerpo de Eshdek y les gritaran que se detuvieran.

Los pasos se sucedieron uno tras otro hasta que Ariadna consideró que se habían alejado lo suficiente. Se metió en

una calle lateral y el esclavo la imitó.

—Kush, han matado a Eshdek —
susurró con voz temblorosa.

El esclavo la miró con los ojos muy abiertos. Sus labios gruesos se entreabrieron sin producir ningún sonido y estrechó a Sinuhé con más fuerza.

«¿Qué podemos hacer?», se dijo Ariadna mirando a su hijo.

Respiró hondo y cerró los ojos buscando una respuesta. Se vio en la comunidad de Crotona cuando era una niña de siete u ocho años. Su maestra la había acusado injustamente y la había castigado a pasar una hora limpiando los establos. Cuando terminó y salió al exterior estaba llena de rabia. A su

derecha se encontraba la escuela, donde debía regresar. Se volvió hacia la izquierda. Un seto bordeaba la comunidad, y desde el pórtico de entrada surgía un camino de tierra que serpenteaba hasta llegar a un gimnasio y después a la ciudad de Crotona. Iba a dirigirse hacia el pórtico cuando descubrió a su padre en el jardín de la comunidad conversando con Hipocreonte y Cleoménides, dos de sus discípulos favoritos. Ella dudó un momento y luego echó a correr hacia delante, pasó junto a la escuela, dejó atrás las casas comunales y subió los tres escalones de piedra del templo circular consagrado a las musas.

El interior era fresco y olía suavemente a mirto y enebro, debían de haber quemado hierbas purificadoras en una ceremonia reciente. Avanzó unos pasos. A lo largo de la pared circular la contemplaban diez estatuas: las nueve musas y la diosa Hestia, a cuyos pies ardía el fuego sagrado que nunca se apagaba. Ariadna se volvió un momento hacia la entrada del templo y luego se metió detrás de la estatua de Hestia.

Allí se encontraba todavía cuando Pitágoras entró en el templo media hora más tarde.

—Ariadna.

Ella se abrazó las rodillas con más fuerza. La voz de su padre resonó de

nuevo en el templo.

—Ariadna, hija mía.

No respondió, pero su padre parecía saber dónde estaba. Llegó a su lado y se sentó. Ella lo miró a través de las lágrimas. En los ojos dorados de su padre brillaba el reflejo anaranjado del fuego sagrado. Parecía un dios benévolo, con los cabellos largos y rubios como el sol y la barba espesa.

Ariadna se deshizo en llanto mientras su padre le hacía comprender que la disciplina era una de las lecciones más importantes, especialmente con un carácter tan apasionado como el suyo. También le dijo que le enseñaría algunos ejercicios

para evitar que las emociones dirigieran su conducta. Cuando terminó de hablar, ella le prometió que iría a pedirle disculpas a Eudora —su maestra— por haber escapado, y que aceptaría de buen grado el castigo adicional que ella considerara justo.

En la puerta del Templo de las Musas, su padre le dijo una de las frases que la acompañaría toda su vida.

—No lo olvides, hija mía —le apartó con suavidad un rizo de la cara —, procura tener siempre fuego en el corazón y hielo en la mente.

Ariadna abrió los ojos en la noche de Cartago y se quedó mirando a Kush. De pronto veía con claridad lo que

debían hacer.

—Tenemos que conseguir llegar a casa de Glauco.

Era su única opción. La guardia urbana sería informada del asesinato de Eshdek dentro de muy poco, si es que no habían sido avisados ya, y todos los soldados de Drogo se pondrían a buscarla.

«Les parecerá tan evidente que soy la asesina que me ejecutarán sin realizar ninguna investigación».

Sólo Glauco podía conseguir que se investigara. «Muchos funcionarios importantes de Cartago han probado su oro». Glauco había gastado una fortuna en sobornos para obtener concesiones

comerciales. Esos funcionarios estarían ansiosos por recibir más oro y quizás podrían ayudarlos.

Dudó un momento al recordar los enfrentamientos que habían tenido con Glauco en el pasado. No sería fácil que se pusiera de su lado. Ni siquiera estaba segura de conseguir que la recibiera.

«Glauco se preocupa ante todo por sí mismo —se dijo finalmente—, precisamente por eso ahora querrá ayudarnos». Eshdek no tenía herederos y sus socios caerían sobre su imperio comercial como una jauría de hienas. Los mejor situados para obtener buenas tajadas eran los socios cartagineses. Glauco y Akenón eran los dos socios

extranjeros más importantes, por lo que Glauco necesitaba el apoyo de Akenón para hacer valer sus intereses.

«Además, Khaos de algún modo está detrás de todo esto. —El pentáculo invertido de la carta de su padre y el de la frente de Eshdek así lo indicaban—. Y Khaos es el responsable de que hace tres años Glauco perdiera su palacio, la mayor parte de su oro y casi la vida».

Ariadna se adentró en la oscuridad de la callejuela. Darían un rodeo para llegar a casa de Glauco evitando las patrullas. No veía nada delante de ella, pero su sentido de la orientación era bueno y la mansión de Glauco estaba cerca.

Al cabo de unos metros se detuvo tan repentinamente que Kush tropezó con ella. Le había venido a la mente el obeso rostro del sibarita con el pentáculo invertido atravesando su frente.

«¿Qué haremos si también han matado a Glauco?».

Reanudó la marcha angustiada. Glauco era el único que podía enviar guardias en ayuda de Akenón y proteger a su hijo.

«A mis hijos», rectificó tocándose la tripa.

Antes de llegar a la siguiente esquina distinguió un resplandor. De inmediato se dio cuenta de que procedía

de varias antorchas. Sus portadores se acercaban por la siguiente calle transversal.

—Atrás —susurró hacia Kush.

Kush se alejó dando grandes zancadas. Ariadna trató de seguirlo, pero un dolor en el vientre hizo que se doblara en dos. Ahogó un gemido a la vez que distinguía el sonido de cascos y voces graves.

«Una patrulla». Intentó dar otro paso, pero el dolor la agarrotó por dentro y cayó de rodillas. Sus dedos se crisparon sobre la túnica y levantó la cabeza jadeando de rabia y miedo.

«¡Mi bebé!».

Akenón cayó hacia atrás sin poder reaccionar.

El puñetazo de Asdrúbal había hecho que el salón de la taberna se disolviera en una negrura impenetrable. Lo único que percibía era el eco del grito de Asdrúbal, *¡Matadlo!*, y las garras de animales humanos aferrándose a sus brazos, su cuello...

Lanzó los puños por detrás de su cabeza con desesperación, una y otra vez. Impactó con fuerza en varios enemigos y la presa se aflojó. Su cuerpo golpeó contra el suelo y de inmediato se impulsó hacia delante. Al incorporarse distinguió borrosamente a través de la

puerta abierta al capitán del *Melkart* alejándose a la carrera. Trató de ponerse de pie, pero unos dedos de hierro lo agarraron del pelo y tiraron con brutalidad.

El cuello de Akenón se dobló con un relámpago de dolor y cayó de espaldas en el suelo de la taberna.

Ariadna notó que una mano enorme envolvía su brazo y la obligaba a levantarse. Kush tiró de ella intentando que corriera, pero las piernas de Ariadna no respondían. Las voces de los soldados indicaban que estaban muy cerca. El esclavo rodeó la cintura de

Ariadna con un brazo, la levantó en vilo y echó a correr.

«¡Dioses, qué dolor!». El vientre contraído de Ariadna golpeaba contra la cadera de Kush. El esclavo galopaba con fuerza, sosteniéndola con un solo brazo mientras llevaba a Sinuhé en el otro.

Las voces y el sonido de los cascos se oían con claridad. La patrulla de la guardia urbana debía de haber llegado ya a su calle.

Kush saltó hacia un lado y cayó de espaldas, amortiguando con su cuerpo el impacto de Ariadna y Sinuhé. Habían llegado a un nuevo cruce y estaban junto a un muro que los ocultaba de la visión

de la patrulla, al menos de momento.

Los soldados parecían haberse detenido en el cruce anterior. Hablaban entre ellos en voz alta, pero de pronto se quedaron en silencio.

«¿Nos han oído?». El dolor había estrechado la garganta de Ariadna, que respiraba por la boca abierta procurando no hacer ruido. Tenía los ojos cerrados y el sudor le corría por el rostro. De pronto oyó un ruido agudo junto a su oreja, un quejido amortiguado. Sinuhé se había despertado por la caída y gimoteaba con la mano de Kush tapándole la boca. Ariadna se volvió con cuidado y pegó su boca al oído de su hijo.

—Duerme, Sinuhé, duerme —musitó en tono tranquilizador mientras de sus ojos caían lágrimas de dolor.

Sinuhé continuó gimiendo, aunque más quedamente. Kush lo acunó como pudo en aquella posición forzada y el pequeño volvió a dormirse. Se oyeron de nuevo los cascos de los caballos. Ariadna se concentró intentando distinguir hacia dónde se dirigían. Le pareció que bajaban por la calle hacia ellos, pero poco después advirtió que se alejaban.

Permanecieron tumbados hasta que el dolor del vientre de Ariadna remitió y su cuerpo se distendió lo suficiente para poder levantarse.

—Sigamos.

Los ojos de Kush asintieron en la oscuridad como luciérnagas azules. Ariadna decidió que lo más seguro era ir por donde se había marchado la patrulla. Avanzaron siguiendo ese camino, más despacio que antes debido a la tensión de sus entrañas. Procuró hacer la respiración profunda que había aprendido cuando vivía con su padre en la comunidad pitagórica de Crotona. Eso la alivió, pero necesitaba llegar cuanto antes a un entorno seguro. Allí podría tumbarse y realizar los ejercicios de concentración necesarios para detener las contracciones y evitar sufrir un aborto.

Mientras daban un rodeo para mantenerse en calles sin iluminación, la mente de Ariadna volvía una y otra vez a Akenón. Su esposo no sabía que Eshdek había sido asesinado. «Tampoco sabe que el culpable ha conseguido que yo parezca la asesina». Las patrullas de la guardia urbana también lo detendrían a él. El marido de la asesina de un sufete, y además extranjero como ella, no podría escapar de la muerte.

«Lo único que puede salvarnos es que Akenón consiga demostrar que el responsable es Khaos».

El discípulo traidor, el gran maestro asesino, debía de haber escapado o estaba dirigiendo desde su encierro todo

aquello. «La rebelión de Metaponte en la que ha muerto mi padre, el asesinato de Eshdek y quién sabe qué otras atrocidades. —Qué grave error habían cometido al pensar que ya no podía hacer ningún mal—. Debe de tener discípulos afines a él que desconocemos, o quizás cómplices que lo han ayudado a extender los tentáculos desde su encierro».

Ariadna se inclinó hacia delante forzando el paso. Tenía un mal presentimiento respecto a su marido, pero hasta que no se reuniera con Glauco lo único que podía hacer era desear que estuviera bien.

Llegaron a la esquina previa a la

mansión de Glauco y Ariadna se detuvo a pensar en cómo entrar en el edificio. De pronto volvió a visualizar la imagen de Glauco con el pentáculo invertido sangrando en su frente. Lo vio con la misma expresión de espanto que mostraba el rostro de Eshdek.

Sacudió la cabeza para que la imagen se desvaneciera y se centró en la mansión de Glauco. En el muro delantero ardían varias antorchas sostenidas por apliques de hierro. Había dos guardias frente a la puerta cerrada... y estaban hablando con varios soldados montados a caballo.

«Maldita sea». Ariadna se ocultó tras el muro de la mansión adyacente e

hizo un gesto a Kush para que se mantuviera tras ella. Volvió a asomarse con cautela, intentando adivinar lo que estarían diciendo los soldados a los guardias de Glauco. Cuando terminaron de hablar, los guardias se metieron en el edificio cerrando la puerta y los jinetes de la guardia urbana se alejaron. Ariadna esperó a que desaparecieran de su vista, aguardó un rato más y salió a la avenida iluminada.

Avanzó con toda la rapidez que pudo. Cuando se encontraban a sólo veinte metros de la puerta, surgieron cuatro caballos desde el otro extremo del muro. Eran soldados de Drogo, y en cuanto vieron a Ariadna y Kush

espolearon sus monturas.

Ariadna intentó apretar el paso, pero los hombres de Drogo se interpusieron entre ellos y la mansión de Glauco y desenvainaron las espadas.

CAPÍTULO 41

Madrid, España, actualidad.

Elena no podía mover los brazos.

Intentó separar las manos tirando con fuerza, pero el dolor de las muñecas le reveló la terrible verdad.

«¡Me han esposado!».

Sintió un frío glacial al tomar consciencia de la situación. Estaba tumbada sobre su espalda y había alguien de rodillas encima de ella, pero no podía verlo. No podía ver nada.

—¡Socorro! —Una mordaza

convirtió su grito en un apagado gemido.

Trató de sacudir la cabeza. Las rodillas del hombre al que no podía ver aplastaban ambos lados de su cara.

—Shhhh...

El hombre susurró junto a su oído como si tranquilizara a un niño. Elena se quedó quieta. Durante un instante no oyó nada, no sintió nada, y de repente algo se incrustó en su frente. Un rayo de dolor ardiente traspasó su cabeza. La carne de su frente se desgarró bajo el arma punzante, que se movió con rapidez apretando con tanta fuerza que arañaba el hueso. El dolor alcanzó límites enloquecedores y Elena profirió un alarido prolongado bajo la mordaza.

Cuando sus pulmones se vaciaron inspiró atragantándose con la saliva y la tela que llenaban su boca. Tosió ahogándose, incapaz de conseguir aire, y de pronto la traspasó un dolor mortal. Su verdugo había hundido el arma en su pecho partiendo en dos su corazón.

—Elena.

El pánico se mezcló con una pena fría y entumecida.

—¡Elena!

Vio sobre ella el rostro de su asesino.

«Alberto...», pensó sin sentir ninguna emoción.

—Elena, ¿estás bien?

Alberto la sacudió suavemente de

los hombros. Los ojos de Elena lo miraron en silencio y se desplazaron a un entorno que no reconocía.

«¿Dónde estoy?».

Recordó que se había acostado allí, era el apartamento de su vecino policía, el día anterior habían matado a Leonardo en su casa...

Apretó los párpados y se llevó una mano a la frente. No tenía cortes, aunque todavía sentía la punta del cuchillo arañando su hueso.

—Perdona, he tenido una pesadilla —murmuró frotándose la frente con insistencia.

—Estabas gritando como si te estuvieran matando. —Alberto se alejó

de ella—. Ya son las once. ¿Quieres que abra la persiana?

Elena asintió sin mirarlo. Oyó el ruido de la persiana al subir y una luz intensa llenó la habitación.

—Hace un día estupendo. —Alberto se sentó en el borde de la cama—. Y tengo buenas noticias. Ya puedes entrar en tu casa. —Sacó unas llaves de su bolsillo y las hizo tintinear—. Aquí tengo tus llaves. Te las dejo en la mesilla.

Elena levantó la cabeza hacia su vecino, todavía aturdida.

—¿Qué hora has dicho que es?

—Las once pasadas. Yo tengo que salir a hacer unos recados, y hoy trabajo

de tres a diez. Pero tú puedes quedarte el tiempo que quieras. De hecho... bueno... si no quieres dormir en tu casa y te quieres quedar aquí también esta noche...

Elena se esforzó en sonreír y negó con la cabeza.

—Eres muy amable, Alberto. Ya has hecho demasiado por mí.

—Como quieras. —La miró un momento fijamente, como si pensara decir algo más—. Bueno, te dejo.

Salió cerrando la puerta del dormitorio y Elena apartó la sábana. Había dormido con el tanga y una camiseta que le había dejado Alberto. Su vestido estaba doblado en el

respaldo de una silla, con el sujetador encima.

De pronto abrió mucho los ojos, se levantó de un salto y corrió hacia la puerta.

—¡Alberto! —Asomó la cabeza a través de la puerta—. Alberto, ¿puedes esperar un minuto?

—Claro, ¿qué quieres?

—¿Me puedes acompañar a mi casa para que coja algo de ropa? No quiero entrar sola.

Elena entró en su dormitorio, por primera vez desde el asesinato de Leonardo, y lo primero que pensó fue

que no podría volver a dormir en ese cuarto. Procuró no mirar hacia la cama, a pesar de que se habían llevado el cadáver de Leonardo y la ropa de cama ensangrentada, y fue directamente a la cómoda. Llenó una bolsa de viaje sin perder tiempo en seleccionar lo que metía, cogió un pantalón y un vestido del armario y salió del cuarto.

—Ufff —resopló tras cerrar la puerta. Le parecía que había estado conteniendo la respiración todo el tiempo.

—¿Dónde vas a quedarte? —le preguntó Alberto.

Elena miró a su alrededor. Vio a Leo sentado en el salón, preparando la cena

en la cocina, saliendo del baño... y desangrándose en el dormitorio.

—Aquí no, desde luego. —Negó con los labios apretados—. No sé si voy a poder seguir viviendo aquí.

—Vaya —Alberto torció el gesto—, sería una pena dejar de tenerte como vecina.

Salieron del apartamento y Elena cerró dando dos vueltas a la llave.

—Ayer empecé mis vacaciones. Creo que voy a irme a Logroño, a casa de mi madre. —Se quedó un momento pensativa—. Aunque tampoco quiero sentir que estoy huyendo. Voy a llamar a una amiga a ver si puedo quedarme con ella al menos un día. Es compañera de

trabajo y además es una psicóloga muy buena. Me vendrá bien hablar con ella.

—Me parece una gran idea. Tú también eres psicóloga, ¿no? —Elena asintió—. Entonces ya sabes que estas cosas hay que hablarlas.

Regresaron a casa de Alberto y Elena fue directamente al baño. Necesitaba darse una larga ducha caliente. Cerró el pestillo, se quitó la ropa y se metió debajo del agua.

Cuando llevaba un par de minutos duchándose oyó que golpeaban con los nudillos en la puerta del baño.

—¿Sí? —Alejó la cabeza del chorro de agua.

—Elena, me voy ya, pero te dejo una

idea para que pienses.

—Dime.

—Podemos intercambiar los pisos. Tú te vienes a vivir al mío y yo al tuyo. No creo que a nuestros caseros les importe.

Ella frunció el ceño. Tal vez no fuera una idea descabellada, pero de algún modo le resultaba extraña. A fin de cuentas, aunque hubiera dormido esa noche en su cama apenas conocía a Alberto. Y el hecho de estar desnuda mientras hablaban hacía que se sintiera incómoda.

—No sé. —Alzó la voz por encima del sonido de la ducha—. Ahora no puedo pensar en eso. Si quieres lo

hablamos después de las vacaciones.

—Como quieras. —La voz de Alberto se oía amortiguada a través de la puerta cerrada—. Estamos en contacto.

Elena permaneció atenta hasta que oyó que se cerraba la puerta de la calle. Volvió a meterse bajo el chorro y dejó que le diera en la cara, agradeciendo el agua caliente que resbalaba por su cuerpo.

Agachó la cabeza y abrió los ojos. Una parte de su mente no dejaba de pensar en lo ocurrido la noche anterior.

«Si hubiera regresado a casa media hora antes, yo también estaría muerta. — La pesadilla de esa noche le seguía

produciendo escalofríos, aunque se hubiera tratado sólo de un sueño—. Ha sido un sueño para mí, pero no para Leonardo».

Se le metió agua en los ojos y parpadeó varias veces. Lo que más le obsesionaba era el símbolo de la frente de Leonardo. «Una estrella de cinco puntas, igual a la que vi junto a mi foto». Tanto el juez como la policía le habían preguntado si ella o él formaban parte de alguna secta. De cualquier modo, lo que estaba claro era que el asesino era un loco peligroso y seguía libre.

«¿Querrá matarme por haber sido la novia de Leo? —Clavó la mirada en el remolino que hacía el agua al meterse

por el desagüe—. ¿Iré a por mí pensando que yo conozco algún secreto de Leonardo?».

Oyó un pequeño golpe al otro lado de la puerta —¿o había sido en la puerta?—. Cortó el agua presionando con brusquedad la palanca del grifo y escuchó conteniendo la respiración.

—¿Alberto? —musitó.

Iba a repetirlo en voz alta, pero se quedó callada. Alberto podía haberla hecho creer que se había ido de casa y en realidad estar esperando al otro lado de la puerta del baño. Se acercó a la puerta, desnuda y goteando agua, y se quedó escuchando. En un gesto instintivo se pasó la mano por el cuello, siguiendo

las marcas ya desaparecidas que a los quince años le habían hecho aquellos dedos frenéticos que la intentaron atrapar.

«¡Cógela, cógela!». Cruzó los brazos sobre el pecho mojado y se apartó de la puerta. Se estremeció sintiendo el ansia de aquel grito como si lo escuchara en ese momento, ansia de experimentar placer, de hacerle daño, probablemente las dos cosas a la vez. Había intentado desesperadamente escapar y la mano de aquel desconocido le había desgarrado la blusa. Creyó que la haría caer, pero la tela cedió y ella siguió corriendo y chillando. Sentía que tiraban de ella, que la agarraban del pelo; sin embargo,

cuando llegó al portal de su amiga y miró hacia atrás no vio a nadie. Pegó el dedo al botón del telefonillo hasta que abrieron y se refugió en el portal, con la blusa colgando y el cuello ensangrentado.

«No pude volver a salir durante meses».

Después de aquello hizo terapia y consiguió aprender a controlar las emociones asociadas a ese recuerdo, pero en estos momentos le resultaba difícil mantener la serenidad. Sacó despacio la toalla del toallero y se secó procurando no hacer ruido, muy atenta a cualquier sonido que llegara del resto de la casa. Con la piel todavía húmeda se

puso unos vaqueros, camiseta y zapatillas de deporte. Mientras abrochaba el pantalón echó una ojeada por el baño buscando algo que le sirviera de arma. No encontró nada. Cerró los ojos recordando al profesor de kárate de su adolescencia. Le había enseñado cómo golpear a un oponente mucho más grande para detenerlo unos segundos, lo suficiente para escapar. Visualizó algunos de esos golpes, apretó los puños y abrió la puerta del baño.

No había nadie.

Fue directamente a la cocina, cogió el cuchillo más grande que encontró e inspeccionó el apartamento habitación por habitación.

Al terminar llamó por teléfono a Carmen Aroza sin soltar el cuchillo. Le hizo un resumen de lo ocurrido y le preguntó si podía ir a su casa y quedarse con ella esa noche. Carmen le dijo que fuera inmediatamente y que se podía quedar todo el tiempo que necesitara. Después de colgar, Elena llamó a un taxi. Sabía que, en su estado de nervios, si cogía su coche lo más probable era que tuviese un accidente.

Aguardó al taxi sentada en el borde de un sillón, con su escueto equipaje a los pies y el cuchillo entre las manos. Cuando sonó el pitido del telefonillo el cuchillo se le cayó al suelo. Cogió su bolsa de viaje, devolvió el cuchillo a su

sitio tras plantearse si llevarlo con ella y abandonó el apartamento.

Al salir del portal vio al taxi parado en doble fila. El conductor estaba fumando un cigarrillo apoyado en el coche. Llevaba gafas de sol y una camisa blanca con las mangas subidas. Se incorporó cuando la vio aparecer y se acercó a ella extendiendo una mano hacia su bolsa.

—¿La ayudo?

Elena negó con la cabeza y el taxista se dio la vuelta y le abrió la puerta del coche. Ella puso la bolsa en el gastado asiento y se sentó al lado. Tuvo que esperar unos segundos a que el conductor apurara con ansia su

cigarrillo antes de entrar en el vehículo.

Elena le indicó la dirección de Carmen Aroza a través de la mampara de seguridad. Después se reclinó en el asiento y con un dedo recorrió despacio los cortes cuyo dolor todavía notaba en la frente. Una estrella de cinco puntas.

«Un pentáculo invertido».

Cerró los ojos y experimentó un alivio intenso al alejarse de su edificio. Hizo un par de inspiraciones profundas y miró alrededor. El sol brillaba con fuerza y su ánimo mejoró, aunque era consciente de que estaba en medio de un *shock* postraumático.

«Me va a venir muy bien hablar con Carmen».

Sabía que lo que había que hacer en sus circunstancias era hablar, poner en palabras las emociones para que estas no se enquistaran dentro. Y nada mejor que hacerlo con una magnífica psicóloga como Carmen Aroza.

«Igual vuelve a hipnotizarme». Lo había hecho una vez tras la muerte de su padre, para ayudarla a sacar las emociones más profundas, y el resultado había sido muy bueno.

Sacó el móvil de su bolso y jugueteó con la idea de llamar a Daniel. Se daba cuenta de que todavía estaba alterada, pero viajar en el taxi la tranquilizaba, como si la carrocería del vehículo la aislara de sus preocupaciones.

Miró la pantalla oscura y en sus labios aleteó una sonrisa. Desbloqueó el teléfono, buscó el número de Daniel y acercó el pulgar al botón de llamada sonriendo abiertamente.

El taxi hizo un giro lento de noventa grados y cruzó la puerta de un garaje. Elena levantó la mirada, sorprendida por la súbita oscuridad.

—Oiga, ¿dónde se ha metido?

El coche comenzó a descender por una rampa muy inclinada.

—¡Frene! —El taxista ni siquiera la miró y el pánico atenazó la garganta de Elena—. ¡Pare el coche!

El taxi llegó al fondo de la rampa y se adentró en un aparcamiento pequeño.

Elena dio un manotazo en la mampara. Después agarró el picaporte de su puerta e intentó abrirla en vano. Se abalanzó sobre la del otro lado con el mismo resultado.

—¡Socorro!

Miró hacia el exterior. Vio algunos coches en un aparcamiento oscuro, pero ninguna persona.

—¡Socorro! —gritó con todas sus fuerzas dando puñetazos a la ventanilla.

El coche hizo un giro brusco y frenó en seco. El conductor salió del coche y se dirigió a la puerta de Elena. Abrió de golpe y metió los brazos, pero Elena se tumbó en el asiento y comenzó a lanzar patadas. Le acertó en la cabeza y las

gafas de sol salieron volando. El hombre la miró con una determinación fría, sus ojos claros relucían como dos aguamarinas.

De pronto se abrió la otra puerta del coche. Un hombre fuerte la agarró de las axilas y tiró de ella. Elena profirió un chillido agudo mientras la sacaban tumbada del vehículo y la metían en una furgoneta aparcada junto al taxi. Una mano enguantada tapó su boca con firmeza y tiró hacia dentro. Elena se retorció intentando zafarse, pero las manos que la sujetaban eran mucho más fuertes que ella. Su mirada saltó por el interior oscuro de la furgoneta mientras luchaba por soltarse. De repente se

detuvo con los ojos desorbitados de terror. Enfrente de ella, una pantalla encendida mostraba un enorme pentáculo.

La puerta corredera de la furgoneta se cerró con un estampido.

CAPÍTULO 42

Cartago, 507 a. C.

Akenón no intentó levantarse del suelo de la posada, sabía que no lo conseguiría, igual que sabía que en cualquier momento notaría la hoja de un puñal penetrando en su cuerpo.

Buscó la empuñadura de su espada y la desenvainó de un fuerte tirón, prolongando el movimiento hasta convertirlo en un espadazo hacia los brazos que lo sujetaban. Bajó el brazo y volvió a descargarlo hacia atrás. Al

instante notó que la presa se aflojaba y rodó hacia un lado, se puso a cuatro patas y se levantó con la espada en alto.

Frente a él media docena de hombres se preparaban para atacarlo. Dos de ellos sangraban pero sus heridas no eran graves.

—Estoy aquí en nombre del sufete Eshdek —les gritó—. Asdrúbal ha cometido crímenes por los que pagará con la vida, igual que todo el que lo ayude.

Sus atacantes trataron de rodearlo. Akenón estaba junto a la puerta y los mantuvo a raya blandiendo el filo de la espada curva frente a sus rostros feroces. Ellos sólo tenían cuchillos y sus

puños, tenían que esperar a que saliera de la taberna.

Recorrió el salón con una mirada rápida. Medio centenar de hombres contemplaba lo que ocurría sin intervenir.

«La mitad me conocen», pensó con rabia. El problema era que también conocían a Asdrúbal, y en el puerto la influencia del capitán del *Melkart* era superior a la suya y a la de Eshdek. Distinguió en el otro extremo del salón a Hileo de Cirene, con quien había charlado afectuosamente hacía menos de una hora. Sus miradas se cruzaron e Hileo bajó la cabeza.

Akenón dio media vuelta

bruscamente y se lanzó hacia el exterior, pero de inmediato se giró volteando la espada. La hoja de bronce surcó el aire con un silbido y golpeó en la cara del hombre que se había dado más prisa en salir tras él; el herido gritó de dolor lanzándose hacia atrás. Akenón clavó su arma en el brazo de otro perseguidor, que también trató de retroceder. En el interior de la posada se formó un tapón entre los que empujaban hacia delante y los que intentaban escapar de su espada.

Dio un grito furioso levantando su arma y se produjo otra oleada de retroceso. Echó a correr y al llegar a la primera esquina se internó por una callejuela sin iluminar; en cuanto pudo

giró de nuevo, luego una vez más y en el siguiente cruce de calles hizo una pausa.

Se oía un griterío lejano.

«Parece que los he despistado», pensó resollando.

Reanudó la marcha procurando no hacer ruido, escudriñando atentamente las sombras que tenía delante.

«Asdrúbal giró hacia la derecha al salir de la posada —en esa dirección estaban los barcos y la zona de almacenes—; pero no es tan estúpido como para regresar al *Melkart*».

Probablemente intentaría ocultarse en un almacén o en el barco de algún amigo, hasta estar seguro de que podía salir o de que las autoridades lo

perseguían y tenía que irse de Cartago.

En ese momento cayó en la cuenta de que distinguía la silueta de los edificios del puerto. La capa de nubes se había disipado sobre el horizonte y dejaba pasar parte de la luz de la luna llena. Miró hacia atrás, temiendo que pudieran verlo, pero al volver a mirar al frente fue él quien distinguió el movimiento de una sombra clara.

«Ya te tengo».

La sombra desapareció y Akenón aceleró el paso. Avanzó a lo largo de la pared de un enorme almacén hasta detenerse junto a la puerta abierta. Allí aguzó el oído, pero sólo captó el rumor del mar lamiendo el casco de las

embarcaciones.

De pronto oyó un chasquido suave, muy cercano.

Irrumpió en el interior del almacén con la espada en alto y giró rápidamente sobre sí mismo. Asdrúbal lo había esperado pegado a la pared y se arrojó sobre él intentando clavarle su puñal en las tripas. Akenón saltó hacia atrás, la punta del arma sólo le arañó la piel. Asdrúbal acometió de nuevo, pero Akenón apartó el puñal con la espada y lanzó un golpe al hombro de Asdrúbal. El marinero lo esquivó con una agilidad inesperada y se impulsó hacia Akenón. Él ladeó el cuerpo para esquivar el puñal y trató de retroceder, pero

Asdrúbal continuó avanzando con rapidez. Ya estaba demasiado cerca para utilizar la espada. La hoja del puñal hendió el aire ávida de su sangre. Akenón soltó la espada y bajó el puño con todas sus fuerzas. Golpeó la muñeca de Asdrúbal en el momento en que la punta de hierro comenzaba a entrar en su cuerpo. Se oyó un crujido y los dos hombres gruñeron de dolor.

Asdrúbal intentó alejarse, pero Akenón lo agarró de la túnica y tiró hacia él al tiempo que bajaba la cabeza. Su frente impactó debajo del entrecejo de Asdrúbal. Se oyó un crujido y el marinero se desplomó inconsciente.

—¡Oh, dioses! —Akenón se agarró

la cabeza y apretó los párpados. Le había dolido más el cabezazo que la herida que le había hecho Asdrúbal con el cuchillo—. Definitivamente no estoy en forma —murmuró abriendo los ojos.

Palpó la herida de su vientre, situada a la altura del hígado, y comprobó que no era profunda. Después observó el entorno. El almacén no tenía ventanas pero había una pequeña separación entre las paredes y el techo, que estaba sostenido por pilastras a intervalos regulares. La luz de la luna se colaba por ese hueco y Akenón vio que el almacén estaba prácticamente vacío. Distinguió un brillo acuoso en una esquina. Al acercarse comprobó que se

trataba de una artesa de piedra llena hasta el borde. Tenía dos metros de longitud y casi uno de anchura, y por la peste Akenón comprendió que estaba llena de despojos de pescado. Lo que había tomado por agua era una pasta formada por sangre y vísceras.

«Esto me servirá».

Arrastró el pesado cuerpo de Asdrúbal hasta la artesa. Después deshilachó los restos de un cabo grueso y con ellos le ató las manos a la espalda.

—Asdrúbal.

Akenón le palmeó la cara y el capitán del *Melkart* se agitó como si tuviera pesadillas. Sangraba por ambos lados de la nariz y en su barba se había

formado una pasta de sangre y polvo del suelo. Finalmente abrió los ojos, miró a Akenón en silencio y dio un tirón intentando revolverse.

—No te esfuerces. —Akenón agarró con fuerza la sucia cabellera de Asdrúbal—. Estás atado, y si no colaboras vas a tragar mucho de esto. —Metió la cabeza de Asdrúbal durante un par de segundos en la hedionda viscosidad que llenaba la artesa.

—¡Maldito hijo de...!

Akenón volvió a hundirle la cabeza.

—Como levantes la voz otra vez —susurró junto a su oído—, vas a tragarte la mitad de este manjar antes de que te deje respirar.

Tiró de la cabeza hacia atrás. Asdrúbal tomó aire e inmediatamente vomitó en el líquido de la artesa. Después se quedó en silencio, intentando contener las arcadas.

—Si tienes que vomitar, hazlo sin ruido o lo harás con la cabeza metida en esta mierda.

El capitán del *Melkart* asintió varias veces.

—¿Por qué ayudaste a Khaos?

—Por oro —respondió Asdrúbal hoscamente.

—Sigue hablando —Akenón le empujó la cabeza hasta que el marinero dio con la nariz en su propio vómito.

—Hace unos tres años, parecía que

Khaos se iba a morir. —Asdrúbal intentó separar la cabeza de la artesa y Akenón se lo permitió—. En realidad era sólo un truco. Quería que alguien le prestara atención y entendiera los ruidos guturales que hacía al hablar sin lengua. Repetía *oro, oro, oro*. Pensé que me pediría que lo liberara, pero sólo quería que me hiciera cargo de un cuenco de comida en el que había hecho unas marcas con los dientes. —Asdrúbal dejó de hablar por un momento—. ¿Para qué me preguntas todo esto, si ya te lo ha contado alguna rata? ¿Quién ha sido? Hannón, ¿verdad?

Akenón le agarró del pelo con más fuerza.

—Las preguntas las hago yo. ¿Qué ponía en el cuenco? ¿A quién se lo entregaste?

—No sé lo que ponía. Había unos símbolos extraños y algunas letras griegas. Yo me limité a llevárselo...

Se oyeron unas voces muy cercanas y Asdrúbal se quedó en silencio. Por encima de la pared se coló el resplandor de una antorcha.

—Si gritas te mato —susurró Akenón—. Te lo juro por Baal.

Asdrúbal permaneció tan atento y tenso como él mientras las voces de varios hombres se acercaban aún más. Debían de estar justo al otro lado de la pared, a menos de tres metros de ellos.

Poco a poco se fueron alejando.

Akenón se acercó al oído de Asdrúbal.

—¿A quién le entregaste el cuenco?

—Al hombre que me pidió Khaos.

Durante tres años me ha estado pagando cada cuenco como si fuera de oro.

—¿¿Quién era, maldita sea?!

Asdrúbal se revolvió y Akenón enterró su cabeza en los restos de pescado y vómito. No lo dejó salir hasta que Asdrúbal pataleó histérico.

—Es tu última oportunidad.

—¡Al sibarita!... —Asdrúbal profirió varios jadeos ronc— ¡Todos los cuencos de Khaos eran para Glauco de Síbaris!

Ariadna se detuvo enfrente de los soldados que le impedían llegar a la residencia de Glauco. Dirigió una mirada desesperada a las puertas cerradas y después a los jinetes con las espadas desnudas.

«Tenemos que entrar como sea».

Kush, con Sinuhé en brazos, estaba detrás de ella, tan cerca que Ariadna podía oír la respiración tranquila de su hijo. En ese momento se abrió la puerta de la mansión y aparecieron dos guardias de Glauco. Al ver a los soldados se quedaron junto a la entrada sin llegar a traspasar el umbral.

Uno de los jinetes adelantó el caballo y señaló con la espada a Ariadna, pero ella se apresuró a hablar antes de que lo hiciera el soldado.

—Guardias —dijo en dirección a los hombres de Glauco—, decid a vuestro señor que tenemos que verlo inmediatamente.

Los dos guardias cuchichearon entre ellos y uno desapareció sin decir palabra. Ariadna era consciente de que sus opciones eran mínimas. A esas alturas ya debían de haber descubierto el cadáver de Eshdek y ella sería considerada la principal sospechosa.

—¿Eres Ariadna, la esposa del egipcio Akenón?

El jefe de la patrulla se quedó mirándola desde lo alto del caballo esperando su respuesta. Ariadna sintió un terror primario por su pequeño Sinuhé y por el hijo que llevaba en el vientre. Permaneció callada y rezó para que los dioses intervinieran y los salvaran de algún modo.

El soldado continuó hablando.

—Es muy extraño que cruces la ciudad de noche, a pie y sin más escolta que un esclavo. Estoy seguro de que al comandante Drogo le gustará hacerte algunas preguntas. —Se volvió hacia sus hombres—. Atadlos. Al esclavo dejadle un brazo suelto para que siga llevando al niño.

Dos soldados desmontaron y se acercaron a Ariadna y Kush sin envainar las espadas.

—¡Aguardad!

Los soldados se dieron la vuelta. Glauco se acercaba balanceando sus carnes vigorosamente.

—Distinguido capitán —se detuvo sudoroso y enrojecido junto al caballo del jefe de la patrulla—, Ariadna y su familia son mis invitados personales. Ha surgido una cuestión urgente sobre unos asuntos comerciales que tenemos que resolver cuanto antes para no importunar a nuestro amigo y socio, el sufete Eshdek.

El jefe de los soldados abrió y cerró

la boca un par de veces antes de hablar.

—¿Por eso viene esta mujer sola, en mitad de la noche? Es absurdo.

—Ha sido algo apresurado, repentino. Y Akenón, bueno, ha tenido que ocuparse primero de un punto también delicado...

Glauco retrocedió hacia la entrada de su mansión sin dejar de soltar vaguedades, moviendo mucho las manos y asintiendo como si hiciera pequeñas reverencias al jefe de la patrulla. Su tono era zalamero, pero cada vez hablaba más bajo y el capitán tuvo que hacer avanzar su montura para poder oírlo.

Ariadna observó asombrada que el

capitán desmontaba al llegar a la puerta. Glaucó siguió hablando con él sin que nadie más pudiera escucharlos. Después se internaron en la vivienda y en el exterior todos quedaron expectantes. Un minuto más tarde el capitán reapareció seguido por Glaucó.

—Nos vamos. —Subió a su caballo y lo hizo avanzar—. ¿A qué esperáis? —dijo volviéndose hacia sus hombres.

Los soldados se miraron sorprendidos, pero lo siguieron sin replicar.

Glaucó extendió un brazo hacia el interior de su casa sin dejar de sonreír.

—Sed mis invitados.

Ariadna tomó a Kush del brazo y se

apresuraron a entrar en la mansión. No sabía si Glauco había convencido al jefe de la patrulla con promesas, amenazas u oro, pero estaba segura de que nada hubiese funcionado si la buscaran por el asesinato de Eshdek.

«Gracias a Glauco tenemos una oportunidad, pero nos queda muy poco tiempo».

Siguieron a su inesperado protector a través de un patio con un gran pozo central. Ariadna notó que la dolorosa tensión de su vientre remitía.

«Nunca me he alegrado tanto de ver a Glauco».

CAPÍTULO 43

Cartago, 507 a. C.

«¡Glauco es el asesino de Pitágoras!».

Akenón se quedó paralizado sin dejar de aferrar el pelo de Asdrúbal. Esa misma tarde había estado con su familia frente al sibarita.

«Pero Glauco era un iniciado pitagórico —se dijo frunciendo el ceño—, ¿por qué habría ordenado matar a quien fue su maestro?».

La respuesta le llegó al recordar que

Glauco había llegado a pagar mil quinientos kilos de oro a cambio de un secreto matemático. «Y Ariadna y yo lo vimos medio enloquecido cuando intentaba resolver el secreto del círculo».

Probablemente Khaos había exacerbado el enfermizo deseo de conocimiento de Glauco, y después le había prometido revelarle grandes secretos si mataba a Pitágoras.

«Al final Khaos ha conseguido vengarse».

Asdrúbal se removió intentando alejarse de la artesa y siguió hablando.

—Cuando Khaos me pidió que llevara su cuenco a Glauco, me aseguró

que el sibarita me daría mucho oro. — Tosió varias veces y después escupió ruidosamente—. Glauco residía entonces en Siracusa. Le di el cuenco, lo examinó por encima y me pagó tan solo una tetradracma de plata. Sin embargo, dos días después fue al puerto a buscarme. Parecía enfermo, le brillaban los ojos y tenía unas ojeras profundas. Me entregó una bolsa llena de monedas de oro y me dijo que me daría mucho más si le llevaba todos los cuencos de Khaos.

Las preguntas se amontonaban en la cabeza de Akenón, pero sobre todo sentía una creciente preocupación por su familia.

—¿Ya le has dicho a Glauco que Khaos ha muerto? —preguntó agitando la cabeza de Asdrúbal.

—Sí, lo sabe desde que regresamos hace una semana. —Hizo una pausa—. Además, esta vez Khaos no había escrito nada. Ni siquiera había comido desde que iniciamos el viaje. Se pasó una semana sin comer y después murió.

Akenón cerró los ojos un momento.

«Si Glauco sabe que Khaos ha muerto, ya no tiene motivos para obedecer sus instrucciones».

Khaos sin duda deseaba hacerlos sufrir, pero Glauco no tenía motivos propios... al menos hasta que descubriera que Akenón le seguía la

pista por el asesinato de Pitágoras.

«Tengo que detener a Glauco lo antes posible». El sibarita contaba con varios hombres armados, por lo que Akenón necesitaba a los soldados de la guardia urbana para detenerlo... «y para controlar a su comandante Drogo necesito a Eshdek».

Akenón aflojó sin darse cuenta la mano con la que agarraba el pelo de Asdrúbal. El capitán del *Melkart* dio un fuerte tirón y consiguió soltarse.

—¡Socorro! ¡Soco...!

Akenón lo dejó inconsciente de un puñetazo en la nuca.

«Maldito cabrón. —Escuchó atentamente sin hacer un solo

movimiento—. Parece que no lo han oído».

Contempló el cuerpo del marinero. No podía dejar que despertara y consiguiera alertar a Glauco. Miró la artesa y pensó en meterle la cabeza y dejar que se ahogara.

«Sin duda lo merece».

No iba a hacerlo, nunca había matado a sangre fría, aunque tampoco podía perder tiempo en atarlo y amordazarlo. Desenvainó su espada, agarró el pelo de Asdrúbal para levantarle la cabeza y le golpeó en la sien con la empuñadura.

El crujido le hizo pensar que quizás había golpeado con demasiada fuerza,

pero no dedicó ni un momento a preocuparse por ello. Se desenrolló la túnica de Hannón de la cadera y se la colocó al modo normal para ocultar la herida que le había hecho Asdrúbal en el vientre. Después caminó sigilosamente hacia la salida del almacén con la espada en la mano.

La luna brillaba entre las nubes y Akenón distinguió el exterior a través de la puerta abierta. Cuando iba a marcharse, algo bloqueó la salida.

Eran tres hombres, veinte años más jóvenes que él, tan corpulentos que sin duda trabajaban de estibadores. El del medio mostró unos dientes grandes y descolocados al dirigirle una sonrisa

feroz:

—Eres hombre muerto.

CAPÍTULO 44

Madrid, España, actualidad.

Una semana después de que la hubieran metido en aquella furgoneta, Elena atravesaba las calles de Madrid sentada en la parte trasera de un coche, con la cabeza apoyada en la ventanilla y la mirada perdida en el exterior.

El vehículo pasó por encima de un bache y el cuerpo de Elena se bamboleó ligeramente sin que despegara la cabeza del cristal. En el siguiente cruce el semáforo se puso en rojo y se

detuvieron. El conductor giró la cabeza para mirarla. Elena percibió su mirada y cerró los párpados; no soportaba los ojos de aquel hombre, transparentes y fríos como dos gotas de mar.

Reanudaron la marcha y giraron a la derecha. Poco después el coche se detuvo junto a la acera.

—Ya hemos llegado. —El hombre que ocupaba el asiento del copiloto se volvió hacia ella—. ¿Tienes alguna pregunta?

—No.

Antes de que el hombre añadiera algo más, Elena se bajó del coche y cerró la puerta. Los dos ocupantes del vehículo la observaron mientras se

alejaba entre la gente.

—¿Esperamos aquí, señor? — preguntó el conductor.

Su acompañante permaneció unos segundos mirando en silencio a Elena.

—Sí. Estate preparado.

Daniel se apartó de sus ordenadores, miró nervioso por la ventana y recorrió la calle con la vista. El Toyota Prius de Irina seguía sin aparecer.

«Tengo que relajarme», se recriminó. Había pasado una semana desde que había conocido a Irina y se habían visto todos los días, pero él estaba tan nervioso como si tuviera

quince años. Irina era extraordinariamente atractiva, aunque eso había ido quedando en un segundo plano según pasaban más tiempo juntos. Era encantadora y divertida, pero también una mujer madura, sofisticada y segura, probablemente la persona con las ideas más claras que él hubiese conocido. Además, conversar con ella siempre resultaba estimulante; tenía una inteligencia rápida e incisiva y a menudo lo sorprendía con puntos de vista que él no se había planteado antes.

Se volvió hacia el interior del cuarto; en la cama abatible, en el suelo, apoyados en la mesa... era difícil encontrar un lugar donde no hubieran

hecho el amor. «¿Se podrá llamar así: *hacer el amor*?». Se trataba de un acto de unión maravilloso, pero también era el sexo más intenso que él hubiera podido soñar. La recordó de pie, apoyada en la pared de espaldas a él, vestida tan sólo con unos zapatos de tacón. Él hubiera acabado en cinco minutos, pero ella se había movido, presionado y deslizado de un modo que lo mantuvo media hora al límite de explotar.

«Y yo que creía saber lo que era un orgasmo», pensó estremeciéndose.

Su teléfono móvil emitió un pitido y Daniel se asomó a la ventana. El coche de Irina estaba parado frente al portal.

Salió del cuarto cerrando con llave y se cruzó con Cristina al pasar frente a la cocina. Su compañera de piso bajó la mirada. Daniel había pagado el alquiler el día dos, y además Cristina había visto a Irina un par de veces por la casa. Al parecer, había quedado intimidada con su *novia rusa* y eso había terminado con los acosos.

«Otra ventaja de estar con Irina».

Bajó por las escaleras para no tener que esperar al ascensor. Su sonrisa no podía ser más grande a pesar de que no le hacía mucha gracia el plan de esa noche. Irina había insistido en que quería asistir a la reunión de Mensa. A él le incomodaba encontrarse allí a

Elena, lo cual sabía que ocurriría porque Elena, después de haber estado casi una semana sin dar señales de vida, el día anterior había enviado un par de correos confirmando su asistencia.

«Aunque a mí no me ha escrito, sólo a la lista pública de distribución de Mensa Madrid. —Frunció el entrecejo, había sido un tanto brusco el modo en que Elena había dejado de comunicarse con él—. Supongo que decidió centrarse en la relación con su novio italiano... Leonardo, creo que se llama».

El sol ya se había puesto pero seguía haciendo bastante calor. Daniel abrió la puerta del Toyota Prius y se sentó en el asiento del copiloto. Irina llevaba una

camiseta de tirantes negra que hacía destacar su cabellera rubio platino. Antes de que Daniel pudiera cerrar la puerta, ella se le echó encima y le dio un beso apasionado.

Se separaron riéndose. Irina le acarició la cara y volvió a besarle, esta vez con ternura. Luego puso en marcha el coche y avanzaron con el motor eléctrico en completo silencio. Daniel miró de reojo a Irina y contuvo la respiración, sin acordarse de Elena.

A doscientos metros del bar donde se celebraba la reunión de Mensa, Elena se alejaba del coche del que se había

bajado sin volver la vista atrás.

En el coche se había sentido encerrada, pero al aire libre la sensación de peligro hacía que le costara respirar.

«Antes me sentía segura porque no sabía que la muerte estaba tan cerca».

Esbozó una sonrisa amarga. Su vida de antes de que la encerraran en aquella furgoneta le parecía un sueño lejano e irreal. «Y desde entonces es una pesadilla de la que no puedo despertar. —Miró de reojo a las personas con las que se cruzaba—. Os creéis a salvo y no lo estáis. Nadie puede estarlo».

Mantenía un paso rápido, procurando evitar que nadie le pasara

muy cerca. Una carcajada cercana le hizo girar la cabeza bruscamente. Eran dos adolescentes que se alejaban apoyándose la una en la otra.

«Ojalá nunca hubiera visto un pentáculo, ni oído hablar de Pitágoras —dejó escapar un suspiro cansado—, ni conocido a Leonardo».

Al llegar a la puerta del local se detuvo y cerró los ojos un instante. Sabía que iba a ver a Daniel y eso le hizo experimentar una corriente de alegría por primera vez en una semana. La sensación se disipó enseguida.

Cuando empujó la puerta del bar estaba temblando.

Daniel se encontraba en la barra del bar. Quería pedir un par de cervezas, pero la camarera estaba colocando un montón de vasos que había sacado del friegaplatos. Mientras esperaba, Daniel se volvió hacia el local y observó a Irina hablando con un grupo de Mensa. Se dio cuenta de que sonreía como un bobo mientras la contemplaba, pero no le importó.

El sonido de la puerta hizo que se volviera para ver quién entraba.

«¡Elena! —Estaba tan guapa como la recordaba, aunque se le marcaban las ojeras y su expresión era muy diferente—. Parece agotada... y asustada».

Elena se detuvo junto a la puerta y examinó rápidamente el local. Al ver a Daniel titubeó, pero luego se acercó sonriendo.

—Daniel, me alegro mucho de verte.

—Yo también —respondió Daniel un poco cohibido. Notaba la presencia silenciosa de Leonardo como una barrera que se interpusiera entre ellos, pero eso no evitó que estar frente a Elena le produjera una sensación cálida en el estómago.

Se miraron en silencio y por un momento Daniel tuvo la sensación de que Elena estaba a punto de echarse a llorar. Ella se mordió el labio inferior y siguió mirándolo con intensidad, como

si tratara de decirle algo sin palabras.

Daniel pensó de nuevo en Leonardo.

—¿Qué tal te va? —dijo finalmente—. ¿Ya estás de vacaciones?

Elena sintió una punzada al percibir la actitud distante de Daniel.

«Está molesto por dejarlo colgado la semana pasada... y por no haber dado señales de vida desde entonces». Le hubiera encantado poder hacerlo, pero lo que ella quisiera ya no tenía importancia.

Un chico con un polo amarillo chillón dio una palmada en el hombro de Daniel.

—Jo, tío, qué guapa es tu novia.

Elena sintió un hormigueo en la

tripa, resultaba muy agradable que la tomaran por la novia de Daniel. Se volvió hacia el chico y vio que no la miraba a ella, sino a un grupo que había al fondo del local.

—Sí... bueno, gracias. —Daniel parecía incómodo.

El chico se alejó y Daniel dirigió a Elena una mirada huidiza.

—Se refiere a Irina... es la chica rubia de ahí. —Señaló con la cabeza hacia Irina—. Llevamos una semana saliendo.

Daniel vio que Irina los estaba mirando y le hizo un gesto con la cabeza. Ella se levantó y se acercó con una sonrisa radiante.

—Irina, ella es Elena, también es de Mensa.

—Hola, Elena, encantada —dijo con su acento suave.

Se saludaron con dos besos. Irina mostraba una sonrisa agradable, pero Daniel vio que Elena volvía a tener la expresión tirante que le había visto al entrar.

—¿En qué trabajas, Irina?

—En una agencia de publicidad, haciendo estudios de mercado.

Elena cruzó los brazos.

—¿Llevas mucho tiempo en España?

—No, sólo unas semanas.

—¿Y cuánto tiempo piensas quedarte?

Daniel frunció el ceño, atónito por el tono agresivo de Elena, pero Irina no parecía percibirlo.

—Depende de la empresa, pero a mí me gustaría quedarme mucho tiempo. Me gusta mucho vuestro país.

—Ya.

Detrás de ellos a la camarera se le resbaló un vaso. El ruido de cristales rotos hizo que Elena diera un respingo y gritara como si la hubieran pinchado. Se volvió hacia la camarera y luego rápidamente a izquierda y derecha.

—Elena... ¿estás bien? —Daniel escrutó con inquietud su semblante crispado.

—Sí... me he sobresaltado. —Miró

a Irina y de nuevo a Daniel—. Voy a saludar a Marta. —Permaneció en el sitio durante unos extraños segundos, mirando en silencio a Daniel—. Cuídate mucho —dijo en un susurro de emoción contenida.

Daniel la siguió con la mirada mientras se alejaba.

Un par de horas más tarde, Irina llevó a Daniel a su casa.

En la reunión de Mensa no habían vuelto a hablar con Elena. Se había mantenido apartada de ellos, siempre con el semblante serio, y había abandonado el local en menos de una

hora en un momento en que Daniel había ido al baño, por lo que ni siquiera se habían despedido. Daniel decidió olvidarse de Elena. No le parecía justo para Irina seguir pensando en ella.

El Toyota Prius llegó a su edificio, pero en lugar de detenerse siguió avanzando lentamente. Daniel volvió la cabeza hacia el portal y después miró a Irina. Iba a decir algo, pero vio en su cara una sonrisa divertida y prefirió dejar que lo sorprendiera.

Irina aparcó unas manzanas más abajo, junto a una isleta de tierra por la que no pasaban peatones. Se quitó el cinturón, soltó el de Daniel y lo besó. Cuando Daniel comenzó a acariciarle el

pecho, ella se apartó para quitarse la camiseta de tirantes y el sujetador.

Daniel contuvo la respiración al contemplar su cuerpo desnudo. Los pechos eran tensos y pletóricos, con los pezones erectos como dos avellanas.

Irina se acercó a su oído para susurrar:

—Reclina el respaldo de tu asiento.

Daniel se apresuró a obedecer. Cuando el respaldo estuvo tumbado, Irina colocó un pecho en su boca.

—No uses las manos —susurró.

Daniel lamió, besó y chupó con los labios y la lengua, saboreó su piel suave y sintió en la cara el tacto tierno y elástico de su carne henchida. Irina le

pasó las uñas por la nuca, enredó los dedos en su pelo y apretó hacia ella. Con la otra mano comenzó a acariciar el bulto de sus pantalones.

De pronto Irina tiró hacia atrás de la cabeza de Daniel. Lo miró durante unos segundos con los labios húmedos entreabiertos y comenzó a desabrocharle el pantalón. Daniel reprimió el impulso de ayudarla, le excitaba que ella manejara la situación. Se limitó a levantar la cadera cuando ella tiró para bajar a la vez pantalones y calzoncillos. Irina, sin dejar de mirarlo a los ojos, cogió su miembro erecto y se lo metió en la boca.

Daniel pensó que iba a estallar en un

segundo, pero ella aminoró el ritmo en el momento exacto. Las caricias adquirieron entonces una lentitud deliciosa, hasta llevarlo de nuevo al punto de no retorno sin llegar a traspasarlo. Controlaba la marea de placer del cuerpo de Daniel mucho mejor de lo que hubiera sido capaz él mismo. Le hizo suplicar y enloquecer sin dejarlo explotar, multiplicando hasta lo inconcebible el gozo inmenso de mantenerse en el filo del orgasmo.

Aquel tormento celestial se prolongó durante mucho tiempo. En el largo momento final, Daniel sintió que su cuerpo se licuaba, que su consciencia se derretía entre sensaciones que iban más

allá de lo imaginable.

«Daniel».

Parpadeó lentamente.

—Daniel.

Levantó la cabeza y vio a Irina sonriendo con dulzura.

—Ha sido increíble. —Apenas le quedaban fuerzas para hablar. Cerró los ojos de nuevo—. Increíble.

—No te duermas. —Irina pasó los dedos por su pelo cariñosamente.

Daniel giró la cabeza y abrió los ojos.

—Gracias.

—Ja, ja, ja. ¿Por qué?

—Por hacer magia.

Irina rio de nuevo. Luego lo cogió suavemente de la barbilla y lo besó.

—Gracias a ti por ser tan dulce.

Se puso la camiseta de tirantes y Daniel aprovechó para subirse los pantalones. Después enderezó el respaldo de su asiento e Irina comenzó a conducir en silencio. Daniel apoyó una mano en su hombro desnudo y le acarició el cuello. Se quedó absorto en su mirada franca; su perfil suave y relajado; sus labios generosos ligeramente curvados en una sonrisa... «Te quiero. No te lo diré para no asustarte, todavía no, pero te quiero».

Irina se volvió hacia él y su sonrisa

se amplió al ver que la miraba. Detuvo el coche al llegar al portal y lo besó con ternura.

—Que duermas bien.

—Sí... —Daniel la miró en silencio unos segundos—. Hasta mañana.

Irina esperó a que Daniel llegara al portal. Después marcó un número de teléfono a la vez que se alejaba. Por el sistema de altavoces del coche se oyeron dos tonos de llamada antes de que descolgaran.

—Voy para allá —dijo Irina.

—¿Todo bien? —preguntó una voz de hombre.

Irina suspiró antes de responder:

—Elena ha estado a punto de revelar

mi identidad.

CAPÍTULO 45

Cartago, 507 a. C.

Glauco atravesaba el patio con rapidez dejando tras de sí un penetrante olor a sudor y aceite de nardos. Para la mayoría aquello resultaría desagradable, pero para Ariadna era el perfume de la esperanza.

Se metieron en un pasillo poco iluminado y desde allí accedieron a una sala amplia. El suelo estaba cubierto de alfombras y las paredes de tapices; a Ariadna le recordó al salón donde había

descubierto el cadáver de Eshdek.

A la derecha había una mesa servida con una ornamentada vajilla de cristal y plata. El aroma de los diversos platos envolvió a Ariadna: cordero con una salsa humeante de mantequilla, miel y vino, dorada cocinada en aceite de oliva con alcachofas y cebolla, rodajas de atún con ajos y guarnición de guisantes. También había fuentes con diversos quesos, higos, manzanas y relucientes granos de granada. Frente a la mesa había un triclinio, Glauco mantenía la costumbre griega de comer recostado.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó el sibarita señalando las viandas.

Ariadna negó rápidamente. No había

comido nada desde el mediodía, pero había asuntos más urgentes que tratar.

Glauco le indicó un grueso sillón de madera cubierto de cojines de plumón.

—En cualquier caso, siéntate. En tu estado debes descansar.

Ariadna obedeció y el sibarita se sentó enfrente. Kush se quedó de pie a unos pasos meciendo a Sinuhé.

En ese momento entró en la sala un guardia armado y se apostó junto a la puerta. Ariadna miró al guardia y después a Glauco con expresión interrogativa.

—No te preocupes —dijo el sibarita respondiendo a su mirada—. Puedes hablar con total libertad.

Ariadna tomó aire antes de soltar las terribles noticias.

—Mi padre ha sido asesinado. —Su voz flaqueó—. Y también Eshdek.

—¿Qué?! —Glauco levantó las manos como si quisiera detener las palabras de Ariadna—. ¿Cómo es posible? ¿Cuándo...?

—Hoy nos ha llegado un mensaje desde Metaponte. Lo escribió mi padre desde su lecho de muerte. Unos rebeldes atacaron la comunidad pitagórica, mataron a varios maestros y a él lo hirieron de muerte.

El rostro rollizo de Glauco se contrajo.

—Lo siento mucho.

Ariadna asintió. La expresión pesarosa del sibarita parecía sincera. A fin de cuentas, Pitágoras había sido su maestro cuando Glauco formaba parte del gobierno aristocrático de Síbaris. También lo había acogido y protegido en Crotona tras la rebelión popular que acabó con buena parte de los aristócratas sibaritas.

—Hace menos de una hora estuve en casa de Eshdek —prosiguió Ariadna—. Lo encontré sentado en un salón, como si se hubiera quedado dormido sobre la mesa, pero le habían grabado un pentáculo invertido en la frente y tenía un cuchillo clavado en el corazón... — Se quedó indecisa un momento, pero

decidió que Glauco podría ayudarlos mejor si conocía todos los hechos—. En realidad era un cuchillo mío, que me habían robado de casa. ¡Por Apolo, intentan que yo parezca la asesina y la guardia urbana querrá detenerme! ¡Tienes que ayudarnos, Glauco, debes proteger a mi familia!

—Por supuesto, no te preocupes. — El orondo sibarita le apoyó las manos en las rodillas—. ¿Dónde está Akenón?

—Se fue a investigar al puerto... El mensaje de mi padre señalaba a Khaos como responsable del ataque a la comunidad de Metaponte.

—¿Khaos? —En el rostro de Glauco se dibujó una mueca de escepticismo—.

Pero... eso no es posible.

—Sé que parece imposible, pero el mensaje de mi padre contenía elementos que nos hacen estar seguros de su implicación. Khaos debe de haber escapado... o de algún modo ha transmitido desde su encierro las órdenes para matar a mi padre y a Eshdek, y seguro que no se va a detener ahí.

Glauco se quedó pensativo mirando al suelo.

«Está pensando si le interesa más ayudarnos o entregarnos para ganarse el favor de las autoridades. —Ariadna sintió una punzada de miedo—. Tengo que convencerlo, no podemos recurrir a

nadie más».

—Glauco, tú y mi marido sois los principales socios extranjeros de Eshdek. Sus socios cartagineses intentarán quedarse con todo y necesitas a Akenón para evitarlo. —Su tono de voz se endureció más de lo que habría deseado—. ¡Debes mandar a tus hombres al puerto para proteger a mi marido!

Glauco alzó el rostro. En su mirada resuelta Ariadna leyó que había tomado una decisión. El sibarita levantó un brazo rechoncho e hizo un gesto al guardia de la puerta.

Akenón se colocó en posición de ataque frente a sus tres adversarios.

«Mi única opción es romper su formación y escapar». No podría con los tres a la vez, pese a que no iban armados con espadas sino con garrotes de madera.

Se abalanzó sobre el de la derecha, que levantó el garrote para protegerse, pero inmediatamente cambió de dirección y lanzó un mandoble hacia la izquierda. Los otros dos atacantes se vieron sorprendidos. El del medio retrocedió un paso y el otro paró el golpe con su estaca. Akenón le dio una

patada en la rodilla y se impulsó hacia el estrecho hueco que el hombre había dejado en el umbral de la puerta.

Cuando estaba a punto de cruzar se estrelló junto a su cabeza el garrote del segundo oponente. Akenón saltó hacia atrás. Si la pared del almacén no hubiera detenido el golpe, ahora estaría en el suelo con el cráneo reventado.

«Son demasiado rápidos... o yo demasiado lento». El trabajo de estibador solía proporcionar mucha fuerza a cambio de restar agilidad, pero aquellos hombres eran mucho más jóvenes que él. Volvieron a formar una línea cerrada y bloquearon la salida del almacén.

Akenón apretó con desesperación la empuñadura de su espada.

«Estoy atrapado».

Ariadna sintió un gran alivio al ver que Glauco llamaba al guardia. El hombre abandonó su puesto junto a la puerta y caminó hacia ellos.

«Va a decirle que vayan a ayudar a Akenón; en unas horas estaremos juntos fuera de Cartago. —Tendrían que ocultarse durante un tiempo hasta que todo se aclarara con la ayuda de Glauco—. Y si no podemos demostrar que no tenemos nada que ver con el asesinato de Eshdek, no regresaremos».

Glauco hizo un gesto imperceptible y el guardia extrajo sigilosamente la espada de su vaina de cuero. Acto seguido la hundió en la espalda de Kush, con tanta fuerza que por el pecho del esclavo asomó un palmo de hierro.

Kush profirió un gruñido ahogado, mostrando sus dientes blanquísimos tan apretados que parecía que iban a estallar. Miró hacia el hierro que le sobresalía del pecho, a pocos centímetros del pequeño Sinuhé. Dirigió una mirada implorante a Ariadna y alargó los brazos intentando entregarle a su hijo.

Glauco tenía toda su atención puesta en Ariadna. Su boca rechoncha se había

curvado en una sonrisa abierta por la que resbalaba una gota de saliva. Contempló regocijado la transfiguración que se producía en el semblante de la hija de Pitágoras, donde el desconcierto dejaba paso rápidamente al horror.

Ariadna se impulsó hacia delante sabiendo que llegaba demasiado tarde. Kush tosió salpicando sangre sobre su piel negra y sus brazos se volvieron tan flojos como los de un muñeco roto. Sinuhé, con sus ojillos adormecidos entreabiertos, se desprendió de sus manos y cayó de cabeza hacia el suelo.

CAPÍTULO 46

Madrid, España, actualidad.

El asesino de Leonardo estaba contemplando la segunda reliquia de aquella estancia: el cuchillo de Ariadna. Lo conservaban en una urna similar a la de la espada de Akenón. El cuero del mango se había desprendido en varios puntos mostrando el hueso amarillento que servía de empuñadura. Los ojos del asesino, sin embargo, estaban fijos en la hoja oxidada, con la punta partida, que hacía tantos siglos había trazado un

pentáculo invertido en la frente de un sufete de Cartago.

«Igual que hice con Leonardo».

Sonrió sin dejar de contemplar el cuchillo. Todo marchaba según lo previsto, nadie sospechaba.

«Ya es sólo cuestión de días».

Cuando sonó la alarma, a Daniel le pareció que llevaba durmiendo diez minutos. Comprobó que ya eran las siete y en su cabeza una voz perezosa le dijo que quizás ese sábado podía levantarse un poco más tarde. Inspiró hondo y se obligó a trasladarse de la cama a la butaca que había frente a sus monitores.

Con los ojos entreabiertos, comprobó el estado de la última simulación.

«Le quedan un par de horas», pensó apoyando la cabeza en el respaldo y cerrando los ojos.

La noche anterior, tras despedirse de Irina, se había quedado mirando embobado a través de la cristalera del portal mientras el Toyota desaparecía calle abajo. No podía saber que ella estaba hablando por teléfono con un hombre, diciéndole que Elena había estado a punto de revelar su identidad.

Abrió los ojos y se levantó de la butaca. Levantó la persiana y la luz amarillenta del amanecer avanzado llenó

la habitación.

«Un día magnífico para viajar». Miró hacia el cielo sonriendo. Irina y él iban a pasar el fin de semana en un hotel de Segovia. Obviamente él no se lo podía permitir, pero tampoco podía permitirse los restaurantes ni los espectáculos a los que había ido con Irina. Ella lo pagaba todo con la tarjeta de su empresa. Decía que podía hacerlo en concepto de alojamiento y dietas.

«Tengo ganas de trabajar en esa empresa». A él no le darían una tarjeta de crédito, pero al trabajar allí pasaría más tiempo con Irina. Se alegró al pensarlo. La jefa de Irina regresaría en un par de días y suponía que entonces lo

contratarían.

Se sentó de nuevo en la butaca. Al recordar lo que Irina le había hecho en el coche la noche anterior tuvo una erección inmediata.

«Ni siquiera sé cómo lo hizo».

Se quedó mirando al infinito, pensando en Irina.

Él sabía que podía volverse demasiado arduo cuando hablaba de su proyecto, por lo que en general evitaba hacerlo, pero también eso era diferente con Irina. Y no era sólo porque ella trabajara en un campo relacionado con su trabajo, o porque tuviera formación en una disciplina similar. Irina era tan brillante que en la última simulación que

había lanzado Daniel algunos de los parámetros habían sido modificados por sugerencias de ella.

«No sabe casi nada de ordenadores, pero cuando le explico lo que estoy haciendo asimila todo a una velocidad increíble».

La simulación seguía procesándose, por lo que Daniel se puso a trabajar en el diseño de la siguiente que iba a poner en marcha. Quería retocar unos algoritmos para mejorar la eficiencia de algunos procesos siguiendo una idea de Irina.

Cuando la simulación terminó, Daniel inició la nueva y se dedicó a analizar los datos de la anterior. Llevaba

un buen rato inmerso en el trabajo cuando sonó el teléfono.

«¿Ya son las dos?». Alargó la mano para cogerlo. Irina trabajaba esa mañana de sábado y habían quedado en llamarse a partir de las dos.

En la pantalla no se reflejaba el número entrante. Además, no eran las dos sino las doce y media.

—¿Sí?

—¿Daniel...?

A la mente de Daniel acudió inmediatamente una imagen de la noche anterior: Elena entrando en el bar, tensa y asustada, igual que su voz ahora.

—¿Eres Elena?

—Sí...

Daniel esperó. Durante un rato no se oyó nada más que el sonido hueco que indicaba que la llamada estaba activa.

—Daniel, lo siento... yo ayer... cuando te vi ayer no pude reaccionar...

Se hizo un nuevo silencio.

—Elena, ¿estás bien? —Daniel estaba confundido. ¿Elena estaba llamando para disculparse por haber sido borde con Irina?

—Tenía que haber hablado contigo ayer, pero... Escucha, Daniel, tengo poco tiempo; tienes que confiar en mí.

Daniel intentó tragar saliva. Su garganta estaba repentinamente seca.

—Elena, me estás preocupando, ¿qué sucede?

—Siento mucho decirte esto, pero Irina no es quien tú crees. Irina te ha engañado, Daniel.

Daniel sintió que se hundía en la butaca.

—¿Qué estás diciendo, Elena?

—Pregúntaselo. Te han estado manipulando. Y lo más importante es que corres un grave peligro.

El estómago de Daniel se revolvió de golpe y sintió náuseas. Elena continuó apresuradamente:

—Dile que sabes... que sabes que te ha engañado.

—¿Y cómo me ha engañado exactamente? —preguntó Daniel con agresividad.

Durante unos segundos no se oyó nada, como si Elena se hubiera alejado del teléfono.

—Tengo que colgar. No creo que podamos volver a hablar. No dejes que te engañe, Daniel. Dile a Irina... Dile que te diga quiénes fueron Ariadna y Akenón.

CAPÍTULO 47

Cartago, 507 a. C.

Uno de los hombres de Sikar entró en El Jabalí de Oro, se acercó a una mesa y murmuró unas palabras al oído de un marinero que estaba bebiendo solo. El marinero se levantó y siguió al hombre hasta una callejuela.

En el callejón oscuro había varios hombres encapuchados. El más cercano descubrió su rostro, marcado por dos grandes cicatrices.

—Sikar —dijo el marinero—, ¿qué

puedo hacer por ti?

—¿Sabes quién es Akenón?

El marinero asintió.

—¿Lo has visto hoy?

El marinero volvió a asentir sin variar la expresión. Sikar sacó dos monedas de plata y se las entregó. El hombre las guardó con una sonrisa mezquina y comenzó a hablar:

—Hace una hora Akenón entró en esta taberna. Habló un momento con Asdrúbal, el capitán del *Melkart*, y se levantaron para salir juntos. —Sikar rechinó los dientes, temiendo que Akenón hubiera conseguido escapar con su familia en el barco de Eshdek—. En la puerta, Asdrúbal derribó a Akenón de

un puñetazo y salió corriendo, a la vez que gritaba que lo mataran.

—Espera. —Sikar no comprendía nada—. ¿Por qué hizo eso Asdrúbal?

—No tengo ni idea. —El marinero se encogió de hombros—. El caso es que varios hombres de Asdrúbal se lanzaron sobre Akenón, pero el egipcio consiguió zafarse y salió tras el capitán del *Melkart*. Un momento después, unos cuantos esbirros de Asdrúbal se fueron en persecución de Akenón.

Sikar se quedó en silencio mientras se esforzaba por encontrar un sentido a todo aquello.

—¿Viste a Ariadna, la mujer del egipcio?

El marinero negó.

—Si había alguien con Akenón, yo no lo vi. En la taberna entró él solo.

—¿Sabes dónde puede estar ahora?

—Supongo que Asdrúbal se internaría en el puerto para esconderse de él. Akenón lo seguía de cerca, pero salieron tantos hombres tras el egipcio que ya debe de estar alimentando a los peces o desangrándose en cualquier callejón.

Sikar se volvió hacia la oscuridad del puerto. «Por Baal, como a Drogo no le entregue a Akenón vivo, voy a ser yo quien sirva de pasto a los peces».

Ocultó el rostro con la capucha y se internó en el puerto seguido por sus

hombres.

CAPÍTULO 48

Cartago, 507 a. C.

Akenón observó a sus enemigos. Estaban en tensión, con sus armas medio alzadas, parecían estar esperando a que se moviera él primero.

Decidió arriesgarse con un nuevo ataque. Dio un salto hacia delante e hizo volar su espada frente a sus adversarios. Retrocedieron, pero de inmediato se arrojaron sobre él. Era lo que había previsto. Saltó hacia su derecha y se dejó caer junto a la pared. Los tres

hombres se abalanzaron al interior del almacén y el más cercano descargó su garrote. No había visto el movimiento de Akenón, por lo que el arma sólo encontró la pared. Akenón, manteniéndose agachado, giró con rapidez descargando un espadazo con todas sus fuerzas. El filo de su arma hendió la espinilla del estibador. El hombre cayó al suelo rugiendo de dolor. Su pie y un palmo de pierna colgaban del resto del cuerpo por una delgada tira de músculo.

Los otros dos arremetieron contra él. Uno de ellos tuvo que pasar por encima del cuerpo del caído, por lo que su ataque no fue simultáneo. Akenón,

todavía acucillado, se lanzó hacia delante con la espada de punta y la clavó en el muslo del más cercano. No le hizo una herida muy profunda, pero suficiente para que retrocediera. Después levantó su arma y detuvo el estacazo del otro hombre. El impacto le produjo un latigazo de dolor en el hombro.

«Por Osiris, son muy fuertes».

Se había desequilibrado y eso le hizo perder un tiempo precioso. Su oponente volvió a prepararse para atacar antes de que pudiera hacerlo él. De nuevo tuvo que centrarse en detener el garrote, y eso lo obligó a descuidar la guardia. El hombre al que había

pinchado en el muslo se había recuperado y le asestó un fortísimo estacazo en las costillas. Se oyó un crujido espantoso y el aire escapó del pecho de Akenón.

Trastabilló hacia atrás luchando para mantener la espada en alto. Sus pulmones se habían colapsado y no conseguía tomar aire. Había acabado con uno de los estibadores, que gemía cada vez más débilmente en medio de un charco de sangre, pero los otros dos avanzaban hacia él rodeándolo. Abrió la boca e hizo fuerza para inspirar, sin conseguirlo.

«Si me desmayo me destrozarán», pensó con una punzada de pánico.

A la derecha tenía la pared, y uno de los estibadores se había situado a su izquierda. El de enfrente, el más corpulento, levantó el garrote y se lanzó hacia él dando un grito de guerra. Akenón vio con el rabillo del ojo que el otro también alzaba su arma. Se agachó a la vez que soltaba la espada y se impulsó hacia delante. Al chocar con su atacante se abrazó a sus piernas. El hombre sólo pudo darle un golpe débil en la espalda. Akenón soltó una de las manos y buscó con desesperación la daga que le había quitado a Hannón. Aferró su empuñadura y la clavó frenéticamente en la entrepierna del hombre, de abajo arriba una vez, dos,

tres...

Por su brazo chorreó un fluido caliente. El hombre chilló como un animal mientras la daga lo destrozaba. Golpeó a Akenón sin conseguir hacerle daño y con sus golpes entorpeció los garrotazos de su compañero. Akenón lo soltó al notar que caía y se revolvió con la daga hacia el último atacante.

El estibador detuvo su ataque, retrocedió un paso y se agachó. En la oscuridad del almacén Akenón tardó un instante en ver lo que cogía del suelo.

«Mi espada».

El hombre pasó el garrote a la mano izquierda y blandió la espada curva de Akenón con la derecha.

—De aquí no sales con vida —
mascullo entre los dientes apretados.

Akenón miró la sangre que manaba del muslo de su adversario. «Esa herida no le impediría correr y yo apenas me tengo en pie». En su pecho sólo entraba un hilillo de aire, debían de habersele clavado varias costillas en los pulmones.

Secó la hoja de la daga de Hannón y la cogió por la punta, pero el estibador se puso de lado y levantó el garrote como si fuera un escudo. Akenón se volvió bruscamente y echó a correr. Avanzó dos pasos, y la siguiente vez que adelantó la pierna se apuntaló y dio media vuelta. El estibador había bajado

los brazos para lanzarse tras él. Akenón ignoró el dolor de su costado y lanzó la daga con todas sus fuerzas.

Se incrustó en el pezón izquierdo de su enemigo.

El estibador siguió avanzando por inercia, su cuerpo ya no le respondía y se desmoronó a los pies del hombre que lo había matado.

«Se acabó». Akenón se agachó para recoger la espada. El dolor de su costado se transformó en un fogonazo de luz ardiente y cayó al suelo.

«Debo levantarme».

Giró el cuerpo y se quedó tumbado de espaldas, notando que las fuerzas lo abandonaban. Ladeó la cabeza y tosió

débilmente en un doloroso espasmo.

Por el borde de su boca comenzó a fluir un hilo de sangre.

Ariadna estiró los brazos hacia su hijo.

—¡Nooo!

Su grito desesperado atravesó con fuerza el aire de la sala, pero ella no lo oyó. Todo parecía ocurrir en silencio y con una extraña lentitud. Kush cayó de rodillas en el suelo y comenzó a inclinarse hacia delante, con el azul intenso de sus ojos clavado en Ariadna. El guardia de Glauco seguía agarrando la empuñadura de su arma, lo único que

sobresalía de la espalda azabache de Kush.

En medio de la sala, mientras giraba en el aire, Sinuhé caía cada vez más rápido, demasiado lejos de las manos salvadoras de su madre.

Su cabeza golpeó contra el suelo alfombrado, su frágil cuello se dobló con un crujido.

«Sinuhé».

En la mente de Akenón apareció el nombre de su hijo mientras su mirada vagaba por las penumbras del techo del almacén.

«Sinuhé...».

Había sido Ariadna quien insistió en que el pequeño se llamara como el padre de Akenón. Él le dijo que escogiera el nombre y ella quiso que llevara el de su abuelo paterno, como era costumbre en Grecia.

Akenón visualizó a su pequeño, tan parecido a él pero con los grandes ojos verdes de su madre.

«He de salvarlos».

Tomó aire lentamente y se esforzó por ladear el cuerpo. Escupió la sangre que le llenaba la boca antes de continuar moviéndose. Al ponerse a cuatro patas gruñó de dolor y se quedó en esa posición con los brazos temblándole, sintiendo que iba a caer de nuevo.

«Sinuhé, Ariadna».

Avanzó penosamente hasta la pared y se apoyó en ella para incorporarse. Irguió el cuerpo poco a poco y se quedó apoyado mientras su vista se aclaraba.

A sus pies había dos estibadores muertos y otro que todavía gemía aunque no se movía. Recordó que en una esquina del almacén estaba Asdrúbal, inconsciente o quizás también muerto.

«Tengo que detener a Glauco antes de que sepa que lo he descubierto».

Salió del almacén tambaleándose. Le resultaba tan doloroso inspirar que apenas conseguía que entrara aire en sus pulmones. Su visión se oscureció, notó que caía y se encontró de rodillas

luchando por respirar.

CAPÍTULO 49

Cartago, 507 a. C.

Sikar entró en el almacén con la espada desenvainada.

Había tenido que amenazar a los dos guardias que custodiaban las mercancías. Algunos de sus hombres portaban antorchas y comenzaron a recorrer el interior en busca de Akenón. Las llamas anaranjadas revelaron planchas de plomo apiladas, paquetes de lino fino, innumerables tarros de perfume y grandes montones de madera

de ébano.

Sikar contempló con codicia elpreciado ébano y los valiosos perfumes. En algunos almacenes del puerto se acumulaba una riqueza considerable. Sólo se podía encontrar un tesoro mayor en las cámaras subterráneas o en las salas interiores de gruesos muros de las mansiones de algunos comerciantes, donde se guardaban el oro, la plata y las piedras preciosas. Sikar sintió la urgencia de continuar, pero dejó que fueran sus hombres los que inspeccionaran el resto del almacén mientras acariciaba un pequeño tarro de perfume elaborado con cristal de roca.

«Debe de ser muy valioso». Jugó

con la idea de llevárselo, pero finalmente la desechó. Donde le gustaría poder llevar a cabo una inspección era en los almacenes de los cambistas. Sin embargo, aunque los cambistas solían realizar su imprescindible actividad en el puerto, guardaban a buen recaudo la mayoría de sus riquezas, compuestas en buena parte por las diversas monedas que llegaban en gran número a Cartago procedentes de todo el mundo conocido: las tetradracmas de plata de Siracusa, con la imagen de una cuadriga en movimiento; las dracmas de Atenas conocidas como las lechuzas del Laurión; las finas monedas de bordes ornamentados de la Magna Grecia, como

la dracma de Metaponte con la espiga, la de Crotona con el águila o la de Síbaris con el toro; los daricos de oro de Darío de Persia, que mostraban la imagen del rey arquero; las creseidas del desaparecido Creso de Lidia; los siclos de plata de los medas...

«Basta de soñar». Se volvió hacia sus hombres. Estaban regresando apresuradamente desde el fondo del almacén.

—Vamos al siguiente.

Salieron al aire cálido de la noche y se dirigieron corriendo hacia el edificio aledaño. Ya habían dejado atrás la mitad de los almacenes de esa zona del puerto.

Sikar contempló de nuevo la

posibilidad de que encontraran a Akenón muerto.

«Drogo se enfurecería por no haber podido acabar con él con sus propias manos, aunque al menos no podrá acusarme a mí de haberlo matado».

El cadáver de Akenón quizás serviría para apaciguar a Drogo, pero Sikar prefería no arriesgarse a sufrir la ira del comandante. Haría todo lo posible por encontrar al egipcio y arrojarlo a los pies de Drogo.

Akenón, arrodillado en el suelo, abría la boca intentando tragar aire sin conseguir apenas el suficiente para

mantenerse consciente.

Levantó la mirada al cielo. La luna llena casi no se distinguía entre las nubes, pero su resplandor era suficiente para revelar que parte de sus ropas y su cuerpo estaban empapados de sangre.

Algo le llamó la atención a su izquierda. Al girar la cabeza distinguió un grupo de hombres iluminados por las antorchas que llevaban. Entraron corriendo en un edificio a unos doscientos pasos de distancia.

Akenón se esforzó por pensar con claridad. Aquellos hombres no parecían marineros, sino...

«¡Hombres de Drogo!».

Apoyó una mano en el suelo y logró

ponerse de pie a pesar del dolor. El esfuerzo empapó de sudor su rostro. Llegó a la esquina más cercana arrastrando los pies y continuó hacia la parte de atrás del edificio.

«Drogo quiere celebrar su nombramiento vengándose de mí. — Continuó avanzando con una mano agarrándose el costado. Las costillas crujían a cada paso—. Y si me cruzo con otro hombre de Asdrúbal puedo darme por muerto».

Su cuerpo le gritaba que se detuviera para descansar, pero sabía que no sería capaz de volver a levantarse. Atravesó el puerto palmo a palmo, sin levantar los pies del suelo, hasta que consiguió

llegar a la cuadra donde había dejado su caballo.

—Ayúdame a montar —requirió con un susurro débil al mozo de cuadras.

El chico abrió mucho los ojos al verlo ensangrentado, pero hizo lo que le pedía sin decir una palabra. Cuando salió de la cuadra, Akenón volvió la cabeza y vio que el mozo salía corriendo.

«Va a decírselo al dueño de la cuadra... o a una patrulla».

Espoleó el caballo para alejarse al galope, pero inmediatamente lo refrenó a un trote moderado. Cada movimiento del animal desataba un suplicio insoportable en su costado. Siguió

avanzando manteniendo los músculos apretados en todo momento, tenía la sensación de que si los destensaba un instante el vaivén haría que las costillas astilladas terminaran de destruirlo por dentro.

El dolor no le dejaba pensar mientras cabalgaba, pero el instinto lo guiaba hacia su casa. Lo primero era poner a salvo a su familia, después se encargaría de avisar a Eshdek para que arrestaran a Glauco. Kush era un buen protector contra los rateros de los mercados pero no podría hacer nada contra asesinos profesionales.

Su montura se detuvo. Akenón había recorrido inconsciente el último trecho y

tardó unos segundos en darse cuenta de dónde estaba.

«Mi casa». Sus labios se movieron sin emitir sonido.

Bajó del caballo y cayó al suelo. Al gemir de dolor su garganta borboteó sangre. La escupió en la tierra y se puso de pie agarrándose al animal.

—Ariadna.

Apenas oyó su propia voz. El esfuerzo de hablar hizo que se le clavarán cien cuchillos en el pecho. Avanzó a trompicones, doblado sobre sí mismo, y entró en el patio de su mansión.

—Sinuhé... Ariadna...

El patio estaba vacío, en la casa no

se percibía ningún movimiento. Era muy extraño que Ariadna no hubiera salido al oír el caballo. Akenón se tambaleó en medio del patio, con sus ropas ensangrentadas iluminadas por las lámparas de aceite. Cerró los ojos atento a cualquier sonido.

Silencio.

Abrió los ojos sintiendo la dentellada del pánico y se abalanzó hacia el interior de la vivienda.

—¡Ariadna!

CAPÍTULO 50

Madrid, España, actualidad.

«Dile que te diga quiénes fueron Ariadna y Akenón...».

Daniel contempló la pantalla silenciosa de su teléfono móvil y su mano comenzó a temblar.

«Irina te ha engañado, Daniel».

La onda expansiva de las palabras de Elena siguió extendiéndose por su mente. No quería aceptarlo, se decía que por qué iba a creer a Elena si apenas la conocía... pero lo invadió una sensación

de vértigo, de dolor, de miedo.

Apoyó el teléfono en la mesa y se quedó mirando al vacío. Recordó el deseo de besar a Irina la noche en que se conocieron, la alegría intensa cada vez que volvía a verla, el placer de abrazarla desnudos... cada recuerdo que acudía a su mente perdía el brillo y se agrietaba.

«¿Todo ha sido mentira?».

Le sorprendió una oleada de rabia, hacia Irina, hacia Elena... Cogió el teléfono, buscó el número del móvil de Elena y llamó.

Saltó el buzón de voz.

Pensó en llamar a Irina, pero antes quería saber todo lo posible. Entró en

Internet, accedió al área reservada a socios de Mensa España y desde allí a la sección de datos personales.

«Aquí está».

Elena, como casi todos los socios, había facilitado su número de teléfono fijo. Se apresuró a marcarlo, pero sonó varias veces y después saltó el buzón.

—¡Mierda!

El reloj de la pantalla marcaba las 12:44. Todavía faltaba más de una hora para que Irina saliera de trabajar... «si es que es verdad que está trabajando».

Cogió de nuevo el teléfono, lo sostuvo con la respiración agitada y volvió a dejarlo.

«No voy a avisarla», se dijo

apretando la mandíbula. Si cogía desprevenida a Irina le resultaría más difícil urdir una mentira.

Los minutos pasaron con una lentitud insoportable. Daniel intentó relajarse, pero no consiguió que su corazón bajara de ciento veinte pulsaciones. Poco a poco fue calando en él una preocupación nueva. Le había angustiado tanto lo de que Irina lo había engañado que casi no había reparado en otra cosa que había dicho Elena:

«Corres un grave peligro...».

Arrugó el entrecejo. «¿Qué ha querido decir con eso? ¿Irina quiere hacerme daño?». Aquello era una locura, y no había manera de aclararlo

hasta que hablara con Irina.

Intentó contactar varias veces más con Elena, tanto al fijo como al móvil, siempre con el resultado de que saltaba el buzón de voz.

A la dos en punto le llamó Irina.

—Cariño, acabo de salir. Estaré allí en diez minutos.

—Muy bien. —Daniel se esforzó por resultar natural—. Te esperaré en la calle.

—Tengo muchas ganas de que nos vayamos de viaje. —El suave acento ruso que tanto gustaba a Daniel se acentuó cuando Irina continuó en voz baja—: Va a ser nuestra pequeña luna de miel.

Daniel apretó los párpados y tardó unos instantes en responder.

—Me muero de ganas. Nos vemos en diez minutos. Un beso, cariño.

Se oyó el sonido de un beso al otro lado de la línea e Irina colgó.

CAPÍTULO 51

Madrid, España, actualidad.

Douglas Harper acarició distraídamente su barba blanca y bien recortada. Llevaba un rato reflexionando sobre Daniel Martín y Elena Pastor. Los dos jóvenes estaban destinados a tener un papel protagonista en los acontecimientos que se avecinaban.

Se levantó de la butaca y cerró la puerta de su despacho desde dentro. Caminó hasta la pesada caja fuerte empotrada en la pared de piedra y las

arrugas de sus ojos se acentuaron. Eran lo único que revelaba la agitación que experimentaba cada vez que abría aquella caja.

Tecleó un código de nueve cifras. Volvió a pasarse la mano por la barba mientras escuchaba el roce metálico del mecanismo de apertura. Hubo un segundo de silencio y la puerta se entreabrió con un suave chasquido.

Douglas tiró del asa de la puerta exponiendo a la luz el contenido de la caja fuerte.

«La historia de la Hermandad».

En el suelo de la caja había varios estuches cilíndricos de madera oscura. Todos ellos tenían más de dos mil años

de antigüedad. Sobre el estante central reposaba un objeto grande envuelto en una tela de lino. Douglas lo cogió y lo depositó con cuidado en su escritorio. Retiró la tela y se detuvo un momento para contemplar el objeto, un grueso códice de tapas de madera agrietada.

—*El Libro de las Crónicas* —
murmuró.

Desde la fundación de la Hermandad, los sucesivos líderes habían dejado por escrito los principales acontecimientos de la época en la que habían dirigido la organización. Veinticinco siglos de lucha con los seguidores de Khaos se encontraban narrados en cientos de

pergaminos de letra apretada, escritos en el griego antiguo que utilizaba Pitágoras, y que Douglas dominaba igual que los anteriores líderes que había tenido la Hermandad.

En una esquina del escritorio, una lámpara de mesa emitía una luz blanca y suave que bañaba el códice y dejaba en penumbras el resto del despacho. Antes de abrir el libro, Douglas desplazó la mirada a los cilindros de madera que divisaba a través de la puerta abierta de la caja fuerte. Los primeros seis siglos de la guerra entre la Hermandad y los khaosianos habían sido recogidos en rollos de pergamino que se conservaban en aquellos estuches. En el primero se

narraban los acontecimientos que dieron lugar a la fundación de la Hermandad.

«Desde los primeros enfrentamientos hasta la muerte de Khaos, Pitágoras, Ariadna y Akenón».

Conocía el contenido de cada uno de los pergaminos. Las crónicas de los líderes de la Hermandad relataban su expansión silenciosa por el mundo antiguo creando una red de vigilancia, siempre atentos a la aparición de nuevos grupos de khaosianos. Los hechos se repetían una y otra vez de un modo similar. De pronto aparecían uno o varios khaosianos causando un conflicto, o aprovechándose de alguno ya existente, para apoyar a uno de los

bandos en liza y hacerse con el poder de un gobierno u otra organización influyente.

Uno de los últimos estuches cilíndricos contenía un pergamino escrito por Euticles, cabeza de la Hermandad en la primera mitad del siglo I a. C. Euticles sospechaba que algunos seguidores de Khaos se habían infiltrado en la revuelta de esclavos que lideraba Espartaco en territorio romano. Se internó con algunos hombres de la Hermandad entre los esclavos que seguían a Espartaco, y descubrieron que los khaosianos ya estaban controlando el destino de aquella revuelta. Espartaco llevó a los esclavos hasta los Alpes, con

intención de cruzarlos y así escapar de Roma y conseguir la libertad definitiva, pero los khaosianos convencieron a los otros líderes de la rebelión para dar la vuelta y atacar la ciudad de Roma frontalmente.

«Cien mil esclavos podían haberse salvado», pensó Douglas.

Los seguidores de Khaos siempre convencían a grandes masas de hombres para que arriesgaran sus vidas intentando hacerse con un poder que acabaría en manos de los khaosianos. A lo largo del tiempo, varios líderes de la Hermandad habían sido testigos de arengas de hombres de Khaos cuyas palabras parecían hechizar a las

multitudes que los escuchaban.

Douglas, contemplando el estuche que recogía la crónica de Euticles, recordó una sentencia que se atribuía a Pitágoras: «Las palabras grandilocuentes enardecen a las masas, pero desgracian a los pueblos».

En aquella ocasión la Hermandad acabó con los khaosianos antes de llegar a Roma, gracias a lo cual el ejército de esclavos de Espartaco no intentó tomar la ciudad, lo que hubiera sido un suicidio. No obstante, eso no fue suficiente para salvar la vida de aquellos desgraciados. La decisión de no cruzar los Alpes supuso finalmente el exterminio de todos los hombres que

seguían a Espartaco, que por mucho que lo intentaron no tuvieron una segunda oportunidad de abandonar la península itálica.

Douglas retornó su atención al grueso códice. Se puso unos guantes que sacó del primer cajón de su escritorio y apartó la cubierta de madera utilizando las dos manos. Las páginas que tenía ante sí, de color amarillo oscuro, eran pergaminos realizados con piel de becerro recién nacido, lo que les otorgaba especial lisura y delgadez.

Pasó los primeros pergaminos y se detuvo un momento.

«Lucinio».

Comenzó a leer el texto, pero tuvo

que sacar sus gafas del bolsillo de la chaqueta. Aunque tenía sesenta y dos años y estaba en buena forma, las gafas para ver de cerca y la barba y el pelo blancos le otorgaban un engañoso aire de ancianidad.

En aquel pergamino se narraba uno de los magnicidios llevados a cabo por los khaosianos. En el año 363 el emperador romano Juliano *el Apóstata* se encontraba de campaña contra los persas, después de haber restaurado como religión oficial del imperio el culto a los viejos dioses griegos. Juliano era además un admirador de la filosofía de Pitágoras. En una escaramuza contra los persas, uno de los propios hombres

de Juliano, con los bolsillos llenos del oro de los khaosianos, aprovechó la confusión para clavarle por la espalda una lanza que acabó con su vida.

Douglas siguió pasando páginas con los guantes, sujetando los pergaminos con delicadeza. A veces transcurrían un par de años antes de que los khaosianos reaparecieran. En otras ocasiones eran décadas, pero invariablemente resurgían. El Documento que Khaos había enviado a Glauco de Síbaris, pacientemente grabado en un millar de cuencos de madera, mantenía su poder a lo largo de los siglos.

«La Hermandad nunca ha conseguido encontrarlo».

Hasta ahora habían logrado detener a los khaosianos antes de que acumularan tanto poder que se volvieran invencibles, pero mientras no encontraran y destruyeran el Documento —todas las copias que existieran de él— la amenaza permanecería intacta. Los khaosianos y su ominoso símbolo del pentáculo invertido reaparecerían una y otra vez, como lo habían hecho a lo largo de toda la historia.

Douglas se detuvo en el pergamino en el que se iniciaba la crónica de Bernardo de Provenza. Era uno de los mejores ejemplos de que la organización

de Khaos alentaba las matanzas como medio de ganar influencia. Los khaosianos sabían que el mejor modo de controlar a los hombres es conseguir que se dejen llevar por el lado salvaje de su naturaleza. Eran conscientes de que la violencia resuena de un modo ensordecedor en el espíritu humano, y de que un hombre que ya ha matado una vez es mucho más probable que vuelva a matar.

Aquella crónica ejercía una fascinación especial sobre Douglas. La narración de Bernardo abarcaba toda la primera cruzada. En el año 1095, el emperador bizantino Alejo había pedido ayuda al papa Urbano II contra los

turcos. El Papa respondió predicando a toda la cristiandad que se movilizara para recuperar Jerusalén de manos musulmanas. La intención de Urbano era reparar el cisma que en 1054 había dividido en dos la Iglesia cristiana. Él encabezaba la Iglesia de Occidente —la Iglesia de Roma—, pero quería erigirse también como líder de la Iglesia de Oriente, que ahora gobernaba el Patriarca de Constantinopla.

La acogida que tuvo el llamamiento del Papa superó todas las expectativas. Decenas de miles de personas se pusieron en marcha hacia el este, agrupados en distintas oleadas. Miles de caballeros y pequeños nobles

abandonaron sus lugares de origen, pero la mayoría de los peregrinos eran soldados pobres y campesinos con sus mujeres y niños. Las promesas de tierras y riquezas atraían a todos, al igual que el perdón de los pecados que el Papa ofrecía a quienes pusieran sus pies en el Santo Sepulcro de Jerusalén o murieran en aquella expedición.

Bernardo de Provenza consideró que aquella inmensa peregrinación armada, que además estaba imbuida de fanatismo religioso, era el contexto ideal para que los khaosianos intentaran de nuevo adquirir poder. Envío varios miembros de la Hermandad para vigilar a los hombres que comandaban cada facción

del ejército cristiano. Pasaron casi dos años hasta que recibió una carta desde Antioquía confirmando sus sospechas. Entonces se puso en marcha con la mayoría de los hombres de la Hermandad.

Douglas fijó su vista en el pergamino amarillento y leyó la apretada escritura de letras griegas.

«Al llegar a Antioquía, descubrimos que nuestros hombres habían partido hacia Jerusalén siguiendo al grueso del ejército. Fuimos tras ellos y en Jerusalén nos encontramos con la ciudad sitiada por los

cristianos. Habían pasado seis días desde las calendas de julio y el sol parecía querer prender fuego al desordenado conjunto de campamentos —cada grupo de nobles montaba un campamento separado del resto—. Todos los días morían varios hombres de hambre y sed. Algunos habían sacrificado sus monturas para beberse la sangre, y otros muchos bebían sus propios orines.

Cuando localizamos a nuestros hombres, nos informaron de que habían identificado a siete khaosianos,

cuyo líder destacado era Enrico de Gante. Este hombre decía ser sacerdote, y había logrado una posición de confianza entre los principales nobles que encabezaban el ejército cristiano. Los nobles recelaban unos de otros, pero todos parecían respetar a aquel supuesto sacerdote».

—Enrico de Gante —musitó Douglas en la atmósfera silenciosa de su despacho. Con un dedo se colocó el puente de las gafas sobre el entrecejo fruncido y siguió leyendo la crónica de Bernardo de Provenza.

«Uno de mis hombres, que llevaba dos años en medio de aquel ejército, me explicó cómo había logrado Enrico aquella posición privilegiada:

—Había un hombre llamado Ademar de Monteil al que todos aceptaban como la máxima autoridad religiosa. Era obispo de Le Puy y había sido enviado por el papa Urbano, así que nadie discutía que Ademar fuera el jefe espiritual de los peregrinos. Sin embargo, murió el año pasado, creemos que por intervención de Enrico de

Gante. En los meses anteriores a su muerte, Enrico se ganó la confianza de Ademar y siempre se los veía juntos, hasta el punto de que muchos comenzaron a pensar que el Papa también lo había enviado a él. Por supuesto, los demás khaosianos se han ocupado de alimentar esa idea. Con Ademar muerto, creemos que si los cristianos consiguen tomar Jerusalén, Enrico será nombrado Patriarca de la ciudad.

Enseguida comprendí las aspiraciones de Enrico. Desde

el patriarcado de Jerusalén podría disputar al Patriarca de Constantinopla la posición de cabeza de la Iglesia cristiana de Oriente, y luego intentaría cumplir las aspiraciones del papa Urbano pero en sentido contrario. Esto es, unificar de nuevo las Iglesias cristianas de todo el mundo, pero el dirigente único de todos los cristianos no sería el papa Urbano, sino el propio Enrico. No le resultaría fácil conseguirlo, pero las crónicas de los grandes maestros que han guiado a la Hermandad a lo largo de los

siglos nos han enseñado que la capacidad de persuasión de algunos seguidores de Khaos es casi ilimitada».

Douglas asintió sin alterar el semblante, recordando la intervención determinante de los khaosianos en revoluciones, derrocamientos, magnicidios y guerras, siempre con el objetivo de controlar un gobierno, sentarse en un trono o liderar otra organización poderosa. En el caso del khaosiano Enrico de Gante, la intención de convertirse en cabeza de la Iglesia cristiana resultaba doblemente cínica, dado que el modo de gobierno que

preconizaba Jesucristo era muy similar al de Pitágoras, pero completamente opuesto al de Khaos. Tanto Jesucristo como Pitágoras sostenían que el poder implica responsabilidades, no derechos, como consideraba Khaos.

En la siguiente página, Bernardo de Provenza relataba que habían vigilado a Enrico con la intención de averiguar dónde escondía el Documento, el texto que Khaos había hecho llegar a Glauco.

«No podíamos acercarnos demasiado para no ser descubiertos; sin embargo, cuando llevábamos unos días vigilando a Enrico y sus

hombres, uno de estos se alejó del campamento a caballo. Conseguimos darle alcance y lo encerramos en una tienda. Lo atamos de pies y manos completamente desnudo, pues sabemos que los khaosianos prefieren suicidarse antes que revelar nada y para ello suelen esconder entre sus ropas una cápsula de veneno.

Intenté interrogarlo, pero su voluntad era demasiado firme. Entonces le obligamos a tragar una infusión de hierbas que aturden el entendimiento. Salí de la tienda dejando a tres

hombres vigilándolo y media hora más tarde regresé esperando que la infusión hubiera hecho efecto. El prisionero estaba de rodillas en el suelo, con las manos a la espalda y la cabeza agachada. No se había movido desde que me había marchado.

Al ver que no respondía a mis preguntas le hice levantar la cabeza. La boca se le abrió y salió una cascada de sangre. Al soltarlo cayó al suelo y con una arcada expulsó una cantidad enorme de sangre de su estómago. Sin emitir ni un

quejido se había destrozado la lengua con las muelas y había estado tragando la sangre para que los hombres que lo vigilaban no se percataran y trataran de detener la hemorragia. Lo intentamos entonces, pero ya no se podía hacer nada y murió en la siguiente hora.

Un par de días después llegaron al campamento nuevas tropas procedentes de Génova. Llevaban con ellos sus barcos desmontados, y con la madera se construyeron torres de asedio. Cuando estuvieron

terminadas las enviaron de noche a las murallas de Jerusalén. A la mañana siguiente, los primeros caballeros accedieron a la ciudad y comenzó la masacre de sus habitantes, sin distinguir entre musulmanes, judíos o cristianos.

Entramos en la ciudad siguiendo a Enrico y sus hombres con intención de enfrentarnos a ellos. No obstante, en todo momento se encontraban rodeados por decenas de caballeros que no eran khaosianos, pero que les

protegerían porque consideraban a Enrico un líder legítimo de su religión.

Enrico parecía un demonio, los ojos le brillaban con un odio apasionado que aparentaba no tener límites. Corría por las calles con la espada ensangrentada, seguido por una muchedumbre de hombres armados que enloquecían con sus continuos gritos.

—¡Deus vult! (¡Dios lo quiere!). —Aquel era el grito de guerra de los cristianos, que habían comenzado a gritarlo

cuatro años antes, al escuchar el discurso del papa Urbano en el Concilio de Clermont llamando a recuperar Jerusalén.

—¡Dios lo quiere! —gritaba Enrico cayendo sobre un grupo de musulmanes que trataba de rendirse.

—¡Dios lo quiere! —repetían sus hombres irrumpiendo en una casa y haciendo salir a hombres, mujeres y niños para decapitarlos en la calle.

El espectáculo era espantoso y nos resultaba casi

imposible contemplar tan viles asesinatos sin intervenir. Nuestro espíritu nunca dejará de sufrir por ello, pero no podíamos olvidar que nuestra misión consistía en acabar con los seguidores de Khaos e intentar hallar el Documento. De otro modo, las atrocidades que contemplábamos se multiplicarían por todo el mundo hasta que toda la humanidad adorara a Khaos como su único dios, y a sus discípulos como gobernantes supremos.

Al cabo de unas horas,

Enrico se detuvo jadeando. Los otros seis khaosianos y muchos soldados cristianos se detuvieron con él. Nosotros nos manteníamos a cien pasos. De pronto Enrico se irguió y señaló con la espada. Frente a él había una sinagoga de gran tamaño. A través de las puertas abiertas se veía una multitud de judíos que superaba el millar. Algunos soldados cristianos pasaban junto a las puertas sin atacar a los refugiados.

—¡Dios lo quiere!

Enrico gritó con fiereza invocando sin duda a su dios

Khaos. Echó a correr hacia la sinagoga arrastrando a la muchedumbre armada que lo acompañaba. Ordenó que atrancaran las puertas y que prendieran fuego al edificio. Nadie discutió sus órdenes. Poco después, junto a los gritos exaltados de ¡Dios lo quiere!, se elevaba hacia el cielo un alarido masivo de pavor y agonía, que se prolongó hasta que todo el techo se vino abajo».

Douglas leyó el siguiente pasaje notando que su agitación se

incrementaba, pese a que ya había leído la crónica varias veces. Bernardo narraba que durante el resto del día habían seguido a los khaosianos por Jerusalén. Los asesinatos y saqueos se sucedieron sin descanso. Había tantos cadáveres por las calles que resultaba imposible avanzar sin pisarlos. Al caer la noche llegaron a una enorme mezquita, construida sobre los restos del templo de Salomón, en cuyo tejado se habían refugiado cientos de musulmanes y judíos. Enrico se acercó con intención de repetir la masacre de la sinagoga, pero en esta ocasión encontró oposición.

«Algunos líderes cristianos

trataron de impedir las matanzas. Entre ellos se encontraban Tancredo de Hauteville y Gastón de Bearn. Para proteger a los habitantes de la ciudad que se habían refugiado en lo alto de la mezquita, les entregaron sus propios estandartes y colocaron soldados alrededor del edificio, en cuya puerta se apostaron ellos mismos. Enrico evaluó la situación y decidió no enfrentarse a ellos, pues Tancredo y Gastón eran respetados y contaban con muchos hombres.

Cuando se puso el sol, Enrico reunió en torno a él a los hombres que lo seguían y se tumbaron a descansar en la explanada que había frente a la mezquita. A lo largo del día se le habían unido más soldados y ahora lo rodeaban cerca de doscientos hombres. Nosotros nos instalamos en otro de los improvisados campamentos que se formaron en aquella explanada, esperando una oportunidad, pero Enrico organizó turnos de guardia. A pesar de que en teoría sólo era un sacerdote, sus órdenes

parecían hechizar a quienes lo escuchaban; aquellos hombres lo obedecían como si fuera el general de un pequeño ejército.

Durante la noche, la gran explanada siguió llenándose de hombres armados hasta sumar varios miles. Casi todos llevaban una cruz cosida en su ropa. Yo había oído varias veces que les gustaba denominarse “el ejército de Cristo”, pero pensaba con inquietud que si los planes de los khaosianos tenían éxito, con el tiempo aquella multitud sería recordada como “el ejército de

Khaos”.

Antes de que amaneciera, Enrico y los otros seis khaosianos recorrieron su pequeño campamento hablando a los hombres en voz baja. A una orden de Enrico, los doscientos hombres empezaron a andar hacia la mezquita. Iban en silencio, pero cuando estaban a cincuenta pasos de su objetivo Enrico se dio la vuelta y gritó:

—¡Dios lo quiere!

*—¡Dios lo quiere! —
respondieron todos como un solo hombre.*

Echaron a correr repitiendo una y otra vez su grito de guerra. Gastón de Bearn y Tancredo de Hauteville se habían retirado al caer la noche, y en la puerta de la mezquita apenas había una docena de soldados que fueron arrollados por los hombres que comandaba

Enrico.

Encontraron las escaleras que llevaban a la azotea e irrumpieron entre las aterrorizadas familias, que mostraron los estandartes de Tancredo y Gastón como si fueran escudos. De nada les

sirvió. Las espadas y cuchillos cayeron sobre ellos al grito de ¡Dios lo quiere!

La masa de refugiados intentó alejarse de sus atacantes. Los que llegaban al extremo de la azotea trataban de detenerse, pero el empuje de los que tenían detrás los hacía caer por el borde. La mezquita tiene en ese punto la altura de cuatro o cinco hombres, y los que se despeñaban perdían la vida o quedaban malheridos. Sin embargo, enseguida se formó un montón de cuerpos que amortiguaba la caída de los

siguientes, y algunos resultaron ilesos y escaparon corriendo. Enrico se percató de esto y bajó de la azotea con los otros seis khaosianos y algunos soldados. Se colocaron bajo la catarata de cuerpos que se precipitaban desde la azotea, y en ese momento nos arrojamos sobre ellos.

Enrico salió corriendo y yo me lancé tras él. Mis hombres y los suyos se quedaron luchando junto a la mezquita. Se internó por una callejuela y de pronto tuvo que detenerse. Las llamas estaban arrasando aquel

barrio. Sus únicas opciones eran adentrarse en un infierno o luchar conmigo.

Se volvió y me contempló con una sonrisa de desprecio.

—Eres Bernardo de Provenza, ¿verdad? —Antes de que yo respondiera continuó hablando—. ¿Crees que puedes enfrentarte a mí, miserable adorador de Pitágoras?

Enrico no era un hombre robusto ni me había parecido hábil en el manejo de la espada. Además yo le sacaba casi una cabeza, pero su expresión mostraba tanta seguridad como

odio. A su espalda había un decorado de llamas furiosas contra las que se recortaba su silueta como si fuera un demonio. Levanté mi espada y él me sorprendió bajando la suya. Con la otra mano sacó un cuchillo del cinto y su sonrisa se expandió mostrando los dientes apretados.

—¿Estás preparado para recibir el símbolo del dios Khaos?

Noté que su cuerpo se tensaba, preparado para lanzarse sobre mí, cuando el desconcierto invadió su rostro.

Dirigió una mirada perpleja a la flecha que sobresalía del centro de su pecho. Yo miré hacia atrás y vi a uno de mis hombres acercarse con un arco en la mano, preparando otra flecha.

Me volví de nuevo hacia Enrico.

—Si nos das lo que queremos quizás salves la vida.

Las casas que ardían a su espalda despedían un calor insoportable. El jubón de Enrico despedía hilos de humo blanco. Me miró inexpresivo durante un momento y luego me

sorprendió con una mueca burlona.

—El Documento. —Su voz sonó débil y cavernosa; la flecha debía de haberle atravesado un pulmón—. Quizás lo lleve encima. Ven a cogerlo.

Retrocedió rápidamente internándose en las llamas. Se detuvo en el umbral de una tienda de telas y se dio la vuelta para mirarnos mientras el fuego lo envolvía. Su cabellera larga y enmarañada estalló en una llamarada.

Estaba sonriendo».

Douglas respiraba aceleradamente. Bernardo de Provenza continuaba relatando que intentaron llegar hasta el cuerpo de Enrico, cuyos pies quedaron fuera de la tienda cuando se desplomó, pero el incendio siguió propagándose y tuvieron que alejarse. En aquella zona de Jerusalén las llamas fueron tan intensas que fundieron los objetos de oro y plata. Dos días más tarde, cuando rebuscaron entre las cenizas, sólo encontraron huesos calcinados y la espada de Enrico de Gante.

Douglas pasó el siguiente pergamino, luego otro y otro más. Allí se narraba el apoyo decisivo de los khaosianos al nombramiento del

antipapa Anacleto II en 1131. En aquella ocasión la Hermandad volvió a frustrar la ambición de la organización de Khaos. Siguió pasando pergaminos. En los siguientes doscientos años había habido bastantes enfrentamientos, pero el año 1348 marcó el inicio de una nueva era entre la Hermandad y los khaosianos.

«La peste negra lo cambió todo», pensó Douglas sin dejar de voltear pergaminos.

Apenas había habido enfrentamientos directos en los últimos siete siglos, y la sociedad de Khaos no había vuelto a infiltrarse en ninguna organización de poder.

El siguiente pergamino al que llegó Douglas se encontraba vacío.

«La crónica de Douglas Harper».

Aquella página del *Libro de las Crónicas* estaba en blanco, pero Douglas intuía que dentro de poco tendría mucho que escribir en ella.

«Quizás la última crónica».

Allí hablaría de Elena Pastor y Daniel Martín. Sabía cómo comenzaría el relato y cómo deseaba que terminara, pero no lo escribiría hasta que todo hubiese concluido.

Pasó la mano enguantada sobre la superficie del pergamino. De repente la pantalla del teléfono que tenía sobre la mesa se iluminó.

«Iván».

Descolgó y escuchó durante unos segundos con expresión preocupada.

—Ven a recogerme. Rápido.

CAPÍTULO 52

Madrid, España, actualidad.

Daniel bajó a la calle y se apoyó en un coche para esperar. Al momento se apartó y echó a andar. Llegó a la esquina y regresó de nuevo a su portal. Cuando había completado ese recorrido cuatro veces apareció el Toyota azul de Irina.

Daniel fue directamente a la puerta del copiloto, la abrió y se metió en el coche. Irina se inclinó hacia él para besarle, sonriendo como si todo fuera bien, como si no lo hubiera engañado.

—¿Qué ocurre? —preguntó cuando Daniel se mantuvo alejado. Entonces reparó en sus ojos enrojecidos—. Daniel, ¿qué te pasa, qué ha ocurrido?

«Parece tan sincera...». Daniel negó lentamente.

—¿Quién eres?

—¿Qué... qué quieres decir?

—Que me digas quién eres en realidad, y a qué has estado jugando conmigo.

—Cariño... —Irina alargó la mano hacia su mejilla. Su tono afligido era tan convincente como su expresión consternada.

Daniel apartó la cara y la mano de Irina se retrajo.

—Dime quiénes eran Ariadna y Akenón.

Irina se quedó paralizada. Bajó lentamente la mirada y su semblante se volvió inexpresivo. Al cabo de unos segundos volvió a mirarlo.

—Daniel, te he ocultado algunas cosas, pero te juro que he sido completamente sincera en mis sentimientos hacia ti.

—Ya. —«Dios, cómo me gustaría creerte»—. Estoy esperando una respuesta.

Irina apretó los labios y se quedó callada, buscando una fisura en su expresión rígida. Asintió despacio antes de responder:

—Ariadna era una hija del filósofo Pitágoras y Akenón era su esposo. Vivieron hace dos mil quinientos años... y fueron los primeros mártires de la organización a la que pertenezco.

Daniel tardó un momento en reaccionar.

—¿Qué...? —Meneó la cabeza—. ¿De qué coño estás hablando? ¿Qué organización es esa?

—La llamamos la Hermandad.

—¿La Hermandad? Joder, ¿eso que es, algún tipo de secta?

—No, Daniel, es todo lo contrario. Nosotros luchamos contra la sociedad de Khaos... un grupo de asesinos.

Daniel acusó el *shock* y se quedó en

silencio.

«Organizaciones de asesinos. — Entornó los ojos mientras la miraba—. Por eso Elena estaba tan asustada cuando me llamó para prevenirme».

Irina suspiró y continuó con voz triste, consciente de que Daniel no iba a perdonarla:

—Khaos fue el discípulo más brillante de Pitágoras. Un hombre que tras su apariencia de lealtad a la orden pitagórica ocultaba una naturaleza monstruosa. En realidad era un asesino despiadado y lleno de odio, con una inteligencia asombrosa y una desmesurada ambición de poder. Se decía que el Maestro... Pitágoras,

quiero decir, adquirió tal control sobre el cuerpo y la mente que podía ver el interior de las personas y sanar mediante imposición de manos. Las capacidades sobrehumanas de Khaos le permitieron superarlo y aprendió a dominar con su voz y su mirada la voluntad de los hombres.

Daniel tardó un rato en responder. La idea de que Irina estuviera loca cruzó por su mente.

—¿Me estás hablando de... brujería?

—No. Te estoy hablando de conocimiento y de carisma, del influjo natural que unas personas ejercen sobre otras pero desarrollado hasta niveles

que te resultarían inimaginables. De todos modos, apenas tenemos documentos de esa época y a veces se confunden leyenda y realidad. Lo que sabemos es que Khaos consiguió derrocar gobiernos y destruir ciudades, además de estar a punto de acabar con la orden pitagórica antes de que Akenón y Ariadna lo atraparan. Khaos pasó el resto de su vida encadenado a un remo, con la lengua arrancada y los ojos quemados. —Irina frunció los labios antes de continuar—. A pesar de eso, logró llevar a cabo su obra más perdurable.

—¿Encerrado, ciego y mudo? —El tono de Daniel era mordaz, aunque no

podía evitar cierto interés por el relato de Irina

—Se dice que Khaos pasó años haciendo marcas en los cuencos donde le daban la comida. Así escribió su terrible obra cumbre, lo que nosotros llamamos el Documento. Lo hizo llegar a un aristócrata de Síbaris llamado Glauco. No sabemos si este hombre ya trabajaba para Khaos o se convirtió en su discípulo a raíz de la lectura del Documento. Lo que sí sabemos es que el Documento recogía detalladamente los pasos que debían darse para culminar la venganza de Khaos contra Pitágoras y su entorno... además de instrucciones para el funcionamiento de su sociedad de

adeptos a través de los siglos.

—¿Estás diciendo que hoy, en el siglo XXI, hay una sociedad secreta cuyas acciones son determinadas por el documento que escribió un loco hace dos mil quinientos años?

Irina asintió pensativa. Se estaba acercando a un punto de la explicación donde sabía que Daniel se enfadaría aún más con ella.

—El Documento hace algo más que indicar a los seguidores de Khaos lo que deben hacer. A veces lo llamamos documento de abducción o documento de sectarización. Quien lo lee, si posee determinados rasgos, se convierte al credo de Khaos de modo inexorable.

Khaos creó un texto que produce un lavado de cerebro perfecto, mucho más profundo que lo que hace cualquier secta con las personas que capta.

Los ojos de Daniel se cerraron ligeramente mientras ataba cabos.

—Ya entiendo... Lo nuestro ha estado planificado desde el principio. Fuiste a la primera reunión de Mensa para contactar conmigo porque estáis interesados en mi proyecto sobre la mente y el cerebro... Me habéis espiado a través de Internet y tú eres la encargada de conseguir que desarrolle mi trabajo como a vosotros os interesa.

Puso la mano en el tirador de la puerta.

—Ya tenéis mi programa, eso no puedo evitarlo, pero no quiero volver a saber nada de ti ni de tu hermandad de locos en mi vida.

—Daniel, espera. —Irina apoyó una mano en su pierna.

—No me toques. —Abrió la puerta bruscamente—. Me has engañado del modo más miserable. —Apoyó un pie en el asfalto y se giró para salir, pero encaró de nuevo a Irina—. Además, al hacer que trabajara para vosotros sin saberlo, me has puesto en el punto de mira de tus enemigos. Dices que te importo y has estado poniendo mi vida en peligro sin avisarme... ¿o tal vez yo era el cebo para cazar a alguno de tus

asesinos?

—Daniel, por favor.

—Vete a la mierda.

Cerró dando un portazo y se alejó corriendo.

Organizaciones milenarias de asesinos, Pitágoras, documentos que lavaban el cerebro... todo aquello era una maldita locura. El problema era que tanto Elena como Irina habían conseguido que pareciera muy real.

Daniel continuó alejándose sin saber hacia dónde iba, por la pura necesidad de escapar de Irina y del dolor que le había causado. Siguió corriendo hasta que los pulmones le ardían y entonces se apoyó en un árbol intentando recuperar

la respiración. Cuando alzó la vista le sorprendió descubrir cuánto se había alejado de su casa.

«¿Adónde voy ahora?». No pensaba regresar a su piso en todo el día. Lo último que quería era encontrar a Irina esperándolo.

Anduvo un rato sin rumbo fijo, hasta que decidió dónde quería ir. Volvió a echar a correr y diez minutos más tarde se detuvo frente a un portal.

«Aquí es».

Apretó varias veces el botón de un piso y se quedó mirando a la cámara de vídeo del telefonillo.

«Vamos, vamos, vamos...».

Nadie respondió, pero sonó un

zumbido y se abrió la puerta.

CAPÍTULO 53

Cartago, 507 a. C.

Ariadna se estremeció al oír el crujido del cuello de su hijo.

—¡Sinuhé!

Mientras corría hacia él vio que el pequeño se congestionaba. Un instante después lanzó un fuerte chillido de dolor. Ariadna se llevó la mano a la cintura sin dejar de correr, extrajo su cuchillo y al llegar a la altura de su hijo siguió avanzando. El guardia que había atravesado a Kush la miró alarmado y

dio un tirón a su espada. No consiguió extraerla del cuerpo del esclavo. Entonces soltó la empuñadura e intentó protegerse, pero no fue suficientemente rápido y el cuchillo de Ariadna le atravesó la nuca.

El guardia emitió un sonido ronco a la vez que sacudía la cabeza. Su laringe se partió en dos contra el filo del cuchillo, que se desprendió de las manos de Ariadna. El hombre cayó hacia atrás con el arma incrustada en el cuello.

Ariadna dio media vuelta y se agachó con una agilidad sorprendente para estar en mitad de su embarazo. Agarró la túnica de su hijo, que seguía

llorando a gritos, y lo levantó de un tirón. Se lanzó hacia la puerta y vio a Glauco con el rabillo del ojo. El sibarita la miraba con cara de sorpresa; un segundo después se puso a gritar con la voz rebotante de odio.

—¡Cogedla! ¡Cogedla!

En el umbral de la sala se insinuó una sombra justo antes de que Ariadna saliera. Estrechó con más fuerza a Sinuhé, agachó la cabeza y embistió con todas sus fuerzas golpeando en la boca del estómago a un guardia que llevaba la espada desenvainada. El hombre cayó con un gemido sordo. Ariadna giró a la izquierda y echó a correr, oyendo los gritos de Sinuhé junto a su oído y los de

Glauco a su espalda, cada vez más amortiguados.

El pasillo por el que corría estaba en penumbra, pero al fondo veía el patio iluminado por antorchas y un poco más allá la puerta exterior completamente abierta. Dos guardias charlaban distraídamente apoyados en el muro interior, a un par de pasos de la salida. Ariadna sintió un atisbo de esperanza al darse cuenta de que no reaccionarían a tiempo para evitar que alcanzara la calle.

Akenón entró en su mansión dando tumbos.

«¿Dónde están!?».

En la cocina encontró dos lámparas de aceite encendidas, otra apagada humeando y sobre la mesa de piedra había comida a medio preparar. Cogió una lámpara y entró en su dormitorio. Todo estaba revuelto, sus pertenencias amontonadas en el suelo, era evidente que alguien había registrado la vivienda. Con una ansiedad creciente buscó señales de lucha sin encontrarlas.

Salió del dormitorio, recorrió las distintas estancias y al terminar se apoyó en una pared.

«¿Han escapado o se los han llevado?».

Se imaginó a su hijo con un cuchillo

apoyado en el cuello. Ariadna y Kush no habrían ofrecido resistencia si alguien amenazaba la vida de Sinuhé.

Apretó los párpados para contener las lágrimas. Ni siquiera sabía quién había estado allí: los soldados de Drogo, hombres de Glauco, otros cómplices de Khaos...

Salió al patio y tuvo que detenerse para toser. Lo hizo procurando que su pecho se agitara lo menos posible, cada movimiento era como si lo desgarraran. Al acabar se limpió la boca y a la luz oscilante de las lámparas advirtió el rojo vivo de la sangre resbalando por su mano.

Alzó la vista y vio el caballo

detenido junto a la puerta. Volvió a bajar su rostro sudoroso y se obligó a adelantar una pierna, después la otra...

«Debo llegar a casa de Eshdek».

Ariadna corría hacia el patio con la boca de Sinuhé apretada contra el hueco de su clavícula, intentando que sus gritos no alertaran a los guardias. Le angustiaba que su hijo pudiera haberse partido el cuello al caer, pero lo más urgente era escapar.

Cuando iba a alcanzar el exterior, su carrera se interrumpió súbitamente al tiempo que estallaba un dolor lacerante en su mano y en su pecho.

Dos guardias habían oído los gritos de Glauco y acudían a socorrerlo desde el patio. Uno de ellos iba armado con una lanza y la había bajado de un modo instintivo al ver que alguien emergía bruscamente del pasillo. La punta de hierro entró por el dorso de la mano izquierda de Ariadna y se detuvo al chocar contra las costillas de la parte alta de su pecho.

En su recorrido entre la mano y el pecho de Ariadna, traspasó el torso de Sinuhé.

El pequeño lanzó un grito tan agudo que no parecía humano. Un segundo después, mientras el guardia apartaba la lanza con el niño ensartado, se hizo el

silencio. Sinuhé miraba a su madre sin respirar; Ariadna tampoco era capaz de tomar aire, atrapada en el espanto de ver morir a su hijo.

No notó que su mano se rasgaba al apartarse la lanza, ni que el segundo hombre se le acercaba con una antorcha en la mano.

El guardia hizo ondear la antorcha y la estrelló contra la sien de Ariadna.

CAPÍTULO 54

Madrid, España, actualidad.

Iván notaba sus sentidos agudizados, como siempre que se encontraba en modo *cacería*. Sus dedos sujetaban el volante y le transmitían con precisión la flexibilidad del cuero. Estaba parado en un semáforo y percibía el peso de sus dos armas en las fundas de los tobillos. Su instinto evaluaba al momento a cada persona que cruzaba delante de él, caminaba por las aceras o conducía un vehículo de los que lo rodeaban.

Se sentía intensamente vivo.

Paradójicamente, la primera vez que se sintió así fue con quince años, en la época en que mataron a su madre. Era 1993 y vivían en Sarajevo. Iván llevaba varios días con fiebre y su madre decidió arriesgarse a salir del edificio en ruinas donde residían para intentar conseguir antibióticos. Había oído que una enfermera había conseguido varias cajas de un hospital bombardeado antes de que las llamas lo consumieran.

El problema era que aquella enfermera vivía al otro lado de la avenida de los Francotiradores.

Su madre había querido ir hacía dos días, pero Iván se lo había impedido.

Sin embargo, su temperatura siguió subiendo y una de las veces que despertó en medio de un delirio febril se dio cuenta de que la mujer que se encontraba a su lado era una vecina.

—¿Dónde está mi madre?

—Tranquilo, descansa, enseguida vendrá.

—¡Mamá! —Iván se levantó rápidamente y cayó al suelo con la vista nublada.

—Se fue hace media hora, Iván. Es mejor que la esperes en la cama. Hace mucho frío.

Iván se dejó caer sollozando en el colchón del suelo. El bulevar Mese Selimovica, ahora conocido como

avenida de los Francotiradores, era una calle amplia y céntrica que a diario recibía cientos de disparos desde sus altos edificios y desde las colinas cercanas. Antes un lugar agradable para pasear, ahora sólo te aventurabas en ella si era absolutamente imprescindible, y entonces lo hacías corriendo con todas tus fuerzas y presintiendo en tu cuerpo, como una quemazón, los diferentes sitios donde una bala podía estar a punto de atravesarte.

La espera se prolongó de un modo lento, insoportable. Iván vomitó varias veces en un bote que sostenía la mujer que lo acompañaba. Después cayó en un sopor entreverado de pesadillas, y

cuando emergió de nuevo a la consciencia leyó en el rostro de su vecina que su madre había muerto.

Tiempo después se enteró de que su madre había conseguido cruzar y hacerse con los antibióticos. Quizás los francotiradores no estaban suficientemente atentos, pero debían de haber colocado el dedo en el gatillo esperando su regreso. La madre de Iván desoyó el consejo de que esperara unas horas a que se hiciera de noche. Quería que su hijo tomara la medicina cuando antes. Ni siquiera llegó a dar diez pasos antes de que una bala de gran calibre le reventara el pecho.

Iván sobrevivió gracias a los

cuidados de aquella vecina. También fue una suerte que lloviera bastante, lo que le permitió una alimentación sustanciosa de caracoles hervidos en agua de lluvia junto al habitual arroz. Una semana después, cogió el puñal de doble filo que solía llevar pensando que así protegía a su madre —el mismo puñal que ahora llevaba pegado a su tobillo derecho—, esperó a que se hiciera de noche y abandonó su refugio en ruinas ciego de venganza.

«Esa noche me convertí en un asesino».

La suerte que le faltó a su madre la tuvo él cuando se arrastró metro a metro por la colina más cercana hasta llegar a

la posición de un francotirador que se había adelantado más de lo habitual. El hombre estaba sentado en una silla plegable con asiento de tela. Se encontraba inclinado hacia delante, mirando por la mira telescópica de un rifle que apoyaba en un trípode y que a Iván le pareció enorme.

Lo observó agazapado mientras el hombre movía el rifle lentamente de un lado a otro, escudriñando la avenida de los Francotiradores desde su posición privilegiada. Un par de veces levantó la cabeza y miró alrededor antes de inclinarse de nuevo sobre su arma. De pronto se quedó rígido, murmuró algo y acercó el dedo al gatillo. Iván se

incorporó conteniendo la respiración y avanzó despacio con el cuchillo en la mano. Sus pasos eran cortos y tenían una elasticidad felina. Miraba fijamente al punto de la espalda donde quería clavar el puñal. De repente sonó un estampido. El francotirador accionó el cerrojo del rifle para meter otra bala en la recámara. Iván incrustó la hoja del puñal en su espalda esperando llegar al corazón. Sonó otro estampido. Iván sacó y volvió a clavar el cuchillo, pero el hombre ya se estaba desmoronando hacia delante arrastrando el rifle.

Se quedó paralizado. El francotirador había muerto sin llegar a decir una palabra. Miró en derredor y se

alejó con sigilo, sintiendo una euforia creciente, sabiendo que a partir de entonces se dedicaría a lo que había hecho esa noche.

«Douglas salvó mi alma».

Iván miró de reojo al hombre que estaba sentado en el asiento del pasajero y experimentó una corriente de respeto y agradecimiento. Douglas Harper, atractivo y enérgico pese a tener más de sesenta años, estaba observando la pantalla de su teléfono. Habló sin levantar la cabeza.

—Daniel Martín acaba de llegar a casa de Elena Pastor.

—Muy bien, señor. —Iván miró hacia delante y pisó con fuerza el pedal

del acelerador.

CAPÍTULO 55

Madrid, España, actualidad.

Daniel ascendió hasta el cuarto piso saltando los escalones de tres en tres. Se acercó jadeante a una puerta y esta se abrió antes de que llamara al timbre.

—Hola. —Elena lo miraba desde el umbral con una expresión triste y ojerosa—. Pasa.

Daniel entró en silencio en el pequeño apartamento. Elena cerró tras él y durante unos segundos se miraron en silencio, de pie en medio del salón.

—¿Cómo has sabido dónde vivía?

—Busqué tu número de teléfono en la web de Mensa, y también venía tu dirección.

Ella asintió sin responder. Daniel continuó:

—Acabo de hablar con Irina. Le he preguntado lo que me dijiste, que quiénes eran Ariadna y Akenón, y me ha contado una locura sobre la hermandad a la que pertenece y la sociedad de... Khaos con la que llevan siglos luchando.

—Ella desvió ligeramente la mirada y Daniel respiró hondo intentando calmarse—. ¿Cómo lo supiste? ¿Tú también perteneces a esa hermandad?

—No. —Le había dolido el tono

recriminatorio de su voz—. A mí me han utilizado igual que a ti.

Daniel escudriñó su expresión. Su mirada parecía suplicarle que creyera en ella. «Parece sincera... como Irina hasta esta mañana».

—Muy bien —dijo con más sequedad de la que pretendía—. ¿Qué más sabes de todo esto?

—Mucho más de lo que quisiera. —Levantó una taza vacía que tenía en la mano—. Voy a hacerme otra tila. ¿Quieres?

—No. Bueno, sí.

Entraron en la cocina y Elena comenzó a hablar mientras preparaba la infusión:

—Hace unos meses conocí a un hombre llamado Leonardo Rossi. —«Vaya —pensó Daniel—, comienza hablándome de su novio»—. Salimos juntos durante unas semanas. Después cortamos, pero su piso sufrió un incendio y le ofrecí que se quedara unos días en mi casa. Hace una semana lo asesinaron.

—¡Joder! —Una gélida sensación de peligro caló en Daniel. Ya no se trataba sólo de sectas obsesionadas con antiguas historias—. Lo... lo siento. ¿Cómo ocurrió?

—Fue aquí, en mi casa. Lo encontré en el dormitorio, tumbado en la cama boca arriba. Le habían atado las manos a

la espalda y tenía un cuchillo clavado en el corazón. Además, con el cuchillo le habían grabado un pentáculo en la frente.

Daniel se estremeció, impactado por aquella imagen cruenta.

—Has dicho que le... grabaron un pentáculo. ¿Te refieres a una estrella de cinco puntas?

—Sí, así es. —Elena lo miró intrigada—. ¿Has visto ese símbolo en alguna parte?

—Hace unos días alguien se metió en mis ordenadores e hizo aparecer un pentáculo.

—¿Tenía la punta hacia arriba o hacia abajo?

—Hacia abajo. —Todavía podía

visualizarlo cuando cerraba los ojos—. ¿Por qué?

Ella le dio una taza y bebió un sorbo de su tila.

—El pentáculo, con la punta hacia arriba, es el símbolo de Pitágoras y también de la Hermandad. Cuando está invertido, con la punta hacia abajo, representa a Khaos y a su sociedad de asesinos. Me temo que es una mala señal que te hayan enviado un pentáculo invertido. Los seguidores de Khaos deben de estar interesados en ti, como sospechaba la Hermandad. —Daniel entornó los ojos al escucharla—. Por eso hicieron que Irina contactara contigo.

—¿Cómo sabes eso?

—Sé mucho sobre la Hermandad. —

Elena salió de la cocina. Se sentó en una esquina del sofá del salón y Daniel lo hizo en una butaca a su lado. Ella prosiguió sin mirarlo—: Al día siguiente del asesinato de Leonardo, cogí un taxi para ir a casa de una amiga. El taxi se metió de repente en un garaje, me sacaron a la fuerza y me metieron en una furgoneta.

Daniel se sorprendió de nuevo. Había acudido buscando respuestas al engaño de Irina, lamentándose por sí mismo, y Elena le había contado que habían asesinado a su ex novio y que a ella misma la habían secuestrado. Sintió

el impulso de consolarla y desplazó una mano hacia ella, pero la detuvo antes de tocarla al ver la tensión en su rostro mientras recordaba.

Elena, sin que su voz cansada apenas reflejara emoción, le dijo a Daniel que lo primero que vio en la furgoneta fue un pentáculo como si flotara en el interior del vehículo. Cuando dejó de debatirse se dio cuenta de que estaba contemplando la pantalla de un ordenador portátil. El pentáculo era la imagen en pausa de una película.

—Elena —le había dicho una voz grave y rasposa—, por favor mira este

vídeo.

La ayudaron a sentarse en el suelo de la furgoneta y alguien apretó una tecla del portátil. El pentáculo se alejó, revelando que se trataba de un tapiz colgado en la pared de una sala grande. Dos hombres entraron en el foco de la cámara y uno comenzó a hablar.

—Elena, si estás viendo esta película probablemente sea porque me ha sucedido algo. —Elena descubrió asombrada que el hombre que hablaba en la pantalla era Leonardo—. Eso significa que tú también puedes estar en peligro, y por ello te ruego que a partir de ahora confíes en Douglas, que es para mí como un hermano.

Leonardo señaló con una mano al hombre que había a su lado. Tenía el pelo muy encanecido, amplias entradas y una barba blanca recortada. En ese momento, alguien en la furgoneta pulsó una tecla del ordenador y la imagen se detuvo.

—Elena, mírame.

Ella se volvió hacia el hombre de la voz grave y descubrió que era la misma persona que acompañaba a Leonardo en la pantalla.

—Soy Douglas Harper, y Leonardo era mi hermano juramentado.

Elena apretó la espalda contra la pared metálica de la furgoneta. Miró a Douglas y luego al hombre sentado a su

lado. «Es el que conducía el taxi».

—Él es Iván —indicó Douglas—. También es nuestro hermano juramentado. —Iván inclinó la cabeza hacia ella en silencio, sin apartar sus ojos casi transparentes—. Somos miembros de una organización llamada la Hermandad.

Durante la siguiente hora estuvieron hablando dentro de aquella furgoneta. Elena comprendió que Douglas era el miembro de mayor grado de aquella hermandad. Douglas le habló de Pitágoras, y le contó que en su época el maestro griego había pretendido extender sus enseñanzas de modo que todos los estados se gobernaran según

sus principios de solidaridad y justicia. Desgraciadamente, un discípulo traidor llamado Khaos truncó todo aquello. Se convirtió en el principal enemigo de los pitagóricos, acabó con casi toda su influencia, y antes de morir elaboró y consiguió transmitir el Documento.

—Es un escrito con el que Khaos fundó una organización criminal que se ha mantenido activa desde la época de Pitágoras hasta nuestros días. —La voz de Douglas llenaba la atmósfera pesada de la furgoneta. Iván no había pronunciado ni una palabra—. Una organización que alberga dos objetivos: en primer lugar, acabar con todos los allegados y seguidores de Pitágoras; en

segundo lugar, seguir avanzando en el desarrollo de la capacidad de control sobre la voluntad ajena, con el fin último de someter a todos los seres humanos. Pitágoras aspiraba a crear una élite de gobernantes justos, Khaos quería que su organización convirtiera a todos los hombres en esclavos.

Douglas se inclinó hacia Elena.

—La Hermandad es el muro de contención de la sociedad de Khaos —dijo con un énfasis absorbente—. Si nosotros cayéramos, sus seguidores medrarían con rapidez y empezarían a hacerse con el control de gobiernos donde instaurarían las dictaduras más aplastantes que ha habido nunca. Al

final, toda la humanidad sería una gran secta en donde los khaosianos actuarían como si fueran dioses.

—¿Por qué me contáis todo esto? —preguntó Elena.

—Porque nuestros enemigos han asesinado a Leonardo, y eso significa que estás en peligro. —Douglas clavó en ella sus ojos de color ámbar—. Y porque necesitamos que nos ayudes a atrapar a su asesino.

Daniel dejó la taza vacía sobre la mesa de centro.

—¿Cómo vas a enfrentarte tú a un asesino? Es absurdo.

—No querían que me enfrentara a él. Querían que hiciera de cebo.

—¿Cómo?! —El rostro de Daniel enrojeció—. Son unos miserables. Lo que tienes que hacer es ir a la policía y denunciarlos.

—Daniel, ya he hecho de cebo. Fue el otro día, cuando nos vimos en la reunión de Mensa.

Daniel abrió la boca, pero no consiguió decir nada y Elena prosiguió.

—Me pidieron que avisara públicamente que iba a asistir; tenían la esperanza de que el asesino se presentara. Están seguros de que controla todas mis comunicaciones.

—¿Y quién te habría defendido si

hubiera aparecido el asesino? —Antes de que respondiera Elena, Daniel se dio cuenta de cuál era la respuesta—. Irina, claro.

«Irina, que antes me ha dicho que lo que sentía por mí era sincero... pero que lleva mintiéndome desde que me conoció».

Elena asintió.

—Me pusieron una microcámara y me dijeron que en la reunión habría un miembro de la Hermandad. Me enseñaron la foto de Irina... sin decirme que estabais juntos. Cuando os vi, me acordé de Leonardo y me hirvió la sangre. Estuve a punto de decirte quién era Irina allí mismo. Quizás debí

hacerlo, pero me pilló por sorpresa y además no quería estropear la operación para capturar al asesino de Leonardo.

—¿El asesino estaba en la reunión de Mensa?

—No, creo que no.

Se quedaron un rato callados. Daniel miraba su taza vacía y Elena lo miraba de vez en cuando de reojo.

—¿Por qué nosotros? —Daniel miró de nuevo a Elena—. ¿Por qué Leonardo e Irina contactaron contigo y conmigo y... supongo que se puede decir que nos sedujeron? Entiendo que la Hermandad pueda tener interés en nuestros trabajos, pero parece que tienen buenos *hackers*. Pudiendo robarnos todo por Internet,

¿qué necesidad tenían de vincularse con nosotros personalmente?

Ella apartó la mirada, incómoda.

—No creo que su misión fuera seducirnos. —Le fastidiaba defender a Irina, aunque fuera indirectamente—. En el caso de Leonardo, pienso que su atracción por mí era real. Su cometido era establecer una relación personal, pero no de pareja. Necesitan conocernos. Según me contó Douglas, tanto la Hermandad como la sociedad de Khaos buscan continuamente candidatos, nuevos miembros para sus filas. En ambos casos seleccionan personas con una capacidad intelectual muy elevada, pero los khaosianos los escogen con un

perfil de personalidad y la Hermandad con otro muy diferente.

—Inteligencia muy alta... ¿nos localizaron a los dos a través de Mensa?

—Mensa es uno de los canales que utilizan para seleccionar candidatos. Tanto a los khaosianos como a los pitagóricos les viene muy bien que haya una organización que ya integra a más de cien mil superdotados en todo el mundo, y donde ingresan nuevas personas a diario. Para ellos Mensa es un enorme filtro que sin saberlo les indica potenciales candidatos todos los días.

—Joder —murmuró Daniel. Ya no tenía sólo la sensación de que Irina lo hubiera engañado, sino de que la vida

tal como la conocía era un decorado que encubría una realidad mucho más peligrosa. Se volvió hacia Elena—. ¿Qué ocurrió después de que te encerraran en aquella furgoneta?

—Bueno... Me pidieron que colaborara con ellos, y después de pensarlo mucho les dije que sí. —Elena torció el gesto al recordar a su ex novio—. Me gustaría atrapar al asesino de Leonardo. Y además prefiero colaborar con ellos si eso significa que van a protegerme.

—¿Y la policía?

—Pensé en ellos, por supuesto. De hecho, mi vecino de enfrente es policía. Pero Douglas me convenció de que ellos

no serían capaces de enfrentarse a los seguidores de Khaos.

—No, claro, sobre todo si los enemigos son capaces de controlar la mente. —Daniel había utilizado un tono sarcástico, pero en realidad no sentía tanto escepticismo. Su modelo de la mente y el cerebro le había enseñado que se podía controlar y moldear las ideas y el comportamiento de cualquier persona mucho más allá de lo que la mayoría de la gente imaginaba.

—No digo que tengan poderes paranormales —respondió Elena—, pero pueden tener capacidades que desde nuestro punto de vista occidental resulta difícil comprender. Llevan

milenios desarrollándolas, partiendo de conocimientos que nosotros probablemente desconocemos. La ciencia moderna apenas ha empezado a preguntarse sobre la mente, no debemos ser tan arrogantes como para pensar que ya sabemos más que lo que ha llegado a saber nadie a lo largo de la historia. — Elena señaló un documento encuadernado con anillas que tenía sobre la mesa de centro—. Los métodos de entrenamiento cognitivo que he desarrollado han demostrado que pueden producir un incremento del diez por ciento en el cociente de inteligencia de una persona. Si un individuo o una organización mucho más capaz que yo

hubiera desarrollado un método de entrenamiento más efectivo, y lo aplicara sobre personas cuya inteligencia de partida fuera excepcional...

Daniel se levantó de la butaca y comenzó a andar por el salón.

—Perdona, pero lo último que quiero ahora es ponerme a elucubrar. Lo que sé es que Leonardo debía de ser una especie de espía superentrenado para enfrentarse a esos locos, y mira cómo acabó. Irina me dijo que consideraban a Akenón y Ariadna sus primeros mártires; pues bien, yo no quiero ser el mártir de ninguna secta. Además, ¿qué podemos hacer tú y yo contra esa gente?

Y que no me digan que la Hermandad nos protegerá, cuando al mismo tiempo te piden que hagas de cebo. Me parece que les importamos una mierda. Es más, ¿cómo podemos saber que Douglas e Irina...? —Daniel se calló. Había visualizado repentinamente una imagen de Irina haciendo el amor con él mientras calculaba su siguiente paso para manipularlo. Sacudió la cabeza con una sensación de náusea—. ¿Cómo podemos saber que ellos no pertenecen también a la sociedad de Khaos?

—Daniel, no creo...

Sonó el timbre y se volvieron bruscamente hacia la puerta.

CAPÍTULO 56

Cartago, 507 a. C.

«No te desmayes».

La visión de Akenón se volvió negra. Agachó la cabeza y puso las manos en las rodillas. Su cuerpo se tambaleó y los guijarros del patio de su mansión crujieron bajo sus pies, un sonido que le pareció que provenía de muy lejos.

Unos segundos más tarde, recuperó la vista y reanudó el penoso avance hacia su caballo. La figura del animal se

distinguía en la penumbra cambiante que provocaba el juego de las nubes con la luna. Al llegar a su altura, Akenón apoyó las manos en el lomo del caballo e intentó montar.

—¡Aaargh!

Su pecho parecía lleno de cristales rotos. Lo intentó una vez más, aferrando el pelaje del animal y conteniendo la respiración mientras tiraba. Después de unos segundos desistió y se quedó de pie con la cabeza apoyada en el caballo.

«He de llegar a casa de Eshdek como sea». Debía detener a Glauco antes de que supiera que lo había descubierto, y sobre todo tenía que encontrar a su familia.

Levantó la cabeza y se volvió hacia la avenida oscura, en dirección a la casa de Eshdek. Si no podía montar tendría que ir andando, pero se le antojaba imposible. Apoyó de nuevo la cabeza en el lomo del animal e intentó reunir fuerzas.

—¿Os ayudo, señor?

Akenón se volvió hacia aquella vocecilla. Los grandes ojos de Tarik, el hermano pequeño de una de sus sirvientas, lo miraban desde abajo.

—Tarik, muchacho —el dolor debilitaba la voz de Akenón—, ¿qué ha ocurrido?

—La señora Ariadna ordenó que saliéramos. Después me pidió que

aguardara a que regresarais, y que os dijera que ella ha ido con Kush y el pequeño Sinuhé a casa de Eshdek. — Akenón cerró los ojos aliviado—. Más tarde llegó un grupo de varios hombres y estuvieron un rato dentro de la casa.

—¿Eran soldados?

—No lo sé, señor, pero no vestían como soldados, y además todos llevaban capuchas que les ocultaban el rostro. Cuando salieron, montaron en sus caballos y se alejaron en dirección al puerto.

Akenón se quedó en silencio y Tarik agachó la cabeza avergonzado. Siguiendo las instrucciones de Ariadna también debía haber evitado que Akenón

se metiera en la vivienda, pero se había escondido demasiado lejos, y cuando distinguió que el jinete ensangrentado era su señor no le dio tiempo a alcanzarlo antes de que entrara.

«Han ido a casa de Eshdek». Akenón se dio la vuelta y apoyó las manos en el caballo.

—Ayúdame a montar.

Tarik agarró uno de sus pies y gimió de esfuerzo mientras Akenón se encaramaba a la montura.

—Ahora tienes que llevar un mensaje a casa de Eshdek.

El muchacho asintió muy serio.

—Debes decirle de mi parte que tiene que detener a Glauco de inmediato.

Pero debes decírselo a solas, que no te oiga nadie más. —Se detuvo un momento a reflexionar—. Dile que yo me voy a vigilar la puerta de la casa de Glauco, para seguirlo si intenta escapar antes de que lleguen los soldados a detenerlo. Y dile... —de lo siguiente no estaba tan seguro—, dile que creo que Drogo ha enviado hombres a detenerme. Que no se fie del comandante Drogo, tiene que ser Eshdek quien dirija toda la operación personalmente. —Tarik asintió de nuevo—. También quiero que hables con mi esposa, y le pidas que se quede en casa de Eshdek. Y aunque te lo pregunte, no le digas que estoy herido.

—Muy bien, señor.

Akenón estudió su expresión despierta. Cumpliría bien su cometido.

—Otra cosa. En caso de que Eshdek no esté, dale el mensaje a mi esposa pero a nadie más. Ella te dirá si necesita que vuelvas a hacer de mensajero o si ya puedes marcharte.

—Así lo haré, mi señor.

—Muy bien, Tarik, eres un buen muchacho. Ahora vete.

Tarik salió corriendo como una liebre. Akenón apretó los dientes y espoleó el caballo. A pesar de que inició una marcha lenta, el bamboleo le resultaba insufrible. Se tumbó en el lomo del animal y enroscó las riendas a sus manos.

Pocos minutos después, Akenón llegó a las proximidades de la mansión de Glauco. Se detuvo en una esquina oscura desde la que divisaba la entrada de la residencia sin que pudieran verlo a él. Resbaló por un lado de su montura, se sentó en el suelo y apoyó la espalda en una pared de piedra. Le costaba respirar, pero menos que montado en el caballo.

Varias antorchas iluminaban el muro delantero. Había dos guardias en el exterior, conversando despreocupadamente junto a la puerta.

«Parecen muy tranquilos».

Akenón enjugó el sudor de sus ojos y siguió observando. Afortunadamente su caballo estaba muy calmado, aunque a la distancia a la que estaban sería difícil que los oyeran.

«Tarik ya debe de haber llegado a casa de Eshdek. —En cuestión de minutos reuniría algunas patrullas y vendría a por Glauco—. A menos que Eshdek no esté en su casa».

Se le ocurrió de pronto que Eshdek podía encontrarse en casa de Glauco; quizás el sibarita estaba dando una de sus famosas fiestas. Se removió incómodo en el duro suelo y siguió vigilando la puerta.

«Si Eshdek se encuentra ahí dentro,

estoy haciendo el idiota. —Se vio esperando durante horas, hasta que llegara alguien del puerto para avisar al sibarita; quizás el propio Asdrúbal, si es que llegaba a recuperar la consciencia —. Entonces Glauco escapará... o tomará a Eshdek de rehén».

Akenón giró la cabeza y escudriñó la oscuridad en dirección a la casa de Eshdek. No distinguió ningún rastro de patrullas.

«Ya deberían estar aquí».

Su plan no estaba funcionando; Eshdek no debía de estar en su mansión.

«En ese caso, Tarik tenía que haber dado el mensaje a Ariadna. —Si hubiera sido así, su esposa le habría pedido al

secretario de Eshdek que mandara a buscarlo—. Y si Eshdek estuviera en casa de Glauco, ya habría llegado alguien para avisarlo».

Siguió esperando en la oscuridad silenciosa, retirando de vez en cuando el sudor que avanzaba hacia sus ojos. Su corazón se iba acelerando al ritmo de su inquietud.

De pronto su respiración se detuvo.

«¿Y si Ariadna no encontró a Eshdek en su casa, y decidió venir a la de Glauco?».

Akenón separó la espalda de la pared y clavó su mirada en la mansión del sibarita.

La relación con Glauco había

sufrido altibajos y actualmente lo menos que podía decirse es que era tirante, pero Ariadna no tenía por qué considerar a Glauco un enemigo. El sibarita era un personaje poderoso y en caso de necesidad no resultaba descabellado que Ariadna hubiera buscado su ayuda. A fin de cuentas, había sido discípulo de su padre. Además, ahora tenían algunos intereses comerciales comunes a través de Eshdek.

Deseó poder ver a través de los muros de piedra de la mansión. Tanto su familia como Eshdek podían convertirse en rehenes de Glauco si estaban allí dentro y desde el puerto llegaba uno de

los esbirros del sibarita para avisar de que Akenón lo había desenmascarado.

Volvió a mirar a la calle desierta y se apoyó en el muro para levantarse. Su mente era una mezcolanza de temores y conjeturas que no podía resolver allí sentado.

Agarró las riendas del caballo y se esforzó por pensar con claridad.

«Tengo que ir montado. —Si los guardias lo atacaban sería difícil que se defendiera con sus heridas—. Podré escapar al galope si la situación se complica».

Más atrás, junto al muro, había una roca que le llegaba a la altura de las rodillas. Llevó allí al caballo y utilizó la

roca como escalón para montar. Lo consiguió al tercer intento y se quedó un rato inmóvil sobre su montura, controlando el dolor. Después dio con los talones en el vientre del animal y avanzó hacia la mansión de Glauco.

Cuando había recorrido la mitad de la distancia, los guardias se percataron de su presencia y se volvieron hacia él. La luz de las antorchas lo iluminó poco a poco, desvelando las manchas de sangre medio seca que se extendían por su túnica y su piel.

Los guardias dieron un paso al frente y adelantaron sus lanzas.

CAPÍTULO 57

Cartago, 507 a. C.

Ariadna era angustia y dolor.

Una nebulosa de desesperación, retazos de consciencia aterrada.

Su consciencia subió un grado y el sufrimiento se multiplicó. El dolor cobró nitidez y su mente comenzó a gritar aunque seguía desvanecida.

Sacudió la cabeza débilmente de un lado a otro. Negaba el horror que aún no podía concretar.

Comenzó a percibir las sensaciones

de su cuerpo. Estaba sentada. Las ataduras se clavaban a sus muñecas, a los tobillos.

La memoria le entregó un recuerdo de otra ocasión en la que había estado atada a una silla. Una bestia inmensa, un monstruo gigante, desnudo y erecto le arrancaba la ropa con una delicadeza estremecedora. Se llamaba Bóreas e iba a violarla. Ella estaba embarazada.

«Embarazada de Sinuhé».

...

—¡¡¡SINUHÉE...!!!

El alarido de dolor resonó en sus propios oídos mientras chillaba y abría los ojos y veía a Sinuhé frente a ella con el pecho abierto, muerto.

—Oh, vamos, vamos. —Glauco se acercó a ella—. No vas a revivirlo a base de gritos.

Ariadna miró al sibarita sin comprender todavía lo que había sucedido. Glauco se acercó a ella, obeso como un cerdo enorme, cubierto por una túnica de franjas doradas y púrpuras. Acarició la cara de Ariadna y le habló como si se dirigiera a una niña.

—Mira lo que te estoy preparando.

Se encontraban en el mismo salón donde habían matado a Kush, aunque se habían llevado su cadáver. Delante de la silla a la que estaba atada ella yacía el cuerpo roto de Sinuhé. A su lado se hallaba su cuchillo, el que había segado

la vida de Eshdek. Un par de pasos más allá había un brasero de bronce de un metro de diámetro, de cuerpo panzudo y sostenido por tres patas de león. De las brasas resplandecientes sobresalían los mangos de madera de unos espetones tan largos como espadas.

Glauco se apartó de Ariadna y se acercó al brasero de bronce. Un esclavo utilizaba un tubo de hierro para soplar sobre las brasas. Cada vez que lo hacía se producía un chisporroteo.

—No dejes de soplar. —El sibarita palmeó el hombro recio y sudoroso del esclavo. Luego se volvió hacia la puerta cerrada, junto a la que se apostaban cuatro guardias.

—Ven.

Uno de los guardias se separó del resto y caminó por el suelo alfombrado hasta detenerse junto a Glauco. El sibarita se volvió hacia su prisionera.

—¿Lo reconoces?

Ariadna lo miró aturdida. El hombre se mantenía en posición de firmes, con los hombros erguidos y la barbilla levantada. Su nariz era bulbosa, los ojos un poco juntos y tenía una boca triste de labios gruesos. Ariadna no creía haberlo visto nunca.

—Es el guardia que ha matado a tu hijo, el hombre que ha ensartado con una lanza a tu pequeño Sinuhé como si fuera un perro. —Glauco se acercó a Ariadna

mientras hablaba y ella apartó la mirada —. Tranquila, Ariadna, este hombre va a ser castigado.

El sibarita se dirigió hacia el guardia.

—Dame tu espada.

El hombre la desenvainó y se la ofreció a su señor por la empuñadura. Lo hizo sin dudar, aunque había palidecido. Glauco cogió el arma, miró por ambos lados su hoja de hierro y habló de nuevo.

—Arrodíllate.

Ariadna vio que el guardia abría la boca y la cerraba de golpe, como si le hubieran dado un manotazo. La temperatura de la sala comenzó a

descender. El hombre dobló una rodilla y después la otra. Sus labios gruesos empezaron a temblar, pero se inclinó hacia delante sin que Glauco volviera a hablar y agachó la cabeza ofreciendo el cuello.

Glauco apoyó la hoja de hierro en el codo del guardia y miró a Ariadna.

—Les dije que os quería a los tres vivos.

Levantó el arma. Ariadna vio que del rostro del guardia caían lágrimas. Todos sus músculos vibraban por la tensión bajo su piel oscura. Glauco arqueó el cuerpo y descargó un golpe tremendo.

—Os dije... —el guardia cayó al

suelo y Glauco siguió dándole espadazos en el cuello— que quería... a los tres... vivos.

Con el último golpe consiguió separar la cabeza del tronco. La sangre brotaba del cuerpo con tanta rapidez que la alfombra no podía absorberla. Un charco de un rojo vivo se extendió por el dibujo blanco y verde de la tela. Ariadna bajó la cabeza cuando el charco alcanzó un piececito del cuerpo de Sinuhé.

Glauco dejó caer la espada y cogió el cuchillo de Ariadna. Se acercó a ella, la agarró del pelo y la obligó a levantar la cabeza.

—¿No es fascinante cómo me

obedecen?

Ariadna cerró los ojos con fuerza. Glauco la observó sin que su rostro fofa mostrara ninguna expresión. Después sonrió y metió la punta de un dedo en la herida que había hecho la lanza en el pecho de Ariadna. Ella gruñó de dolor pero mantuvo los párpados apretados. Glauco hurgó en la herida sin dejar de observar de cerca la cara de su prisionera.

Ariadna abrió los ojos y los clavó en Glauco. Tenía el rostro congestionado y chorreaba sudor, pero no gritaba. Todo su sufrimiento y su desesperación se convertían en odio y rabia que centelleaban en su mirada.

—Así me gusta. —Glauco seguía moviendo el dedo en la carne abierta de Ariadna—. Déjate llevar por el odio, disfruta de su fuerza, traiciona de nuevo las débiles enseñanzas de tu padre.

Ariadna gritó finalmente. Su cuerpo se sacudió en la silla intentando liberarse. Las cuerdas finas de las ataduras se le incrustaron en la carne y se tiñeron con su sangre, pero siguió tirando y tirando. Había perdido a su hijo, había perdido a su padre, sintió que enloquecía.

—¿Por qué? —rugió—. ¿Por qué? ¡¿Por qué?!

—*¿Por qué?* —Glauco escupió aquellas palabras como si fueran las

más estúpidas que Ariadna hubiera podido pronunciar—. Tu padre era el ser más mezquino, avaro y egoísta que haya existido. Trataba con desprecio a aquellos como el gordo y pobre Glauco que sólo quería conocimiento, sabiduría... sólo quería lo que él prometía. —Se alejó un par de pasos, sus sandalias pisaron el charco de sangre haciendo un sonido viscoso—. Pero Glauco sólo era digno de las migajas que caían de la mesa del *maestro*. —Esbozó una sonrisa desdeñosa—. Sin embargo, tu padre no era el verdadero maestro. Su único mérito ha sido hacer que todo el mundo conozca al hombre que lo superó, al

auténtico maestro, con el nombre de Khaos, un nombre apropiado por su naturaleza divina. Khaos dejó atrás a Pitágoras hace muchos años y le enseñó al pobre Glauco conocimientos que no estaban al alcance de tu padre. Después lo encerrasteis en un barco para que se pudriera, pero con ello le disteis tiempo; le quitasteis la vista y así aumentasteis su concentración. Le disteis odio, y de ese modo afilasteis aún más su mente.

Glauco hablaba mientras caminaba pausadamente alrededor de Ariadna. Sus sandalias dejaban una estela de sangre en el suelo alfombrado.

—Khaos accedió a los misterios más profundos y encontró la manera de

comunicarlos. Por supuesto, buscó un alma gemela para continuar su misión y vengar de un modo proporcional los agravios sufridos. Alguien cuya capacidad tampoco hubiera sido respetada, ni siquiera reconocida. Alguien ambicioso, capaz... y libre del estorbo de los escrúpulos. Khaos escribió la obra suprema de la humanidad, y ahora —señaló su sien con el índice— todo está aquí dentro.

—Has vendido tu alma.

La voz ronca de Ariadna no afectó a Glauco. Levantó el cuchillo, sonrió y continuó hablando como si conversara con un amigo.

—Has sido muy amable trayéndome

tu cuchillo. Le cogí cariño cuando lo utilicé para matar a Eshdek. Por cierto, debo agradecerte que fueras allí. —Se tocó la frente—. El símbolo sagrado y tu cuchillo eran indicios suficientes para consideraros culpables del asesinato, pero tu presencia allí es aún mejor. No podrán aplicar el peso de la justicia contra vosotros, de eso me encargaré yo, pero te aseguro que cualquier indicio de pitagorismo será arrancado de raíz en Cartago.

Volvió a colocarse detrás de ella.

—Ariadna... —Puso una mano en su cuello, la deslizó entre sus pechos y siguió bajando hasta envolver la curva de su vientre—. Reza porque mis planes

sigan su curso, y dentro de unos minutos verás entrar por esa puerta al padre de tus hijos.

Ariadna notó que la mano del sibarita irradiaba frío. Su bebé se revolvió como si intentara alejarse, pero la mano siguió enfriándose y ella se horrorizó al sentir que sus entrañas se helaban.

CAPÍTULO 58

Madrid, España, actualidad.

Elena y Daniel permanecían inmóviles mirando a la puerta.

El timbre volvió a sonar.

—¿Elena? —Alguien golpeó la puerta con los nudillos—. Elena, ¿estás ahí?

Ella se acercó al oído de Daniel.

—Es mi vecino policía —susurró.

Alberto la había llamado por teléfono varias veces. Parecía interesado en algo más que una amistad,

y ella había tenido que pasar de darle largas a dejar de atender sus llamadas. Alberto había sido amable con ella y a Elena le hubiera gustado dejar las cosas claras en una conversación cara a cara, pero la Hermandad le había pedido que se mantuviera alejada de la policía, y eso incluía a su vecino.

«Además, lo más seguro para Alberto es que permanezca alejada de él».

Alberto volvió a tocar el timbre. Elena lo sintió como si aplicaran un cable eléctrico a sus nervios. Miró de nuevo a Daniel, que tenía el rostro crispado y los ojos clavados en la puerta.

Se mantuvieron en silencio hasta que se oyó el sonido de un portazo.

—Se ha metido en su casa —dijo Elena en voz baja—. Vive en el piso de enfrente.

Daniel se levantó y caminó con sigilo hasta la puerta principal. Miró por la mirilla y después regresó al salón.

—No se ve a nadie. —Se sentó junto a Elena—. Pero te lo encontrarás antes o después... ¿o es que no estás viviendo aquí?

—Douglas cree que aquí me encuentro en peligro, y en eso estoy de acuerdo con él. La Hermandad tiene una casa cerca de Madrid. Estoy viviendo allí desde hace una semana. No sé dónde

está exactamente, porque siempre he entrado y salido sentada en la parte de atrás de una furgoneta que no tiene ventanas.

Miró hacia el suelo apesadumbrada. Le había dicho a su madre que se iba unos días de vacaciones con unas amigas. «Menudas vacaciones».

—Pero... ¿eres su prisionera?

Elena inspiró profundamente y dejó escapar el aire antes de responder.

—Se supone que no. Hasta ahora hemos estado de acuerdo en lo que podía y no podía hacer. Comprendo que quieran mantener en secreto la ubicación de su sede, y también que controlen mis comunicaciones.

Daniel endureció la expresión, pero no comentó nada.

—Sólo he salido dos veces de la sede desde que entré hace una semana. La primera fue ayer para la reunión de Mensa, porque creían que podía presentarse algún miembro de la organización de Khaos. La segunda ha sido esta mañana. Les dije que tenía que hacer un trámite en la universidad y me han llevado sin poner objeciones. Allí les he dado esquinazo, te he llamado y después no tenía claro qué hacer y he venido aquí casi sin pensarlo.

—Intenté hablar contigo después de que me llamaras, pero no me aparecía el número desde el que habías contactado

conmigo y tu teléfono no funcionaba.

—No te he llamado desde mi teléfono, sino desde este. —Sacó un móvil y lo colocó sobre la mesa de centro—. Me lo dieron ellos. Dijeron que era un teléfono seguro y que debía utilizarlo sólo para comunicarme con ellos. Hasta esta mañana les había hecho caso, pero tenía que avisarte de lo que estaba ocurriendo. Unos segundos después de hablar contigo ha dejado de tener línea, y lo mismo ha ocurrido en mi móvil de siempre. Supongo que querían evitar que volviéramos a hablar.

—De todos modos, sabes que te encontrarán, sobre todo aquí. ¿Quieres que...?

—No, Daniel. —Elena esbozó una sonrisa triste—. Yo voy a seguir con ellos. Sólo me he escabullido para llamarte y que no siguieras engañado. —«Y mandes a la mierda a esa rusa y recuerdes que era yo quien te gustaba»—. ¿Qué vas a hacer tú?

—No lo sé. Ojalá pudiera quedarme al margen. —La mirada de Daniel paseó por el salón y se detuvo en el documento que había sobre la mesa. Se fijó en él unos segundos y después lo cogió—. *Entrenamiento cognitivo* —leyó—. Esto no es tu tesis, ¿verdad?

—No, es el libro que empecé a escribir a partir del trabajo de la tesis. Sólo he terminado los primeros

capítulos.

—¿Me puedo llevar una copia?

—Claro, llévate esa. —Continuó en tono de broma—: Pero no intentes publicarlo, que ya lo tengo registrado.

Daniel sonrió mientras pasaba las primeras páginas.

—Ya has puesto la dedicatoria. ¿Quién es Carmen Aroza?

—Es la mujer que dirigió mi tesis. Se convirtió en una gran amiga. Además es una de las mayores expertas del mundo en hipnosis.

De pronto el teléfono que había sobre la mesa se iluminó y comenzó a sonar.

—¿Son ellos? —preguntó Daniel.

Elena miró la pantalla. Sólo figuraba un dígito: «1».

—Es Douglas.

—No lo cojas. ¿Seguro que quieres quedarte? —Elena apretó los labios y asintió mirándolo a los ojos—. De acuerdo. Espero verte pronto. —Se alejó con la copia de *Entrenamiento cognitivo* en las manos—. Cuídate mucho.

—Tú también.

Antes de agarrar el pomo de la puerta principal, Daniel miró a través de la mirilla.

El descansillo estaba vacío.

Abrió la puerta, corrió hasta las escaleras y comenzó a bajarlas de cuatro

en cuatro.

En el momento en que Daniel desapareció, el vecino policía despegó el ojo de su propia mirilla. Abrió la puerta y caminó con determinación hacia el apartamento de Elena.

CAPÍTULO 59

Madrid, España, actualidad.

El móvil de la Hermandad dejó de sonar cuando Daniel salió del apartamento. Unos segundos después, Douglas volvió a insistir y Elena lo cogió.

—Sí.

—Elena, no te muevas de ahí, vamos a recogerte.

—¿Cómo sabéis...? —«Por el teléfono, claro», se respondió antes de formular la pregunta.

—Elena, nosotros tratamos de protegerte. —Douglas sonaba tan serio y controlado como siempre, era difícil saber si estaba enfadado—. Escabulléndote sólo te pones en peligro.

La respuesta de Elena quedó ahogada por el timbre de su puerta. Se volvió alarmada.

—¿Sois vosotros?

—¿Cómo...? No, nosotros todavía estamos en el coche.

La voz de Alberto se oyó al otro lado de la puerta.

—¿Elena? Abre la puerta Elena, soy yo.

—Es mi vecino policía —susurró Elena al teléfono.

—No respondas. Espera a que lleguemos y nosotros nos ocuparemos.

—De acuerdo.

Durante unos segundos se quedaron en silencio. Elena oyó a través del móvil sonidos que indicaban que Douglas había bajado del coche y avanzaba por la calle. El líder de la Hermandad continuó hablando.

—Elena, no has debido desenmascarar a Irina. La pones en peligro a ella y pones en peligro a Daniel. Irina está capacitada para protegerlo y lo has alejado de ella.

Elena soltó el aire bruscamente por la nariz. Un nuevo timbrazo de Alberto hizo que respondiera más irritada.

—Douglas, puede que arriesguéis vuestras vidas por el bien de la humanidad y todo eso, pero lo que estaba haciendo Irina me parece tan detestable como lo que hizo Leonardo conmigo. Daniel estaba enamorado de Irina, ¿cómo podéis jugar así con la gente? Y no me digas que era necesario porque no lo era. Podía haberse limitado a hacerse su amiga.

A Elena le pareció escuchar un suspiro antes de que Douglas respondiera.

—Los miembros de la Hermandad también somos personas y a veces tenemos pareja. Lo habitual es que esas parejas nunca sepan que formamos parte

de la Hermandad. Ten en cuenta que hacía casi veinte años que no se producía un asesinato.

Ella no respondió, sabía que la Hermandad había llegado a plantearse que la organización de Khaos se hubiera disuelto. Desde ese punto de vista era menos reprobable que lo ocultaran a sus parejas, pero se resistía a verlo así.

Se oyó de nuevo el timbre y Elena se acercó de puntillas a la puerta. Cuando estaba acercando el ojo a la mirilla, un golpetazo hizo retumbar la puerta. Saltó hacia atrás asustada.

—Elena, ¡abre!

Ella siempre había visto a Alberto de buen humor. Ahora sonaba muy

cabreado.

—Elena, sé que estás ahí. He visto salir un chico de tu casa. —Alberto suavizó el tono de voz, lo que hizo que resultara más inquietante—. Abre, por favor.

—No se te ocurra abrir. —Elena se sobresaltó al oír la voz de Douglas. Casi había olvidado que tenía el teléfono pegado a la oreja—. Estamos llegando.

Al otro lado de la puerta se oyó ruido de pasos alejándose. Elena se acercó a la mirilla y vio a Alberto andando nervioso hasta el otro lado del descansillo y regresando de nuevo.

«Creo que lleva su pistola».

Apartó la cara de la mirilla y

contuvo la respiración. De pronto Alberto comenzó a apretar el timbre como un loco. Elena retrocedió llevándose el teléfono a la boca.

—Daos prisa.

Douglas salió del ascensor y vio a Alberto apoyado en la puerta de Elena. Compuso una sonrisa y se acercó a él, sabiendo que Iván había subido andando y los vigilaba oculto en el hueco de la escalera.

Alberto se volvió al oír pasos y vio a un hombre de unos sesenta años, caminando erguido como si tuviera veinte, vestido con vaqueros nuevos y

una chaqueta de sport marrón claro que le daba un aire de profesor. La sonrisa luminosa que acompañaba a su barba blanca le recordó vagamente a Papá Noel, a pesar de que aquel hombre estaba delgado.

—Hola, me llamo Walter. —La voz alegre de Douglas disolvió parte de la tensión de la cara de Alberto—. Vengo a recoger a mi sobrina Elena.

Se quedó mirando a Alberto sin dejar de sonreír, como si esperara una respuesta de aquel hombre que se apoyaba en la puerta de su sobrina.

—Eh... Yo soy Alberto, el vecino de Elena... Estaba...

La puerta se abrió interrumpiendo el

titubeo de Alberto.

—Hola, tío Walter. —Elena dio dos besos a Douglas. Llevaba al hombro una bolsa de viaje que había llenado apresuradamente con unas toallas—. Ya he cogido todo lo que necesitaba, podemos irnos.

Alberto estaba tan sorprendido como avergonzado. En su fuero interno agradecía que Elena no mencionara delante de su tío que había estado aporreando su puerta y llamando como un loco.

—Adiós, Alberto. Me voy unos días de vacaciones.

—Adiós... Que lo pases bien.

Alberto no se movió mientras Elena

y su elegante tío Walter entraban sonrientes en el ascensor y las puertas se cerraban. Después sus hombros se hundieron y regresó a su apartamento.

En las escaleras, Iván se apresuró para llegar al portal cuanto antes. La chaqueta doblada sobre su brazo tapaba la mano en la que empuñaba la Glock 26.

CAPÍTULO 60

Cartago, 507 a. C.

Akenón detuvo el caballo a un par de metros de las lanzas de los guardias de Glauco.

—Soy Akenón de Menfis, socio y amigo de vuestro señor. Estoy buscando al sufete Eshdek, y en su casa me han dicho que quizás lo encontraría aquí.

Los guardias se miraron entre ellos. Uno era un hombretón de hombros anchos con una larga barba negra y el otro un jovencito delgado, poco más que

un adolescente.

—¿Por qué estáis cubierto de sangre? —El hombretón hizo un gesto hacia él con la cabeza, sin dejar de apuntarle con la lanza. El otro lo miraba de reojo e imitaba su actitud.

—¿Esto? —Akenón se miró el brazo derecho, cubierto de sangre desde el codo hasta la punta de los dedos. El caballo se movió y el dolor lo paralizó un momento, pero consiguió reponerse —. Un par de salteadores pensaron que estaba demasiado mayor para defender mi bolsa. —Palmeó su bolsa de monedas por encima de la túnica—. Esos dos ya no pensarán más.

El guardia lo contempló en silencio.

No se creía su historia, pero sabía quién era Akenón.

—El sufete no está con nuestro señor. —Lo miró con hosquedad unos segundos más y después continuó—: Pero está aquí vuestra mujer con vuestro hijo. ¿Queréis que dé aviso de que habéis venido?

Akenón notó que se le secaba la garganta.

—Sí. Decid que... quiero verlos.

El hombre masculló algo incomprensible y desapareció tras los muros de la mansión. Akenón se quedó frente al guardia jovencito, que intentaba infundir con la mirada el respeto que su cuerpo escuálido no era capaz de

imponer.

—¿Sabes cuánto tiempo hace que llegó mi mujer?

El guardia enrojeció antes de negar con la cabeza.

«Un muchacho obediente. No le voy a sacar nada».

Akenón hizo girar la montura y volvió el rostro hacia la oscuridad. Le dolía demasiado el costado, no podía seguir disimulando. Enjugó el sudor de su cara y tosió sangre en la palma de la mano.

«Se me está llenando el pecho de sangre». Limpió la mano en la túnica e inspiró un par de veces tan profundamente como fue capaz. A

continuación logró extender una sonrisa tranquila en el rostro y encaró de nuevo al guardia de Glauco.

La mansión de Eshdek acababa de convertirse en un caos de carreras y gritos que se oían desde la calle.

—¡Lo han asesinado!

—¡... de inmediato...!

Tarik escuchaba amparado en la oscuridad. Se había detenido a cincuenta pasos, en cuanto había oído los primeros gritos. No era buena idea entrar corriendo en un avispero.

—¡... muerto... el sufete y el secretario...!

Se pegó al muro de piedra y asomó la cabeza. No conseguía entender bien lo que ocurría, pero si se acercaba más entraría en el foco de luz de las antorchas situadas a lo largo de la fachada.

Las puertas se abrieron de golpe. Dos guardias se apostaron frente a la entrada principal, hablando entre ellos agitadamente.

«No los oigo».

Se esforzó durante un rato, pero no consiguió distinguir lo suficiente para comprender la situación. En su interior ardía el mensaje que debía transmitir. Recordó el mal estado de su señor Akenón, la urgencia de su voz, y se

quedó mirando hacia la mansión de Eshdek mordiéndose el labio.

Finalmente tomó una decisión. Agarró dos puñados de tierra, se los echó por la cabeza y se frotó el pelo y la cara. Luego restregó más tierra por su túnica y salió a la avenida principal.

Los guardias siguieron hablando entre ellos sin percatarse de que se acercaba Tarik. Caminaba lentamente, con la cabeza agachada pero manteniendo la vista fija en los hombres. Cada vez distinguía mejor lo que decían.

«¡Han asesinado al sufete Eshdek! —comprendió por fin. Siguió acercándose asustado y uno de los guardias le echó un vistazo sin dejar de

hablar con su compañero—. ¡Culpan del asesinato a mi señora Ariadna!».

El guardia se calló y se volvió hacia Tarik.

—¿Qué haces aquí? —Estaba nervioso y eso lo volvía agresivo.

Tarik extendió una mano sucia y flacucha.

—Una moneda... Por caridad, una moneda.

—¡Lárgate! —El guardia levantó la lanza y Tarik salió corriendo a toda velocidad.

Pronto quedó fuera del alcance del arma, pero siguió corriendo sin descanso.

«Tengo que avisar a mi familia. —

Había escuchado lo suficiente para comprender que querían detener a Ariadna por el asesinato del sufete Eshdek—. Mi hermana lleva tres años trabajando en su casa, la buscarán para interrogarla, la violarán y matarán a mis padres». Eso era lo que sucedía a menudo cuando los soldados de la guardia urbana irrumpían en los barrios pobres, ya fuera buscando delincuentes o simplemente información.

El viento arrastraba las lágrimas de Tarik. Corría muerto de miedo, él sólo tenía sus pies mientras que los soldados tenían caballos. De pronto sintió un golpe en el estómago. Un brazo de hierro lo levantó por los aires y lo metió

en una callejuela. Se vio rodeado por un grupo de espectros, sombras sin rostro; un momento después se dio cuenta de que eran hombres encapuchados.

—Buscamos a Akenón y Ariadna, y tú vas a decirnos todo lo que sabes.

Ariadna estaba temblando bajo la mano gélida de Glauco. Las patadas de su bebé se habían debilitado poco a poco y ya no se movía.

En ese momento se escuchó un golpe en la puerta de la sala. Uno de los guardias abrió y cuchicheó unos instantes con el hombre que había llamado. A continuación cerró la puerta

y se acercó a Glauco.

El sibarita se apartó de Ariadna y escuchó lo que le decía el guardia en voz baja. Asintió sonriendo, se colocó detrás de su prisionera y acercó la boca a su oreja. Ariadna trató de apartarse, pero Glauco apoyó el filo del cuchillo debajo de su barbilla y la obligó a levantar la cabeza.

—Ya ha llegado el último invitado.

Ariadna hinchó sus pulmones.

—¡Akenón, es una trampa! ¡Es una...!

Glauco tiró de su pelo brutalmente, doblándole el cuello hacia atrás hasta casi asfixiarla.

—No quieras que la fiesta acabe

antes de tiempo. —Colocó el cuchillo de nuevo entre la barbilla y el cuello de Ariadna—. Va a ser una gran velada. —Deslizó el filo haciendo un corte largo y superficial en la carne tierna; una línea de sangre surgió inmediatamente y se extendió por la piel—. Y lo mejor de todo es que no voy a limitarme a mataros.

Se volvió hacia el esclavo.

—Amordázala.

Glauco mantuvo la cabeza de Ariadna forzada hacia atrás hasta que el esclavo le metió en la boca un pañuelo de seda. Luego la soltó y el esclavo utilizó otro pañuelo para completar la mordaza.

El sibarita ocultó el cuchillo en un bolsillo de la túnica. Su mirada recaló en el cadáver de Sinuhé y sonrió. Después se observó en un espejo de plata para asegurarse de que no tenía manchas de sangre demasiado evidentes.

La mordaza ahogó el grito de Ariadna cuando Glauco abandonó el salón en busca de su marido.

Akenón aguardaba impaciente frente a la mansión de Glauco.

Miró al guardia novato que tenía delante y luego a ambos lados de la calle oscura. «Espero que no lleguen ahora los hombres de Eshdek». Su

familia se encontraba con Glauco y el sibarita podía tomarlos de rehenes si se veía acorralado.

La puerta se abrió con un chirrido. Glauco apareció haciendo revolotear las mangas de su colorida túnica.

—Akenón, por todos los dioses, ¿qué te ha sucedido?

«Míralo —pensó Akenón desde lo alto de su caballo—. Inocente como una sacerdotisa virgen».

—No te preocupes, Glauco, la sangre es de unos salteadores. —Intentó bajar del caballo, pero le resultó imposible—. ¿Me ayudas a desmontar? Estoy un poco dolorido.

Glauco se puso junto a él con

expresión preocupada. Akenón se apoyó en sus hombros y se deslizó hasta el suelo conteniendo un grito de dolor. Cuando sus pies tocaron tierra tardó unos segundos en poder hablar.

—Me han dicho que mi mujer y mi hijo están en tu casa.

—Así es. Han llegado hace un rato con ese enorme esclavo kushita que tenéis. Parece ser que buscaban a Eshdek, y al no encontrarlo en su casa vinieron a ver si estaba conmigo. Pasa, por favor, vamos a reunirnos con ellos.

«Eso es, vamos con ellos, maldito farsante. —Esperaba que su representación resultara tan convincente como la del sibarita—. Si vienen a

detenerte cuando estemos dentro, al menos me encontraré junto a mi familia para intentar defenderlos».

Glauco se volvió hacia él al ver que se retrasaba.

—¿Estás seguro de que estás bien?
—Aunque Akenón trataba de seguir su ritmo, apenas podía arrastrar los pies—. ¿Quieres apoyarte en mi hombro?

Akenón se colocó a la derecha de Glauco para tener libre acceso a su espada. Se apoyó con la mano izquierda en su hombro y de este modo atravesaron el patio, se adentraron en un pasillo oscuro y se detuvieron frente a una puerta.

—Aquí están. —Glauco dibujó una

sonrisa cálida y se llevó un dedo a los labios—. Pero no hagamos mucho ruido, que tu pequeño Sinuhé está dormido.

El sibarita empujó la puerta y Akenón se rezagó para asegurarse de que Glauco entraba primero. Con el rabillo del ojo vio que había guardias en el interior, cerca de la entrada. Agarró la empuñadura de su espada y entró en la sala.

—Aquí tienes a tu mujer.

Todos los músculos de Akenón se tensaron al instante. Al otro lado de la sala se encontraba Ariadna atada a una silla. Su pecho y su cuello estaban ensangrentados y gemía bajo una mordaza. Un esclavo corpulento

agarraba su cabeza con ambas manos.

—Si no quieres que mi esclavo le rompa el cuello, tira tus armas.

CAPÍTULO 61

Madrid, España, actualidad.

Aquel juego de ajedrez tenía más de trescientos años de antigüedad.

Las piezas blancas estaban hechas de alabastro oriental y las negras de obsidiana. Los dos ejércitos se encontraban alineados en sus posiciones mientras el asesino de Leonardo los contemplaba.

«La guerra ha durado dos mil quinientos años».

Dirigió una larga mirada al ejército

blanco sin que su rostro mostrara ninguna expresión. Después se volvió hacia las piezas negras, cogió al rey y lo colocó frente a su línea de peones.

«No debería ser un rey —pensó observando la pieza oscura—, sino un dios. —Lo adelantó una casilla más, hasta el centro del tablero—. El dios Khaos».

Se volvió de nuevo hacia las piezas blancas.

«Débiles y arrogantes».

Cogió al rey blanco y lo colocó frente al negro. Después puso la reina blanca y un caballo del mismo ejército a ambos lados del rey blanco.

«Pitágoras flanqueado por Ariadna y

Akenón. —Contempló las cuatro piezas enfrentadas en el centro del tablero—. Así comenzó la guerra».

Habían muerto miles de combatientes a lo largo de los siglos, pero los que ahora se estaban enfrentando serían los últimos.

«La guerra está a punto de terminar».

El asesino tomó un peón entre dos dedos y lo colocó apartado de las demás figuras.

—Daniel —murmuró sonriendo—. El guerrero solitario.

Después de salir de la casa de Elena, Daniel se había encerrado a trabajar en su apartamento. Llevaba una semana trabajando sin descanso.

«Aunque no me deja ver lo que está haciendo».

En toda la semana Daniel no se había conectado a Internet ni una vez, por lo que el troyano no había podido enviar ninguna información.

«Lleva demasiado tiempo aislado». Daniel había rechazado los intentos de comunicación de la afligida Irina, y tampoco había hablado con Elena desde hacía una semana.

Pero eso iba a cambiar muy pronto.

«Elena... —el asesino colocó otro peón blanco detrás del que representaba a Daniel—, pobre Elena». No había vuelto a salir de la sede de la Hermandad desde que Iván y Douglas

montaron una maniobra de distracción para sacarla de su casa sin que interfiriera su vecino policía.

«¿Crees que estás segura en la sede, mi pequeña Elena?».

Devolvió aquel peón a la posición original, luego el de Daniel; después colocó una mano a cada lado del ejército blanco y las juntó haciendo un montón apretado.

«Esta noche estaréis todos juntos».

Empujó el montón por el tablero hasta que las piezas blancas cayeron por el borde.

«Esta noche moriréis todos».

CAPÍTULO 62

Cartago, 507 a. C.

Akenón permaneció inmóvil en la entrada de la sala, con la mirada clavada en Ariadna.

—Tira tus armas —insistió Glauco.

Ariadna estaba llorando y negaba sin parar, moviendo la cabeza a uno y otro lado lo poco que le permitían las manazas del esclavo.

«No quiere que obedezca —pensó Akenón—, pero si no lo hago le romperán el cuello».

Su mujer estaba sangrando, aunque no tanto como para temer por su vida; sin embargo, su expresión desesperada le revolvió el estómago.

—¿Dónde está mi hijo? —preguntó a Glauco con un presentimiento oscuro.

Por toda respuesta el sibarita se acercó a Ariadna, sacó un cuchillo y apoyó la punta en su cuello.

—Tira las armas y te lo mostraré.

Un guardia se mantenía junto a Glauco con la espada desenvainada. Otros tres rodeaban a Akenón apuntándolo con sus lanzas.

«¿Dónde está Sinuhé?». Akenón miró de nuevo a Ariadna; tenía los ojos enrojecidos e hinchados y su llanto se

había intensificado. La mordaza ahogaba sus gemidos, pero su pecho y sus hombros se movían con fuertes sacudidas.

—Glauco, Khaos ha muerto. No vas a conseguir nada más de él. Libéranos y te prometo que nadie impedirá que salgas de la ciudad. Puedes mantenerme a mí de rehén hasta que...

—Ya sé que Khaos ha muerto —lo interrumpió Glauco—. Y eso no cambia nada.

Akenón se quedó por un momento sin palabras.

—Sé que Khaos te enviaba sus cuencos...

—Tú no sabes nada —volvió a

interrumpirle Glauco—. Pero tira tus armas y hablaremos cuanto quieras.

Akenón aferró la empuñadura de su espada. Entre Ariadna y él había un gran brasero de bronce con varios espetones clavados en las ascuas. Más allá del brasero, yaciendo sobre las alfombras, se encontraba el cuerpo de un hombre adulto. El brasero lo tapaba parcialmente y sólo veía la mitad inferior del cuerpo, pero por la ropa se dio cuenta de que se trataba de un guardia.

«¿Lo habrá matado Ariadna?».

Sacó la espada de la vaina poco a poco y se quedó con ella en la mano, no la dejó caer como le pedía Glauco. Uno

de los guardias le dio un picotazo con la lanza en el hombro derecho. Lo había visto venir y tuvo el instinto de desviarlo con la espada, pero el dolor de las costillas rotas lo paralizó en cuanto intentó levantar su arma.

El sibarita soltó una carcajada mientras por el hombro de Akenón resbalaba un goterón de sangre.

—Ja, ja, ja. Ni siquiera puedes defenderte, Akenón. Tira la espada de una vez o mis guardias seguirán pinchándote hasta que te desangres de pie.

«He de ganar tiempo. Nuestra única oportunidad es que aparezca Eshdek».

Con la mano izquierda sacó la daga

de Hannón y escudriñó los rostros de los guardias. En ninguno encontró signos de indecisión.

—Muy bien, Akenón, no sueltes tus armas —Glaucó sonaba irritado—, pero acércate para poder ver a tu hijo.

Akenón dirigió una mirada intensa a Glaucó. Luego miró en torno al sibarita. El único lugar de la sala que no alcanzaba con la vista era el tramo de suelo alfombrado que ocultaba el brasero. Avanzó lentamente y los guardias se movieron con él, manteniendo las lanzas a pocos centímetros de su cuerpo.

Ariadna observaba su avance con el horror de saber lo que iba a ocurrir.

Sollozaba tan fuerte que el trapo se le metía en la garganta en cada aspiración. A su lado notaba a Glauco jadeando de expectación.

Lo que había tras el brasero comenzó a revelarse a Akenón.

«Es un guardia... ¡decapitado!».

Bajo el cuerpo del hombre se había formado un enorme charco de sangre. Akenón dio otro paso y de repente lo vio.

—¡¡¡Sinuhé!!!

Se abalanzó hacia su hijo. Una de las lanzas le hizo un desgarrón en el hombro sin que lo advirtiera.

—¡Sinuhé! ¡Sinuhé!

Al arrodillarse junto a él vio en su

pecho la herida espantosa que lo había matado. Los ojos abiertos de Sinuhé parecían suplicarle que lo ayudara.

—¡Nooo! —Se volvió hacia Ariadna y de nuevo hacia Sinuhé—. ¡Nooo!

Akenón se inclinó sobre su hijo profiriendo un aullido grave y prolongado. Rodeó su carita con las manos y pegó la frente a la de su pequeño.

El silencio se adueñó de la sala.

Los guardias seguían apuntándole con las lanzas. Al cabo de un rato comenzaron a mirarse de reojo entre ellos. Akenón envolvía a su hijo como un caparazón protector, silencioso e

inmóvil, como si el tiempo se hubiera detenido.

Unos minutos después, Akenón comenzó a erguir el cuerpo. Sostenía a su hijo muerto contra el pecho y su boca estaba tan abierta que su rostro parecía deformado, pero no se oía ningún ruido. Durante unos segundos lanzó su grito mudo a los cielos. Luego tomó aire y de su garganta salió un alarido de dolor primario, un rugido interminable que salpicaba la sangre de su pulmón rasgado.

Glauco estalló en una carcajada desaforada. Había conectado su mente a la de Akenón y absorbía extasiado cada gota de sufrimiento. Su risa profunda

hacía que la mano del cuchillo le temblara, produciendo nuevos cortes en el cuello de Ariadna. Luego inspiró profundamente, como si llenara los pulmones de un aroma delicioso, e hizo un gesto a uno de sus hombres.

Ariadna vio que uno de los guardias apartaba la lanza y desenvainaba una espada corta. Se acercó a Akenón por detrás y levantó el arma. Ariadna gritó con todas sus fuerzas, pero la mordaza impidió que su esposo la oyera.

El guardia estrelló la empuñadura en la nuca de Akenón, haciendo que se desplomara sobre su hijo.

El esclavo liberó la cabeza de Ariadna. Su barbilla chocó contra el

pecho y siguió llorando con los ojos cerrados. De pronto notó que unos dedos se internaban en su pelo y subían por el cuero cabelludo.

—Ariadna —la mano de Glauco se cerró en torno a su cabello y la obligó a alzar la vista—, hija de Pitágoras, permanece atenta. —Los labios gordos y húmedos le rozaron la oreja al susurrar —: Ahora viene lo mejor.

CAPÍTULO 63

Madrid, España, actualidad.

Los dedos de Daniel volaban por el teclado.

Las últimas simulaciones habían sido las más fructíferas desde que había comenzado a desarrollar su trabajo. Le habían abierto horizontes nuevos, más ambiciosos, y eso lo estimulaba hasta el punto de que apenas había dormido desde que había salido de la casa de Elena hacía una semana. Su creatividad estaba disparada y trabajaba en estado

de trance, sumido en un flujo de imágenes, conceptos e ideas que se asociaban sin cesar en la compleja trama de su mente.

De pronto su pensamiento se detuvo. No identificó la causa de ese parón hasta que lo oyó de nuevo.

«Es el timbre».

Escuchó abrirse la puerta del apartamento y unas voces que no pudo distinguir. Las voces cesaron y oyó ruido de pisadas acercándose por el pasillo. Se detuvieron frente a la puerta de su cuarto y alguien llamó con los nudillos.

—¿Daniel?

Contuvo la respiración.

—Daniel, soy yo. Abre, por favor.

Al escuchar el inconfundible acento ruso se le erizó el vello de los brazos. Irina lo había llamado un par de veces a lo largo de la semana y él no le había cogido el teléfono. Echaba terriblemente de menos lo que había creído que había entre ellos, pero todo había sido una farsa.

Caminó hacia la puerta con el corazón más acelerado a cada paso que daba. Puso la mano en el cerrojo y se detuvo.

«Vamos, dile que se vaya. Que se largue por donde ha venido». Estaba dividido entre Daniel el cabreado y el Daniel que quería verla al menos un

instante, aunque sólo fuese para decirle que se marchara.

Quitó el cerrojo y entornó la puerta.

—¿Puedo entrar? Sólo será un momento y me iré.

Daniel la admiró en silencio. Llevaba una blusa sin mangas, de rayas horizontales blancas y negras, y una falda pantalón corta de color negro.

«Es *tan* guapa...». Pero no se apartó, que hablara desde la puerta.

Entonces vio a Pablo en el pasillo, mirando a Irina de arriba abajo con los ojos como platos. Cristina también se había asomado al pasillo desde la puerta de su dormitorio.

—Entra.

Se retiró para que pasara Irina y cerró la puerta. Luego se sentó en la butaca y ella lo hizo en el borde de la cama. En el pasillo se oyeron las voces subidas de tono de sus compañeros de piso; Cristina dio un grito, se oyó un portazo y la casa quedó en silencio.

Irina esbozó una sonrisa tímida, él no se la devolvió y finalmente ella bajó los ojos.

—Daniel, siento muchísimo haberte hecho daño. No me perdones si no quieres, pero por favor déjame que te dé una explicación.

Él continuó en silencio, procurando mostrarse impasible a la ansiedad suplicante de la voz de Irina.

—Cuando yo entré en la Hermandad, hacía tiempo que no se producía ningún asesinato. Sé que en los años setenta y ochenta del siglo XX hubo varias muertes, pero para mí eso quedaba muy atrás. La organización de Khaos apenas ha dado señales de vida en los últimos veinte años. No pensé que por iniciar una relación contigo estuviera poniéndote en peligro. A Leonardo Rossi lo mataron la noche en que tú y yo nos acostamos por primera vez, y yo no me enteré hasta la mañana siguiente.

Daniel se inclinó bruscamente hacia delante.

—No se trata sólo de que pudieras ponerme en peligro. Se trata de amistad,

complicidad, confianza... esas cosas que me hiciste creer que teníamos. Me hiciste creer en una gran mentira, cuando en realidad estabas engañándome para acceder a mi trabajo.

Irina frunció el ceño y bajó la mirada, pero cuando respondió lo hizo mirándolo a los ojos.

—Daniel, de la Hermandad se ha dicho que es el brazo armado del pitagorismo, pero en realidad combatimos por la humanidad contra el enemigo más sutil, desconocido y peligroso que ha existido. Llevamos miles de años manteniendo a raya a unos hombres cuyo fin es someter a todos los seres humanos como si fueran dioses...

—Espera —la interrumpió con una mueca escéptica—, ¿me vas a hablar de poderes sobrenaturales?

—Daniel, hay conocimientos...

—Conocimientos esotéricos que proporcionan capacidades extraordinarias, sí, ya he oído eso antes. Si quieres que siga escuchando ese tipo de cosas, primero tendrás que hacerme una demostración de esas... *facultades prodigiosas*.

Irina se quedó callada, observándolo pensativa. Al cabo de un rato Daniel se empezó a poner nervioso.

—De acuerdo —dijo ella finalmente.

Se quitó las sandalias, cruzó las

piernas sobre la cama y apoyó las manos en las rodillas. Luego cerró los ojos y respiró hondo varias veces.

Daniel tragó saliva mientras la contemplaba.

—Ahora —dijo Irina abriendo los ojos—, piensa un número del uno al cien.

«¿Me va a leer la mente? Muy bien... noventa y siete coma veintitrés; no se lo voy a poner fácil».

Se le encogió el estómago mientras sostenía la mirada verde grisácea de Irina, pero consiguió que no se reflejara en su rostro. La respiración de Irina se volvió profunda y trabajosa. Sus labios se tensaron y en su frente brotaron

pequeñas gotas de sudor.

Un cosquilleo suave apareció dentro de la cabeza de Daniel, justo detrás de la frente, y se extendió poco a poco hacia atrás.

El cuerpo de Irina se aflojó y bajó la cabeza respirando como si acabara de cruzar la meta de un maratón. Luego miró a Daniel sonriendo.

—Noventa y siete coma veintitrés.

«...».

Daniel siguió mirando a Irina, pero había dejado de respirar.

«¿Cómo...?».

—¿Cómo lo has hecho? —consiguió susurrar. Se tocó la frente—. He notado... como si me rozaras por dentro.

Irina bajó las piernas de la cama y se inclinó hacia Daniel.

—En la Hermandad llevamos miles de años desarrollando el maravilloso legado de Pitágoras. —Se enjugó el sudor de la frente con el dorso de una mano—. Pero hay una guerra, Daniel, y si vencen nuestros enemigos comenzará una era de oscuridad. Trabajos como el tuyo pueden ayudarnos a ponernos un paso por delante. —Su tono se volvió anhelante—. ¿Entiendes ahora el dilema en el que me encontraba? Yo quería decirte la verdad, me sentía fatal cada día que pasaba sin decírtelo, pero tampoco podía poner en riesgo mi misión. —Bajó la mirada antes de

continuar—. Te he ocultado que formaba parte de la Hermandad, pero te aseguro que nunca he fingido respecto a nuestra relación.

Daniel se quedó reflexionando en silencio.

—¿Puedes leerme la mente sin que yo lo note? —preguntó al cabo de un rato.

Irina negó con la cabeza. Daniel abandonó la butaca y se sentó en la cama junto a ella.

—Entonces tendré que decírtelo. —Apartó el pelo de la cara de Irina con suavidad—. Te he echado mucho de menos.

Los ojos de Irina se humedecieron.

Sus labios se ensancharon en una sonrisa que temblaba levemente y por su rostro descendió una lágrima. Daniel se acercó a ella y la besó en la boca. Ella le devolvió el beso, pero después de unos segundos se apartó.

—Tengo que decirte algo más. — Suspiró y Daniel la besó de nuevo. Ella lo apartó suavemente—. Quería pedirte disculpas en primer lugar, pero también tengo que transmitirti un mensaje en nombre de la Hermandad.

—Disculpas aceptadas. —La besó de nuevo—. Y lo de la Hermandad me lo dices después.

Rodeó su espalda con un brazo y la atrajo hacia sí. Ella cerró los ojos y se

besaron lentamente.

—Daniel...

La respiración de ambos se aceleró y comenzaron a besarse con la boca abierta. Sus lenguas iniciaron una danza lenta y húmeda. Daniel acarició los pechos de Irina por encima de la blusa y besó la piel suave de su cuello. Irina suspiró junto a su oído; luego apoyó la mano en su muslo y empezó a acariciarlo, subiendo poco a poco, hasta que llegó a su entrepierna. La erección de Daniel era tan intensa que la presión de los pantalones casi resultaba dolorosa. Irina pasó las uñas lentamente arriba y abajo y él sintió que enloquecía.

—Vamos a desnudarnos —le susurró

Irina al oído.

Daniel se separó y la miró respirando con fuerza. La mirada de Irina ardía con un anhelo que iba más allá de lo físico. Se pusieron de pie y él le quitó la blusa y el sujetador. Ella le sacó la camiseta y se quedó contemplándolo.

—Me encanta tu cuerpo.

Puso las manos en los hombros de Daniel y las bajó lentamente, deleitándose con el volumen firme de los músculos de sus brazos. Luego pasó las puntas de los dedos por sus pectorales y comenzó a besarle el pecho. Al llegar a una tetilla sacó la punta de la lengua y la pasó por encima.

Daniel se estremeció. Ella le lamió más fuerte y luego mordió con suavidad haciendo que él gimiera.

Irina pasó a hacer lo mismo en el otro pezón. Al mismo tiempo desabrochó el cinturón de Daniel y los botones de sus vaqueros. Luego le bajó el pantalón y se arrodilló. Rozó con los dientes el bulto que ocultaban sus calzoncillos, mordiendo con suavidad de arriba abajo, y después los bajó de un tirón. La erección de Daniel saltó como un muelle al quedar libre e Irina la acogió en su boca.

—Ahhh... —Daniel cerró los ojos y soltó el aire entrecortadamente—. Espera, espera —dijo de pronto.

Se apartó de aquella calidez húmeda e hizo que Irina se pusiera de pie. Entonces fue él quien se agachó para bajar la falda pantalón y el tanga de Irina. Su monte de Venus estaba depilado, excepto por un pequeño triángulo de vello corto muy rubio.

Daniel se levantó, volvió a besarla e hizo que se tumbara en la cama. Se inclinó sobre Irina y la besó en los pezones igual que ella había hecho con él. Irina enredó los dedos en su pelo mientras él la hacía temblar. Después la besó en el vientre, le abrió las piernas y comenzó a darle besos y pequeños mordiscos en la cara interna de los muslos, donde la piel era deliciosamente

suave.

Titubeó un momento antes de seguir. No tenía experiencia en lo que quería hacer. Miró hacia arriba y vio entre los pechos de Irina que ella había cerrado los ojos y respiraba agitadamente por la boca abierta. Sus brazos yacían a los lados del cuerpo en actitud de entrega. Daniel bajó la cabeza y besó la carne tierna de su entrepierna. Luego pasó la lengua con delicadeza por el centro. Su interior era sedoso y cálido. Metió la lengua más profundamente y notó que ella estaba muy mojada. Su sabor dulce y suave le encantó. Continuó lamiéndola y se ayudó de un dedo para estimular con cuidado el clítoris inflamado de

Irina.

—Ahhh... Daniel, Daniel...

Él miró hacia arriba sin dejar de complacerla. Irina se agarraba los pechos y los acariciaba con intensidad. Se pellizcó los pezones y tiró de ellos gimiendo y alzando la cadera hacia su boca. Daniel intensificó el ritmo de su lengua y notó que la abertura de Irina se contraía con una sucesión de espasmos. Todo su cuerpo se arqueó y tembló durante varios segundos. Después se relajó y Daniel oyó que exhalaba un suspiro profundo.

Dudó si seguir. Le hubiera gustado saber prolongar el placer de Irina tanto como ella sabía hacer con él. Ella le

puso una mano en la cara e hizo que se desplazara hasta quedar a su altura y se tumbara a su lado.

—Ha sido... —Irina suspiró de nuevo— increíble.

—¿No ha sido demasiado rápido? Tú consigues que yo dure mucho más.

Ella soltó una risa alegre.

—Hacer que dures más también prolonga mi placer. —Lo besó con pasión y luego habló con la voz enronquecida—. Justo como vamos a hacer ahora.

Se incorporó y se sentó a horcajadas encima de Daniel. Agarró su miembro y lo colocó en su entrada. Después bajó lentamente, cerrando los ojos,

estremeciéndose de gozo hasta que no quedó ni un centímetro fuera de su cuerpo.

Él notó que estaba más mojada que otras veces. Había entrado en ella con la facilidad de un pez que se desliza entre las manos. Irina contrajo los músculos de su interior a la vez que subía y volvía a bajar, estrechando su erección de un modo sublime.

Daniel dejó la mente en blanco y se entregó al placer que recibía y a la sensación de estar con Irina, con la mujer... «la mujer que amo». Tomó su cara entre las manos y la acercó mirándola intensamente a los ojos. Ella le devolvió la mirada con la misma

avidez mientras el placer se acrecentaba en sus cuerpos. Se acercaron hasta rozar las frentes, acariciándose con la punta de la nariz y compartiendo el mismo aliento. Ella marcaba el ritmo con sus caderas, lo había conducido de nuevo a aquella frontera imposible de placer continuo. Daniel dejaba que ella lo guiara, había aprendido que el placer final era mayor cuanto más tiempo se mantuviera en aquella meseta controlada de intenso gozo.

Acarició con ternura el rostro de Irina, sus pómulos elegantes, el perfil de sus labios generosos...

—Te quiero.

—Te quiero —respondió ella al

momento—. Te quiero, te quiero.

Siguieron haciendo el amor y el sudor comenzó a resbalar por sus cuerpos. Al cabo de un rato las sábanas estaban empapadas. Daniel notó que Irina aumentaba ligeramente la presión, las sensaciones que le producía se incrementaron y empezó a gemir. Irina estiró las piernas, tumbándose encima de él, y le metió la lengua en la boca. Daniel agarró su culo tenso mientras ella se frotaba contra él, piel mojada sobre piel mojada, los pechos de Irina aplastándose contra su torso, ella buscando con sus pezones endurecidos el roce de los suyos. El ritmo siguió incrementándose, el placer

multiplicándose. Daniel apretaba hacia sí el cuerpo de Irina como si quisiera fundirse con ella. Sintió que le sacudía un espasmo de gozo, otro aún más intenso y el siguiente fue como un relámpago de luz blanca que disolviera el mundo.

CAPÍTULO 64

Madrid, España, actualidad.

Daniel se mantuvo abrazado a Irina, disfrutando con el peso de su cuerpo esbelto contra sus piernas, su pubis, su pecho.

«Me quiere igual que yo a ella».

Irina le había dicho con palabras que le quería, pero él lo había *percibido* antes. Cuando Irina había leído en su mente el número que estaba pensando, él había divisado algunos reflejos del interior de ella, de sus sentimientos. Era

una sensación extraña, un conocimiento que no había adquirido a través de las palabras, difuso pero a la vez certero. Ahora sabía de un modo incuestionable que Irina estaba enamorada de él. Eso le proporcionaba una sensación de serenidad y unión enormemente gratificante.

Irina respiraba como si estuviera dormida. Daniel cerró los ojos y dejó que su mente vagara. Recordó diferentes momentos de su relación y luego le llegaron otros recuerdos de su pasado. Vio una cara igual a la suya cuando era niño, pero tan delgada que los ojos parecían enormes. Se esforzó por rememorar los detalles de aquel rostro,

siempre alegre pero también cansado, que a veces luchaba por retener y otras por dejar que partiera.

—Irina —susurró.

—¿Mmm?

—¿Recuerdas la primera vez que hablamos?

Irina emitió un suave gemido de asentimiento.

—Me preguntaste por qué dedicaba todo mi tiempo a trabajar.

—Sí, me acuerdo —murmuró Irina adormecida—. Me respondiste citando a Sartre... ¿Cómo era aquella cita?

—*Existir es crear tu existencia.* —Ladeó la cabeza hacia Irina—. Es cierto que pienso que somos los principales

responsables de lo que nos sucede, pero hay otra razón para que me esfuerce tanto. Una razón más personal.

El tono de Daniel hizo que Irina levantara la cabeza y lo mirara a los ojos completamente despierta. Daniel inspiró profundamente, nunca había hablado de ese tema con nadie.

—Yo tenía una hermana melliza. Se llamaba Sara. Murió de leucemia cuando teníamos diez años.

—Oh. Lo siento mucho, Daniel.

Él se quedó un momento en silencio, con los labios apretados, y advirtió que en los ojos de Irina aparecían unas lágrimas. Le acarició la cara haciendo una mueca de resignación.

—No te preocupes. Me imagino que la sensación de vacío me acompañará siempre, pero ya he superado el dolor. —Tragó saliva y siguió hablando—. El caso es que mis padres se quedaron destrozados, y yo sentí la obligación de aportarles las satisfacciones que mi hermana ya no podría darles. Hasta entonces yo no me esforzaba en el colegio, aunque me resultaba tan fácil que me habían adelantado un curso. Cuando murió Sara y vi que mis padres se hundían, me puse a estudiar como loco. No sólo en el colegio, sino también otras materias como informática, que a mi padre le encantaba y teníamos la casa llena de revistas. —

Llenó los pulmones, haciendo que Irina se elevara unos centímetros, y dejó escapar el aire en silencio—. Sé que mi comportamiento se volvió un tanto obsesivo, pero no puedo evitar que la muerte de mi hermana me siga influyendo. De hecho, por esa misma razón no podría soportar tener que volver a casa de mis padres. Sentiría que el único hijo que les queda los ha decepcionado.

—Daniel, creo que tus padres deben de ser los que están más orgullosos del mundo. —La voz de Irina vibraba ligeramente—. Nada de lo que ocurra puede hacerles cambiar de idea. Lo sabes, ¿verdad?

Daniel se encogió de hombros.

—Supongo, pero una cosa es pensarlo y otra llegar a sentirlo. —Irina lo besó despacio en la punta de la nariz y lo miró con una sonrisa cálida—. Bueno, no quiero que te preocupes, ya no es una obsesión como cuando era niño. Pero quería contártelo.

Irina le acarició la línea de la mandíbula. Luego apoyó su frente en la de él.

—Gracias —susurró.

Se besaron con suavidad y volvieron a abrazarse.

Después de vestirse, Daniel echó un

vistazo a la última simulación que estaba programando. Irina le habló desde la cama.

—Tenemos que hablar del mensaje que traigo de la Hermandad.

Daniel se levantó de la butaca y se apoyó en el borde de la mesa.

—Muy bien. ¿Qué quieren decirme? O ¿qué queréis decirme?

—Nuestro superior, Douglas Harper, te pide que vayas a la sede de la Hermandad hoy mismo. Le gustaría que colaboraras con nosotros... y también quiere protegerte.

—¿Protegerme?

—Los seguidores de Khaos probablemente quieran evitar que

colabores con nosotros. Tu trabajo tiene potencial para inclinar la balanza en la guerra que libramos. Los khaosianos seguramente preferirían que te unieras a ellos, pero pensamos que habrán analizado tu perfil y te habrán descartado. Su siguiente paso probablemente sea tratar de eliminarte para que no nos ayudes.

—*Eliminarme...* quieres decir asesinarme.

Irina asintió. Daniel se quedó pensativo con expresión sombría.

—Me dijiste que la organización de Khaos llevaba más de veinte años sin dar señales de vida. Hace dos semanas mataron a uno de los vuestros, ¿no crees

que puedan conformarse con eso durante otros veinte años?

—Me temo que no. No siempre sabemos por qué aparecen y desaparecen, pero sí sabemos que cuando actúan procuran dar un golpe lo más demoledor posible. La primera vez que atacaron tras la muerte de Khaos, el monstruo que inició todo esto, intentaron exterminar de golpe a todos los allegados y seguidores de Pitágoras. Y desde luego no les temblaba la mano; dice la leyenda que incluso mataron al nieto de Pitágoras, un niño de dos o tres años llamado Sinuhé. Era el hijo de Ariadna y Akenón, y se cree que lo ejecutaron delante de su propia madre.

—El tono de Irina se volvió más grave —. Douglas está convencido de que todos estamos en peligro. Ha convocado a los principales miembros de la Hermandad a una asamblea general. Empezará esta noche y Douglas quiere que también asistas tú.

Daniel sacudió la cabeza.

—Muy bien, iré, no voy a quedarme aquí esperando a que me maten.

Se dio la vuelta con las mandíbulas tensas y empezó a cerrar procesos en sus ordenadores preparándolos para el traslado. Negarse a ir a la Hermandad probablemente implicase que lo mataran, pero la alternativa que le dejaban era entregar su programa y

quedarse sin nada. «Cuatro años de trabajo a la basura, y no tengo ni para pagar el próximo mes de alquiler».

—Daniel.

—¿Sí? —dijo sin dejar de teclear.

—Douglas también me ha dicho que te pagará quinientos euros por cada día que colabores con nosotros, y que estudiará una compensación adecuada por quedarte sin explotar comercialmente tu programa.

Daniel se volvió hacia ella boquiabierto.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Lo siento, pero Douglas insistió en que esperara a que respondieras a lo

de venir a la sede de la Hermandad antes de hablarte de dinero.

«¡Quinientos euros al día!».

Ya sólo quedaba otro asunto importante.

—¿En vuestra sede dormiremos juntos?

—Por supuesto. —Irina mostró una sonrisa deslumbrante—. Además, tengo una habitación en un torreón de piedra que podría ser la *suite* de un hotel de cinco estrellas: chimenea, cama *king size*, baño con hidromasaje...

Mientras Daniel terminaba de recoger, Irina lo observaba sentada en la

cama. Sonrió al recordar los paralelismos con su propia vida antes de entrar en la Hermandad. En aquella época ella tenía veintitrés años —uno más que Daniel ahora— y estaba terminando el doctorado de Sociología. Su familia vivía bien para ser inmigrantes rusos en Alemania, pero ella no quería seguir siendo una carga para sus padres. Su mayor preocupación era encontrar un trabajo, sin poder imaginar que unos meses más tarde su vida habría cambiado radicalmente y viviría en la sede de una organización secreta.

Recordó la impresión que le había causado Douglas al conocerlo. El líder de la Hermandad transmitía una imagen

de pulcritud, una elegancia sencilla y discreta. La sobriedad de su carácter era consecuencia de un autodomínio largamente entrenado, pero a veces, cuando trataba de los temas que más le importaban, su mirada y sus gestos adquirirían una vehemencia que revelaba el fuego intenso que ardía en su interior.

Daniel cerró la segunda bolsa de viaje, donde había metido dos portátiles y varios discos duros. Observó los equipos que no iba a llevarse mordiéndose el labio inferior.

Irina se puso de pie junto a él.

—Daniel —le miró a los ojos sonriendo—, no te preocupes. Todo va a salir bien.

Daniel tomó aire y lo soltó de golpe.

—Buf. —Echó un vistazo rápido a la habitación—. Bueno, ya está todo. Vámonos.

Salieron del cuarto y Daniel cerró dando dos vueltas a la llave. Cruzaron el pasillo y llegaron a la entrada. Daniel dudó un momento, pensando si decir algo a sus compañeros de piso, y finalmente se marcharon sin despedirse.

En el descansillo, mientras esperaban el ascensor, Daniel se quedó mirando hacia el suelo abstraído. Irina pensó que había notables similitudes entre Daniel y Douglas. Ambos eran reflexivos y reservados, lo que podía hacer que resultaran fríos a quienes no

los conocían, pero tenían una naturaleza excepcionalmente generosa; los dos eran disciplinados y su capacidad de trabajo resultaba impresionante; y los dos contaban con una mente privilegiada, que en el caso de Daniel todavía era una fuerza en bruto que Douglas estaba deseando encauzar.

«Douglas ha nacido para ser maestro», se dijo Irina.

Los miembros de la Hermandad no escuchaban a su líder con una atención especial porque encabezara la organización, sino por la profundidad y templanza con que ponderaba cualquier asunto. Todos ellos pensaban que, igual que llevaba más de dos décadas guiando

a la Hermandad, Douglas sería un excelente guía para Daniel.

CAPÍTULO 65

Madrid, España, actualidad.

Douglas terminó de recorrer con Iván el muro de metal que rodeaba la sede de la Hermandad. Desde el exterior sólo se veía una hilera compacta de arizónicas altas y polvorientas. Por dentro era evidente el alambre de espino que coronaba el muro en todo su perímetro, pero las cámaras de vídeo y los sensores de movimiento quedaban ocultos.

Cruzaron una breve mirada y

Douglas se dirigió hacia la casa mientras Iván se subía a un todoterreno. El edificio era alargado, de dos plantas, construido con grandes bloques de piedra oscura que le daban un aspecto antiguo y macizo. Parte de la fachada estaba revestida de una hiedra rala y en su mayor parte seca. Las ventanas contaban con rejas gruesas y cristales que permitían la visión únicamente desde dentro hacia fuera. Del flanco izquierdo de la vivienda surgía un corredor de piedra que comunicaba con un torreón redondo y achaparrado de unos diez metros de altura.

Douglas miró un momento hacia atrás y vio la puerta corredera del muro

cerrándose tras el paso de Iván. La sede se encontraba en el centro de una finca de cuatrocientas hectáreas, por lo que las sendas forestales más cercanas por las que podía circular alguien ajeno a la Hermandad se encontraban a más de un kilómetro del muro que rodeaba el edificio. Asimismo, la orografía de la zona los hacía invisibles desde fuera de la finca.

Recorrió los ochenta metros de terreno despejado que separaban el muro metálico de la vivienda y accedió a ella. Al traspasar el umbral se percibía el grosor de la pared exterior, lo que proporcionaba la sensación de entrar en una fortaleza. Los ojos de

Douglas se abrieron instintivamente para adaptarse a la brusca reducción de luz. Su piel agradeció el descenso de temperatura mientras cruzaba el amplio vestíbulo. En el ala derecha de la planta baja estaban la cocina, la despensa y algunos dormitorios. A la izquierda de Douglas se abría un pasillo largo al final del cual comenzaba el corredor que conectaba con el torreón. Al principio del pasillo, en la pared de la izquierda, una puerta doble daba acceso al salón principal del edificio, donde tendría lugar la cumbre de esa noche. A través de la puerta abierta se oían algunas conversaciones. Douglas siguió recto y bajó dos tramos de escaleras.

Al llegar abajo la temperatura había descendido otro par de grados. Las paredes de ladrillo desgastado que rodeaban a Douglas parecían las de una bodega antigua, pero frente a él se encontraba una puerta lacada en blanco con un panel numérico junto al marco. Introdujo el código y la puerta se deslizó en silencio.

La sala era profunda, de techo abovedado y pintada completamente de un blanco luminoso. La pared derecha estaba cubierta por armarios metálicos, en cuyo interior cientos de equipos integrados formaban una supercomputadora. A la izquierda del pasillo central se encontraba una mesa

larga de trabajo con varios monitores, y en esa pared había tres paneles UHD de setenta pulgadas. De los cuatro puestos de trabajo habilitados sólo estaban ocupados dos.

—Natalia, Ander, buenas tardes — saludó Douglas.

—Buenas tardes. —Natalia apenas levantó la vista antes de concentrarse de nuevo en los datos que tenía frente a ella.

—Douglas, buenas tardes. —Ander se levantó de su puesto y se acercó. Tenía el pelo por los hombros y en su rostro afilado lucía una media sonrisa que le daba un aire cínico.

—¿Funcionan todas las cámaras?

Ander señaló con la cabeza los paneles de las paredes, cuya imagen se dividía en numerosos recuadros. En dos de ellos se veía desde distintos ángulos el todoterreno de Iván recorriendo la finca.

—La seguridad está activa al cien por cien.

Ander echó un vistazo al monitor en el que había estado trabajando antes de volver a mirar a Douglas. Parecía agitado.

Douglas señaló el monitor.

—¿Algo interesante?

No solía hablar con Ander de los detalles de su trabajo, sólo de objetivos y resultados. Él se perdía en los detalles

técnicos de la informática, pero Ander era el mejor informático de la Hermandad en la tarea de localizar y analizar candidatos.

—Lo cierto es que sí. —Su sonrisa se ensanchó con un matiz de orgullo—. He desarrollado una versión más silenciosa de mi troyano para *smartphones*, y ya está instalada en más de la mitad de los miembros de Mensa de todo el mundo.

—¿Cómo has conseguido infiltrarte con tanta rapidez?

—Cada vez es más sencillo. Cuanto más utilizan los teléfonos más oportunidades me dan de meterme en ellos, y las aplicaciones de mensajería

instantánea han hecho que la gente viva enviando y recibiendo datos continuamente.

—¿También controlas sus webcams?

—Sí, no es tan útil como en los ordenadores pero utilizamos el mismo sistema. Activamos la cámara y el micrófono sin que el usuario lo note, y a partir de ese momento recibimos todo lo que registran ambos dispositivos.

Douglas asintió. Ellos iban un paso por delante de los *hackers* profesionales, pero el espionaje masivo se había puesto al alcance de cualquiera con un conocimiento mínimo de informática. Era realmente sencillo activar la cámara de la tablet o el

ordenador de cualquier persona y grabar todo lo que ocurría delante de esa cámara. La mayoría de los *hackers* amateurs lo utilizaba para intentar grabar saliendo de la ducha a una mujer atractiva y luego quedarse el vídeo o subirlo a Internet. También habían salido en la prensa varios casos de personas que grababan a chicas y luego se dedicaban a acosarlas o chantajearlas. En cuanto al espionaje profesional, registrar posibles infidelidades a través del micrófono o la cámara estaba al alcance de cualquier investigador privado, y no era un secreto que algunos gobiernos disponían de vídeos de la intimidad de millones de ciudadanos.

«La pesadilla de Orwell se ha convertido en realidad», se dijo Douglas. George Orwell había imaginado en su novela *1984* una Policía del Pensamiento que trabajaba para un supuesto líder —el Gran Hermano—, controlando los actos e intenciones de los ciudadanos a través de telepantallas. Hoy en día, miles de millones de personas habían introducido voluntariamente en sus casas micrófonos y cámaras —a menudo ya integradas en sus ordenadores de mesa, portátiles, tablets o *smartphones*—, así como conexiones a Internet siempre activas. Ya era raro el hogar que no contara con uno o varios ojos electrónicos

preparados para transmitir todo lo que veían. Se había creado una inmensa red de recogida de información, especialmente eficaz porque el ciudadano medio no tenía ni idea de que en todo momento los micrófonos podían estar escuchando y las cámaras mirando.

—¿Estás seguro de que no pueden detectarnos?

—Es casi imposible que lo hagan, y en todo caso no sabrían quién se ha colado en su sistema. Primero les envío un miniprograma que me dice qué sistema operativo y qué programas de seguridad tiene; entonces decido cuál es el mejor troyano en ese caso, y luego el troyano despeja el camino para

introducir e instalar el programa que me da el control sobre ese aparato. El proceso es muy rápido, y en cuanto se completa ya puedo encender su micro y su cámara cuando quiero y sin que se percaten.

Ander señaló hacia los armarios repletos de equipos.

—Para recibir menos datos inservibles, podemos hacer que las cámaras sólo graben cuando detectan movimiento. Aun así, no podríamos procesar una cantidad tan masiva de información si no fuese por *Ariadna*.

Douglas frunció el ceño. No había puesto ninguna objeción cuando Ander había decidido llamar Ariadna a la

supercomputadora, pero no le gustaba demasiado.

Ander se volvió hacia él.

—¿Sabemos ya si va a venir Daniel Martín?

—Todavía no tengo la confirmación —respondió Douglas. Su rostro no mostró ninguna reacción mientras pensaba que Irina aún no le había llamado, a pesar de que hacía varias horas que se había marchado para intentar hablar con Daniel.

Se despidió de Ander con un gesto de la cabeza y se dio la vuelta. Antes de abandonar la sala, sus ojos se detuvieron un momento en la supercomputadora que ocupaba toda la

pared derecha.

«Ariadna...».

CAPÍTULO 66

Cartago, 507 a. C.

La imagen brota desde mis recuerdos, vívida y luminosa. El sol destella en las suaves ondulaciones del mar que nos rodea. Estoy hablando con Eshdek en la cubierta del *Melkart*, fondeados en el puerto de Crotona. Hace un par de días partimos de Metaponte, donde dejamos a Pitágoras reponiéndose de las lesiones que sufrió hace ahora dos semanas en el ataque a la casa de Milón. Mañana regresaremos a Cartago.

Eshdek viste una túnica corta de color amarillo sobre la que lleva un cinturón de cuero ancho. Me está sugiriendo algunas expediciones comerciales donde puedo invertir parte del oro que he conseguido con la captura de Khaos, pero no le estoy prestando mucha atención.

—Akenón, ¿me estás escuchando?
—me pregunta Eshdek con una sonrisa burlona. Se ha dado cuenta de que los ojos se me van continuamente hacia Ariadna, que se encuentra a unos metros de nosotros mirando hacia Crotona.

—Perdona.

Giro la cabeza hacia Ariadna y veo que ella se encamina hacia la pasarela

para desembarcar. Camina despacio, deslizando una mano sobre la borda con expresión triste. Se me encoge el corazón al pensar en no volver a verla y echo a andar hacia ella sin pensarlo.

Ariadna pone un pie en el borde de la pasarela. Llego a su altura y apoyo las manos en sus hombros desnudos. Ella se detiene sin darse la vuelta, con el cuerpo tenso. La relación entre nosotros ha sido difícil desde el principio y no sé cómo va a reaccionar, sólo sé que no quiero perderla.

Me inclino hacia ella y la abrazo lentamente desde atrás, temiendo que rechace mi contacto. Envuelvo su cuerpo y acaricio la piel tostada de sus brazos,

que se eriza bajo mis dedos. Acerco mi cara a su pelo, respiro su olor, me acerco hasta rozarla y hablo notando que mi voz tiembla:

—Ven conmigo a Cartago.

Su cuerpo se estremece entre mis brazos. La estrecho con más fuerza. Si va a decirme que no, quiero poder recordar este último abrazo.

Ariadna se mueve y me separo dejando que se dé la vuelta, buscando su mirada. Nuestros ojos se encuentran. Está llorando y sonrío.

La imagen cambia.

Han pasado varios días, el *Melkart* acaba de llegar a Cartago. Sigo odiando viajar en barco, pero eso no ha

impedido que los últimos días hayan sido los mejores de mi vida. Ariadna está a mi lado, en cubierta, observando la actividad del puerto de Cartago. Desde hace unas horas la noto ausente. Quizás esté pensando en su padre.

La tomo de la mano para descender a tierra y echo a andar, pero tira de mí haciendo que me dé la vuelta. Al ver su expresión palidezco. «Ha cambiado de opinión —es lo primero que pienso—, va a regresar a la Magna Grecia».

—Akenón, antes de desembarcar he de decirte algo.

Asiento aguardando su respuesta. El silencio se prolonga mientras intento descifrar su expresión con un nudo en el

estómago.

—Estoy embarazada.

Me quedo paralizado, tan sorprendido que ni siquiera parpadeo. Poco a poco mi mente vuelve a ponerse en marcha; entonces comprendo que saber que estaba encinta es lo que ha mantenido a Ariadna alejada de mí en las semanas previas a embarcarnos hacia Cartago.

En el rostro de Ariadna se marcan los músculos de las mandíbulas. Su expresión es resuelta, pero en sus ojos detecto un destello de miedo. Me apresuro a abrazarla, notando que se expande por mi cuerpo una sensación cálida, y la levanto del suelo riendo.

—Ariadna, soy el hombre más dichoso del mundo.

La imagen vuelve a cambiar.

Estoy en el patio de la mansión que acabamos de comprarnos. Es de noche. Camino de pared a pared haciendo crujir los guijarros, nervioso, aterrorizado. Miro hacia la entrada sin detenerme, me llevo las manos a la cabeza.

Se oye un grito agudo.

Espero conteniendo la respiración. El grito se repite, se convierte en un llanto. Me vuelvo hacia la puerta con el cuerpo tenso, quiero entrar. Los hombres que conozco se comportarían de otra manera, pero ahora eso me da igual.

Finalmente me adentro en el edificio y entro en la estancia donde Ariadna acaba de dar a luz.

Ignoro las miradas de reproche de las dos mujeres que la acompañan y me acerco al lecho. El rostro de Ariadna está congestionado, pero sonrío mirando al bulto envuelto en telas que sostiene contra su pecho. Al verme lo gira hacia mí.

—Es un niño. —Su voz suena desfallecida y satisfecha.

Me siento en el borde de la cama, la beso en la frente y miro al bebé. Estoy llorando, es la primera vez que lo hago desde que mataron a mi padre. Ariadna propuso que si nacía un varón se llamara

Sinuhé, como él. Pienso que es un nombre muy grande para una cosa tan pequeña, pero entonces abre sus ojos, verdes como los de Ariadna, y cuando me mira fijamente me impresiona la sabiduría que parece haber en ellos.

«¡Despierta!».

La imagen se vuelve borrosa y noto un viento de dolor que recorre la habitación. De pronto algo frío me golpea la cara arrancándome de mi esposa y de mi hijo recién nacido.

—Despierta.

Akenón movió la cabeza con los ojos cerrados mientras Glauco le daba

cachetes.

—Despierta, Akenón, tienes que estar junto a tu mujer en estos momentos tan difíciles.

Akenón sacudió la cabeza salpicando agua y abrió los ojos aturdido. Estaba sentado, con las manos atadas detrás del respaldo. Glauco lo había colocado en una silla junto a la de Ariadna, girados el uno hacia el otro para que se vieran bien. Su mujer seguía amordazada y sus ojos mostraban un dolor inmenso.

«¡Sinuhé!».

La mirada de Akenón saltó por la sala y encontró lo que deseaba que hubiera sido una pesadilla. Su hijo

seguía tirado en el suelo, muerto en medio de un charco de sangre que procedía de un hombre decapitado.

Akenón apretó los ojos y soltó un gemido. Después los abrió y miró a Ariadna fijamente. «Superaremos esto juntos —le dijo sin palabras—. Aguanta un poco más, Eshdek nos rescatará en cualquier momento».

Ella le mantenía la mirada, pero era como si estuviera rota por dentro. Había algo en su expresión que Akenón no había visto nunca. «Por Osiris, que Eshdek llegue rápido o nunca se repondrá».

Glauco había estado observando a Akenón desde que lo había despertado.

Ahora dio la espalda a sus prisioneros y se dirigió hacia el brasero. Akenón miró hacia la puerta. El sibarita había apostado allí tres guardias. Debía de haber otros tantos entre el patio y la entrada principal. «Eshdek traerá al menos una docena de soldados». También habría que tener en cuenta al enorme esclavo, que ahora estaba junto al brasero, soplando a través de un tubo de hierro para avivar las brasas.

Glauco sacó uno de los espetones y contempló su punta al rojo vivo.

—Akenón —dijo sin darse la vuelta—, debo decir que me impresionas. —Sonrió satisfecho, reintegró el hierro a las ascuas y caminó hacia él—. Estás

malherido, atado, acabas de descubrir que tu hijo está muerto... y sin embargo parece que sigues entero y dispuesto a luchar. Desde que te conocí en mi palacio de Síbaris ha sido así, y me pregunto... —en su rostro mantecoso la fachada de amabilidad se convirtió en una expresión cruel—, me pregunto si no será porque crees que puedes eludir tu destino.

Akenón no respondió, pero le alarmaba el tono de suficiencia del sibarita.

—Vamos a pasar una larga velada juntos —prosiguió Glauco—, y no me gustaría que se viera enturbiada por algo tan absurdo como... la esperanza. —Se

agachó y cogió del suelo el cuchillo de Ariadna—. Has de saber que esta misma noche, hace un par de horas, utilicé este cuchillo para matar a tu amigo Eshdek.

«¡No!». Akenón sintió que su pecho se congelaba. Escudriñó el semblante del sibarita intentando descubrir algún indicio de que mentía. «Dioses, es cierto, ha matado a Eshdek». Se esforzó por ocultar lo que sentía, consciente de que Ariadna lo estaba mirando. Finalmente cerró los ojos abrumado y agachó la cabeza.

Glauco seguía de pie delante de él. Se inclinó, acercó su cara a la cabeza de Akenón y husmeó el aire.

—Bien, muy bien. Huelo tu

desesperación... —volvió a husmear—, y tu miedo.

Akenón alzó la cabeza y escupió a Glauco en la cara. El sibarita se irguió lentamente y se pasó la mano por el carrillo. Luego examinó divertido la saliva roja de Akenón.

—Parece que no ibas a durar mucho aunque yo no acabara contigo.

Metió el cuchillo de Ariadna en un bolsillo de su túnica y volvió a agacharse para coger otro objeto del suelo.

Eran unas tenazas.

—Cometisteis el sacrilegio de ordenar que a Khaos le quemaran los ojos con hierros candentes y le

arrancaran la lengua. —Abrió y cerró las tenazas con un chasquido metálico —. Es lo mismo que os voy a hacer yo a vosotros.

Akenón tiró de sus ataduras con todas sus fuerzas. Sintió un dolor lacerante en las muñecas, pero no consiguió soltarse. Miró a Glauco con la mente bullendo en busca de una escapatoria. En la mirada del sibarita veía que les iba a causar todo el sufrimiento que pudiera.

—Lucha, Akenón, lucha. —La voz intensa de Glauco rezumaba odio. Agarraba los brazos de las tenazas con tanta fuerza que su puño estaba vibrando —. Lucha y aumenta mi placer.

Se acercó hasta quedar a un paso de sus prisioneros y los miró a ambos. Dejó caer las tenazas y sacó de su túnica el cuchillo de Ariadna.

—Antes de usar el fuego y las tenazas, os voy a marcar con el símbolo sagrado, igual que hice con Eshdek. —Clavó su mirada en Ariadna y después se volvió hacia Akenón—. ¿Quién quiere tener el honor de ser el primero?

Akenón le sostuvo la mirada y se estremeció al sentir físicamente su odio descomunal. Volvió a tirar de las ataduras y Glauco mostró los dientes en una sonrisa de hiena.

—¡Sujétale la cabeza! —vociferó sin dejar de mirarlo.

El esclavo se alejó del brasero y corrió hasta situarse detrás de Akenón. Aferró su pelo a ambos lados de la cabeza y presionó con tanta fuerza que Akenón pensó que su cráneo iba a reventar.

Glauco se sentó a horcajadas sobre los muslos de su prisionero. Colocó el cuchillo a unos centímetros de la cara de Akenón, que hacía esfuerzos desesperados por liberarse de la presa férrea del esclavo.

—¡Que no se mueva!

El esclavo apretó todavía con más fuerza. Akenón tenía la punta del cuchillo tan cerca de los ojos que la veía doble; detrás estaba el rostro

enrojecido y sudoroso del sibarita, mirando concentrado hacia su frente.

Glauco escupió saliva al gritar.

—¡Recibe el símbolo del dios Khaos!

El cuchillo se incrustó en el nacimiento del pelo de Akenón. Después Glauco tiró hacia abajo, rajando la frente hasta el entrecejo. Akenón gritó mientras el sibarita seguía destrozándolo. El cuchillo cortó en diagonal hacia arriba y Ariadna vio la carne blanca de su esposo, de la que inmediatamente brotó un manantial de sangre. Chilló bajo la mordaza y se sacudió con tanta fuerza que la silla saltó sobre sus patas. Glauco la miró un

instante antes de hacer el tercer tajo. La cabeza de Akenón vibraba entre las manos del esclavo. La sangre cubría sus ojos. Glauco agarró la empuñadura con ambas manos para volver a cortar la carne. A Ariadna le pareció oír la rascadura del hierro contra el hueso y notó que su hijo nonato pataleaba en su vientre como si sintiera la agonía de su padre.

Glauco cerró el pentáculo invertido con el último tajo. Apartó el cuchillo y miró extasiado la figura sangrante.

Akenón había dejado de gritar.

Ariadna enmudeció al ver el rostro de su esposo lívido e inmóvil. Se dio cuenta de que también habían cesado los

movimientos en su interior. Lo único que sentía era el mismo frío profundo que le había provocado la mano de Glauco cuando la había tocado.

El tiempo seguía transcurriendo mientras todos permanecían en suspenso. Lo único que se movía era la sangre de Akenón, que se extendía por su rostro y al llegar a la barbilla caía formando hilos espesos.

Glauco, sentado sobre las piernas de su prisionero, jadeaba con el cuchillo levantado. Se inclinó y besó la frente ensangrentada de Akenón.

—Síii... —gruñó con los labios empapados de sangre.

Contempló un momento más su obra

y se levantó pesadamente. La cabeza de Akenón cayó hacia delante como un peso muerto cuando la soltó el esclavo. Glauco, con el cuchillo en la mano, se puso delante de Ariadna y su respiración se agitó aún más mientras la contemplaba.

—Agárrale la cabeza —ordenó sin dejar de mirarla.

CAPÍTULO 67

Madrid, España, actualidad.

En el interior de Elena se mezclaban de un modo confuso distintas sensaciones. La trataban con amabilidad y le habían dicho en varias ocasiones que podía irse de la sede de la Hermandad cuando quisiera, pero también le recordaban que en el exterior había una organización de asesinos deseando acabar con ella.

«Es como si estuviera en una cárcel y me hubieran convencido de que soy su

invitada». La dejaban que saliera a pasear por el jardín, pero todo el perímetro estaba rodeado por un muro imposible de escalar. En lo alto había alambre de espino y sabía que controlaban el entorno con cámaras de seguridad.

«Se supone que si quiero irme sólo tengo que indicar dónde quiero que me dejen y me llevarán a ciegas en la furgoneta». A veces tenía la tentación de hacer la prueba y decir que quería irse, pero en el fondo sabía que no lo haría. El sueño en el que el asesino de Leonardo le hacía lo mismo que a Leo se había vuelto recurrente. Tenía miedo.

Y también estaba cabreada. Ella

estaba acostumbrada a decidir libremente cada paso que daba, y ahora se encontraba atrapada en una situación de la que no era responsable y que escapaba totalmente a su control.

Suspiró y siguió contemplando el enorme pentáculo que tenía delante.

Se trataba de un tapiz del siglo IX realizado en lana y seda. Lucía arabescos en los márgenes, era tan alto como la pared y la figura central del pentáculo tenía una letra griega en cada punta. Las letras habían sido confeccionadas con hilos metálicos y destacaban en el descolorido tapiz.

«**υγεια**».

Douglas le había explicado que en

griego significaba salud, pero a Elena aquella figura le traía recuerdos desagradables.

Miró hacia atrás, a la chimenea que había en la pared contraria de aquel espacioso salón.

«Allí colocaron la cámara». El pentáculo del tapiz era la figura de fondo del vídeo que había visto en la furgoneta, donde Leonardo había regresado de entre los muertos gracias a la tecnología y le había pedido que confiara en Douglas.

Se volvió hacia la puerta de la sala. Douglas se encontraba allí, tan serio como siempre, vestido con una chaqueta de *tweed* de color verde. Estaba

saludando a una mujer de unos sesenta años que acababa de llegar. Daba la impresión de que se conocían bien, porque Douglas sostenía una mano de la mujer entre las suyas mientras la escuchaba con mucha atención.

«Parece que hablan en alemán. — Los observó durante un momento y después paseó la vista por el resto de la sala—. Ya hay más de veinte personas, deben de faltar sólo cinco o seis».

La gran mesa ovalada del centro tenía treinta butacas alrededor. Douglas le había explicado que en la asamblea que iba a iniciarse esa noche serían treinta asistentes.

«Y yo seré uno de ellos».

Se volvió de nuevo hacia el pentáculo. Notaba que la atmósfera cobraba mayor intensidad con cada persona que llegaba. Ella llevaba dos semanas viviendo en aquella casona y el ambiente había sido casi monacal hasta hacía un día. Normalmente no había más de siete personas en la casa y pasaban la mayor parte del tiempo trabajando en silencio. Pero el día anterior habían comenzado a llegar miembros de la Hermandad de las cuatro esquinas del planeta. Todos tenían expresiones graves y saludaban a Douglas con respeto. También la saludaban a ella y después invariablemente decían que les parecía muy interesante su trabajo. Elena no

sabía si agradecersele o gritarles que con qué derecho llevaban años espiándola.

Douglas se acercó con la alemana. Era rolliza y llevaba al cuello un pañuelo rojo y dorado que hería la vista. Se llamaba Livia, y con un español más que aceptable le dijo que su trabajo sobre entrenamiento cognitivo era muy interesante. Elena le dio las gracias sin sonreír y Livia se alejó para saludar a otros asistentes.

—¿Estás bien? —Douglas parecía preocupado.

Elena asintió en silencio y él continuó:

—Acaban de confirmarme que va a

venir Daniel Martín. En media hora estará con nosotros.

La primera reacción de Elena fue de alegría. Luego se preocupó por Daniel y por último frunció el ceño. «Igual ha perdonado a Irina y la rusa es quien lo ha convencido para que venga».

—Bien, me alegrará ver una cara conocida —respondió en un tono neutro.

Esperaba que Daniel e Irina no se hubieran reconciliado, pero desde luego no iba a preguntárselo a Douglas.

El líder de la Hermandad la miró dubitativo antes de alejarse para recibir a otro recién llegado. Iván lo seguía, siempre a su sombra como un perro guardián. Era el único de los habitantes

habituales de la casa que no había hablado con Elena en los días previos. Ella a veces se había encontrado con sus ojos de hielo observándola. En esos casos él no apartaba la mirada, inexpresivo como una estatua. Elena nunca había aguantado más de dos segundos sin bajar los ojos.

En los últimos días, Elena había coincidido varias veces con Irina en la sede de la Hermandad. La rusa había intentado conversar con ella en un par de ocasiones, pero ella le había contestado con respuestas secas y los intentos no se habían repetido.

Los dos miembros con los que más había tratado eran Ander y Natalia, ambos expertos en informática. Con Natalia había pasado varias horas hablando de su trabajo. Querían que ella aplicara sus procedimientos de análisis de entrenamientos cognitivos a los métodos de entrenamiento de la Hermandad.

«Aunque estoy segura de que sólo me han dejado atisbar las fases iniciales de sus métodos». Aun así, eran más complejos y exigentes que cualquier técnica que hubiera conocido.

Tanto Natalia como Ander pasaban casi todo su tiempo encerrados en una antigua bodega subterránea que había

sido acondicionada como sala de ordenadores. Elena creía que uno de sus cometidos era la búsqueda de candidatos a través de Internet, utilizando entre otros canales a Mensa. «Y cuando encuentran a alguien con el suficiente potencial, envían a sus... agentes de campo a contactar con ellos. Como Leonardo. O Irina».

Se apartó del tapiz con el pentáculo, se acercó a la mesa ovalada y cogió un pequeño canapé de queso con nueces. Habían dispuesto varias bandejas a lo largo de la mesa para que cada uno se sirviera. El comienzo de la gran asamblea estaba previsto a las nueve de la noche, cuando habría llegado del

aeropuerto el último convocado, y no iban a interrumpirla para cenar.

«Espero que sí paremos para dormir». Se metió el canapé en la boca y le costó tragarlo, tenía el estómago cerrado. No le habían dado detalles de en qué consistiría la asamblea de la Hermandad, sólo sabía que la consideraban muy urgente, que estaba previsto que durara varios días y que ella tenía que asistir al menos a la reunión de esa noche.

«Y ahora sé que también estará Daniel».

Natalia y Ander no hablaban con ella de lo que hacían en la sala de ordenadores, pero Elena sabía que

últimamente estaban centrados en el trabajo de Daniel.

«La Hermandad parece muy interesada en su trabajo», se dijo mientras se acercaba a la chimenea apagada. El día anterior había captado retazos de una conversación entre Irina y Douglas. Él se había referido en un par de ocasiones al *programa de Daniel*, y al hacerlo le brillaban los ojos.

En ese momento oyó la voz de Douglas al otro lado de la sala.

—Muchas gracias por haber venido.

Elena se volvió siguiendo la voz del líder de la Hermandad. Se encontraba junto a la puerta, con la mano extendida. El que se la estrechó era Daniel.

A Elena se le iluminó la cara y aguardó sin moverse a que él la viera. Daniel terminó de saludar a Douglas y después se volvió hacia atrás con una sonrisa alegre.

Junto a él, devolviéndole la sonrisa, estaba Irina.

CAPÍTULO 68

Madrid, España, actualidad.

Durante los siguientes minutos, Elena ni siquiera pudo acercarse a Daniel. Todos los miembros de la Hermandad presentes se acercaron a saludarlo y cambiar unas palabras con él.

«Parece un personaje famoso».

Elena se sintió todavía más sola que antes de que hubiera llegado Daniel. Se mantuvo al margen, observando de reojo al grupo. Cuando este se dispersó un

poco, Daniel advirtió su presencia.

—¡Elena! —Se acercó hasta quedar junto a ella. Se le veía alegre y animado—. No sabía si estarías aquí.

«Vaya, qué raro que tu amiga Irina no te lo haya dicho».

Elena sonrió y decidió ahorrarse la ironía.

—Después de que nos viéramos en mi casa me trajeron de vuelta. —Ella había accedido a venir, pero lo había hecho tan obligada por las circunstancias que decir *me trajeron* era la mejor manera de expresar cómo se sentía—. Me hubiera gustado llamarte, pero me quitaron el teléfono y sólo puedo llamar desde un fijo y con *uno de*

ellos escuchando todo lo que digo.

Daniel frunció los labios y asintió con aire resignado.

—A mí también me han pedido que les entregue el teléfono. Y me han traído hasta aquí en una furgoneta sin ventanas. —Elena asintió, conocía bien esa furgoneta—. Bueno, mejor así, cuanto más en serio se tomen la seguridad, más seguros estaremos nosotros.

Antes de que Elena respondiera, Douglas terminó de hablar con Irina y se acercó a ellos.

—Daniel, me gustaría enseñarte algo. Es un símbolo muy importante para nosotros, y creo que ayudará a que nos conozcas mejor.

—Muy bien. —Daniel hizo el gesto de cederle el paso a Elena.

—No, id vosotros, yo voy a hablar con Natalia.

Acababa de ver a la joven informática entrando en la sala y se dirigió hacia ella. «Me imagino que Douglas va a contarle a Daniel la historia de la Hermandad». Elena ya la había oído un par de veces, y ver a Daniel con Irina había arrojado una nueva sombra sobre su ánimo. No tenía ganas de escuchar a Douglas en ese momento.

Douglas caminó hacia uno de los

extremos de la sala rectangular seguido por Daniel. Se detuvo junto a una urna que sobresalía de la pared a un metro de altura. Tres hombres estaban mirando en silencio el contenido de la urna: un objeto que reposaba sobre un manto de terciopelo púrpura.

Los tres hombres se apartaron para dejar más espacio a Douglas. Daniel ya se había fijado en que todos lo trataban de un modo casi reverente.

—Esta es la espada de Akenón —dijo Douglas con voz grave.

Daniel se inclinó para mirarla. Era una espada antigua de hoja curva, mellada y recubierta por una capa de óxido negro con vetas de verde claro.

—¿Es la espada original, la misma que usaba Akenón hace... dos mil quinientos años?

—La misma. —Los ojos de Douglas estaban fijos en la espada—. La Hermandad la ha conservado desde nuestros orígenes. Para nosotros es un símbolo del carácter combatiente de nuestra orden. —Suspiró y siguió mirando a la espada—. Ojalá no fuera necesaria nuestra orden, Daniel. Nuestro sueño desde hace milenios ha sido disolver la Hermandad, que se den las condiciones para poder hacerlo.

Douglas se quedó unos segundos en silencio y después se volvió hacia Daniel.

—Supongo que del hombre que creó nuestra hermandad, de Pitágoras, no sabrás mucho aparte de su teorema matemático.

Daniel asintió y Douglas hizo una mueca antes de continuar.

—En la actualidad apenas se lo conoce. Sin embargo, era el hombre más extraordinario de su tiempo. Un genio comparable con Newton o Leonardo da Vinci por el dominio sobre la sabiduría de su época, así como por el avance que produjo en muchas áreas de conocimiento. A pesar de eso, sin duda su doctrina supuso un progreso aún mayor en cuestiones morales, sociales y espirituales. En estos campos sólo

encontramos parangón en figuras como Buda o Jesucristo. —Volvió a mirar el contenido de la urna y su voz bajó un tono—. Khaos estuvo a punto de hacer que todo eso se perdiera para siempre.

Daniel observó de nuevo el arma de bronce oxidado.

—¿Fue Akenón quien consiguió detener a Khaos?

Douglas apoyó una mano en la urna irrompible que contenía la espada.

—Lo lograron entre Akenón y Ariadna, la hija de Pitágoras. Sin ellos, en pocos años Khaos hubiera hecho caer a sus pies a todos los pueblos de la Antigüedad, y todos nosotros seguiríamos adorando y temiendo a sus

sucesores como a dioses crueles. —Se volvió hacia la pared contraria—. Acompáñame.

Cruzaron la sala y Douglas se detuvo junto a otra urna, idéntica a la de la espada de Akenón. También había otros miembros de la Hermandad contemplando su contenido: un cuchillo con mango de hueso y cuero cuya hoja estaba parcialmente desmigajada por el óxido.

«Tiene la punta rota», se percató Daniel.

—Este es el cuchillo de Ariadna, que también simboliza el carácter de la Hermandad. —Douglas se volvió hacia el interior de la estancia—. En esta sala

están representados nuestros orígenes: Akenón —señaló la urna de su arma—, Ariadna —dijo apuntando hacia el cuchillo—, y Pitágoras —concluyó señalando al tapiz del pentáculo.

Daniel contempló los símbolos que dominaban la sala y sintió un estremecimiento.

«Pitágoras, Ariadna y Akenón. Para la Hermandad son como una trinidad divina».

Douglas prosiguió su relato.

—Akenón y Ariadna detuvieron a Khaos y lo encerraron. También lo... privaron de la capacidad de utilizar el poder de su mirada y de su voz. Desgraciadamente, Khaos encontró la

manera de transmitir su pensamiento. No sabemos si se comunicó con una organización que ya había constituido o si creó una nueva gracias al documento que transmitió a un hombre llamado Glauco. El caso es que en primer lugar fueron a por Pitágoras, Ariadna y Akenón —señaló de nuevo a los objetos que los simbolizaban—. Estas armas han probado la sangre de sus enemigos, pero lamentablemente Glauco también empapó su hoja con la sangre de Akenón y Ariadna.

Daniel contempló el cuchillo de Ariadna pensando en las palabras de Douglas.

«Estas armas han probado la sangre

de sus enemigos... y también la de Akenón y Ariadna». Se le puso la carne de gallina recordando cómo había muerto Leonardo Rossi, con un cuchillo clavado en el pecho y un pentáculo invertido rajado en su frente.

Se volvió hacia Douglas y vio que miraba hacia atrás con los ojos entornados. Siguió la dirección de su mirada y descubrió que estaba observando a Irina.

«Douglas debe de vivir también en esta mansión», pensó de repente.

Miró de nuevo a Douglas y luego a Irina.

«¿Alguna vez habrán estado juntos?», se preguntó sintiendo una

desagradable punzada en el estómago.

CAPÍTULO 69

Cartago, 507 a. C.

El enorme esclavo se colocó detrás de Ariadna y le inmovilizó la cabeza.

Ella intentó mirar hacia su esposo, pero las manazas del esclavo se lo impidieron. Frente a Ariadna, Glauco permanecía de pie contemplándola con los labios entreabiertos. Seguía empuñando el cuchillo, cuya hoja de hierro estaba manchada con la sangre de Akenón.

—Quítale la mordaza.

El esclavo sujetó con una mano el pelo de Ariadna y con la otra le sacó el pañuelo de la boca. Glauco se adelantó hasta que las piernas de Ariadna quedaron entre las suyas.

—Mírame, hija de Pitágoras.

El sibarita dobló las rodillas y dejó que su enorme peso cayera sobre la mujer.

—¡Aaaaah! —Ariadna no pudo evitar chillar. El latigazo de dolor en sus muslos le hizo creer que Glauco le había roto las piernas.

Akenón reaccionó al grito de su mujer. Su cabeza se alzó unos centímetros y se balanceó de un lado a otro. Abrió y cerró los párpados varias

veces, produciendo un débil ruido de chapoteo con la sangre que anegaba sus ojos.

Glauco advirtió sus esfuerzos y gruñó de satisfacción.

—Ariadna, mira a tu marido. Parece que quiere ayudarte.

El esclavo giró la cabeza de Ariadna hacia Akenón. Vio que su marido abría los labios, pero de ellos no brotó ningún sonido. Por su boca sólo salía sangre que se unía a la que caía desde su frente. En ese momento la cabeza de Akenón se desplomó sobre su pecho.

—Vaya, qué desconsiderado. —
Glauco se acomodó sobre las piernas de Ariadna produciéndole otro latigazo de

dolor. La tripa del sibarita aplastaba su vientre henchido—. Akenón no va a ver cómo te marco con el símbolo sagrado, pero después tú sí verás cómo me ocupo de él. Te mantendré consciente mientras le arranco la lengua con las tenazas. — Glauco hablaba tan cerca de Ariadna que ella no podía enfocararlo—. Después cogeré un hierro al rojo del brasero y lo acercaré a sus ojos hasta que los oigamos chisporrotear. Estoy seguro de que con tantas atenciones volverá a despertarse, ¿no crees?

Ariadna quería desvanecerse, escapar de aquel horror como fuera, pero el instinto de supervivencia por ella y por su bebé la obligaba a

permanecer alerta. Veía los ojos despiadados de Glauco clavados en los suyos, el sudor bajándole por la piel tersa del rostro, olía su aliento agrio mezclado con sus perfumes caros y sentía su odio emanando de él como un viento glacial.

Glauco abrió la mano y volvió a cerrarla lentamente, envolviendo el mango de hueso y cuero del cuchillo de Ariadna.

—Hija de Pitágoras...

Aquellas palabras parecían producirle un placer especial. Relamió sus labios gordos y después habló al esclavo.

—Mantén su cabeza inmóvil.

El esclavo aumentó la presión. Glauco levantó el cuchillo con la mirada fija en la frente de Ariadna. Los ojos de ella siguieron la punta afilada del arma, que se detuvo un momento sobre su cabeza. La boca del sibarita se ensanchó en una sonrisa cruel, y de pronto giró la cabeza.

—¿Qué ocurre?

Había oído un sonido metálico. El ruido se repitió un par de veces y se oyó un grito ahogado.

—Parece una pelea, mi señor —dijo uno de los guardias que había junto a la puerta—. ¿Queréis que salgamos?

—Tú quédate. Vosotros dos, id a ver qué está ocurriendo. Si alguien intenta

entrar en la sala, matadlo.

Dos de los guardias salieron apresuradamente. El tercero atrancó la puerta pasando un madero por unas argollas de metal. Glauco se volvió de nuevo hacia Ariadna.

—Hija de Pitágoras, espero que esta pequeña interrupción haya alimentado tus esperanzas.

Ariadna jadeaba tratando de apartar el rostro sin que las manos de hierro del esclavo se lo permitieran.

—Sin embargo —continuó Glauco —, tú misma has visto a Eshdek muerto, y sabes que ningún otro cartaginés con suficiente poder intentaría ayudaros.

Ariadna se esforzó en distinguir los

sonidos del exterior. Se oyeron gritos de dolor y más golpes metálicos.

—Veo en tu mirada que no te rindes, Ariadna. Pero sabes que vas a hacerlo, y tengo curiosidad por saber cuánto aguantarás. ¿Será cuando remate a Akenón, o quizás cuando te abra las entrañas para arrancarte a tu otro hijo?

Glauco pasó la hoja del cuchillo por el vientre de Ariadna. Luego apoyó la punta por encima del ombligo y presionó. Ariadna cerró los ojos y el pánico hizo que gimiera.

Se oyó un golpe en la puerta. Glauco gritó una orden sin dejar de mirar a Ariadna.

—¡Guardia, asegúrate de que no

entre nadie! —Después continuó susurrando—. Y si entraran, Ariadna, haría con ellos lo mismo que me has visto hacerle al guardia que me arrebató el placer de matar a tu pequeño Sinuhé. Dominaría su voluntad para que se postrara ante mí, y le cortaría la cabeza. —Levantó la mirada hacia el esclavo y asintió brevemente.

El esclavo aferró la cabeza de Ariadna con la firmeza de un grillete. Ella cerró los ojos, pero volvió a abrirlos al escuchar el rugido demoníaco de Glauco:

—¡Recibe el símbolo del dios Khaos!

El cuchillo rasgó el aire. Ariadna

sintió una explosión de dolor cuando la punta de hierro se incrustó en su frente.

CAPÍTULO 70

Madrid, España, actualidad.

Elena se encontraba junto al tapiz del pentáculo con Natalia y Ander, que en ese momento hablaban entre sí. Desplazó su mirada hacia la entrada de la sala. Irina estaba allí, conversando con dos mujeres mayores.

«Tengo que reconocer que es muy atractiva».

La rusa asintió a algo que decía una de las mujeres, luego miró al otro extremo de la sala y sonrió. Elena se

percató de que estaba mirando a Daniel, y la dulzura de la sonrisa de Irina le hizo bajar la mirada. Luego la levantó hacia Daniel. Él permanecía junto a Douglas, contemplando el cuchillo de Ariadna.

Daniel giró la cabeza mientras Elena lo miraba y la descubrió observándolo. En sus labios se inició una sonrisa, pero Elena apartó rápidamente la mirada. Daniel torció el gesto y reanudó la conversación con Douglas.

—¿Cómo es posible que en dos mil quinientos años ninguno de los bandos haya conseguido alzarse con la victoria?

Douglas suspiró antes de responder.

—Si no ves a tu enemigo es muy difícil golpearlo, y las dos

organizaciones hemos permanecido siempre ocultas. —Sus ojos se dirigieron al interior de la urna—. Tras la muerte de Pitágoras, los discípulos que le sobrevivieron se dispersaron y en muchos casos se alejaron de la sociedad, pero nuestros enemigos son poderosos y muy pacientes. Podían pasar décadas sin dar señales de vida, y de repente provocar una revuelta contra una de las pequeñas comunidades restantes que terminara con su completa extinción.

Daniel esperó hasta que Douglas volvió a hablar.

—A lo largo de los siglos hemos sufrido amargas derrotas hasta casi

extinguirnos, pero también hemos conseguido acabar con poderosos sucesores de Khaos que habían cobrado un peso político peligroso. No obstante, el mayor golpe a su organización quizás no vino por nuestra parte, sino que se lo produjo la peste negra.

—¿Murieron a causa de la peste?

—Eso creemos. Ten en cuenta que entre 1348 y 1350 falleció más de un tercio de la población europea. Nosotros sufrimos muchas bajas, tal vez la mitad de nuestros miembros. Durante las siguientes tres décadas la organización de Khaos no dio señales de vida. Llegamos a creer que la peste los había encontrado en una de las ciudades

donde perecieron casi todos los habitantes. Empezamos a pensar en disolvernlos, y entonces uno de los nuestros apareció asesinado con un pentáculo invertido en la frente. Desde entonces la actividad de los khaosianos es muy reducida, sin duda la peste negra los debilitó mucho, pero siempre acaban reapareciendo.

—¿Por qué graban el pentáculo invertido en sus víctimas? —preguntó Daniel.

—No sabemos si tiene un significado ritual para ellos o es sólo una muestra de arrogancia, o quizás de desprecio. —Douglas contempló un momento el pentáculo del tapiz—. Para

Pitágoras simbolizaba salud y armonía, además de contener en sus proporciones geométricas secretos sobre algunas claves matemáticas del orden imperante en la naturaleza. Khaos invirtió el pentáculo, representándolo con la punta hacia abajo, y lo asoció a sus actos de destrucción y muerte. Ese es el origen de que la magia negra utilice su mismo símbolo con propósitos maléficos y en sus ceremonias de invocación de demonios. En cambio, la magia blanca adoptó el símbolo tal como lo representaba Pitágoras. —Extendió una mano hacia el tapiz—. Daniel, el pentáculo representa el poder del conocimiento, y a la vez integra en sí

mismo un conjunto de conocimientos poderosos para quien sabe interpretarlos.

—Un poder que puede ser usado tanto para hacer el bien como para hacer el mal —dijo Daniel en voz baja, pensando en su trabajo sobre el cerebro y la mente.

—Así ocurre siempre con el poder. Pitágoras pretendía que los más capaces desarrollaran todo su potencial para ponerlo al servicio de los menos favorecidos. Khaos, en cambio, quería que él y sus discípulos acumularan el poder suficiente para someter a toda la humanidad.

Daniel escuchaba a Douglas

mientras paseaba la vista por el tapiz. Las letras de las puntas reflejaban la luz y parecían estar en un plano más adelantado que el pentáculo, produciendo un efecto hipnótico. Entrecerró los ojos y de pronto acudió a su mente el pentáculo invertido que había visto en la pantalla de su ordenador. Era brillante y se imponía al pentáculo de Pitágoras, que desapareció completamente de su vista.

Parpadeó varias veces y volvió a ver solamente el pentáculo del tapiz.

—¿Por qué estamos aquí Elena y yo?
—preguntó volviéndose hacia Douglas
—. Debe de haber muchas más personas desarrollando trabajos que os interesen,

¿por qué estamos aquí sólo nosotros dos, en vuestra sede secreta, en medio de la reunión más importante que habéis celebrado en no sé cuántos años?

Antes de que Douglas contestara, se acercó un hombre con los ojos tan claros que parecía no tener iris. Era el único de los presentes con aspecto de militar. Susurró unas pocas palabras en el oído de Douglas y después se retiró. Daniel se fijó en que llevaba un pequeño auricular en una oreja.

—Iván me ha confirmado que ha aterrizado el avión de los dos miembros que faltan. —Douglas echó un vistazo a su reloj de pulsera—. Llegarán aquí sobre las ocho y cuarto; perfecto,

podremos empezar la asamblea a las nueve con todo el mundo.

El líder de la Hermandad retomó la conversación respondiendo a la última pregunta de Daniel.

—Tienes razón, estamos interesados en el trabajo de muchas personas pero sólo os hemos traído a vosotros a la sede. En el caso de Elena, Leonardo fue asesinado en su casa, y no tenemos la certeza de que no quisieran matarla también a ella. Era imperativo aislarla durante un tiempo, hasta que estemos seguros de que puede regresar con seguridad a su entorno habitual. Y en tu

caso... bueno, creemos que tú eres la causa de que la guerra se haya reavivado.

Daniel se quedó desconcertado.

—¿Cómo...? ¿Quieres decir que a Leonardo lo mataron por algo que hice yo?

—No tienes la culpa de nada, por supuesto, pero pensamos que esto se ha iniciado a causa de lo que has hecho y de lo que eres. —El rostro de Daniel se crispó—. Deja que me explique. Tanto los seguidores de Khaos como nosotros buscamos dos cosas: conocimientos que nos permitan incrementar nuestras capacidades, y candidatos a unirse a nuestras filas. Recorreremos el mundo sin

cesar, físicamente y a través de Internet, para llegar antes que nuestros enemigos a los trabajos o a los candidatos que parecen tener potencial suficiente. Contamos con sociedades que adquieren las patentes para controlar el desarrollo de ciertos conocimientos. También contratamos a sus creadores, asegurándonos de que los khaosianos no acceden a su trabajo. Pero como te he dicho, además de conocimiento buscamos personas con un perfil determinado. Sólo encontramos una cada tres o cuatro años, pues tiene que poseer un potencial mínimo equivalente al de los antiguos grandes maestros.

—¿Estás diciendo que pensáis que

yo tengo ese potencial?

—Sí, Daniel. Estamos convencidos de que así es. Y si nosotros lo estamos, los khaosianos habrán llegado a la misma conclusión. Y no sólo eso, sino que probablemente hayan conseguido realizarte un análisis de personalidad parecido al que hemos hecho nosotros, aunque en ese punto tenemos ventaja al haber contactado personalmente contigo.

—¿Me habéis hecho un perfil de personalidad? —Daniel enarcó las cejas.

—Eso es determinante para saber si podrías identificarte con los principios de Pitágoras, o con los de Khaos.

—Vaya, ¿y he aprobado vuestro

examen o me vais a encerrar en una mazmorra?

—No creo que haga falta que te lo diga. Podrías llegar a ser uno de los nuestros... y eso es lo que te pone en peligro. Si los khaosianos han llegado a la misma conclusión, sabrán que nunca te unirás a ellos y que puedes convertirte en un enemigo peligroso. Todo ha sido muy rápido, porque te descubrimos a raíz de tu ingreso en Mensa hace un mes y medio, pero no podemos correr riesgos. Ya hemos tenido casos así en el pasado, y cuando los khaosianos se nos han adelantado, esos candidatos han acabado con un pentáculo invertido en la frente y un cuchillo en el corazón.

Daniel tragó saliva. El buen ánimo con el que había acudido a la sede se había esfumado.

—Tu potencial te pone en peligro, Daniel, pero lo que ha precipitado los acontecimientos ha sido tu trabajo. La ciencia actual, escéptica, ciega y confiada únicamente en el poder de la tecnología, apenas está empezando a producir aportaciones en el campo de la mente que puedan equipararse a lo que Pitágoras comenzó a desarrollar hace tanto tiempo. Trabajos como el del entrenamiento cognitivo de Elena creemos que pueden llegar a mejorar la eficiencia de nuestros procesos de desarrollo, pero no que tengan un gran

impacto en su eficacia, en su resultado final.

—¿Y mi trabajo sí? —Daniel frunció el ceño, no veía cómo su trabajo podía hacer que alguien adquiriera la capacidad de leer la mente como había hecho Irina.

Douglas asintió sonriendo.

—Daniel, tu cociente intelectual es astronómico, calculamos que debes de estar por encima de 190, pero eres hijo de la sociedad en la que te has desarrollado. Tu cerebro trabaja como si fueras un ordenador. Sin embargo, estoy convencido de que conseguirás ampliar tu enfoque. Tu trabajo lo demuestra. Es un prodigio de lógica,

programación y matemática, pero a la vez has tenido la intuición de centrarte en la relación entre los procesos físicos del cerebro y los procesos de consciencia de la mente. La ciencia oriental y los grandes maestros se han centrado en la mente y en la potencia de la intuición. La ciencia occidental y los científicos estudian el cerebro y cuentan con la creciente precisión de la tecnología. Tú estás aunando ambos enfoques y dispones de las herramientas de cada uno, pero no eres consciente de lo que puedes alcanzar, todavía no.

Los ojos de Douglas parecieron centellear.

—Daniel, con nuestra guía puedes

hacer que tu trabajo se convierta en el arma definitiva contra los seguidores de Khaos. Se acerca la batalla final, el Armagedón. Que acabemos con los khaosianos, o que ellos acaben con nosotros, y aplasten después a toda la humanidad, probablemente dependa de ti.

Daniel apartó la mirada para intentar aclarar sus ideas, aquellas palabras lo habían aturdido. Douglas puso una mano en su hombro.

—Me imagino que lo que te estoy diciendo no es fácil de digerir. Ojalá hubiéramos tenido tiempo para ir poco a poco. —Daniel asintió sin mirarlo y Douglas le dio un apretón suave antes de

retirar la mano—. Ahora, si me disculpas, tengo que hablar un momento con Irina.

Daniel volvió a asentir y Douglas se fue, dejándolo pensativo junto al cuchillo de Ariadna.

Elena había permanecido pendiente de Daniel y vio que Douglas se apartaba de él.

—Disculpad —les dijo a Natalia y Ander. Se alejó de ellos y cruzó la sala en dirección a Daniel.

—Hola.

Daniel se sobresaltó al verla.

—Hola, Elena.

—Parece que has visto un fantasma.
¿Estás bien?

—Sí —respondió Daniel rápidamente—, es sólo... Bueno, todo lo que me ha contado Douglas.

Daniel se calló, estaban cerca de un grupo que comentaba animadamente algo sobre la urna. Le hizo un gesto a Elena con la cabeza y se dirigieron al espacio más vacío de la sala, junto a la enorme chimenea.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Elena.

—Me ha hablado de asesinos, de extraños poderes, de batallas cercanas... —se quedó en silencio unos instantes con los labios fruncidos—. Y

también ha dicho que considera que mi trabajo puede convertirse en un arma para volverse más... —qué raro le resultaba hablar de aquello— poderosos, y conseguir vencer a los khaosianos.

—Si te sirve de consuelo, yo también estoy un poco asustada. No me hace ninguna gracia verme envuelta en semejante locura. Pero estoy convencida de que ayudándolos hacemos lo correcto.

—Sí —Daniel dejó la mirada perdida—, supongo que sí.

Al otro lado de la estancia se encontraba Irina. Estaba escuchando a Douglas y Daniel arrugó el entrecejo al

verlos juntos.

Elena se dio cuenta de cómo miraba Daniel a Irina y sintió la comezón de los celos. «Más vale que me vaya acostumbrando». Desvió la mirada hacia los objetos que había sobre la repisa de la chimenea: un reloj antiguo en un extremo, un astrolabio en el otro y en medio un tablero de ajedrez. Cogió la pieza de la reina blanca y acarició distraídamente la superficie pulida.

Daniel volvió a centrar su atención en ella.

—Parece muy antiguo. ¿Sabes de qué material son las piezas?

—No lo sé —respondió Elena—, pero las piezas blancas parecen de

alabastro.

Daniel rozó con un dedo un peón blanco y luego examinó el brillo intenso de las piezas negras.

—Es bonito. Supongo que la Hermandad habrá atesorado un montón de antigüedades. Si algún día dejan de ser necesarios pueden reconvertirse en anticuarios.

Rieron juntos, pero fue una risa breve.

Al cabo de un momento llegó Irina.

—Daniel, ¿nos vamos?

—Vale. —Se volvió hacia Elena—. Nos vemos luego.

A Elena le dio la impresión de que Daniel enrojecía.

—Hasta luego. —Su sonrisa desapareció mientras los veía alejarse.

Daniel cruzó la sala junto a Irina sintiendo que varias personas lo observaban. Douglas estaba junto a la puerta, mirando la pantalla de su teléfono. Al acercarse, a Daniel le pareció ver en él varias imágenes pequeñas en blanco y negro. «¿Son cámaras de seguridad?». Antes de que Daniel pudiera verlas mejor, Douglas alzó la cabeza y guardó el teléfono en un bolsillo.

—Vamos a instalarnos y a descansar un rato —dijo Irina.

—Muy bien. —Los labios de Douglas esbozaron una sonrisa que no se

transmitió al resto de su semblante.

Salieron de la sala y torcieron a la izquierda. Cuando iban a entrar en el corredor que comunicaba con el torreón, oyeron la voz de Douglas a su espalda.

—No olvidéis que tenéis que estar de regreso antes de que comience la asamblea. A las nueve en punto — insistió.

CAPÍTULO 71

Madrid, España, actualidad.

Irina y Daniel atravesaron los veinte metros de corredor que separaban el edificio principal y el torreón. Llegaron a una puerta metálica de aspecto pesado y antiguo. Irina la abrió con una llave que sacó del bolso y ante ellos apareció una escalera que ascendía en espiral pegada a la pared. Los escalones eran bloques de granito de un metro de anchura y había una barandilla para no caerse al interior hueco de la torre.

—Son veinte escalones. —Irina se volvió hacia Daniel con una sonrisa—. Supongo que no harán que te quedes sin energía al llegar arriba.

Daniel sonrió sin decir nada y comenzó a subir detrás de ella. Al final de la escalera encontraron una puerta de madera oscura. Parecía tener muchos años, pero la cerradura era una ranura por la que Irina introdujo una tarjeta magnética. Se oyó un clic y la puerta se abrió hacia dentro.

Daniel contempló la estancia con los ojos muy abiertos. Nunca había estado en un hotel de lujo, pero seguro que aquella habitación no tenía nada que envidiar a una buena *suite*. Medía al

menos cincuenta metros cuadrados y el suelo era de madera clara. Habían conservado las paredes originales de la torre, de grandes piedras de granito de superficie rugosa de las que colgaban un par de tapices. A la derecha de Daniel había una pequeña chimenea y en el otro lado de la alcoba unos paneles divisorios albergaban el baño. Siguiendo la pared había una cómoda, una cama enorme con un grueso edredón blanco y un armario antiguo.

Irina caminó lentamente hacia la cama a la vez que se quitaba la blusa. La dejó caer al suelo y después hizo lo mismo con el sujetador. Sin girarse hacia Daniel, se bajó la falda y se quedó

sólo con el tanga y unos zapatos negros de medio tacón. Daniel comenzó a respirar por la boca entreabierta. Irina se subió a la cama y avanzó sobre sus manos y rodillas con la elasticidad de una gata. Luego se volvió hacia él.

—¿A qué estás esperando? —ronroneó.

Veinte minutos después, Daniel estaba tumbado en la cama con Irina acurrucada a su lado. Miraba hacia las vigas de madera del techo y su mente divagaba sobre sus circunstancias actuales.

—¿Iván también tiene las mismas

capacidades que tú? —preguntó de repente.

Irina le acarició el pecho con las uñas y emitió un gemido que sonaba a protesta, pero finalmente respondió.

—Iván es diferente a los demás. Es el único miembro de la Hermandad que no ha tenido que superar ninguna prueba de capacidad. Y sólo ha sido iniciado en las cuestiones menos complejas de la doctrina.

—¿Por qué?

—Douglas trajo a Iván cuando ya era el líder de la Hermandad. Fue en 1995 ó 96. Estaba en una misión en Sarajevo, buscando a una joven promesa del ajedrez, y resultó herido. Iván lo

arrastró lejos del alcance de las balas poniendo su vida en juego. Era sólo un adolescente, huérfano de la guerra. Pasaron varios días encerrados en un sótano y a raíz de eso Douglas decidió ocuparse de él. Su confianza en Iván es absoluta, y nadie puso objeciones a que se integrara en la Hermandad. —Irina apoyó la barbilla en el pecho de Daniel y se quedó mirándolo—. ¿Por qué te interesa Iván?

—Me resulta inquietante. Mientras yo hablaba con Douglas ha venido a decirle algo al oído, y sólo me ha mirado de refilón sin decirme nada.

—No te preocupes por eso, es muy raro que hable con alguien que no sea

Douglas.

Irina se apartó de Daniel sin decir nada más y se levantó de la cama. Cruzó desnuda la estancia, se agachó junto a una neverita y sacó una botella pequeña de champán.

—¿Qué te parece si brindamos? No tengo copas, pero esto servirá.

Cogió un par de vasos de cristal, abrió la botella y sirvió el champán. Luego regresó a la cama, le tendió un vaso a Daniel y se sentó a su lado.

—¿Por qué brindamos? —preguntó Daniel.

Irina le miró a los ojos y se puso seria.

—Por nosotros.

Daniel dio con su vaso en el de Irina y respondió en voz baja:

—Por nosotros.

Bebió un sorbo y se quedó mirando su vaso.

—Qué bueno está. ¿Es francés? — Irina asintió y Daniel dio un trago más largo; luego dejó su vaso en la mesilla de noche, le cogió a Irina el suyo y también lo dejó en la mesilla.—. He oído que el champán es afrodisíaco.

Rodeó los hombros de Irina con un brazo y la besó. La lengua de Irina estaba fresca y sabía a champán. Daniel acogió en su mano uno de los senos de Irina y comenzó a acariciarlo. Le gustaba notar su peso y su suavidad.

Deshicieron el beso y él inclinó la cabeza para chupar con delicadeza un pezón de Irina, que creció con rapidez entre sus labios.

Irina puso las manos en su cabeza.

—Daniel...

Él cambió de pecho y comenzó a lamer el otro pezón, que reaccionó como su gemelo.

—Daniel.

—¿Sí? —dijo sin interrumpirse.

Irina suspiró profundamente, pero después le apartó la cabeza.

—Daniel, tengo que ducharme.

Los ojos de Irina brillaban y sus pupilas estaban dilatadas. Tenía la respiración agitada y las mejillas

enrojecidas.

«No parece que quieras irte». Daniel contempló los pezones erguidos como estandartes de aquellos pechos perfectos y se inclinó de nuevo.

—Daniel, se nos haría tarde. —Irina lo apartó de nuevo—. Douglas es un fanático de la puntualidad y ha insistido en que estemos a las nueve en punto.

—Oh, de acuerdo.

Se dejó caer sobre la almohada, pero volvió a incorporarse para ver a Irina alejándose desnuda hacia el baño. Cuando ella entró, se tumbó de nuevo.

«Qué desperdicio», pensó notando entre sus piernas una erección intensa.

Se dio cuenta de que no podía dejar

de sonreír. «Fuera de esta habitación estamos en medio de una guerra, pero aquí dentro es como encontrarse en el paraíso. —Paseó la vista por su entorno—. Ojalá esto fuera un hotel con servicio de habitaciones y pudiéramos estar un mes sin salir».

Pero no era un hotel y tenía que levantarse. Se sentó en el borde de la cama y miró los vasos de champán; cogió el suyo y se lo terminó.

—Podría acostumbrarme —musitó.

Al pie de la cama estaban sus calzoncillos bóxer de color negro. Se los puso y se acercó a la puerta del baño, que se encontraba entornada.

—Irina. —Metió la cabeza dentro.

Ella estaba bajo el agua dentro de una mampara de ducha transparente y muy amplia—. Irina, ¿me oyes?

—Sí, dime.

—Estoy pensando en vuestros héroes de la Antigüedad, Akenón y Ariadna. Ellos fueron los primeros combatientes en esta guerra y eran pareja. —De repente le dio vergüenza estar pasando a palabras aquel pensamiento—. Bueno, nosotros también somos pareja y puede que la Hermandad esté a punto de vencer y seamos los últimos combatientes. Seríamos como los Akenón y Ariadna del siglo XXI.

—Sí, son nuestros héroes —la mampara se estaba empañando y apenas

se distinguía a Irina—, pero mejor no quieras que seamos como ellos, no sea que nos ocurra lo mismo.

Daniel salió del baño frunciendo el ceño. No sabía qué les había ocurrido a Ariadna y Akenón, pero ahora le parecía que compararse con ellos había sido de un romanticismo un tanto pueril, así que prefirió no seguir hablando del tema.

Iba a coger su pantalón del suelo cuando sus ojos se detuvieron en el bolso de Irina. Estaba encima de la mesa de trabajo que había junto a la puerta, al lado de la neverita. Echó un vistazo hacia el interior del baño. Irina seguía duchándose. Se acercó a la mesa y vio que el bolso estaba abierto. En su

interior destacaba un teléfono de pantalla táctil.

«Es como el de Douglas».

Había visto el teléfono de Irina más veces, pero ahora se acordó de cuando habían salido de la sala donde iba a celebrarse la asamblea. Douglas estaba observando en su teléfono lo que le habían parecido cámaras de vigilancia.

Volvió la cabeza hacia atrás.

Seguía oyéndose el agua de la ducha.

Cogió el teléfono con dos dedos y lo sacó. Al intentar desbloquearlo le solicitó una contraseña. Pulsó todos los números del 0 al 9 fijándose en el sonido que hacían. Después cerró los ojos y recordó la secuencia de sonidos

que había escuchado alguna vez cuando Irina desbloqueaba su teléfono.

«Cero, dos, siete, nueve».

Marcó esa combinación y el teléfono se desbloqueó. Detrás de él seguía oyendo correr el agua.

Su pulso se aceleró mientras navegaba a toda velocidad por los distintos menús. Probó un par de iconos, y al tercero accedió a un panel que le pareció que enlazaría con las distintas cámaras. Presionó una de las opciones y apareció un mensaje solicitando otra contraseña.

«Mierda».

Cerró los ojos y recordó el momento en que salían de la sala. La imagen y el

sonido fluyeron en su mente como una moviola: estaban dirigiéndose hacia la salida, pero cuando Douglas entraba en su campo de visión ya estaba mirando las cámaras. «Un poco antes». La imagen retrocedió, Douglas desapareció de la imagen. «Ahora». Se concentró sólo en el sonido y escuchó seis tonos un par de segundos antes de ver a Douglas.

«Esa es la contraseña».

Se apresuró a marcarla. En el sexto número dudó, alguien había tosido en el momento en que Douglas lo marcaba, podía ser el tono correspondiente a un dos o a un tres.

«Dos».

Lo presionó y al instante apareció un

mensaje de error.

«Mierda, mierda».

Escuchó conteniendo la respiración. ¿Irina había salido de la ducha?... No, seguía oyendo el agua.

Repitió la combinación acabando en un tres. Apareció una imagen en blanco y negro. No sabía lo que era, quizás el exterior de la casa poco iluminado. Tocando la pantalla descubrió cómo cambiar de cámara. Vio una sala grande con varios ordenadores y un hombre trabajando. Cambió la imagen y aparecieron varios pasillos. La mayoría estaban vacíos, pero en uno vio cruzar a dos mujeres que rápidamente desaparecieron del alcance de la

cámara. Volvió a cambiar de imagen.

«Elena...».

Era una imagen de la sala principal. Había menos personas que cuando se habían ido ellos. Los que quedaban se agrupaban alrededor de las urnas, excepto Elena, que se encontraba junto a la chimenea. En ese momento Douglas se acercó a ella. Cogió el juego de ajedrez de la repisa de madera y lo colocó sobre la mesa. Hizo un gesto para que Elena tomara asiento frente al ajedrez y él se sentó en otra de las butacas.

«¿Van a ponerse a jugar?».

Daniel enseguida descubrió que esa no era la intención de Douglas, porque

empezó a desplazar algunas fichas él solo mientras hablaba a Elena, que permanecía muy atenta a todo lo que decía el líder de la Hermandad.

Detrás de Daniel, Irina salió del baño sin que él se percatara.

«¿Pero qué...? —Irina se quedó un instante observando en silencio—. Es mi teléfono... —se acercó con el ceño fruncido—; ha accedido a las cámaras».

Daniel seguía observando la imagen de Douglas y Elena. Había algo en aquella escena que le resultaba extrañamente hipnótico.

«¿Podré aumentarlo?».

Pasó dos dedos por la pantalla y agrandó la imagen hasta encuadrar

solamente los cuerpos de Elena y Douglas. En el momento en que se acercaba a la pantalla, intentando adivinar lo que estaba diciendo Douglas, lo sobresaltó la voz airada de Irina.

CAPÍTULO 72

Cartago, 507 a. C.

Ariadna chilló de dolor cuando el cuchillo chocó contra su cráneo.

Las manazas del esclavo impidieron que se moviera ni un milímetro. Glauco se detuvo un momento para oír su grito y ver cómo se le llenaban los ojos de lágrimas. Después tensó los músculos del brazo y se dispuso a continuar trazando el pentáculo invertido.

Se oyó un fuerte golpe a su espalda acompañado de un crujido. Glauco miró

hacia atrás sin desclavar el cuchillo de la frente de Ariadna. El madero que atrancaba la puerta se había partido. Irrumpieron dos hombres encapuchados y de inmediato se lanzaron sobre el único guardia que quedaba en la sala.

—¡Maldita sea! —rugió Glauco.

Miró la frente de Ariadna dudando. No quería que lo interrumpieran mientras trazaba el símbolo sagrado. Se volvió de nuevo y vio que su guardia cedía terreno.

—Ve a ayudarlo —ordenó al esclavo—. Coge un hierro al rojo del brasero.

Ariadna sacudió la cabeza en cuanto el esclavo la soltó. Un hilo de sangre

comenzó a manar del agujero de su frente.

Glauco la agarró del pelo y trató de inmovilizarla, pero ella siguió meneando la cabeza a costa de que aquella mano rechoncha le arrancara mechones de cabello. El sibarita intentó volver a meter la punta del cuchillo en la herida, sin conseguirlo. Al otro lado de la sala se oía el choque de las armas.

Glauco se giró de nuevo. Uno de los encapuchados era grande y combatía con energía. El guardia apenas lograba contenerlo. El otro encapuchado era menos corpulento y parecía herido. El esclavo se había abalanzado sobre él y lo hostigaba contra la pared, lanzando

golpes con un hierro candente que el encapuchado detenía con dificultad.

Glauco soltó la cabeza de Ariadna y se puso de pie con un gruñido de fastidio. Levantó el cuchillo y lo bajó con fuerza, atravesando la túnica de su prisionera y dejando el arma clavada entre sus piernas. Cuando iba a girarse hacia el combate recibió un escupitajo sanguinolento en el brazo. Akenón tenía la cabeza alzada y miraba hacia él sin apenas verlo. Glauco se detuvo un instante para agarrarlo del pelo y tirar con todas sus fuerzas. La silla se volcó hacia delante sin que Akenón pudiera parar el golpe con las manos. Su cabeza golpeó contra la alfombra con un ruido

amortiguado.

Dejando atrás a sus prisioneros, Glauco se acercó al brasero y extrajo uno de los espetones. La punta al rojo resplandecía.

En ese momento alguien gritó. El encapuchado más robusto había atravesado el vientre del guardia con su espada. Luego se volvió para ayudar al otro encapuchado contra el esclavo, pero Glauco interrumpió su avance descargando contra él su hierro incandescente. El hombre encapuchado era mucho más fuerte y rápido que Glauco y detuvo su ataque sin dificultad. Rehízo su posición y echó el brazo hacia atrás para lanzar un espadazo.

—¡Detente!

El adversario de Glauco se paralizó un segundo ante el grito del sibarita. Trató de rehacerse para lanzar su ataque, pero el hierro candente de su enemigo se incrustó en su garganta. El encapuchado soltó la espada y agarró el hierro. Al silbido furioso de la carne hirviente de su cuello se unió el de sus manos. Glauco empujó y la punta del espetón salió por el codo. El hombre cayó hacia atrás humeando por el agujero de su cuello.

La atmósfera de la sala se impregnó de olor a carne quemada.

Glauco retrocedió con el espetón en la mano. El esclavo seguía atacando al

encapuchado herido; sin embargo, aunque era el doble de corpulento no tenía experiencia en el combate; la espada del encapuchado era suficiente para evitar que el hierro del esclavo lo alcanzara.

El espetón de Glauco se había enfriado al clavarlo en el cuello de su adversario. Lo dejó caer y se acercó al brasero para coger otro. Mientras lo sacaba vio a Ariadna, con el cadáver de su hijo frente a ella, llamando a su marido. A su lado Akenón parecía muerto, atado a su silla volcada, con la cabeza apretada contra el suelo en un ángulo forzado y el rostro cubierto de sangre.

El sibarita se volvió hacia los combatientes y vio que el esclavo dejaba caer su hierro. El encapuchado había conseguido clavarle la espada debajo de las costillas. Sin proferir más que un breve quejido, el esclavo se desplomó hacia delante.

Se hizo el silencio. Fuera de la sala tampoco había ningún ruido. El encapuchado retrocedió trastabillando hasta apoyarse en la pared que había a su espalda y se encorvó jadeando.

Glauco levantó el hierro candente y embistió como un rinoceronte contra aquel hombre. Avanzaba con el rostro tan enrojecido como el hierro que empuñaba. Su enemigo se encogió

contra la pared y alzó su arma.

El hierro incandescente describió un arco veloz y se estrelló contra la espada. El encapuchado gimió, pero consiguió que el hierro no lo tocara. Glauco levantó su arma y golpeó de nuevo con furia. Esta vez el encapuchado logró desviarla; el hierro golpeó la pared y saltaron chispas.

Glauco gruñó y su adversario retrocedió saltando sobre una pierna. Sus jadeos eran cada vez más fuertes.

«Está herido y agotado».

Se situó frente a él arrinconándolo.

—Vas a lamentar haberme interrumpido.

El sibarita se adelantó un paso y

proyectó hacia delante el espetón para ensartar a su rival. Este saltó hacia un lado y consiguió golpear el hierro, que rozó el borde de su cota de cuero. Salió un hilillo de humo y el encapuchado se alejó trastabillando con la espalda apoyada en la pared.

Glauco lo siguió manteniendo un par de pasos de distancia. «Está herido pero es ágil, no voy a arriesgarme más».

El encapuchado se estaba acercando a Akenón y Ariadna, que ahora contemplaba la lucha con atención.

Glauco se situó frente a su enemigo y en su rostro apareció una sonrisa de desprecio. La mueca se ensanchó poco a poco y de su garganta brotó una

carcajada cruel. Cuando terminó de reír, su rostro se endureció y clavó en su contrincante una mirada intensa.

—Has interrumpido una ceremonia sagrada y además te atreves a luchar conmigo. Esta ha sido la última vez que levantas tu arma contra mí. Vas a morir, pero antes de que tu miserable vida se extinga tú también recibirás el símbolo del dios Khaos. —Aferró el mango de su arma—. ¡Baja tu espada y recibe tu castigo!

Su voz hipnótica impactó en el encapuchado igual que su mirada gélida. El hombre dejó caer los brazos y Glauco se lanzó hacia delante. La punta resplandeciente de su arma se dirigió

como una saeta hacia el estómago de su rival. Cuando iba a atravesarlo, la espada golpeó el espetón con fuerza. Glauco sintió un dolor agudo en la muñeca. Vio con incredulidad cómo su adversario levantaba la espada y la hacía descender sobre su cabeza.

El sibarita levantó como pudo su arma a la vez que bajaba la cabeza. El espetón detuvo casi toda la fuerza de la espada, que le hizo un corte poco profundo en la coronilla. Retrocedió con la cabeza agachada, lanzando golpes ciegos hacia delante. Cuando chocó con la silla de Akenón se detuvo y alzó su rostro rebosando odio.

Su enemigo no había podido seguir

su retroceso y se encontraba a un par de pasos empuñando la espada. La capucha se le había bajado en el último ataque y se le veía la cara.

El semblante de Glauco se transformó en una máscara de asombro.

—¡Pitágoras!

CAPÍTULO 73

Madrid, España, actualidad.

Elena escuchaba a Douglas con una inquietud creciente.

El líder de la Hermandad, hasta ahora serio y contenido, llevaba un rato hablándole de ajedrez con un fuego febril en la mirada. Estaba claro que para él aquello era más que un simple tablero y unas piezas de ajedrez.

La había abordado hacía unos minutos, mientras ella contemplaba distraídamente los objetos que había

sobre la repisa de la chimenea. La sala se había ido vaciando porque la mayoría quería pasar por sus habitaciones antes de que comenzara la asamblea. Ahora sólo quedaban algunas personas alrededor de las urnas.

Elena estaba mirando hacia el tablero de ajedrez, pero en realidad pensaba en Daniel e Irina. Se había disgustado al verlos juntos, y se sentía irritada consigo misma por no poder evitar esa sensación de disgusto.

—¿Te gusta el ajedrez?

Se volvió rápidamente y encontró a Douglas sonriéndola.

—Sí, aunque no juego desde que era pequeña.

—Este tablero es especial, como todos los objetos de esta sala. — Douglas cogió el ajedrez con cuidado y lo trasladó a la mesa—. Aquí lo veremos mejor.

Se sentó en una butaca y Elena tomó asiento frente a él.

—Es un ajedrez del siglo XVII — dijo Douglas—. En el siglo XIX lo compró el hombre que entonces lideraba nuestra organización. Era español y él fue quien legó esta casa a la Hermandad. Desde entonces nuestra sede central ha estado aquí. —Douglas bajó la mirada al tablero—. Aquel hombre era un gran aficionado al ajedrez y consideraba que nuestra guerra con los khaosianos es

como una partida.

Douglas se quedó mirando el tablero y al cabo de un rato Elena habló para romper el silencio.

—¿De qué están hechas las piezas?
—preguntó recordando que Daniel se lo había preguntado a ella.

—Las blancas son de alabastro oriental, y las negras de obsidiana. —En el rostro de Douglas apareció una leve sonrisa—. Fíjate en el tablero, el campo de batalla; la alternancia continua entre casillas blancas y negras representa la esencia dual del mundo. El ajedrez tuvo su origen en la India y simboliza la lucha entre el bien y el mal, la batalla mítica de los devas con los asuras, la lucha de

las fuerzas de la luz contra las fuerzas de las tinieblas. Sin embargo, aunque a menudo las piezas oscuras son completamente negras, como en este juego, las claras raramente son totalmente blancas.

«Es cierto», pensó Elena recordando otros juegos de ajedrez. En el que tenía delante las piezas blancas tenían un tono cremoso.

—En ello podemos ver cierto simbolismo —continuó Douglas—. Es más corriente que un hombre virtuoso se corrompa a que suceda lo contrario. En la naturaleza del hombre está verse atraído por las tentaciones de las fuerzas oscuras. Por ello, ni el individuo más

virtuoso debe bajar la guardia.

Douglas cogió uno de los alfiles blancos.

—El alfil en sus orígenes era un elefante, que representa la sabiduría. En la Edad Media en Europa se lo identificó con el clero; también representa la lealtad y la disciplina al mantenerse siempre en casillas de un solo color. Al contrario que el caballero, más agresivo y pasional. — Puso el alfil blanco en su casilla y tomó un peón del mismo ejército—. El avance del peón simboliza el desarrollo del ser humano. Si consigue cruzar todo el tablero se liberará de sus estrechos límites y regresará purificado y

poderoso para ayudar a sus hermanos en la lucha. Pitágoras nos enseñó que dentro de los hombres reside el potencial para trascender y así reconocer nuestra naturaleza divina. — Dejó el peón y su mirada se concentró en el ejército negro—. Khaos muestra un camino paralelo en el que los hombres se identifican con la divinidad oscura.

La intensidad con la que Douglas hablaba de aquello comenzó a incomodar a Elena.

—A veces contemplo este ajedrez y pienso en Khaos como el rey negro. — Elena tuvo la brusca sensación de que en ese momento Douglas no estaba hablando con ella. Sus ojos parecían

haber cambiado su habitual color miel por el fuego anaranjado del atardecer—. Khaos murió hace dos mil quinientos años, pero sus palabras continúan guiando a los hombres que lo siguen. El Documento mantiene vivas sus ideas, mantiene la fuerza de su ejército. — Douglas levantó el rey negro con dos dedos y lo sostuvo frente a sus ojos—. Otras veces pienso que quizás el rey oscuro es sólo un hombre, el líder que encabeza el ejército hacia la batalla. — Devolvió el rey al tablero y cogió la reina negra—. Hasta el siglo XV esta pieza no era una reina, sino un consejero: la persona en la sombra que vertía sus opiniones y consejos en el

oído del rey. —Cerró el puño alrededor de la pieza y contempló el tablero—. Quizás el principal combatiente no esté en el campo de batalla, sino sobrevolándolo como un dios.

«El dios Khaos». Elena tragó saliva. Notaba en el cuello los golpes violentos de su corazón.

Douglas miró de pronto un punto por encima de ella.

—Te estaba esperando.

Elena se volvió y descubrió a Iván a su espalda.

—El perímetro está asegurado —dijo él con un acento fuerte.

Douglas asintió sin decir nada y devolvió la reina negra a su posición.

CAPÍTULO 74

Cartago, 507 a. C.

Glauco miraba a Pitágoras boquiabierto.

El filósofo llevaba una cota de cuero y encima una capa corta con capucha. Al caer esta, se veía que se había cortado el pelo y se había afeitado su característica barba blanca. Sus ojos, no obstante, resultaban inconfundibles: un fuego dorado que contemplaba a Glauco con severidad.

El sibarita hizo rechinar los dientes.

—Pitágoras, perro sarnoso —gruñó sin moverse—. El maestro de los pusilánimes, el gran fantoche.

Ariadna se encontraba a la espalda de Glauco, atada a su silla a tan sólo un paso del sibarita. Se había quedado asombrada al ver a su padre vivo. Se obligó a centrarse en la situación; su cuchillo estaba entre sus piernas, clavado en la madera del asiento. Inclinando la cabeza, el mango de hueso y cuero quedaba a menos de un palmo de su cara. Tiró de los brazos con todas sus fuerzas. Las cuerdas que ceñían sus muñecas se incrustaron aún más en su carne sin que consiguiera llegar al cuchillo.

Glauco se cambió el espetón a la mano izquierda y movió la derecha para comprobar si tenía algo roto. Después volvió a agarrar su arma con la diestra.

—Ha sido un buen truco, Pitágoras. Tu último truco.

Se abalanzó sobre el filósofo y descargó un golpe con todas sus fuerzas. Pitágoras lo detuvo, pero el sibarita volvió a atacar con rabia una y otra vez. La espada detenía todos los golpes. Glauco retrocedió y miró a Pitágoras resollando. El filósofo se mantenía con la espalda apoyada en la pared. Aunque su expresión era impenetrable, su rostro estaba cubierto de sudor.

—Debe de dolerte mucho. —Glauco

entrecerró los ojos—. Sé que apenas te tienes en pie desde que una lanza te rompió la cadera hace tres años. Debiste morir en aquel ataque, y también en el que organicé hace un mes para que acabaran contigo en Metaponte. — Acometió de nuevo y Pitágoras lo repelió—. Te obstinas demasiado en vivir, cuando lo único que tienes para ofrecer al mundo es tu patética doctrina cobarde y equivocada.

Ariadna miró a Glauco, que ahora estaba a varios pasos de ella, y luego a la silla volcada de su esposo. La cabeza de Akenón había quedado girada hacia los combatientes, por lo que no podía verle el rostro. Ni siquiera podía estar

segura de que todavía respirara.

Glauco retrocedió andando de espaldas, dejó caer su espetón y extrajo uno nuevo de las brasas refulgentes. Después se adelantó hacia Pitágoras y concentró su energía en la mirada.

—Sabes que antes de que lo encerrarais, Khaos ya te había superado. Y durante los tres años de su encierro sus conocimientos alcanzaron cotas que ni siquiera puedes soñar. —El sibarita se tocó la cabeza—. Ahora, todo eso está aquí. No puedes competir conmigo.

Volvió a lanzarse contra Pitágoras. El filósofo se impulsó hacia delante y descargó su ataque antes de que llegara el de Glauco. El sibarita se frenó para

detener la espada y Pitágoras lanzó otro golpe. Las armas chocaron con un estruendo metálico. Pitágoras se echó encima de Glauco sin dejar de lanzar espadazos. El sibarita lo contuvo por unos instantes y luego retrocedió un paso.

Ariadna abrió la boca sin darse cuenta mientras Glauco retrocedía. Su padre era un anciano, pero todavía conservaba parte de su legendaria fuerza. Sus golpes eran vigorosos y se sucedían sin descanso. Glauco parecía detenerlos cada vez con mayor dificultad. Retrocedió dos pasos seguidos y Pitágoras se lanzó sobre él. En ese instante Glauco se movió hacia

un lado con una velocidad sorprendente para su tamaño. Pitágoras tuvo que girar para alcanzarlo con la espada y Glauco neutralizó su golpe sin problemas. A continuación el sibarita atacó con tanto ardor que Ariadna comprendió que había estado reservando energías.

—¡Padre!

Pitágoras consiguió mantenerse en pie a duras penas durante los primeros golpes. Glauco blandía el espetón con las dos manos y los brazos del filósofo se estremecían cada vez que el hierro de su adversario chocaba contra su espada. Perdió el equilibrio y abrió los brazos intentando no caer. Glauco arremetió con furia. Pitágoras sólo pudo detenerlo

interponiendo el brazo izquierdo, que crujió con el impacto. El sibarita le dio una patada en la pierna sana y la rodilla se dobló con un chasquido.

—¡NO!

Ariadna vio horrorizada que su padre se desmoronaba a los pies de Glauco. El sibarita levantó su hierro afilado y lo contempló con una mirada enloquecida de triunfo. Ariadna se sacudió en la silla mientras su padre erguía el cuerpo lentamente hasta quedar arrodillado frente a su enemigo. Sus brazos colgaban a los lados del cuerpo en actitud de derrota.

Glauco levantó los brazos para coger impulso y bajó el espetón con toda

su rabia.

CAPÍTULO 75

Madrid, España, actualidad.

—¿Qué haces con mi teléfono?!

Daniel dio un respingo al verse sorprendido por Irina. El teléfono se le escurrió de las manos, golpeó en su pierna desnuda y cayó al suelo.

—Irina...

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

Irina lo miraba con los brazos en jarras y expresión ofendida. Llevaba un albornoz negro con el cinturón desatado

y tenía el pelo mojado.

—Estaba... He visto tu móvil y he pensado... —según hablaba se inclinó para recoger el teléfono del suelo, pero Irina se adelantó y lo cogió con un ademán brusco.

Daniel se quedó callado mientras Irina observaba la pantalla. En la imagen se veía a Douglas sentado junto a Elena. Frente a ellos estaba el juego de ajedrez y detrás de Elena se encontraba Iván.

—Has accedido a las cámaras de seguridad —murmuró Irina. Miró a Daniel con el ceño fruncido y luego asintió lentamente—. Memorizaste la secuencia de tonos para las cámaras... y

también la de desbloqueo de mi teléfono.

Cerró el albornoz y se quedó frente a Daniel con los brazos cruzados.

—Lo siento. —Daniel se puso de pie. Quería que desapareciera la expresión recelosa de la cara de Irina—. En la sala me pareció que Douglas estaba viendo unas cámaras de seguridad a través de su teléfono, y luego vi el tuyo asomando de tu bolso y me pudo la curiosidad. Debes entender...

Irina levantó una mano.

—Espera, lo siento mucho, tienes toda la razón. He reaccionado así porque estoy nerviosa, pero soy yo la

que tiene que disculparse. Te hemos metido en medio de una guerra de la que no sabías nada, te hemos traído a ciegas a nuestra sede que ni siquiera sabes dónde está... comprendo perfectamente que quisieras echar un vistazo a las cámaras.

Daniel sonrió y se acercó a ella.

—Gracias.

Se adelantó para darle un beso y ella le correspondió, pero después retrocedió ligeramente.

—De todos modos, tenemos que dejar claras ciertas reglas. —Al descruzar los brazos, el albornoz de Irina se abrió de nuevo—. Es una excepción sin precedentes que entre en

la sede alguien que no sea de la Hermandad. Nuestras normas de seguridad son muy rigurosas, y ahora tienen que serlo más que nunca. Ante la Hermandad yo soy la responsable de ti. Te pido por favor que no intentes saber más de lo que pueda contarte en cada momento. Si en algún momento decides que no quieres ayudarnos, dínoslo y te dejaremos marchar... sin embargo, no podremos hacerlo si sabes dónde estamos.

Daniel la contempló en silencio. «Si me dejaran marchar seguramente me utilizarían de cebo porque saben que los khaosianos intentarían contactar conmigo». Pero no quería hablar de eso.

La tela negra del albornoz contrastaba llamativamente con el verde grisáceo de los ojos de Irina y con su pelo rubio platino. Dio un paso hacia ella y quedaron tan juntos que sus cuerpos casi se rozaban.

—Te queda muy bien este albornoz.

Irina rio y él rozó con dos dedos su vientre plano. Después apartó los bordes del albornoz y pasó el dorso de los dedos por la parte inferior de sus senos. Irina había terminado su ducha con agua fría, lo que hacía que su piel suave estuviera fresca. Envolvió con sus manos la cintura estrecha y firme de Irina. Su respiración se hizo más pesada mientras la contemplaba. Se acercó más

y besó suavemente la piel tierna de su cuello con los labios, la lengua, los dientes.

Irina gimió mientras él subía por su garganta. Los labios de Daniel llegaron a su barbilla y cuando alcanzó su boca la besó profundamente. Irina se separó y lo miró a los ojos, tan cerca que la punta de su nariz rozaba la de Daniel.

—Parece que el champán te ha hecho efecto.

Era cierto. Daniel se notaba algo mareado y muy excitado. Como respuesta volvió a besarla. Sus manos se deslizaron por la espalda de Irina y recorrieron la superficie de sus nalgas compactas. Le enloquecía tener la

lengua de ella en la boca e intensificó las caricias, sintiéndose más unido a Irina que nunca. Agarró con avidez su culo y apretó hacia sí levantándola un poco. Los pechos desnudos de Irina se oprimían contra sus pectorales, su erección intensa sólo estaba separada de la carne femenina por la fina tela de los calzoncillos.

El contacto corporal era delicioso, pero la sensación de vínculo superaba cualquier percepción. Abrió los ojos un momento, casi asustado por lo que sentía. Irina tenía los ojos cerrados, entregada a él. Daniel cerró los párpados y experimentó una nueva oleada de deseo. Subió una mano por la

espalda de Irina y enredó los dedos en su pelo mojado. Ella arañó su pecho y le pellizcó un pezón haciéndolo gemir. Después apoyó la palma en su pectoral y empujó lentamente pero con firmeza, separándose de él.

—Ya estás preparado.

Daniel colocó las manos en su cintura y la contempló sonriendo. «Desde luego que estoy preparado». Estaba más excitado que en toda su vida. No obstante, su sonrisa se enfrió al ver que la expresión de Irina no reflejaba deseo sino desprecio.

—¿Qué quieres decir? —dijo con tono inseguro.

La sonrisa de Irina se ensanchó

hacia un lado y sus labios se retrajeron mostrando los dientes. Las cejas descendieron y la abertura de sus ojos se estrechó endureciendo la mirada.

—Todavía no te has dado cuenta de quién soy —susurró.

Daniel trastabilló hacia atrás, notando en sus entrañas una garra de hielo que le impedía respirar. Cuando ella volvió a hablar, su voz fue un gruñido ronco y poderoso:

—¡Soy Khaos!

CAPÍTULO 76

Cartago, 507 a. C.

Pitágoras, arrodillado sobre sus dos piernas heridas, contemplaba el espetón que Glauco había levantado para ensartarlo. El arma del sibarita descendió con fuerza. Pitágoras se dejó caer al tiempo que impulsaba el brazo de la espada.

Glauco advirtió que el filósofo se intentaba apartar, pero comprendió con regocijo que no podría evitar que le incrustara el hierro. La punta ardiente

penetró en el hueco de la clavícula de Pitágoras. En ese momento el borde afilado del arma del filósofo se deslizó por el talón izquierdo de Glauco y seccionó su tendón de Aquiles. El sibarita notó un dolor agudo a la vez que su pierna se doblaba bruscamente y su ataque perdía el impulso.

Glauco trastabilló hacia atrás y estuvo a punto de caer, pero consiguió recuperar el equilibrio sobre su pierna derecha. Aferró el espetón con rabia. Pitágoras estaba tumbado frente a él, intentando incorporarse. Había soltado la espada y en su clavícula se veía un agujero oscuro de dos dedos de profundidad.

El sibarita dio un pequeño salto para afianzarse sobre su única pierna útil antes de ensartar definitivamente a Pitágoras. Detrás de él estaba Akenón, que desde el suelo había sido testigo semiconsciente del combate. Akenón se percató de que el último salto de Glauco lo colocaba junto a él. Adelantó la cabeza y clavó los dientes en el talón sano del sibarita.

Se oyó un crujido. Glauco gritó y se impulsó hacia un lado para apartarse de Akenón. Al apoyarse en pierna izquierda notó que no le sostenía. Abrió los brazos como un enorme pájaro colorido y se desplomó sobre el brasero.

Las brasas crujieron cuando la

espalda de Glauco las aplastó. El sibarita prosiguió su caída hasta el suelo arrastrando consigo el brasero. Un manto de ascuas se desparramó como un alud sobre su cuerpo y se extendió por el suelo alfombrado. Glauco chilló y se retorció intentando librarse de las brasas, provocando que estas se incrustaran en las alfombras, en su túnica y en su carne. El siseo de su propia grasa se unió a sus chillidos frenéticos. Hizo un esfuerzo titánico por dominar el dolor; se puso a cuatro patas y trató de ponerse de pie, pero le fallaron las piernas y cayó de nuevo.

Las alfombras comenzaron a desprender un humo blanco y espeso.

Ariadna vio que en algunos puntos surgían llamas.

—¡Padre, libérame!

Pitágoras había cogido uno de los espetones caídos y, con la espada en la otra mano, se estaba alejando de las brasas a gatas. Miró a Ariadna y después se volvió hacia Glauco. El sibarita se colocó a cuatro patas con el rostro desencajado de dolor y odio. Su cuerpo siseaba y humeaba donde las ascuas se habían adherido a la carne. Con una mano desollada cogió el mango de un espetón y se volvió hacia Pitágoras. El filósofo se irguió sobre sus rodillas, firme con un arma en cada mano.

Glauco soltó el espetón.

—¡Guardias! —rugió enloquecido de rabia—. ¡Guardias!

Se apoyó en una pared para ponerse de pie y avanzó hacia la salida dando pequeños saltos sobre la pierna que le había mordido Akenón. Seguía llamando a gritos a los guardias mientras se arrancaba brasas de la carne.

La mirada de Ariadna estaba clavada en Glauco.

—¡Padre, corta mis ataduras!

Pitágoras avanzó penosamente hacia su hija. Alrededor del montón principal de brasas había una orla de fuego que se extendía lentamente. El filósofo pasó al lado de Akenón y se colocó detrás de

Ariadna.

—¡Rápido!

Ariadna tiró de sus manos para separarlas. Pitágoras metió su espada entre ellas y empezó a cortar las cuerdas. Las ataduras eran muy ceñidas y el filo de la hoja hería la carne, pero Ariadna no lo sentía. Toda su atención se dirigía hacia el sibarita, que en ese momento alcanzó la puerta de la sala y desapareció.

Unos segundos después las manos de Ariadna quedaron libres. Inmediatamente desclavó su cuchillo de entre sus piernas y con él cortó las cuerdas de los tobillos. Se puso de pie haciendo caso omiso del dolor de las

piernas y se lanzó hacia delante, saltando sobre su hijo muerto y corriendo sobre las brasas hacia la puerta de la sala.

Glauco avanzaba por el pasillo apoyándose en las paredes. Su casa parecía un campo de batalla. Cada dos pasos había un cadáver, de uno de sus guardias o de un encapuchado. Llegó al patio y encontró el mismo panorama de silencio y muerte. De pronto oyó un movimiento a su espalda. Se dio la vuelta y vio a Ariadna corriendo hacia él con una expresión concentrada y fría. Iba tan rápido que parecía imposible que estuviera embarazada.

Al llegar al punto donde los guardias

habían atravesado a su hijo, Ariadna saltó hacia Glauco. Le clavó la rodilla en la boca del estómago y el sibarita cayó de espaldas con ella encima. Ariadna descargó el cuchillo con todas sus fuerzas; Glauco interpuso un brazo y la hoja dio en una de sus pulseras de oro y piedras preciosas. Se desprendió un rubí y la punta del cuchillo se partió. Glauco usó el otro brazo para dar un puñetazo en la cara de Ariadna. Ella pareció no notarlo y bajó de nuevo el cuchillo. Esta vez lo clavó en un antebrazo. Glauco rugió de rabia e intentó golpearla en la cara con más fuerza, pero el cuchillo se convirtió en un animal rápido y feroz; el sibarita tuvo

que protegerse con los dos brazos para evitar que la hoja alcanzara su cara.

Las cuchilladas se sucedieron implacables cortando los brazos y las manos de Glauco. La sangre comenzó a teñir de rojo la túnica de Ariadna, que con su brazo libre evitaba los intentos del sibarita por sujetarla. Notó que la defensa de su enemigo se volvía más torpe y redobló la intensidad de sus ataques. La punta rota desgarró una mejilla. Glauco gritó y volvió a intentar agarrar el brazo que lo estaba matando, pero los tendones cortados impedían que sus manos le obedecieran. Ariadna apartó el brazo destrozado de un manotazo y clavó el cuchillo en la

papada, de nuevo en la mejilla y luego en el pómulo.

Los gritos de Glauco se volvieron enloquecidos. Cuando la hoja rota se incrustó en su ojo dejó de intentar defenderse.

Ariadna agarró el cuchillo con ambas manos y prosiguió la carnicería.

CAPÍTULO 77

Madrid, España, actualidad.

—¡Soy Khaos!

Daniel se quedó paralizado. El tono agresivo en la voz de Irina y el desdén crudo con que lo miraba hicieron que un estremecimiento recorriera su espina dorsal. Su sonrisa se desvaneció igual que su erección. Frente a él seguía teniendo a Irina, con su cuerpo de mujer bajo el albornoz abierto, pero ya no *sentía* que fuera ella.

De pronto advirtió que Irina sostenía

en la mano derecha una pequeña pistola.

—¿Qué... qué haces? —murmuró con un hilo de voz.

—Siéntate. —Irina señaló con el arma hacia la butaca que había detrás de él.

Daniel giró la cabeza y volvió a mirar a Irina sin moverse.

«No es posible». Los ojos eran los de Irina, pero no así la mirada. Aquella mujer, cuya lengua había estado en su boca hacía unos segundos, se había transformado en alguien desconocido y maligno.

Súbitamente, como si un rayo atravesara su mente embotada, comprendió que si no la desarmaba

inmediatamente estaría perdido.

Miró hacia la pistola, y en ese instante ella gritó:

—¡Siéntate!

La orden golpeó a Daniel como una onda expansiva. Su voluntad se quebró dolorosamente y su cuerpo cayó hacia atrás sobre la butaca. Se quedó jadeando, con la piel de todo su cuerpo erizada; había sentido la naturaleza de aquel ser cuando sus voluntades habían impactado.

Irina lo miraba con desprecio, sin molestarse en apuntarle con el arma. Daniel apartó la vista.

«Sólo tendré una oportunidad».

Se impulsó hacia delante para

derribarla... pero no llegó a levantarse. Sus músculos vibraban de la tensión, recibiendo a la vez la orden de saltar hacia Irina y la de seguir sentado.

«Puedo... hacerlo...». Notaba un frío cada vez más intenso mientras luchaba.

De pronto se oyó una explosión. Un dolor agudo atravesó el pie de Daniel y su espalda chocó contra el respaldo de la butaca. Miró hacia abajo y vio un agujero en la madera del suelo; de su dedo gordo brotaban pequeñas gotas de sangre donde se habían clavado varias astillas.

—La siguiente bala se incrustará en tu cuerpo. —Irina levantó la pistola

hacia su pecho y Daniel se encogió sobre el asiento—. Tienes una fuerza mental insólita, Daniel. Tendría que gastar mucha energía para doblegarte. —Bajó el arma y sonrió divertida—. Por eso te he drogado.

Daniel miró hacia la mesilla de noche donde reposaban los vasos, el de Irina lleno y el suyo vacío.

—El champán, sí. —Irina, sin molestarse en cerrar su albornoz negro, lo observaba como si él fuera un animal—. Contendrá suero de la verdad, que te mantendrá consciente pero disolverá tu voluntad. Dentro de veinte minutos estará haciendo su máximo efecto. Será el momento de ver qué escondes en esa

cabecita.

Daniel cayó en la cuenta de que Irina mantenía su timbre de voz pero había perdido el acento ruso. Por alguna razón ese cambio hizo que su ansiedad se multiplicara. Notó un vértigo repentino. Se agarró a los brazos de la butaca, sin saber si aquel mareo se debía a la droga o a la sensación de irrealidad y peligro. Escrutó la expresión de la mujer buscando algo que le ayudara a reconocerla. Toda dulzura o afecto por él se habían transformado en una sonrisa que destilaba un regocijo cruel.

—¿Qué pretendes? —Notó el miedo en su propia voz.

—Vamos, Daniel, ya sabes lo

suficiente para poder responder tú mismo a esa pregunta. —Lo miró durante unos segundos con aquella sonrisa estremecedora—. Estás asustado y te cuesta asumir la realidad. Muy bien, me complacerá adelantarte lo que va a ocurrir.

Sacó su teléfono de un bolsillo del albornoz. Con la pistola en la otra mano, examinó la imagen y utilizó el pulgar para manipular la pantalla táctil.

—Aquí tenemos una vista general de la sala. —Se sentó en una silla frente a Daniel y dejó el teléfono de pie sobre la mesa, de modo que los dos podían ver la pantalla—. Gracias a la obsesión del viejo Douglas por la puntualidad,

podemos estar seguros de que a las nueve, nueve y cinco como mucho, todos los miembros relevantes de la Hermandad, además de tu amiga Elena, estarán sentados alrededor de esta mesa —señaló la pantalla—. En ese momento, las legendarias armas de Akenón y Ariadna acabarán con todos ellos.

Daniel observó la imagen del teléfono. En un extremo se apreciaba la urna con la espada curva y en el otro la que contenía el cuchillo mellado de Ariadna. Negó con la cabeza y se volvió hacia Irina.

—Eso es, Daniel. En el interior de cada urna hay explosivo suficiente para pulverizar a todos estos ilusos. Del

mismo modo, otro explosivo desintegrará la sala de ordenadores del sótano. —Señaló un pequeño recuadro en una esquina inferior de la pantalla donde se veía aquella sala—. Por último, otra bomba hará desaparecer las copias de seguridad que la Hermandad hace periódicamente y que se ocultan en una oficina de Londres.

Se inclinó hacia Daniel. Sus ojos refulgían.

—La Hermandad considera que su fundación se produjo en el año 507 antes de Cristo, el día que Ariadna mató a Glauco. —Miró hacia el teléfono y de nuevo a Daniel—. Estás a punto de asistir a su acto de clausura.

CAPÍTULO 78

Cartago, 507 a. C.

El comandante Drogo cruzaba su tienda de un extremo a otro como un animal enjaulado.

«¿Dónde se ha metido el maldito Sikar?».

Esa debía ser su noche de gloria, pero Sikar había partido con cinco hombres hacía ya tres horas y todavía no tenía noticias de ellos.

Se detuvo y dio un puñetazo sobre el mapa de Cartago. «Tengo que haber

acabado con Akenón al amanecer. En caso contrario Eshdek podría arruinar mi venganza». Aún quedaban varias horas para el alba, pero cada minuto que se retrasara Sikar era un minuto menos que disfrutaría arrancando pedazos del cuerpo del egipcio.

La piel que cerraba su tienda se retiró y Drogo alzó la mirada esperanzado. Quien entró fue uno de sus capitanes, que se cuadró ante él con gesto preocupado.

—¿Qué ocurre?

—Mi comandante, acaban de informarme de que el sufete Eshdek ha sido asesinado.

Drogo sintió una puñalada de hielo

en el pecho. Sólo un hecho de esa magnitud podía hacer peligrar su posición.

El capitán continuó informando:

—Ha sido en su casa, lo han acuchillado en el corazón y le han grabado un símbolo en la frente. Las primeras pesquisas apuntan a que la asesina es Ariadna, la esposa de Akenón el egipcio.

Drogo estrujó el aire con las manos.

—¿Akenón estaba con ella? —rugió sin separar los dientes.

—No... —el capitán tragó saliva—, no, señor. Ariadna llegó a la casa de Eshdek con su hijo y un esclavo. Entró con un secretario en la sala donde estaba

el sufete y al cabo de un rato se marchó, al parecer precipitadamente. Más tarde, un sirviente entró en la sala y encontró muertos al secretario y al sufete Eshdek.

Drogo se llevó las manos a la cara y se apretó los párpados. «Esos perros nos la han jugado. —Notó que la rabia le subía borboteando por la garganta—. Llevan años engañándonos a todos y ahora se han adelantado por cuestión de horas».

Abrió los ojos y clavó la mirada en el capitán.

—¿Qué símbolo ha grabado esa zorra en la frente del sufete?

—Una estrella de cinco puntas, señor. Uno de nuestros soldados dice

que es un símbolo de la secta pitagórica. El padre de la griega es Pitágoras, señor.

Drogo frunció el ceño. Siempre había creído que Eshdek era amigo de los pitagóricos, pero debía de haber un conflicto que él desconocía. «Y se han atrevido a matar a Eshdek en Cartago, delante de mis narices, la misma semana en que me nombran comandante».

El odio convirtió la voz de Drogo en un susurro ronco y reconcentrado.

—Atrapadlos. Da la orden de que todos los soldados busquen a Ariadna y a Akenón. Despertad a los hombres que no estén de guardia. Quiero a cada uno de nuestros soldados dedicados a esto.

Cerrad la ciudad y el puerto, que no salga nadie de Cartago; y por si ya hubieran escapado, enviad patrullas a explorar los alrededores. —El capitán se dio la vuelta para transmitir las órdenes, pero se volvió al oír de nuevo a Drogo—. Otra cosa. Quiero vivos a esos hijos de perra.

Cuando se quedó solo, Drogo golpeó la mesa con ambos puños. Su mirada se posó en la copa de plata que tanto le había complacido hacía unas horas y la envió al otro extremo de la tienda de un manotazo.

«Sikar, sucia serpiente, ¿dónde demonios estás?». El capitán Sikar tenía que haber matado a Ariadna, y en lugar

de eso Ariadna había asesinado a Eshdek.

Drogo se acercó a la entrada de la tienda y apartó la piel. En el campamento se desplegaba una actividad inaudita para ser de noche, las órdenes se transmitían a gritos por doquier. En una noche normal habría una veintena de soldados de guardia y un centenar de hombres patrullando la ciudad. Drogo acababa de lanzar un millar de soldados a la búsqueda de Akenón y Ariadna.

Arrastrándose por el salón de Glauco, Pitágoras se situó detrás de la

silla volcada de Akenón. Utilizó la espada para cortar las ataduras de sus manos; luego empujó la silla haciéndola girar y liberó sus tobillos.

Akenón se quedó inmóvil sobre la alfombra, con la cabeza apoyada en un pequeño charco de sangre.

El filósofo lo agarró de un brazo y a gatas comenzó a arrastrar su cuerpo hacia la salida, pero el humo hizo que se detuviera con un ataque de tos. Cuando consiguió controlar la respiración, reanudó la pesada tarea dando un rodeo para evitar el manto de brasas.

Ariadna entró corriendo en la sala y se acercó a Pitágoras.

—Padre, deja que te ayude. —Al

agacharse junto a Akenón vio su espada en el suelo y la colocó en el cinto de su marido. Después lo agarró de las muñecas y empezó a arrastrarlo—. Ocúpate tú de Sinuhé —pidió en un tono apagado.

El filósofo vio que la cara de Ariadna estaba salpicada de gotas rojas y sus brazos empapados en sangre. Su hija tenía un corte en el pecho y otro más profundo en el canto de la mano izquierda, pero no parecía notarlos. Pitágoras la contempló un instante más, inquieto por la tensión de su mirada, y después cogió una lanza del suelo y la utilizó como muleta para ponerse en pie. La rodilla derecha y la cadera izquierda

parecían competir por ver cuál podía dolerle más.

Avanzó a trompicones hasta el cuerpo de Sinuhé. La combustión de las alfombras estaba rodeando el enorme círculo de sangre en medio del cual se encontraba su nieto. Yacía boca arriba y en el pecho tenía una herida tremenda, negra y roja como el cráter de un volcán.

«Sinuhé...».

Pitágoras notó que le escocían los ojos. Durante la lucha con Glauco había visto fugazmente que el cadáver de su nieto estaba allí, pero sólo ahora lo alcanzó el impacto de su muerte.

Lo cogió con la mano izquierda y lo cargó en un hombro. Necesitaba las dos

manos para apoyarse en la lanza y conseguir avanzar.

Cuando llegó al pasillo advirtió que Ariadna ya había alcanzado la puerta principal. Fue tras ella sorteando cadáveres y al entrar en el patio vio el cuerpo de Glauco. La túnica dorada y púrpura y el volumen de su constitución revelaban que era él, pero en el lugar de su cara había una masa roja. Pitágoras se detuvo un momento junto al sibarita y se agachó con un gesto de dolor para arrancar de su pecho el cuchillo de Ariadna. Lo guardó entre sus ropas y continuó avanzando hacia su hija, que se había detenido junto a la puerta principal.

Ariadna le hizo un gesto para que guardara silencio. En el exterior se oía ruido de caballos. El sonido de los cascos se hizo más fuerte y después disminuyó progresivamente.

—Glauco ha matado a Eshdek —dijo Ariadna volviéndose hacia su padre. Su mirada se detuvo en el cadáver de su hijo y un relámpago de dolor cruzó su semblante. Apartó la vista, respiró hondo y siguió hablando —: Por las pistas que dejó Glauco, la guardia urbana nos culpará a nosotros del asesinato. Además, su comandante Drogo es un viejo enemigo de Akenón. Si caemos en manos de una patrulla podemos darnos por muertos.

—Nos aguarda un hombre con un carro a poca distancia. —Pitágoras se mantenía en pie con dificultad—. Tendrás que ir tú sola a buscarlo. Para encontrarlo debes salir hacia la izquierda, en la esquina tuerces otra vez a la izquierda y lo encontrarás en el segundo cruce.

Ariadna asintió brevemente y entornó la gruesa puerta de madera. Se asomó con cautela y vio a lo lejos el resplandor de las antorchas de una patrulla alejándose. Miró hacia el otro lado y después echó a correr siguiendo el muro de la mansión de Glauco.

Al llegar a la esquina torció y siguió corriendo en medio de una oscuridad

casi absoluta. Lo único que oía mientras avanzaba eran sus pisadas y el jadeo de su respiración. Cuando llegó al segundo cruce se detuvo y escudriñó la oscuridad.

No había nadie.

CAPÍTULO 79

Cartago, 507 a. C.

Ariadna se volvió en todas direcciones buscando al hombre que debía estar esperándolos allí con un carro. Sólo veía negrura y lamentó haber dejado su cuchillo clavado en el cuerpo de Glauco.

De pronto oyó un ruido a su espalda. Se volvió y escudriñó el silencio sin distinguir nada.

De la oscuridad surgió un silbido breve, tres tonos en escala que

reconoció al instante. Era el principio de una música que Pitágoras utilizaba en los ejercicios de meditación para atemperar la mente. Ariadna respondió silbando las siguientes tres notas y se acercó.

Un hombre encapuchado sujetaba las riendas de un caballo atado a un carro largo de dos ruedas. El animal no hacía ruido al andar gracias a los gruesos trapos que envolvían sus cascos.

—Eres la hija de Pitágoras, ¿verdad? Yo soy Cefeo. —El hombre se bajó la capucha. Ariadna no lo conocía.

—Sí, soy Ariadna. —Cogió las riendas del animal—. Tenemos que llevar el carro a la mansión de Glauco.

Cefeo no replicó y se apresuraron por la callejuela hasta llegar al cruce con la avenida principal. En dirección hacia la casa de Eshdek se veía un fulgor lejano.

«Antorchas. —Ariadna intentó calcular la velocidad a la que se acercaban—. Podemos conseguirlo. —Las nubes seguían cubriendo la luna, por lo que las patrullas tenían que llevar antorchas o linternas—. Eso los hace visibles a distancia. A nosotros no nos verán hasta que nos tengan cerca».

Avanzaron con rapidez sin apenas hacer ruido. Antes de que llegaran a la entrada, Pitágoras abrió la puerta:

—Cefeo, coge a Akenón. —El

filósofo se acercó al carro llevando al hombro el pequeño cuerpo de Sinuhé—. Sólo estamos nosotros, los demás han muerto.

Cefeo se ocupó de Akenón con la ayuda de Ariadna. Lo alzaron por las piernas y las axilas y lo colocaron sobre la superficie de madera sin que diera señales de vida.

Drogo se había quedado en su tienda. Quería estar seguro de que no perdían tiempo buscándolo en caso de haber novedades. Su cabeza daba vueltas sin parar a los datos que tenía, pero aquello no acababa de encajar.

Un hombre encapuchado entró en la tienda.

—¡Sikar, ¿dónde te habías metido?!

Sikar se detuvo a unos pasos de Drogo. Al cruzar el campamento había oído las noticias del asesinato de Eshdek por Ariadna y ya sabía que encontraría a Drogo enfurecido; ahora, al ver la mirada enloquecida del comandante, temió que lo atacara.

—Fuimos a casa de Akenón pero se encontraba vacía. Ni siquiera estaban los sirvientes. La registramos en busca de algo que nos indicara dónde habían ido, sin que consiguiéramos encontrar nada. Se me ocurrió que igual sospechaban algo y trataban de

abandonar la ciudad, así que nos dirigimos al puerto. Allí me dijeron que habían visto a Akenón...

—¿Tienes a Akenón? —Drogo se permitió un atisbo de esperanza... hasta que Sikar negó con la cabeza.

—No. Lo que averiguamos es que Akenón se peleó con Asdrúbal, que es el capitán del *Melkart*, la nave principal de Eshdek. Después el capitán escapó y Akenón salió tras él, perseguido a su vez por varios secuaces de Asdrúbal. Estuvimos registrando el puerto en su búsqueda. En un almacén encontramos muertos a tres hombres de Asdrúbal y a este inconsciente.

—¿Habéis conseguido que hable? —

Drogo tuvo que apoyarse en la mesa. Todo aquello era una locura sin pies ni cabeza.

—Asdrúbal tiene un golpe en la cabeza del que no creo que despierte. Lo que sí sabemos es que del puerto no ha zarpado ningún barco esta noche, y que Akenón está malherido. Estuve preguntando en las cuadras más cercanas al puerto; en una me dijeron que un hombre que coincide con la descripción del egipcio dejó su caballo durante un par de horas, y al recogerlo estaba cubierto en sangre y apenas se tenía en pie.

«Ariadna mata a Eshdek, y Akenón al capitán de su principal barco. —

Drogo sacudió la cabeza y se quedó mirando al suelo—. Esto tiene cada vez menos sentido. —La única noticia buena era que Akenón estuviera malherido—. Deberíamos ser capaces de encontrarlo».

Levantó la cabeza para hablar con Sikar, pero la entrada de la tienda se abrió y entró un jefe de patrulla con aire asustado.

—Traigo noticias de Ariadna, mi comandante.

—¡Habla!

El jefe de patrulla miró de reojo a Sikar antes de responder.

—Cuando estaba realizando mi ronda, vimos a Ariadna con un esclavo

que llevaba en brazos un niño pequeño. Querían entrar en casa de Glauco el sibarita, pero me pareció extraño que fueran solos cuando ya se había hecho de noche y pensé en detenerlos.

—Pero no lo hiciste. —Drogo cerró los ojos, dejó escapar el aire e inclinó la cabeza. «¿Ariadna habrá asesinado también a Glauco? ¿Acaso la griega ha aparentado ser una mosquita muerta durante los tres años que lleva en Cartago, y resulta que es más peligrosa que cualquiera de mis hombres?».

—No... No, señor. Cuando iba a arrestarlos, salió Glauco y nos dijo que Ariadna era su invitada. —El jefe de patrulla hizo una pausa, mirando

inquieto a su comandante que seguía con los ojos cerrados—. Me pareció un poco raro, señor, pero Glauco es un hombre importante e insistió en que la dejáramos pasar.

Drogo levantó una mano y habló en tono conciliador:

—Está bien. ¿Y cuánto hace que viste a Ariadna?

—Hace... Hace una hora, señor. Pero no he sabido que la buscaban hasta que me he cruzado con otra patrulla hace tan sólo...

El puñetazo de Drogo hizo crujir su mandíbula. Cayó de espaldas y quedó inconsciente en el suelo. Drogo agarró la empuñadura de su espada y la

desenvainó de un tirón. Sikar retrocedió, viendo la mirada llameante del comandante Drogo clavada en el soldado caído y después ascender hasta envolverle a él.

La locura remitió ligeramente en los ojos de Drogo.

—Sikar, acompáñame. Vamos ahora mismo a la residencia de Glauco.

CAPÍTULO 80

Cartago, 507 a. C.

Pitágoras depositó el cuerpo de Sinuhé en el carro, junto al de Akenón. Este tenía en la frente un vendaje que el filósofo le había hecho en el patio de la mansión de Glauco con un trozo de túnica.

—Quita los trapos de las patas del caballo, Cefeo, y ayúdame a montar. — Pitágoras se apoyó en el lomo de la montura—. Después sube tú también al carro y cubríos con la lona.

—Pero maestro...

—Obedece, Cefeo.

Pitágoras aguardó a que su discípulo desatara los trapos. A continuación dejó caer la lanza para subir al caballo, se equilibró sobre el animal, sacudió las riendas y se pusieron en marcha. En el carro, Cefeo y Ariadna se tumbaron y ocultaron sus cuerpos bajo la lona.

Durante un rato Ariadna sólo escuchó el sonido de las ruedas de madera contra la tierra del camino. También notó que cambiaban varias veces de dirección. Estaba tumbada de lado, con su cara junto a la de Akenón, muy atenta a su respiración sin apenas percibirla.

—¡Cuidado! —susurró Pitágoras.

Ariadna se quedó rígida. El carro seguía avanzando y no se oía nada. Debajo de la lona la oscuridad era completa. De pronto se oyó ruido de varios caballos acercándose.

—¡Alto! —exclamó una voz airada.

El carro se detuvo. Ariadna tanteó hasta encontrar la espada de Akenón. Agarró la empuñadura y esperó.

—¿Adónde vas a estas horas, anciano, y qué llevas en el carro?

—Regreso a mi casa, noble soldado. Se me ha hecho tarde porque se salió una rueda del carro y con estas viejas manos he tardado horas en arreglarlo. En el carro no hay nada, hoy ha sido un

buen día de mercado y he conseguido vender toda mi mercancía.

Ariadna contuvo la respiración. Había visto que Cefeo llevaba una espada corta, e imaginó que estaría empuñándola igual que hacía ella con la espada de Akenón. Se oyó que alguien descabalgaba y se acercaba andando al carro.

—Antes de que cruces la muralla, vamos a ver qué hay debajo de esa lona.

Ariadna distinguió un resplandor creciente a través de la tela.

—Puedes comprobar que no hay nada. —La voz de Pitágoras se volvió densa y penetrante—. No hay nada debajo de la lona.

Una mano agarró la tela junto a la cara de Ariadna.

—Sólo es una lona arrugada — insistió la voz grave de su padre.

La mano se quedó quieta unos segundos.

—No hay nada. Vámonos.

Los pasos se alejaron llevándose consigo la luz. Un momento más tarde, Ariadna oyó que los caballos pasaban a su lado. El carro reanudó la marcha y Ariadna soltó el aire que retenía en sus pulmones, pero siguió aferrando el mango de la espada.

Pitágoras condujo el carro sin

impedimentos durante un buen rato y finalmente lo detuvo.

—Podéis salir.

Cefeo reaccionó inmediatamente a la voz de su maestro. Apartó la lona y saltó del carro. Ariadna se incorporó y comprobó que ya no estaban en la ciudad, sino al borde del mar en una ensenada. La luna se asomaba entre las nubes y permitía distinguir el resplandor espectral de las olas rompiendo. Un pequeño barco aguardaba a poca distancia, y Cefeo se estaba adentrando en el mar haciendo gestos hacia la embarcación.

Ariadna agachó la cabeza y contempló el rostro de su marido a la

débil luz de la luna. Su piel era del color de la cera en los pocos sitios donde no estaba cubierta de una sangre que parecía negra. Besó su mejilla. Estaba mojada de un sudor frío.

—Voy a enterrar a nuestro hijo — susurró Ariadna con la voz rota de dolor.

El cuerpo de Sinuhé estaba tumbado boca arriba. Con los ojos cerrados parecía dormido. Ariadna evitó mirar la herida de su pecho y le besó con ternura en la frente. «Sinuhé...». Las lágrimas se desbordaron de sus ojos. Usó la espada de Akenón para cortar un trozo de lona y con ella envolvió a su hijo sin dejar de llorar.

Pitágoras seguía en lo alto del caballo, acompañando con lágrimas silenciosas a las de su hija. Giró la cabeza hacia el mar y vio que Cefeo estaba regresando a la playa. Del barco habían saltado dos hombres que avanzaban lentamente con el agua a la altura del pecho. El anciano filósofo rodeó con los brazos el cuello del caballo e hizo que su cuerpo resbalara hasta que sus pies tocaron el suelo.

—Te ayudaré a enterrarlo.

Ariadna se acercó a su padre llevando a su hijo abrazado. Pitágoras se apoyó en su hombro y se alejaron unos pasos del mar, caminando despacio sobre la arena blanda. Depositaron a

Sinuhé en la arena y comenzaron a cavar utilizando las manos y la espada.

El brazo izquierdo de Pitágoras, con el que había parado uno de los golpes de Glauco, crujía por dentro cada vez que sacaba un montón de arena. «Debe de haberme roto un hueso del antebrazo. — Pero no podía disminuir el ritmo, en cualquier momento llegarían los soldados de Cartago—. Y no podemos llevarnos el cuerpo para enterrarlo en otro lugar». Tenían que dirigirse a alta mar cuanto antes y pasarían varios días sin tocar tierra. Si se quedaban cerca de la costa los alcanzarían los rápidos barcos cartagineses.

Cefeo se unió a ellos y el agujero

ganó profundidad rápidamente. Poco después llegaron los dos hombres del barco. Pitágoras posó una mano en el hombro de su hija.

—Debemos irnos.

Ariadna se detuvo con los labios apretados. Tomó a su hijo envuelto en lona y lo colocó con cuidado en el fondo del agujero.

—Adiós —musitó sin que nadie la oyera.

Empujó uno de los montones de arena que había al borde del agujero. Los demás se unieron y en pocos segundos un palmo de arena cubría a Sinuhé.

—Colocad encima esas rocas. —

Pitágoras señaló hacia un par de piedras grandes que había a pocos metros—. Cefeo, lleva el carro entre esos árboles y desengancha el caballo.

Todos se apresuraron a obedecer a su maestro. Cuando terminaron, los hombres del barco trasladaron el cuerpo de Akenón mientras Cefeo y Ariadna ayudaban a Pitágoras a llegar a la embarcación.

En la playa, el caballo se alejó unos pasos del carro y comenzó a mordisquear unas hierbas junto a la tumba de Sinuhé.

CAPÍTULO 81

Cartago, 507 a. C.

Drogo supo antes de desmontar que allí tampoco iba a recibir buenas noticias. Frente a la mansión de Glauco se habían congregado varias patrullas y del edificio ascendía una columna de humo.

El comandante bajó de su montura a la vez que se dirigía al jefe de patrulla más cercano, que se cuadró al momento.

—¿Qué ha ocurrido?

—Hace unos minutos nos hemos

dado cuenta de que salía humo de la mansión de Glauco. Al entrar hemos descubierto varios cadáveres, señor. Creemos que uno de ellos es Glauco.

—¿No estáis seguros de que sea él?

—Es mejor que lo vea, señor.

—¿Sabéis algo de Ariadna y Akenón?

—No, señor.

Drogo suspiró e hizo un gesto de avance con la cabeza. El jefe de patrulla cruzó la puerta y él lo siguió.

«Por Baal...».

Las lámparas de pie iluminaban ocho cadáveres. Drogo avanzó despacio, examinándolos con la mirada. Cuatro de ellos parecían guardias del

sibarita. Otros tres debían de ser atacantes. El último cuerpo...

«Es Glauco. —Drogo observó su llamativo volumen, la lujosa túnica dorada y púrpura, y la escabechina de carne sanguinolenta en donde debería haber estado su cara—. Con Glauco no le ha bastado con una estrella de cinco puntas».

Apartó la mirada y se dirigió al jefe de patrulla.

—¿Qué más habéis encontrado?

—Hay otros seis cuerpos en el pasillo. —El soldado señaló hacia el interior de la vivienda. Salía un humo espeso pero no se veían llamas, sólo el fulgor de algunas lámparas de aceite—.

En una habitación hemos encontrado el cadáver de un esclavo negro que creemos que pertenecía a Akenón. — Drogo asintió recordando al kushita que había visto esa tarde con el hijo de Akenón en brazos—. Hay más cadáveres en el salón principal, pero no sabemos cuántos porque es la habitación que se ha incendiado. Sólo hemos podido asomarnos a la puerta y hemos visto que junto a la entrada hay dos o tres cuerpos. Estamos intentando apagar el fuego, aunque todavía no sé si lo conseguiremos.

Drogo se quedó mirando en silencio hacia el pasillo humeante. Le lloraban los ojos sin que pareciera advertirlo.

Salió de nuevo al exterior.

—Sikar, que nuestras patrullas amplíen la búsqueda al exterior de la ciudad. Y que salgan cuatro trirremes y recorran la costa. —La marina no estaba bajo su mando, pero en este caso le obedecerían, aunque más adelante tendría que rendir cuentas—. Buscamos a los asesinos del sufete Eshdek. Cualquier embarcación debe ser interceptada y sus tripulantes arrestados.

Mientras el barco se alejaba de la bahía, Pitágoras retiró el vendaje ensangrentado de la frente de Akenón. Lavó las profundas heridas con vino

fuerte y colocó un vendaje limpio. Estaban en un pequeño camarote, iluminados por un farolillo colgado de una argolla cuya luz oscilante mostraba el rostro pálido y crispado de Akenón.

Cefeo entró en el camarote.

—Maestro, si no nos localizan, calculo que en un par de horas estaremos a salvo.

Viajaban en una nave pequeña con una gran vela cuadrada que le hacía ser rápida cuando soplabá el viento. Los trirremes de Cartago contaban con ciento setenta remeros colocados en tres alturas que los dotaban de una velocidad excepcional, pero eso no les servía de nada si no eran capaces de localizar a su

enemigo. En una noche oscura como aquella, si la embarcación de Pitágoras conseguía alejarse de la costa resultaría casi imposible encontrarla.

Cefeo se retiró y Pitágoras colocó las manos sobre el torso de Akenón. Cerró los ojos y palpó suavemente localizando las fracturas de aquel pecho en el que apenas entraba el aire. Después entonó un largo cántico sin palabras, produciendo con el fondo de su garganta un tono vibrante.

El semblante de Akenón se relajó poco a poco.

Pitágoras cogió entonces un cuenco y lo llenó de vino hasta la mitad. Añadió medio queso de cabra en trozos y lo

aplastó con una cuchara de madera hasta formar un líquido denso y fuerte. Pasó una mano por detrás de la cabeza de Akenón y la levantó un poco para que pudiera beber. Parte del líquido se derramó por las comisuras de los labios, pero al cabo de un rato la garganta de Akenón se movió lentamente. Al primer trago le siguieron otros que vaciaron la mitad del cuenco. Después reposó con una respiración más regular.

Pitágoras vio que los labios de Akenón se movían.

—Ssh, no hables. Descansa.

Los labios se detuvieron. Luego volvieron a moverse silenciosamente sin que Akenón abriera los ojos. Pitágoras

se acercó hasta pegar la oreja a la boca de Akenón y trató de distinguir lo que decía.

CAPÍTULO 82

Cartago, 507 a. C.

Una hora más tarde, el filósofo regresó a la cubierta del barco. Aunque de momento no habían tenido noticias de los temibles trirremes de Cartago, podía aparecer uno en cualquier momento. Ayudándose con una muleta se acercó a su hija, que miraba hacia la oscuridad inestable del mar.

—Ariadna. —Pitágoras se apoyó en la borda y su hija se volvió hacia él conteniendo la respiración—. Creo que

Akenón vivirá. Ha recuperado la consciencia un momento y ahora está durmiendo.

Ariadna cerró los ojos.

—Gracias.

—Suspiró profundamente, miró a su padre y repitió con un hilo de voz—: Gracias.

Apoyó la cabeza en el pecho de Pitágoras. Él la rodeó con un brazo y le acarició el pelo como cuando era una niña. Ariadna notó que sus ojos se volvían a llenar de lágrimas y dejó que resbalaran por su cara, aunque todavía no podía entregarse al duelo por su hijo. Si se dejaba llevar por el dolor atroz que latía en su interior se derrumbaría de tal modo que quizás no podría

reponerse. Y había otras personas a las que amaba que la necesitaban.

Al cabo de unos minutos, Ariadna alzó la cabeza y contempló el rostro de su padre, tan diferente sin barba y con el pelo corto. Nunca lo había visto afeitado; parecía más frágil, aunque su voz y sus ojos eran tan firmes como siempre.

—Estás herido —dijo al ver el agujero junto a su clavícula—. Déjame que te cure.

—No es necesario. El hierro estaba caliente y eso ha hecho que apenas sangre. Y ya me he lavado la herida con vino. Es mejor que la deje al aire. — Señaló el vendaje que cubría el pecho y

la mano izquierda de Ariadna—. ¿Has limpiado las heridas?

Ariadna asintió. En la comunidad pitagórica de Crotona había aprendido técnicas curativas junto a su madre Téano y su hermana Damo.

—Deja que te rehaga el vendaje. — Pitágoras comenzó a desenrollar la tela que envolvía la mano de Ariadna.

—Padre, no sé por dónde empezar a preguntar —dijo mientras Pitágoras examinaba la herida de su mano—. Esta tarde nos llegó una carta tuya que nos hizo pensar que habías muerto, y de repente... —Ariadna hizo un gesto vago.

—Sí, supongo que hay mucho que explicar. —Pitágoras asintió lentamente,

con una sonrisa triste y cansada. Luego comenzó a restablecer el vendaje—. En el mensaje que os envié os decía que habían atacado la comunidad de Metaponte. El asalto nos pilló por sorpresa, no teníamos enemigos en la ciudad que hicieran prever semejante ataque. Afortunadamente conseguimos hacer un prisionero. Era un mercenario espartano. El primer maestro que lo interrogó descubrió que había sido entrenado para ocultar el nombre de la persona a la que obedecía. Cuando vinieron a avisarme para que lo interrogara yo, el espartano aprovechó un descuido de sus vigilantes para suicidarse. Por todo ello pensé en

Khaos; sólo él, o un discípulo muy versado en sus técnicas, podía adiestrar a alguien de semejante modo.

—Y simulaste tu muerte para sorprenderlo.

—Así es, debía introducir un factor que no contemplara en sus planes, que sin duda serían minuciosos. Por eso hice creer que me estaba muriendo y os envié un mensaje con el símbolo del pentáculo, pero trazándolo invertido. Si alguien interceptaba el mensaje y lo leía, sólo vería en él la noticia de mi muerte y que yo la atribuía a enemigos políticos, no se daría cuenta del detalle del pentáculo invertido, o lo atribuiría a un desliz debido a mi estado moribundo.

«Desde luego, todos creímos que habías muerto». Ariadna recordaba la enorme sorpresa que se habían llevado tanto ella como Glauco al ver a Pitágoras vivo.

Pitágoras completó el vendaje y continuó hablando.

—Quien leyera el mensaje dejaría que llegara a vuestras manos, pensando que os haría creer que el ataque había sido meramente político y que Khaos no tenía nada que ver. Sin embargo, yo confiaba en que vosotros sí os daríais cuenta de que el pentáculo estaba invertido y comprenderíais lo que significaba. —Ariadna asintió, el pentáculo invertido los había conducido

inmediatamente a Khaos—. Así os avisaba de que Khaos parecía estar detrás del ataque a Metaponte. Al mismo tiempo, lograba que el enemigo bajara la guardia al pensar que yo había muerto.

Pitágoras se quedó un momento en silencio y sacudió la cabeza. Había salvado a su hija y a Akenón, pero se habían perdido muchas vidas. Alzó de nuevo la mirada hacia Ariadna.

—Os envié la carta en el primer barco disponible. Al día siguiente al ataque a nuestra comunidad, partía de Metaponte una embarcación que hace la ruta entre la Magna Grecia y Cartago. Su dueño se gana la vida transportando pasajeros y correo, y a él le entregamos

el mensaje. Inmediatamente compré este otro barco y zarpé con los pocos hombres capaces de luchar que había en la comunidad. Navegamos tan rápido como nos fue posible hasta Cartago, desembarcamos hace unas horas y lo primero que hicimos fue acudir a vuestra casa, pero no os encontramos.

—Akenón había ido al puerto para averiguar si Khaos había logrado escapar, y yo me había marchado a casa de Eshdek. —La expresión de Ariadna se volvió sombría—. Todavía no sé si Khaos ha escapado.

—He podido hablar un momento con Akenón cuando ha recuperado la consciencia —dijo Pitágoras—, y me ha

dicho que Khaos murió hace varias semanas, pero que llevaba tres años comunicándose con Glauco.

—Entonces, ¿Glauco era discípulo de Khaos?

Pitágoras tardó unos segundos en responder.

—Glauco siempre ha sido un enigma. Al igual que Khaos, sus capacidades eran muy superiores a lo que aparentaba, y también tenía un lado oscuro, pero creo que era sincero cuando trataba de seguir mis enseñanzas... al menos hasta hace unos años. Probablemente nunca lo sabremos, pero pienso que Glauco se convirtió en discípulo de Khaos cuando comenzó a

recibir los mensajes que este le enviaba desde su encierro.

Drogo llevaba un rato caminando de un extremo a otro de su tienda.

Se dejó caer en una silla y desplazó su mirada cansada hacia los mapas que había desplegado sobre la mesa.

«Han escapado».

Sólo había recibido noticias negativas de las patrullas que regresaban al campamento, y ya no faltaba mucho para que amaneciera.

Cerró los ojos, sintiendo una desesperación triste y pesada. La última decisión de la noche que parecía poder

conducir a algo la había tomado hacía una hora. Fue cuando recordó que en el *Melkart*, el barco principal de Eshdek, estaba encerrado un prisionero que habían traído Akenón y Ariadna de la Magna Grecia. Ordenó que se lo llevaran, y así descubrió que también había muerto. Un marinero del *Melkart* les mostró la cabeza del prisionero —un hombre al que llamaban Khaos— en una vasija de aceite.

«No entiendo nada».

Y nunca lo haría, con Akenón y Ariadna fuera de su alcance, Asdrúbal —el capitán del *Melkart* — inconsciente y con visos de morir en unas horas, y Glauco y Eshdek

asesinados.

«Eshdek asesinado», se repitió Drogo como si no lo creyera. Qué crueles los dioses, que esa misma tarde habían permitido que soñara con el poder, la gloria y la venganza, y en sólo unas horas se lo habían arrebatado todo.

«El Senado enloquecerá con la noticia». Sacó su espada de la vaina y la dejó sobre un mapa de cuero.

Sabía que no encontraría aliados. Su posición se sustentaba en el prestigio de Eshdek, pero sin apoyo del sufete sólo era un mestizo que había ascendido demasiado, un bastardo de madre libia cuyo suegro había sido ejecutado por robar dinero público.

«Todo eso será recordado una y otra vez», pensó con una mueca amarga. Nadie recordaría sus años apresando criminales y extrayéndoles hasta la última gota de información. Tampoco tendrían en cuenta que él había formado parte de la expedición de hacía dos años que había concluido con el acuerdo con Roma.

Una neblina de imágenes del pasado se extendió por su mente fatigada. Recordó a su esposa. Quiso verla riendo, sabía que había reído en alguna ocasión, pero su memoria se empeñaba en devolverle el momento en que se separaron, el semblante de ella emanando desprecio. Había repudiado a

la mujer que amaba para proteger una carrera que estaba a punto de extinguirse.

«Los senadores pedirán mi cabeza, y los generales apoyarán la decisión. Querrán crucificarme a la vista de todo el pueblo». Giró el cuello y su mirada se detuvo en la punta de su espada. Si los trirremes regresaban sin haber apresado a Akenón, el Senado de Cartago tendría que conformarse con ensañarse con su cadáver.

Ariadna cerró la mano despacio, comprobando la firmeza del vendaje que le había hecho su padre. Luego alzó la

mirada hacia el rostro en penumbra de Pitágoras.

—Padre, ¿cómo supiste que teníais que ir a casa de Glauco?

Pitágoras observó a Ariadna afligido. Se daba cuenta de que ella se esforzaba en hablar para que la pena no la abrumara.

—Fue gracias a Akenón. —Apartó un mechón de la cara de su hija—. Ya sabes que lo primero que hicimos en Cartago fue dirigirnos a vuestra casa. Al ver que estaba vacía, y con signos de haber sido abandonada precipitadamente, decidí ir a hablar con vuestro amigo Eshdek. Cuando nos acercamos a su mansión oímos gritos

que decían que lo habían asesinado. Mientras observábamos ocultos vimos a un muchacho que se acercaba a la casa, hablaba con los guardias de la puerta y se marchaba corriendo. Nos pareció sospechoso y le dimos alcance. Resultó ser uno de vuestros sirvientes.

—¿Tarik?

—Eso es, Tarik. Nos dijo que Akenón lo había mandado a casa de Eshdek para pedir que enviara soldados a detener a Glauco; y también que Akenón se había adelantado a vigilar la residencia del sibarita para que no escapara. Al oír aquello nos apresuramos a la casa de Glauco, y como no encontramos a Akenón en las

inmediaciones decidimos entrar.

El dolor crispó el rostro de Ariadna. Había salvado la vida por cuestión de minutos, pero también había sido cuestión de minutos que no se salvara su pequeño Sinuhé. «Ni Eshdek... ni el pobre Kush...».

Cerró los ojos con fuerza y se obligó a alejar esos pensamientos.

—¿Crees que hay más discípulos de Khaos?

Pitágoras respondió con gravedad:

—Creo que el mayor problema es que la palabra de Khaos sigue viva.

—¿Qué quieres decir?

—Khaos grababa cada día un mensaje en un cuenco de comida. Luego

se los hacía llegar a Glauco, que supongo que transcribía los mensajes a un pergamino. Ha estado haciendo esto durante tres años, por lo que el documento resultante debe de ser extraordinariamente extenso, y no sabemos dónde se encuentra. Piensa en lo que logró Khaos hace tres años con la carta que le envió a Aristómaco. Con un único pergamino logró que Aristómaco, uno de mis grandes maestros más avanzados, se suicidara en cuanto acabó de leerla. —Pitágoras suspiró—. Entonces fue cuando me di cuenta de que me enfrentaba a un enemigo muy superior a mí.

Ariadna se acordaba de aquello

perfectamente. Su padre había guardado aquella carta y había evitado que la leyera nadie más.

Pitágoras siguió recordando:

—Khaos necesitó poco tiempo para convencer al pueblo llano de Síbaris de que se alzara contra sus gobernantes. Con su asombrosa capacidad de convicción también puso en nuestra contra al gobierno de Crotona, logrando que el ejército crotoniata atacara la asamblea pitagórica. Y sólo necesitó una tarde para engañar a mis propios discípulos y persuadirlos de que el gran maestro Orestes era un traidor. —Al hablar de aquello, la fuerza de su voz disminuyó—. Mis discípulos mataron a

Orestes con sus propias manos. Khaos tenía el don terrible de conferir un poder enorme a sus palabras, aunque no fueran transmitidas a través de su propia voz. —Su mirada se ensombreció—. Y durante los últimos tres años ha estado creando su obra más extensa, más avanzada... Más pavorosa.

Un crujido cercano les hizo girar la cabeza. Cefeo se aproximó a ellos.

—Maestro, gracias al viento creo que ya estamos a salvo de los trirremes de Cartago. Nos hemos alejado lo suficiente de la costa, y las nubes reducirán la visibilidad del amanecer.

—Son buenas noticias. Gracias, Cefeo.

El discípulo inclinó la cabeza y se retiró. Ariadna experimentó una agridulce sensación de alivio. Su mirada se perdió en la cubierta del barco y siguió meditando sobre las últimas palabras de su padre.

—Hace tres años —dijo finalmente—, cuando me enfrenté a Glauco, me sorprendió la intensidad de su fuerza. Sin embargo, hoy he sentido que era cien veces más poderoso y depravado que entonces. Con la fuerza de su mente ha hecho que uno de sus guardias se arrodillara ante él para cortarle la cabeza. El guardia temblaba y lloraba mientras se inclinaba ante Glauco, pero ni siquiera ha abierto la boca para

quejarse. ¿Crees que el documento de Khaos es lo que ha dado esa fuerza a Glauco?

—Así lo pienso. —La voz de Pitágoras era firme, pero tenía un fondo pesaroso—. También yo he notado una fuerza enorme en Glauco. Ha matado al hombre que ha entrado conmigo en la sala gracias a que lo ha paralizado, a pesar de que era un discípulo iniciado. Y ha estado cerca de dominarme a mí también. He estado reflexionando sobre ello y creo que el documento de Khaos puede conferir un poder inmenso a alguien que ya tenga una capacidad muy notable. Probablemente lo haga potenciando su lado más oscuro. Khaos

necesitaba a alguien así, muy capaz, muy ambicioso y sin escrúpulos, y lo encontró en Glauco. Además, el documento debe de convencer a quien lo lee para que se guíe por los mismos objetivos que tenía Khaos: acumular más poder, someter a todos los hombres y destruirnos a mí y a vosotros dos, y quizás a todos los pitagóricos.

—Entonces tenemos que destruir ese documento como sea.

—No será fácil. Khaos era un monstruo, pero también un genio superior al resto de los hombres. El documento es su legado vital y su instrumento de venganza, y seguro que contiene instrucciones para guardarlo de

modo que no dependa de la vida de un solo hombre. Glauco lo habrá ocultado muy bien, puede que haya hecho alguna copia e incluso que haya encontrado a alguien apto para dárselo a leer y crear así una organización de seguidores de Khaos.

Ariadna se estremeció con sólo imaginar aquello.

—¿Crees que existen más hombres como el Glauco al que nos hemos enfrentado hoy?

—Afortunadamente sólo ha existido un Khaos, y no creo que la naturaleza vuelva a engendrar un monstruo semejante. Pero como te he dicho, la palabra de Khaos sigue viva en su

documento, y puede producir discípulos terribles. Ocurrió con Glauco, y no sé si ahora mismo habrá otro discípulo de Khaos en algún lugar, pero mientras exista el documento la humanidad estará en peligro.

Ariadna vio en la mirada de su padre que su pensamiento había viajado más lejos que sus palabras.

—¿Qué vamos a hacer, padre?

—En primer lugar establecernos en algún lugar oculto. Desde allí convocaré a los hombres adecuados para la tarea que tenemos delante. El documento de Khaos es la semilla del mal, debemos evitar que vuelva a germinar. Y si no lo conseguimos, tendremos que dedicarnos

a destruir la organización de Khaos. Vamos a crear una nueva hermandad, con un carácter muy distinto a la orden que he liderado durante la mitad de mi vida. Hemos de prepararnos para la lucha, para ser agresivos e implacables con nuestros enemigos.

Pitágoras se quedó mirando al infinito. «Si no encontramos el documento, la lucha puede prolongarse durante siglos». Volvió a mirar a su hija y advirtió en sus ojos una preocupación distinta.

—Ven, hija mía.

Tomó a Ariadna por los hombros y con suavidad hizo que diera media vuelta. La atrajo hacia sí, apoyando la

espalda de Ariadna en su pecho, y después envolvió con las manos el vientre fecundado de su hija.

Ariadna aguardó, cada vez más tensa según se prolongaba el silencio de su padre. Estaba tocándola en el mismo lugar donde Glauco le había hecho sentir que su vientre se congelaba. De repente, de las manos de su padre emanó una corriente cálida que se extendió por su interior haciendo que se relajara.

El bebé respondió dando un golpecito.

—Tu hijo está bien, Ariadna. —En la voz grave de su padre aleteaba una sonrisa—. Es un varón.

CAPÍTULO 83

Madrid, España, actualidad.

Irina, sin dejar de apuntar a Daniel con la pistola, se echó hacia atrás apoyándose en el respaldo de la silla.

—Pitágoras, Akenón y Ariadna nunca regresaron a Cartago ni a la Magna Grecia. Se escondieron precisamente aquí, en la península ibérica.

Daniel se encogió sobre su butaca sin dejar de mirar al cañón de la pistola, sintiéndose aún más vulnerable por estar

en calzoncillos y descalzo. El albornoz negro de Irina se había abierto mostrando su cuerpo. Ella cruzó las piernas adoptando una postura confortable y siguió hablándole del pasado con su voz extrañamente cambiada.

—Ariadna tuvo su hijo y Pitágoras llamó a algunos de sus discípulos para que formaran parte de su ridícula Hermandad. El gran fantoche abandonó todos sus proyectos políticos y dejó correr la voz de que había muerto en Metaponte.

Echó una ojeada al teléfono y Daniel siguió su mirada. En la pantalla se visualizaba la sala de reuniones donde

estallarían dos bombas cuando desde aquel teléfono se marcara un número determinado. Elena, Douglas e Iván se encontraban en el centro de la sala y se veía a algunas personas sentándose, pero todavía faltaban varios miembros que habían ido a sus habitaciones para asearse o descansar.

La reunión debía comenzar a las nueve, y en una esquina de la pantalla se indicaba que eran las nueve menos veinticinco. Daniel recordó que Irina había dicho que tenían que pasar unos veinte minutos para que la droga del champán hiciera todo su efecto.

«Antes de las nueve me leerá la mente y me matará».

—He de reconocer —continuó Irina — que me asestaron un duro golpe al matar a Glauco. Sin embargo, a la vez me hicieron un gran favor al fundar la Hermandad sobre premisas erróneas.

Daniel miró a Irina sin comprender.

—Pobre Daniel, sigues sin querer aceptar la realidad. Sin embargo, nadie puede entenderla mejor que tú. — Levantó las cejas aguardando una respuesta de Daniel que no se produjo —. El Documento que envié a Glauco a través de aquellos cuencos de comida, no es un documento de *sectarización*, como siempre ha creído la Hermandad. No es un documento que haga que quien lo lea se convierta en discípulo de la

organización de Khaos. No, Daniel; es un documento de *replicación*. —Daniel frunció el ceño. Un instante después, sus ojos se abrieron desmesuradamente—. Eso es, Daniel. El Documento hace que quien lo lea se convierta en Khaos.

—No... No es posible.

Irina soltó una carcajada despectiva.

—Qué limitados sois; apenas alcanzáis a ver la mitad de la verdad. Pitágoras tampoco lo entendió, sólo se dio cuenta de que para que el Documento tenga efecto su lector debe poseer un intelecto poderoso, gran ambición y una personalidad libre de escrúpulos. Sin embargo, al igual que a ti, a Pitágoras se le escapó lo más

excelso de esta realidad. —Irina le guiñó un ojo—. Tranquilo, tú tienes la suerte de tenerme a mí para explicártelo.

Irina, o quienquiera que fuese, se mostraba relajada y alegre. Daniel, en cambio, notaba los latidos de su corazón golpeando dolorosamente en el pecho. «Me está hablando para distraerme y que no luche contra la droga». Tenía que hacer algo antes de encontrarse más aturdido, pero la pistola seguía apuntándole y ya le costaba pensar con claridad.

Irina le sonrió como si supiera lo que estaba pensando y continuó hablando, absorbiendo la atención de Daniel como el canto de una sirena.

—Daniel, yo soy el ejemplo perfecto de que tu trabajo sobre el cerebro y la mente está bien encaminado. El cerebro no es más que una red de neuronas... podríamos decir que es como un libro. La mente es el lector de ese libro, y se va haciendo consciente de su contenido según lo va leyendo. Pero la mente no sólo lee, sino que escribe en el cerebro.

—Daniel no pudo evitar prestar atención a las palabras de Irina—. Como sabes muy bien, cada pensamiento produce un leve cambio en la red de neuronas. Cada vez que pensamos, nuestro cerebro sufre una pequeña transformación y nos hacemos un poco diferentes. Tú mismo pusiste un ejemplo sencillo el día que

nos conocimos, ¿recuerdas? La publicidad se dirige a nuestra mente para que durante unos segundos pensemos de determinada manera, y eso produce pequeñas alteraciones perdurables en la red de neuronas del cerebro. Estas alteraciones se transformarán a su vez en determinados pensamientos cuando la mente vuelva a leer esas áreas del cerebro. De ese modo, ver ahora un anuncio es lo que hace que dentro de un mes compremos determinado producto.

Daniel se agarró la cabeza con las manos.

—¿Qué demonios estás diciendo? Manipular las tendencias compradoras

de una persona es muy diferente a convertir a una persona en otra.

—Por supuesto, Daniel, es diferente, pero la diferencia es sólo cuantitativa. Sabes mejor que nadie que la tecnología para manipular a las personas tiene un potencial enorme. En las simulaciones con tu programa has conseguido cambios muy profundos en la conducta de los sujetos controlando los estímulos que reciben.

Daniel vaciló. «Eso es cierto, mi programa ha demostrado que la personalidad se puede moldear a voluntad». En sus experimentos teóricos había llegado a producir alteraciones permanentes en los rasgos de

personalidad de un individuo. Su programa calculaba qué estímulos se requerían para lograr los cambios deseados en el cerebro, y por tanto en la persona.

—Todo eso está a años luz de lo que dices. —Daniel sacudió la cabeza—. Es imposible replicar una persona en otra. No puedes producir cambios tan profundos, ni manipular instintos tan básicos, no... ¡No tiene sentido!

—Ja, ja, ja. —La risa de Irina se extendió por la habitación con una resonancia tenebrosa—. Por mucho que te asuste, en el fondo sabes que sí tiene sentido. El Documento que creé no sustituye el contenido de la mente del

receptor, sino que lo moldea y complementa hasta que se convierte en mí. —Su sonrisa feroz hizo que Daniel se estremeciera—. Lo que no puedes imaginar es el placer indescriptible que se experimenta al renacer.

Daniel apartó la mirada sintiéndose mareado. Sus ojos recalaron en el reloj del teléfono.

«Las nueve menos veinte».

Cerró los ojos mientras Irina continuaba hablando.

—Seguro que entiendes que el proceso de replicación que produce el Documento es más fácil cuanto más se parece el receptor a mí; es más sencillo cuanto más se parecen nuestras

estructuras neuronales. No se destruyen las existentes, sólo se modifican en lo necesario; por eso se mantiene la mayoría de los recuerdos del receptor, pero sólo como un conocimiento frío. Por supuesto, en la memoria se inculcan todos los recuerdos importantes de Khaos.

—Los recuerdos son fundamentales —objetó Daniel—. No puedes traspasarlos. Tu siguiente réplica no recordará mi cara, ni... —Se calló bruscamente.

—Eso da igual. —Irina soltó una risita—. Tampoco recuerdo la cara de los miles de personas que he conocido a lo largo de los siglos. En cada réplica

actualizo el Documento, por lo que recordaré lo que a mí me interesa, y siento decirte que tu cara, pequeño Daniel, no me interesa. De ti sólo me interesa tu trabajo, y te aseguro que lo *recordaré* hasta la última coma.

Daniel sintió una punzada de dolor al acordarse de que había contado a Irina cuánto le había afectado la muerte de Sara, su hermana melliza. Irina era la única persona con la que había hablado de aquello. Buscó en su rostro algún rastro de la mujer con la que había compartido momentos tan íntimos.

Aquella Irina había desaparecido.

—No seas tan romántico, Daniel. Si Irina no se hubiera parecido tanto a mí

en lo básico, no hubiera podido replicarme en ella. Irina era material de primera. A mi anterior réplica en la Hermandad, un informático de cincuenta años, le diagnosticaron cáncer de páncreas y tuvo menos de un año para seleccionar un sustituto. Por suerte llevaba unos meses siguiendo la pista a una candidata prometedora, que se estaba doctorando en Sociología en la Universidad de Berlín. Nuestra pequeña Irina, como has adivinado. La transformación de sus rasgos de personalidad y de sus valores en los míos se produjo en menos de un mes, y te aseguro que eso es muy poco tiempo. —Se dio un toquecito en la frente con la

mano que no sostenía la pistola—. Aquí mantengo el recuerdo de cómo era ella, y me temo que no se parecía en nada a la Irina que creíste conocer. Eso era sólo la fachada adecuada para seducirte a ti... y a unos cuantos más. —Descruzó sus piernas esbeltas y se inclinó hacia Daniel para hablarle en tono confidencial—. Entre tú y yo, Daniel, Irina era bastante zorra.

Daniel clavó los ojos en aquella mirada cruel. Enseguida los apartó al darse cuenta del placer que su dolor producía a aquel ser malévolo.

CAPÍTULO 84

Madrid, España, actualidad.

Irina continuó en tono burlón.

—Daniel, Daniel, tanto sentimiento te hace débil. Es una lástima, porque aunque Irina era mucho más fuerte que tú, vuestros intelectos eran parejos. No me malinterpretes, la inteligencia de Irina quizás no era superior a la tuya, pero hay un abismo entre la potencia actual de esta mente y la tuya. El Documento también altera las capacidades. Desarrolla las estructuras

existentes desencadenando progresos extraordinarios. Eso es lo más atractivo para quienes comienzan a leer el Documento. Por eso consienten deseosos a la conversión apoteósica que los transforma de miserables mortales a ser la reencarnación de un dios. Si lo piensas bien, millones de personas a lo largo de la historia han buscado lo mismo: trascender, fundirse con la divinidad, disolver su consciencia individual para formar parte de algo mucho más grande.

—Si todo lo que dices fuera cierto, Irina no habría trascendido sino que estaría muerta.

—No, Daniel, no. Irina renunció

voluntariamente a seguir siendo lo que era a cambio de ser yo, o de que yo fuera en ella; igual que hizo Glauco. Igual que han hecho decenas de receptores a lo largo de la historia. Les he dado algo mucho más valioso que la consciencia y la identidad que han sacrificado.

—Les has arrancado el alma y te has quedado con su cuerpo.

—Sabes que no es así; no obstante, es obvio que ellos no me importan más que para mis fines. Los necesito para desarrollar mis planes, pues sin ellos tengo que esperar en estado latente en el Documento.

Daniel negó con la cabeza.

—Si yo hiciera un documento de replicación de mí y muriera, se podría crear una copia de alguien que pensara igual que yo, pero no sería yo, yo dejaría de existir.

—Quizás no sepas que cuando creé el Documento yo ya no existía como persona, sino tan sólo como un conjunto de ideas. Mi cuerpo estaba encadenado a un remo para morir, ciego, sin lengua... Esas son las condiciones a las que renuncié a cambio de la eternidad, la venganza, la esperanza de alcanzar un poder absoluto...

—Pero ahora eres Irina, ese cuerpo —Daniel señaló con las manos abiertas hacia ella—, esa consciencia; no puede

ser que te dé igual perder todo eso aunque el Documento vaya a replicar a Khaos en otro ser humano.

—Sigues sin entenderlo, no deseo nada material, ni siquiera este cuerpo ni la vida que contiene. Deseo la inmortalidad y el poder, y cada cuerpo que ocupe trabajará para que eso siga sucediendo. —Irina negó lentamente—. No estás pensando con libertad, Daniel. Tus argumentos no son más que la racionalización del instinto de supervivencia que tus genes te imponen. No eres libre como lo soy yo. Encerrado en aquel barco conseguí trascender mi naturaleza material, sublimarme en una idea y ser capaz de utilizar otras

consciencias para reencarnarme una y otra vez.

—Eres un monstruo.

Ella rio con su nueva risa, ruda y seca. Daniel se inclinó hacia delante, apoyó los codos en las rodillas y hundió la cara en las manos. Seguía sin creer del todo aquella locura y cada vez estaba más mareado. Miró al teléfono. «Las nueve menos cuarto». Tenía que hacer algo, debía escapar del hechizo de aquella voz.

—No te distraigas, Daniel. ¿Quieres saber cómo conseguí replicarme de nuevo cuando Pitágoras, Akenón y Ariadna mataron a Glauco? El Documento siempre está a salvo, hay

más de una copia y pistas que conducen a él. Cuando murió Glauco, pasaron varios años hasta que volví a reencarnarme. —Ladeó la cabeza, observando la mirada aturdida de Daniel—. Lamenté descubrir que Pitágoras ya había muerto. En otra ocasión llegaron a transcurrir casi cincuenta años, pero siempre acaba surgiendo alguien apto que encuentra el Documento.

—¿Y si lo encontrara alguien que no quisiera transformarse en ti?

—¿Alguien como tú? —Esbozó una mueca irónica—. Nadie va a destruir el Documento para detener el proceso. La primera parte del Documento

proporciona una muestra de las capacidades que se adquieren con él. Es como una droga poderosa a la que nadie es capaz de resistirse; cuando se prueba no se puede evitar querer más, no se puede dejar de leer. No obstante, si el receptor es demasiado diferente a mí, por ejemplo un iluso idealista como tú, entonces el proceso de transformación se convierte en algo distinto. Aunque la persona deje de leer en ese momento, no puede detener el avance de los nuevos pensamientos que ya han arraigado en su mente. En pocos días enloquece y se suicida.

Daniel la miró en silencio. Hubiera respondido que aquello era increíble,

pero ya nada se lo parecía.

—¿Cómo has conseguido introducirte en la Hermandad?

En el semblante maligno de Irina centelleó una mueca de regocijo.

—Fue gracias a la peste negra. En aquellos años murieron la mitad de los miembros de la Hermandad. Eso los desorganizó y los debilitó, y estaban ansiosos por reforzarse. Así pude lograr algo que llevaba tiempo intentando. Me había replicado en un estudiante de Teología de la Universidad de París, un joven con tanto potencial como dudas respecto a sus estudios oficiales. Hice que fuera conocido por su ingenio y por su carácter compasivo, y la Hermandad

acabó contactando con él.

—¿Por qué no aprovechaste para destruirlos entonces? Seguro que has tenido otras ocasiones antes de ahora.

—Muy sencillo: preferí hacer que trabajaran para mí. La Hermandad siempre ha sido hábil localizando a los individuos con mayor potencial. Ellos los quieren para integrarlos en su organización y que se conviertan en soldados contra *la organización de Khaos*.—Rio con una alegría perversa—. En fin, yo los quiero para reencarnarme en ellos. Como ya te he dicho, nuestras necesidades en cuanto a perfil de personalidad son diferentes, pero buscamos las mismas

características intelectuales.

—¿Y qué haces si la Hermandad localiza a alguien bueno para ellos que a ti no te sirve? —«Como ocurre en mi caso».

—Normalmente dejo que se integre en la Hermandad. Así lo tengo controlado y además trabaja para mí sin saberlo. Pero si considero que puede ser demasiado peligroso, lo elimino. —
Movi6 hacia un lado la mano de la pistola—. De todos modos, todo eso ya pertenece al pasado.

—Al... ex novio de Elena, a Leonardo. ¿Por qu6 lo mataste?

—Querido, en gran parte lo hice por ti, como casi todo lo que he hecho

últimamente. —Lo miró con los ojos muy abiertos y parpadeó varias veces imitando el gesto de una chica enamorada. Después soltó su risita áspera y desagradable—. Cuando pasan muchos años sin que muera alguien, la Hermandad se relaja, y a mí me interesa que se mantenga muy activa. Por eso cada diez o veinte años ejecuto a un miembro de la Hermandad y le grabo mi símbolo en la frente. Había llegado el momento de volver a hacerlo, pero elegí a Leonardo, y lo hice aquella noche, para que Elena no fuera a la reunión de Mensa en la que había quedado contigo. A Elena le gustas mucho, y yo necesitaba que Irina tuviera el camino despejado

para seducirte.

Daniel miró el teléfono que seguía de pie sobre la mesa. Elena estaba en mitad de la imagen, sentada junto a Douglas. Casi todos los miembros de la Hermandad habían ocupado sus asientos alrededor de la gran mesa ovalada.

«Las nueve menos diez».

Daniel hizo un gesto con la cabeza hacia el teléfono.

—¿Qué ha cambiado para que ya no te sirva la Hermandad?

Irina lo señaló a él con la pistola.

—Todos están a punto de morir por tu culpa. Tanto la Hermandad como yo buscamos trabajos nuevos que sirvan para desarrollar nuestras capacidades.

Por supuesto, cuando aparecía algo muy relevante yo lo ocultaba a los ojos de la Hermandad y lo incorporaba al Documento. Gracias a eso, y a que elimino a sus candidatos más prominentes, la Hermandad permanece patéticamente débil mientras que yo soy cada vez más poderoso. Era inevitable que llegara este momento, pero tú lo has acelerado.

—A causa de mi trabajo...

«Es lo mismo que supuso Douglas. —Daniel esbozó una sonrisa triste—. Morirá sin saber cuánta razón tenía».

—Sí, Daniel, tu programa de simulación del cerebro y la mente todavía está en pañales, pero tiene un

potencial enorme. No podía permitir que la Hermandad se aprovechara de él, y con las nuevas tecnologías resulta imposible ocultárselo. Desde que nació Internet, la Hermandad la utiliza para monitorizar a los candidatos más destacados. Cuando entraste en Mensa, la Hermandad accedió a tu trabajo. Inmediatamente todas las miradas se centraron en ti. La única opción que me queda para evitar que desarrollen sus capacidades gracias a tu trabajo es matarlos a todos.

—Pero entonces ya no podrás seguir utilizándolos.

—Ya no los necesito. Con sus sistemas de búsqueda a través de

Internet seguiré localizando candidatos, y continuaré desarrollando tu programa hasta que dé sus frutos. —Entornó sus ojos, bellos y maliciosos—. Gracias a ti, Daniel, el Documento experimentará sus primeras mejoras relevantes en dos mil quinientos años y mi poder se multiplicará. En cada reencarnación seré diez veces más poderoso, hasta que llegue el día en que revele mi presencia y todos los pueblos de la tierra caigan a mis pies.

Daniel se estremeció bajo aquella mirada. Irina permaneció unos segundos en silencio y después su rostro se relajó. Metió la mano libre en el bolsillo del albornoz, extrajo un objeto y lo dejó

sobre la mesa, al lado del teléfono. Era una navaja militar de color negro.

—Me la regaló Douglas. —Adelantó la cabeza y bajó la voz—. Como ya habrás imaginado, me lo estuve follando durante un tiempo. Eso siempre facilita las cosas, ¿verdad? —Miró la navaja y de nuevo a Daniel sonriendo—. Cuando haya leído tu mente, utilizaré esta navaja para grabarte el pentáculo invertido. Después dejaré que veas cómo hago estallar las bombas y luego te pegaré un tiro.

Daniel la miró respirando entre los dientes apretados. Intentaba acumular energías para reaccionar, pero su cuerpo parecía de algodón y estaba tan mareado

que la visión se le desdoblaba.

—Pobre Daniel, tan jovencito, tan inexperto en el sexo. ¿Ahora te arrepientes de haberte acostado conmigo? —Irina se puso de pie, se apartó el albornoz y sacó un brazo. Después cambió la pistola de mano y sacó el otro brazo. El albornoz cayó a sus pies y quedó desnuda.

Daniel apartó la mirada.

—Eres un monstruo.

La risa de Irina volvió a rechinar en los oídos de Daniel.

—No pensabas lo mismo cuando me besabas, ni cuando te la chupaba... — apoyó la mano de la pistola en el muslo de Daniel y la deslizó hacia su

entrepierna con un dedo en el gatillo— ni tampoco cuando te corrías dentro de mí.

El cañón de la pistola presionó los genitales de Daniel a través de la tela del calzoncillo. Daniel dio un respingo y se le erizó la piel.

—¿Ya no quieres follarme, Daniel?

Irina acercó su rostro al de Daniel sin dejar de retorcer la pistola contra su entrepierna. Él cerró los ojos esperando oír un estampido y sentir que una bala lo destrozaba.

—Daniel... —los labios de Irina le rozaban la oreja al susurrar—. Mi pequeño Daniel, patético animalillo, Irina te ha atiborrado de sexo y has

confundido enamoramiento con
enconñamiento. Qué sencillo ha sido
manejarte.

Quitó la pistola de la entrepierna de Daniel y la clavó bajo su barbilla. Luego se sentó a horcajadas en sus piernas y colocó los pechos frente a su cara.

—Fíjate, Daniel, el cuerpo de Irina se excita al pensar en lo que voy a hacerte.

Los pezones de Irina se habían endurecido y eran más prominentes. La areola se había estrechado. Irina cogió su pezón izquierdo y tironeó de él como si fuera algo ajeno a ella.

—Un cuerpo, Daniel, sólo un

cuerpo. Ahora vamos a ocuparnos de la mente. —Se volvió hacia el teléfono sin dejar de apretar con la pistola bajo la barbilla de Daniel—. Ya están todos en la sala, sólo faltamos nosotros. —Se giró de nuevo hacia su prisionero—. Dentro de unos minutos el impaciente Douglas me haría una llamada, pero eso no llegará a ocurrir porque para entonces estarán muertos. Me bastarán un par de minutos para inspeccionar tu mente, otro par para grabarte el símbolo sagrado y... adiós. Empecemos.

Al instante Daniel tuvo la misma sensación que cuando Irina le había leído la mente en su cuarto: un cosquilleo suave en la frente que se

extendía por debajo del cráneo. Rápidamente la sensación se hizo más agresiva y profunda. Cada vez hacía más frío. Daniel cerró los ojos y desapareció la impresión de tener a Irina encima de él. Quien respiraba frente a su cara era Khaos, quien se había metido en su mente era el demonio maligno y poderoso contra el que la Hermandad llevaba luchando dos mil quinientos años.

Daniel reunió toda su capacidad de concentración y le pareció que conseguía bloquear el avance de Khaos.

Un instante después, aquel ser tenebroso arrolló su voluntad con una fuerza infinita.

CAPÍTULO 85

Madrid, España, actualidad.

Elena advirtió que Douglas, sentado a su izquierda, sacaba su teléfono por debajo de la mesa y echaba un vistazo a la pantalla. Ella miró de reojo y en la parte de abajo vio unos grandes números indicando la hora.

«Las nueve en punto».

Todos los asistentes a la cumbre de la Hermandad habían ocupado sus asientos alrededor de la gran mesa. Conversaban entre ellos y de vez en

cuando cogían un canapé de las bandejas que tenían enfrente, pero el ambiente era tenso y las conversaciones estaban languideciendo.

Elena juntó las puntas de los dedos y se quedó mirando la mesa. Tenía una capa de barniz oscuro en la que se traslucía el trazado sinuoso de los nudos de la madera. Bajó las manos al regazo, alzó la vista por encima de los pitagóricos que tenía frente a ella y observó el tapiz del pentáculo.

«Siempre me recordará a Leo». La primera vez que se había fijado en un pentáculo había sido cuando descubrió en el reflejo de la ventana de su salón lo que Leonardo estaba mirando en su

portátil: una foto de ella con aquel símbolo en una esquina.

«La siguiente vez fue cuando lo vi invertido y chorreando sangre en la frente de Leonardo».

Bajó la cabeza y cerró los ojos, pero los abrió al momento para librarse de la sensación de tener ella misma un pentáculo invertido grabado en la frente. Se volvió a la derecha y su mirada recaló en la urna con el cuchillo de Ariadna.

«Ariadna y Akenón pasaron media vida luchando contra los khaosianos. ¿Será eso lo que me espera? —Se fijó en los dos únicos asientos vacíos de la mesa y esbozó una sonrisa triste—. Al

menos ellos se tenían el uno al otro, como Daniel e Irina».

Apretó la mandíbula e intentó no pensar en el motivo por el cual Daniel y la atractiva rusa se estaban retrasando. A su lado, Douglas volvió a mirar su teléfono sin alterar su semblante inexpresivo.

A ambos lados de la sala, ocultos en las urnas, los explosivos aguardaban la llamada de Irina.

Daniel sentía que su mente se hacía pedazos.

En su interior coexistían dos consciencias; la suya asistiendo

impotente a lo que ocurría, y la de Khaos, que como un poderoso tornado irrumpía en cada compartimento de su mente examinando su contenido a una velocidad endiablada. Los conocimientos, emociones y recuerdos de Daniel volaban dentro de su cabeza en un torbellino enloquecedor que sin embargo Khaos asimilaba sin problemas.

De repente Khaos se detuvo. Daniel inspiró bruscamente, tomando aire por primera vez desde que había empezado aquello. Abrió los ojos y le sorprendió ver el rostro de Irina. Ella continuaba sentada a horcajadas sobre él, completamente desnuda. El cuerpo de

Daniel estaba cubierto por una capa de sudor y temblaba.

—Ahora vamos a lo interesante —gruñó ella.

Presionó con la pistola bajo la mandíbula de Daniel para que no se moviera. Él intentó oponerse, pero la droga le impedía concentrarse. Sintió que la presencia de Khaos se hacía más fuerte dentro de su cabeza y de pronto el monstruo comenzó a penetrar en su subconsciente.

Daniel gritó y su rostro se retorció de dolor mientras un millón de agujas se incrustaban en su cerebro. El corazón se le disparó a doscientas pulsaciones. Khaos forzaba sus límites de un modo

inmisericorde, obligándolo a experimentar un aluvión de recuerdos perdidos o reprimidos, embriones de ideas, conceptos difusos y percepciones que nunca habían pasado por su consciencia.

Khaos profundizó aún más. Se percató de que Daniel estaba cerca de sufrir un paro cardíaco. «No antes de darme lo que quiero». Encontró un nuevo cúmulo de datos relacionados con el trabajo de Daniel y lo escudriñó frenéticamente.

En ese instante Daniel notó un desgarrón en lo más hondo de su mente. Una explosión de sufrimiento acompañó la sensación de que Khaos se retiraba

violentemente, como un demonio exorcizado.

«Irina».

Daniel parpadeó, aturdido. En el momento en que Khaos salía de su mente, había percibido a Irina entreverada con el monstruo.

Su visión era borrosa y volvió a parpadear. Al conseguir enfocar vio frente a su cara el rostro desconcertado de Irina. Ella separó los labios como si fuera a hablar, sin llegar a emitir ningún sonido. Seguía apoyando la pistola bajo su barbilla pero había dejado de presionar.

«El documento de sectarización... La grabación... Carmen Aroza...».

Daniel recordó una serie de sucesos ocultos hasta ahora en su subconsciente y comprendió lo que había ocurrido.

Los ojos de Irina dejaron de mirar al infinito y se enfocaron en los suyos. Su expresión comenzó a endurecerse.

«¡Está retomando el control!».

Daniel le dio una bofetada que la hizo caer. Irina golpeó contra el suelo y soltó la pistola. Inmediatamente se revolvió e intentó cogerla, pero Daniel se abalanzó desde la butaca y llegó antes.

—¡Quieta!

Se puso de pie apuntando a Irina. Ella lo miraba desde el suelo a cuatro patas. La visión de Daniel se oscureció

y tuvo que apoyarse en el respaldo de la butaca para no caer; de repente notó que Khaos volvía a irrumpir en su mente. Sintió su odio y su fuerza aplastando su voluntad mermada por la droga. Al instante oyó un alarido de rabia dentro de su cabeza y de nuevo la sensación de que Khaos salía de su interior, junto con la certeza de que Irina y el monstruo no formaban una única esencia.

El cuerpo de Irina se derrumbó y quedó tumbado junto al albornoz. Su cara se contraía con una rápida sucesión de espasmos. Daniel se apresuró a coger el teléfono de la mesa y volvió a retroceder. En la pantalla vio que en la sala donde los estaban esperando sólo

quedaban dos sillas vacías.

—Muy astuto, Daniel, muy astuto. —
El cuerpo de Irina se incorporó con un gruñido ronco hasta quedar sentado. Sonrió de un modo que hizo que Daniel se estremeciera—. Suponía que habrías avanzado más de lo que tu programa reflejaba, pero debo reconocer que esto me ha sorprendido.

Daniel vio que le temblaba la mano de la pistola y agarró el arma con más fuerza. Él también estaba sorprendido con lo que Khaos había hecho que surgiera desde su subconsciente.

«Elena me habló de que Carmen Aroza era su mentora, y de que era una de las mejores expertas en hipnosis del

mundo». Recordó que había acudido a Carmen y le había pedido que le grabara algo en el subconsciente y que luego le hiciera olvidar que se lo había grabado.

—El documento de *disociación* —dijo Irina—, le has puesto un nombre adecuado. —Seguía sentada en el suelo, sudando y con la respiración agitada como si hubiera corrido varios kilómetros.

«Un documento de *disociación* para luchar contra el documento de *sectarización*». Daniel dio un paso hacia atrás, todavía asimilando lo ocurrido. La propia Irina le había hablado hacía una semana del Documento que creó Khaos, el

documento de *sectarización*, con el que la organización de Khaos convertía en seguidores fervientes a los candidatos aptos que lo leían. Desde entonces Daniel había estado trabajando con su programa para crear un conjunto de ideas —que había llamado *documento de disociación*—, que sirvieran para evitar convertirse en seguidor de Khaos en caso de que alguien lo obligara a leer su Documento.

Daniel retrocedió otro paso. Carmen Aroza le había inducido un estado de trance para poder acceder a su subconsciente. En ese estado, él había escuchado una grabación con su documento de *disociación*, y después

Carmen, siguiendo sus instrucciones, había borrado de su consciencia todo aquello.

Irina parecía estar siguiendo el hilo de sus pensamientos.

—El problema, Daniel, es que yo no creé un Documento de *sectarización*, como siempre ha creído la Hermandad, sino de *replicación*. Tu ingenioso ejercicio de manipulación no puede hacer nada contra eso.

Daniel levantó el arma.

—Puedes decir lo que quieras, pero mira lo que ha ocurrido cuando te lo has encontrado. He notado que tu mente se dissociaba de la de Irina. —Clavó la mirada en aquellos ojos verdes—.

¿Puedes oírme, Irina? Intenta librarte de Khaos, utiliza lo que has visto en mi mente.

—Irina no existe, Daniel. Lo que has sentido como Irina no era una mente viva, sino un soporte muerto.

—¡Mientes!

—Sabes que no. —El cuerpo de Irina se puso de pie lentamente, utilizando la mesa para apoyarse—. Y tampoco miento al decirte que sólo me llevaría unos minutos desmontar tu pequeño ingenio mental y controlarte. —Dio un paso hacia Daniel—. Pero podemos llegar a un acuerdo. Baja el arma y deja que me vaya. —Dio otro paso y Daniel advirtió que no podía

apartar la mirada de aquellos ojos intensos—. Puedo desaparecer de tu vida, incluso de la de la Hermandad durante un siglo.

—No... —Daniel se quedó sin habla.

«Me está hipnotizando. —Notaba que su voluntad se disolvía—. Me está controlando sin necesidad de meterse dentro de mí».

—Baja el arma, Daniel. Es lo mejor para todos. —Dio un nuevo paso hacia Daniel—. Baja el arma... —aquella voz lenta se deslizaba por los oídos de Daniel, resonando de un modo extraño dentro de su cabeza—, baja el arma...

La mano de Irina se apoyó en la

pistola y presionó suavemente hacia abajo. Sus cuerpos estaban cada vez más juntos. Daniel consiguió apartar los ojos y miró hacia el suelo, pero su voluntad casi había desaparecido. Su mano no ofreció resistencia a la presión de Irina y descendió poco a poco.

—Muy bien, Daniel, muy bien...

Notó que Irina le agarraba con más fuerza la mano de la pistola. Ella se acercó un poco más y él percibió el suave aroma de su champú.

—Eso es, Daniel...

Daniel inclinó la cabeza hacia Irina. El teléfono que sostenía en la otra mano cayó al suelo. Con el rabillo del ojo vio su reflejo en un espejo de la pared. Su

vista se desplazó apáticamente hasta la imagen de Irina. Contempló su perfil desnudo, el pecho prominente casi rozando el suyo, el vientre liso y el brazo en cuya mano sostenía abierta la navaja militar.

Irina echó hacia atrás la mano de la navaja sin que Daniel reaccionara.

—Shhh, tranquilo, tranquilo...

Daniel vio que la navaja volaba hacia su tripa.

—¡Aaaah!

Irina gritó cuando la bala le reventó la rodilla. Cayó de lado y se agarró la pierna. Daniel la contempló, aturdido por la detonación y por el extraño trance en el que había estado sumido. Miró

durante un segundo la pistola humeante, con su dedo todavía apretando el gatillo; luego se agachó y cogió el teléfono.

—¡Maldito seas! —rugió la voz de Irina.

Daniel notó el impacto de la mente de Khaos y se tambaleó hacia atrás.

—¡Arggg! —El grito de rabia de Irina fue simultáneo a la sensación de Daniel de que el monstruo salía de su cabeza.

Ella se retorció sobre el suelo ensangrentado sin dejar de rugir. Daniel desbloqueó el teléfono y se esforzó por recordar el número de Douglas. Había oído a Irina marcándolo, tenía que ser capaz de recordar la secuencia de tonos.

«¡Vamos, vamos!». Contempló la pantalla con la mente en blanco. La droga del champán le impedía concentrarse. Notó que el cuerpo de Irina dejaba de retorcerse pero él mantuvo la mirada clavada en la pantalla. De pronto la secuencia apareció en su mente y comenzó a presionar números a toda velocidad...

—Si llamas, te arrepentirás.

Daniel levantó la vista, impresionado por la fría seguridad de la voz de Irina. Aunque estaba tirada en el suelo con una espantosa herida en la pierna, su expresión era tranquila y confiada.

«Quiere meterme miedo con los

explosivos».

Daniel acercó el pulgar al botón de llamada. Volvió a mirar a Irina y titubeó.

Tragó saliva y apretó el botón.

CAPÍTULO 86

Madrid, España, actualidad.

Elena giró la cabeza al notar que el teléfono de Douglas parpadeaba. Distinguió el nombre de Irina en la pantalla y torció el gesto.

«¿Llamará para avisar de que se van a pasar otra hora en la cama?».

Douglas frunció el ceño y se llevó el teléfono a la oreja. Los miembros de la Hermandad lo observaban en silencio.

—¿Irina?... ¿Qué?... Daniel, ¿¿qué estás diciendo?!

La atmósfera de la sala se tensó al instante con el grito de Douglas. Él apartó el teléfono de la cara y activó la función de videollamada. Apareció la cara crispada de Daniel y se oyó su voz alterada:

—... tenéis que salir de ahí. Ha puesto bombas en las urnas, y también en el sótano.

Se extendió un rumor nervioso mientras todos se giraban hacia la espada de Akenón y el cuchillo de Ariadna, pero se quedaron sentados esperando instrucciones de Douglas.

—Daniel, ¿dónde está Irina?

En respuesta a la voz imperativa de Douglas la imagen se movió

bruscamente. Apareció en primer plano el brazo de Daniel sosteniendo una pistola. Apuntaba a Irina, que estaba tirada en el suelo, desnuda y con una pierna ensangrentada.

Douglas se levantó como un resorte e hizo un gesto a Iván, que se puso de pie desenfundando su Glock. El líder de la Hermandad pegó el teléfono a su pecho y se dirigió en voz baja a otro de sus hombres.

—Ander, lleva a todo el mundo al jardín y alejaos de la casa. Edgar, Hugo, venid con nosotros. —Se apresuró hacia la puerta hablando de nuevo por teléfono —. Daniel, cálmate y no hagas más tonterías. Estaremos ahí en un momento.

Salió corriendo de la sala seguido por sus hombres. Todos llevaban una pistola en la mano.

Daniel se acercó el teléfono a la cara.

—¿No me has oído? ¡Te digo que Irina es Khaos!

Vio que la imagen del teléfono se agitaba bruscamente.

«Está corriendo hacia aquí, y no me escucha».

Se volvió hacia el ser que yacía en el suelo. El cuerpo desnudo y el rostro eran de Irina, pero la expresión malévola pertenecía a un demonio.

Sintió un vahído repentino y estuvo a punto de caer.

—Douglas, Irina me ha... —sacudió la cabeza y se corrigió—. Khaos me ha drogado. Tenéis que subir lo antes posible.

De pronto se oyeron unos golpes lejanos. Daniel miró hacia atrás y se volvió de nuevo al frente. En el rostro de Irina la sonrisa se había ensanchado.

—Mi pequeño Daniel, no podrán abrir a tiempo la puerta de la torre. —El cuerpo ensangrentado de Irina se estiró hacia la navaja abierta y la cogió. Después se puso de pie apoyándose en la pierna sana—. Vas a tener que enfrentarte a mí tú solo.

CAPÍTULO 87

Madrid, España, actualidad.

Elena salió corriendo de la sala. Iba en medio del grupo principal, pero al llegar al pasillo cambió de rumbo y fue tras Douglas y sus hombres armados. Avanzó por el pasillo con los dientes apretados, temiendo que estallaran tras ella las bombas de las que había hablado Daniel, y se internó en el corredor que llevaba al torreón de piedra. Al final del corredor se encontraban los cuatro hombres. Iván

estaba dando unas patadas tremendas a una gruesa puerta de hierro forjado.

—Ya basta —dijo Douglas—. Busca una copia de la llave o consigue una palanca.

Iván se dio la vuelta y pasó corriendo junto a Elena. En ese momento Douglas la vio.

—¿Qué haces aquí? Debes ir al jardín con los demás.

—No voy a ir a ninguna parte.

Elena sostuvo la mirada del líder de la Hermandad. Douglas tenía el rostro crispado. Desvió la vista a la pantalla de su teléfono y volvió a mirarla.

—De acuerdo, pero cuando consigamos abrir la puerta te quedas

aquí abajo. —«Eso ya lo veremos», pensó Elena mientras él seguía hablando —. Daniel tiene una pistola y ya ha disparado a Irina.

Le mostró el teléfono a Elena. En la pantalla se veía la mano de Daniel con una pistola. Frente a él se encontraba Irina, desnuda y ensangrentada, sosteniéndose sobre una pierna y esgrimiendo una navaja.

—¡Daniel, soy Elena, estamos en la puerta de la torre!

Daniel respondió sin dejar de enfocar a Irina.

—Elena, Irina es Khaos. El Documento que creó no hace que quienes lo lean se conviertan en

discípulos suyos. No es un documento de *sectarización*, es un documento para *replicarse*. —Elena vio en la pantalla que Irina daba un salto hacia Daniel, que retrocedió mientras seguía hablando a gritos—. Quien lo lee se transforma en él, en Khaos. Es lo que ocurre desde el principio, desde los tiempos de Glauco.

Elena frunció el entrecejo. «¿Un documento de *replicación*?». Aquello le resultaba tan incomprensible como la escena que estaba contemplando.

Daniel continuó hablando a gritos.

—Elena, Douglas, escuchadme. Creo que podemos invertir el proceso y salvar a Irina. Tenéis que ayudarme a detener a Khaos.

La imagen del teléfono comenzó a tambalearse. Irina perseguía a Daniel a saltos blandiendo su navaja. Daniel retrocedió de espaldas a lo largo de la pared circular de piedra, dirigiéndose hacia la cama sin darse cuenta. Tropezó con ella, cayó de espaldas sobre el colchón y soltó el teléfono.

Elena y Douglas vieron una imagen borrosa de Irina abalanzándose sobre Daniel. Después la pantalla se quedó mostrando las vigas de madera del techo de la habitación.

Se oyó un disparo.

Daniel notó una sensación ardiente

en el brazo izquierdo. Ignoró el dolor y rodó por el colchón empujando a su enemigo. Al caer al suelo se puso de pie y se alejó de la cama.

Su hombro izquierdo sangraba por un corte profundo. En la otra mano seguía sosteniendo la pistola. El cuerpo de Irina estaba boca arriba sobre la cama, empapando de sangre las sábanas blancas. El nuevo disparo le había alcanzado en el muslo derecho.

Los ojos de Irina miraban al techo. Su cabeza giró lentamente hacia Daniel y se quedó mirándolo con expresión de perplejidad.

—¿Daniel?

La voz era débil y dulce; el corazón

de Daniel dio un vuelco.

—Irina, ¿eres tú?

—Daniel... ayúdame. —Su voz había perdido el tono bronco, pero tampoco era el de la Irina que había conocido. No tenía acento ruso y parecía una niña asustada.

Daniel titubeó. Los ojos suplicantes de Irina se humedecieron y comenzó a llorar en silencio. Él se acercó a la cama. El cuerpo de Irina no se movía y ella no parecía consciente de los destrozos que tenía en la rodilla izquierda y el muslo derecho. Daniel alargó una mano vacilante. Su hombro herido chilló de dolor, pero lo ignoró y tomó suavemente la mano de Irina.

Estaba flácida como la de un muerto.

Los labios de Irina se curvaron poco a poco en una sonrisa tímida y temblorosa. Daniel oprimió ligeramente su mano.

—Irina...

La mano de ella reaccionó con una contracción apenas perceptible. Daniel acarició su dorso con el pulgar. De pronto la mano de Irina se convirtió en una garra de hierro que aferró la de Daniel.

—¡Nooo!

En el grito de Irina vibraban el sufrimiento y el miedo. El brazo libre de la rusa salió disparado. Daniel consiguió liberar su mano tirando con

todas sus fuerzas pero la navaja le hizo un corte largo en el antebrazo. Se echó hacia atrás para alejarse del filo del arma, que siguió cortando el aire de un modo frenético.

—¡Nooo! ¡Ayúdame, Daniel!

Irina seguía tumbada. Lo único que se movía eran sus brazos, que parecían los tentáculos de un pulpo furioso. En su rostro se reflejaba un terror tan profundo que Daniel sintió que se le helaba la sangre.

—Daniel, por favor, Daniel, es él, ¡ES ÉL! —La cabeza de Irina se sacudió de un lado a otro, lanzando mechones rubios sobre su cara mientras sus brazos no dejaban de agitarse—. ¡No dejes que

lo haga, Daniel, no le dejes!

El brazo de la navaja se detuvo. Comenzó a vibrar como si realizara un gran esfuerzo. De repente bajó con fuerza y el afilado metal se incrustó en el cuello de Irina.

—¡Aaaah!

Irina chilló mientras su brazo tironeaba con saña, abriendo en su cuello una herida espantosa. La sangre salió a borbotones al ritmo de los latidos del corazón. La mano asesina se levantó y volvió a bajar, hundiendo con facilidad la hoja metálica en la carne blanda de la garganta.

Daniel soltó la pistola y se lanzó hacia Irina. La agarró de las muñecas y

apartó sus manos del cuello. La navaja se quedó clavada en la garganta. Daniel la lanzó al otro lado de la habitación e hizo presión en las heridas del cuello, pero era como poner la mano en una manguera de sangre.

—¡Irina!

Los ojos verdes de la mujer encontraron los de Daniel.

—Daniel, podías haberle vencido... —su voz dulce y apagada reflejaba una tristeza infinita—. Podías haberme... salvado.

Su mirada se perdió en el vacío y la sangre dejó de fluir.

«Irina... no...».

Los pensamientos de Daniel se

quebraron. Cerró los ojos y cayó lentamente sobre el cadáver de Irina.

CAPÍTULO 88

Madrid, España, actualidad.

La puerta del torreón cedió bajo la presión de la palanca de Iván. Douglas lo apartó de un empujón y se lanzó a subir la escalera circular de granito. Al final de los veinte escalones disparó dos veces contra la cerradura de la puerta de la habitación de Irina y abrió de una patada.

En el suelo de madera había un rastro de sangre que llegaba hasta la cama en la que se había acostado varias

veces con Irina. A un lado de la cama estaba tirado el teléfono de ella y al otro la pistola que había estado empuñando Daniel. Sobre las sábanas, empapados de sangre, Daniel e Irina permanecían inmóviles.

—¡Apártate de ella!

Douglas avanzó hacia la cama agarrando su pistola con las dos manos. Vio el rostro de Irina, su mirada vidriosa, su cuello destrozado debajo de las manos de Daniel.

—¡Apártate de ella!

Daniel no se movió. La pistola apuntaba a su cabeza; el dedo de Douglas tembló sobre el gatillo. De pronto, una mano aferró su arma y le

hizo apuntar al techo.

—Douglas. ¡Douglas!

Iván sujetó la cara de Douglas y consiguió que lo mirara a los ojos. El líder de la Hermandad sujetó con fuerza su pistola mientras sostenía la mirada de Iván.

Cerró los ojos y soltó el arma.

Epílogo

Madrid, España, actualidad.

«Te encontraré».

Los ojos de Daniel, enrojecidos y resecos, observaban sin parpadear las listas de resultados que llenaban los tres monitores de su habitación.

«No... no... no... —se detuvo un momento en una de las direcciones URL, la descartó y siguió bajando por el listado—; no... no... nada».

Colocó las manos sobre el teclado, realizó algunas modificaciones en su

araña de búsqueda y la lanzó de nuevo. El programa comenzó a rastrear Internet a la velocidad de la luz, husmeando cada rincón del ciberespacio en busca de algún indicio del documento de *replicación*.

Al cabo de un rato comenzaron a aparecer nuevos resultados. Daniel contempló las pantallas con los labios apretados y unas ojeras profundas. Desde que había regresado de la sede de la Hermandad, hacía una semana, apenas había comido y sólo dormía dos horas diarias.

La araña de búsqueda completó el trabajo sin ofrecer nada satisfactorio. Daniel modificó sus algoritmos y la

lanzó de nuevo.

—Te encontraré, hijo de puta.

Douglas y sus hombres habían conseguido abrir la puerta del torreón cuando Irina ya había muerto. Lo apartaron de ella a la fuerza, lo inmovilizaron en el suelo y lo esposaron. No habían podido ver con claridad lo que sucedía a través de la cámara del teléfono; no obstante, analizaron las imágenes grabadas y finalmente lo soltaron. El factor decisivo para liberarlo fue verificar que había explosivos en las urnas que guardaban las armas de Ariadna y Akenón.

Durante los siguientes dos días

intentaron convencer a Daniel de que colaborara con ellos. Lo único que consiguieron fue que les contara lo que había sucedido y que diera su palabra de no hablar con nadie sobre la Hermandad.

«No entienden nada; no saben cómo es Khaos, ni quién era Irina. —Él sí lo sabía; los había sentido a ambos dentro de su cabeza—. Creen que Irina era la mujer sofisticada y resuelta que conocieron, ninguno de ellos ha escuchado la voz ni ha visto la mirada de la chica dulce y asustada de los últimos instantes».

Sin despegar los ojos de los monitores, Daniel se esforzó por apartar

de su mente la imagen de Irina gritando mientras Khaos usaba su propio cuerpo para acuchillarla. La voz de Irina contenía un terror tan intenso que Daniel temblaba cada vez que lo recordaba.

La pantalla volvió a llenarse de datos. Daniel sabía que la Hermandad quería estar al corriente de lo que hacía. El día que regresó de la sede, lo primero que hizo fue analizar su ordenador. Descubrió un nuevo troyano de la Hermandad y lo manipuló para que enviara en todo momento la información de que estaba conectado a Internet pero no estaba navegando.

—Esto tengo que hacerlo solo —
musitó en el aire cargado de su

habitación.

Sus ojos se detuvieron en uno de los resultados. La respiración se le aceleró. De inmediato lanzó otro de los programas que había desarrollado; con él podía explorar más profundamente aquel sitio web sin ser detectado.

Mientras esperaba notó un fuerte pinchazo. Se llevó la mano al pecho; sus pulsaciones eran tan rápidas que, más que latir, su corazón vibraba. Dirigió la mirada a la taza vacía que tenía al lado. Se estaba tomando una docena de cafés al día para mantenerse despierto. Cerró los ojos y procuró respirar con calma.

Tras un minuto, las pulsaciones descendieron y abrió los ojos. Uno de

los monitores estaba lleno de información del sitio sospechoso.

—Conocimiento esotérico... poder... revelación... —sus labios bisbiseaban mientras revisaba la información— apoteosis... elevación...

Presionó con brusquedad una tecla, los datos desaparecieron y relanzó la araña de búsqueda.

«Estúpidos. —Ya había dado con varias organizaciones que buscaban conocimientos secretos que les permitieran lograr algún tipo de trascendencia espiritual. Algunos grupos incluso creían poseer ya ese conocimiento y experimentaban con él. En realidad, se limitaban a recitar

mantras y a veces a utilizar drogas para rituales en los que alcanzaban un trance colectivo—. Más les vale no encontrar el documento de *replicación*». Probablemente ninguno sería capaz de empezar a comprenderlo, pero si alguno lo conseguía lo más seguro era que acabara suicidándose.

Descartó una nueva lista de resultados, reconfiguró el programa de búsqueda y volvió a enviarlo a Internet.

«Estás ahí, Khaos. Sé que estás ahí».

En cuanto encontrara una copia del documento de *replicación*, extraería algunas secuencias de datos y lanzaría una búsqueda mucho más precisa. De ese modo encontraría todas las copias

que existieran en Internet y las destruiría.

«Antes de borrarlas me quedaré una copia». Irina le había dicho que podía haberlo vencido, y eso es lo que haría.

—Dijo que podía haberla salvado —su voz se rompió en un sollozo. Se llevó las manos a la cara y apretó los párpados.

Cuando abrió los ojos, su vista saltó de un monitor a otro. Tenía varios motivos para querer leer el documento de *replicación*.

«El Documento debe de contener todo lo que Khaos necesita saber cada vez que se reencarna. —Estaba seguro de que en el Documento figuraría la

ubicación de las copias en papel que existieran—. Khaos necesita controlar esas copias, tiene que poder modificar todas a la vez si descubre un modo de mejorarlas».

Además, en caso de existir otras reencarnaciones de Khaos en ese momento, era posible que se indicara en el Documento quiénes eran. Y aunque no estaba totalmente seguro de eso, sí tenía la certeza de que antes o después volvería a encontrarse con Khaos encarnado en otro cuerpo mortal.

«Esta vez estaré preparado. Lo expulsaré de la persona en la que se haya replicado antes de que pueda hacerle ningún daño».

Palpó la venda que cubría la herida de su antebrazo reprimiendo el impulso de rascarse. Había requerido ocho puntos de sutura en el hombro y diecinueve en el antebrazo, pero por fortuna la navaja no había cortado nervios ni tendones. Se apoyó en el respaldo de su butaca y siguió reflexionando. Iba a utilizar su programa de simulación del cerebro y la mente para crear una herramienta de *disociación* mucho más potente que la anterior, aquella que había hecho que le grabara Carmen Aroza mediante hipnosis.

«Analizaré cada palabra de tu Documento, Khaos. —Pensaba dividir

el Documento en trozos y estudiarlos por separado. Sabía que incluso así correría un peligro mortal, pero estaba dispuesto a afrontarlo—. Tú mismo dijiste que mi programa podía servir para hacer que tus siguientes reencarnaciones fueran más poderosas. Si mi programa puede lograr eso, también podrá servir para destruirte». En ese momento no era capaz de concebir cómo lograría aquello, pero si era necesario dedicaría a ese objetivo el resto de su vida.

Los tres monitores se llenaron de resultados. De nuevo hubo uno que le llamó la atención. Acercó el cursor para seleccionarlo, pero antes de que lo hiciera levantó bruscamente la cabeza y

se quedó paralizado.

Le parecía haber oído el timbre del telefonillo.

Se volvió y miró hacia la puerta de su cuarto. Apenas la veía. Las persianas estaban bajadas y la única luz encendida era un flexo cuyo cono de luz no llegaba más allá de su mesa de trabajo.

El telefonillo volvió a sonar.

Pensó que abrirían Cristina o Pablo, pero un momento después recordó que sus compañeros de piso se habían marchado al día siguiente de que él regresara de la Hermandad. Frunció el ceño al visualizar sus expresiones la última vez que los había visto. «Me miraban con miedo».

Un nuevo timbrazo.

Apretó la mandíbula y trató de centrarse en los resultados de su araña de búsqueda. En mitad de una de las pantallas destacaba una dirección prometedora. Daniel la miró durante unos segundos, pero después apartó la mirada y la clavó en la puerta, esperando con la respiración agitada a que el telefonillo sonara de nuevo. Cuando lo hizo, su cuerpo se estremeció con fuerza.

Abrió una ventana en el monitor, tecleó a toda velocidad un código y presionó Enter. En la pantalla apareció un mensaje preguntándole si quería borrar todos los datos. Colocó el cursor

encima del «Sí» sin llegar a presionarlo, se levantó y fue hacia la puerta.

El pomo no giraba.

Se dio cuenta de que el pestillo estaba echado. Mientras lo quitaba, su ansiedad aumentó al constatar cuánto le temblaba la mano. Abrió la puerta y salió al pasillo oscuro. En las sombras flotaba un pentáculo invertido, pero se desvaneció al parpadear. Desde que había aparecido en su ordenador aquel símbolo, a menudo parecía materializarse frente a él cuando miraba hacia la oscuridad.

«Me ocurre con más frecuencia desde que Khaos me dijo que me lo iba a grabar en la frente».

Llegó a la entrada de la casa. En medio de un silencio casi sólido, la pantalla del telefonillo despedía una luz fantasmal.

Daniel vio quién estaba llamando y se quedó inmóvil.

«Elena...».

En la pequeña pantalla se la veía en blanco y negro, mirando hacia la puerta del portal. Llevaba el pelo recogido en una coleta larga y lisa.

«Parece triste». Elena normalmente sonreía, pero ahora no había ningún rastro de sonrisa en sus labios y sus ojos reflejaban cansancio.

Elena miró hacia la cámara, levantó una mano y el aire vibró con la

estridencia de otro timbrazo. Daniel reaccionó lanzando la mano hacia el botón de comunicación.

—Vete —gruñó con voz ronca.

En la imagen, Elena miró con ansiedad hacia la cámara.

—¿Daniel? ¿Daniel, eres tú?

Daniel se quedó mirando hacia la pantalla sin responder.

—Daniel, abre, tengo que hablar contigo. —Silencio—. Estoy sola, abre por favor.

Él siguió contemplando a Elena sin moverse.

—Tienes que abrirme, Daniel. — Elena miró hacia el portal durante varios segundos, luego se volvió de

nuevo a la cámara—. He estado toda la semana trabajando con la Hermandad. Creen que estás buscando a Khaos por tu cuenta. Es demasiado peligroso, Daniel. —Miró fijamente a la cámara—. Douglas dice que la única manera de enfrentarse al documento de *replicación* es dividirlo en pequeños trozos, y que cada miembro de la Hermandad trabaje con una parte. También dice que primero tienen que grabarse en la mente una evolución de tu documento de *disociación*, y para eso necesitan que los ayudes.

«Ellos me necesitan, pero yo no les necesito a ellos. —Daniel desvió la mirada hacia el suelo—. Tampoco ellos

fueron capaces de ayudar a Irina».

—Hemos hablado con Carmen Aroza. —Daniel levantó la cabeza—. Nos ha contado que te hipnotizó para grabarte una información en el subconsciente, pero que no sabe qué era exactamente. Dice que la llevabas grabada en un CD, que siguió tus instrucciones de ponértela con cascos mientras estabas en trance y que luego la borró de tu consciencia y destruyó la grabación. Se ha ofrecido a trabajar con nosotros.

«Nosotros... —Daniel torció el gesto—. Ahora tú también te consideras de la Hermandad».

Elena miró hacia la calle y luego

siguió hablando.

—La colaboración de Carmen no sirve de nada si tú no nos ayudas. La Hermandad tardaría años en desarrollar una herramienta de *disociación* como la que tú creaste en una semana con tu programa. Y lo que se necesita para combatir el documento de *replicación* es un arma mucho más poderosa que la que hiciste.

Daniel esbozó una sonrisa amarga. «Eso ya lo sé».

—La Hermandad no puede enfrentarse a Khaos sin tu ayuda, pero tú tampoco puedes hacerlo sin la ayuda de la Hermandad. Si encuentras a Khaos, te dominará y lo más probable es que

acabes suicidándote.

«No lo creo».

—Estás haciendo lo que quería Khaos, que te alejaras de la Hermandad y lo buscaras tú solo. Quería que te suicidaras porque si trabajas con la Hermandad te convertirás en su enemigo más peligroso.

Elena se acercó un poco más a la cámara. Daniel pudo ver que su respiración estaba agitada. Ella aguardó unos segundos para ver si respondía y después continuó:

—Khaos se suicidó en el cuerpo de Irina porque era la mejor opción para él. No podía huir herido, había pruebas que determinaban su culpabilidad y no podía

arriesgarse a que la Hermandad examinara su mente con las herramientas que tú podías llegar a desarrollar con tu programa. Eso hubiera dado una gran ventaja a la Hermandad para luchar contra otras réplicas, y ahora sabemos que suicidarse no es tan malo para Khaos, es simplemente una fuga, un pequeño sacrificio que le permite escapar.

Daniel cerró los ojos y movió la cabeza de un lado a otro.

—Daniel, Khaos quería que creyeras que puedes dejar que cobre vida en tu consciencia, mantenerlo a raya gracias al documento de *disociación* y vencerlo; pero sería él quien te dominara. Haría

que te suicidaras o algo todavía peor. Douglas dice que si te dejas llevar por el deseo de venganza y el odio, puedes acabar entregándole tu consciencia y te transformarías en un nuevo Khaos.

El rostro de Daniel se crispó y volvió a negar con la cabeza. Elena esperó en vano una respuesta mirando angustiada a la cámara.

—Has pasado por una experiencia espantosa, Daniel, y estás en estado de *shock*. Tienes que hacer un esfuerzo para darte cuenta de que estás negando la realidad. Khaos te ha manipulado desde el principio y sigue haciéndolo. Ha hecho que actúes movido por una intensa sensación de culpabilidad; estás

tratando de expiar la culpa cambiando el pasado, y eso es imposible. Daniel, no era posible recuperar a Irina.

«No es cierto».

—La Irina que conociste en la reunión de Mensa, la que hizo que te enamoraras de ella, fue Khaos en todo momento. —Elena siguió hablando con la voz quebrada—. Tus recuerdos no son reales, Irina nunca fue una persona de la que mereciera la pena enamorarse. Si hace años se convirtió en Khaos, es porque era una persona sin escrúpulos y con una ambición desmedida.

«No es cierto». Daniel se alejó un paso del telefonillo.

—En el fondo sabes que quien

acepta que su consciencia adopte la forma de Khaos, desaparece como el individuo que era antes. Si consiguieras arrancar a Khaos de la mente de una réplica, sería como si le extirparas la mayor parte de su cerebro. Lo que quedaría sería un ser carente de voluntad y sin capacidad de razonamiento: sería un vegetal.

«¡No es cierto! —Daniel estaba viendo a la Irina de los últimos instantes con la misma claridad que si la tuviera delante—. Ella era la Irina *de verdad*».

Dio la espalda a la imagen de Elena y se alejó por el pasillo oscuro. Sus labios se movían sin llegar a pronunciar palabras. Entró en su cuarto y tomó

asiento frente a los monitores. Hizo desaparecer la opción de borrar los discos duros y examinó el listado con los últimos resultados de su araña de búsqueda. Uno de los primeros era el que le había parecido prometedor.

Su intuición le dijo que si entraba en esa dirección encontraría a Khaos.

La voz de Elena en el telefonillo llegaba apagada a través de la puerta abierta de su cuarto. Se notaba que estaba llorando.

—Daniel, tienes que escucharme. También la Irina del final era Khaos. — Daniel sacudió la cabeza y se la apretó con las manos—. Se presentó desvalida y se acuchilló para que la culpa te

llevara a enfrentarte solo a su Documento. Destrozó su cuerpo de ese modo tan horrible para traumatizarte. — Daniel vio frente a él la carne desgarrada, la sangre chorreando entre sus manos—. Fue un acto tan calculado como todos los que hacía, y también fue cruel y vengativo. La Irina dulce que creíste descubrir era un monstruo que destrozó su cuerpo para multiplicar tu sufrimiento.

Daniel se levantó lanzando la butaca hacia atrás. Salió del cuarto, recorrió el pasillo en cuatro zancadas y dio un manotazo al botón de comunicación del telefonillo.

—¡Es mentira! —Volvió a golpear

con la mano abierta, una y otra vez—.
¡Mentira! ¡Mentira!

Elena levantó una mano hacia la cámara. Su rostro estaba atravesado por dos surcos de lágrimas.

—Daniel...

Daniel apoyó la frente en la pared y cerró los ojos.

—No...

Su quejido se convirtió en un gemido prolongado que surgía del fondo de su garganta. Comenzó a resbalar hacia el suelo, arañándose la frente contra la pared, envuelto en el llanto que surgía del altavoz del telefonillo.

Antes de que sus rodillas tocaran el suelo, su mano apretó el botón que abría

la puerta a Elena.

Carta a mis lectores

Madrid, 1 de septiembre de 2014 d.

C.

A lo largo de mi vida como escritor, una de las preguntas que me han hecho con más frecuencia es que cómo se me ocurren las ideas para las novelas. Voy a tratar de contestarla para el caso de *La Hermandad*.

Hará unos veinte años, mientras cursaba la carrera de Psicología, estudié

un suceso que me impactó profundamente. Se trataba de la historia de la secta Templo del Pueblo, fundada y dirigida por un hombre llamado Jim Jones. Este hombre, poseedor sin duda de un enorme carisma, la tarde del 18 de noviembre de 1978 hizo que se suicidaran a la vez sus más de novecientos seguidores, un tercio de los cuales eran niños. El método fue la ingesta o inyección de cianuro, y los que no quisieron hacerlo fueron asesinados por sus compañeros.

Después de conocer esta terrible historia, profundicé en el estudio de las sectas y de los procesos mentales que pueden anular la personalidad de un

individuo. Sin duda los casos más impactantes son los que tienen como resultado la muerte, pero igual de trágico puede ser vivir siguiendo los dictados de otra persona a quien se considera superior. Es un tema que como psicólogo capta toda mi atención, y que como escritor se quedó dando vueltas en mi cabeza desde que estudié el caso de Jim Jones.

Esa fue una de las semillas de esta novela, vamos a ver otra. Hace mucho tiempo decidí anotar en un fichero todas las ideas que se me van ocurriendo y que considero interesantes para escribir una historia a partir de ellas. Actualmente debo de tener más de

doscientas anotaciones, y cuando las repaso me doy cuenta de que en realidad muchas de ellas nunca las convertiré en una historia, otras probablemente sí, y alguna me acelera la mente cada vez que la leo hasta el punto de que no se me quita de la cabeza durante bastante tiempo. De esas ideas *necesito* escribir una historia. Pues bien, después de estudiar el mundo de las sectas y otros casos extremos de manipulación, surgió una de esas ideas: una persona con la inteligencia y capacidad de seducción suficientes podría escribir un documento que manipulara a sus lectores tanto como lo haría la propia persona hablando. A continuación imaginé que

esa persona podía querer que quien leyera el documento cometiera un crimen que él no podía llevar a cabo, ya fuera por circunstancias físicas —como estar encerrado—, o por una cuestión de tiempo —podía estar moribundo, querer vengarse en los descendientes de alguien, etcétera—. La idea quedó anotada en mi fichero de ideas, y era la que más me motivaba cada vez que repasaba el fichero. Años después, cuando estaba escribiendo las tramas de *El asesinato de Pitágoras* y de *La Hermandad* —escribí sus tramas de forma consecutiva—, de pronto aquella idea volvió a mi mente como un relámpago con nombre propio:

«¡Khaos!».

En ese instante supe que el discípulo traidor sería quien crearía un Documento capaz de hacer que quien lo leyera le obedeciera en todo. El lector del Documento se sentiría tan identificado con Khaos que sentiría y pensaría lo mismo que él. Un momento después fui más allá y concreté una de las ideas centrales de *La Hermandad*: el lector del Documento no sólo pensaría y se sentiría como Khaos, sino que el Documento lo manipularía —moldearía su cerebro— hasta tal punto que su personalidad previa desaparecería y se transformaría en Khaos, *sería* Khaos (espero que hayáis disfrutado con la

escena de *¡Soy Khaos!*, a mí se me erizó la piel al imaginarla). Obviamente esto es un elemento de ficción, pero tan sólo se trata de ir un paso más allá de los procesos reales de lavado de cerebro, que son desgraciadamente habituales en las sectas y en otros programas radicales de instrucción como los que reciben los terroristas suicidas.

Concebir a Khaos convertido en un conjunto de ideas y datos que quedaran escritos en un Documento, y de este modo perpetuado a través de las sucesivas reencarnaciones que el Documento produjera, me llevó de modo natural a incluir en la novela una trama de presente donde tuviera lugar el

desenlace final. La razón es que, como menciono en el libro, hoy en día la ciencia está avanzando en el conocimiento del cerebro a pasos agigantados —otro tema que me fascina—. La capacidad de manipulación (en algunos contextos conocida como *reprogramación de cerebros*) se basa en la plasticidad neuronal o capacidad de moldeamiento del cerebro. Desarrollando la trama en el presente podía exponer la base científica de lo que sucede en la novela. Decidí hacerlo de ese modo pensando que a muchos lectores les interesaría como a mí el tema de la mente, el cerebro y sus capacidades.

Bien, así es como surgió la idea de *La Hermandad*. Permíteme hablar ahora de otros aspectos de la novela.

Elena, la protagonista del presente, lleva años investigando el potencial del entrenamiento intelectual para incrementar las capacidades de nuestro cerebro. Como hemos visto, está desarrollando un método de entrenamiento con resultados muy prometedores. Por mi parte, me limito a estudiar con interés todo lo que cae en mis manos sobre la materia, pero comparto con ella las principales conclusiones a las que llega. Creo que

todos los métodos de entrenamiento cognitivo que van apareciendo —casco y gafas de estímulos visuales y auditivos, métodos de biofeedback, juegos para «entrenar el cerebro»...— despiertan expectativas superiores a sus resultados reales. Pero también creo que los avances en el conocimiento del cerebro llevarán a métodos para potenciar sus capacidades cada vez más efectivos.

En cuanto a la hipnosis, todo lo que indico en la novela se mantiene en los límites de lo científicamente contrastado. La hipnosis es un estado de relajación profunda a la vez que se mantiene un nivel de alerta superior a

cuando se está dormido. En ese estado se puede acceder al subconsciente del hipnotizado, sacar a la superficie elementos ocultos —olvidados, reprimidos...—, y también grabar mensajes o intenciones de un modo más efectivo que si se trabajara sólo en la consciencia. La efectividad de la hipnosis depende de la habilidad personal del hipnotizador. Al igual que el personaje de Carmen Aroza, un buen experto puede lograr notables tasas de éxito en la erradicación del hábito de fumar, e incluso inducir un estado de analgesia que permita operar sin anestesia al hipnotizado. Esto no es sólo una posibilidad teórica, sino una

realidad que se ha puesto en práctica en numerosas ocasiones.

Mensa, la organización de superdotados que utilizan tanto la Hermandad como Khaos para buscar candidatos, es una organización real, como lo son todos los datos que se indican en la novela sobre ella. De hecho, la información que proporciono, así como las descripciones sobre el procedimiento de entrada y el funcionamiento de la organización son de primera mano, pues yo soy miembro de Mensa. Lo único que he omitido voluntariamente es el nombre del café de Madrid donde tienen lugar las reuniones de los viernes, aunque he

mantenido su ubicación real en el Barrio de las Letras. Si alguien tiene curiosidad por saber más sobre Mensa, puede entrar en la página web (en España: www.mensa.es). En cuanto al *Test orientativo* que hace Daniel en su primer contacto con Mensa, se puede realizar en español en la siguiente dirección: www.mensa.es/test/test.html.

También son reales, inquietantemente reales, los métodos de espionaje a través de Internet. Hoy en día la mayoría de nosotros nos pasamos buena parte del tiempo delante de una webcam y un micrófono. A cualquier *hacker* —no digamos ya a una agencia estatal— le resulta sencillo meterse en

un dispositivo ajeno y grabar lo que recogen el micrófono o la cámara. No basta con que los desactivemos, porque pueden activarlos sin que nos percatemos. Por mi parte, tengo un papelito pegado sobre la webcam del portátil en el que estoy escribiendo estas líneas, y mi consejo es que todo el que no quiera ser observado o grabado haga lo mismo. En los albores de Internet y el correo electrónico lo más prudente era no enviar por escrito nada que no te gustaría que se viera públicamente. Hoy en día, lo prudente es no decir ni hacer delante del ojo de una webcam —que no esté tapada— nada que no te gustaría que viera algún extraño.

El trabajo de Daniel, el programa que simula de un modo preciso el funcionamiento del cerebro y la mente, todavía no es una realidad. Digo bien, todavía, porque conseguir algo similar es el objetivo de muchas investigaciones actualmente en marcha. Cuando están hablando Irina y Daniel en la reunión de Mensa en la que se conocen, Daniel habla del proyecto Human Brain Project. Todo lo que menciona al respecto son datos reales: es un proyecto internacional que se extiende hasta 2023, con un presupuesto de mil doscientos millones de euros, que pretende lograr la simulación detallada de un cerebro humano en un conjunto de

supercomputadoras. El proyecto busca, entre otras cosas, integrar los conocimientos desarrollados por la neurociencia en las últimas décadas y aunar esfuerzos en la investigación sobre el cerebro de cara al futuro, de modo que se acelere el avance de la neurociencia. Si se consigue, el diagnóstico precoz y un mejor tratamiento de enfermedades como el Parkinson y el Alzheimer estarán al alcance de nuestra mano. Además, nos encontraremos más cerca de comprender el funcionamiento de la mente, de la consciencia, de lo que nos hace específicamente humanos.

El Human Brain Project y todo lo

que rodea al conocimiento del cerebro y la mente resulta apasionante. Al mismo tiempo, los avances en este campo nos plantean una serie de posibilidades y cuestiones a veces delicadas, a menudo complejas, casi siempre sorprendentes. Hablar de ellas aquí alargaría demasiado esta Carta; por ello, al igual que hice en *El asesinato de Pitágoras*, he elaborado un vídeo en el que expongo alguno de estos temas fascinantes. Si alguien está interesado, puede encontrar el vídeo en mi página web (www.marcoschicot.com), en la sección dedicada a *La Hermandad*.

Me gustaría añadir un comentario sobre la posibilidad de que otras

personas influyan en nosotros. Khaos ha alcanzado un dominio perfecto sobre la capacidad de manipular a las personas, pero no es el único que ejerce con habilidad esa capacidad. Como hemos visto en el caso de Jim Jones, la manipulación es la principal herramienta de las sectas y movimientos radicales de todo tipo. También se utiliza tanto en publicidad como en política. El cerebro es tan moldeable que cada estímulo que recibimos y cada pensamiento nos cambia un poco, nos transforma en alguien un poco diferente. *Nos convertimos en lo que pensamos* es un principio poderoso en el que se basan muchos libros y corrientes de

pensamiento. Un principio poderoso que conviene tener presente y utilizarlo para convertirnos en la persona que queremos ser, no en la que otros pretenden que seamos.

En la trama del pasado de *La Hermandad* he procurado recrear el contexto histórico con rigor, a pesar de las escasas fuentes disponibles. No hay que olvidar que Cartago pertenece al grupo de los vencidos, y la historia la escriben los vencedores. En el caso de Cartago, quien la derrotó fue Roma, que en venganza por los padecimientos que le causó Cartago puso un empeño

especial en borrar su recuerdo de la historia.

Sabemos que Cartago contaba con grandes bibliotecas que reunían tratados de materias diversas; sin embargo, tras la caída de la ciudad los libros fueron destruidos, o pasaron a manos de los reyes mauritanos y númidas y finalmente se perdieron. Sólo nos han llegado tres tratados escritos por autores cartagineses, el resto de la información sobre Cartago proviene de referencias indirectas, sobre todo de autores griegos. Eso al menos nos permite cierto conocimiento sobre su organización política, sus creencias religiosas y algunas de las costumbres que narro en

la novela. Que los perros formaban parte de su dieta o que en determinadas circunstancias organizaban sacrificios de bebés como el que presencié Akenón es algo que recogen varios autores. También sabemos que el temor de Drogo de que el Senado ordenara su crucifixión pública era un temor fundado, pues los cartagineses aplicaron este modo de ejecución antes que los romanos, en ocasiones para castigar a generales que habían fracasado estrepitosamente.

En cuanto al tratado entre Roma y Cartago, que en la novela proporciona a Eshdek el prestigio suficiente para ser nombrado sufete, el historiador griego Polibio lo recoge en su obra *Historias*.

Tal como se narra en la novela, el tratado se firmó en el año 509 a. C. y suponía la aceptación por parte de ambos estados de las zonas de influencia que el otro controlaba en ese momento. Es decir, Cartago controlaba la mayor parte del Mediterráneo Occidental y podía centrarse en los conflictos que ocasionalmente surgían con los griegos. No hay que olvidar que en esos años Roma sólo era una ciudad que dominaba una reducida área a su alrededor.

Exceptuando a Persia, Cartago era en aquella época el mayor imperio del Mediterráneo. Esta situación hegemónica no sólo se mantuvo, sino que se reforzó durante dos siglos y

medio, hasta que Roma conquistó la mayor parte de la península itálica y puso sus pies en Sicilia. En ese momento se acabaron los acuerdos entre Cartago y Roma y comenzaron las guerras púnicas —los romanos llamaban púnicos a los cartagineses—, que culminaron con la destrucción hasta los cimientos de la ciudad de Cartago, la ejecución de casi todos sus habitantes y la esclavitud de los pocos supervivientes.

Cartago fue derrotada, aunque gracias a la habilidad del general cartaginés Aníbal, que atravesó los Alpes con su ejército y sus elefantes y llegó hasta las puertas de la ciudad de

Roma, la guerra estuvo cerca de decantarse del lado cartaginés. Si así hubiera sido, posiblemente nosotros no estudiaríamos en el colegio el imperio romano que durante tantos siglos dominó el Mediterráneo, sino el imperio cartaginés. Las raíces culturales de muchos países actuales no serían grecolatinas sino cartaginesas. No en vano se dice que las guerras púnicas fueron el conflicto más trascendental de la Antigüedad.

Cartago fue arrasada hasta los cimientos, pero un siglo más tarde fue reconstruida por los romanos. Debido a ello, la mayor parte de los restos arqueológicos que podemos ver si

viajamos a Túnez son de origen romano, aunque también se encuentran algunas ruinas de origen cartaginés. Se sabe dónde se localizaba el barrio aristocrático, el impresionante puerto que albergaba los temidos trirremes o la edificación donde tenían lugar los sacrificios de bebés. No obstante, viendo las ruinas es difícil imaginar que pertenecen a una pobladísima ciudad que hace más de dos milenios contaba con edificios de seis alturas, escuelas de filosofía y ciencia y riquezas casi inconcebibles. En definitiva, que sobre esos pocos restos, ubicados en medio de la ciudad de Túnez, se levantaba la capital de un imperio.

La guerra que comenzaron a librar Ariadna y Akenón contra Khaos concluye con Elena y Daniel. Si quieres adentrarte en una historia diferente, pero en la que también la vida de sus protagonistas se ve sacudida por las profundas raíces que el presente tiene en el pasado, te invito a iniciar la lectura de *Regreso a la muerte*, cuyas primeras páginas encontrarás después de esta Carta, y que está previsto que se publique en 2015. Por otra parte, si quieres un género completamente diferente, acabo de publicar —de momento sólo en formato digital—

Diario de Gordon, la comedia con la que obtuve el Premio de Novela Francisco Umbral.

Concebí *El asesinato de Pitágoras* y *La Hermandad* como dos novelas relacionadas cuyo orden natural de lectura es primero *El asesinato...* y después *La Hermandad*, pero ambas son autoconclusivas —todos los hilos de trama se cierran dentro de cada novela—, por lo que puede leerse sólo una de ellas o leerse en orden inverso. Si todavía no has leído esa primera novela, y quieres presenciar cómo se conocieron Ariadna y Akenón, ser testigo de los hechos que dan lugar a los acontecimientos narrados en *La*

Hermandad, y saber cuál era la identidad de Khaos antes de que Pitágoras decretara que se le privara de nombre humano, mi sugerencia es que leas *El asesinato de Pitágoras*.

Por último, permíteme que concluya esta Carta con una nota personal.

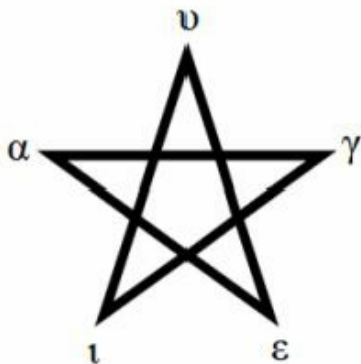
Quizás hayas visitado ya mi página web y sepas que tengo una hija con síndrome de Down. En cualquier caso, me gustaría pedirte que vieras el vídeo que he grabado hablando sobre este tema, pues una sociedad más informada sobre este síndrome será una sociedad más acogedora con las personas que lo tienen. El vídeo se puede encontrar en la sección sobre el síndrome de Down que

hay en mi web: www.marcoschicot.com

Muchas gracias por tu atención.

Un saludo afectuoso,

Marcos Chicot



PD: Puedes seguirme en [Twitter](#) y en [Facebook](#), pero si quieres que te

mantenga informado de mis próximas publicaciones lo mejor es que vayas a mi web y te suscribas a la [Newsletter](#).

También me gustaría recordar que el 10% de lo que obtengo con mis novelas va destinado a ONGs de ayuda a personas con discapacidad. Esa aportación no sería posible sin mis lectores; por ello, en mi nombre y en el de las personas a las que ayudamos, te transmito nuestro profundo agradecimiento.

REGRESO A LA MUERTE

*Al hombre le dijo: «Por haber
escuchado a tu mujer,
comiendo del árbol de que te
prohibí comer, diciéndote no
comas de él:
Por ti será maldita la tierra;
Con trabajo comerás de ella
todo el tiempo de tu vida;
Te dará espinas y abrojos
Y comerás de las hierbas del*

campo.

*Con el sudor de tu rostro
comerás el pan*

*Hasta que vuelvas a la tierra,
Pues de ella has sido tomado;
Ya que polvo eres, y al polvo
volverás».*

Génesis 3, 17–19

PRÓLOGO

«Espero que sea un buen candidato».

El hombre sin edad cruzó las puertas del hospital y recorrió el vestíbulo a paso normal, sin mirar a nadie. Si alguien se fijaba en él sería difícil que olvidara su altura o su larga cabellera grisácea, pero pasar desapercibido era una de las habilidades que había desarrollado con el tiempo.

Entró en el pasillo de la UVI y se dirigió sin dudar a una de las habitaciones. Las personas que trabajaban para él le proporcionaban

toda la información que necesitaba. Eso le permitía acudir sólo cuando las circunstancias eran las adecuadas.

Cerró la puerta tras él y dirigió una mirada experta a los monitores. Reflejaban un latido muy débil e irregular.

«Es el momento idóneo».

Se aproximó a la cama del paciente y lo observó. De su boca salía el tubo del respirador y tenía los ojos cerrados. Era muy joven, no más de treinta años.

«Apenas ha vivido», pensó sin que su rostro mostrara ninguna emoción.

Se inclinó sobre el paciente y le habló al oído. Los párpados del joven temblaron ligeramente, las curvas de sus

monitores enloquecieron. El hombre le agarró la cara y repitió sus palabras con mayor énfasis.

Una vez, y otra, y otra.

CAPÍTULO 1

Veinticuatro de junio, víspera de nuestro segundo aniversario de boda.

Contra todo pronóstico, se convirtió en el día más trágico de mi vida.

El verano había comenzado con mucha fuerza en Madrid. A las once de la mañana habíamos alcanzado los veintinueve grados; no obstante, dentro de Marcelo —una pequeña y anticuada joyería de la calle Ciudad de Barcelona — yo sentí que se me erizaba el vello de los brazos. Estaba nervioso.

Me estaba atendiendo directamente Marcelo, hijo de aquel otro Marcelo que

había puesto su nombre a la joyería cuando la fundó, hacía medio siglo. Era un hombre de cincuenta y tantos, con pocas canas para su edad, estatura media y corpulento aunque un poco encorvado. Tenía una expresión amable que resultaba afeada por un tic casi continuo en el ojo derecho. Tal vez el tic se exacerbaba porque estaba a punto de cerrar su mejor venta desde hacía meses.

Al día siguiente, veinticinco de junio, Laura y yo íbamos a celebrar nuestro aniversario, y esperaba impresionarla con un anillo que me costaba tres meses de sueldo. Supongo que intentaba compensar con ese detalle

ostentoso la poca atención que le prestaba en aquella época. La excesiva carga de trabajo hacía que algunos días me quedara hasta las once de la noche en la oficina, y desde que habíamos empezado con el farragoso proceso de confeccionar el presupuesto me había tocado trabajar todos los fines de semana.

«Con esta sorpresa me lo perdonará todo», pensé contemplando la esmeralda engarzada en la sortija.

Devolví el anillo a su caja y Marcelo lo envolvió añadiendo, sin preguntármelo, una pegatina de la joyería con la leyenda *Espero que te guste*. Me pareció fría y un poco

ridícula. La quitaría antes de dárselo.

Sonreí ilusionado al imaginar la cara de Laura. Había organizado la noche perfecta sin decirle nada a ella, simulando que estaba tan absorto en el trabajo que había olvidado nuestro aniversario.

¿Cómo iba a saber que no llegaríamos a celebrarlo?

Pagué parte del importe con tarjeta y el resto en efectivo, dado que el precio excedía mi límite de crédito. Marcelo se frotó las manos sin poder disimular su satisfacción mientras esperaba a que el datáfono emitiera su respuesta.

Me di la vuelta, un poco incómodo como siempre que pagaba algo caro con

tarjeta, como si fuera a quedar en evidencia en caso de que se me denegara el pago. Reflejado en el espejo, detrás de mí, veía a Marcelo muy atento a los zumbidos eléctricos y crujidos de impresión de la máquina. Fijé la vista en mi propio reflejo. Aunque tenía el pelo alborotado por el casco de la moto, me gustaba mi aspecto: pelo castaño y ojos oscuros, facciones regulares, irradiaba juventud —entonces sólo tenía treinta años—, alto y con una presencia impecable gracias al traje de alpaca beige hecho a medida que tenía desde hacía sólo una semana. Giré noventa grados y contemplé con disimulo el perfil de mi

figura. Me había apuntado a un gimnasio hacía un par de meses y, aunque mi asistencia era bastante irregular, quería creer que los resultados eran notorios.

—Ya puede firmar —me avisó Marcelo.

Saqué un bolígrafo y me fijé de nuevo en el importe. Aun siendo tan elevado, tenía la suerte de haber obtenido un veinte por ciento de descuento gracias a que Marcelo era amigo de la familia de Pablo Lasa, el más juerguista de mis amigos de la infancia y con quien todavía me unía una estrecha amistad.

Guardé el bolígrafo en el bolsillo interior derecho de la chaqueta, metí el

paquetito del anillo también en ese bolsillo, pensando que era el más seguro para ir en moto, y me despedí de Marcelo. Él estrechó mi mano entre las suyas y me habló con mucho énfasis.

—Es la mejor compra que podías haber hecho, Mario. Una elección perfecta —su ojo derecho parpadeaba más rápidamente que nunca—, estoy seguro de que le va a encantar a tu mujer.

Todavía tardó unos segundos en soltarme la mano mientras yo asentía sonriendo, un poco desconcertado. Finalmente cogí el casco, que había dejado sobre el mostrador, y salí a la calle. El calor de la mañana me golpeó

como una onda expansiva e hizo que me detuviera por un momento en el umbral de la joyería.

«Menos mal que he venido en moto», me dije mientras la contemplaba.

Se trataba de una Aprilia Motó 6.5 en colores plata y naranja. Era un modelo cuyas formas habían surgido de la pluma del diseñador Philippe Starck. A lo largo de mi juventud había tenido varias motocicletas, pero siempre modelos viejos, de tercera o cuarta mano. Desde que me había casado no había montado en moto, hasta que hacía sólo diez días había sucumbido al atractivo de aquella. Siempre había querido tener una buena motocicleta y

esta era todavía mejor que los sueños que había construido alrededor de aquel deseo. Nueva, potente, elegante, original... y tengo que reconocer que me hacía cierta gracia que llamara la atención.

Me quité las gafas, las apoyé en el asiento y me encajé el casco. Todavía no estaba acostumbrado a él y me costó ajustar el cierre bajo la barbilla. Me puse unas gafas de sol graduadas, guardé las otras y busqué las llaves por los bolsillos del traje. No las encontré. Miré en la moto y descubrí que las había dejado puestas. No era la primera vez que me pasaba. Tenía demasiadas cosas en la cabeza y sufría despistes con

frecuencia.

Me senté en la moto, palpé la cajita con el anillo por encima de la chaqueta y arranqué el motor. Todavía me producía un escalofrío de placer el primer rugido que emitía tras accionar el encendido eléctrico.

Avancé despacio por la acera hasta que llegué a un paso de cebra. Comprobé cuidadosamente que no venía ningún coche y me incorporé al sentido contrario. Estaba tan emocionado por mis dos compras recientes, el anillo y la moto, que mi sonrisa se extendió tanto que me dolieron las mejillas. Me alegré de que el casco me ocultara la cara.

Aceleré por Ciudad de Barcelona

hasta llegar a un puente, rodeé la glorieta para torcer a la izquierda por Doctor Esquerdo y me detuve. Cuando el semáforo se puso verde, salí el primero y me dirigí hacia Conde de Casal disfrutando de la escasez del tráfico. A media mañana era casi el único momento de todo el día en que se podía circular con cierto agrado por Madrid. A esa hora o ya de madrugada, a menos que fuera agosto —el oasis de tranquilidad para los madrileños, el mes en el que nos reconciliamos con nuestra ciudad.

Parado en el cruce de Conde de Casal pensé de nuevo en Laura. Había acabado Medicina hacía cuatro años,

dos antes de que nos casáramos, y en esos momentos estaba intentando hacerse un hueco en el difícil mercado laboral. Tres tardes a la semana trabajaba en una clínica privada, y esporádicamente la llamaban para hacer suplencias en algún hospital de la sanidad pública. Sin embargo, todavía pasaba la mayor parte del tiempo en casa y eso hacía más grave el hecho de que yo llegara tan tarde del trabajo. Su carácter tranquilo evitaba que discutiéramos, pero si una semana yo llegaba varias veces después de la hora de cenar, se volvía taciturna. Entonces me sentía culpable, pero no podía hacer nada más que desear que ella encontrara

pronto un trabajo que le ocupara más tiempo e intentar, generalmente sin conseguirlo, que el mío no me absorbiera tantas horas.

Miré la luz roja del semáforo y volví a ensimismarme.

En esa época estaba centrado en preparar la primera versión del presupuesto del año siguiente. En total realizábamos un mínimo de cuatro versiones durante varios meses, aunque al final siempre resultaba que las grandes cifras se decidían en media hora por dos o tres jefazos que poco se molestaban en revisar el trabajo previo. Era una manera muy poco eficiente de trabajar con la cual yo no estaba de

acuerdo, por lo que difícilmente podía convencer a Laura de que era necesario llegar a casa tan tarde.

«Al menos mañana se pondrá contenta. —Noté un hormigueo de ilusión en el estómago—. Seguro que se emociona».

Iba a recrear los elementos y la atmósfera romántica de cuando le había pedido que se casara conmigo. Me había tomado libre la tarde del día siguiente —mi jefe aceptó a regañadientes— y había sacado entradas para un espectáculo de ópera que era una de las sensaciones culturales de aquel verano. Después cenaríamos en un restaurante francés al que ella llevaba tiempo

queriendo ir, y en los postres me pondría de rodillas, le daría el anillo y le pediría que se casara conmigo como si todavía fuésemos novios.

El pitido del coche de atrás me sacó de mis pensamientos. Comprobé que el semáforo estaba en verde al tiempo que metía primera, giré el acelerador y me despegué del tráfico en dirección a la plaza de Manuel Becerra. Unos segundos más tarde engrané una marcha larga y disfruté ascendiendo la amplia calle de cuatro carriles. No iba rápido, me gustaba oír el motor girando a pocas revoluciones, sus graves explosiones distanciadas entre sí como en un viejo tren de carbón.

Me sentía feliz.

Lo que ocurrió hizo que se me grabaran los momentos previos de tal forma que es como si me estuviera sucediendo ahora.

Estoy avanzando por el carril derecho, a unos sesenta kilómetros por hora. Mi mente está centrada en Laura, en nuestro tiempo de casados. Tengo la molesta impresión de que la única alegría que ha recibido en el último año ha sido la compra de una casa más grande que el pisito de una habitación en el que todavía vivimos. Al menos es una considerable satisfacción, pues el mes que viene —cuando acabemos de reformar la cocina, los baños y mover

un par de tabiques— vamos a mudarnos a una casa de cuatro dormitorios que nos ha vendido a muy buen precio una amiga de mi madre que se va a vivir a la costa. Nos va a quedar una hipoteca de órdago, pero acaban de subirme el sueldo de nuevo y no creo que Laura tarde mucho en conseguir un buen trabajo.

En una casa tan grande podremos tener hijos.

—De momento uno, luego ya veremos —decimos siempre que nos hacen la consabida pregunta.

Ante mí la calle se presenta despejada, ocupada tan sólo por dos coches que circulan por el carril de mi izquierda a una velocidad anormalmente

reducida; probablemente a no más de veinte kilómetros por hora. Me fijo distraídamente en ellos mientras me aproximo; estoy recordando los difíciles días previos a la boda, además, en este momento esos coches no representan para mí más que cualquier otro con el que me cruzo a lo largo del día... aunque me llama ligeramente la atención que van muy cerca el uno del otro, casi pegados.

El buen carácter y la paciencia de Laura conmigo lograron sacar la boda adelante, porque yo, que me desenvuelvo bastante bien en el terreno profesional, estaba absolutamente desbordado. Cada vez que surgía un

nuevo problema me sentía incapaz de sentir ilusión por aquella condenada boda. Entonces Laura me abrazaba diciéndome que todo iba a salir bien, y yo me relajaba como un niño pequeño... hasta el siguiente problema.

El coche más retrasado parece que se pega al que lo precede intentando que acelere, molesto por lo excesivo de su lentitud. El conductor del primer coche —la conductora, como supe después— debe de ir perdida y trata de fijarse en los laterales de la calle para obtener información que le permita orientarse. Seguramente también está agobiada por el coche que tiene a un metro de su parachoques, impidiéndole ver la

situación del tráfico detrás de ella.

Siempre había pensado, supongo que en gran parte influido por mi timidez, que cada paso de una ceremonia nupcial era una pequeña interpretación que los protagonistas llevaban a cabo con estoicismo; sin embargo, cuando Laura se acercó a mí por el pasillo de la iglesia se me saltaron las lágrimas. Estaba indescriptiblemente bella, perfecta, y me miraba de tal modo que sentí —casi creí— que era un ángel. Desde aquel día pienso en ella, medio en broma medio en serio, como el ángel que vino a la tierra para ocuparse de mí.

Me quedan unos metros para rebasar a los dos coches que circulan por mi

izquierda. De repente el primero se desplaza hacia su derecha como si fuera a incorporarse a mi carril. Debido a lo cerca que estamos, y a la diferencia entre nuestras velocidades, pienso alarmado que si intento frenar puede que derrape. Decido en un instante que la alternativa más segura es acelerar a fondo para rebasarlo pegándome al lateral derecho de mi carril.

Resulta un gravísimo error.

El coche no está cambiando de carril, sino que está girando desde el carril central para meterse por una pequeña bocacalle —Rafael Salazar Alonso— que se abre a la derecha y en la que yo no había reparado. Cuando

sólo ha metido el morro, se detiene porque hay gente cruzando el paso de cebra de esa calle. En una maniobra continua de apenas un segundo ha pasado de circular por el carril de mi izquierda a encontrarse parado frente a mí completamente perpendicular, ofreciéndome su lateral como un muro de metal.

Desaparecen de mi cabeza las imágenes de Laura dibujando alternativas para reformar la casa nueva, hablándome de vitrocerámica o gas, bañera o plato de ducha... Todo se borra cuando mi mente se satura con una vertiginosa sensación de irrealidad, el intenso presentimiento de que aquella

situación sólo tiene como posible desenlace mi muerte. En realidad no pienso algo tan concreto, todo es mucho más instintivo; mientras acciono con brusquedad los frenos sólo experimento un enorme vértigo, una difusa idea de imposibilidad que dura una décima de segundo, lo que tarda en recorrer los dos últimos metros antes del impacto.

Luego un velocísimo *zoom*, un fogonazo.

Mis manos revientan la ventanilla del pasajero. El borde superior de esa puerta se convierte en una guillotina que parte el músculo de mi hombro izquierdo. Se fracturan con un terrible chasquido la clavícula izquierda, cinco

costillas y el esternón. La cadera y el fémur derecho se quiebran contra el pilar delantero del coche.

El brutal impacto es registrado por mi cerebro como el fragmento de una película en la que agitan la cámara. Después de aplastarme contra el coche, mi cuerpo se desmorona casi con suavidad hasta quedar tendido boca abajo en el asfalto.

Es extraño cómo puede cambiar la vida en un momento. Estaba relajado, disfrutando de una sensación que me hubiera gustado prolongar durante horas, y en apenas un parpadeo de imágenes desenfocadas estoy roto en el suelo como una marioneta abandonada, mi

vida escapándose a borbotones entre los desgarros de la tela y la carne.

No pierdo la consciencia, y experimento la urgencia de asegurarme de que no estoy gravemente herido. Intento incorporarme. El brazo derecho es el único que reacciona, haciendo que mi cuerpo quede de medio lado. Siento dolor por primera vez y percibo una especie de alarma en mi cerebro gritando que mi vida corre peligro. Noto el cuerpo descoyuntado y pienso confusamente que me puedo haber amputado un brazo o una pierna. Trato de mover la cabeza, incorporarme un poco para observar mi cuerpo. Acabo boca arriba. He visto mucha sangre pero

no sé de dónde procede. Entonces me mareo y noto que no puedo respirar. Las costillas rotas han desgarrado los pulmones.

A mi alrededor la gente comienza a congregarse y oigo chillidos histéricos; creo que nadie me habla directamente, la sangre los mantiene a distancia.

«Laura».

Mientras me ahogo aparece ante mis ojos la imagen de Laura tranquilizándome, como aquella vez que tuve tanta fiebre que estuve delirando una noche entera. Se mezclan ante mis ojos recuerdos reales con otros que sólo han sido imaginaciones, veo a Laura rodeada de nuestros hijos, Laura

recogiendo un importante premio por su labor investigadora, Laura sonriéndome entre lágrimas en el momento de nuestra boda, justo cuando tenía que responderme el *sí, quiero*. Estaba tan emocionada que tuvieron que pasar varios segundos para que recuperara la voz y pudiera manifestar que quería que pasáramos juntos el resto de nuestras vidas.

«¿Ya ha terminado *el resto de nuestras vidas*?». Me invade una pena profunda mientras veo el cielo a través de la visera del casco.

Toso, me atraganto y la sangre resbala por mis mejillas. Apenas siento dolor físico, pero mi angustia es cada

vez más intensa al ser consciente de que voy a perder a Laura, de que nos perdemos el uno al otro. Mi cuerpo comienza a exhalar un largo y último suspiro, incapaz de volver a hinchar los pulmones heridos; de repente pienso en el paquete con el anillo y quiero comprobar si sigue en el bolsillo de la chaqueta..., pero mis brazos no se mueven, lo único que consigo con el intento es sentir una aguda punzada de dolor en el hombro izquierdo.

«Ojalá no se haya perdido..., y Laura pueda verlo».

Imagino, como cientos de veces en los últimos días, la escena que he preparado para emular nuestro

compromiso. Había cuidado hasta el mínimo detalle para que Laura fuera tan feliz como la recuerdo en los días de nuestro enlace, y no cabizbaja como anda últimamente debido a mi desatención. En este momento quiero que sepa que su felicidad me importa mucho más que mi propia muerte, aunque me doy cuenta de que eso no serviría para aliviar el dolor que mi pérdida va a producirle.

La incapacidad para respirar y la pérdida de sangre hacen que al cerebro le falte oxígeno. Mi vista comienza a nublarse. Cierro los ojos y lo último que viene a mi mente son los bonitos ojos pardo verdosos de Laura, que no puedo

evitar imaginar enrojecidos por las lágrimas.

—No llores, mi ángel —susurro mientras mi corazón se detiene.

CAPÍTULO 2

Laura había pasado aquella mañana estudiando. Quería obtener una plaza fija en la sanidad pública y desde ahí intentar acercarse a la investigación, que era lo que a ella le interesaba más. Le molestaba seguir sin poder aportar un sueldo decente después de dos años de matrimonio, sobre todo ahora que nos habíamos embarcado en la compra de una casa mucho más grande y cara.

Sonrió, distraída, pero resistió la tentación de volver a sacar los dibujos que había hecho de las posibles distribuciones de la casa nueva. Apartó

de la cara un mechón de su corta melena pajiza y volvió a concentrarse en los apuntes que tenía delante. Su mirada saltaba rápidamente de una línea a otra mientras sus labios se apretaban en una mueca de concentración.

El teléfono la sobresaltó.

Se levantó a cogerlo mientras se decía que era una tonta por asustarse con tanta facilidad. Unos segundos más tarde, dejó caer el auricular con el semblante lívido.

En el hospital habían revisado mis efectos personales y habían encontrado mi carnet de conducir, el único documento de identidad que llevaba. En él todavía figuraba como mi dirección la

casa de mis padres. Se pusieron en contacto con ellos y mis padres llamaron inmediatamente a Laura. De ese modo, una hora después del accidente los tres se angustiaban en una deprimente sala de espera mientras los médicos trataban de reanimar mi cuerpo.

Mi organismo ya se había rendido, pero mi cuerpo roto se mantenía vivo gracias a las numerosas máquinas a las que me habían conectado, que realizaban por mí las principales funciones vitales. Presentaba múltiples fracturas e importantes hemorragias, tanto externas como internas; no obstante, el equipo médico que intentaba reparar los destrozos conseguía por el momento que

mi corazón latiera, a pesar de que estaba sumido en un coma profundo.

En la sala de espera, Laura lloraba en silencio con la mirada perdida en el suelo. No era consciente de las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas hasta el borde de su fina barbilla, donde quedaban suspendidas por unos instantes antes de precipitarse al vacío. Llevaba la misma ropa con la que había estado estudiando, vaqueros cortos desgastados, camiseta blanca sin mangas y unas sandalias de verano. Sentada en una incómoda silla de plástico gris, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos, pensaba en el futuro que habíamos construido juntos en

nuestros sueños, en el hijo que solíamos decir que algún día tendríamos.

Algún día, ese espacio de tiempo que siempre parecía ubicarse en un futuro lejano.

—Las circunstancias actuales no son las adecuadas —nos repetíamos a menudo, con ella buscando un buen trabajo estable y yo tan absorbido por el mío que apenas pasaba por casa más que para dormir.

Laura sollozó y apretó los párpados en la fría sala de espera. Lamentaba no haberme contado que dos días más tarde iba a tener una prometedora entrevista de trabajo. Había estado esperando a que llegara el momento ideal para

contármelo, pero ese momento era difícil de encontrar últimamente al vernos tan poco. Había acabado decidiendo que me lo diría en la cena de aniversario, en aquella velada *sorpresa* que sabía que le estaba preparando.

Sacudió la cabeza y repasó mentalmente los últimos momentos que habíamos pasado juntos. Nos habíamos despertado a la vez, ella había remoloneado en la cama los diez minutos que yo tardaba en ducharme, habíamos desayunado en la mesa del salón, casi en silencio, y yo me había marchado rápidamente, antes de que ella terminara de desayunar. Ahora lamentaba no haber hablado más

conmigo, no haberme dicho lo de la entrevista de trabajo, el beso tan seco con que nos habíamos despedido... Repasaba todo ello como si pudiera encontrar otra manera de haberse comportado para que la mañana no hubiera desembocado en mi accidente.

Volvió a recordar la mañana desde el inicio, buscando en los detalles más cotidianos pistas que tuviera que haber detectado, indicios que le hubieran advertido de la tragedia que se cernía sobre nosotros. Se daba cuenta de lo absurdo de su pretensión, pero a la vez le parecía imposible que algo tan enorme, tan terrible, no pudiera ser detectado y prevenirse. Negó con la

cabeza, oscilando entre la absurda culpabilidad y el estupor de no poder asumir la realidad, una vida sin la persona con la que había elegido vivir.

Mi madre procuró distraer su propio dolor ocupándose de Laura. Ella permaneció ensimismada, ajena a cuanto la rodeaba, por lo que mi madre finalmente se apoyó en una pared y se perdió en la misma pesadilla interior que Laura. Mi padre inició un paseo interminable por el pasillo adyacente, envuelto en vahos de yodo y éter, entrando y saliendo de la sala de espera cada cinco minutos. Mantenía el tipo,

como siempre, pero por dentro era como si un animal furioso le royera las entrañas. A veces se detenía por un momento y miraba a mi madre o a Laura, e inmediatamente reanudaba su nerviosa marcha, carente de la habilidad necesaria para consolar a su esposa o a la mía.

A media tarde se encontró en el pasillo con un médico que acudía a darles noticias de mi estado.

—Está muy mal —dijo en un tono apagado—, pero vamos a hacer todo lo que esté en nuestra mano.

La mirada del doctor hizo que mi padre perdiera la esperanza en otra cosa que no fuese un milagro. Asintió en

silencio y volvió a la sala de espera, pero al ver a Laura y a mi madre se quedó callado, pensando que no saber nada era mejor que recibir un mensaje tan desolador.

Media hora después llegó un policía mayor con aspecto cansado y se quedó titubeando en la entrada de la sala. Laura lo miró por un instante y volvió a sumirse en su interior, incapaz de enfrentarse a la realidad. Mi padre suspiró, pasó junto a mi madre y se acercó al policía.

—¿Es usted familiar de Mario Velasco? —preguntó el hombre azorado.

—Soy su padre.

—Traigo las llaves de la

motocicleta de su hijo. —Alargó una mano con las llaves. Mi padre las miró unos segundos y después las cogió—. Hemos trasladado la moto al depósito municipal de vehículos. —Se quedó callado y luego abrió la boca como si fuera a preguntar algo, pero finalmente apretó los labios y se despidió con un movimiento de cabeza.

Mi padre contempló las llaves que reposaban en la palma de su mano.

—Maldita moto —masculló mientras las guardaba en un bolsillo.

En las siguientes horas los cirujanos trabajaron intensamente. Consiguieron

detener las hemorragias de mi cuerpo y recolocar la mayoría de los huesos; no obstante, la larga operación terminó sin que ninguno de ellos esperara otra cosa que mi fallecimiento en pocas horas.

Al caer la noche comunicaron a mi familia que las probabilidades de supervivencia eran reducidas, y en el mejor de los casos no recuperaría la consciencia durante varios días.

—Ve a casa a descansar —le propuso mi madre a Laura—, yo me quedaré durante la noche.

Mi esposa no quiso moverse. Estaba tan conmovida que mis padres decidieron que uno se quedaría con ella en todo momento. Habían llamado a mis

suegros, pero se encontraban en un crucero y no llegarían a Madrid hasta dos días mas tarde. Finalmente mi padre se marchó a dormir, acordando que volvería a la mañana siguiente para sustituir a mi madre.

A primera hora de la mañana, Laura se quedó sola durante un rato. Mi madre había ido al baño y mi padre aún no había llegado. En ese momento se producía el cambio de turno de las enfermeras. Una de las que acababan de entrar a trabajar, muy jovencita y con expresión asustada, apareció en la sala de espera con un sobre grande en la mano. Tras un titubeo, se dirigió a mi esposa y le preguntó si era familiar mío.

El demacrado semblante de Laura incrementó su lividez.

—¿Ha muerto? —susurró.

La enfermera sonrió titubeante.

—No sé cómo está. —La expresión de Laura le hacía sentirse mal—. Tengo... En este sobre están las cosas que llevaba encima y tengo que entregarlas a sus familiares. Pero no sé cómo está —repitió.

Le dejó el sobre a Laura y se fue murmurando que intentaría averiguar algo.

Cuando mi madre regresó a la sala de espera encontró a Laura llorando con la cabeza gacha, sus hombros convulsionándose con cada sollozo. En

el asiento vacío, a su derecha, estaba el sobre grande abierto y junto a él mi tarjeta magnética de acceso a la empresa, mis llaves de casa y la cartera. Laura sostenía entre las manos el paquete cerrado que contenía el anillo que había querido regalarle por nuestro segundo aniversario. No lo había abierto, pero se imaginaba lo que era. En el envoltorio resaltaba la pegatina con la desabrida leyenda *Espero que te guste*.

Ya era la mañana de nuestro segundo aniversario. Laura se negaba a abrir el regalo sin mí, diciéndose que hacerlo sería reconocer que me había perdido. Mi madre se echó a llorar de pie junto a

ella, también en silencio, recordando al ver el papel de regalo que ese día hacía dos años que se había casado su único hijo.

Mi cuerpo permanecía en una sala de la UVI, sin apenas actividad cerebral, sosteniendo con dificultad un hálito de vida que desaparecería en pocos segundos si me desconectaban de las máquinas. Así continuó durante las siguientes cuarenta y ocho horas. Laura estuvo esos dos días sin dormir, a pocos metros de mí, esperando un milagro en el que cada vez resultaba más difícil creer.

Al tercer día me desahuciaron.

Las severas heridas de mi cuerpo

parecían haber derrotado a la necesidad de vivir, las constantes vitales perdían fuerza hora tras hora. A Laura y a mis padres les quitaron toda esperanza y en la sala de espera sólo esperaban el fatal desenlace. Mi alma comenzaba a reconocer torpemente el territorio de la muerte, mis ojos no podían ver lo que ocurría en la habitación..., sin embargo, tengo un recuerdo de esa tercera noche en el hospital.

Entre los silbidos del respirador y las brumas de los sedantes, recuerdo un ruido como de piedras arrastradas por el agua, un rumor insistente que pugnaba por entrar en mi consciencia evadida, una voz irreal que se grabó en mi

memoria a pesar de no poder entenderla.

—¡Diles que se acuerden de mí!

El cuerpo detecta en ocasiones el primer roce de la muerte y hace un supremo esfuerzo por alejarse. Por eso algunos moribundos tienen un último instante de lucidez, y los enfermos terminales a veces experimentan una leve mejoría que alimenta las esperanzas de quienes los aman, antes de apagarse definitivamente.

En aquella sala de la UVI, todo mi ser se revolvía contra el oscuro y firme contacto de la muerte cuando alguien me agarró con firmeza de la cara. A continuación colocó frente a mis ojos apagados los suyos sin fondo.

—¡Diles que se acuerden de mí!

Recuerdo con sorprendente detalle la intensidad de sus gestos, sus desordenadas cejas casi tocando los párpados, los largos cabellos plateados y la barba agitándose cada vez que repetía su mensaje sacudiendo la cabeza.

En la sala de espera Laura levantó la cabeza, abrió los labios por primera vez en dos días y exhaló un largo aullido de animal herido. Mi madre se abrazó a ella con la certeza de que me había perdido.

De la boca cerrada de mi padre escapó un único sollozo cuando se agachó para recoger del suelo el paquete

del anillo, que había caído de las manos de Laura.

Aquellos ojos sin fondo buscaron con avidez la mirada que se apagaba en los míos. Con extraordinario ardor, repitió por última vez sus extrañas palabras:

—¡Diles que se acuerden de mí!

*Fin del extracto de Regreso a la
Muerte*

Agradecimientos

En primer lugar a mi esposa, Lara, por el tiempo que pasas con nuestros peques mientras yo escribo. Y a Lucía y Daniel, porque vuestras sonrisas son mi fuente de energía.

Mis novelas siempre mejoran notablemente gracias a las personas que leen y comentan los primeros manuscritos. En esta ocasión han sido: Milagros Álvarez, José Manuel Chicot, Lara Díaz, Arturo Esteban, Natalia García de Soto, Paco González, Máximo Garrido, Julián Lirio, Antonio Martín, Eva Chicot, Fernando Rossique, Tatiana

Zaragoza, Laia Salvat, Àngels Balaguer y Aurora Cuito. Gracias por vuestra dedicación y por aguantar los ajustados y a veces caóticos plazos que me voy marcando.

También quiero manifestar públicamente mi agradecimiento a Alberto Antón, del Cuerpo Nacional de Policía, por responder pacientemente a todas mis preguntas sobre procedimientos policiales.

A Hugo Álvarez, que puso sus conocimientos de informática al servicio de esta novela.

A UDL en España, Océano en Latinoamérica y mis distribuidores en el resto del mundo, porque vuestra

implicación marca la diferencia.

A los librereros, que en numerosas ocasiones habéis mostrado un apoyo hacia *El asesinato de Pitágoras* (y espero que ahora también hacia *La Hermandad*) que me ha conmovido y nunca dejaré de agradecer.

A los blogs literarios, por vuestra devoción por la literatura, y porque a menudo habéis leído y respaldado mis novelas con una vehemencia que es el sueño de todo escritor.

Y a los equipos de Mauri Spagnol y de Duomo ediciones, con una mención especial a Laia Salvat, Àngels Balaguer, Aurora Cuito, Gianluca Mazzitelli y Luigi Spagnol. Por vuestra

profesionalidad, compromiso y entusiasmo desde el primer día que apostasteis por mis novelas, por la atmósfera de calor humano y amor a los libros que envuelve nuestras reuniones y charlas, y porque es muy agradable sentir que somos un equipo de remeros impulsando el barco.

A todos, gracias por los puertos visitados y por los que se divisan en el horizonte.



—www.marcoschicot.com—